Trilogía de Caracas

José Negrón Valera



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



José Negrón Valera (Trujillo, Venezuela, 1981) Novelista, antropólogo y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Central de Venezuela. Desde su mirada profesional, examina la sociedad venezolana, ejercicio que ha tenido respuesta en las siguientes obras: *Un* loft *para Cleopatra* (2017), *El rey de las cenizas* (Premio Nacional de Literatura "Stefanía Mosca", 2018), *El libro de las cicatrices* (2021) las cuales forman parte de un concepto narrativo que ha denominado *Trilogía de Caracas*. Ha publicado además *Reyes y dinosaurios* (2017) y *El proceso de renovación académica de la UCV: 1967-1970*. Para Negrón Valera, la antropología ha cumplido un rol esencial en su oficio de narrador, al formar parte de su método literario, por ello declara: "Si no fuera antropólogo, no sería el mismo escritor", al permitirle esta disciplina comprender al "otro" y desconfiar de proyectar sus propios prejuicios sobre sus personajes.

Trilogía de Caracas

José Negrón Valera

Trilogía de Caracas

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

Trilogía de Caracas

© José Negrón Valera

Edición y corrección: FIDEL FLORES

Portada: MÓNICA PISCITELLI

Diseño y concepto gráfico: DAVID ARNEAUD

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2025.
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58 212) 485.0444
www.monteavilaeditores.gob.ve

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal: DC2025001529
ISBN 978980012595-3

Un *loft* para Cleopatra

—Érika Ortega Sanoja, ¿quieres casarte conmigo?

Estamos tan acostumbrados
a disfrazarnos para los demás,
que al final terminamos disfrazándonos
para nosotros mismos.
François de La Rochefoucauld

De quiénes somos y cómo llegamos...

Son dos los motivos por los cuales mi esposa es como es: su segundo nombre y su primer apellido. Rosa Cleopatra Carter Becerra, así la bautizaron. Muchos no me creen cuando les digo que al conocerla se presentó combinando esas palabras como si se tratara de algo novedoso y elegante. Nunca decía su nombre completo y se ruborizaba cada vez que sus profesores la nombraban en clase. Su forma de protestar ante tamaño insulto era levantar la mano con desgana y una rabia inmensa, «desde el preescolar», confesó su mamá cierta vez. Tanto le molestaba su nombre que bien temprano se puso a sí misma el apodo de C.C. Soportó —esto sí me lo dijo ella— que se burlaran llamándola Cocos Chanel, porque le gustaba como se escuchaba el siseo en el aire, y más aún porque pensaba que esas dos letras representaban el que debió ser su verdadero y único título: Cleopatra Carter.

Pasó mucho tiempo para que me enterara de la historia oculta detrás de su nombre; sin embargo, la versión que me acompañó desde que la conocí me conducía a 1963, año en el que a Elizabeth Taylor no solo se le ocurrió interpretar a la reina del antiguo Egipto, sino dejar una terrible obsesión en Charles, el jefe de la familia Carter Becerra. El pobre no encontró mejor manera de sacudirse el impacto que le ocasionaba aquella mujer imposible que venir a Venezuela a trabajar en una empresa petrolera. Llegó a principios de los setenta y alcanzó un mediano éxito económico durante las dos décadas que siguieron a su llegada, hasta que se le atravesó la crisis bancaria de 1994, cuando se vino a pique y enterró sus sueños de éxito junto con su buen humor.

Charles me odiaba, y aunque nunca le tuve mala fe, traté de evitarlo siempre que pude. Claro que, pocas veces lo conseguí, pues el mundo de Cleo —así llamo a Rosa Cleopatra en casa— está ligado al amor por su padre y por todas las historias del norte y las dificultades que pasó para poder adaptarse a la vida en el Delta. Él es su principal referente y faro sentimental. Su mamá, por su parte, representa mi salvación de los domingos y durante las fiestas familiares, ya que es mucho menos opresiva y tiene la virtud de no estar siempre esperando algo de mí. Sin embargo, el problema es que Rosa Cleopatra la odia. No se trata en absoluto de una relación disfuncional, sino más bien de un karma mezclado con maldición gitana y tierra de muerto y ... bueno..., constantemente estoy en el medio. ¿Haciendo qué?, pues mediando. ¡Ah,

por cierto!, el nombre de Rosa se lo debe a su madre, así como los genes caribeños que se engulleron por completo cualquier posibilidad de que Cleo tuviera una ligera naricita o una tez anglosajona. Siempre sintió desprecio por su linaje materno.

Al pensar en Cleo me llegan las mismas preguntas: ¿cómo terminé en ese lugar? ¿Cómo fue posible que ella lograra vencer mi temor natural al endeudamiento bancario? ¿Cómo fue posible que me embarcara en semejante locura? Es imposible responder a esto sin hacer uso del pasado, ese que está en mi mente y que de seguro es distinto al que otros recuerdan. Volver atrás es a veces mentir, pero no hay otra manera de reconstruir el camino. Si ella contara la historia es posible que fuera otro el recorrido, las anécdotas tendrían un color diferente y su voz, que tanto resuena en mis recuerdos, tendría un tono quizá más dulce. En cualquier caso, ambos coincidiríamos en que nuestro ascenso vertiginoso solo fue posible por una conjunción de circunstancias sobrenaturales que favorecieron sus deseos. No encuentro otra explicación.

Cierta mañana, Rosa Cleopatra se despertó diciendo:

—¡Álvaro, soñé que nos mudábamos al este del este...!

Sin siquiera cepillarse los dientes, comenzó a hablarme de cosas que me recordaban a esos dibujos del paraíso que aparecen en muchos de los libros de religión. Ella seguía con su bla, bla, bla y de vez en cuando la escuchaba decir:

—Solo imagínate a Carlota. —Carlota es el nombre que llevará nuestra futura hija, a la que apela para manipularme cuando presiente que voy a negarme con un argumento financiero a alguno de sus deseos—: Piensa en Lucas corriendo por el jardín. —Lucas es el nombre de nuestro perro imaginario, al que siempre recurre para... bueno... ya saben qué.

Normalmente todo empieza así, con un sueño que me hace levantar de la cama y modificar los planes del día. Me hace cambiar la chemise y el *blue jean* por una camisa a rayas y unos pantalones de vestir y pide, además, que me peine con el cepillo y no con las manos. Luego, va directo hacia mi cartera, la vacía y lo pone todo en una Tommy Hilfiger que me regaló hace tres navidades y que nunca uso porque no le cabe nada. Es el disfraz para salir a ver apartamentos. Diría que es el disfraz que me pone cada vez que vamos a perseguir sus sueños. Pues bien, me meto en el personaje, me pongo al volante y voy adonde me diga.

Ella va revisando el celular y haciendo comentarios sobre las últimas ofertas o unas buenas «oportunidades de inversión», su eufemismo preferido para decir: «Álvaro, vamos a tener que partirnos el culo durante veinte años, pero no importa, tendremos lo que deseamos». Entonces comenzamos el periplo por los diferentes lugares donde se van alzando los nuevos conjuntos residenciales. Mentalmente programo mi cerebro como si se tratara de una página web y pongo la opción «ordenar de lo más barato a lo más caro». Desde luego, en mi pantalla imaginaria se

despliegan algunos desarrollos en el oeste de la ciudad —nada malos a mi juicio—, pero que serán desechados de inmediato. De todos modos, trato de acercarme a ellos mientras Rosa Cleopatra va ocupada con su celular y con los análisis económicos que narra emocionada, mientras sueña con metros y metros cuadrados y cocinas de revista. Pero Rosa es como un perro de caza y, al darse cuenta de que la ciudad va cambiando de color, exclama:

—¿Adónde vas? ¡Hazme el favor, deja la pichirrería y coge la autopista!

Es allí donde mi mente se adapta a las exquisitas e inútiles pretensiones de mi mujer. Será lo mismo de todos los fines de semana: rodar y rodar, ver terrenos, visitar promotoras inmobiliarias donde nos endulzan con café y galletas hasta que nos agarran por las bolas, nos hablan de cuotas iniciales y de lo *nice* que son los créditos protofuturistas... Y desde luego, como es lo habitual, Rosa irá pasando del éxtasis más supremo a la miseria más terrible, cuando —con el mayor dolor de la vida— tenga que aterrizarla con la calculadora que tengo en mi teléfono, que es mucho más fiel y sincera que una cachorra Shih Tzu.

Pero ese día no se iba a parecer a ningún otro. Ese sábado 30 de marzo, con el sol más espléndido que haya aparecido ese año y con el cielo despejado de nubes, Rosa Cleopatra Carter Becerra estaría decidida a lanzarse a la mayor de sus aventuras, su gran apuesta. Se iba a librar de mi «nubenegrismo» —una categoría patentada por su ágil mente— y me ordenaría ir más allá de los límites de nuestras expectativas más salvajes. No sospeché nada hasta que la autopista fue alejándonos de los apartamentos de la *clase trabajadora con algún ahorro en dólares* y nos internó en el territorio desconocido e inhóspito de las residencias chic de aquellos que conforman la *clase para quienes trabajan los que tienen algún ahorro en dólares*. Íbamos directo al matadero, pero ya era muy tarde para volver atrás. Un frío me empezó a helar desde el dedo chiquito del pie y me llegó hasta la nuca, cuando los carros empezaron a parecer naves espaciales y los árboles de las calles parecían más podados que las figuras que tenía el Hombre Manos de Tijeras en su patio. Rosa Cleopatra ordenaba:

—Derecha... Izquierda... Sigue recto... Ahora, después del semáforo.

No paraba de dirigir como si estuviese poseída por la maldición de la brújula de Blair, la cual le hacía poner cara de loca y apretar la mandíbula con fuerza. Su actitud me alertaba a no hacer ningún comentario y mucho menos regresarla al mundo de la cordura. Sabía que no iba a poder luchar contra ella, así que apliqué una de judo matrimonial para usar su propia demencia a mi favor. Solo tendría que esperar y extender las manos para recogerla cuando la realidad se le viniera encima como una avalancha de sentido común.

Para ser honesto, no tenía la menor idea de que la ciudad se extendía tanto al este. Ignoraba por completo que la conjunción entre ingeniería e intereses financieros había logrado colonizar en tan poco tiempo la inmensa masa vegetal

que en los mapas de las estaciones del Metro figuran como zonas protegidas. En cualquier caso, esas ideas ocupaban mi mente no porque estuviese considerando ingresar a Greenpeace, sino porque deseaba continuar predisponiéndome contra los deseos de Cleo.

En el horizonte se alzaba un centro comercial no muy grande, pero deslumbrante con sus vidrios cromáticos y curvas interestelares. No pude criticar nada. Debía reconocer que todo era elegante y estaba bien organizado, una leve queja me habría convertido en un puto retrógrado.

Fue como estar yendo al castillito de Mickey Mouse sobre una alfombra voladora. Podía sentir la energía que desprendía mi esposa, con sus manos crispadas por los nervios, mientras recorríamos esos estacionamientos no aptos para claustrofóbicos, ni para quienes rasparon los cursos de geometría elíptica.

Percibí la primera señal de alarma cuando el *valet parking* me observó con extrañeza al estacionarme. Eché un vistazo por encima de los vehículos allí estacionados y supuse que se estaba preguntando qué hacíamos allí en esa limusina de la clase popular. Debí haber obedecido a mis instintos, pero preferí adormecerlos mientras le rogaba a Cleo que, pasara lo que pasara y dijeran lo que dijeran, no nos embarcáramos en locuras; que al menos me diera tiempo de estudiar la situación por la noche, que es el momento en que más me gusta pensar mientras juego Play Station y puedo meditar sobre los desafíos de la monogamia y la crisis del hombre actual.

De inmediato dijo que sí. Segunda señal de alarma. Las únicas circunstancias en las que aceptaba mis condiciones eran aquellas en que la decisión ya estaba tomada. Subimos al ascensor y, al mismo tiempo en que los números aparecían y desaparecían en el tablero, en mi mente se encendió un bombillito... Comencé a percatarme de la emboscada que me tendía... Pasó como en esas películas donde casi al final el protagonista con cara de gafo reconstruye el rompecabezas, se da cuenta de lo idiota que ha sido y entonces se pregunta lo mismo que todos los gafos de este planeta: ¿cómo no me di cuenta antes...?

Entonces entendí por qué la noche anterior había sido tan sencillo convencerla para tirar; por qué me había preparado el desayuno con tanta mística; por qué había permitido que nos bañáramos juntos en la mañana; y por qué me comentó —video incluido— que el Barcelona había goleado al Atlético.

Caminábamos por los encerados pasillos del centro comercial —o del *mall*, como me corregía ella—, y pude notar cómo la dulce ingeniera Rosa Cleopatra Carter Becerra se iba transfigurando en la aristocrática Cleopatra Carter. Era visible por la manera en que respingaba su nariz y por la desmedida cadencia con que levantaba sus tetas —no de gratis la llamaban Cocos Chanel en el bachillerato—, pero también porque dejaba de mirarme y con su lenguaje corporal comenzaba a halarme de una correa invisible para que la siguiera con la docilidad y gracia de un perro afgano.

Yo no hacía ningún esfuerzo por interferir en su *performance* porque estaba convencido de que ella necesitaba vivir esos momentos para poder drenar lo que siempre había llevado por dentro. Quiero contextualizar esto último: en Cleo, esa disposición a asumirse o mimetizarse con la clase alta era de un automatismo preocupante. Constantemente sostenía que era muy posible que en su vida pasada hubiera sido princesa; sí: P-R-I-N-C-E-S-A, ni más ni menos. ¿Y saben con qué pruebas sustentaba su teoría? (tambores, por favor): con que, a pesar de haber nacido en Venezuela y de haber pasado parte de su vida viviendo en la UD3 de Caricuao —no le comenten jamás que lo dije—, ella sentía una predilección irrefrenable por los sabores exóticos como el kiwi, los dátiles y el azafrán. No me jodas... Es decir, que si alguna vez llegas a probar el caviar y te gusta, ¿esa sería una señal de que tienes una conexión astrológica con los zares rusos? ¡Por favor...! Siempre viví con el temor de que algún día, víctima de los antojos típicos del embarazo, me mandara a buscar en plena madrugada un faisán bañado en salsa de arándanos. Nunca he visto un puto arándano en mi vida. Si hasta una vez, en un viaje que hicimos al exterior, me hizo tragar un servicio carisísimo de caviar y tuve que confesarle, con toda la sinceridad del caso, que esa vaina no le ganaba a las huevas de lisa de Carúpano. Por supuesto, me odió.

La seguí hasta unas lujosas oficinas que estaban ubicadas en la planta alta del centro comercial. No había visto tanta suntuosidad en vivo. Quizá por televisión, cuando presentan las oficinas de los magnates de Nueva York o el apartamento de algún actor famoso. No exagero: el estómago se me encogió. Cleo percibió mi aprehensión y tensó la correa con su segunda frase favorita:

—Contrólate. —La primera frase favorita era: «Álvaro, no empieces».

Una secretaria súper *sexy* salió a recibirnos. Volteé los ojos hacia el techo y a veces fingía mirar las plantas ornamentales para no ser atrapado en una miradera impertinente, aunque más tarde me di cuenta de que era un gesto inútil, pues Cleo no estaba en lo absoluto pendiente de mí, sino que conversaba muy concentrada sobre «ese proyecto de última generación que estaba en fase de entrega». Al principio, la recepcionista/secretaria/modelo no parecía entender de qué hablaba Cleo, pero cuando se dio cuenta de a qué se refería le dijo de manera fulminante:

—Pienso que para personas como ustedes es mejor considerar otra cosa.

¡Uy, uy, uy...! Esa pobre mujer no sabía qué demonio había invocado. Nos había lanzado su ojo clínico, discriminándonos —de seguro que por nuestra ropa de poliéster—, y como no vio la fibra de casimir nos echó al bote de la basura. Grave error. No había nada que indignara más a Cleo que la trataran como a una pobretona. Podría soportar lanzarse a una piscina de lava o ser mordida por hormigas carnívoras, pero no aguantaba un segundo la más ligera, imperceptible y descuidada insinuación de que no podía pagar el precio de algo. Entonces se le salieron —solo un poquito— sus ancestros de Caricuao y se irguió mucho más

de lo que ya estaba y afiló los ojos mucho más de lo que ya los tenía, respingó la nariz con más elegancia e infló más las tetas y el culo con un convincente giro de su torso. Créanme que no tuve necesidad de intervenir, ella se bastaba solita. Fue poco a poco subiendo el tono, empequeñeciendo a la pobre secretaria con su famoso dedo índice y su aún más famoso movimiento pendular, cuando un hombre de unos cuarenta y tantos años salió por una puerta de cristal e intervino antes de que las cosas se pusieran al nivel de «alguien llame a la policía».

El tipo usaba tirantes y llevaba la camisa arremangada. Se identificó como el dueño de la oficina y escuchó atentamente la exposición de Cleopatra Carter sobre su intención de entrar a esta codiciada obra que construían.

El sujeto rió y se lanzó un minidiscurso sobre cómo hacían falta en el país más espíritus como el de *mademoiselle* Cleopatra, y decía estar convencido de la posibilidad de ajustarse a los deseos de tan motivada clienta. Claro que todo lo dijo —el muy hijo de puta— sin apartar la vista de las tetas de mi mujer. Cuando el muy maricón —por favor, ¿quién carajo usa tirantes en pleno siglo XXI?— se dignó a mirarme, preguntó:

—¿Y el señor es...?

Entonces sale, no mi esposa Cleo, sino la infanta Cleopatra, a enarbolar toda la vergüenza que siente porque no soy más que un técnico superior en contabilidad y dueño de una franquicia de comida rápida, y se adelanta a responder:

—Empresario Álvaro González. —No era la primera vez que lo hacía. Ya otras (muchas) veces había tenido que aguantarme su pena ajena. Pero lo que sí fue nuevo en esta ocasión, y que debí haber advertido como una tercera y fatal señal de alarma, fue que nunca pronunció la palabra «esposo».

Entramos a la oficina del güevon de los tirantes, que se identificó como Jacques Leroux —supongo que eso habrá excitado a Cleopatra hasta la médula—. Nos acercó a una maqueta muy hermosa que —hay que reconocerlo— mostraba las bondades del añorado condominio que ambos, al unísono, llamaron —corrigiéndome— San Marino Loft. Mientras Jacques se babeaba al hablar de los *jacuzzis* privados, las saunas y las áreas verdes que servían «hasta casi para jugar polo», Cleopatra se sumergía en una especie de éxtasis que le enrojecía las mejillas y la ponía a mover las tetas con más ritmo cada vez. Jacques metía una que otra palabra francesa (el muy pendejo) para describir algún detalle del condominio, perdón, del *looooooft*, y después se disculpaba diciendo que a veces se le confundían los idiomas por culpa del *jet lag* o cualquier otra mariconería.

Hasta ese momento no tenía la menor idea de cómo Cleo había dado con aquel proyecto y por qué me lo había ocultado (aunque eso último puedo suponerlo). Jacques pareció leer mis pensamientos y preguntó justo eso. Entonces Cleo, como si le hubiesen apretado algún botón de propulsión, se lanzó una larga cantaleta sobre

el destino, la constancia y el trabajo duro, las cosas que uno se merece, uniendo todo a asuntos que hasta tocaron la metafísica y algún profeta oriental. Luego terminó el cuento con «y fue cuando vi su entrevista en la tele y quedé enamorada de... su visión». ¡Ah!, me dije, así que esa era la bendita entrevista que tenía grabada en el decodificador del televisor y que me pedía no borrar. ¡Bien hecho, Álvaro, ahora sí que tienes el alicate en los testículos! Vi que todo estaba decidido y que tendría que cumplir la condena de atarme a un crédito impagable por la próxima década. Sin embargo, allí estaban Jacques y su voracidad mercantil oculta tras su cursilería europea para salvarme. Nos ofreció asiento y comenzó la carnicería. Me pareció estar metiéndome en un negocio para apartar un puesto en el arca del juicio final. La obra había costado muchísimo y por lo tanto las localidades debían ser vendidas a precio de mercado, para honrar no solo los compromisos financieros sino «el ingenio y talento del habilidoso arquitecto, artista visionario...», y dijo otra verga en francés que no entendí, pero que se suponía era el nombre del que diseñó el edificio.

Pude ver que la llama de Cleo se desvanecía un poco y de veras sentí dolor. Sabía que el asunto era inalcanzable, pero tampoco quería ver ese rostro de tristeza. Así que la tomé de la mano y le propuse que no desecháramos nada y que nos tomáramos esa noche para decidir. Por sus ojos, por la manera en que apretó mi mano, sabía que estaba en lo correcto, y también sabía que esa noche habría sexo remalditamente salvaje. Dejamos la oficina escoltados por el mismo Jacques, quien no perdió la oportunidad de recostárselo a Cleo, disfrazando su lascivia con un abrazo que —según él— tenía que ver con la profunda impresión que le causaba el «alma firme» de esa venezolana.

En el carro le dejé claro a Cleo que esas babosadas del *coaching* sexual que usaba el tal Jacques para engatusarla no me las iba a calar. Pero la mujer no escuchó ni papa porque estaba distraída en sus propias fascinaciones pensando quién sabe qué cosas, pero con una sonrisa que no le cabía en el rostro y que en el fondo me hacía sentir feliz. Ese día manejamos un rato más por la ciudad, dando vueltas sin rumbo alguno. Simplemente disfrutábamos: Cleo con la posibilidad de cumplir su sueño, y yo con la tranquilidad de no sentir que se estaba muriendo por dentro. Ella pasó la tarde hablando de Mauricio y de un potencial Matías, pero le advertí —sin ánimos de aguafiestas— de los peligros de extender la familia imaginaria, porque eso iba a implicar también más espacio. Estuvo de acuerdo y asumió el asunto con la mayor de las seriedades; paró la cuenta en solo un hijo varón y en un perro también macho, gracias a Dios.

Esa noche tiramos como hacía tiempo que no lo hacíamos y como creo que jamás lo volvimos a hacer. Era esa clase de momentos que te permiten rebobinar las sensaciones y encontrarte de nuevo tan fresco como el primer día. Pude al fin acostarme a su lado sin sentir que estaba incómoda ni con deseo de darse un baño

ni ponerse su pijama favorita, cuyo diseño de monja carmelita parecía un anuncio de: «Hoy no fío, mañana sí». La plenitud de esos minutos poscogida llegaron a hacerme sentir un poco afeminado, al punto de recordar detalles de los artículos que aparecen en las revistas del corazón y que casi siempre se titulan: «¿Se acabó la chispa? 10 consejos para encender la llama».

La debilidad sentimental, que por supuesto no iba a discutir ni admitir fuera de esa cama, era comprensible vistas las oportunidades —cada vez más escasas— de que el invisible cinturón de castidad de Cleo abriera sin la necesidad de que tuviera que desplegar una estrategia previa de al menos dos meses de arduo trabajo. Pero quizá lo que me perturbaba era saber que el sexo, las caricias, los besos, la buena racha de noches seguidas, no eran sino el complemento de la puesta en marcha del articulado plan de Cleo para alcanzar el único orgasmo que deseaba: vivir en el recondenado San Marino Loft.

Mis sospechas se vieron confirmadas cuando, nada más terminar, dejó de mirar el techo, recuperó el aliento e inmediatamente desplegó sobre la cama, sobre mi cuerpo todavía sudado, su mapa para la conquista del este. Tenía las cosas tan amasadas en su mente que no tuve tiempo ni de sacar mi preciada calculadora. Su primer paso consistía en despalillar el fondo de ahorros en dólares que teníamos en un banco en Panamá y que, por cierto, me obligó a abrir cinco años atrás, bajo el alegato de que «la tiranía comunista que nos gobernaba tenía previsto estatizar nuestros bienes». Era obvio que no pensaba acotar la incongruencia que implicaba tal decisión, y menos aún hacerle notar que todavía aguardábamos a que se cumpliera el *top ten* de las profecías apocalípticas de su padre con respecto al gobierno de turno. Quería que fuese ella quien demostrase en una suerte de revelación que era posible trazar algún punto de honor, o de orden, en la maraña de tragicómicas decisiones que deseaba tomar. Pero ese momento nunca llegó y, por el contrario, le puso más excitación a la sonrisa y a los planes. Llegó a pedirme que cerráramos dos de las sucursales que habíamos abierto recientemente y —lo que fue el colmo del ridículo— que vendiéramos nuestra casa (único-patrimonio-sólido-con-el-que-contábamos) para irnos a vivir con sus padres mientras cerrábamos el trato. Después de escucharla con atención, me levanté en la cama, en pelotas como estaba, y despotriqué como pude en torno a su desesperación de saciar el complejo de niña rica y marcar ya mismo una línea roja que era imposible cruzar.

—No pienso ir a vivir un segundo, ni compartir un átomo de espacio con la amargura viviente de tu papá —me escuché decir.

La línea fue sólida y contundente, pero no traspasó las fibras de mi cerebro ni tampoco se embarcó en el viaje a través de las cuerdas vocales. De más está decir que el *show* de levantarme sobre el colchón y defender mi posición como si fuese El Álamo tampoco ocurrió. Lo que sí tuvo lugar fue la visión de mi tranquila y perfecta vida siendo masticada por las mandíbulas del francesito y cagada más tarde en algún

baño de mármol. Opté por alcanzar mi Play Station y evadirme asesinando zombis urbanos, que esta vez parecían vestir con tirantes y perfumarse con alguna puta colonia de Jean Paul Gaultier.

Veinticinco minutos después —y luego de trescientos zombis destrozados—, Cleo fue hasta la sala y se sentó a mi lado. Empezó a acariciarme la entrepierna, a decirme que todo estaría bien y casi logra convencerme, a no ser porque el videojuego seguía encendido y yo me veía reflejado de pronto en todos los muertos vivientes que iban cayendo presa de una metralla infinita. Aparté su mano y le dije cuanto pensaba, pero claro que en tono suave y conciliador. Le expliqué las volubilidades de la economía venezolana y el hecho de que era muy difícil tratar de vivir felices si debíamos trabajar la vida entera para pagar un crédito. Comenzó a llorar y a decirme que tenía toda la razón, que la perdonara, que la culpa la tuvo ese sueño que parecía tan real y que nunca fue su intención hacerme sentir miserable, que ya se acostumbraría y agradecería lo que Dios le había dado, que se sentía egoísta... Siguió así un buen rato, mientras los zombis me comieron el cerebro por no prestar más atención a la pantalla. Me manipulaba —de verdad que lo sabía—; sin embargo, algo se activaba dentro de mí y no podía negarlo, un medio dolor en el hígado que parecía más bien una reacción alérgica a sus lágrimas, a su desdicha. Puede que me sintiese mal porque siempre creí que ella merecía alguien mejor que yo. Un ingeniero geofísico con el cual pudiera dialogar de los avatares de su profesión o un rico millonario como el tal Jacques Leroux, que la llevara a París a atragantarse de joyas Cartier y dar paseos por el Sena. Es posible que esa fuese la razón. Pero creo que jugó en esa ocasión la idea más íntima de que no podía vivir temiéndole al mundo y jugando seguro, y de que era la hora de abandonar mi zona de confort. Le tomé la mano y dije:

—¿Sabes qué? ¡Hagámoslo!

Después de esa decisión pude haber tirado otra vez. Quizá hasta habría sido posible pedirle uno que otro movimiento perverso, pero no tuve más ganas. Esa noche me invadió una impotencia (¿psíquica, así la llaman?) que me lanzó largo a largo en la cama, sin posibilidad de dormir ni de alcanzar la tranquilidad. Por el contrario, Cleopatra, feliz de haber alcanzado su objetivo, se abalanzó sobre la computadora y pasó toda la madrugada haciendo complicados cálculos financieros y diseñando un sofisticado calendario de futuras obligaciones crediticias y legales. Cuando al fin se fue a la cama, el sol ya llegaba. Fue la primera vez en la vida, aunque no la última, en que me sentí un poco muerto.

* * *

Tardamos una semana en organizar los papeles y poner la casa en venta. Después volvimos a la oficina de Jacques Leroux para acordar los términos de la compra y comenzar un proceso que no debía llevar más de un mes, el tiempo máximo que pensaba podría vivir con los padres de Cleo. Ese día no estaba el pendejo de Leroux y

fuimos atendidos por otro de sus socios, al que ni siquiera le presté atención cuando dijo su nombre. Este no llevaba tirantes, pero sí una corbatica de lazo que puso la vara alta en cuanto a mariconadas se refiere. El hombre se dio cuenta de que le miraba la corbata y en vez de decirme —como se supone dicta el código no escrito de los machos— «¿Qué coño miras? ¿Se te perdió uno igual?», más bien me preguntó si me agradaba el color y no supe qué hacer, por lo que le dije una vaina que supongo es algo de la parte yin, de la zona rosa, de la reserva de extrema sensibilidad que llevábamos por dentro los hombres y que se te sale de vez en cuando (y mucho más cuando estás acorralado):

—Es linda —solté. Cleo dejó de revisar los papeles de la compra y me miró de reojo con el ceño fruncido y la boca torcida; telepáticamente me lanzó un claro, electrizante y avergonzante: «¡Ayyyyy vale, recoge las plumas...!».

El hombre sonrió, cogió impulso y comenzó a echarme el cuento de que estamos en plena moda *vintage* y de que en esta temporada el estilo de Tokio está más a la vanguardia que el de París y Londres. Cuando el tipo ya abría las alas para comenzar a pedirme que tocara las finas fibras con que era posible confeccionar los pantalones de caballero, lo atajé en seco diciéndole:

—Discúlpeme, pero debo atender esta llamada.

Salí de la oficina, o mejor decir huí de ella, y me quedé una hora esperando a Cleo en un restaurante de la mezzanina. Ella, por supuesto, no dejó pasar la oportunidad de burlarse de mis refinados gustos y tuve que soportar unos cuantos minutos a que terminara de conjugar todas las formas posibles de chistes que incluyeran la palabra plumas, lentejuelas, etcétera. Le dije lo políticamente incorrectas que eran esa clase de bromas y que no era homofóbico, sino que simplemente no sabía cómo carajo comportarme ante tanta finura. Aproveché de comer mientras ella me explicaba los términos de la compra y tardé al menos dos bocados en comprender que no estábamos metiéndonos en un negocio sino en una cadena perpetua.

Intenté no perder el control mientras le explicaba paso a paso a la letrada y autosuficiente Cleopatra que las cláusulas de la venta contenían tantas veces las palabras «ajustes», «cuotas extraordinarias», «intereses variables» e «indexación», que en lugar de un contrato inmobiliario aquello se parecía más al papel donde se le vende el alma al diablo. Quería regresarme y arrancarle la corbata de una patada a ese imbécil, pero una vez más Cleopatra me dijo:

—Lo vamos a lograr. —No entendía sobre qué base justificaba su optimismo, pues para mí el asunto no admitía un trozo de esperanza.

Era seguro que el mes que viviríamos con sus padres se convertiría en un purgatorio del cual tardaríamos mucho tiempo en recuperarnos. Sin embargo, algo extraordinario tuvo lugar dos semanas después de la firma de ese contrato; un hecho imprevisible que me hizo creer en cuanto dios existiera en los cielos.

Ayudaba a unos empleados a picar las cebollas que se servirían durante el almuerzo, cuando eché un vistazo a las noticias y adivinen quién aparece en pantalla: ¡Jacques Leroux!, el mismísimo francesito chupasangre. Se encontraba esposado ante las cámaras, mientras el *banner* al pie de la pantalla rezaba: «Desarticulada banda de constructores que lavaba dinero del narcotráfico». Pensé que me iba a desmayar. Me vi rodar por el suelo y de allí directico al hueco del cementerio junto a la totalidad del dinero que habíamos invertido. Los muchachos me ayudaron a sentarme y trajeron agua con azúcar. Cada vez que intentaba abrir la boca los avispados esos me la atapuzaban mientras susurraban que estaba más pálido que Gasparín. Finalmente pude decir:

—Celular... el celular... —Pero justo cuando agarré el teléfono este sonó. Vi el número de Cleo reflejarse en la pantalla; sin embargo, no fue su voz la que escuché sino la de un hombre informándome que la habían llevado de emergencia al servicio médico de la compañía.

Cuando llegué la vi aún dormida en la camilla. Le tomé la mano y despertó medianamente; se puso a llorar. Era un llanto verdadero y suave, muy desgarrador; casi no emitía ruido, pero las lágrimas les bajaban a montones empapándole la blusa. Le dije que las cosas estarían bien, que íbamos a salir de esa, pero ella no paraba de lagrimear y de culparse. La abracé un rato largo, hasta que sentí que se calmaba. Pidió agua y se recostó de nuevo. Le acaricié el cabello. Mientras ella clavaba los ojos en la lámpara fluorescente, comenzó a decir:

—Odié ese lugar...

—Cleo... Vamos... Trata de descansar.

—Ese apartamentucho de Caricuao; odié vivir allí...

—Ah, ya... Bueno, ya no vives ahí...

—Tú no entiendes, Álvaro. No puedo volver atrás....

No sé qué carajo le habrá pasado durante los años que vivió en ese sitio. Lo que sí quedaba claro era que el asunto no la abandonaba y estaba causándole una severa crisis. Le juré que las cosas iban a aclararse y que tuviese confianza en que saldríamos fortalecidos de esa situación. Me encomendó ir de inmediato hasta la oficina de Leroux y averiguar lo que pudiese, cuestión que hice una hora después.

El lugar estaba atiborrado de hombres encorbatados que pedían explicaciones a los policías que custodiaban la puerta. Uno de ellos —que aclaró no ser detective sino fiscal—, preguntó si existía allí algún propietario del edificio San Marino. Me sentí estúpido cuando comencé a abrirme paso entre la gente con mi mano arriba, diciendo: —... *loft*..., es *loft* San Marino.

El hombre me lanzó una mirada burlona y contuvo las ganas de carcajearse:

—Sí, ese, el San Marino... Pase por allá.

Al fondo de la oficina, donde debía estar la secretaria, se hallaba un sujeto calvo, de lentes, que repasaba una y otra vez un montón de papeles. Le di las buenas tardes y apenas si me prestó atención. Guardé silencio mientras el tipo continuaba revolviendo documentos y cuando me aprestaba a interrumpirlo, preguntó: «¿Nombre?». Se lo dije. «¿Contrato?». Le alcancé una copia. Me dijo que esperara afuera quince minutos. Pasaron cinco horas. Al transcurrir ese tiempo, la oficina se fue vaciando de aquellos hombres de traje que, por lo que pude escuchar, eran abogados que representaban a quienes habían comprado apartamentos al delincuente de Leroux. En el momento en que estaba preparándome para pernoctar en los pasillos del centro comercial apareció el sujeto que horas atrás me había atendido en el puesto de la secretaria y me pidió pasar. Lo que me diría a continuación concentraba la mayor sarta de extrañezas y buena fortuna de la que pueda alguien alardear en esta vida y son, en resumen, las razones por las que pasé de esclavo perpetuo de la deuda a flamante dueño de un apartamento de cuatrocientos metros cuadrados en «la sucursal del cielo».

Humanos parodia

Contrario al pesimismo militante que mantuve en un principio, apenas si tuve que vivir un mes en la villa de la amargura. Estuve tentado a pensar —en la medida en que me iba enterando de los detalles de la estafa de Leroux— que en otra vida debí haber sido el que hizo la lista de Schindler, o al menos el que prestó el papel y mecanografió los nombres de la gente que se salvó de la matazón. A lo mejor fui quien le dijo a Bolívar: «¡Epa, general! ¡Ese Santander le quiere dar chuleta!». O es posible que simplemente haya sido el que dijo: «Tú tocas fino, toma estas cuantas monedas de oro para que te dediques a componer.

¿Cómo dijiste que te llamabas? ¿Mozart...?». Algo bueno debí haber hecho, porque me enteré de que Leroux había engatusado a un montón de la clase media (pendeja) caraqueña y jamás construyó nada, a excepción de: adivinen el edificio... ¡Exacto! El San Marino Loft.

Aproveché ese tiempo en casa del viejo Charles y de Rosa (mamá) para asistir religiosamente a las reuniones de los estafados que organizaba la Fiscalía conjuntamente con el Gobierno, y en verdad que nunca agradecí tanto mi suerte. En la última de ellas —la más concurrida—, llegué hasta un área de seguridad donde me preguntaron mi nombre, ojearon unas listas y me pasaron derechito a una zona vip donde si acaso estábamos veinticinco personas. Muy diferente, por cierto, al área de los pobres diablos que juntaban como ganado bajo unos grandes toldos blancos, y que lucía como un campamento de refugiados. Las reuniones comenzaban con una intervención de un funcionario de la Fiscalía, quien daba detalles sobre el procedimiento jurídico. Aclaradas las dudas, hablaba el representante del Ministerio de la Vivienda, quien abandonaba cualquier etiqueta y recato y destrozaba a los estafadores con unas citas de Marx y el Che. Seguía así por horas haciendo un recuento sobre la «podredumbre estructural» del capitalismo, al tiempo que remarcaba que Adam Smith, «y eso está comprobado históricamente», era un regrandísimo jalabolas de los Leroux de su época. Los estafados vip se mantenían en silencio con su mejor cara de póker, sin aplaudir ningún pasaje del discurso aunque a veces el tipo se lo mereciera, sobre todo cuando gritaba sin miedo a que se le fueran los gallos:

—¡Horror a la oligarquía!

Fue evidente que los estafados vip se calaban al tipo del ministerio no porque creyeran que Satán viviese en Wall Street, sino porque el Gobierno —y créanme que esto solo se ve en un país como este— iba a condonarles la deuda y entregarles los apartamentos, solo para demostrar «la maldad intrínseca del empresariado venezolano».

Para ser ciento por ciento honestos, me pareció un exabrupto que por las travesuras narcofinancieras del francesito el apartamento nos saliese gratis. Pero luego recordé que la aventura de Rosa Cleopatra nos había chupado la mitad de nuestro patrimonio y no pude sino —tras un breve suspiro— guardarme muy, muy, pero muy adentro las cavilaciones morales. Sin embargo, esos cuestionamientos éticos continuaron y mientras la gente era citada para entregarles las llaves y el título de propiedad al canto de «El cielo encapotado anuncia tempestad...», pues me preguntaba qué llevaba al Gobierno a ser tan piadoso con estos tipos que me rodeaban. Okey, está bien que sea benevolente conmigo, el hijo 'e Pepe, que bastante he madrugado para levantar un negocio de comida rápida, pero ¿con los otros?

¿Con esos que, a juzgar por sus ropas de marca y sus relojes que parecían tapas de mayonesa, no merecían la piedad gubernamental? No sé, simplemente no lo entendía en aquel entonces y aún no lo entiendo.

El corazón se me iba acelerando mientras los ricachones, futuros vecinos, se levantaban de sus sillas, respiraban hondo y se acercaban hasta la reencarnación de Lenin para recibir las llaves. Hacían un tamaño esfuerzo (los delataba la transpiración) cuando los fotografiaban y filtraban hasta sus oídos las palabras: «Esto solo es posible en Revolución». No obstante, cuando terminaba el pequeño acto y podían al fin quitarse el disfraz comprado en la tienda «Hipocresía & algo más...», su verdadera risa se elevaba mientras abandonaban la escena —llave en mano— con el documento de exoneración de la deuda. Era como si juntaran las frases «qué mantequilla», «qué papaya» y «qué manguangua», las mezclaran en una licuadora y se las dieran a beber. Ni la marihuana que cultivaba Bob Marley en el patio de su casa les hubiese causado una risa tan placentera.

Es posible que lo mejor de ese día no haya sido en sí mismo haber recibido las llaves, sino haber encontrado a un otro parecido a mí, uno que no era como los que nos rodeaban. El hombre me ubicó en su radar y, quizá llevado por la misma urgencia que yo sentía de hablar con alguien, vino a sentarse a mi lado sin mucho protocolo. Su manera de romper el hielo fue a través de un ligero comentario sobre el clima:

—Vergación de calor... Ando más derretío que BonIce en fogón —dijo.

Jerónimo Duncan Tercero tendió su mano y, luego de burlarse de unos cuantos «sifrisaurios» y «tequeños crúos», sintió la necesidad de comentarme la historia de su vida, mientras esperábamos que fuese nuestro turno para firmar los documentos. Supongo que pasó toda la tarde con esa incontinencia verbal y sintetizó de una manera admirable una historia familiar que, según él, podía rastrearse hasta el mismito momento en que Alonso de Ojeda y Colón despescuezaron a los indios que vivían en la cuenca del Lago de Maracaibo. A pesar de la manera tan gráfica con la que habló de esa época, no dudó en hacer un salto de un poco más de quinientos años para decirme que más allá de lo que pudieran creer «y de lo que pensó el trimardito

del Leró», él no pertenecía a la realeza. Explicó que no era Jerónimo Tercero porque le antecediera una estela admirable o una monarquía con conexiones europeas, sino porque Tercero era ciertamente su apellido. Reí un poco, lo que pareció no gustarle. Me disculpé y continuó. Era el tercero de sus hermanos. Siempre quedaba de tercero en los campeonatos de bolas criollas. Fue en tercer grado donde vivió la mayor vergüenza de su vida, al vomitar ante toda la clase justo en una exposición sobre los alimentos, y por último, se hizo rico cuando en un viaje a Miami pegó un triple que tenía años acumulándose. No había necesidad de que lo dijera, pero lo dijo:

—Siento una verga arrecha por ese número —le pregunté, para completar el círculo, qué signifcaba su segundo nombre y no tardó en responder—. Es que mami y papi se conocieron trabajando en la Duncan.

Luego aprovechó que se había armado una medio trifulca en el área no vip para mentarle la madre a Leroux y soltarme cómo fue que lo había conocido. El cuento no comenzó con el premio gordo de la lotería sino cuando llegó a Venezuela luego de aquel golpe de suerte. Como si hubiese acontecido un milagro, a su casa, en Maracaibo, empezaron a llegar gentes de todas partes pidiéndole una «ayudaíta». Le salieron hasta debajo de las piedras los primos, los tíos, las tías abuelas, las exnovias embarazadas. Supo entonces que debía marcharse y se vino a Caracas para encontrar algo de paz y una casa que se adaptara a sus necesidades. Y es que Jerónimo tenía una familia inmensa: esposa y cinco hijos con un rango de edades entre los tres y los dieciocho años.

Llegó, no al edificio que visité con Rosa Cleopatra, sino a otras oficinas que estaban ubicadas en una quinta por La Castellana. Echó el cuento a todo gañote y fue imposible que una doña muy emperifollada no se viese incluida en la historia contra su voluntad. Dada la manera en que miraba con desdén a Jerónimo Tercero, creo que su mente captó el relato luego de filtrar algunas transgresiones verbales.

—Yo llegué a la verga esa y le di al timbrecito. Había un calor de la verga y tenía ganas de irme par' coño. Pero en el televisor apareció una coña y empezó a metéme una cotorra pa' que me fuera y yo me le arreché. Ahí fue que le dije: «¿Vos sabéis cómo es la verga? Yo soy Jerónimo Duncan Tercero y me abrís esa verga». La mardita por fin me abrió. Debo reconocer que estaba más buena que'r coño. Era mollejúa, la coño e' madre y tenía las mechas recién pintá. Me metió en una oficina arrechísima y después llegó un mariquito. Se me salió un «Ay, veerga». Me metió otra cotorra más pa' que le diera los cobres. Le dije: «Está bien, pero cuidao y me echáis una verga». Se espepitó de la risa —arbolario, er' mardito—. Igual, me enseñó unas casitas vergatarias que lo que me gustaron fue verga. Después llegó otro más parcha todavía y me echó mal de ojo. Me arrechó la verga, así que lo jodí por el moñito que cargaba: «Te parecéis a la pantera rosa», le dije. El muy güevon se hizo el sueco y me sacó el culo. Los bichitos decían algo sobre una «measón» y como desde la

mañana tenía revueltas las tripas, les dije que me prestaran el guatercló. Pero parecía que hablaba chino, así que les repetí: el guaterclooó, mardito... Decíme dónde está que no respondo... El sanitario estaba rodeao de un verguero 'e matas. Me recordó al patio de mi tía Teódula a que'r Saladillo. Tenía el barro flojo, hermano, y te juro que pensé que me iba a morir reventao. Le recé a la Chinita y le pedí que me hiciera el milagro. Después me zampé dos Loperam y me devolví adonde estaban los pendejos esos. Pero cuando llegué, el más pato no estaba. «No voy a regatear con vos», le dije al de los tirantes. «Te pongo los cobritos en la mano si me dais todo el tercer piso». El Leró se alborotó y volvió a decir mariqueras, se me aventó encima y me llenó toda la guayabera 'e pachulí. Er coño 'taba más contento que mujer en Farmatodo.

Si Manuel Carreño, el autor del célebre *Manual de urbanidad y buenas maneras para jóvenes de ambos sexos*, se diera a la tarea de traducir las palabras de Jerónimo, es posible que el resultado habría sido el siguiente: «Llegué hasta las oficinas y comencé a tocar el intercomunicador. En ese momento, el sol estaba en su apogeo y nadie salía a recibirme. De pronto, una mujer apareció en la pequeña pantalla del dispositivo y dijo que no atendían sin citas previas. Como sé lo que tienen en la mente esta clase de sujetos, le dije mi nombre completo. Al poco tiempo, no más de cinco minutos, la mujer que antes me había hablado a través de la pantalla fue a recibirme. Era altísima y su cabello reflejaba los rayos de la media tarde. Me condujo hasta el vestíbulo decorado a la usanza de Luis XVI. Luego salió a recibirme un entusiasta sujeto que llevaba tirantes y se hacía llamar Jacques Leroux. Al escuchar las características del inmueble que andaba buscando, me respondió que creía tener justo lo que yo necesitaba para realizar mi inversión. Le hice saber que suelo ser muy cauteloso a la hora de hacer negocios. El hombre se carcajeó ruidosamente y luego me mostró una bella maqueta del proyecto. Me enamoré de la edificación. Al tiempo que conversábamos sobre el precio, apareció otro individuo que lucía corbatín y me miró con recelo. Para entrar en confianza, hice una breve mención sobre el color de su corbata. El hombre simplemente me ignoró y comenzó a hablar con Leroux. Conversaron un tiempo en francés y no entendí prácticamente nada, a excepción de la palabra *liaison*. Lo cual me recordó que necesitaba ir al baño. Les pregunté dónde quedaba el sanitario. Al ver sus caras de extrañeza, fui más enfático al referirme al lugar al cual necesitaba ir. Ellos no pusieron ninguna objeción y me señalaron una puerta cercana a un lugar repleto de flores silvestres. Ciertamente rememoraba los jardines colgantes de Babilonia. Mientras cumplía con mis urgencias fisiológicas, aprovechaba para entretenerme en asuntos en extremo filosóficos. Al terminar regresé a la reunión. Leroux se encontraba solo. Expuse de inmediato mi interés en hacerme con toda la tercera planta y dije que pagaría de contado. Leroux exclamó en francés: "*Dieu n'est pas mort, il vit dans un pays sous développé*". Extendió la mano y casi llorando expresó: "Trato hecho"».

No había duda de que Jerónimo me había salvado el día, aunque para ser justo, y ahora que veo todo en retrospectiva, puedo entender que no solo me brindó apoyo en ese momento, sino que en términos generales hizo llevadero el tiempo que pasé en el San Marino Loft. Fue mi bote salvavidas cuando al fin pude mudarme y comenzaron mis encuentros del tercer tipo con quienes serían mis nuevos vecinos. Rosa Cleopatra, desde luego, jamás compartió el entusiasmo que sentía por esta nueva amistad. Es más, odiaba a Jerónimo y mucho más a su esposa Eurídice. Decía que ese era el problema de los juegos de lotería, pues permitían que unos pata en el suelo se volvieran ricos de la noche a la mañana, sin vivir el proceso de adaptación y «evolución» necesario que toda persona de clase, abolengo y alcurnia debía tener. Esas tres putas palabras —que tanto rebotaban en la mente de Rosa Cleopatra, y que vivía gargareando para limpiarse las incomodidades que le causaban gente como Jerónimo— bien merecen por sí mismas un diccionario completo, una biblia que reúna en parábolas y anécdotas el mecanismo ideal que, se supone, muestra la vía correcta para acceder a la riqueza. Mi teoría es que esas tres palabras, y podríamos sumar otras como crema y nata, gente buena o Venezuela decente, son el legado venenoso de la única responsable, la cosa que se convirtió en la guía moral, espiritual y amorosa de muchas mujeres (y hombres) de esta tierra, el proyecto tercermundista para la educación sentimental: la telenovela. No llegué a esta conclusión por mi propia cuenta, necesité de una pequeña terapia de choque. Antes de que Elena llegara a mi vida, cuando todavía una vez que otra acompañaba a Rosa Cleopatra a ver algún culebrón, donde la protagonista quedaba loca, ciega o sin herencia antes de conseguir su merecida reivindicación social, esto es, casarse con el tipo rico, aún me dejaba atontar por la manera en que los exitosos millonarios siempre aleccionaban al pobre dejándole bien claro que la única vía de alcanzar la felicidad es dejándose penetrar el c...erebro por la manera en que ellos conciben que debe ser la existencia.

A veces recuerdo a Cleo abriendo los ojos como dos bolondronas cuando empezamos a conocer a nuestros vecinos y sus maneras refinadas. Sentía en ella una especie de fascinación alocada, pero también la aceptación de que por más que se esforzara no iba a ser igual a ellos, y ese creo que fue el sentimiento, la inoculación de esa idea, lo que hizo que sobreviniera el desastre. Es verdaderamente triste la forma en que terminó todo. Nadie hubiese esperado ese final para esta historia, pero la vida no es como Disney.

***

Fui uno de los últimos en recibir los papeles en el acto de entrega de los títulos de propiedad. Accedí de buen ánimo a tomarme la foto, mientras mostraba un pesado llavero del cual colgaban algunas insignias metálicas. Después llamaron a Jerónimo y este sí no tuvo recato en dejarse entrevistar, fotografiarse y hablar mal de «Leró» mientras alzaba todas sus llaves, batiéndolas en el aire al tiempo que amenazaba con

demandarlo por los próximos cien años. El hombre del Ministerio de la Vivienda concluyó el acto con alabanzas a Jerónimo y a sus palabras, casi insinuando, o más bien diciéndolo por todo el cañón, que aquello parecía la versión marabina de *Mi delirio sobre el Chimborazo*.

Intercambiamos números telefónicos y nos despedimos. Yo abordé mi carro Toyota y Jerónimo se fue en una camioneta con unos cauchos tan grandes y unos rines tan estrafalarios que de igual modo habría podido haber tuneado una gandola de recoger basura y nadie habría notado la diferencia. Silbé y canté por todo el trayecto hasta la casa de los padres de Rosa Cleopatra. Ya estando allá les conté hasta los más mínimos detalles. Rosa mamá sonreía contenta, pero no hacía gran alboroto. Se mantenía en una posición sumisa, trayéndonos de beber y comer sin intervenir demasiado. Charles sí se acomodó junto a su hija para escuchar el relato, mientras que sus ojos me lanzaban rayos láser queriendo con ellos desaparecerme del mapa. Yo sabía en lo que andaba su mente aunque no lo dijera. Era el trato habitual que ocultaba bajo su piel de tejano pasivo-agresivo. No sé qué afrenta cometí aparte de haberme empatado con Rosa Cleopatra; tampoco sé qué esperaba de mí o qué debía hacer para que bajara su maldita guardia y dejara de tratarme como si fuese del Vietcong. Nunca me lo dijo; admito que fue un error haberle enviado a su correo electrónico documentales donde demostraban que el supuesto primer viaje a la Luna fue grabado en un estudio de televisión, o que era pura paja lo de las armas químicas en Iraq. Incluso habría entendido de veras su odio si en aquel Halloween que celebramos por iniciativa de Rosa Cleopatra le hubiese llegado el disfraz de Ku Klux Klan que le mandé a hacer. Se salvó de recibirlo porque Cleo vio la caja antes y supo que aquello significaría la guerra a muerte.

A pesar de que nunca lo reconocí, tal vez era lo que yo deseaba: explotar el rollo y que se definieran los bandos de una vez por todas en esa casa. Sin embargo, esa oportunidad nunca llegó y tuve que soportar la especie de fúrica tolerancia del viejo. Así sería de «puente roto» que no mostró ni la más leve sonrisa cuando le puse en el televisor de sesenta pulgadas —que por supuesto yo le compré— las lujosas y bien ubicadas estancias del San Marino Loft. En vez de satisfacción, lo que tuve que soportar aquel día fue la cantaleta del amargado Charles sobre la barbarie que se avecinaba en el país. Pero eso no ocurrió con estrépito y dramatismo; como todo en él, la cosa fue cogiendo impulso a través de los tragos de *whisky* que se iba metiendo de a poquito y haciéndose el loco, como si nadie se diera cuenta de su obvia fascinación por la bebida.

Entonces, en un punto donde dejaba de darle vueltas a la mesa y las orejas se le ponían rojitas de la borrachera, comenzaba su archiconocido, inigualable e incomprensible listado de las diez teorías conspirativas más espantosas que llevaban quince años sin demostrarse. Hizo un admirable compendio de historia paranoica

donde acusó a Lenin de ser el culpable del ochenta por ciento de las cosas malas que le habían ocurrido. Después, daba un paseo por los archipiélagos gulags del Caribe y terminaba con un recuento de los rituales cuasisatánicos que tenían lugar a dos cuadras del metro de Caño Amarillo. Me lo calaba solo porque Rosa Cleopatra me lo rogaba, a través de gestos aéreos que imploraban paciencia y una Zona Libre donde el gran Charles pudiera aterrizar su Boeing proveniente de la isla Frustración. En esos momentos me convertía en el relleno sanitario perfecto de su alma intoxicada y la única que parecía tener un átomo de piedad era la suegra, que sin proferir palabra alguna me encasquetaba, muy comprensiva, un tarro de tilo mezclado con Xanax. Lo peor de toda la historia es que nunca le llevé la contraria, jamás le dije que la culpa la tenían sus pésimas decisiones financieras de antaño, o que si tan mal la estaba pasando regresara a la tierra que lo había parido. A cambio de eso, por cada párrafo que le dedicaba a mis planes de vida, él se tomaba media hora de alucinaciones y reproches políticofantasmagóricos. De todos modos, como ya tenía la piel callosa de tanto palo recibido, prefería enfocarme en decir que el San Marino Loft era considerada la obra de ingeniería residencial más visionaria de la época y que, además (y ese comentario lo hice para éxtasis de Cleo, palabrita *fancy* incluida), compartiríamos con los más «granado» de la sociedad capitalina.

Esa fue la tónica en la que transcurrieron la mayoría de las noches que permanecimos en ese lugar. Yo, escuchando las nuevas actualizaciones que eran añadidas a sus complots para hacerlo infeliz. Rosa mamá, metida en la cocina ocupada con cualquier azulejo manchado de grasa, y Cleo entretenida en su laptop decorando vía digital los espacios del nuevo apartamento. Desde que nos instalamos supe que la mejor vía para la sobrevivencia era salir muy temprano y llegar muy tarde. Ponía cualquier excusa para acortar el tiempo de convivencia y ser invisible. Sin embargo, cuando ya lo único que me faltaba era decir que había sido abducido, decidí cambiar mi estrategia de avestruz y pasar a la ofensiva. Ardió en mi mente el grito suicida «¡bansaaaiiii!» y mi voz articuló un:

—¿Qué te parece si nos vamos a ver el beisbol en algún local?

Cuando esas palabras rasgaron el aire del castillo Monotonía, la mirada harto pensativa de Cleo me hizo flaquear. Su expresión era un cruce de incredulidad con alegría contenida y la idea de que alguien terminaría ahogado en el río Guaire. Calmé sus miedos explicándole que estaba cansado de vivir la misma dinámica día tras día:

—Es como estar en la puta película del día de la marmota —argumenté.

Lo que no le revelé a Cleo fue que mi objetivo oculto era aprovechar la noche previa a la mudanza para sacarme de adentro una pregunta que había guardado desde el primer instante en que conocí a su padre (y a su típica, silenciosa y brutal mirada de «así que este es el regrandísimo *motherfucker* que se coge a mi hija»).

Gracias a la intervención de Cleo, Charles aceptó salir conmigo. El tipo se puso una chaqueta mientras murmuraba maldiciones en inglés y bajó en el ascensor sin levantar la mirada. Estaba fundido de la rabia. En el trayecto al local pasé la mitad del tiempo buscando conversación y, como nunca la obtuve, aproveché la otra parte del tiempo para recordar mentalmente a la madre que lo había parido. A decir verdad, estaba comenzando a pensar que había cometido un error de cálculo. Creí que sería posible una o dos horas de batalla, pero me iba a ser imposible soportar una noche entera tratando de sacarle una sonrisa a Darth Vader.

Estacioné el vehículo en una calle y le lancé la recta de doscientas millas que había estado preparando desde siempre: «¿Por qué me odias?». Lo que respondió fue tan convincente y sorpresivo que no tuve ganas sino de darle vuelta al carro y perderme el juego de beisbol. Por lo que a mí concernía, esa noche ya habían ganado los Yankees. Así fue como pasé otra noche sin dormir, por culpa de otro miembro de la familia Carter Becerra. Tamaño control tenían ellos sobre mi insomnio, los muy hijos de puta. Eran capaces de invocarlo cuando les diera la gana y sin responder por las consecuencias. Rosa Cleopatra lo hacía a través de sus epilépticos y cíclicos caprichos financieros, y ahora era el viejo Charles, haciendo uso de la infaltable carta de las revelaciones familiares. Esa fue la primera de las cosas íntimas y secretas que me confesó. La segunda vendría cuando se cumpliera la primera —pero eso no lo sabía yo en ese entonces—. Al menos por esa noche, solo tendría que lidiar con la noticia de que le restaban menos de seis meses de vida.

***

Rosa Cleopatra decidió que llegáramos al San Marino sin toda la parafernalia de la mudanza. Hasta ese momento nunca habíamos estado en el *loft*, pues el Gobierno lo tenía en una especie de cuarentena mientras finiquitaban algunos detalles de la construcción. Pero el día solar 31 pudimos partir a nuestro palacio privado para disfrutar de los favores del destino. Ese día estuve menos avispado que otras veces y Cleo me lo hizo saber. Se molestaba porque pensaba que mi distracción obedecía al hecho de quedar excluido de las decisiones de decoración. Me pedía concentrarme en mantener más atención a la ruta y manejar en equipo para que ella pudiese recordar el camino. Puse el máximo empeño para no quedar expuesto ante Cleo. En la próxima falta iba a atravesarme con su lanza puntiaguda y sacarme alguna confesión a través de su infaltable: «Se trata de alguna mujer, ¿verdad? Dímelo, Álvaro. ¿Hay alguien más en tu vida?». Ponía el listón muy alto para que cualquier dato, bajo la línea de tan extrema circunstancia, fuese menos nocivo a la hora de ser revelado. La pobre no tenía la menor idea de que el viejo Charles ahora se convertía en un inquilino permanente de mi cabeza, menos aún podía sospechar siquiera que fuese capaz de ocultarle que su padre moriría pronto.

—Siempre he querido una mesa de *pool* —le dije. Ella resopló con desconfianza y entrecerró los ojitos hasta casi desaparecerlos. Se me revolvió el estómago.

—Eso sí que no. Ya hemos hablado al respecto... En ese espacio haremos un *lounge* —contestó satisfecha de haber sofocado con gracia mi intento de sublevación.

Respiré aliviado por el éxito de la coartada, pero no quise darle espacio a la contraofensiva. Cerré la conversación con algo antiguo y que —según *National Geographic*— fue el descubrimiento clave que permitió a los machos cromañones triunfar sobre sus ilusos y optimistas competidores neandertales. Me refiero a la frase: «Sí, mi amor. Lo que tú digas». Fue efectiva hace cincuenta mil años tanto como ahora. Cleo se hinchó orgullosa de su victoria y no preguntó más.

Al salir ileso, juré no flaquear de nuevo. Ella iba haciendo observaciones sobre la vía y le contestaba de inmediato, agregando uno que otro detalle curioso para hacerla meditar. Nada de chistes o banalidades, pero sí la verdad acerca de cuánta energía creativa y voluntad política se había invertido en construir grandes y bellas autopistas para esta zona de Caracas, olvidando el pasado colonial y las herencias verticales de lo que en bachillerato llamaban el «éxodo campesino». Rosa Cleopatra decía, muy metida en sus reflexiones sociológicas, que no entendía por qué no se devolvían todos al campo otra vez y se ponían a producir, «con lo bonito que es sembrar». Supongo que aquella expresión de mitificación de la vida del campo la decía por su maravillosa experiencia agroproductiva, que se reducía a hacer crecer cinco cebollines y un ajoporro en dos porrones de mayonesa, o a las veces que comía aguacate y juraba que sembraría la semilla en el matero de la ventana. Por supuesto, todas esas ensoñaciones terminaban literalmente en la basura, cuando pasado un tiempo los mosquitos se multiplicaban y la semilla se tostaba en la esperanza vana de que algún día volvería a ser un árbol.

Rosa Cleopatra era así, con sus opiniones entre filosóficas y novelescas sobre la sociedad, debatiéndose al compás de sus quejas sobre el pasado y el futuro. Del presente no se quejaba, pues prefería actuar: «el presente nos pertenece...», decía citando un libro que culpaba a la vaca de algo: a veces, cuando medio le metía a un sofisticado ponche de *whisky* llamado Baileys, me salía con que le encantaba el cambio y la ley de atracción. En resumen, sus opiniones sobre Caracas terminaban transformadas en una conjunción rara que estaba a mitad del prejuicio racial, las falsas memorias y la física cuántica. Era muy chistoso escucharla, porque a pesar de ser ingeniero geofísico y de haber pasado todos sus años en la capital, parecía haber borrado de su cabeza los sucesos más trágicos que significan las contradicciones de la vida real. Incluso llegó a decirme, a medida que nos internábamos en las calles diseñadas con evidente vocación urbanística, que la pobreza era un asunto mental, así como lo pueden ser las limitaciones psicológicas que a veces nos ponemos para no emprender alguna tarea en el ámbito laboral o sentimental. Una suerte de

obstáculo espiritual, responsabilidad directa del individuo y no de terceros. Sabía que aquellas frases las había sacado de tanto ver los discursos de Steve Jobs y de leer sobre programación neurolingüística, pero también por culpa del viejo Charles y, sobre todo, de su propio trabajo.

Rosa Cleopatra se partía el lomo para una empresa petrolera multinacional, donde ella era la más autóctona. El resto de sus compañeros transnacionales estaban a un paso de ser considerados raza aria y a segundos de fundar su propio club exclusivo, donde solamente podrían entrar quienes tuvieran en el apellido algo de Schwarzenegger y mucho de Powell. Tanta era la presión que le ejercía sobre su ego esa compañía, que una noche, mirando la luna llena (no podía ser de otra forma, ¿verdad?), me confesó que se sentía como una guacamaya. Es decir, sabía por las miradas de sus compañeros de trabajo que no era fea; sin embargo, tenía a su entender una clase de gracia exótica, pero no una belleza que pudiese ser verdaderamente considerada como tal. Esto, en traducción del idioma cleopatrense, significaba que había sacado más de los genes rebeldes de su madre venezolana y no tantos, o casi nada —según ella—, de su grácil y estilizado padre tejano.

De cualquier modo, y a pesar de sus melcochas sentimentales, me entretenía la manera en que veía las cosas del mundo, a no ser cuando se ponía a hablar de mi familia y de su incapacidad para comprender por qué mi padre fue el único español que no hizo dinero en este país. Le repetía la historia familiar del clan González Nieto, a ver si algún día me dejaba en paz con el tema.

Contaba lo que más o menos la gente conoce, incluso ella. Claro que remontándome unas cuantas décadas atrás, hacia los años cincuenta, que fue el tiempo en que mi abuelo vino huyendo de la pobreza provocada por la Segunda Guerra Mundial. Llegó con prácticamente nada, pero armado de pericia técnica y con la suerte de contar con un Gobierno de puertas abiertas para todo lo que oliera a Europa. Abrió un modestísimo taller para hacer zapatos en la parroquia La Candelaria, muy cerca de la plaza. Mi padre fue su primer ayudante, junto con mi tío y mi propia abuela. El negocio era absolutamente familiar y no contrataba a nadie a excepción de los diciembres cuando el trabajo aumentaba y a regañadientes, según me cuenta Papá, el abuelo consentía contratar venezolanos para las labores más pesadas como la limpieza del taller o el caleteo de las mercancías.

El taller prosperó hasta más o menos principios de los setenta, que fue cuando llegó la mala racha de los González. De veras hay que tener mala suerte para irse a la bancarrota justo en la época en que el pequeño país caribeño era bautizado como una prometedora segunda Arabia Saudita. No estaba en los cálculos de mi travieso abuelito que la amante le saliera respondona y rompiese su código de silencio. Una tarde llegó al taller una negra altísima, según cuenta mi papá, y presentó a sus hijos naturales en busca del reconocimiento español. Habló de los detalles íntimos y de

sus derechos y necesidades insatisfechas. Fue el principio del acabose. Se armó la guerra de los cinco años, donde el negocio fue despedazado entre la ira de la abuela y los abogados de la amante de mi abuelo. Él se deprimió muchísimo y buscó consuelo en el maná que brotaba de la Rioja y la Ribera del Duero. No volvió a dejar el alcohol nunca más. Mi abuela se metió también en los pantanos sulfurosos de la desdicha y allí pernoctó hasta que un ACV la sacó de la tierra. Por su parte, Papá y mi tío tuvieron casi que vivir de la caridad y luego aceptar trabajar como zapateros de un español mucho más centrado en los negocios y menos en los placeres de la carne. De esa forma pudieron salir un poco a flote. Sin embargo, jamás recuperaron la solvencia económica y quedaron excluidos del *ranking* no oficial que el valle de Caracas erige en honor a los emprendedores venidos de ultramar.

Cuando tuve la edad para entender las cosas, mi padre me pidió encarecidamente que estudiara para que así le entrara a los negocios con ciencia y razonamiento, alejándome de las tentaciones obvias que escondían las curvas de la mujer venezolana. Nos prohibió bajar a Barlovento, revelando tiempo después que fue esa tierra la que embobó al abuelo. Recuerdo que al llegar de su trabajo, por las noches, repasaba con nosotros las lecciones de matemática y aprovechaba para contarnos todas las desventuras de su familia como si se tratara de la épica de Cristóbal Colón. A mi hermano mayor lo ladillaban las historias, pero a mí, en cambio, me complacía imaginar al abuelo, a quien conocí en sus últimos y más deprimentes años, atravesando las cuencas y estrechos de las riberas caribeñas, pidiendo ser atado a un mástil para huir del caoba brillante y brutalmente encantador de las sirenas de estas costas. Las historias tuvieron su efecto. Pasé la infancia temiendo acercarme a la tierra ignota y poblada de peligros que se abría más allá de los límites de Caucagua, e incluso llegué a pensar que las imágenes contradictorias que llegaban por los noticieros en la época de Carnavales y Semana Santa eran propaganda para atraer inocentes víctimas. Por buena fortuna, la mentira duró hasta el bachillerato, cuando tuve la oportunidad de estudiar con un muchacho de padres árabes, quienes tenían un negocio de lanchas por Higuerote, así que al fin visité ese «infierno» y, pues, ya no conseguí mejor lugar para ir a vacacionar.

Sin embargo, mis padres no cesaban de aplicarse en serio para evitar la mala suerte de la familia e hicieron increíbles esfuerzos por garantizarnos la mejor educación. Nos inscribieron en un colegio de los mejores que pudieron pagar y nos deslocalizaron hacia la zona de La Trinidad con el fin de ir escalando posiciones. Constantemente usaban palabras que parecían sacar de un manual de agentes secretos para describir la experiencia que viviríamos —aunque creo que lo hacían más bien para que pudiésemos comprender el porqué de sus acciones—. Apenas al cumplir los doce años, en su léxico comenzaron a surgir las palabras: aclimatarse, mimetizarse con el entorno, observación-descripción, contactos, información y

otras por el estilo. Nos pintaban el lugar como el primer paso hacia nuestra nueva vida y nos prevenían en torno a ser comprensivos y aplomados cuando quisieran burlarse por el lugar donde vivíamos.

Este último consejo no lo calibré en su justa dimensión hasta que pisamos el colegio y entendí de qué se trataba realmente la frase: «nido de sifrinos». Reconozco que no me costó en lo absoluto adaptarme y, ahora que lo pienso, la época pasó verdaderamente rápido. No conservo muchas amistades de aquel entonces, pero las que tengo son buenas. El que sí la pasó mal en serio fue mi hermano mayor. Era huraño a extremos insospechados y nunca se adaptó. Peleaba permanentemente, casi siempre. Las tardes eran para él una oportunidad para reeditar las victorias bolcheviques sobre los zares hijos de papi y mami. Hizo famoso uno de los callejones contiguos al colegio, al que llegaban alumnos de toda la zona para lavar con sangre las ofensas diarias que le propinaba a su clase acomodada ese «marginal de mierda». Nunca perdió una pelea, aunque llevó coñazos que jode. Lo más impactante es que tiró como nunca —el muy hijo de puta—, pues para las «muchachas bien» era una especie de cavernícola incomprendido con una herencia noble que no lograba aceptar. Para mí era un héroe y un villano a partes iguales. No quería que lo molieran a palos, pero tampoco que por su culpa me dejaran por fuera de más del cincuenta por ciento de las rumbas que se organizaban.

Cuando Papá nos iba a buscar en su Dodge Dart Custom las primeras veces (después le rogué que nos dejara llegar en autobús), discutíamos sobre la inconveniencia de mantener su «guerra a muerte contra la burguesía» (literalmente la llamaba así). Papá se pegaba unos arrecherones y le echaba la culpa al grupito bohemio que se ponía a tocar canciones de la trova cubana en el bulevar de Bellas Artes. Le prohibió a Manuel, mi hermano, que los frecuentara y además, so pena de quitarle el apellido (como si eso fuera una verdadera amenaza), le conminó a dejar la violencia y enfocarse en los estudios. A veces, antes de irnos a dormir, le preguntaba a Manuel por qué tenía que ser tan amargado y le recomendaba que bajara la guardia para hacer más fácil la vida de todos. Él no me contestaba, lo oía resoplar en la parte superior de la litera, cuasi articulando respuestas, más a sí mismo que a mí, y luego se dormía con una declaración de principios que variaba dependiendo del ciclo de la luna:

—No voy a dejarme joder por esos güevones —decía, cuando el satélite estaba creciente. Y—: Grábate algo: ellos nos odian —concluía, durante el ciclo menguante.

Cuando al fin salió del bachillerato, se negó a ir a la fiesta de graduación y tampoco quiso aceptar que nuestros padres se endeudaran para costear el pequeño capricho que se les metió a sus compañeros de estudios: celebrar el fin de la secundaria con un crucero por el Caribe.

Sufrió como sufre todo primogénito, aguantando sobre sus hombros las mayores expectativas paternas. Y es que Papá quería que fuese abogado, pues a su juicio en un

país con tanta inestabilidad era necesario contar con dicha sabiduría. Pero Manuel tuvo en mente otra cosa y se perdió de la casa por dos años. Al regresar dijo que su vocación era la filosofía y eso fue lo que estudió. Aquella decisión me provocó una severa crisis; transitoria, pero crisis al fin. Desde el lado izquierdo de la balanza estaban los terrores típicos de los padres, concentrados casi todos en premisas materiales, donde la pregunta «¿Y de qué vas a vivir?», es clásica. Por el otro lado, la vocación o inclinaciones naturales. Es decir, siempre tuve una cierta fascinación por la historia, por las batallas de Napoleón, por los altibajos de los seres bíblicos o por la propia narrativa familiar. Sin embargo, mantenía el gusto bien escondido en un rincón del corazón destinado a los *hobbies*, y nunca lo dejé reposar y madurar en la parte seria destinada a lo que se supone te hace un hombre hecho y derecho. Papá, y luego Mamá se unió a la cruzada, me pidió estudiar administración de empresas para que dejara el vulgar empirismo que tanto dolor trajo a su familia. Y así lo hice, sin poner ninguna objeción. Creo que en el fondo no quería ser considerado un perdedor, esa es la verdad. Veía la mirada de Papá al ver a mi hermano en la mesa durante las cenas, luego de su regreso, y ya no había esperanza en ella. Era como si contemplara a un ser extraño, una decepción viviente. No quería eso para mí. A veces solo miraba, pero en otras ocasiones, y no pocas, intervenía en los largos monólogos que se lanzaba Manuel sobre los presocráticos y le preguntaba de qué coño servían las güevonadas de las que hablaba, y que si con eso podía ir al supermercado y comprar dos litros de leche. Manuel a veces aguantaba la pela. Sonreía y miraba su plato, se atragantaba de pan y volvía a sonreír. Pero otras veces, y no pocas, comenzaba a discutir con Papá sobre qué coño le había dejado el partirse el culo durante cincuenta años de su vida. Y con ese cuestionamiento empezaba la plomamentazón. Los dos se enfrentaban desde sus trincheras lanzando los cuchillos, pero luego subían la intensidad y pasaban a las bombas nucleares. Seguían así media hora, hasta que Mamá se ponía a llorar y les pedía algo de paz. Esos espectáculos hirieron de muerte las cenas familiares. Las cosas no volvieron a resultar como antes y, junto con la llegada de las respectivas novias, lo que conocí como la vida familiar terminó por desaparecer.

Rosa Cleopatra escuchó paciente y me preguntó por qué siempre tenía que mezclar la historia del fracaso económico de mi familia con los detalles del bachillerato y las rupturas sentimentales entre padres e hijos.

—Lo único que te faltó fue repetir la historia del Atari 2600 —dijo con fastidio. Pensé que tenía razón, no por la forma en que entrelazaba las historias sino porque había olvidado comentar el asunto de los videojuegos, y la habría repetido a no ser porque el San Marino Loft era ya visible a unos cuantos metros.

Para llegar al *loft* era necesario bajar una pequeña colina y conectar una inmensa avenida de dos canales en cada sentido. Había palmeras medianas y trinitarias que

adornaban las aceras. Los faroles eran inmensos y se alimentaban de la propia energía solar. Los terrenos que rodeaban la edificación estaban repletos de obras inconclusas y en algunos podían verse vallas caídas donde asomaba la cara del miserable de Leroux disfrazado de ingeniero civil, con la leyenda: «Vive tu sueño». Aunque era la vez primera que entraba en aquellos predios, no me eran ajenas ninguna de esas imágenes. Jerónimo Tercero se había mudado dos semanas antes y me mantenía al tanto de todos los detalles a través del celular. La última de las fotos que me envió era sobre una parte del cielo apreciable desde su balcón. En ella podían verse unos objetos voladores, al menos diez, que parecían querer establecer algún tipo de comunicación con los seres terrícolas. Pero Jerónimo Duncan Tercero, riéndose a carcajadas, o bueno escribiendo jajajajajajaja + 🤣🤣🤣, me explicó que:

—En esa verga se la pasan los marditos de aquí, volando drones. —Masedonio (su hijo segundo, y supongo que la «s» se la debe a ese hecho) dice que parecen zamuritos.

Ese día el San Marino Loft no era sobrevolado por las máquinas, así que Rosa Cleopatra tuvo que conformarse con la fotografía pixelada que enviara Jerónimo para, luego de un rápido estudio, concluir que «obviamente se trataba de novedosos drones». En su cara se reflejaba la creciente preocupación que le generaba el edificio y no estaba dispuesta a que su primera experiencia estuviese empañada por cualquier cosa que pudiera arruinarla, incluida la idea de que bajo la sombra del enjambre de los artefactos volantes, desde la distancia, y con el rabillo del ojo, el paisaje le pudiese recordar —aunque fuera lejana, muy lejanamente— a un botadero de basura. ¿Metáfora cruel de la vida? Quién sabe.

Lo cierto es que la carretera nos empujaba hacia el San Marino y, en menos tiempo de lo que pude calcular desde lo alto de la colina, estuve frente a la gran puerta del estacionamiento. Empecé a tantear el manojo de llaves buscando el control remoto que venía en él, pero el aparato era confuso o al menos eso me parecía bajo la presión que me causaba Rosa Cleopatra por entrar. Apreté una o dos veces e intenté el viejo truco de poner el control bajo la barbilla para que, según la ciencia popular, las ondas viajaran con mayor eficacia, pero nada funcionó. Rosa atendía a mi acto y en su expresión iban agolpándose las ganas de decirme que no fuera tierrúo, pero optó —cosa que agradezco— por apretar la mandíbula y quitarme el control. Empezó entonces la función de la ingeniera que piensa que todos los mecanismos y artefactos eléctricos, fotoeléctricos y de mecánica compleja deben obedecerle. Apretó mil veces los benditos botones hasta que se obstinó y dejó escapar algo que hacía más o menos dos días que no me decía:

—¡Álvaro, ya lo echaste a perder!

En eso, un hombre nos hizo señas desde la parte frontal del carro. Estaba trajeado como un policía de Beverly Hills (nunca he ido a California, pero vi la película de

Eddie Murphy, así que tenía mi referencia). Rosa Cleopatra, imbuida por la paranoia, me dijo que tuviera cuidado, pero le dije que nadie iba a venir a robarnos metido en semejante disfraz. Bajé la ventana y el hombre se acercó, se quitó la gorra e hizo una especie de reverencia con la mano, dijo que su nombre era Teófilo Blanco. Era el encargado de la seguridad del San Marino Loft y le reportaba al señor Tercero y al señor Casiraghi. Rosa Cleopatra se perdió un poco entre las edulcoradas palabras de Teófilo y me apresuré a aclararle que se trataba del vigilante. Teófilo tosió un poco y alzó el dedo índice (con respeto, eso sí) para corregirme:

—Seguridad, señor, guardia de seguridad.

Se convertía nuestro amigo Teófilo en la primera prueba de que entrábamos al territorio donde la jerarquía y los títulos nobiliarios, comprados o adquiridos, tenían su honda significación. Le contesté molesto:

—Sí, ajá. Dígame cómo entrar.

Un segundo de silencio y luego salió Rosa a darme un toquecito técnico en el codo, uno suave que me avisa cuando he sido un tanto rudo. Teófilo también lo resintió y cambió la expresión. Su rostro ahora adquirió un rictus más serio, el de la costumbre de tratar con sujetos como yo. Pidió mi nombre y apellido y hurgó en una tableta de diez pulgadas que sacó de un bolsillo. Confirmó nuestra identidad y luego nos pidió poner nuestra huella en la pantalla. Al atravesar el portón y aproximarme al estacionamiento, fui presa de un encantamiento que no logro explicar, algo que me hinchaba el pecho y me puso feliz: me sentía «mejor persona». Pero al dar vueltas en el amplio estacionamiento buscando nuestro puesto comencé a registrar un ligero malestar que Rosa pudo percibir. Preguntó si me sentía bien; me perdí un segundo en su pregunta y no supe qué responder —en el fondo, parecía haberme quedado rezagado en el portón con Teófilo tratando de explicarme o explicarle por qué había sido tan seco, ¿tan arrogante?—. No, no podía ser... puede que estuviese exagerando. Quizá no fue nada grave. De igual modo, debí prestar mayor atención a ese hormigueo en el pecho, puesto que quizá habría podido subir la guardia un poco más y darme cuenta de que los lugares suelen ejercer un influjo extraño sobre las personas, un efecto que es muy difícil describir o advertir.

Pude sacudirme esos pensamientos al encontrar los puestos del estacionamiento en el segundo sótano. Estaban bellamente demarcados con pintura fluorescente que al contacto con las luces halógenas le daban un aspecto de portal dimensional. Cualquier cosa nos llamaba la atención y agradaba: el asfalto, los extintores de incendio, tan rojos y limpios, la inexistencia de humedad, el resto de los vehículos tan a la moda, tan del año. Rosa Cleopatra incluso acotó que, al activar la alarma del carro, el eco parecía retumbar con la gracia de un címbalo húngaro. En otras circunstancias le hubiese dicho: «¡Épale! Ya va, ¿y esa palabrita? ¿De qué película la sacaste?», pero como estábamos en modo encantamiento la dejé pasar. Tomamos el

ascensor, colocamos la pequeña llave y activamos la máquina de los deseos. Fuimos hasta el piso cinco y aun cuando ya lo sabíamos en teoría, no estábamos preparados para la experiencia. Menos mal que no éramos escoltados por la gente de alcurnia, porque de haber ocurrido habrían contemplado el espectáculo circense de la mujer con el timbre vocal más agudo de la galaxia:

—¡Llega hasta la sala! ¡Llega hasta la sala!

Las puertas del ascensor se abrieron y nos deslumbró el gran ventanal, la inmensa plataforma desde la cual podíamos admirar a los minúsculos seres que vivían en las faldas de El Ávila. El lugar era espacioso y la luz natural resaltaba los motivos de acero industrial incrustados en las paredes de concreto vaciado, ladrillos envejecidos que iban del piso hasta el final del techo de doble altura. A la derecha podíamos ver la escalera que conducía a la segunda planta, y más a la derecha otra sección de la sala. Cleo caminaba con cuidado, como si no quisiera tropezarse con los muebles que en su imaginación iba colocando aquí y allá. Por un breve instante, salí del encantamiento cuando empezó a decir:

—En este lugar, el sofá de piel... En esta esquina, la lámpara Karibú; en aquella, la Manhattan...

Yo, por supuesto, inmediatamente empecé a rebuscar mentalmente en el camión de la mudanza y no encontré nada que rimara con Karibú. Allí fue cuando Cleopatra Carter me comió entero con la mirada de «Lo quiero todo nuevo, Álvaro». Pensé que me desvanecía, que iba a caer en el piso, en el bello piso de parqué, y que despertaría en casa con un té al lado y Cleo diciéndome: «Despierta, Álvaro, todo ha sido un mal sueño». Pero no, me mantuve en pie, inmóvil, soportando el peso de la mirada de Cleo. Ni tiempo tuve de sacar la calculadora, porque puso un dedo en mi boca y me dijo:

—Lo tengo todo resuelto.

Resolver significaba que tenía ahorrados unos dólares de algunos viajes que había hecho para la compañía. La ubicación del dinero y su existencia eran hasta ese momento desconocidas para mí, pero no para el máximo de sus asesores, el afanoso albañil que le prestaba todo el cemento que necesitaran sus más alocadas pretensiones, el archi... remalparido de su mejor amigo: Pedro ContrerasFoucault, así, con guión incluido, para que quede bien claro que tiene algún gen que le permite entrometerse en cuanta decisión de pareja tuviera lugar en mi casa. Hice las preguntas de rigor aunque sabía de antemano las respuestas inmediatas y las que seguirían a cuestionamientos posteriores.

El asunto era este: Pedro Pedrito, ingeniero como ella, era a su vez un excelso emprendedor al que le gustaba dárselas de *broker* y metía uno que otro dólar en la Bolsa de Valores de Caracas (antes del control cambiario), y así se hizo con algún capital. Viajaba fuera del país cada vez que había un feriado y se traía sus discos duros

repletísimos de *selfies* aburridísimas y mal tomadas. Una foto en Praga; otra en la Torre de Pisa (que siempre rogué se le viniera encima); recostado como una morsa en las cristalinas aguas de Bora Bora; muerto del puto frío en algún lugar de Austria y así por el estilo durante dieciséis *gigabytes* de intragable arrogancia. Rosa Cleopatra lo idolatraba a morir. Varias veces le advertí que si algún día pensaba en montarme cachos, no lo hiciera con semejante espécimen. Ella se reía. Me juraba que él era gay y volvía a reírse de mis «ocurrencias». Yo la veía carcajearse y lanzarse en la cama sonreída de «mis locuras», pero en mi mente lo único que estaba presente eran las miraditas porno-asesinas que el Pedro Pedrito lanzaba directamente al culo de Rosa, como si fuesen los misiles que perseguían el Octubre Rojo. El tipo confundía mi paciencia gandhiana con la estupidez y juré que si en algún momento lo volvía a encontrar apretujando a Rosa Cleopatra con su cara de «nadie se da cuenta de que soy un sádico-de-clóset», lo iba a moler a patadas. En todo caso, allí estaba Cleo hablándome de que el tipo la había súper asesorado en todo lo referente a cómo hacer rendir sus dólares guardados. Que no debía preocuparme en lo absoluto, pues el tal Pedro o *Peter* —como ella le decía por cariño— y que sonaba *Pítar* (así, con un tonito como medio excitado), estaba ya entrometido en una transacción ultrarecontracomplicada que nos daría la posibilidad de remodelar absolutamente el *loft* sin necesidad de que mis negocios de comida rápida sufrieran un ápice. El asunto me sonó tan convincente que de pronto olvidé el odio que sentía por la oveja más pervertida de los Foucault.

Seguimos explorando el *loft*... Hacia la izquierda de la sala (este Leroux era bastante simbólico), pudimos dar con la cocina que, por suerte, estaba al ochenta por ciento acabada. Dos aspectos del lugar me produjeron una pequeña sensación similar a la que registré en el encuentro con Teófilo —no es que desconociera estos detalles—, pero al verlos materializados frente a mí provocaron que reconfigurara muchas cosas en mi cabeza, asuntos que en ese momento no calibré perfectamente pero que, con el transcurso de los meses, sirvieron para convertirme en lo que soy. Una de las puertas de la cocina daba a un pequeño cuarto y otra de las puertas daba a un pasillo fuera del apartamento que conducía a un segundo ascensor. Las áreas de servicio, esa es la denominación que aparecía en los planos, en la impersonal maqueta. Entonces Rosa Cleopatra se cruza de brazos y pone esa boquita cuasi filosófica y dice que Leroux pensó en todo y que es justo lo necesario para que «la servidumbre llegue directamente, sin necesidad de interrumpir la vida familiar».

De pronto torcí un poco la cara y el ceño se me refrunció, pensando que ahora lo que faltaba era que Cleopatra Carter bautizara como «criada» a la mujer que nos ayudaba en la casa y la llamara a través de una campanita. Quise atajarla pero ella ya había despegado en un globo aerostático y se encontraba muy por encima del piso, y seguro que de haber hecho uso del rifle cable-a-tierra y de las balas mata-

pasiones, Cleo purgaría su mala conciencia con la peliculita de Will Smith, esa que ha visto mil veces y que es como su jarabe espiritual para decirse a sí misma que si alguien está en la base de la pirámide, es porque no se ha esforzado lo suficiente. Pero como no me iba a calar que me clavara de nuevo ciento veinte minutos de sufrimiento, preferí no hacer comentarios y dejarla un rato en su papel de Maléfica. Lo que sí estaba claro para mí desde un principio es que no iba a permitir que se le metiera la idea de ponerle un uniforme a la *otra* Cleo. Rosa Cleopatra casi muere cuando llegó hasta nuestra puerta por recomendación de uno de los cocineros del local que está en Plaza Venezuela. Se presentó con su acento marcado, diciendo que la cosa se estaba poniendo complicada en Colombia y que necesitaba trabajo. Cuando dijo su nombre, Rosa Cleopatra aguantó la respiración; no podía creer que fuese posible que coincidieran en dos actas de nacimiento, en el mismo continente, en dos países con un prócer fundador común, un nombre similar para dos personas tan dispares. Pero respiró ya tranquila cuando vio los papeles de identidad y se dio cuenta de que se ahogaba en un vaso de tonterías, pues nuestra amiga costeña respondía al nombre de Cleofelina Salgado. ¡Ufff! Tamaña casualidad... Así que cuando todavía estaba fresca la sonrisa en el rostro de Rosa al constatar que seguía reteniendo el título único, le salí al paso y propuse llamarla Nina. Ambas aceptaron gustosas. De eso hace ya cinco años. Creo que hice un comentario sobre ella, una broma o algo por el estilo, una ligera mención solo para introducir el asunto y pegar primero, pienso que dije:

—Imagina a Nina cuando vea cuánto espacio y un ascensor para ella sola. Cuánta libertad... A veces ni sabremos que está aquí. ¡Piensa —hice una pausa— en su uniforme!

Rosa Cleopatra sacudió la cabeza, y puso los ojos en mí:

—¿De qué coño hablas, Álvaro? Encogí los hombros:

—Del uniforme —respondí. Esta vez Rosa dirigió su mirada hacia las molduras del techo y, sin descruzar los brazos, concluyó:

—Ya veremos, ya veremos.

Abandonamos la cocina junto con mi hombría y empezamos a subir las escaleras de la segunda planta. Conforme ascendíamos la luz parecía cobrar una mayor vitalidad, era como si de veras nos estuviesen abriendo las puertas del cielo y los querubines con sus arpas nos dijeran que éramos bienvenidos. Al ver el cuarto principal supe que mis días de vivir con la cinta métrica cada vez que compraba un colchón habían concluido. El baño, además, parecía estar diseñado para abandonar el mundo de afuera y entregarse al éxtasis de contemplar las luces de la ciudad acompañado por las burbujas del *jacuzzi*. Rosa Cleopatra estaba absolutamente ensimismada, sin decir ningún comentario; eso me preocupaba y bastante. Cuando algo así acontecía en ella, hablo de lamirada-de-leona-que-ha-visto-a-la-gacela-

cojear, era porque su mente ya había trazado nuestro destino para los próximos cincuenta años. Después de la noche trágica vendría a mí este momento específico y la respuesta a mi pregunta «¿qué pensaste al entrar al cuarto principal?», me dejaría aturdido para siempre. De todos modos no la culpo, si ella se hubiese interesado en lo que yo pensaba en ese momento, de seguro tampoco le habría gustado. Y es que, a pesar de disfrutar de lo que veía, de entender el tamaño de mi suerte, había algo que no me dejaba estar absolutamente tranquilo. Era una especie de cosquilleo que ya no tenía que ver con el desaire que le había hecho a Teófilo o con el uniforme color crema que se pondría Nina: era la sensación de que ese lugar no me pertenecía en lo absoluto, que no permanecería allí mucho tiempo.

Caímos en un silencio extraño. De pronto me sentí desconectado, pero no solo de la experiencia del apartamento sino de la propia Cleo. Es posible que la razón haya sido que ella seguía manteniendo los brazos entrelazados y que ya no conversaba sobre las posibles remodelaciones. Pensé en interferir en sus pensamientos, adelantando con levedad algunas ideas sobre el edredón o algo que le escuché alguna vez sobre sábanas de hilo egipcio, pero no tuve oportunidad porque el timbre de la casa sonó. Hizo eco en toda la estructura y llegó a mis oídos, acompañado de una potente extrañeza. Mientras me dirigía a la planta principal, me pregunté qué habría pensado el último humano sobre el planeta si hubiese llegado a escuchar que llamaban a su puerta. Entonces mi mente dio un salto al recordar que seguía pendiente la tarea de terminar de matar a los zombis cibernéticos que me tenían acogotado en el nivel «New York», y que además debía marcar mi territorio si es que no quería que mis juguetes fuesen desplazados por los glamorosos e impronunciables pufs de Cleo.

El timbre volvió a sonar insistentemente. Cuando me asomé por la puerta que daba al pasillo interno del edificio, vi al corpulento y afable Jerónimo Tercero acompañado por su esposa Eurídice. Abrí de inmediato y los hice pasar. Me abrazaron diciéndome que me extrañaban, que querían ayudarme con la mudanza. Revisaron el lugar y dijeron que no estaba nada mal, pero que «Leró» también lo había entregado incompleto como el de ellos. Con lo de incompleto se referían a los acabados de ladrillo y concreto; les aclaré que de eso se trataba un *loft*, con su estilo industrial-urbano. Jerónimo Tercero no estuvo de acuerdo:

—Dejate de vergas... dejate de defender al Tarzán de bonsái ese. Vos sabéis que los apartamentos estos son más ordinarios que una pantaleta 'e cartón.

Eurídice asentía y dio inicio al mismo recorrido emprendido minutos antes por Cleo, pero esta vez no colocaba los imaginarios muebles de diseñador, sino que mandaba a frisar mentalmente los ladrillos y quitaba el pasamanos de acero inoxidable de las escaleras y lo sustituía por balaustres. Ella explicaba que Tercero estaba obsesionado con la idea de decorar al estilo de una película francesa que se llamaba *Los miserables*, aunque dándole unos toques de su tierra con hamaca goajira

incluida. Mientras nuestra vecina se explayaba en detalles, yo no dejaba de pensar en el momento en que Cleo fuera a la casa de Tercero y usara ese mismo título para definir el estilo decorativo de mi nuevo amigo. No quería que una impertinencia de Cleo arruinara una relación que apenas comenzaba, por lo que hasta consideré tatuarme una nota en la muñeca —así como en esa película donde el tipo olvida todo cada cinco minutos— y escribirme en tinta roja brillante: «Cleopatra es como Guzmán Blanco».

Seguí conversando con los Tercero sobre tendencias decorativas hasta que sentí como si un elefante se hubiese acostado encima de mis hombros. Busqué mentalmente la causa y obtuve la respuesta cuando vi a Cleo observar nuestra plática desde la planta alta en silencio y meditativa. Quise sacarla de esa pose pidiéndole que se acercara para conocer personalmente a Jerónimo. Ella mostró una sonrisa que yo ya me conozco y que le habrá costado articular unos cinco minutos, pero no les hizo una escena (aplausos por el esfuerzo). Cleopatra bajó de las alturas y apenas pisó el mundo de los mortales, Eurídice se le fue encima en una escena que me trajo a la mente la famosa serie *Cuando los animales atacan*. La carita de Cleo quedó apenas visible por encima del hombro de Eurídice y esta la batía y le decía que tenían que ir de compras para conocerse mejor. Jerónimo mantenía la sonrisa admirando la escena con gran satisfacción y aprovechó el cálido ambiente para apresarme contra su pecho.

—Al fin, gente normal —dijo.

Cleo y yo quedamos enterrados entre la grasa y la tela sudada de la familia Tercero, mirándonos desde el poco espacio que nos dejaban y con el oxígeno bajando a máxima velocidad. ¿Qué me decían los ojos de Cleopatra? ¿Era esa una expresión de agobio o resignación? Quizá me equivocaba al ver su cuello enrojecerse. ¿Sería posible que sus ojos me estuviesen diciendo «Qué vergüenza, Álvaro, tanto afecto y apenas nos estamos conociendo?». O no. Tal vez su entrega al abrazo del oso estaba advirtiendo otra cosa, el despliegue de una estrategia para solicitarme algo a lo que ya me había negado o que sabe no aceptaré. Sin embargo, Jerónimo me apartó de las especulaciones al proponer que fuésemos a conocer a Casiraghi. Cleo aceptó de inmediato, quizá para zafarse de la incómoda ternura de los Tercero o porque el apellido del otro vecino le daba buena espina. En cualquiera de los dos casos, fue la primera en salir del *loft* directo a los ascensores. Eurídice no paraba de hablar diciendo que era la oportunidad perfecta para que pudiésemos integrarnos y, además, para que conociésemos a su nueva mejor amiga, la señora Casiraghi, a quien por supuesto, dicho sea de paso y que conste en acta, le gustaba que le llamaran por su nombre artístico: Mafer, y no por el que su madre o su padre, o puede que su abuelita, le pusieron con tanta ilusión.

Llegamos hasta el piso dos con la rapidez de todo lo que es nuevo. «No parece moverse», le mencioné a Jerónimo alabando el ascensor. Él me pidió que

no desesperara porque «no habéis visto nada»; sin embargo, consideró que no podíamos dar el paseo de bienvenida sin que nos acompañaran los Casiraghi. Eurídice explicaba cómo se habían conocido ambos clanes y de cuán orgullosa estaba de que el Gobierno le asignara a dichas familias la responsabilidad inicial de organizar el nuevo condominio. Hasta ahora, con nuestra llegada, solo faltaba por ocupar el *penthouse*, pero nadie contaba con información sobre los dueños.

—Es todo un misterio —apuntó Jerónimo.

Eurídice le pidió guardar silencio mientras mostraba a Cleo otra de las ocurrencias del estafador Leró: los timbres de cada *loft* podían ser personalizados al antojo del propietario, lo cual estaba muy bien, pero en mi caso no del todo porque podía ver llegar, o más bien escuchar, alguna melodía del baladista favorito de Cleo. Alguna vez llegué a creer que gran parte de las contradicciones en ella eran atizadas por el verbo perverso de ese cantante que estaba francamente obsesionado, sin ser Marx, en la idea de los contrarios. El contenido de algunas letras era toda una burla y varias veces —sobre todo al principio de la relación— se lo hice saber, pero desistí de machacarle el asunto porque estaba convencido de que preferiría dejarme a mí antes que a él. Tenía que escucharlo en el iPod, en el carro, en las cornetas de la computadora, en el *ringtone* del celular, mientras rimaba calor con frío, soledad con compañía y vacío consumista con iluminación metafísica. Era una verdadera tortura. Sin embargo, cuando apretaron el timbre de la puerta todo el pasillo resonó al compás de Eros Ramazzotti, y de pronto ya no me sentí tan mal conmigo mismo. Me consoló pensar que al menos no iba a ser el único en el *loft* al que le metieran su baladita casera.

Los Casiraghi se hacían esperar. Jerónimo comentaba que siempre era lo mismo «porque les gustaba darse bomba», y que el peor era el Paolo, porque «ese no salía sin antes peinarse el peluquín». Eurídice abarrotó la capacidad acústica del pasillo con su desmedida risa y después le pegó a Jerónimo en el hombro mientras le pedía que dejara de ser tan «burlista». Cleo seguía tensa y trató de ser cortés, pero estaba ya perdiendo el combustible para aguantar tanta carga. Cuando pensé que iba a reventar, la puerta se abrió un poco y un hombre blanco de ojos verdes se asomó por la rendija.

—¿Pero qué pasa ahora, Tercero? Está jugando la Juve.

—Haceme un favor, Paolo, dejá el aparatico ese y venite pal pasillo que te voy a presentar a los nuevos vecinos. —Entonces se apartó y quedamos claramente visibles desde la puerta.

Casiraghi gastó tres microsegundos en mí y luego se comió enterita a Cleo con una expresión en el rostro de «en quince años seré un viejito verde con los ojos verdes». Destrabó el seguro y salió al pasillo a recibirnos. Me dio la mano y luego hizo lo mismo con Cleo, pero no se puso meloso estilo-viejo-continente, como

Leroux, sino que más bien guardó la compostura y mantuvo la clase. Su esposa salió al pasillo preguntando con mucha finura qué sucedía. La mujer era alta y llevaba un vestido de flores combinado con unos tacones. Remataban su indumentaria unos aros grandísimos que llevaba de zarcillos y que captaron la atención de Jerónimo, no sé si de buena manera. Ninguno de los que participaba en esa ceremonia de presentación miraba los ojos del otro, sino que apuntaban a distintos lugares del cuerpo de los demás en un gesto involuntario, como si quisiéramos decirnos miles de cosas sin atrevernos a sacar nada que no fuesen palabras cortas y sencillas. Casiraghi presentó a su esposa como Eugenia, luego se atajó y reacomodó la frase llamándola Mafer. Ella no cedió en la sonrisa y puso la mano frente a nosotros. No supe qué hacer porque parecía no un saludo propiamente, sino más bien un gesto masónico o parte de un ritual desconocido, así que no pude estrecharle bien la mano, tuve que conformarme con apretarle de manera incómoda cuatro de sus dedos. Cleo también le dio la mano y se sonrieron con la especial satisfacción de quien ha encontrado a su doble. Entonces quedamos como si estuviésemos encerrados en un ascensor, sin saber qué frase iba a quebrar el silencio. Por supuesto, Tercero tomó la iniciativa y le propuso a Casiraghi que nos acompañara a hacer un recorrido por el San Marino. Paolo volvió a comerse con los ojos a Cleo, para ver si valía la pena dejar sin apoyo a la Juventus, y aceptó. Sin embargo, vi que su esposa no estaba muy de acuerdo. Dijo que se quedaba e invitó a Cleo a tomar un vino de temporada, cuyo nombre pronunció con una gracia adorable. Eurídice quedó intrigada con el nombre del licor y Cleo no perdió oportunidad de ocupar el lugar que debía corresponderle en esta nueva relación. Volvió a repetir con tal exactitud y claridad la palabra *beaujolais* que de seguro provocó «que Balzac aplaudiera desde su residencia subterránea», como decía mi hermano cada vez que Cleo se ponía en esas. Tercero arrugó la frente y yo rogué por que no fuesen a preguntar cómo se escribía esa palabra, pero Mafer y Cleo se abstrajeron de todos nosotros, con la sonrisa típica de las gemelas separadas al nacer, dejando a Eurídice literalmente rezagada en el umbral del *loft* Casiraghi. Jerónimo le hizo gestos a su mujer para que entrara y no intentara buscar la placa del tractor que la había atropellado. Eurídice se tambaleó con éxito hasta la entrada del *loft* Casiraghi y no le vimos más. Paolo cerró la puerta y junto a Tercero comenzaron a darme más detalles de los que necesitaba. Lo primero, que el Gobierno deseaba mantener una relación de estrecha cordialidad con los habitantes del San Marino, por lo que ante las autoridades Paolo Casiraghi y Jerónimo fungirían como voceros circunstanciales hasta que resolviéramos la forma de organizarnos. En este particular, Tercero mostraba una honda preocupación, pues no entendía cómo teniendo tanto espacio en las áreas comunes, la gente del *loft* prácticamente estaba confinada a sus apartamentos. Según su triste crónica, solo se podía percibir la vida en las residencias

por las luces que se encendían y apagaban y por los carros que abandonaban o llegaban al estacionamiento. Aquello no era en lo absoluto deseable para un hombre que gustaba de la vida comunitaria.

—En La Pradera, la verga no es así —decía mientras sus ojos se perdían hacia donde las extensas áreas verdes concluían.

Paolo lo miraba con obstinación y apuntaba que ya ese tema estaba resuelto y alentaba a Jerónimo a que continuara detallándome los planes. Mientras transitábamos por el gimnasio y la sauna, ubicados en un segundo edificio mucho más pequeño situado en la parte lateral de la torre principal, Tercero explicó que luego de mucho pensarlo se dieron cuenta de que la mejor manera de integrar a la comunidad era a través de una fiesta de bienvenida. La idea lucía simple, pero al parecer no fue nada sencillo que Jerónimo y Paolo se pusieran de acuerdo sobre quién la organizaría. Las peleas eran constantes —según contaba Paolo—, por lo que decidieron, «en aras de la amistad», que cada familia se comprometiera a hacer una fiesta por separado. En el caso de los Tercero, aprovecharían que estaba próximo el final de octubre para organizar una fiesta de Halloween.

—Tengo un disfraz de muerto viviente, vergatario —apuntó Jerónimo.

Por su parte, los Casiraghi se harían cargo del Día de Acción de Gracias. Allí detuve la marcha y les pregunté así, textual:

—¿Y esa vaina? Nosotros no celebramos eso... Busqué apoyo en Tercero, pero este solo se limitó a encoger los hombros y a señalar a Paolo:

—Pregúntale al doctor. —Y se rió. Casiraghi enrojeció, recogió las manitos y apuntando para arriba (conocido gesto italiano para apalancar todo planteamiento serio), dijo:

—Pero *ma che cosa dice*, ¿no han ido a una cena de Acción de Gracias? —preguntó Paolo.

—Solo por televisión —contesté.

—Cada vez que jarto sin que Eurídice me joda por algo, es una cena de acción de gracias.

Exploté de la risa (es que Jerónimo tiene unas vainas), pero Casiraghi seguía estático, inmutable, dispuesto a enseñarnos algo.

—¡Eh! Pues, ahí está... Será la primera celebración de sus vidas. Qué es mejor que meterlo primero —dijo, y procedió a hacerle otro gesto a Jerónimo que no me pareció muy amistoso, pero que a él lo puso a sonreír.

Pude comprender —entre las carcajadas de Tercero y los crudos ademanes de Casiraghi—, que estos sujetos no tenían una amistad sino una verdadera competencia, una olimpíada en la que ganarse al resto de la comunidad era la única medalla dorada y donde esta vez, era seguro, Jerónimo no iba a optar por un tercer lugar.

Retomamos el recorrido, mientras los dos hombres se peleaban discretamente por hacer el mejor comentario sobre la propiedad. No había mucho que pudieran agregar para mejorar las características del San Marino y Jerónimo constató ese pensamiento cuando reveló que el funcionario del ministerio había dicho que ese era el lugar escogido por Leroux y asociados como cuartel general. Era esa la única razón por la que el edificio fue construido; pobres de aquellos a quienes el francés no escogió como potenciales vecinos, se habían quedado en el aparato, completamente solitarios en su reclamo por tener una retribución de su dinero o al menos una vivienda alterna como compensación. En cualquier caso, cuando vi la piscina, la espléndida piscina ovalada, con su trampolín de tres metros y sus toboganes, estaba convencido de que ciertamente fui quien prestó el establo para que naciera Jesús. Mejor no me podía haber ido. Y todo lo tenía gracias a Cleo, a su tenacidad y persistencia. Se lo reconocí en silencio, pero cuando me llamó el tipo de la mudanza para decirme que habían llegado y que necesitaba cumplir con otras entregas, recordé los antojos de Cleo y su inexistente respeto por los planes trazados, por lo que dejé de alabarla pasando entonces a mentarle el padre, también en silencio, y entablar un arduo debate con el conductor del camión, quien no lograba entender qué carajo pasaba por mi mente. Jerónimo casi que se mete entre mi mejilla y el celular para espiar la conversación, y amenazó al conductor cuando este preguntó «¿y quién carajo es ese?», con la frase famosa de *Rambo III* donde le dice al ruso «Soy tu peor pesadilla». Le pedí que no se metiera, pero él insistió y al final lo agradezco, porque puso a disposición los depósitos del San Marino para guardar temporalmente los artículos de mi antigua vida.

El problemón de la mudanza sirvió para que acortáramos la visita guiada. De cualquier modo, habíamos quedado en continuar el día siguiente para completarla. Nos devolvimos al *loft* de Casiraghi y allí enteramos a las mujeres de lo que sucedía. Eurídice no estaba, pero Tercero no se mostró sorprendido y se quedó a nuestro lado hasta que todo fuese resuelto. Cleo escuchó mi informe y de inmediato telefoneó a su mejor amigo del mundo para contarle que mañana mismo debían comenzar la «operación». Reía como nunca la vi sonreír, estaba en el *plus ultra* de la satisfacción e interrumpía la conversación con el Foucault para darle detalles a Mafer como si se conocieran de toda la vida. Cuando al fin, pasados diez inacabables minutos, cortó la llamada, nos despedimos de los Casiraghi y salimos rumbo a los estacionamientos, donde nos esperaba el diligente Teófilo con el camión de la mudanza.

Me acerqué y traté de ser el sujeto más bonachón y buena vibra del mundo, pero ya la relación con Teófilo estaba acabada, lo sabía por su frialdad, pero más por ese solapado fastidio con que se responde a los jefes, a quienes por terrible obligación es necesario calarse. Lo he visto cientos de veces en los negocios, ya sea en el punto de

la contratación o en la nada fácil temporada de diciembre. De igual manera, como te hacían saber que te odiaban, el subordinado que ha cortado el hilo sentimental también emprende su venganza como ahora lo hacía Teófilo: explayándose en atenciones y sonrisas hacia Jerónimo, y siendo un verdadero zamarro para soportar los chistes más crueles con tal de obtener el éxito de corto plazo. Jerónimo le decía Pedófilo y le zampaba sendos carajazos en la espalda dizque para acompañar la broma, y el Teófilo le respondía con más sonrisas y uno que otro comentario que alababa su perspicaz (más bien, inquietante) sentido del humor.

El conductor interrumpió el idilio entre Jerónimo y Teófilo y pidió acelerar los trámites. Subordinado y jefe mostraron inconformidad, pero aceptaron las condiciones. Hasta ese momento Cleo se había mantenido al margen, pero al llegar al depósito empezó a dar órdenes a diestra y siniestra. A todos los hombres allí presentes, incluidos el conductor y los dos ayudantes, no les quedó otra que obedecer. Fue de esa manera que vaciamos el camión en tiempo récord y llevamos hasta el *loft* lo mínimo necesario para dormir.

Esa noche, en la oscuridad de la nueva casa y embobado por el zumbido característico del silencio más absoluto, pude soñar. Me transporté a un recuerdo infantil en el que estaba sentado, un domingo por la mañana, mientras mi mamá planchaba y el televisor encendido anunciaba el comienzo del sorteo de la lotería. Como sucede con los sueños, pasé a la primera persona de la experiencia y, entre nubes y fragmentos difíciles de describir, entré al televisor y participé del *show*. Fui conducido hasta un cilindro transparente donde luego de unos minutos comenzaron a revolotear cientos, miles de billetes, y yo hacía enormes esfuerzos por lanzar arañazos a todos lados y no dejar escapar ninguno, pero los brazos que en un principio fueron ágiles terminaron convertidos en unas mazas de cemento, imposibles de mover. La gente que estaba como invitada al espectáculo gritaba cosas que no podía escuchar, se llevaban las manos a la cabeza y se burlaban cada vez que dejaba ir un billete. Era una situación desesperante; sin embargo, dentro de mí había una cierta calma que no lograba explicar. Entonces vuelvo a aparecer sentado al lado de mi mamá, quien ya no planchaba, sino que estaba recostada en un sillón tomándose un café. Ella voltea a verme con sus ojos de madre, al principio muy abiertos y alegres, pero luego cambia la expresión y me dice llena de ira:

—Ese muchacho si es pendejo; si hubiese sido yo, lo agarro todo.

La feria de las banalidades I

Felices fiestas

La primera mañana en el San Marino fue una mañana de domingo. Un sol potente aprovechó la ausencia de persianas para calentarme por completo, y también para fastidiar los múltiples sueños que tuve esa noche. Rodé sobre el colchón y lancé el brazo para pescar a Cleo. Había despertado con una fuerte erección mañanera, pero sin ninguna memoria húmeda que valiese la pena recordar, así que me pareció conveniente motivarme un poco en el cuerpazo adormilado de Rosa Cleopatra, antes de que apreciara mis intenciones y me mandara a darme un baño con agua fría. Pero Cleo no estaba en el lado de la cama que la noche anterior había reclamado como suyo para ese y los siguientes días hasta el fin de los tiempos. La llamé, pensando que estaba en el baño, pero no conseguí respuesta, así seguí acostado. Traté de dormir, pero el brillo era demasiado. Caminé desnudo por el *loft* buscando a Cleo, diciendo su nombre por aquí y por allá, yendo hasta los rincones más vedados de las áreas de servicio, sin ningún éxito. En la puerta del ascensor una nota me permitió saber que mi esposa se había ido con su amigazo Pedro Pedrito de *shopping* para amoblar por completo la casa. Por mi mente no pasó nada, excepto las ganas de meterme unas empanadas de carne molida y visitar al urólogo para preguntarle por qué mis erecciones eran siempre derrotadas por los antojos económicos de mi esposa.

Cuando decidí bañarme para olvidar todo el asunto, veo que un papel es deslizado debajo de la puerta del pasillo interior. Caminé sin hacer mucho ruido y al mirar por el ojo mágico vi a Jerónimo escabulléndose hacia los ascensores. Abrí la puerta y lo llamé. Él pareció sorprenderse, pero de inmediato sonrió y me dijo que sospechaba que no tendría nada que desayunar y que nos invitaba a ir a su casa. Le dije que Cleo no se encontraba, y luego de pensarlo unos segundos dijo:

—Sí, sí... Teo me dijo que salió temprano. —Renovó su invitación para desayunar esta vez solo para mí. Luego desapareció del pasillo.

Mientras me bañaba pensé mucho en Cleo, pero también en que el asunto con el *loft* me tenía un poco alejado de los negocios. Era necesario que la próxima semana le metiera más el pecho a mis deberes como patrono y no subestimara el dicho popular «el ojo del amo engorda al ganado». De todas maneras, confiaba en los supervisores, a pesar de que mi esposa los consideraba unos holgazanes. Bien difícil es conseguir «perezosos» que quieran pararse a las cuatro de la mañana, todos los días, para ir diligentemente a trabajar hasta que el sol se ocultaba, y sin una retribución mayor que la estipulada por las leyes. Cleo, sin embargo, era inflexible en su juicio, y mucho más cuando le daba por meter a Pedro Pedrito en la conversa.

Hablaba de que Henry Ford había dejado las cosas bastante claras para la sociedad futura. Contreras-Foucault acuñaba frases de pensadores griegos para apoyar las afirmaciones de su mejor, mejor amiga del mundo, pero cuando yo le contaba a mi hermano Manuel sobre dichas referencias literarias él me decía que el pobre de Sócrates era el ser más puteado de la historia y que si querían salvarle el culo a los ricos tendrían que citar a Pinochet y no a Platón o a Keynes.

Las palabras de Manuel me sonaban siempre tan sabias, me aliviaban. A decir verdad, lo admiraba mucho y nunca se lo dije —es una falta de mi parte—. Muchas veces, le contaba sobre mi desventurada posición en el trío no consentido de mi esposa y su amigote solo para escucharlo mentarle la madre mientras decía:

—Qué coño tienen los que se ponen el guioncito para meter a juro el segundo apellido. Te voy a decir algo, Álvaro, solo lo hacen para lavarse el criollaje con su reputísimo eurocentrismo.

Le entendía poco, para ser honesto, pero me daba una risa que se arrechara, porque así podíamos volver a viajar al bachillerato y a los momentos en que todavía vivíamos como una familia. Cosas de la nostalgia entre hermanos, supongo. Sin embargo, a Manuel había que atajarlo porque pronto se le iba la mano y entonces le daba por meterse conmigo y decirme que era un «negrero» por tener a los empleados haciendo sándwiches y batidos, solo para que yo y Cleo nos diéramos la gran vida a cuenta de la plusvalía del pueblo. En los instantes en que se le inflamaba la vena de la frente, tenía que subir el tono también y botarlo del local, porque lo próximo en acontecer, como tantas veces había ocurrido, era que le metiera cosas locas a los trabajadores y les ardieran las ganas de hacer el tan añorado (por Manuel) Sindicato Único de la Franquicia Perrito Loco.

Durante el desayuno con Jerónimo y toda su familia fui alentado a explicar el origen del nombre de la exitosa franquicia. Les dije que nada había más tierno que los perros y más todavía cuando se enloquecían. Según el estudio que había pagado, el animal era una referencia obligada en la mente de los venezolanos, asociado a temas como la ternura y el compañerismo. Entonces tuve mi acto de clarividencia al trotar por el parque Los Caobos y ver a una muchacha agarrando a un dóberman que tenía cara de asesino serial. Ella lo trataba como un manso cordero y le caía a besos, mientras la baba del perro le llenaba la cara y la ropa. Estaba enamoradísima de esa atemorizante criatura y en un momento de la escena, le dice así no más: «... eres un perrito loco». Fue el primer momento clave de mi camino empresarial. Por supuesto, le comentaba a Eurídice que a Cleo no le gustó para nada el nombre y prefería ponerle al negocio algo que hiciera juego con la palabra bistró. Propuso miles de opciones, pero todas estaban alejadas de la intuición nacida en aquel parque. Jerónimo me felicitó la fuerza que tuve para imponer aquel pálpito y me llenó el plato por tercera vez con plátanos maduros y queso blanco. León Magno,

el primogénito de Jerónimo, con una agudeza sorprendente, sospechaba que el nombre no era la única de las claves del éxito y me rogó que revelara el secreto. Jerónimo lo miraba con entrega y orgullo total:

—Decile la verdad. No seáis caleta —bromeó.

Tenían razón. El verdadero éxito, la segunda movida que me llevó al arranque económico fue un descubrimiento sencillo que solía resumir en una frase: *customización* de la comida. Al parecer nadie había dado con la idea de brindarle al consumidor la posibilidad de controlar el proceso de confección de su propia hamburguesa. No era un simple *self-service*, se trataba de mucho más, de un efecto psicológico. Como si se tratara de una especie de acto de magia, hice mi truco frente a la familia Tercero, allí mismo en la mesa. Tomé dos panes y los rellené con algunas cosas convirtiéndolo en un sándwich tradicional. Luego, agarré dos rebanadas de pan y se las entregué a León Magno. Le pregunté si prefería el pan cerrado, imposible de modificar, o los dos panes cuyo vacío era la invitación para ponerle absolutamente todo lo que se le antojara. Los hijos de Jerónimo escogieron al unísono la segunda opción. Jerónimo ahora vertió sus ojos de admiración sobre mí diciéndome:

—Eres un vergatario, es como el sitio ese de la carne en vara.

Ciertamente era el mismo principio del rodizio. Apliqué la operación a las hamburguesas, a las arepas, a los perros calientes y el dinero empezó a fluir. Lo demás está compuesto por trabajo duro, una gerencia mitad influenciada por Cleo, mitad influenciada por Manuel y cabeza fría a la hora de hacer gastos.

La pasé de lo mejor en casa de los Tercero, los niños eran respetuosos y no gritaban en exceso. Los mayores, León Magno y Masedonio, luego de comer lavaron sus platos y ayudaron a levantar la mesa con todo y que tenían a Yedoska, la mujer del servicio que los ayudaba. Por otra parte, las morochas, Helena Emperatriz y Reina Virginia, se fueron con Eurídice a tejer unos escarpines «pa' la sobrina Obdulia». El último de los Tercero era un niñito de tres años cuyo nombre, según Jerónimo, era absolutamente culpa de Eurídice: Jessy.

—Cuando lo vayan a joder en la escuela, te quiero ver Eurídice, ¡te quiero ver...! —rugía Jerónimo, francamente obstinado.

Del desayuno pasamos al punto donde se cortó el recorrido por el San Marino. Esta vez Casiraghi no nos acompañó. Jerónimo me llevó hasta el área de fiestas sin soltar la rabia que le guardaba a Eurídice debido al nombre del menor de sus hijos. Estaba clarísimo que el distintivo natal marcaba gran parte del curso de la vida y ponía ejemplos que a mí me sonaban a comiquitas, pero que para él eran asuntos en extremo delicados.

—Decime la verdad, Alvarito. ¿No es medio rarito que se llame Yesi? No me digáis mentira, vos sois mi amigo.

Al verlo tan afligido, me apliqué al máximo para no generarle mayores traumas.

—Si lo envías a estudiar a Estados Unidos, no habrá ningún problema.

Jerónimo se detuvo y me puso una mano en el pecho, su cara reflejaba la sorpresa de quien ha visto por primera vez el final de *Sexto sentido*.

—Vos sois un genio. En cuanto empiece a hablar, lo mando con Plinio pa' Miami. No me lo van a joder.

La sola idea de que por mi culpa la familia Tercero pudiese separarse me puso mal del estómago. Pensaba que Eurídice iba a perder la fe que me tenía, ya rebajada al cincuenta por ciento luego de que Cleo le quitara a su mejor amiga. De cualquier, modo ya cruzaría ese puente cuando llegara a él. Por lo pronto, disfrutaba de la caminata y de las reflexiones de Jerónimo en cuanto a lo que podría depararnos el futuro en ese lugar. Ambos compartíamos la idea de que el golpe de suerte que nos había llevado a ese sitio deberíamos agradecerlo de algún modo. Por ello, comenzamos a debatir si era una buena idea mandarle algunas flores y unas tarjetas de agradecimiento al francés en la cárcel. Jerónimo incluso llegó a insinuar que propondría hacer una ermita «pa' la Chinita». No le dije que sí, ni que no... Recorrimos lo que pudimos de las áreas verdes, pero eran tan extensas que en un momento llegó a parecernos que definitivamente, si no hacíamos algo con ese lugar, iba a terminar convertido en poco tiempo en un bosque difícil de explorar. Jerónimo se quedaba pensativo mientras admiraba los largos y verdosos terrenos preguntándose qué sentido tenía para el francés todo aquel espacio. Después me puso una mano en el hombro y me pidió permiso para hacerme una pregunta, lo cual le concedí:

—¿Cómo dejáis que tu mujer se vaya con otro hombre? Y me disculpáis, pero no entiendo una verga —lanzó. Sonreí, y aunque me pareció bastante confianzudo el Jerónimo como para entrometerse tan temprano en asuntos que no le concernían en lo absoluto, tomé como chiste aquella inquietud.

—Esos son como hermanos —le dije. Aunque también agregué lo que Cleo decía acerca de la sexualidad de su amigote.

Pero Jerónimo no parecía ceder en su meditación y me recomendó que me pusiera las pilas porque si no me iban a terminar «soplando el bistec». Se sacó aquel consejo del pecho y cambió el ánimo. Sin negar que me traspasaron un poco sus preocupaciones, acepté ir con él a la sauna para disfrutar de los múltiples beneficios del San Marino.

Pensé que iba a necesitar ir al depósito por algo de ropa y uno que otro implemento, pero Jerónimo tenía el asunto resuelto. Aquello parecía un verdadero club, hasta *locker* apartado tenía ya. «González-Carter, *loft* 5A», rezaba la etiqueta en el armario de metal y la propia llavecita. Jerónimo me pidió que lo abriera. Dentro estaba lo necesario para un buen rato de relajación: toallas, sandalias, prendas deportivas, todo de la misma marca comercial.

—Les hice un regalo a las parejas del San Marino —dijo feliz Jerónimo.

Me contaba con orgullo que sus importaciones de ropa iban muy bien y le pareció un gesto tremendo hacer los regalos. Después se puso misterioso y trató de susurrar, desde luego sin éxito, que el funcionario del ministerio le filtró la data entera de los residentes del San Marino. A partir de allí y gracias a la necesidad de muchos por hacer pública su vida en Internet, reconstruyó corporalmente a sus vecinos en fichas personales bien detalladas que guardaba en su despacho. Le dije que aquello me parecía un poco *creepy*, pero más extraño me pareció que dijera que Rosa Cleopatra lo había dejado con los cálculos mal hechos y se puso a contornear las manos, mientras me daba un codazo diciendo:

—¡Vos sabéis de qué te estoy hablando, muérgano!

Se quedó inmóvil y le pregunté si podía desnudarme con algo de privacidad. Él me mete un golpe en la espalda, me dice que soy muy chistoso y me señala el *locker* de al lado, que claramente dice «Tercero-Marcial, *loft* 3AB». Así que sin borrar la sonrisa empieza a quitarse la ropa y en menos de lo que tardé en quitarme las medias, ya él estaba en pelotas por completo. Estuvo un rato así desnudo revolviendo el *locker* a ver si usaba la toalla blanca o la beige. Al encontrar su color ideal, esperó que terminara de desvestirme para entrar juntos al sauna. Era muy familiar, el Jerónimo, y le gustaba al extremo el amorochamiento. No es que me disgustara, pero por favor, ¡los seres humanos necesitamos un mínimo de espacio! Esto deberían saberlo los Tercero. Pero no... El hombre seguía parado allí, con su inmensa humanidad llena de compañerismo, libre de las limitaciones y complejos que aquejan a otros de su especie, atento a cualquier músculo que se moviera. Quizá Cleo tenía en algo razón con respecto al nuevo vecino.

En la sauna la cosa mejoró gracias al vapor. Ni siquiera noté cuando el Jerónimo dijo que no concebía estar allí con una toalla puesta. Al calor de la situación, le dije que se me había ocurrido una frase para su epitafio, pero él estaba como adormilado o atontado por los vapores y no me dijo nada. Dejé que las cosas fluyeran y me dejé llevar por la paz del momento. Unos minutos de calma bastaron para asentarme el espíritu, pero la experiencia no duró más allá porque algunas voces se acercaron. Toqué el hombro de Jerónimo. Él paró la oreja y me pidió relajarme porque se trataba de otros vecinos. Efectivamente, tras el vapor aparecieron dos hombres que se sorprendieron al vernos. Jerónimo apenas se inmutó y, con los ojos aún cerrados, cumplió con el protocolo señalándome con su dedo:

—Álvaro González —dijo. Luego, mostrándome al primer sujeto, un pelón alto y blanco, apuntó—: Ricardo Montes de Oca. —Hizo una pausa, y como si estuviese haciendo memoria, repitió el proceso—: Álvaro, este es Santiago Martínez del Trigo. —Dirigiéndose al segundo individuo.

Los tipos se limpiaron casi al mismo tiempo el sudor de la frente, pero no extendieron la mano, solo se limitaron a levantar la frente y las cejas mientras sus bocas se obligaban a pronunciar un «¡Hey!». Buscaron acomodo en una banca lateral y empezaron una charla sobre importaciones y exportaciones. Más tarde llegó Paolo Casiraghi. Saludó a Montes de Oca y a Del Trigo, y luego nos dio la mano. Jerónimo lo recibió con frialdad, cosa «antinatural» en un sauna, pero inmediatamente Casiraghi me aclaró que la «pataleta» del Jerónimo era porque ambos habían consentido hacer una encuesta *after-party* para decidir quién era el mejor de los organizadores. Yo escuchaba a Casiraghi y pensaba en toda la gente que de verdad tiene que dislocarse las vértebras para ganarse un quince y último, y que era vergonzoso inventar semejante idiotez. No obstante, el propio morbo y quién sabe si también uno que otro gramo de frivolidad ganada a partir de la mudanza, hicieron que mi cuerpo necesitara más detalles.

—Vas a ser nuestro árbitro —informó Casiraghi. Jerónimo se activó y pidió que fuese imparcial.

Estaba flotando en nubes surreales al enterarme de lo que pensaba hacer cada uno para ganarse los favores de los vecinos. Por supuesto, ambos se iban a reservar la mejor de sus cartas para cuando fuese el turno de jugarlas. Por lo pronto, se gastaban bromas pesadas sin que les atormentara su desnudez y la vigilancia impúdica de Montes de Oca y Del Trigo, quienes por cierto ya habían dejado sus disertaciones económico-morales en el punto de que era mejor importar que soportar las leyes laborales venezolanas.

Salimos de allí y acepté ir con Jerónimo a comer fuera del San Marino. Por más que le insistí, no me dejó subir hasta el *loft* para cambiarme la ropa. Nos fuimos en su camioneta, que apenas cabía por el portón de la entrada. En el camino a la ciudad pude detallar cosas que pasaron desapercibidas días antes. Una de ellas, la cantidad de afiches que colgaban de los postes de luz, en los cuales intermitentemente se anunciaban distintos espectáculos. Hace algunos años viajé a Buenos Aires y en la avenida Corrientes pude distinguir un patrón que fue revelador del ser cosmopolita del porteño. Si caminabas por una cuadra, cualquiera, el recorrido iba a consistir en pasar delante de una heladería, un restaurante de carnes, una librería y un café. Dos pasos más allá, ibas a repetir el proceso heladería-restaurante-librería-café hasta que el recorrido concluyese en el estadio Luna Park. La analogía aplicaba en este caso, pero a diferencia de esa experiencia sureña ahora el patrón en los pendones que colgaban de cada poste era: charla de nueva era, conferencia de algún gurú de la gerencia, *show* de comedia en vivo, cursos de inglés, inversiones en Miami y continuaba así toda la avenida, intercalándose con algunas ligeras perturbaciones en: autoayuda-gerencia-comedia-inglés-Miami. Unas semanas después Manuel me haría una observación similar sobre la publicidad callejera de mi nuevo hogar, solo

para decirme que lo significativo de la oferta es que no parecía entretenimiento o búsqueda de la sabiduría, sino un grito desesperado de ayuda, una escapatoria para el mundo real. Comimos en un restaurante de Las Mercedes donde abundaban las camionetas estilo Jerónimo. Después de los filetes y las papas fritas, pedimos unos cafés y nos quedamos sumergidos en nuestras propias preocupaciones. Pensaba en Cleo y en cómo le estaría yendo en su día de compras. No quise considerar las palabras de Tercero sobre las intenciones del tal Pedro Pedrito, pero no puedo negar que se me revolvía la cabeza de culpa por no acompañarla, o mucho peor, porque ella considerara que no sería buena compañía. El que estuviese con su mejor amigo, para llenarle de dopamina el cerebro con algún comentario sobre la tela de un sofá o el diseño vanguardista de una lámpara, me activó el instinto de defensa. Creo que sentía, por un lado, que debía hacer más por compartir las cosas que a Cleo le fascinaban, pero por otro lado, el hastío de atragantarme de minutos dedicados a escoger cortinas o centros de mesa abstractos tampoco me generaba mucho placer. Era esa la verdadera inquietud, cómo poder conciliar ambas aspiraciones sin que una parte sufriera el peso de la otra. Finiquité la cuestión considerando que lo mejor era lo sucedido, cada quien haciendo lo que le viniera en gana, sin poner restricciones ni arrastrando a nadie hacia lugares no deseados.

Desde el extremo de la mesa, a Jerónimo lo atormentaban otros asuntos. Tardó poco en contarme que necesitaba ganarse la buena fe de todos en el San Marino. Al parecer el Gobierno requería ocupar los terrenos aledaños para levantar un complejo habitacional con «vocación social». Me podía imaginar los rostros de Casiraghi, Cleo, Del Trigo o Montes de Oca escuchando eso de la vocación social, o de la justicia social. De pronto serían vecinos de quién sabe qué clase de gente... tuve un ataque de risa. Tercero no pareció encontrar el lado chistoso y mientras, por un lado, me decía que no estaba convencido de que se mudara cualquiera a esa zona, por el otro reconoció que le encantaría comprarle unos apartamenticos a su compadre Arquímedes, para que no tuvieran que verse solo por videoconferencia. Le pregunté cuál era el problema y fue entonces cuando me dijo que los terrenos eran propiedad del San Marino y no podían ser vendidos o cedidos sin el acuerdo unánime de todos los propietarios. Comprendí el afán de Tercero por explayarse en atenciones, lo cual me parecía —y no pensaba decírselo nunca— un esfuerzo vano, pues en cuanto los habitantes con pretensiones monárquicas del San Marino se enterarán de que los edificios gubernamentales llevaban el adjetivo «social» iban a oponerse de plano y ni Mandrake el mago iba a sacarlos de allí. Él sabía que su tarea no era sencilla, y aunque le dije que no tenía que echarse sobre el lomo tal responsabilidad, me confesó que se sentía comprometido con el funcionario del Ministerio de Vivienda.

—El tipo —susurraba Jerónimo casi al borde del llanto —dijo que yo era el hombre nuevo.

No supe qué decirle después de eso. Así que pedí dos sambucas para pasar el trago amargo de esa misión imposible y trasladarlo a otro estado mental. Mientras Jerónimo se dejaba abstraer por las flamas que encendió el mesonero sobre las pequeñas copas de licor, le pedí detalles del dueño del *penthouse*. Jerónimo movió la cabeza en señal de negación.

—Es rara esa verga. Vos sabéis que soy más metío que una gaveta y mirá que he tratado de averiguar. Le pregunté a Leo: «Escuchame, en los papeles del ministerio aparece como vendido, pero no está el nombre del dueño».

¿Y sabéis que me respondió? «Mejor ni pregunteis. Eso es confidencial».

Supongo que no hay una buena historia sin su acertijo. En el caso del San Marino, el misterio rondaba al extraño personaje que ocuparía el *penthouse*. Y era una interrogante que no solo me pertenecía. Según Jerónimo, lo tenían verde de tanta preguntadera, algunos porque deseaban comprar el lugar, otros porque querían asegurarse, creo yo, de que la pureza de sangre estuviese presente en cada rincón de tan impoluta residencia. El asunto no era una cosa menor, una simple inquietud; la duda, las ganas de saciar la curiosidad, tal conocimiento iba a convertirse en una verdadera meta para muchos de nuestros vecinos. Cada quien sabe su razón, la mía era simple curiosidad, asuntos de la cercanía, de querer saber quién vivía sobre mi techo. Créanme, no me motivaba otra cosa.

Al regresar al *loft*, Jerónimo insistió en acompañarme hasta la puerta. Al entrar, el lugar era otro. De haber vivido en una etapa donde el matrimonio estuviese fresco, es posible que Cleo me recibiera con un grito de «¡Sorpresa!» y acto seguido me mostraría todos los detalles de la remodelación. Pero no, Cleo estaba muy ocupada dándole órdenes a los instaladores para que no dejaran nada a medias o mal hecho. En cambio, fue el hijo de puta del Pedro Pedrito quien salió a recibirme con su cara repleta de felicidad y los dos brazos ocupados con una botella de vino y dos copas.

—Bienvenido al palacio de Cleopatra —me dijo el muy maricón.

Sin poder si quiera procesar lo que vivía volteé a ver a Jerónimo, pero él estaba muy ocupado matando a trancazos mentales al amigo de Cleo. La mirada la sintió el Pedro Pedrito, pero se hizo el loco y apartándome del umbral le cerró la puerta en la cara.

—Ay, disculpen... debió ser una corriente de aire —dijo mientras revoloteaba hacia donde estaba Cleo batiendo en el aire las copas, el vino y las alitas que le iba a arrancar a puñetazo limpio.

Abrí de nuevo la puerta y allí todavía estaba Jerónimo, como petrificado con su ira y su mirada de odio. Le agradecí por el almuerzo y le pedí que me dejara resolver el asunto. Él se pasó por la cara las dos manos como lo solían hacer los tres chiflados y, después de recomponerse un poco, me puso una palma en el hombro y me aconsejó antes de marcharse:

—Ponete las pilas, ponete las pilas con ese...

Comencé a recorrer el lugar y no entendí cómo logró en un día aquel cambio. No sabía si achacárselo a las horas que pasó viendo series de televisión donde remodelan en cuenta regresiva, o a que la conjunción con su media naranja le otorgaba unos superpoderes que no había revelado. En cualquier caso, el *loft* había cobrado una magnificencia asombrosa. Adonde se mirara, el brillo y el lujo abundaba, y la ostentación era una cosa que no me arropó; de algún modo, me adapté a ella. Sin embargo, me recordó cuando fui por primera vez al Museo de Arte Contemporáneo a mirar una colección de Picasso, y fui enmudecido por un cierto sometimiento a la influencia del lugar, a la gente elegante que hacía comentarios incisivos sobre el cubismo y la decadencia bélica, y a la pose de Cleo al acercarse al *Guernica* con la naricita levantada. Y fue exactamente lo mismo, porque en cuanto medio traté de tocar una lámpara de aluminio y cristal, una voz chillona y castrante hizo eco en toda la sala y en todas mis fibras con un:

—¡Por favor, cuidado lo rompes!

No quise siquiera levantar la vista para corroborar la sonrisa de satisfacción que iba a construirse en la bocota del Pedro Pedrito, ni las miradas incómodas de los instaladores mientras sus pensamientos secretos gritaban: «¡Palomino, palomino!». Entonces preferí apartar la mano, al mismo tiempo que también me apartaba de la sala y del cuarto y de todo el puto *loft* y de cualquier cosa que me atara sentimentalmente a él. Era definitivo, ese lugar no me pertenecía.

Halloween

El mes que separó la remodelación del *loft* de la primera fiesta de la residencia estuvo lleno de cotidianidades que no valdrían la pena mencionar. Si acaso vale resaltar el hecho de que llegué a un acuerdo con Cleo para que me dejase instalar el Play Station en la sala cada vez que jugaba, con la condición de desinstalarlo al terminar. Su argumento era que el mobiliario Morten Georgsen iba a contrapelo con la imagen adolescente que mis pertenencias le daban a la sala, o alguna güevonada por el estilo. Cleo siempre creía que ganaba los debates sobre la vida en casa a punta de mencionar a diseñadores extranjeros, pero lo cierto es que mi silencio almacenaba otra cosa. Una derrota táctica, una rendición muy bien pensada. En cuanto la mujer se iba para su trabajo, me paseaba desnudo por el *loft* y me ponía a ver televisión o a tocar guitarra con el culo bien pelado puesto en sus malditos cojines Oki Sato, y me revolcaba como un puto gato en sus alfombras iraníes hasta quedar extenuado o hasta que comenzaba a sentirme verdaderamente ridículo. Era mi venganza personal y la disfrutaba al extremo. Aprovechaba la flexibilidad de mi horario para lanzarme sendas cruzadas en contra de todo lo que oliera a nuevo y caro. ¡Ay de la Cleo si la escuchaba hablando por el celular alabando sus butacas Harvard! En cuanto se iba me lanzaba sobre esos muebles sin haberme bañado y comía cualquier vaina encima de ellos. Era una especie de Hannibal Lecter del mobiliario casero. Claro que después de la lujuria que sentía cuando desparramaba algún bollito con mantequilla sobre la piel olorosa y costosísima de las butacas, me aseguraba de limpiarlas muy bien para no levantar sospechas en la meticulosa Cleo, Cleo querida...

Otro asunto de ese mes es que volví al trabajo más activo que nunca. Tal y como lo supe siempre, los negocios estaban tan bien aceitados que mi ausencia o más bien descuido no los tocaron en lo absoluto. Eder, Efrén y Edgar Castillo, mis tres lugartenientes en cada uno de los locales de comida y que además eran hermanos nacidos y criados en el 23 de enero, llevaban los restaurantes de un modo tan impecable que haría palidecer a cualquier mega corporación neoyorquina. La clave, a mi juicio, estaba en la manera en que los involucré emocionalmente; no se trató de una estrategia netamente empresarial sino de una verdadera muestra de una nueva clase de espíritu gerencial. Cleo nunca estuvo de acuerdo en que al abrir los locales colocase en el acta constitutiva esto:

> Art. 5: Los empleados y empleadas de la franquicia Perrito Loco C.A. tendrán la oportunidad de formar parte accionaria de la empresa pasados cinco años de servicio, si así lo desearan y de la manera en que lo estipula el reglamento...

Cleo me preguntaba que si estaba demente o si quería llevar la empresa a la bancarrota. Con paciencia le explicaba que había tenido una visión luego de ver la película del matemático esquizofrénico en la cual pregona, palabras más palabras menos, que era mejor la cooperación que la competencia. Ella casi me escupió un ojo en esa oportunidad (y cada vez que se acuerda del tema), pero le expliqué que había estudiado el asunto y que tal y como lo veía, las leyes de la economía estaban hechas para gobernar almas codiciosas, pero no para sacarle el máximo provecho a las virtudes humanas. Entonces, cuando todavía procesaba esa sentencia, aprovechaba para hablarle de *El principito* de Saint-Exupéry (su lectura favorita, aunque no creo que la haya entendido del todo) y a tocarle el tema de que a Will Smith le hubiese ido mejor en la película si se hubiese tropezado con un jefe como yo. Ella acusaba el golpe sentimental y me decía que sí por algunos segundos, mientras se acordaba de las desventuras de sus personajes favoritos. En todo caso, me dejaba tranquilo un tiempo hasta que había que repartir los beneficios anuales y se le metía de nuevo el espíritu de Rockefeller y le daba por tratarme como un pendejo que llevaría a la quiebra el negocio familiar.

Sin embargo, los resultados estaban a la vista. Eder, Efrén y Edgar navegaban el barco con el ímpetu y entrega de algo que también les pertenece y además los hombres eran *full* agradecidos; tanto que al organizar los partidos de fútbol entre franquicias, me ponían de titular y no me sacaban nunca a pesar de que botaba los goles frente al hábil arquero del restaurante chino. Para los tres hermanos, el que estuviese en esa especie de vacaciones voluntarias debido a la mudanza era algo que se tomaban con mucho humor. Preguntaban por el francés, por Jerónimo y por Cleo y codiciaban los detalles como si se tratara de la llave a mi mente. Eder, el mayor de ellos, incluso llegó a proponerme que me tomara un año sabático para que pudiese adaptarme a las formas de mis nuevos vecinos. Se extendía en sus ideas de que el futuro era la gerencia a distancia y de que en unos pocos años no iba a necesitar si quiera poner un pie en el local. Le decía que eso ya era posible, pero él solo se reía y desmeritaba que le mostrara los miles de sistemas que estaban disponibles a través de Internet.

En una reunión de coordinación, los hermanos Castillo me informaron que deseaban pasar a otro nivel de la relación laboral. Los escuché con atención. Propusieron extender hacia el oeste de la ciudad la franquicia y no perseverar en el empeño de Cleopatra de hacernos famosos en las zonas ricas de la ciudad. Luego, para apoyar su posición, me mostraron algunos diagramas de flujo escritos en unas cuantas servilletas, y en los cuales, con algunas intuiciones de microeconomía cultivada en la Sierra Maestra, demostraron o al menos ellos lo creyeron así que el sushi iba a convertirse en la comida preferida de los sifrinos del este. Edgar, el más joven y más astuto, dio el puntillazo con la observación oportuna de que toda la culpa era del modelaje de la televisión. Por lo que le entendí, en medio

de su respiración entrecortada y sobreexcitada por su descubrimiento, en los ochenta la televisión mostraba a ejecutivos comiendo *hot dogs* en Manhattan y aquello había impulsado la moda urbana en las calles de Caracas, pero ahora las cosas se internacionalizaban y el éxito estaba asociado a los platos anémicos y descorazonados preparados con roles de salmón.

—No podemos ganar esa guerra —finalizó.

Efrén no había intervenido hasta ahora, pero al hacerlo fue enfático:

—Noooo, jefe... si no inventamos una, Perrito Loco se va pal barrio de los acostaos rápido.

Al hacer memoria sobre esa reunión, creo que los tres hermanos hablaron un poco como Efrén, con la misma cadencia y la misma severidad. Les dije en aquella ocasión que tendría que tocar el tema con mi socia Rosa Cleopatra, y ahí fue cuando exclamaron al unísono: «Naaaa, jefe, tamos fritos...».

Poco entiendo, o quisiera decir que poco comparto la actitud de desánimo sobre mi posición en la empresa. Creo que pensaban que la verdadera jefa era Rosa Cleopatra, que yo era una especie de capataz sin oportunidad de trascendencia. Es posible que la culpa haya sido mía por involucrar muchas veces a Cleo en las reuniones gerenciales y permitirle que me desautorizara en cada decisión tomada.

¿Cómo no iban a decir que estábamos fritos? Esas coordenadas que marcaban los hermanos Castillo se estrellaban con la pretenciosa Cleo, así como lo hacen las frágiles libélulas que aún no han aprendido de sus ancestros la palabra parabrisas. Para mi esposa, lo importante, lo trascendente de la franquicia era que sus amigotes de la empresa petrolera comieran en ella, la conocieran, la comentaran, la recomendaran, se hicieran fotos mientras embadurnaban sus jetotas transnacionales con la salsa blanca. Por eso es que la idea de los emprendedores Castillo de irnos entre la avenida Lecuna y el Boulevard de Catia no solo no encontraría eco en ella, sino que la iba a odiar. La defensa preferida para apalancar su punto de vista era que sus amigos se perdían «de Plaza Venezuela para allá», y movía la manito con un desdén que me recordaba a la madrastra icónica que viene haciendo maldades desde los tiempos que relatan los hermanos Grimm.

Incluso llegó a decirme, como si de verdad fuese bruja o tuviera poderes mentales para discernir el fondo del plan de los hermanos Castillo, que había pensado en «orientalizar» a Perrito Loco C.A. y servir sushi. La mujer siempre iba cien pasos delante de mí. Tenía esa facultad de sacarme las verdades con la miradita que dicen le echaba Yoko Ono a John Lennon cuando sospechaba que el pobre guitarrista no salía de su casa bañado y perfumado solo para dar autógrafos. A veces prefería no tener nada en mente para evitar que lo sacara de mi cabeza sin permiso y me lo pusiera por delante como un trofeo de caza, mientras el gesto brazos-cruzados-piecito-batiente precedía a la frase «Dime qué me estás ocultando...».

Gracias a cualquier cosa que esté allá arriba, la invasión japonesa nunca llegó a Perrito Loco C.A. porque se le atravesaron numerosas asignaciones laborales y el propio *loft*. Que por cierto parecía estar vivo y reclamarle a Cleo, como si fuese alguna especie de dios azteca, continuos sacrificios quincenales que consistían en nuevas piezas de diseño interior o algún cambio en el orden del mobiliario. Su fascinación por el lugar llegó al extremo de matar a nuestro perro imaginario Lucas y renegar de cualquier bestia que pudiese estropear con su cuerpo lleno de amor y necesidades biológicas su sofá Madison. El día en que salimos a buscar los disfraces para la fiesta de Halloween fue la última vez que escuché mencionar el nombre del perro, pero lo hizo de forma breve, mirando hacia la calle, imagino que tocada por la imagen sentimental de un caniche con su dueña. Pero la batalla estaba decidida a favor de los muebles y a partir de ese momento jamás se volvió a hablar de la posibilidad de ser despertados entre lamidos y ladridos felices.

Pasé la mañana tratando de comentarle a Cleo que por iniciativa de Jerónimo había invitado a Manuel y a su pareja para la fiesta de Halloween. Encontré mi oportunidad cuando Cleo tenía adormecidas sus ametralladoras en la observación extasiada de un trasto inútil (ella les dice abstractos) que deseaba colocar en la esquina superior de la ventana, al lado de las escaleras. Consentí comprar el bendito florero, que —según decía la mentirosa, compulsiva y manipuladora vendedora— era una vasija ceremonial navajo, a pesar de que la etiqueta decía *Made in China* y de que seguro fue fabricada a petición de una compañía de baratijas suecas cuyos inversionistas eran de los Emiratos Árabes. Acepté pagar verdaderamente caro el «artículo ceremonial» solo para que el ánimo de Cleo se mantuviese en alto, y bueno, porque a decir verdad ninguna de las dos compinches, ni Cleo ni la vendedora, me pararon media bola cuando les señalé el «pequeño» detalle de la etiqueta.

Cleo se puso el perol debajo del brazo y con la felicidad de haberse conectado con sus antiguos ancestros navajos a través de la axila, escuchó atenta mientras le contaba que Manuel iría a la fiesta. Al principio no me dijo nada, pero luego me paró en seco en el centro comercial y me advirtió que no iba a tolerar ninguna indiscreción de mi hermanito, y con indiscreción quería decir aquella oportunidad en la que Manuel le entró a coñazos a uno de sus jefes porque el tipo había sido gerente de operaciones cuando ocurrió el desastre del *Exxon Valdez*. Le prometí que eso no iba a ocurrir y que yo mismo me encargaría de vetarlo de cualquier fiesta para siempre si se atrevía a hacernos un *show*. Puede que por la influencia del artículo ceremonial o porque estuve a punto de hincarme en dos chapas de refresco en pleno pasillo, pero al fin torció los ojos y aceptó. Por supuesto que aquel sobreseimiento de la causa que llevaba Manuel por la venganza perpetrada contra los depredadores medioambientales no iba a venir así de fácil. Estaba acompañada de mi obediente resignación a usar el disfraz que ella eligiera para

mí. Bueno, qué puedo decir... un sacrificio es un sacrificio. Lo tenía, como era usual, ya hecho en su cabeza.

Al llegar a la tienda preguntó directamente y nos pasaron hacia los probadores, donde luego de unos minutos trajeron los disfraces. Ya la época de revivir a Cleopatra había pasado, supuse que lo consideraba un exceso de literalidad. Con sus nuevas amistades había que probar algo distinto, pero nunca esperé que escogiese vestirse como Marilyn Monroe. La razón principal es que Marilyn es un icono en sí mismo y no necesita pareja. Hasta ese momento siempre combinamos el vestuario y elegíamos algo que pudiéramos lucir en equipo. Esta vez no, ella iba por su cuenta y me dejaba a merced de un maldito traje de Elvis Presley, que de nada más verlo daban ganas de morir por atragantamiento de pastillas y licor. Está bien, ambos eran contemporáneos, representan una época, todo el mundo los conoce; sin embargo, no comparten un lazo sentimental. ¿Por qué Cleo buscaba hacerse con el escenario entero sin compartir la estética? Le reclamé, pero estaba tan absorta en los detalles, en la peluca, el maquillaje, que me dijo que me disfrazara del esposo de Marilyn. ¡Sí, cómo no! Seguro en la tienda tenían un traje estilo Joe Di Maggio o del otro, al que le dieron el Pulitzer. ¡Wow!, qué alocado, qué impresión tan fantástica debía ser estar en la fiesta y contestar las permanentes preguntas sobre mi elección del disfraz, con la aburrida frase de «Soy el escritor, se acuerdan, ¿no? Ya les muestro la foto en el telefonito». Y esperar que todos me observen con compasión mientras en sus mentes se eleva un único pensamiento: «Debió haber venido disfrazado de eunuco». Estaba molesto y medio con Cleo, así que le puse las cartas sobre la mesa diciendo que si ella iba a escoger un traje solitario, pues yo haría lo propio. Ella se acomodaba la peluca y me preguntó, con esa vocecita odiosa de superioridad y que además suena a «sorpréndeme, pequeño saltamontes», qué tenía en mente. Entonces me empiné en mi nube de hombría recién rescatada y le informé que iba a ir disfrazado del último guasón que apareció en la película de Batman, y ella explotó en una carcajada que contagió a la jalamecate de la vendedora y me sentenció con una línea de realidad imitando al arte:

—No seas payaso, Álvaro.

Ese año fui Elvis Presley y, para más señas, no el Elvis joven que aún desconocía el poder de las anfetaminas mezcladas con Bourbon, sino el gordo y deprimente Elvis de Las Vegas. Cuando salimos del *loft* en dirección a la sala de fiestas, trataba de juntar toda la ira acumulada para odiar a Cleo, pero era una Marilyn tan bella que no tuve sino ganas de tirármela en el ascensor. Por supuesto que ni siquiera me le acerqué para darle un besito porque ¡ay de mí si le arruinaba el lápiz labial! De lo que sí no me pude contener fue de darle una tremenda nalgada, a lo macho vernáculo, pero lo único que provoqué en ella fue que pusiera los mismos ojos con que de seguro los colonizadores gringos miraron a los indios *cherokee* cuando estos se negaron a vivir en reservas.

De cualquier modo, su reacción (¿memoria genética? Es posible) no iba a quitarme el hecho de ser el único que tuviese la suerte de intentar tal manoseo con el mega cuerpo de la nueva vecina. Y me sentí muchísimo mejor al entrar al salón y corroborar cómo la jauría masculina por lascivia, y la femenina por curiosidad, quedaban boquiabiertas admirando a Cleo. Estuve a punto de decir «Sí, viene conmigo, háganse a un lado», pero eso me iba a volver un Elvis mucho más triste, por lo que la dejé hacer su entrada por la alfombra roja sin dar oportunidad a que pensaran que, si yo era el esposo, sería porque tenía alguna relación crematística con las islas Caimán o porque me precedían veinticinco centímetros de la más absoluta virilidad.

El Jerónimo salió a recibirnos. Su disfraz de muerto viviente había quedado bien, aunque no le iba a decir que realmente parecía un leproso de la época de Ben-Hur. Estaba de lo más contento y veía a Cleopatra con ganas de decirle (y al final lo dijo):

—¡Una vueltica, una vueltica!

Menos mal que Eurídice llegó a tiempo para evitar que Marilyn enfureciera y matara por segunda vez al personaje de nuestro anfitrión. La matriarca del clan Tercero representaba una dura competencia para la voluptuosa Cleopatra y ella lo sabía, el duelo de miradas debió haber sido recogido en un video y guardado en una cápsula del tiempo, para que los humanos del futuro pudieran entender el verdadero sentido de la frase: Maldita perra. Sin embargo, hicieron una breve pausa en su duelo y se besaron/sin besarse en la mejilla y luego cada una cogió por su lado. Marilyn en dirección a la mesa de Mafer Casiraghi, y la Pocahontas Eurídice a darle órdenes al *maître* para que sirvieran todas las botellas y que no se fueran a encaletar alguna, como bien lo reza la costumbre de los mesoneros contratados en bodas, bautizos, quinceaños y demás reuniones misceláneas.

Jerónimo estaba contentísimo con la respuesta de los vecinos, así que aprovechó que nos encontrábamos a casa llena para presentármelos uno a uno. Fue una ventaja el que estuvieran disfrazados porque de algún modo eso les ahorró tiempo, además del trauma de tener que encarar los protocolos con una máscara imaginaria. Santiago Martínez del Trigo, por solo citar un caso, se mostró bien afable desde su traje de Fantasma de la Ópera. Nos presentó a su esposa, Alexandra (apellido ininteligible) del Trigo, y a su hijo Ethan, de unos cinco años, y que representó un verdadero problema para Jerónimo cuando quiso pronunciarlo porque él lo repetía como su cerebro lo escuchaba: Itan, y no como su mamá Alexandra quería que fuese dicho, que era algo así como Izhám. De nada sirvió que Jerónimo intentara poner la lengua en el labio y rebuscar en sus rincones más delicados e interculturales, simplemente no se le daba. Así que Martínez del Trigo cambió la conversación pidiéndole saber de qué se trataba la jugosa sorpresa que sería revelada al finalizar la noche. Jerónimo le picó un ojo y le pidió que no desesperara. Lo que sí dejó asentado en la mesa —sin ninguna timidez ni decoro— es que se había gastado un billete a pesar de

que su mujer estuvo en desacuerdo: «Eurídice es como un cochinito de porcelana, hay que tirarla pal piso pa' que suelte los cobres». Risas y más risas, de Jerónimo por supuesto. Abandonamos esa mesa escoltados por la mirada de la Alexandra (apellido etrusco o balcánico) del Trigo y avanzamos en la agenda.

Cleo, al darse cuenta de que se quedaba detrás del protocolo, nos cayó justo cuando arribábamos a la mesa de la familia Coelho Freire o como Jerónimo los presentó: los portu. Manos estrechándose, miradas, recelo y Cleo se mete entre Jerónimo y yo para no quedar fuera del acontecimiento. No hubo necesidad de que Tercero la presentara porque ella misma levantó la mano y luego de hacerse respetar como una Cleopatra Carter, linaje 100% autenticado, le pela el diente al Joao Coelho, hombre bonitico y muy acicaladito, y al parecer tremendo genio de las finanzas, y le dice:

—Pero... pueden llamarme C.C.

Okay, paren la cinta, quiero rebobinar y volver a ver a mi esposa. Sí, eso es correcto, utilizó su apodo para hacerse la interesante. Cuando tal cosa acontecía había que prender las alarmas porque algo tramaba, era muy similar a contemplar la transformación de Gokú en Supersaiyajin, es decir, todo un suceso. La manera en que deseaba que fuese dicho su nombre artístico era usando la fonología gringa *Ci-Ci* y no con la regular y castellanizada manera Ce-Ce, más rudimentaria y sin *punch*. Pues bien, sucede y acontece que el portu hasta se levantó de su asiento con su traje de pirata y le besó la mano, queriendo dárselas de galán de otoño. Pero peor fue la mujer del capitán pirata —potencial pareja de *swingers*— que le echó un mega abrazo a *CiCi*, casi en el límite de la violación o más bien del toqueteo sensual de las mujeres liberales. Tercero se dio cuenta de que el asunto traspasaba las barreras de la cortesía primaria, pero en lugar de dar por terminado el episodio comenzó a preguntarme por Eurídice, porque tenía «deseos (muy apropiado el término) de que ella se integrara más con Cori» (denominación coqueta con que era conocida la esposa de Joao). Cleo no quiso seguir el recorrido y se aplastó en la mesa de los portu como si hubiese jugado metras con ellos.

En la tercera mesa solo estaban dos niños no mayores de siete años que hablaban con acento mexicano. Supuse de inmediato que se trataba de la familia de algún diplomático que cumplía misión en el país, así que al menos me pareció que el recorrido introductorio iba a traer alguna variedad extranjera real, pero cuando los padres llegaron del bifé con sendos platos y extendieron la mano en señal de saludo, no tenían acento extranjero. Vestían con disfraces de príncipe y princesa árabes; sin embargo, eran los menos estirados de todos. Alberto Morales y Alicia Fonseca-Mazzarri le pidieron a sus hijos que se presentaran y de nuevo estos, con su marcado acento a lo Emiliano Zapata, resoplaron un Matías y un Mateo. Alberto, muy espontáneo, sintió que debía explicarme la prosa de sus hijos y le echó la culpa a las

horas que pasaban diariamente viendo comiquitas. Expuso con preocupación que en su casa vivían una especie de mundo dual en el que no había tortas ni sándwiches, sino pastel y emparedados y donde los cambures transmutaban en bananas y los papagayos se convertían en cometas. Jerónimo en un momento no captó la esencia del asunto y hasta lo desmeritó, pero luego los niños saltaron de la mesa para ponerse a correr por el salón de fiestas bajo los gritos españolizados de «Te voy a coger», y solo entonces logró mal encajar algunas piezas diciéndome al oído:

—Vergación de vulgares.

No vi la importancia de explicarle lo que ocurría ni tampoco habría tenido tiempo, porque en ese momento Teófilo, el vigilante, hacía su entrada al salón de fiestas y le decía a Jerónimo, ignorándome por completo, que en la recepción estaban «unos individuos de mal aspecto que aseguraban estar invitados a la fiesta». Sospeché que se trataba de Manuel y su pareja, pero como el pantalón apretaíto estilo Elvis no contemplaba el avance de la tecnología, no tenía celular para asegurarlo. Jerónimo le preguntó a Teófilo si había preguntado el nombre. Teófilo apenado informó que no lo recordaba, entonces Jerónimo le dijo francamente molesto:

—¿Y pa' que te regalé el librito *Mensaje a García*? No era pa' que lo usaras de abanico... —Después le hizo prometer que leería el libro y pases hechas, nos dirigimos hasta la entrada del San Marino.

Abrimos la puerta principal y seguimos desde las cámaras de vigilancia del cuartel general de Teófilo la irrupción del temible Manuel González Nieto y su anónima acompañante a los predios de la clase privilegiada de Caracas. Cuando salimos a recibirlos, Jerónimo levantó a Manuel con un abrazo y le besó la mano a la pareja copiando el estilo de Joao Coelho. Manuel hizo las cortesías y ahí fue cuando supe que la mujer que me iba a joder la vida se llamaba Elena.

Jerónimo les preguntó por qué no estaban disfrazados, pero Manuel, tan hábil que es, contestó:

—¿Quién dijo que no? Ella es Rosa Luxemburgo —Elena hizo un gesto muy a lo cortesana francesa— y yo soy el desclasado sinvergüenza.

Jerónimo no entendió el chiste, pero igual le contestó con una sonrisa:

—Vos sos burlista como tu hermano. Venite pa' que conozcáis a los que viven aquí.

Entrar con Manuel y Elena al salón tuvo un efecto contrario a cuando lo hice con Rosa Cleopatra. Esta vez la gente, lejos de ser cordial, nos lanzó una mirada clásica de tolerancia segregacionista, muy común en aquellos que lloraron en sus cabezas a Morgan Freeman cuando se enteraron por las noticias de que Nelson Mandela había muerto. Esa energía que se desprendía de la mente de los residentes originarios del San Marino y que caía encima de los traidores que traen extraños al sagrado templo, casi me dobla las rodillas. Sin embargo, causaba un efecto vigorizante en Manuel y Elena, puedo llegar incluso a pensar que hasta lo disfrutaban. Las caras

de reproche que están a un paso del asco y la incredulidad eran para ellos vítores de halago, o al menos eso se deducía por la sonrisa altiva que mostraban al pasearse por el lugar. Jerónimo también disfrutaba de la atención, pero lucía más como el dueño del circo que ha agregado nuevas excentricidades a su espectáculo y no como un desinteresado anfitrión.

El que sepa algo básico sobre el patrón de caza de las orcas, las ballenas asesinas más famosas de la TV, sabrá entonces que la sorpresa es su principal aliada. Pero, además, la enorme capacidad que tienen para proteger su territorio cuando ven amenazada su estabilidad por un depredador externo, es de veras una cualidad distintiva en ellas. Conocidas tales características, entonces es posible describir a cabalidad la manera en que Cleo —convertida ahora en una Marilyn Monroe muy decidida— nos cortó el paso. Manuel la saludó, pero ella lo ignoró por completo, sus ojos y atención los capitalizaba Elena. Era mucho más baja que Cleo y carecía de un cuerpo torneado en la fragua de los gimnasios caraqueños. Su cabello, dejado al azar de la brisa y la naturaleza, acrecentaba su aspecto anárquico; además, su rostro, que no podría ser caracterizado como bello, estaba más bien entre un no sé qué y una simpática fealdad. Su párpado izquierdo levemente caído torturaba a Cleo desde la simetría forzada por unos lentes de pasta estilo activista de las panteras negras. Ambas mujeres quedaron frente a frente y por un segundo en el salón entero se apagaron todos los ruidos. Aquel encuentro parecía la reedición de los enfrentamientos más memorables de la historia; un mano a mano que iba a dejar la imagen de los 300 espartanos contra el estereotipado ejército persa como una peleíta de borrachos. Cleopatra o Marilyn, o probablemente otro espíritu reencarnado, comenzó el diálogo:

—Manuel, Manuel. ¿Viniste con Frida Kahlo? O... déjame adivinar, ¿con una estudiante de antropología?

Cleo siempre odió la elemental simpleza del vestuario de las estudiantes de las carreras humanísticas.

Elena creció unos centímetros al usar el artilugio antiguo de la media punta. Sus botas de punketa parecían elevar el ajuar de los peleadores callejeros al peligroso terreno de la guerrilla urbana. Jerónimo abrió sus ojotes en la máxima expresión y me dio un toque discreto con el codo. Manuel perdió la altivez y pareció confundirse un poco con la reacción de su compañera. Eso sí me preocupó. Al parecer Elena improvisaba o rompía algún plan establecido. Cuando estuvo cerquísima de la cara de Cleo, disparó de vuelta.

—¿Marilyn? ¿En serio? Supongo que el disfraz de bruja hubiese sido una redundancia...

Un segundo más y Jerónimo hubiese tenido que gritar «¡Pelea de gatas!» y poner a Teófilo a recibir las primeras apuestas de las cuales se tuviera memoria en el San Marino, pero no hubo necesidad porque el despiste del *maître* (o su falta de gusto por la violencia

épica) puso entre Cleo y Elena una bandeja con copas aflautadas llenitas de champaña. Jerónimo exhaló su decepción y les fue pasando a Manuel y Elena las copas, mientras les pedía que lo siguieran para conocer a su familia. Los veía alejarse hacia destinos mejores, mientras yo —pobre de mí— me quedaba conteniendo la feroz embestida de Cleo. Enrojecida, pero sin quitar la sonrisa amena dedicada a cualquiera que en la distancia nos espiara, me recomendó por mi salud física que mantuviera a raya al «mequetrefe» de mi hermano y a la «arrabalera» de su novia. Las palabras de veras tuve que buscarlas en mi archivo de traducciones televisivas de los ochenta y las encontré junto a «pelele» y «papanatas», un poco más a la derecha de «cabeza de chorlito». Luego, sin esperar a que contestara (poco le importaba lo que tuviese que decir), dio media vuelta y enfiló de nuevo hacia la mesa de los Casiraghi. Cuando estuvo a unos metros volvió a mirarme y me preguntó si la iba a dejar sola toda la noche.

—No, no, claro que no —le contesté, pero en mi corazón la respuesta era otra. Así que mientras el cuerpo se iba con Cleo, las ganas iban detrás de mi hermano y su acompañante.

Conocí a Stefano, el hijo mayor de Casiraghi, al llegar a la mesa. Por la cara de Paolo al presentarlo era obvio que el muchacho era su más grande orgullo. Stefano lucía un disfraz de gladiador romano o de Brad Pitt cuando hizo de Aquiles, en cualquiera de los dos casos su cuerpo de adolescente-preocupado-por-el-ejercicio me dejaba con la autoestima por la lona. Hablaba poco, casi siempre para apoyar el punto de vista de su papá acerca de que en este país no había futuro, y de que en cuanto terminara de estudiar en la universidad debía irse a Milán para extender las redes de la constructora Casiraghi allende los mares. Mafer y *CiCi* conversaban sobre platillos exóticos mientras degustaban la selección hecha por Eurídice. Hay que reconocer que, muy al contrario de lo que yo mismo habría pensado, Jerónimo y su esposa no corrieron riesgos y se fueron por la selección tradicional de canapés variados, cortes de carnes y selecciones de quesos, con sus respectivos vinos del tinto al blanco. Había incluso una muestra muy cuidada de pescado fresco que era servido junto a una ensalada exótica en una bandeja de hielo. Creo que en eso ganó algunos puntos con sus invitados. Cleo tomaba un sorbo de champaña y apenitas mordía unos canapés de salmón mientras le metía la coba a Mafer de que su pasapalo favorito era la fantasía de camarón vietnamita con hierbas silvestres. Yo no sé dónde carajo habrá comido eso, pero lo que sí sabía era que tenía unos orgasmos volcánicos cuando engullía unos chicharrones fritos bajando para Barlovento, siempre escondida en el aire acondicionado del carro tras sus mega lentes Dior y su sombrerote a prueba de todo. Cori, la esposa de Joao Coelho, llegó a la mesa y allí sí que terminé excluido. Se gastaron unos cuantos metros cúbicos de aire parloteando de vinos y cepas, echándoselas de que mirando la copita sabían si la uva había «sufrido estrés» cuando la arrancaron de la mata.

¡Ay, por favor! Luego se batieron una con la degustación y alentaron a *CiCi* a que determinara si las notas del vino estaban a un paso de la acidez característica del Burdeos o del dulzón de Madeira. Cori miraba y admiraba a Cleo con esos ojitos pervertidos y era seguro que por su mente no pasaba nada bueno cuando aquella decía sentir un «ligero sabor a cuero y cerezas al final del paladar». «Cuero es lo que te van a dar, pedazo de pendeja, si no te avispas», le dije a Cleo mentalmente, mientras me disculpaba por tener que irme para atender a mis propios invitados.

Al aterrizar en el espacio de los anfitriones, Manuel se divertía con Elena en el juego de imaginar lo que están diciendo en otras mesas. Y se reían a más no poder mientras ponían en boca de los residentes del San Marino frases que según ellos reflejaban el espíritu decadente de la clase alta de Caracas. Me pareció que sus juicios eran bastante superficiales y arrogantes, o puede que mi molestia estuviese causada por también ser blanco de su artillería generalizante. Sea lo que fuere, les pedí que bajaran la voz si pensaban seguir con la insultadera. Manuel me concedió ese minuto de paz solo porque pensaba, al igual que Marx, que al capitalismo había que reconocerle sus vinos y mujeres y apuntó con la boca hacia la mesa de Casiraghi, donde las tres mujeres seguían en sus meditaciones vinícolas sin preocuparse mucho por el resto. Luego me preguntó por los que allí vivían e hizo especial énfasis en Mafer, de quien decía estaba en el punto exacto en el que las mujeres casadas entienden que necesitan un amante o terminarán ahogadas en la bañera con una sobredosis. Elena se rió del comentario con mucha libertad —demasiada diría— como para ser la novia de Manuel. Creí que lo mejor era que se buscaran una fiesta menos zanahoria o que les presentara a los Coelho, pero allí mismo me pidieron que le bajara dos a la actitud monacal y que tratara de relajarme. Los hijos de Tercero, con excepción de León Magno y Masedonio, se pararon de la mesa para irse a jugar en un laberinto inflable que su papá mandó a instalar en las áreas verdes. Manuel quiso ir a buscar un trago verdadero con el barman y convidó a los hijos mayores de Jerónimo para enseñarles por qué el cocuy es el mejor de los licores destilados por el hombre. De esa manera, Elena y yo nos quedamos solos por primera vez.

Por un momento estuve sin saber qué hacer o decir. No la miraba a los ojos y distraía la ansiedad en hacer que bebía de una copa que ya no tenía nada que ofrecerme. Elena me preguntó si estaba nervioso y no supe qué responderle, creo que le dije algo... nada importante. Ella se sonrió y me gustó. Había en su gesto un aire comprensivo y ligero, muy distinto a lo que respiraba a diario en el *loft* o en el trabajo. Era la muestra de una relación en la que nadie espera nada del otro y donde no hay mayor compromiso que con el instante que se comparte. Bebió lo que quedaba de la copa y me preguntó si allí se podía fumar; le dije que no, pero que a lo mejor afuera, lejos de los niños, era posible. Así que salimos para que fumara. Sin embargo, no podía dejar de pensar en que Manuel, a lo mejor, se incomodaría por que yo

estuviese a solas con su novia, o peor aún, que Rosa Cleopatra estuviese siguiéndome con la mirada. Ella notó que estaba en ese trance y me volvió a preguntar si algo me preocupaba.

—No, no, nada —le dije.

Encendió un cigarrillo y lo aspiró con ganas, luego lo botó hacía el aire. Se acomodó los lentes para conversar con una vista clara de mí. Pasó el rato haciendo preguntas superficiales como la fecha en que me había mudado o si no sentía que el calor era inusual para esa época del año. Le contestaba sin aplicarme demasiado, esperando que agotara su cigarrillo y le diera por volver a la fiesta.

Pero ella estaba allí tratando de ver las estrellas y me comentó que casi todos los hombres con quienes tuvo algo más o menos serio quisieron enamorarla con algún poema sobre las estrellas o, en el mejor de los casos, acotando algún dato interesante de corte astrofísico estilo Discovery Channel. Cuando estaba a punto de contestarle que eso me parecía algo bueno y que yo había hecho lo mismo con Cleo, Elena comentó que aquello le parecía verdaderamente patético. Entonces me quedé con las ganas de hacer el comentario sobre lo que sabía de ondas gravitacionales o de las lunas de Plutón.

—¿No te parece deprimente ese cliché? —me preguntó, casi regañándome.

—Sí, por supuesto que sí... poco original —respondí, mientras lloraba un poco por dentro.

—Dígame cuando te sacan esa de Neruda que parece ser la única cosa que se aprendieron, de «La noche está estrellada, y tiritan, azules, los astros, a lo lejos». ¡Coño, pero coño, hombres del mundo, un poco de esfuerzo, por favor!

Cuando la vi tirar su colilla y aplastarla con sus botas intimidantes, tampoco creí conveniente confesarle que el primer libro que le regalé a Rosa Cleopatra fue el de los *20 poemas de amor y una canción desesperada*. En mi descargo, debo reconocer que traté por sugerencia de Manuel de obsequiar algo de Baudelaire, pero los únicos poetas malditos que existían en Caracas parecían vivir en esa época debajo del Paseo Anauco, así que no me quedó más remedio que meterle en un ramo de rosas rojas al vilipendiado chileno que tantas familias ayudó a construir. Mal no me fue, a juzgar estrictamente por el resultado.

—¿Y cómo te enamoró Manuel? —interrogué para evitar que fuese ella quien tomara la iniciativa.

—Manuel y yo no somos nada. Bueno, creo que tiramos una vez pero estábamos borrachos y eso no vale. —Se sonrió mientras intentaba encender un segundo cigarro.

No entiendo mucho del psicoanálisis y creo que sigue siendo una tarea pendiente, pero aquella confesión, contrario a lo que pueda pensarse, me atravesó sin causar ninguna clase de daño. Más cataclismo me provocó que fuese tan zumbada y que

con unos pocos minutos de conversa ya se atreviera a darme detalles íntimos. Ella pareció notar que no tuve ninguna reacción al comentario y después de unos segundos y varias bocanadas, preguntó si me había enrollado.

—Para nada, solo que es más información de la que deseaba.

—Ustedes son raros —exclamó, mientras enterraba la segunda colilla en la grama.

—Raros, ¿quiénes?

—Ustedes los ricos... Se la dan de globales y mente abierta, pero medio se les toca la religión, la política o el sexo y se enconchan como morrocoyes.

—Yo no soy rico —me apresuré a contestar.

—Tiene orejas de cochino, rabo de cochino, cabeza de cochino...

—Que no soy rico.

—¿Y entonces por qué vives como uno?

Masedonio llegó corriendo hasta donde me encontraba con Elena y dijo que Jerónimo me estaba buscando por todos lados para que participara en la rifa que organizaba. Me sentí terrible porque la conversación había tomado un giro interesante y ahora tenía que dejarla por la mitad, pero no podía abandonar a Tercero justo en el clímax de su celebración. Así que le pedí a Elena que me acompañara de nuevo al salón mientras le repetía (¿o me lo repetía a mí?) que no era un ricachón. Ella me ponía los ojos típicos del «Sí, cómo no» y me daba palmadas en la espalda, mientras me señalaba que prestara atención a lo que ocurría en la fiesta. Dentro del salón se había formado una especie de bululú. Mientras Tercero hablaba por el micrófono y nos pedía a los asistentes dirigirnos hasta las áreas verdes cercanas a la piscina, para que pudiésemos entender a cabalidad cuán importante era esta fiesta para él. Busqué infructuosamente a Cleo y tuve que seguir a la multitud, que ahora estaba más animada luego de las expectativas creadas por el locuaz anfitrión. Llegamos hasta el lugar donde se había levantado una pequeña carpa iluminada por potentes lámparas. Al acercarme entendí la locura de esta competencia desmedida. Una camioneta cero kilómetros del año iba a sortearse entre los residentes del San Marino. Simplemente no podía creerlo, mucho menos que hubiese un segundo premio —de consolación—, que consistía en irse con todos los gastos pagos a visitar los estudios de grabación de una exitosa serie televisiva sobre muertos vivientes en California.

En un bombo estaban los nombres de cada propietario del San Marino. Jerónimo empezó a animar la velada mientras sus gritos provocaban un verdadero éxtasis entre los asistentes. Podía verles los ojos y estaba claro que Jerónimo había logrado conectarlos. No creo que el éxito estuviese en la posibilidad de tener la camioneta, pues no dudaba de que todos allí pudiesen comprar una similar, sino por lo que significaba la adrenalina de ser tocado por la suerte. De algún modo, según lo pensaba, es posible que la riqueza tuviera mucho de ese componente mágico que era no solo deseable, sino también necesario para lograr ascender sin tener que

sufrir grandes penurias. Es bueno ser rico, no hay duda, pero que además de rico seas tocado por la diosa fortuna, bueno, eso ya es otra liga. Aunque Jerónimo tiempo después me confesaría que, llevado por la desesperación, pagó un detective privado para investigar a un bojote de residentes del San Marino y se enteró de que a la mayoría de ellos le daba por desestresarse a punta de traganíqueles y mesas de *black jack*. ¡Bien jugado, Jerónimo, bien jugado!

En aquella rifa muchos perdieron la clase cuando el bombo giraba y sus mentes comenzaban a sentir el bombardeo de las hormonas haciéndolos felices y recordándoles también los días felices de casinos, aperitivos y el éxtasis sobrenatural cuando veían sus cartones llenos y podían gritar en solitario y con toda propiedad «¡Bingo!». Cuando el bombo se detuvo, Jerónimo, haciendo gala de una destreza nata para la animación, pidió la respectiva mano «inocente» y descartó a Montes de Oca, que había elegido disfrazarse de Chewbacca.

—Alejá esa mano pelúa —le gritó ante la risa compartida de los que ahora lo recibían con un afecto desmesurado. Supongo que a esa hora ya el licor estaba haciendo su efecto y eso ayudó a llenar la noche de una verdadera alegría. Entonces, como nadie se proponía, Eurídice le pidió a su hija Helena Emperatriz que escogiera a los ganadores. Máxima tensión. La niña tomaba un papelito, pero imagino que por los nervios allí mismo lo dejaba caer y eso ocurrió varias veces. Cuando al fin salió la papeleta, Eurídice la abrió e hizo que Jerónimo leyera que el elegido por esa fuerza sobrenatural conocida como Diosa Fortuna era: Paolo Casiraghi.

El hombre subió incrédulo y no de muy buena gana recibió las llaves de manos del propio Jerónimo. Después, como pudo, se alejó del destello de los *flashes* de aquellos ebrios que querían dejar todo registrado en el celular y trató de escabullirse, pero lo convidaron a subir a la camioneta como si se tratara de un concurso televisivo y no le quedó otra que cumplir su papel. Jerónimo se le acercó y le dijo algo al oído. Y a pesar de que pude ver el gesto, nunca supe cuáles fueron las palabras exactas. Tercero tampoco me lo reveló, así que suelo especular que ese pequeño, y para muchos, desapercibido detalle estuvo mediado por la frase: «Superáis esta verga y me pego un tiro». Pero bueno, es solo una conjetura, nada más. El segundo premio se lo ganaron los Fonseca-Mazzarri, quienes estaban supercontentos pues al parecer (¿casualidad o detective privado?) eran fanáticos de la dichosa serie.

Luego de la rifa la gente había gastado toda su energía y la fiesta se enfrió con rapidez. Tampoco ayudó mucho la selección musical de Jerónimo, consistente casi por entero de gaitas románticas. Por supuesto, nadie bailaba, lo que hacía que el ambiente estuviese relajado y sin pretensiones de llegar a las tres de la mañana, que era la hora cabalística escogida por Jerónimo para concluir las celebraciones. El hombre se desesperó y tuve que convencerlo de que olvidara la idea de bailar la canción de *Thriller* junto a su familia, y mucho más cuando me aseguró que habían

ensayado la versión extendida. Fue cuando le hice partícipe de un descubrimiento personal y que, avalado por años de observación y registro paciente, concluía que si algo reconciliaba todas las clases sociales en Venezuela y lograba trascender cualquier ideología, creencia y estado de ánimo, no era el canto exaltado del himno nacional o la visión extasiada de la bandera tricolor batiéndose al viento, sino el momento de desatar la hora loca. Y estaba tan convencido de aquello que solo me bastó alentarlo y retirarme hasta el rincón de los cócteles para corroborar cómo el conductismo y los grados de alcohol podían encauzar a las masas con mucha más eficacia que el mejor de los discursos motivacionales. Entonces, mientras Eurídice conducía el hipnótico trencito bajo los compases de *Vamos pa' la conga* y la gente se entregaba sin resistencia a ser embarcada en el viaje al reino de la diversión, los ojos se me perdieron en su propia agenda y barrieron el territorio buscando a Elena.

Apenas recostada en una pared, desinteresada y discreta, sostenía un vaso vacío. «Allí estás», me dije. Pero no fue hasta que murmuré esa frase que entendí la gravedad de la situación. Supe entonces que el origen de aquellas palabras no tenía asiento en mi cabeza sino en el corazón, y por primera vez en muchísimo tiempo me sentí feliz, secretamente feliz.

Cena de acción de gracias

Traté de arrancarme el recuerdo de la fiesta a punta de trabajo. No comenté con nadie aquel destello incomprensible y fugaz que significó conocer a Elena. Preferí enfocarme en lo importante y dejar las tonterías y confusiones para momentos en que la economía no estuviese en recesión. De alguna manera, fue un buen método involucrarme con más tesón en la vida de los empleados de la franquicia. No sé por qué, pero esa afirmación de Elena sobre mi riqueza me mantuvo un tiempo cavilando y luego de algunas meditaciones hechas mientras atravesaba la autopista de Prados del Este, concluí que era una subfamilia de una nueva clase de rico. Me ayudó en el proceso una conversación que tuvo lugar en el restaurante de Chacaíto, donde dos testigos de Jehová debatían en los siguientes términos:

—Claro que es rico.

—Que no es rico.

—Que sí lo es...

—Que viva bien, no lo hace rico... Para ser rico tienes que reunir otras condiciones...

Justo en ese instante interrumpió Efrén, preguntando si consideraba apropiado darle el día libre a Karolis —una de las cajeras, que tenía náuseas mañaneras—. Irritado por la forma de involucrarme en un asunto que bien podía resolver sin mí, le pregunté si esa muchacha no había estado de permiso justo el día anterior. Entonces Efrén, llevándome hasta un rincón, me hizo partícipe de la comidilla del momento en la sucursal Chacaíto de Perrito Loco. Era un tremendo culebrón donde Karolis era la joven amante de Luisito, el motorizado del *delivery*, quien a su vez era esposo de la cajera de la sucursal Los Naranjos; esta tenía una ramificación tipo prima hermana con un mega delincuente robaquintas de Valencia, a quien los de la sucursal Chacaíto habían conocido en una fiesta. El tipo, según el juicio de la mayoría, era muy protector de las mujeres de su familia. Todo este *issue* pasional, que me había apartado de la conversa de los testigos de Jehová, sirvió para que Efrén se explayara en su vocación frustrada de vidente y me advirtiera —no sin antes hablarme de Obatalá y Yemanyá— que se avecinaba «sendo beta», ya que la Karolis estaba triste porque «le habían metido un golazo». Mientras intentaba procesar la información sentimental-laboral y contener los temores apocalípticos de los trabajadores de la sucursal de Chacaíto, vi cómo los testigos de Jehová ya se alejaban con sus bandejas y aquello me calentó más. Le rogué a Efrén que le diera ese día a Karolis y el siguiente, si así lo requería, o toda la semana hasta que se sintiera mejor. Me acerqué al cajero que había atendido a los testigos y le pregunté si había escuchado la conversación. Entonces Robelí, un chamo de La Pastora, cuyo nombre dejaba cierta esperanza al menor de los hijos de Jerónimo, se vio en el dilema de quedar como un metiche o contarme lo que había escuchado. Optó por esto último y me dijo:

—Bueno, jefe, uno de ellos decía que pa' ir al cielo los ricos no tenían que pasar por el ojo de una aguja, nada de eso; entonces el otro (que me pagó con tarjeta) le preguntó qué había que hacer para entrar al cielo... Me da pena, jefe, pero el chamo le respondió: «solo ser un *ano* del valle...».

Mi hermano Manuel se habría suicidado de solo ver el rumbo que ha tomado «la única cosa que iba a salvar a Venezuela», seguro se hubiera ido hasta el cementerio a pedirle perdón a Herrera Luque por el estado actual de nuestra educación pública. Pero yo no era Manuel, así que felicité a Robelí por su máximo esfuerzo y le pedí que me alcanzara un refresco, porque tenía mucho en que pensar ese día.

Efrén —que por algo lo tengo de jefe en los restaurantes— se dio cuenta de que había metido la pata al sacarme de un asunto importante y fue a pedirme disculpas; de paso aprovechó para preguntarme si quería ser el padrino de su hijita recién nacida. Acepté y no solo dije que sí, sino que recomendé también a la petulante de Cleo como madrina. Ella por supuesto —con mucha cortesía y aduciendo problemas de agenda—, no aceptó. Pero no le quedó de otra que acompañarme al bautizo porque vivía aterrada de que, como acto de desagravio, los cocineros le escupieran la comida. Yo le decía que eso no importaba porque ella no se rebajaba a comer con la clase obrera que iba a nuestros restaurantes y que en los suntuosos locales *gourmet* de Los Palos Grandes no trabajaba nadie perteneciente a nuestra empresa. Sin embargo, ella no abandonaba su paranoia y me contestaba con carita de loca: «Ellos se conocen»; acto seguido, tecleaba su teléfono celular y me mostraba alguna nota de seudoprensa donde se informaba en clave de *instant karma* que los dueños relacionados con negocios de comida rápida tenían un sesenta y siete por ciento de más posibilidades de morir en circunstancias misteriosas que aquellos que escogían, por ejemplo, el negocio de las floristerías. Sí, claro, todos los cocineros y mesoneros de los restaurantes de Caracas forman una especie de sindicato o red familiar que los hace una única inteligencia, como un cardumen que se traspasa chismes y curiosidades de un lado a otro, sin que el resto de los mortales conozcamos cuán sofisticado es su sistema de información y sus inconfesables planes de control global.

—Vaya que el *loft* le está sentando bien a mi esposa... —me dije cuando la escuché, y me lo volví a repetir cuando enfilé el carro hacía el sector El Observatorio del 23 de Enero.

Rosa Cleopatra se veía como cuando la Princesa de Gales visitó Somalia, con las piernitas recogidas y amarrándose a una sonrisa temerosa mientras espantaba a los niñitos que se le acercaban con la frase:

—Sé un buen niño y busca a tu mamá, ¿sí?

Pero después de que la matriarca de los hermanitos Castillo se le acomodara al lado, no le quedó más remedio que someterse a la cercanía corporal de aquellos para quienes familia es todo el que entra a su casa. A mí me encasquetaron a la bebé de

Efrén para que le sacara los gases y nos fuésemos acostumbrando el uno al otro y así evitar mayores complicaciones cuando llegara el que nos iba a echar el agua. Efrén andaba ya prendío a eso de las cuatro de la tarde y se paseaba por el lugar con la botellita de cerveza en la mano, supervisando con explosiva alegría los detalles. Su esposa Cler, que realmente se llama Cleranyg (no solo en el San Marino gustan de los apodos simpáticos), me traía pañales de tela para el reflujo, el tetero con agua para que no se deshidratara y el tetero con lechita tibia por si se ponía a llorar. De nada servía que le rogara se llevara a la niña hasta que llegara el compadre Toño, que era una especie de sacerdote no oficial que había bautizado a la familia Castillo desde que sus ancestros desertaron de las costas falconianas para establecerse a las faldas del Ávila cincuenta años atrás.

—Mira a la bandida esta, le gusta estar contigo —decía Cler al limpiar la boca de la bebé.

Pusieron música. Una salsa brava que hizo retumbar los vidrios y se expandió por el barrio como una bomba sónica. Entonces respiré y empecé a mover a la niña guiado por el influjo de *Che Che Colé* y fui hasta la ventana más grande de la casa para escapar del calor de esa hora. Sentir la paz de la niña reposando sobre mi hombro movió algo muy adentro. En la vista extensa de los callejones, de los edificios, de los ranchos y de la ciudad dividida, mi corazón también se fragmentó. Y a pesar de que intenté ahogar el recuerdo de Elena bajo una catarata de obligaciones cotidianas, volvió a aparecerse zumbando a través del tibio aliento de la bebecita. Éramos la pequeña, esa ventana y la difusa imagen mental de aquella mujer flotando por encima del concreto. ¿Sería un episodio asociado a eso que conocen como reloj biológico o quizá culpa del estrés acumulado? Cualquier opción era legítima. Pero no caí en la tentación de hacerme la pregunta, no era el lugar y no tenía tampoco la fortaleza para soportar la respuesta. Tan sensible estaba que en cuanto comenzó el ritual y el hombre prendió la vela y dijo unas oraciones, se me escaparon unas lágrimas. Y no paré de llorar —como la propia carajita viendo la parte final del *Titanic*—. La cosa fue tan incómoda que el bautista Toño, muy amable —debo decir—, me pidió alejarme un poco porque al parecer mis lágrimas le restarían potencia al agua bendita. Luego, como seguía con la moqueadera, se acercó a mi oído y dijo con discreción:

—Sea varón. —Y juro que al constatar que estaba robándole el protagonismo a la infanta traté de controlarme, pero estaba teniendo tal crisis de llanto que temí que las tormentas hormonales de la mediana edad se me hubiesen adelantado.

Cuando nos despedimos de la familia de Efrén, traté de evadir el asunto buscándole la lengua a Cleo con la cuestión de que a la niña la habían bautizado como Ximena, con X y todo, y no con una buena jota menos pretenciosa que le redujera problemas a la hora de hacer frente a las niñas de la zona. Además, hice constar que era sumamente interesante que ninguno de los otros niños tenía los

nombres típicos de las telenovelas, sino que ahora correteaban por allí haciéndose llamar Anabella, Isabela, Fabricio. Y le comenté sonriente a Cleo:

—¿Adónde se fueron las Marías, los Ramón, los José?

Pero ella no me concedía nada, ni un comentario de vuelta, ni una sonrisa. Tan insondable fue su silencio que ni siquiera en el carro tocó el tema de mi vergonzosa llorantina, ni en el *loft*, ni a la mañana siguiente, ni nunca. Sin embargo, ella tenía bien clara la forma de hacerme pagar el incómodo momento, y que además Efrén —en el último coletazo de la borrachera— la llamara comadre y la pusiera como testigo del ingreso de Ximena a las filas del catolicismo apostólico y romano.

Si algún día escribiera un libro, me gustaría abrir un apartado que se titulara *De la venganza y demás imperfecciones en el alma de Cleopatra Carter*. Allí posiblemente comentaría la manera en que mi bella esposa me soltó que, considerando los grandes sacrificios hechos para aceptar mis exigencias en la anterior fiesta de Jerónimo, ahora a ella le tocaba el turno de mover las piezas y decidir que iríamos a la reunión con Pedro Pedrito Contreras-Foucault, mejor conocido como el hombre que le evaporó los dólares a punta de atraparla en un sándwich de ensoñaciones fantástico-financieras sin anestesia. Porque si algo no he dicho es que la providencial y majestuosa remodelación tuvo como particular detalle, como letra pequeña, muy pequeña, pequeñísima, que él crearía un fondo a la medida de los sueños inagotables de Cleo. Aprovechó el tipo para meterle en la cabeza que el cielo era el límite y que lo mejor no era solo la remodelación, sino la compra a futuro de los artículos de diseñador. Y esto no solo se redujo a las sillas Adelaide de la temporada primavera del 2020 o los sistemas de pared Copenhague que fuesen conceptualizados en el verano de 2018, sino que la cosa se fue extendiendo hasta casi alcanzar la estrafalaria decisión de invertir en la cría de los zorros y las focas que servirían como probable materia prima para forrar no un cojín, sino la idea de un cojín que surgiera para el agosto en que ella cumpliría la redonda cifra de cincuenta años. Tan alocada tenía a Cleo el Pedro Pedrito, que a veces la atrapaba espiando el canal bursátil revisando si los tifones de Japón habían impactado las expectativas de ganancia de la soja que se producía en Canadá, y si aquello reduciría la posibilidad de que no fueran bien alimentadas las vacas cuya piel iba a terminar siendo el soporte para su espectacular culo de ingeniera geofísica.

Era ese el gánster económico que me iba a tener que calar durante la fiesta de Casiraghi. A quien, por cierto, también se le habían volado los tapones con la celebración e hizo lo indecible para traerse al pavo que indulta el Presidente de los Estados Unidos para meterlo en un horno a 350 grados, y así demostrarle a Jerónimo que su truco barato con la camioneta iba a quedar como una chuchería al lado de sus planes. Por supuesto que no logró traerse el pavo, pero ese fue el comentario que soltó durante una sesión en la sauna y lo repitió hasta la mañana de la fiesta, cuando informó con pesar que las leyes migratorias no eran tan flexibles para los animales de granja y menos para aquellos que gozaron de la piedad presidencial.

De cualquier modo, Casiraghi hizo adornar todo el San Marino Loft con motivos navideños para que el ambiente se impregnara de la felicidad característica de dicha época. Consideré que hubiese sido más beneficioso que esperara un poco más y organizara una cena de navidad, pero Jerónimo me explicó que la decisión de Paolo Casiraghi no solo se basaba en sus ganas de ser el primer italovenezolano en celebrar una cena de acción de gracias en simultáneo con sus vecinos culturales del norte, sino que en diciembre el noventa por ciento de los habitantes del San Marino viajarían fuera del país. Tenía entonces más sentido esa decisión, aunque para ser honestos habría resultado más sencillo convocar una fiesta con el único motivo de compartir; pero así eran las cosas en aquel lugar y menos no se les podía pedir.

La noche de la fiesta, Cleopatra Carter lució como nunca. Puede que semejante al día de nuestra boda, pero incluso en aquel momento, que hasta ese día ocupaba el número uno de las veces en que mejor se ha visto, palidecía ante esa noche. Impecable sería la palabra, aunque también alucinante y fuera de este mundo. Había valido completamente la pena lo que pagó por el vestido y por las sesiones de masajes de la mañana. Estaba espléndida. Me preguntó qué me parecía y le repetí la palabra espléndida. Ella se miró en el espejo y su traje escarlata ceñido al cuerpo vibró con ella. Sin embargo, en sus ojos no terminaba de completarse la perfección, su sonrisa tampoco la acompañaba. Le pregunté qué le pasaba y solo me contestó:

—No sé, siento que me falta algo.

Fue una encrucijada la que apareció de pronto. Por un lado, estaba el camino: pregunta de nuevo y atente a las consecuencias, y por el otro: calladito te ves más bonito. Me acerqué y solo se me ocurrió tratar de abrazarla para decirle que nada le hacía falta. Pero ella percibió que pensaba apretujarla un ratico y a lo mejor confundió mi solidaridad con las ganas de saciar alguna erección repentina. *He sido el incomprendido, ni tú ni nadie me ha querido, tal como soy...*, fue la melodía que apareció en mi mente cuando se hizo la que necesitaba ir urgentemente al baño. Allí se encerró un buen rato, hasta que salió bien maquillada y con la vana idea de que el rímel era efectivo para ocultar unos ojos que han llorado.

Íbamos directamente al salón de fiesta, pero Mafer necesitaba que Cleo la ayudara a arreglar algunos detalles de su vestuario, por lo que hicimos una primera parada en el *loft* de Casiraghi. Stefano abrió la puerta y nos pidió esperar en la sala a que alguno de sus padres se desocupara. Levantó una mano con bastante soltura y allí mismo apareció un ¿mayordomo? que nos preguntó si nos apetecía algo de tomar. Ambos dijimos que no y preferimos irnos hasta la sala. Para disgusto de Cleo, Jerónimo también esperaba y a ella no le quedó de otra que saludarlo. Su saludo transformó la sala de Casiraghi en un enorme ascensor con su silencio incómodo incluido. Tuve que actuar para evitar el amargo instante, así que se me ocurrió comentar el hecho de que Paolo sí que había captado la esencia de lo que era un *loft*. Cleo echó una ojeada y aunque se conocía el

lugar de memoria y cada cosa en él, apoyó mi punto con una sonrisa. A Jerónimo, por supuesto, el lugar le parecía medio escuálido y carente de muebles o de los adornos típicos de todo hogar y echó de menos las fachadas de casas andinas pegadas en alguna pared o las rinconeras para guardar los recuerdos de bodas y bautizos, por ejemplo. Aquel juicio antiestético hizo que le saltara la ceja derecha a Cleo y no pudo digerir más cortesía:

—Es minimalismo, Jerónimo... A Paolo le fascina el minimalismo...

Jerónimo se transfiguró a punto del infarto:

—¿Cómo es la verga? Con todo respeto, Rosita, pero esas vainas raras con los animales no me gustan... vos sabéis que soy bien partidario, pero la Biblia dice que la cosa es solo entre hombre y mujer...

Cleopatra quedó atolondrada, pero no le replicó. Sin embargo, supe —por la manera en que respiraba— que el diálogo no había concluido, no al menos en su cabeza: «Es minimalismo —maldito marginal—; confundes minimalismo con zoofilia...», dijo dentro de sí, y Jerónimo imaginariamente respondería: «¿Así es la verga? ¿Y minimalismo no es cuando alguien cree que una cosa tiene poderes sobrenaturales...?»; entonces ella respondería llenita de ira: «Eso es animismo —hijo de puta—»; y así seguiría el diálogo mental hasta que a Mafer o a Paolo les diera por aparecer. Jerónimo igual no se iba a quedar sin respuestas, así que siguió hablándose a sí mismo, considerando que ese era el asunto con la gente que se la pasaba viajando a Europa y creyendo que era posible «refrescar» la vida de pareja a punta de «extremismos». Después de unos segundos en su propia catarsis, nos miró y dijo:

—A final de cuentas, como diría Aristóteles —no el filósofo, sino el primo que atendía su negocio de importación de ropa deportiva—, la gente hace de su vida una pandereta y la toca como le da la gana.

A mí aquello me pareció de lo más lógico y así se lo hice saber a Cleo batiendo la cabeza en una clara señal de aprobación, pero ella mantenía sus brazos cruzados y de un momento a otro dejó de parecerse a *Mujer bonita* y se convirtió en la inflexible Reina de Corazones. En ese preciso instante Mafer la salvó de una apoplejía llamándola desde el segundo piso.

Cuando Jerónimo quedó a solas conmigo se me acercó preguntándome si tenía idea de qué tramaba Paolo para esta fiesta. Le contesté que en lo absoluto, pero de igual manera quise brindarle aliento al considerar que lo ocurrido en el Halloween era francamente insuperable y que cualquier cosa similar sería considerada un refrito. Después le dije, a manera de broma, que hasta el último segundo llegué a pensar que él y su familia iban a llegar en globo, así como lo hizo el Conde de Montecristo, al menos en la versión fílmica. Jerónimo se entristeció horrores y me recriminó por qué no le había dado esa idea antes.

—No me digáis que vos estáis pensando hacer también una fiesta —exclamó en un arrebato de paranoia.

Le dije que primero me lanzaba de un puente antes que tener que ser sometido al juicio de nuestros vecinos. Jerónimo no quedó convencido y volvió a reclamarme varias veces el asunto del globo, incluso llegó a creer que pudo haber dado un tercer premio que consistiera en un viaje nocturno a través de la ciudad de Caracas. La imagen me gustó y francamente yo mismo habría querido ganar algo por el estilo, pero luego pensé en que la gente era a veces bastante ociosa y había demasiadas armas en manos inescrupulosas, así que agradecí que la idea llegaba tarde.

Paolo apareció vestido de luces. Nos sorprendió en el debate sobre qué cosas pudieron hacerse mejor durante el Halloween y lo primero que exclamó es que estábamos demasiado informales para la fiesta. Jerónimo tenía una guayabera blanca y pantalón negro. Yo, en cambio, llevaba saco y corbata y ya creía que estaba exagerando. Jerónimo le dijo que no se iba a cambiar y que igual no tenía un traje de James Bond como el de Casiraghi. Paolo se molestó francamente con Jerónimo, acusándolo de sabotear la celebración al no acatar las reglas. Se dijeron unas cuantas cosas, hasta que el anfitrión levantó la mano, al igual que lo había hecho su hijo antes y no sé de dónde volvió a aparecer el ¿mayordomo? (¿es en serio? ¿un mayordomo?) y guió a Jerónimo hasta la puerta.

—Y ni se te ocurra faltar, Tercero. Juega limpio —le dijo.

Paolo volvió a subir y me dejó tirado allí en la sala. Me senté en el sofá y al ver la decoración del *loft*, me pareció que iba a tener que enseñarle la palabra «frugal» a Jerónimo para que la usara delante de Cleo. Estuve un rato revisando una y otra vez el celular, enviándoles mensajes de texto a los lugartenientes Castillo para informarme de la marcha de la franquicia y para comentarles que deseaba discutir seriamente la propuesta que me presentaron. Y cuando pensé que nada iba a arrancarme de la marcha habitual de mi vida, llegó un mensaje de un número no registrado con la palabra «Hola». Sentí escalofríos. Podría ser cualquier cosa, una equivocación usual, alguien que deseaba contactarme por negocios, el fantasma de las líneas ligadas que tanto aquejó a nuestro sector de telecomunicaciones durante la década de los noventa. Pero no, ese mensaje traía encriptado en sí una carga sentimental muy fuerte, una proyección de mis deseos o de la batalla contra ellos. ¿Qué podría contestar? Tantas opciones, desde las formales hasta las arriesgadas. ¿Un «Hola» que regrese la pelota al otro extremo de la línea telefónica? Una pregunta sobre identidad e intenciones lucía como la apuesta segura. Pero la indecisión campeaba a sus anchas y sin decidirme a tomar ningún camino, ninguna opción, volví a estar rodeado por Cleo y la familia Casiraghi. Caminé junto a ellos por el pasillo rumbo al salón de fiestas y vi la gran mesa dispuesta para la celebración, vi a los esposos Casiraghi sentarse uno en cada extremo e invitar a todos a unirse al banquete; así la posibilidad de iniciar la conversación telefónica se apagó.

Estuve en el salón sin siquiera percatarme de lo que vivía. La mente aún recomponía el mensaje de texto como si se tratara de un código mágico que debía descifrar. Solo Pedro Pedrito Foucault me sacó de aquel estado con un carajazo (dizque saludo) que me dio en el hombro. Estaba acompañado de Joao Coelho y hablaban como si se conocieran de toda la vida. Cori saludaba a Cleopatra, piropeaba el vestido y su buen gusto, que parecía heredarlo de algún lado.

—¿Estás segura de que en otra vida no fuiste princesa? —le decía la «cariñosa» esposa de Joao. Allí entendí, gracias a los detalles oportunos del Foucault, que la teoría de los seis grados de separación funciona, y más para reunir a los idiotas.

Acontece que el Foucault y Joao eran amigos de un tiempo para acá a partir de un viaje que el primero hiciera a Curazao apenitas la «dictadura implacable» que nos gobierna implementara la restricción de compra y venta de dólares. Echaron el cuento completo como si se tratara de una especie de encuentro tan o más importante que el famoso abrazo de Bolívar y Morillo o el apretón de manos de Yasser Arafat e Isaac Rabin. La historia comenzaba mientras ambos compraban piñas coladas a orillas de la playa y se quejaban de la obsesión que tenían los gobiernos de izquierda de cercenar la felicidad ciudadana. Se descubrieron como iguales allá en las soleadas costas caribeñas, y luego de conocer que los aquejaban las mismas inquietudes existenciales, acordaron asociarse para sacarle provecho a la situación de «profunda frustración moral» que vivían sus desdichados coterráneos, y que purgaban en continuos viajes a destinos paradisíacos del mundo. Estuvieron un rato así, hablando de sus experiencias, que bien valen un tratado por sí solo, y que será de gran ayuda cuando en trescientos años tengamos que explicarle a nuestros tataranietos por qué carajo la tierra entera se fue a la mismísima mierda. Cori y Cleo les hacían el coro con sus risas y los alentaban a continuar hablando de cómo las nociones tradicionales de economía eran hechas trizas a través del empuje de novísimas transacciones financieras, que estaban más cercanas a la delincuencia organizada que al sueño de Milton Friedman. Aunque ahora que lo pienso creo que el gran Milton, pana burda de Manuel, quien lo tiene como el ser más detestable casi a la misma altura que Henry Kissinger y la mafia jázara, se habría sentido supremamente orgulloso de la manera en que Foucault y Coelho desarrollaban su propia interpretación de la mano invisible en una economía rentista.

—Excrementos del diablo —les dije. Ellos pararon de conversar y me observaron como quien ve llegar al hombre elefante.

—¿Has dicho algo? —preguntó Cleo.

—No, nada importante —contesté. Pedro Pedrito me estrechó en sus brazos olorosos a perfume entre cítrico, dulzón y metrosexual obsesivo, y le dijo a Joao:

—Yo sé qué le pasa a Álvaro, no quiere dejar de ser un cargapollos.

Cleopatra abrió los ojos y se puso en guardia porque ya le había advertido que cuando el tipajo de su amigo me volviera a llamar «cargapollos» (que era su manera

de decirme que seguía atado al anacrónico concepto de que es solo el trabajo el que produce riqueza), le iba a re-partir la cara. Pero mi ánimo no estaba para darle lo que se merecía. En otro momento me habría afectado la autoestima, como la primera vez que lo dijo, pero ahora simplemente me importaba nada lo que pensara él, Coelho, Cori y la propia Cleo. Sin embargo, no le di el gusto de acompañarlo en su chiste y le monté un tremendo cañón que le puso a temblar las rodillas, y lo sé porque el carajo no sonrió más y cambió el tono de la conversación, y en vez de hacer chistes o parecer afable, trataba de enmendar la torpeza diciendo que de algún modo había que valorar los espíritus empresariales como el mío, los cuales eran la base de la economía real.

Real era el jetazo que le iba a mandar y él lo sabía de seguro, porque Cleopatra ya se lo había advertido en algunas de sus conversaciones larguísimas por teléfono. Sin embargo, el *impasse* sirvió para que los tipos se explayaran en tratar de reivindicar moralmente a quienes salen a madrugar cada día, levantándose con el alba solo para construir el país que deseábamos.

—¿Y tú, a qué hora te levantas? —le pregunté a Pedro Pedrito, y así sin tapujos y volviendo a su estado de malparido —tipo normal— me dijo:

—Pues a las once... —Y se rió contagiando de nuevo a todos.

Cleopatra le comentó a Cori y a Joao que su amiguito había por fin dejado la compañía petrolera para dedicarse a su verdadero sueño.

—Cuéntales, *Pítar*... cuéntanos a todos.

Y el hombre confesando que la humildad y él habían salido al campo un día, y solo él regresó para la cena, comenzó por reconocer que ser asalariado le parecía una tortura, un peso para el alma volátil de quienes viven de las ideas, por lo que luego de algunas disertaciones sobre una supuesta balsa, en una supuesta tarde calurosa, en las supuestas selvas de Darién, entendió que debía dedicarse de lleno a su sueño, que era ser guía turístico.

—¡Va a abrir una agencia de viajes! —gritó Cleopatra y dio un saltito como para acompañar correctamente la emoción que la embargaba. Entonces me dijo—: Imagínate, Álvaro, ya no vamos a tener problemas con los pasajes y los hoteles, iremos de nuevo a París, a Viena, a Estambul.

A mí esos destinos me sonaron bien. Sin embargo, le dije al Pedro Pedrito que también debía ofertar destinos nacionales, como por ejemplo la Gran Sabana, pero arrugó su boquita brillante por la crema de cacao, confesó que «eso no es negocio» y se puso a dar explicaciones que sonaban tan ridículas que pronto vi que eran falsas. Al parecer su espíritu de aventura y amor por guiar a las almas nobles a lugares de ensueño solo tenía sentido si eran fuera del país. Aducía aspectos logísticos; mientras, un ceñudo Joao lo legitimaba diciendo:

—Buen punto, Pedro, buen punto.

De todos modos, Cleo apoyó a su amigote con el típico recurso de que los tepuyes están cerca y que podríamos visitarlos en cualquier momento, pero Praga o Berlín no. Además, añadió que ella le huía a los mosquitos y al turismo de aventura, y le pidió que abriera destinos más cosmopolitas que agroecológicos.

—Mientras más lejos, mejor... mucho mejor —dijo Pedro Pedrito. Y cuando ya se sentían embarcados en sus aviones disfrutando por adelantado del nuevo emprendimiento de Foucault, les advertí que Casiraghi hacía sonar una copa de cristal con una cucharita a modo de campana.

Los mesoneros fueron apartando las sillas para que pudiésemos sentarnos. A mí me ubicaron al lado de Cleo y del miserable del Pedro «Estafa» Contreras-Foucault. Al frente tenía a Jerónimo y a Eurídice, quienes estaban de un humor terrible. Incluso entre ellos no se hablaban, lo que me hizo suponer que habían peleado. Estaban además de los Montes de Oca, los Del Trigo-apellido arameo, los Coelho-Freire y los Fonseca-Mazzarri, otras familias que no tuve tiempo de conocer durante la fiesta de Halloween. Paolo Casiraghi se levantó desde su extremo de la mesa y comenzó a dar una alocución exaltada que me recordó bastante al famoso discurso de Martin Luther King. Pero solo en su frase inicial de «Tengo un sueño», porque lo demás era una clase extraña sobre ideas eugenésicas, que derivaban en una justificación mamarracha del porqué de esa fiesta. Habló de los pioneros europeos y de cómo se la llevaron tan bien con los nativos americanos y acusaba de «propaganda negra» eso que decían del último mohicano, defendiendo que en las tundras heladas el único enemigo era el frío y el hambre y que si alguien llegó a morir fueron las manadas de bisontes en estado salvaje. La cara de todos era de un jalabolismo supremo. Hasta el falso de toda falsedad, el amigo-novio de Cleo, se sobaba la barbilla asintiendo como si de verdad hubiese leído los tratados de Tocqueville. Después Paolo Casiraghi hizo un puente de filosofía trascendente y dijo que la decadencia del imperio inca estuvo en que vieron a los conquistadores como enemigos y no como colaboradores dentro de una economía que indefectiblemente estaba destinada a la interconexión. No podía creer lo que escuchaba y menos podía creer que Paolo estuviera usando anotaciones para apoyar sus ideas, porque eso significaba que aquellas locuras no se las debíamos a las volubles circunstancias de la improvisación, sino que habían sido reflexionadas y avaladas con alevosía y ventaja. Para el punto clímax, Paolo nos consideró a los que vivíamos en el San Marino una clase de pioneros que se enfrentaban a territorios inhóspitos que era necesario conquistar. Entonces lanzó la bomba nuclear (el Nagasaki de Jerónimo) de que sometería a la consideración de los residentes y «legítimos dueños» la construcción de un club de polo en los terrenos baldíos pertenecientes al *loft*. Concluyó con la idea de que esta cena era para brindar por el mundo de oportunidades que se abría ante nuestros ojos y que se traduciría en jugosas acciones para todos. Éxtasis en la sala, copas subiendo y chocando, y yo solo alcancé a verle la cara a Jerónimo y ver su boca mordisquear la palabra: trimardito.

Luego de las palabras, un grupo de mesoneros se activó en una muestra de verdadera coreografía culinaria. Llevaban las cartas del menú y cuando la cena amenazaba con desgarrar el alma de Jerónimo, el Paolo Casiraghi levantó la espada y clavó con gusto supremo el filo entero en el corazón de la competencia. Pidió al chef Lulú que pasara al salón; era un tipo famosísimo que aparecía en el canal *Gourmet* de la televisión, y que había llegado al estrellato gracias a la cocina molecular. Las mujeres saltaron de la emoción y hasta Cleo, que nunca cocinó exitosamente un huevo frito en su vida, pero era asidua a los programas de comida mediterránea, jaloneaba a Pedro Pedrito diciéndole:

—¡Es Lulú, es Lulú!

El chef levantó su mano y partió la muñeca en el aire, que era como su marca a la hora de saludar y despedirse en el programa, lo que siempre me pareció una mariconería comparada con la crema de cacao de Foucault. Más excitación. El hombre dijo (o nos metió la tremenda coba) que esa noche sería inolvidable, pues hacía unos pocos días que había llegado de Madagascar, donde había logrado reducir la esencia del penúltimo dragón de Komodo que existía en unos cuantos gramos de una sal deliciosa. Luego habló de otro viaje, no sé adónde carajo, creo que al Shambhala, en el que un monje le permitió acceder al secreto de la pimienta sagrada que tanto habían buscado los exploradores alemanes. En la gritería de halagos y jalamecatismo hacia Lulú, le escribí un mensaje de texto a Jerónimo:

Esos viajes son cortesía de Ayahuasca Airlines y unos jejeje 😵😵😵. Pero Jerónimo revisó el celular y apenas si sonrió, solo me contestó por cortesía a través de un emoticón feliz.

El *chef* estuvo un rato más diciendo que solo estaba allí porque estimaba mucho a Casiraghi, pero que en cualquier momento debía regresar a Corea del Sur, donde grabaría el primer programa de cocina hecho en una zona de conflicto:

—Solo la *buona cucine* salvará el mundo. —Y así se retiró hasta el lugar previsto por Paolo, desde el cual iba a preparar algunos platos a la vista de todos.

Pero allí no iba a acabar la venganza del Casiraghi. Como si lo del chef no hubiese sido suficiente, hizo levantar de la mesa a una pareja de comensales, a quienes reconocí de inmediato porque eran los actores jóvenes de una de las telenovelas de mayor audiencia en ese momento. Tan famosos eran que hacían que la altiva y aristócrata Cleopatra Carter se hermanara a las nueve de la noche con nuestra humilde descendiente chibcha, Cleofelina Salgado, mejor conocida como Nina, para asistir a las desventuras de la pareja televisiva. En uno de los últimos episodios que Cleo me obligó a ver, recuerdo a la muchacha protagonista rechazar a uno de sus pretendientes porque según debía guardarle respeto al hombre que amaba; sin embargo, en la escena siguiente dicho hombre se estaba zampando a la mala de la novela sin ningún complejo de culpa, aunque sí —no debo negarlo— presa de un

monólogo interior donde decía que todo ese «sacrificio» era hecho en nombre del amor que sentía por la protagonista. Le señalé a Cleo aquella incongruencia, no usando alguna sentencia moral sino más bien a través de un: «Coño, así la vida es un jamón». Pero tanto Cleo como Nina me miraron en aquella oportunidad con un desprecio terrible, e incluso llegaron a decir —en la cúspide de su hermandad— que el problema con nosotros es que no nos conectábamos con nuestro lado sensible.

El último de los célebres invitados de Casiraghi sepultó por completo a Jerónimo. Se trataba de un hombre que, por las referencias de Paolo, recién había sido nombrado como presidente de la Corporación Venezolana de Comercio Exterior. El anfitrión hacía bromas que solo él entendía, se moría de la risa con la frase siempre pavosa de «chiste interno» y continuaba explayándose en detalles como que conocía al tipo desde que ambos cursaron estudios en el IESA y que si alguien podía lavarle la cara a la sospechosa administración actual era aquel hombre, ya curtido en lo mejor de las ciencias neoliberales. El sujeto trataba de no sonreír, supongo que por si alguien de un servicio de inteligencia estaba grabando la velada, pero al fin aceptó la invitación de Paolo, se levantó de su asiento y saludó con tal naturalidad y energía, que bien parecía se estuviera deshaciendo de un peso íntimo. Ni el vestido de Cleo, ni el trío de mujeres-adictas-a-las-dietas-y-elgimnasio de la Mafer, Cori y Eurídice, captaron tanto la atención de los hombres como lo hizo el zar del comercio exterior, a quien Paolo llamaba el Búfalo. Veía que el Pedro Pedrito estaba excitadísimo aplaudiendo al último de los invitados y casi hace volcar unas copas sobre la mesa porque hizo lo imposible por tratar de estrecharle la mano antes que el resto. No pudo porque la mesa era muy ancha, pero su triste espectáculo me puso un poco más alegre. Sin embargo, no era el único dispuesto a transitar por el solitario camino de la pena ajena, porque Coelho, sentado por azares del destino y de Mafer al lado del Búfalo, aprovechó cuando este se levantó a saludar para acomodarle la silla y hasta espantar una pelusa que ¡oh! había osado posarse sobre su elegante traje. Para concluir, y puedo pensar que era parte de una conspiración a la altura de aquella que llevó a la muerte a Julio César, Paolo Casiraghi pidió un fuerte aplauso para Jerónimo Duncan Tercero:

—... nuestro único y singular vecino, a quien tantas atenciones debemos.

Había en esas palabras una sorna terrible y cuando la sala apenas estuvo cruzada por los aplausos míos y de Eurídice, supe que la conjura de los ricos estaba ejecutada. Jerónimo apenas si hizo un gesto de algún tipo. Creí que iba a sufrir un ataque en cualquier momento, por lo que no me quedó de otra que tomarme un buen trago del vino blanco que estaba sobre la mesa.

La comida fue espectacular, para qué negarlo. El chef Lulú sí que podía mezclar de manera diligente los más impensables ingredientes con las nociones de la mecánica cuántica. Vale destacar las langostas Schröndiger que, según explicó, venían de la famosa analogía física y que inventó mientras fundaba un movimiento para matar de

la manera más humana posible sus materias primas. Alguien se atrevió a preguntar cómo entonces cocinaba a los crustáceos y entonces el chef Lulú, enrojecido, casi llora explicando que no había otra manera que vivas, en agua hirviendo, pero que si se tapaba la pecera y la olla con suficiente eficacia, al igual que en la analogía, los chef más sensibles y con membresía en su movimiento podían creer que en alguna dimensión los animalitos seguían vivos. Nadie, ¡escuchadme bien humanos que me leerán en el siglo 22!, nadie puso cara de... qué coño está diciendo este tipo..., sino al contrario, mostraron una infinita tristeza por la historia de Lulú, hasta el instante en que sintieron la carne en la boca y entonces allí se les olvidó el dolor del pobre animal y se lanzaron a halagar la audacia del cocinero. Cleo, en un punto entre satisfecha por la jartazón de langosta y excitada por el vino, me dijo que debería culturizar más a los hermanos Castillo para ver si era posible relanzar Perrito Loco en un mercado más amplio con una comida más cercana a lo *gourmet* y menos a lo popular. Pero no me veía tratando de explicarle a Eder, Efrén y Edgar sobre la teoría del caos o el principio de la incertidumbre para que pudieran cocinar los tequeños fríos que sacaban de la nevera. Es más, creo que en algún momento en que les comenté la anécdota de la langosta, el único comentario que salió de Edgar fue:

—Noooo, jefe, pero entonces o somos mariscos o somos moluscos...

Así que no, mejor me quedaba en la zona de confort, la cual implicaba obviamente decirle a Cleo:

—Sí, querida, buena idea, lo haré.

Jerónimo Tercero pasó toda la noche descolocado; además, pocos acompañaron su manera de decirle a Lulú que pensara en cocinar un plato típico de su tierra que llamaban patacón en agujero negro. El chef lo escuchó atento y hasta le partió la manito mientras le decía que lo iba a pensar, pero luego Casiraghi se acercó y le explicó verdaderamente lo que Tercero había querido decir y el hombre se ofendió a tal punto que pidió más respeto para sus descubrimientos, pero al crisparse en busca de una disculpa cometió el error de adelantar que su último plato era la demostración gastronómica del bosón de Higgs. Entonces Jerónimo arremetió, francamente desatado, asegurando que el único «bolsón» era él por haberle regalado tremendos premios a personajes tan malagradecidos y que si algo bueno había dicho el señor Jesús era que nunca había que darle perlas a los puercos. Eurídice se levantó y trató de calmar a Jerónimo. Yo mismo fui hasta su puesto (para lo cual tuve que caminar medio kilómetro para rodear la medieval mesa de Casiraghi) a pedirle que le bajara dos al espectáculo. Al tomarlo por el brazo, sentí un fuerte olor a licor que no provenía de las uvas cultivadas en Borgoña sino que estaba más cercano al destilado de una planta que suele abundar en los alambiques clandestinos de la frontera entre Paraguachón y Maicao. Eurídice me confesó entre susurros apenados:

—Es que ha estado bebiendo desde temprano...

Aquello fue suficiente para que supiera que no había otro camino que sacarlo de allí. Jerónimo, por supuesto, no iba a irse sin dejar una última declaración que se quedase en el alma y la memoria del chef Lulú, de los protagonistas de telenovela y del notable funcionario que nos acompañaban. Así que, alzando su mano, expresó en alta y sonora voz:

—Como dijo ya una vez Temístocles —no el estadista romano sino su excontador —ustedes no me botan, yo me voy... Llevé contra su voluntad a Jerónimo a los ascensores, ayudado, por supuesto, por la fuerza mental de Eurídice, quien lo amenazaba con ponerlo a dormir en el sótano si seguía dejándola en ridículo. El Jerónimo de veras estaba obtuso y se negaba a cooperar, pero en cuanto su esposa cambió el nivel de arpía suprema a la modalidad de manipulación nivel Dios, entonces el hombre que había elevado a la familia Tercero al montículo destinado a los exitosos, se desplomó. A ella le aparecieron unas lágrimas tremendas que humedecían las palabras: «... vos no me queréis Jerónimo, me quebráis el corazón...», y la inmensidad de su esposo se derretía en las respuestas amorosas y dedicadas: «... no digáis eso... que vos sabéis que lo que te quiero es verga...». Y en eso se la pasaron, en el *remake* maracucho de Romeo y Julieta hasta que logramos entrar al *loft* y poner al Jerónimo a descansar en su poltrona especial que había logrado comprarle a un hotel Four Season. Mientras, Eurídice se fue a retocar el maquillaje porque no pensaba irse a encerrar en su casa con la fiesta en su mejor punto, pero yo me quedé con Jerónimo para vigilar que la borrachera no le susurrara alguna que otra loca iniciativa. Tirado allí en la poltrona, se desabrochó la guayabera y el botón del pantalón. Miró hacia las esculturas de perros dóberman que custodiaban la entrada, resopló y después de darle un segundo de paz al silencio comenzó sus recriminaciones y maldiciones hacia Casiraghi, acusándolo de ser un demagogo y solo pensar en sí mismo. Luego pasó a destrozar la fiesta y a criticar que hasta en su afán de protagonismo le pusiera a la salsa el nombre del famoso jugador de básquet. No consideré pertinente explicarle a Jerónimo que cuando Paolo alababa la *gravy* de Lulú, lo hacía porque esa era la traducción de la palabra salsa y no porque se refiriera a Greivis Vásquez. Pero Jerónimo estaba tan cómodo en su cadena de maldiciones a Casiraghi (arrepentimientos por no haber sido más osado en el Halloween, promesas de venganza...), que no pensé oportuno interrumpirlo. Me pidió que volviese a la fiesta para que fuese su espía y le terminara de contar hasta dónde iba a llegar la locura de su rival.

—No te quedéis aquí por mí —decía.

—No pensaba hacerlo, Jerónimo —le contestaba.

—Ve y disfruta, porque te lo merecéis —continuaba.

—Es lo que pienso hacer —exclamaba.

—Insisto, volvé con Rosita —finalizó.

Después volvió a resoplar y me tomó del brazo. Rogó que fuese objetivo y le contara si acaso la fiesta de Casiraghi iba a superarlo.

—Recordá a Cicerón cuando decía que «la verdad se corrompía tanto con la mentira como con el silencio», así que contáme lo que veáis.

Le pregunté sonriendo si acaso ese Cicerón era algún familiar, pero Jerónimo, francamente molesto, me respondió que se refería al filósofo romano.

—Alvarito, no le tengáis miedo a los libros... —me aconsejó. No le dije nada más.

Bajé con Eurídice en el ascensor. Momento incómodo. La mujer no abrió la boca hasta casi entrar a la fiesta. Me tomó por el brazo y sin sutilezas me acusó de ser yo quien alentaba a Jerónimo a hacer todas las loqueteras que hacía. Fue como una patada en la zona más desprotegida, pero como le vi en los ojos la llama antigua de las mujeres guajiras, preferí tragarme el orgullo y la rabia antes de verme envuelto en semejante berenjenal y le di la razón. Volvió a su puesto como si nada hubiese pasado y me dejó varado en la entrada, a merced de la mirada descortés de los adláteres de la mente maestra de Paolo Casiraghi. La única protección que tuve contra el mal de ojo de los potentados del San Marino fue que mi atención se desvió hacia el celular que vibraba en mi bolsillo. Otro mensaje me congeló:

¿No puedes hablar? ¿Estás castigado?

Contesté de inmediato:

¿Quién es?

Dos minutos, tres minutos mirando como estúpido el teléfono y me cansé de esperar la respuesta...

Al regresar al lado de Cleo, me preguntó si acaso no me daba vergüenza ser amigo del salvaje de Jerónimo. Le contesté que no, que me parecía más salvaje el chef Lulú cuando contó que el pavo que comimos fue asado a través de un acelerador de partículas. Mi linda esposa se ofendió terriblemente y viró el cuerpo con mucha gracia hasta que no vi sino su nuca. Creo que durante el tiempo que duró la cena, no volvió a dirigirme la palabra. Lo agradecí. Quien insistía en buscarme conversa era un señor ya mayor que estaba a mi izquierda y era del piso cuatro. Él y su esposa —una ancianita muy vivaz que no paraba de mostrarme fotos de sus hijos y nietos, que al parecer se habían ido del país— querían ser mis amigos a juro y no dejaron que disfrutara del postre. Felicitaron el buen gusto que tenía al escoger a mi esposa y pidieron que les mostrara fotos de mis hijos. Les dije que no tenía siquiera planes de tener alguno. Ellos se mostraron sorprendidos pero comprensivos, no me juzgaron en lo absoluto. Sin embargo, la señora sí se empinó un poco por delante de su esposo para decirme en voz baja:

—Quien no tiene hijos apenas ve la mitad de la película. —Y me apretó el cachete de la manera tradicional en que suelen hacerlo las viejecitas prototipo.

La conversa se hubiese extendido, pero un estruendo llegó desde los cielos nocturnos. Un ventarrón entró por las puertas de cristal al tiempo que un sonido

reconocible me dejó incrédulo. No era posible que fuese lo que sospechaba, pero sí, lo era. Casiraghi nos pidió ir hasta los jardines desde donde despediríamos al chef Lulú, quien debía irse hasta el paralelo 33 para demostrar que era posible reconciliar las ideologías a través de un menú equilibrado y lleno de carácter. Los comensales fueron disciplinados y diligentes para ir hasta los jardines, donde se había posado un helicóptero negro muy hermoso, que parecía haberse salido de la pantalla de alguna película de acción. Mientras el chef Lulú partía la manito y se despedía de los vecinos más adulantes, una energía sobrenatural me hizo voltear hacia la ventana del *loft* de Jerónimo. En ese momento, las luces de la casa se apagaron y las cortinas se cerraron. Vi al Jerónimo asomarse por una pequeña rendija para espiar el acontecimiento provocado por el aparato volador. Podía imaginarlo presa de una gran consternación, al evidenciar cómo sus vecinos le daban la espalda y se entregaban a sus placeres de clase a través de la mano bondadosa de Casiraghi. Antes de abordar el helicóptero, el chef Lulú hizo un nuevo gesto para despedirse, muy similar al de Nixon cuando abandonó la Casa Blanca después de su renuncia. Pero luego se detuvo un segundo para, con un pie en el helicóptero y otro en la tierra fértil del San Marino, agradecer a su benefactor por traerlo a esta velada y además, darnos la primicia de que iba a lograr la paz entre las Coreas, porque había entendido que la culpa del conflicto la tenía el gusto autóctono por la comida picante. Silencio, motores encendiendo y de un momento a otro los aplausos llenaron los espacios verdes de la residencia. El helicóptero se fue despegando de la tierra y con él la figura esférica y enorme del hombre que había llevado la cocina a un paso de convertirse en religión. Creo que vi unas cuantas lágrimas y puede que otro peluquín volando al arreciar el remolino provocado por las aspas potentes.

Cuando ya las luces roja y verde del aparato desaparecieron en el horizonte oscuro de la noche caraqueña y cuando ya no eran sino un rumor en mi cabeza las palabras metafísicas de Lulú, estallaron los fuegos artificiales y Casiraghi pidió a todos que brindáramos por el futuro brillante que les esperaba a los propietarios del San Marino. Se formaron algunos grupos. Cerca de la piscina los más jóvenes, liderados por Stefano, el hijo de Casiraghi y León Magno, el hijo de Jerónimo. Rodeaban a la pareja de protagonistas de telenovelas y les hacían preguntas y ofrecían bebidas y risas gratis. En una zona del jardín se habían recostado las mujeres, para disfrutar de más vino mientras debatían las premisas dejadas por Lulú antes de partir.

En la mesa, cercanos al trono de Casiraghi, unos cuantos hombres bebían brandy y encendían habanos al tiempo que le preguntaban al Búfalo cómo le hacía para trabajar en el centro de la ciudad, tan alejado de la zona bancaria de Caracas. El hombre en los momentos iniciales fue comedido y respondía con frases cortas e inocuas, pero a medida que el brandy se le mezclaba en la testa con las copas previas de vino, fue sintiéndose a gusto y pasó a soltar la lengua con una indiscreción muy difícil de resistir.

Estuve dudando sobre a cuál grupo unirme, pero estar con los jóvenes me iba a hacer parecer una especie de depredador sexual y honestamente no tenía ganas de ir con Cleo y sus amigotas, que en ese momento habían saltado de la mecánica cuántica al debate sobre la existencia de ángeles guardianes; así que respiré hondo y me acomodé junto al contingente de detestables. El Búfalo se desenvolvía en *spanglish* con una comodidad pasmosa, pero luego entendí, cuando echó el cuento de su vida y de sus estancias en la Universidad de Chicago, que eran reminiscencias de una nostalgia que no terminaba de morir. Los ojitos de Pedro Pedrito adoraron al Búfalo y no perdían de vista un gesto, una palabra, nada. Montes de Oca, Del Trigo y el mismo Joao Coelho, estaban presos de un encantamiento brutal y puedo creer que si les daban un empujoncito iban a terminar aceptando cualquier clase de orgía. El placer que les daba cuando el Búfalo comentaba que estaba decidido a introducir reformas al país, especialmente en la compra y venta de divisas, hizo que Casiraghi ordenara al *maître* que descorchara la botella súper especial que le dio en custodia. Era una botella de un *whisky* rarísimo del cual solo se hacían, según el Casiraghi, cien botellas cada veinticinco años. El *maître* sirvió él mismo todos los tragos. Lo probé y no me pareció la gran vaina, pero todos los demás casi que se masturban sobre la mesa y al igual que en el caso de sus esposas, empezaron a hablar de las diferencias entre las barricas de roble inglés y las de arce canadiense. Joao Coelho le preguntaba si sentía el gusto a madera «justo detrás del paladar» y yo solo pensaba, desde mi rincón silencioso, que los hermanos Castillo no habrían pelado semejante comentario. Luego de unos minutos de debate donde por poco no piden unas faldas y unas gaitas para ser más escoceses que William Wallace, decidieron que la noche se iba y aún no hablaban de lo importante. El Búfalo echó una ojeada a todo el lugar y dijo que desde hacía mucho no se sentía tan a gusto. Casiraghi le palmeó el hombro. Luego se dieron la mano y se miraron con afecto de borrachos. El hombre del comercio exterior sintió que les debía algunas respuestas y comenzó con el tópico geografía. Confesó que sentía miedo cuando se borraba de su referencia visual la Torre Previsora, la cual era como un faro que le marcaba las fronteras de su «verdadera ciudad». Sin embargo, tuvo que llenarse de coraje las primeras veces que manejó solo hacia el centro de Caracas, hasta que aprendió una ruta segura que no abandonaba por ningún motivo. Claro que la cosa, a su parecer, mejoró cuando recibió el nombramiento y ya del camino se ocupaban los choferes. Todos lo miraban como si estuviesen al frente del primer hombre que conquistó el Polo Norte y movían las cabezas en una sincronía de quienes comparten el mismo sufrimiento.

El Pedro Pedrito preguntó, con su lenguaje edulcorado y lleno de tecnicismo, cuáles serían las tendencias en los próximos años y qué opinaba del negocio del «turismo». El Búfalo se mostró francamente interesado en la perspectiva económica

del Foucault y le pidió detalles, incluso llegó a proponerle nuevas vías para expandir su visión hasta niveles más allá de lo imaginable. Entonces pronunció la palabra que los hizo delirar: el negocio está en la banca. Aplausos y bocanadas de humo. El Búfalo les dijo que consideraba que los banqueros venezolanos estaban demasiado achantados en la facilidad de vivir aquí. A su manera de entender, el petróleo le estaba haciendo un daño terrible al país, pero no como lo suponían algunos pensadores pasados, sino porque causaba una desatención, un relajamiento, en los hombres de negocio.

—Al igual que las guerras para EE.UU., la renta nos ha adormecido, se ha convertido en una zona de confort —proclamó mientras pedía que le rellenaran el vaso.

Desde su perspectiva afilada por los excelsos profesores de Chicago, no había mérito en la riqueza súbita si esta no venía acompañada de un valor agregado a la economía. Foucault se vio poco receptivo, al igual que el resto de oyentes, pero cuando yo mismo esperaba que el Búfalo les diera palo moral por ser una cuerda de vivos, el tipo habló de las finanzas de partículas y dijo que debíamos convertir el petróleo, el oro, el carbón y cuanta cosa guardara el suelo, en algo atractivo para los inversionistas internacionales.

El ánimo comenzó a subir. Expuso que lo importante no era el dinero, sino la ilusión del dinero y que además ya pocas cosas quedaban en la tierra que no tuvieran su clon en el mundo de lo virtual. Fue cuando les comentó a sus nuevos discípulos que era necesario prepararse para «el gran salto» que estaba dispuesto a dar en los próximos meses. Sentí que Joao se desmayó a unos metros de mí, pero fue una «ilusión de desmayo» porque realmente se amarraba los zapatos. El Búfalo comenzó a interrogar a cada uno sobre a qué se dedicaba, pero como siempre odié esas estrategias introductorias traté de escaparme, sin éxito.

—¿Y tú a qué te dedicas? —me preguntó. No quise parecer menos que nadie allí y no sé por qué dije lo que dije:

—Soy empresario.

La forma en que mal entoné la frase hizo que sonara falsa, más que eso, insegura. Pero ya el mal estaba hecho. Siguió interrogando y me hizo que le contara gran parte de la dinámica de las franquicias. En un punto me detuvo y algo consternado preguntó:

—¿Y tú no te traes nada de afuera? ¿No importas nada para tu negocio?

—No veo la necesidad —le dije.

Me sentí en el bachillerato al ver la cara de burla del resto. El Búfalo bajó la cabeza y pareció sumergirse en una profunda agonía.

—¿Has pedido créditos para tu negocio? —preguntó en voz baja.

—No me gustan los créditos —contesté. Abrió los ojos como si hubiese revelado algo muy vergonzoso.

—¿Cómo es la *fokin* vaina...? *Are you kidding me*?

¿Estás diciendo que trabajas con tu propio dinero?

La respuesta afirmativa hundió el momento en una clase de subnormalidad. De pronto, no sabía dónde me encontraba y qué se suponía estaba mal o bien en mi vida. Foucault interrumpió como el propio niñito delator con su clásico:

—Te lo dije, Álvaro.

Sin embargo, el Búfalo se mostró compasivo y pidió a sus seguidores que no me trataran con maldad, sino llenos de la bondad del turista que se topa con una especie en peligro de extinción. Solo así cambió la expresión de asco de todos y comenzaron a mirarme como si fuese una clase de maldito oso panda que ha perdido su última oportunidad de copular.

Después se les diluyó la atención puesta sobre mí, dejándome tirado en un rincón. Desde allí los veía entrechocar los vasos y derramar el *whisky* mientras aseguraban que se venían tiempos de crisis pero, contrario a lo que supuse, aquello en vez de entristecerlos los llenaba de gran optimismo, pues su nuevo avatar les aseguraba que era en los momentos de incertidumbre cuando las fortunas podían ser amasadas. Después los invitó a pasar por su oficina para discutir los detalles técnicos, que era algo así como un eufemismo para decir que era en ese lugar donde se hacían las «marañitas» (Jerónimo *dixit*).

Volví adonde Cleopatra, quien no mostró mucho ánimo al verme. Le dije que deseaba ir a dormir, pero ella quería quedarse un rato más porque la conversación estaba buenísima, es decir, que ya habían abandonado la charla sobre arcángeles y se sumergían en el complejo mundo intelectual que comienza con la frase: «Pídele al universo y se te dará». Por su parte, los adolescentes se habían lanzado a la piscina y flotaban sobre colchonetas inflables, mientras los mesoneros hacían malabares para saciarles el deseo de atiborrarse de margaritas y piñas coladas. Stefano y León Magno dialogaban en unas tumbonas fuera de la piscina y miraban el cielo nocturno con bastante calma. Pensé que a lo mejor sus padres deberían aprender algo de ellos y hasta tuve ganas de aleccionar a Casiraghi y a Jerónimo, pero mi ánimo se desinfló en el ascensor. Entré al *loft* y sentí que Nina continuaba viendo televisión a esas horas. Al acercarme al cuarto de servicio la vi dormir con el aparato encendido. Apreté el control remoto y la pantalla pasó a negro. Sentí su respiración profunda y supuse que estaba en el estado alfa del sueño. No entiendo por qué coño lo hice, pero me acerqué a ella para sentir el calor de su aliento. Estuve tan cerca que no pude impedir darle un pequeño beso en los labios. Ella se revolvió en la cama y me espanté. Pero no salí del cuarto y ella tampoco abrió los ojos. Después de unos minutos allí, diluido entre la oscuridad y el cuerpo desprotegido de Nina, decidí que lo mejor era ir al cuarto principal y lanzarme sobre el colchón; me desvestí y antes de dormir revisé el celular. Había un mensaje en el buzón de entrada. Dudé un instante, pero decidí no leerlo porque tuve la sospecha de que si lo hacía ya no habría vuelta atrás.

Femme fatale

Pasé la mañana entera evadiendo el teléfono. Busqué distracción en la televisión, en la prensa del día domingo, en una larga caminata por los alrededores del San Marino. De todos modos, fui vencido a eso de las once de la mañana, al encontrarme de nuevo en el *loft* sin saber qué más hacer. Nina me informó que a la «Señorita Cleopatra» le dolía la cabeza, se había ido a dormir luego del desayuno y que había pedido expresamente no ser interrumpida. Circunstancia perfecta para encarar la realidad. Tomé el celular y el mensaje me golpeó directamente el estómago:

Es Elena, la amiga de Manuel. ¿Me recuerdas?

Claro que te recuerdo, quería decirle; es más, no he dejado de soñar contigo. Nada le escribí.

Durante el almuerzo llamé a Manuel. Hablamos de trivialidades, de qué pensaba de mis nuevos vecinos y de cómo le estaba yendo en su nueva cátedra en la universidad. Me llenó de detalles sobre la burocracia académica y de que estudiaba la idea de lanzarse a decano de la facultad. Le recordé que sus propios compañeros de partido le recomendaron ser cauteloso porque no vivíamos en los años sesenta y que además él era muy explosivo como para asumir un cargo administrativo. Guardó silencio. Me disculpé si lo contrariaba. Dijo que no estaba pensando en mis palabras sino en otra cosa, algo que le costaba confesar. Aquello fue de lo más extraño porque Manuel no era sujeto de andarse con rodeos. Le dije que me contase, pero pidió que quitara el altavoz primero.

—Manuel, estoy comiendo...

—Es importante —insistió.

Volvió a quedarse callado. Solo su respiración llegaba desde el otro lado del aparato. Tomé el teléfono y me levanté de la mesa. Caminé hacia la ventana mientras Manuel comentaba que ya en la historia se habían registrado muchos casos similares, con lo cual no iba en contra de alguna ley y mucho menos en contra de los principios expresados por Frantz Fanon o por el sacrosanto manifiesto comunista. Se encontraba francamente consternado. Me pedía disculpas si acaso no le llegaban con claridad las evidencias que apoyaban su punto de vista y en vez de registros históricos o documentales terminaba tarareando la lírica de una famosa canción de Rubén Blades. Traté de convencerlo de que nos viésemos, de que se llegara hasta alguno de los restaurantes para hablar con mayor libertad, pero el hombre estaba muy urgido de soltar aquel peso. Por último, decidió que lo mejor era decir la verdad:

—Álvaro, necesito volver a ver a Mafer.

Por un momento pensé que no escuchaba bien, que a través de la línea telefónica me había marchado de nuevo al bachillerato, a la circunstancia desastrosa que convirtió a Manuel en el dilecto apóstol de la lucha de clases. A los momentos en

que llegaba muerto de la rabia a la casa y se acostaba mucho más iracundo, mientras despotricaba de la superficialidad inherente a la adolescencia de los clase media venezolanos. Papá y Mamá obraron mal, porque en vez de ser empáticos se reían, desmeritando el dolor que vivía. Para terminar de arruinarlo a todo, en cuanto lo atrapaban mirando por la ventana leyendo poesía, le llegaban cobardemente desde la retaguardia para decirle con estúpido mal entendimiento de padres: «¡Eeeeeecho... alguien como que está enamorado!». Lo cual, por supuesto, más arrecho lo ponía y le hacía lanzar a Benedetti al suelo al tiempo que declaraba que el amor era un fetiche mucho peor que la propia mercancía.

Una noche lo sentí llorando sobre la litera. Tenía terror de preguntar qué pasaba, sin embargo, el amor filial pudo más, estiré el brazo y lo toqué. Él agarró mi mano y luego le fue más difícil disimular el llanto, no recuerdo cuándo dejó de llorar porque me dormí. Por la madrugada lo sentí acomodarse a mi lado, cosa que no hacía desde que tenía cinco años. Empezó a hablarme sin que pudiera seguirlo. No obstante, recuerdo que bajo el influjo de sus palabras empecé a soñar con el colegio y lo vi entrando al patio central a caballo como si fuese una tropa libertadora que buscaba la conquista del territorio enemigo. Un nombre se repetía en el sueño, en el cielo lechoso e informe, en las paredes, en las flores, en los árboles, en los pizarrones: Pierina Mazzone. Y la rubia salía a recibirlo y lo rodeaba y le sonreía, pero nunca se montó en el caballo. Prefirió despedazarse junto con las piezas frágiles de artillería y desapareció cuando la alarma anunció que debíamos prepararnos para ir a la escuela. Durante mucho tiempo espié a Manuel luego de aquella noche. Lo veía vagar solo en las horas de recreo, con sus libros bajo el brazo y una pequeña libreta de anotaciones, despegado de su entorno, arrinconado en su dolor profundo. Una que otra muchacha se le acercaba, supongo que por ese instinto maternal-amoroso que llevan en los huesos, le pedían versos y cartas de amor, pero nunca lograban sacarlo de aquella prisión. Odié a la Pierina mientras paseaba sus tetas recién aparecidas en el último verano, odié a la Pierina cuando reía con muchachos que no eran Manuel, odié a la Pierina cuando trajo la falda más corta que director alguno recuerde, odié a Pierina cuando rompió en el patio de recreo una carta que por el color y la forma había salido del pecho de mi hermano. Así que cuando Manuel me dijo por teléfono que no podía dejar de pensar en Mafer Casiraghi no quise reírme, sino preguntarle si no había aprendido lo suficiente de su paso por la secundaria, y aún más tuve ganas de preguntarle si acaso el mismo Che Guevara habría aprobado que uno de sus más fieles y capaces soldados se derrotara a sí mismo al entregarse a un sentimiento que no era amor ni nada, sino un capricho, una obsesión que debería ser tratada con recurrentes sesiones de terapia.

Accedió a que nos viésemos por la tarde en la sucursal de Perrito Loco recién abierta en Plaza Venezuela. Cuando se sentó con esa mirada de culpa y terror por

verse tan débil y desprotegido, sentí que era necesario usar una carta destructiva y arriesgada, pero supremamente necesaria. Entonces, como si fuese la partida de truco o de dominó más salvaje de la historia, lancé sobre la mesa con desmedida brutalidad el nombre de Pierina Mazzone. Manuel ni siquiera levantó la vista del shawarma que estaba comiendo, parecía un cachorro que ha mordido la pata del mueble o ha roto un costoso jarrón. Sin atreverse a mirarme, dijo que Mafer Casiraghi le recordaba terriblemente a Pierina. Que de no ser porque Pierina era más baja, hubiese jurado en la fiesta que se trataba de la misma persona. Le pregunté si era posible que el disfraz de diosa griega que usó Mafer durante el Halloween hubiese anulado su filtro para calibrar la realidad. Manuel desechaba cualquier cosa que le dijese y como el propio drogadicto incapaz de entender sutilezas, volvió a pedirme el número telefónico de la Mafer. Tuve que decirle que no podía hacer lo que me pedía porque conocía su comportamiento frenético y desbocado, y Rosa Cleopatra Carter Becerra me iba a matar, literalmente, si llegaba a servir de colaborador a semejante locura. Preferí continuar con las argumentaciones, inútiles por supuesto, que comenzaban con la ínfima cuestión de que Mafer estaba casada y que concluían con una máxima del propio Manuel para referirse a gente como mis vecinos:

—Ellos nos desprecian...

Nada causó efecto y llegó incluso a amenazarme con llegarse hasta las puertas de la residencia y secuestrarla, como si se tratara del propio Paris llevándose a Helena de Troya. Después pensé que ese era el motivo con el que se disfrazaron los Casiraghi el día del Halloween y me pareció todo un poco extraño. Manuel supo que no tendría éxito conmigo y desistió luego de comerse el shawarma. Quedó tirado en la mesa sin ánimo de tomarse su té de durazno. Me dio dolor, pero no podía ceder. Además de parecerme su capricho una autentica locura, me iba a arrastrar hacia el despeñadero y no estaba para tales circunstancias. Aproveché que su guardia estaba bien baja para comentarle que Elena me había contactado.

—¿Sabes algo de eso? —le pregunté. Manuel me miró con desdén.

—Elena es pana, pero está loca.

—¿Le diste mi número de teléfono?

—Sí.

—¿Por qué, Manuel? Puede causarme problemas con Cleo.

Manuel se levantó de la mesa y llevó la bandeja hasta el bote de la basura. Luego se quedó a mi lado y me puso una mano en el hombro.

—Le di tu teléfono porque los dos están faltos de afecto.

Cuando Manuel se fue del local me quedé enredado en su último comentario. Me molesté, no debo negarlo. Pero luego se me pasó cuando hice una medio revisión honesta y encontré que era posible que la hipersensibilidad de los últimos días tuviese un origen, una razón. De todos modos, dejé de enfocarme en mí.

Comencé a perderme en especulaciones imaginarias, en las cuales veía a Elena escribiendo en su diario sobre la necesidad de encontrar al hombre de sus sueños, mientras páginas enteras acaparaban las preguntas infaltables sobre si su soledad o el fracaso de sus relaciones se las debía a su físico o personalidad. Después podía verla teclear mi número de teléfono, llena de coraje luego de beber algunas copas de vino, sopesando si sería correspondida o, por el contrario, si podía sumarme a la lista de sus desencantos.

Pasaron dos semanas antes de que me decidiera a escribirle. Ya estábamos a mitad de diciembre y había tenido un pequeño altercado con Cleo porque ella insistía en que debíamos ser los primeros clientes del estafador de Foucault y viajar a Perú, que en ese momento era, junto a Curazao, Panamá y Colombia, uno de los destinos predilectos de la novel empresa de su amigo. Empresa que, por cierto, no tenía ninguna oficina, ni dirección fiscal, ni un teléfono local y que funcionaba casi por completo en la estructura cerebral del Pedro Pedrito y en el interior de un pequeño maletincito que una vez llevó a nuestra casa y que le bastaba para guardar, por los momentos, folletos turísticos y una calculadora. «¡Estafa! ¡Estafa!», le gritaba a Cleo cuando su amigote abandonaba el *loft* y le señalaba los aspectos más básicos sobre por qué su negocio era tan lucrativo e informal. Ella hervía de odio y me decía que nunca entendía nada de cómo avanzaba la tecnología y que ahora, con el teletrabajo y la división por proyectos, ya no era esencial tener una oficina para considerarse exitoso. Le contestaba que, a mi juicio, la única razón por la que el hombre no terminaba de echar raíces era porque no quería que lo ubicara la división de legitimación de capitales.

Cleo seguía enfadada y yo le acrecentaba la rabia, porque en realidad no podía decirle que la razón para no viajar era que esa iba a ser la última navidad con su padre.

Cleo desistió de viajar, pero me hizo pagar (cree ella) con el hecho de que pasaríamos las festividades con su familia en el *loft*, que ella escogería la cena navideña y ya no dejaría a mi criterio el regalo de Santa, por lo que en los próximos días recibiría instrucciones precisas sobre qué obsequio comprar. Tan linda mi Cleo, siempre llena del espíritu de la Natividad o, como diría la esposa de Coelho:

—De nuestro *Baby Jesus* —Pronúnciese: beibi yísas.

Accedí con naturalidad para mantener la coartada, lo que me llevó a decir unas cuantas maldiciones y a zapatear el suelo como muestra de inconformidad. A Cleo aquellas señales le bastaron para pensar que la cuestión estaba zanjada y desapareció del *loft* rumbo a su oficina hasta la casi medianoche, o hasta que le chuparan la última gota de petróleo al subsuelo venezolano. Me encerré en el baño y sin negar que el corazón estaba sensiblemente acelerado, escribí:

Hola, Elena. ¿Nos tomamos un café?

Creí que iba a desplomarme en la ducha, sentí que me espiaban, que alguien había encendido alguna alarma y esta gritaba: «Infidelidad en proceso, esto no es un simulacro. Repito: no es un simulacro». Abrí la ducha y me desvestí. Mientras me bañaba entendí por completo la práctica católica de lavar los pecados. Yo no solo les eché agua, sino que me los enjaboné por completo y hasta les puse el doble de champú que otras veces. El timbre del teléfono me sobresaltó. Tenía un nuevo mensaje. Con la espuma cayendo sobre el suelo me precipité y leí que me citaba a eso de las cuatro de la tarde.

Ok

Le escribí, volví a la ducha con los ojos cerrados y de pronto el sonido de la regadera se convirtió en una auténtica catarata. Nunca me costó tanto vestirme. Muchas veces Cleo me acusaba de ser peor que Einstein y me pedía variar la ropa cotidiana. Dejar los *jeans* y las chemises unicolor y quizá enfocarme en un estilo algo más (como *Pítar*) contemporáneo, o la traducción aceptada: *Hipster*. Estaba harto de explicarle que no podía variar tanto mi estilo y menos teniendo de subordinados a los intolerantes de los hermanos Castillo, quienes no perdían oportunidad de burlarse de los clientes que llegaban hablando como si mascaran chicle, que se ponían lentes de pasta sin necesitarlo y pantalones tan apretados que le daban una verdadera dimensión a la expresión: segunda piel. De solo pensar en que de un día para otro, sin anestesia, sin prepararlos a través de indirectas y comentarios dejados con hábil artesanía, llegaría calzado con unos zapatos estilo duende y una franela ajustada con el logo de los Rolling Stones, me provocaba náuseas. Casi el mismo estremecimiento que sentía en los momentos en que miraba el espejo y me daba cuenta de que nunca en mi vida dudé tanto en qué color de ropa usar. Terminé por ponerme una camisa manga larga y un saco, los cuales maldije mientras transitaba por la autopista de Prados del Este. A veces me topaba con mis ojos en el retrovisor y me decía: ¿qué carajo estás haciendo? Ese que está allí no eres tú. Álvaro González es un hombre que gusta de la paz del matrimonio y el trabajo con horarios. Álvaro González es un tipo tranquilo, que al contrario del 99.99% de seres humanos, no odia los domingos a las seis de la tarde, sino que los espera casi con la misma calma que los lunes por la mañana. ¿Quién es entonces este que maneja rumbo a los jardines de La Estancia para encontrarse con una mujer que apenas conoce? ¿De quién son esos ojos que me observan, que parecen pedirme algo?

No entiendo cómo no me maté en la autopista porque llevaba tal grado de abstracción que no recuerdo más de la mitad del recorrido. Me estacioné cerca. Miré el reloj. Puntual como siempre. Respiré y me di una última ojeada en el espejo retrovisor. Maldito saco, dije antes de bajarme. Hacía calor y yo transpiraba de los nervios. Quise entretenerme comprando un helado en la entrada de los jardines, pero luego pensé que me iba a manchar los dientes o que a lo mejor me caería mal y tendría que buscar un baño en el peor de los momentos. El heladero haitiano

tuvo que volver a guardar la mercancía luego de mi negativa y dijo algo que no entendí, pero que sonó a una mentada de madre con acento vudú. Quise pagarle igual, pero él no aceptó. Supongo que estaría cansado a esa hora como para calarse a un sujeto tan indeciso, nada que ver con mis ancestros que fueron hasta su tierra doscientos años antes para planificar rebeliones y grandes guerras. Creí que lo mejor era disculparme diciéndole: Hermano, soy lo peor que ha parido la generación bicentenaria. Pero cuando estuve a punto de pronunciar semejante estupidez, escuché que una mujer me llamaba desde lejos con una mano en alto y un vestido que seguía la misma dirección del viento. Algún día fundaré una compañía que se dedique a fabricar tarjetas postales y colocaré mensajes reflexivos como el siguiente: «Deja de preocuparte por la primera cita, nunca será como la imaginas. Ni mejor ni peor, solo diferente...». Elena me hizo sentar en un pequeño mantel que tendió en la grama. Luego cruzó las piernas, y desde su posición de loto, me lanzó su primera flecha anticupido:

—Así que eres de esos hombres que usan saco y corbata. —Y activó su gran cara de duda. Luego me dijo—: Ahora, puedes criticarme.

Se levantó y dio una media vuelta, luego volvió a sentarse. Su vestido estampado se mezcló con las luces y la sombra del árbol y por un momento pensé que desaparecía en un giro interminable.

—Nada que objetar —le dije.

Empezó a señalarme algunos puntos del lugar y a hablarme de los jardines, de la gran casa colonial, de la edad de los árboles, de su idea de demoler los muros que separaban los jardines de la ciudad y de convertir el espacio en un área verde de libre acceso las 24 horas. No paraba de hablar, tampoco se quedaba sin oxígeno. Solo decía cosas y cosas, como si estuviese muy nerviosa o muy loca. La primera impresión que tuve es que no tenía muchas habilidades sociales.

—Dime algo que no te guste de mí. Mírame bien y no me mientas —dijo.

Alzó la barbilla, miró a la izquierda y luego a la derecha para que apreciara su perfil. Se quitó los lentes y acercó su rostro para que prestara atención a su párpado caído. Me pareció tierno el gesto, pero no pude traducir de manera adecuada el pensamiento.

—En general, está bien...

¡Qué iiiidiota...! Después de que a este planeta le ha costado tanto parir un Rubén Darío, un Rafael Cadenas, Gustavo Pereira, Benedetti, una Gabriela Mistral, un Neruda, Frost, Byron, Valéry, Elliot, Whitman, Sylvia Plath, Alfonsina Storni, Li Po, Tagore... a ti se te ocurre solo decir «En general, está bien». Mereces ser fusilado, patético ejemplo de hombre promedio. Más vale que lo arregles, porque en estos momentos ella debe estar creyendo que eres parte de la especie más odiada por las mujeres que recién inician una relación: los «uno más del montón». Igual, ella

mantuvo la sonrisa diciéndome que podía liberarme del saco. Lo hice y arremangué mi camisa, mientras ella miraba cada una de mis acciones. Quería saber cosas de mí, qué había estudiado y por qué, cuál era mi música favorita y si fumaba. Respondí a casi todo con frases cortas, no como si estuviera en un diván, sino más bien como si rellenara un formulario de empleo. Creo que hacía mucho tiempo que no hablaba de esos temas. Hasta había olvidado que no terminé la licenciatura por culpa de la franquicia. Elena me preguntó si eso me incomodaba y solo le permití saber que no me gustaba dejar ciclos abiertos. Lo que oculté fue que en los últimos tiempos, quizá desde la mudanza al San Marino, comenzaba a echar en falta no haberme graduado, sobre todo cuando escuchaba a todos mis vecinos decir que eran economistas o abogados y luego pasaban a detallar sus posgrados en Alemania, Inglaterra o Estados Unidos.

Nos levantamos para ir a buscar café. Conversamos hasta el anochecer, sin que Cleo apareciera en ninguna línea. Tampoco le pregunté si había alguien en su vida y eso estuvo mejor, porque de algún modo no me hacía sentir como un miserable que le ocultaba a su esposa esta clase de encuentros. Era una libertad que me permitía disfrutar del momento sin mayores preocupaciones que elegir un buen tema de conversación. Elena me interrumpía para interrogarme sobre si había leído las noticias del día y preguntaba qué pensaba del genocidio palestino y de la hipocresía del Consejo de Seguridad. Asentía por simple automatismo, mientras hacía notas mentales para recordar comprar periódicos serios y dejar de alimentarme con los suplementos deportivos que los hermanos Castillo ponían en el mostrador. Cuando pasó al tema de las películas, me sentí como Maradona en México 86, allí sí que no podía pretender dejarme varado en el desconocimiento y conforme ella preguntaba yo le respondía como el que más. Mencionaba que no iba a perdonarle a Kubrick haber «arreglado» lo del Apolo 11 y eso me causó gracia porque Manuel opinaba lo mismo. Habló del último festival de cine independiente y de que con mucho pesar tenía que poner subtítulos para poder entender las películas de Almodóvar o Campanella. Ella parecía disfrutar de la charla y de cuan cercanos nos encontrábamos en nuestras respectivas estéticas. Era una buena oportunidad para preguntarle por qué me había buscado. Elena se sonrió y dijo, de pronto, que sentía ganas de fumar, miró a la mesa y soltó así no más:

—Me gustas.

Al sentir cómo esas palabras recorrieron mi cervical, llenando cada espacio con particular escalofrío, pensé «Ooookey, ahora o te levantas de la mesa o te despides de la ilusa pretensión de creer que esto puede ser solo una inocente velada». Sin embargo, algo se iluminó por la forma simple y sincera en que esa confesión se desprendió de su boca. Me provocó una sonrisa incontenible y tonta, así como las ganas de quedarme allí toda la noche. Elena me preguntó si podía acompañarla a casa de unos amigos. Vi el reloj y pensé demasiado la respuesta, así que ella se

disculpó y dijo que no quería causar problemas. La encrucijada apareció en mi vida y una vez más tomé el camino del infierno.

Le escribí a Cleo un largo mensaje donde le explicaba las graves consecuencias que podrían derivarse de irme a la casa y no conciliar las cuentas en las sucursales y el problema mayor que significaba para la moral de los trabajadores que les dejara sin apoyo durante la jornada de limpieza. Fue el mensaje más largo de la historia, el más enrevesado y torpe. Para cualquiera con dos dedos de frente la ruptura de la rutina sería detectada con gran facilidad y acontecería lo inevitable: el interrogatorio, la persecución, la duda. Sin embargo, Cleo contestó con un «Ok» y nada más. De todos modos, no pude quitarme la sensación de ser perseguido y de creer que cada rostro en la ciudad me reconocía.

Llegamos a casa de los amigos de Elena y salió a recibirnos una mujer que estaba embarazada y llevaba a un bebé envuelto en una tela con motivos africanos, creo. Dentro de la casa se celebraba una especie de reunión donde convergían los últimos vestigios de la humanidad que ha desechado la esclavitud de afeitarse por las mañanas, ya sea las caras o las axilas. Bebían cocuy y se sentaban donde podían mientras hablaban de música, de las pretensiones vanas de los humanos por alcanzar la felicidad a través de lo material y de anécdotas cuyos referentes geográficos estaban en el sur del país o en alguna barriada caraqueña. La luz era tímida y el olor a cualquier cosa flotaba por todos lados. Elena me introdujo diciendo mi nombre y se sentó al lado de una mujer que sostenía un cuatro. Un hombre barbudo me observaba con atención, su cara era la comprobación de que en cualquier momento iba a ser consultado sobre mi vida. Pensé que debería tener una coartada, decirles que recién llegaba de rescatar focas bebés en el Ártico y de que próximamente iba a embarcarme en una cruzada para detener la construcción de una hidroeléctrica en la selva amazónica. Pero como supuse que quedaría como un imbécil si Elena ya se había adelantado en los detalles, me comprometí con decir la verdad. Sin embargo, nadie me preguntó a qué me dedicaba, no les interesaba qué había hecho durante el día o qué opinaba de la economía, o si me preparaba a marcharme del país para radicarme en algún país europeo. El gordo barbudo, que por Elena supe apodaban Tresmilarepas, estiró su brazo de ser mitológico y me dijo que si quería tomar cocuy. Me puso la botella al frente y supervisó que bebiera a discreción, no uno, no dos, sino tres tragos. Luego se hizo a un lado para que me sentara con él. Elena quedó justo al frente. El círculo fue completado cuando llegó una pareja con más niños y más instrumentos musicales. Las mujeres aún amamantaban y se bajaron el sostén con la naturalidad de quienes se comprometen con una idea. Yo igual trataba de mirar a otro lado para no estorbar con alguna indiscreción el momento, pero muchas me buscaban conversa y contestaba con rapidez y siempre con alta tensión. Ellas se reían y le preguntaban a Elena sobre mí. Elena hablaba, pero decía cosas que nunca le conté

y que supuse las habrá sacado del lengua suelta de Manuel. Cuando Tresmilarepas escuchó que era el dueño de la franquicia Perrito Loco, se emocionó y me dijo que siempre comía allí. Me preguntó si leía el buzón de sugerencias pues al parecer era un asiduo de hacer propuestas. Más cocuy gratis. No uno, no dos, tres tragos. Los niños que recién llegaban empezaron a corretear con un tambor y unas maracas y de pronto no pude escuchar nada más del barbudo. Nadie parecía darse cuenta del ruido que hacían o les parecía un fondo musical ya conocido. Elena hablaba con sus amigas, pero de vez en cuando me miraba. Sonreía al hacerlo. Preguntaba si estaba bien. Yo le decía que estaba bien, pero en un momento me pregunté qué hacía allí. La mujer del cuatro empezó a cantar una canción, poco a poco el ruido de los niños se fue disipando y caímos en un estado de meditación profunda. Alguien encendió unos inciensos. Tresmilarepas se apartó de mi lado y buscó un tambor. Siguió la canción. La atmósfera cambió y con ella mi aprehensión inicial.

Dejé a Elena en su casa dos horas después. No recuerdo cómo pasaron las cosas, pero me fui a despedir o se fue a despedir ella y le rocé los labios. Nadie dijo nada. Ella se volteó antes de abrir la puerta del edificio y saludó desde la distancia. Más tarde, cuando quise reconstruir esa noche, solo me llegaron fragmentos sueltos, o mejor dicho, unidos por la urgencia de darle sentido a lo ocurrido. Tresmilarepas; la mujer del cuatro hablándome del cosmos y de la necesidad de conectarnos con él; Elena sonriendo; el cocuy; los niños preguntándome quién era; yo frente al espejo del baño de esa casa, del *loft*, mirándome en silencio, sin atreverme a hacer las preguntas obvias, las necesarias.

Fue imposible volver a ver a Elena ese diciembre; sin embargo, ya no pensaba en otra cosa. Cleo y yo pasamos la Nochebuena en el *loft* junto a sus padres, también la víspera de fin de año. Charles estaba encantado con la nueva casa y no dejó de hacer comentarios subliminales sobre su estado de salud. Decía que ya su misión estaba cumplida y que en cualquier momento se iba a ir sin ningún remordimiento. Cleo le pedía que dejara de hablar con ese tono porque le daba mal feng shui a la casa, y se ponía a abrazarlo y a darle besitos en la cabeza calva. A Rosa mamá se le aguaban los ojos, pero se mantenía estoica. Supuse que también compartía el secreto, lo cual me hacía sentir como un miserable. Así tendría el alma de transformada por la noticia de su inminente partida que le pidió a Cleo que para el fin de año invitara a mi hermano Manuel, con quien deseaba limar asperezas ideológicas.

Ese 31 de diciembre ya no quedaban reminiscencias del Charles boina-verde. Estaba sentado en las lujosas poltronas compradas por Cleo, hablándole a Manuel sobre cuánto lo habían marcado las primeras imágenes de la vida indígena en Venezuela. Hablaba desde su exotismo extremo, pero Manuel (ya advertido de la condición de Charles) se mostró receptivo y en algún momento hasta le dijo que debería escribir un libro sobre los inicios de la industria petrolera. Charles se

mostraba pensativo y sonreía, y hablaba de los campos que recordaban a cualquier club de golf de la Florida, y de la transformación de las ciudades bajo el impulso de la vida cosmopolita.

El teléfono celular estuvo en mis manos durante esas dos celebraciones, esperando algún mensaje o indeciso sobre si enviar alguno. Cuando Cleo me preguntaba qué tanto miraba el telefonito, le respondía la verdad: Jerónimo dice que Casiraghi lo tiene loco con los villancicos en inglés. Y ella salía en defensa explicando que eran las gaitas de los Tercero las que estaban acabando con la paciencia de los habitantes del San Marino. Traté de no discutir con ella, y me concentré en prestarle atención a Rosa mamá, quien estaba solitaria como siempre escuchando las historias de Charles y las respuestas de Manuel. Comimos y tomamos ponche y *whisky*, todos envueltos en una calma que nunca antes tuve. No hubo necesidad de mirar el reloj cuando se acercaba el fin de año, porque como parte de la guerra sónica entre Jerónimo y Casiraghi, el primero de ellos conectó su equipo de sonido a todos los parlantes del San Marino y tuvimos a juro que vivir el ritual que empezaba con *Las uvas del tiempo* y concluía con «Me voy corriendo a mi casa a abrazar a mi mamá...». Luego, la cuenta regresiva y la explosión de abrazos cuando ya entrabamos en un nuevo año. Abracé a Charles, a Rosa mamá y a Manuel y dejé a Cleo para el final. Quedamos como en una burbuja. Ella me besó y la besé. Me abrazó muy fuerte. Como nunca. También la abracé y por un momento creí que ambos nos estábamos despidiendo.

Cuando HAL es completamente desconectado —es decir, cuando muere— la nave reproduce automáticamente el video donde se informa a los astronautas del verdadero objetivo de su viaje. Dave Bowman descubre de repente que tanto HAL como sus difuntos compañeros astronautas y él mismo son todos víctimas de una misma mentira. Quienes planearon la misión confiaron más en una inteligencia artificial que en la inteligencia humana y para ello decidieron mentir a los astronautas humanos, pero hemos descubierto demasiado tarde que la inteligencia artificial, ante una mentira, se enfrenta exactamente al mismo tipo de dilemas morales o existenciales sin aparente solución. Es decir: la inteligencia artificial también puede terminar siendo neurótica y por lo tanto imperfecta. Los organizadores de la misión cargaron a HAL con una responsabilidad y un peso psicológico excesivo. Finalmente, HAL se quebró bajo la presión y él, como quienes le rodeaban, lo terminaron pagando con la vida. El ser humano no puede crear nada mejor que él mismo.

Emilio de Gorgot
2001: Una odisea del espacio, explicada paso a paso

La feria de las banalidades II

Éxodo voluntario

Charles murió a finales de enero a eso de las seis treinta de la mañana. Lo recuerdo porque esa noche me quedé a cuidarlo y sentí la máquina con su zumbido macabro y lo primero que atiné a ver fue el reloj del noticiero en la tele. Desde que mis padres murieron no había vuelto a ver el rostro de un difunto. Estaba apacible, puedo decir que hasta sonreía. Creo que se fue mientras soñaba o atrapado en un pensamiento que lo hacía feliz. Antes de dormir me pidió que le diera agua y se disculpó por lo mal que me había tratado. Le dije que no importaba, que ya nada importaba, pero él insistió, me tomó del antebrazo e hizo que le viera a los ojos mientras pedía disculpas. Decía que si de algo podía arrepentirse era de haber gastado gran parte de su vida en recriminaciones y amarguras. De lo que no se disculpó fue de haberles lanzado tantos *fuck* a los líderes rusos de la Revolución de Octubre, y a su compatriota Jimmy Carter, el cual, pensaba, había sido infiltrado en la sociedad norteamericana para socavarla desde sus cimientos. Aunque en algún momento dispensó al expresidente demócrata, pues decía que al final no era su culpa ser como era.

—Solo es una víctima de la ingenuidad utópica de Kennedy —dijo.

Tosió varias veces en la noche y tuve que limpiarle la sangre de la boca. La enfermera me dijo en el pasillo que sus pulmones estaban muy mal y que dejara de buscarle conversación; me preguntó si estaba preparado para cualquier eventualidad, para lo inevitable. Le contesté que sí, pero mentía. Llevaba más de seis meses en la espera de lo que ya conocía; sin embargo, siempre es distinto y nada prepara del todo al espíritu. Tomé café en el pasillo, en una máquina automática que al principio devolvía los billetes que ingresaba. Cuando regresé a la habitación, Charles estaba con la vista en la televisión y le costó reconocerme en la oscuridad. Dijo un nombre que no pude atrapar, luego se le aclaró la mente a medida que me acercaba y pareció aliviado al verme. Me senté a su lado en la cama, acomodé su almohada y volvió a tomarme del antebrazo, dijo que no podía irse sin revelarme la verdad sobre Cleo. Entonces habló y me llevó hacia el pasado, a las barracas donde convivía en largas jornadas con las mujeres que no tenían cabida tras las alambradas que separaban a los empleados norteamericanos del resto de seres humanos. Y me infló la cabeza y el corazón de revelaciones que no sentí me pertenecieran, pero a las cuales estaba atado ya sin remedio. Al terminar la confesión quise saber exactamente qué deseaba que hiciera con aquello, pero nunca contestó, no podía hacerlo pues el tiempo se le iba en mover la cabeza y toser sangre. Tomó mi mano y la mantuvo apretada contra la suya, y creí que le escuchaba decir:

—Ya sabrás qué hacer. —Luego se durmió y ya no supe más nada de su estancia sobre la tierra.

Cleo y su mamá llegaron por la mañana. Ya les había adelantado la noticia por teléfono. Ambas rompieron en llanto a través de las líneas telefónicas y también cuando estuvieron frente al cadáver. Se abrazaron un largo rato, cosa que nunca vi antes. Lamenté que fuese un momento como ese el que las uniera, pero igual creo que a Charles le hubiese agradado. Hicimos los trámites y ya para la tarde estuvimos en la funeraria. El entierro fue al día siguiente y en él estuvieron todos los empleados de las franquicias de Perrito Loco. También gran parte de los amigos de Cleo e incluso uno de los gerentes principales, creo que era el de Relaciones Públicas, porque llegó con dos inmensas coronas de flores con el logo de la compañía y el nombre de la familia escrito en escarcha. Como el Pedro Pedrito no podía pasar desapercibido, dio unas palabras luego del cura y habló de Charles como si acaso hubiese llegado con él directamente desde Texas. Luego abrazó a Cleo y se metió entre los dos a la fuerza, aprovechando que el sacerdote me dijo si no quería yo también decir algo. Quise negarme, pero el peso de las miradas colectivas pudo más que mi pánico escénico. Sin embargo, no recuerdo lo que dije, solo podía ver a la gente asintiendo como si acaso estuviese efectivamente tocando fibras muy profundas y los llevara hacia consideraciones existenciales elevadas. Manuel, tiempo después, me aclaró que lo único que hice ese día fue mezclar las vivencias de Charles en Delta Amacuro con el discurso que le da el Replicante a Rick Deckard en *Blade Runner*. Lo consideró un tributo muy especial y en suma original. Cleo no opinó lo mismo. Apenas me puse a su lado me reclamó que lo mínimo que podía haber hecho era preparar unas mejores palabras para el momento. Esa fue la señal de partida, desde ese instante su humor se enrareció aún más y me eligió como el blanco perfecto para canalizar el dolor que la pérdida de su padre le causaba.

Fue más o menos en febrero cuando comenzó con la idea de que estaba considerando irse del país. Sentía que ya Venezuela no tenía nada que ofrecerle y que además la situación política no estaba como para hacer planes a futuro. Sus ansias de marcharse coincidieron con las de los Coelho, quienes comentaron durante una cena que deseaban radicarse en Oporto para atender unos viñedos que Cori había heredado de su madre. También mencionaron el hecho de que en el país no se podía vivir, y que se la pasaban aterrados con ser secuestrados o despedazados por alguna banda criminal. Les pregunté si conocían algún caso reciente de hechos delictivos, y lo consideraron una ofensa. Cleo me preguntó si yo no veía la televisión y los noticieros; que mostraba una insensibilidad extrema. No volví a tocar el tema durante la cena y me dediqué a escuchar sobre el pánico que sentían, justo antes de que dijeran a las nueve de la noche que se iban a ir a una fiesta que iba a durar hasta el amanecer.

Dos días después de aquella velada con los Coelho, Cleopatra Carter me emboscó (como era lo usual) justo antes de dormir, para informarme que por la mañana iríamos a una feria de empleo y estudios en el extranjero que iba a tener lugar en el *lobby* de un lujoso hotel. Le contesté que sí.

¿Para qué argumentar? De todos modos, se sentó a un lado de la cama revolviendo los folletos explicándome, mientras trataba de dormir, las ventajas de irse en un momento en que los países industrializados cada vez más requerían profesionales como ella. Después empezó a reclamarse por qué no había sido más disciplinada para concluir los cursos de francés, alemán, italiano, japonés y portugués a los cuales asistió algunos fines de semana, y que abandonó uno a uno conforme iba cambiando de idea y gusto por los lugares a los cuales consideraba debía marcharse. Me preguntaba constantemente si estaba dormido, y las primeras veces le decía «Seeeeeeeh» para que me dejase descansar, pero luego ya no supe más de ella, hasta que puntual a las seis me despertó para ser los primeros en la fila de la feria. Por supuesto, ya me había escogido la indumentaria apropiada para cautivar a los posibles empleadores o receptores de nuestras mentes (y almas) en fuga. Así que tampoco critiqué que me vistiese con una camisa azul claro y un pulóver y me obligara a terciarme un bolso de cuero de medio lado, pues a su juicio debíamos vernos como jóvenes con potencial para entender la lógica mercantil y no como ancianos en busca de una mejor seguridad social.

Cuando llegamos no pude estacionar en el hotel. Dejé a Cleo para que fuese haciendo fila mientras estacionaba el carro unas cuadras después. La línea de gente era larguísima, terrible, estaba rematada principalmente por grupos de jóvenes que no pasaban de los veinticinco años y que vestían con el atuendo *yuppie* casual que Cleo me obligó a usar. Después de dos horas logramos pasar hasta un inmenso salón de exposiciones donde se encontraban decenas de pequeños cubículos con gente de muchos países que mostraban (vendían) las ventajas de irse a trabajar a Canadá, el Reino Unido o Singapur. Cleopatra estaba extasiada, iba de un lado a otro tratando de colocar en una tabla prediseñada la noche anterior, matrices, flujogramas, algoritmos que sintetizaran las fortalezas, oportunidades, debilidades y amenazas de los destinos. Escuchamos a los australianos, quienes nos urgían de ir en busca del territorio inexplorado de su continente acompañados de sus infaltables canguros y tasas de impuesto carísimas. Lo mismo con las universidades neoyorquinas, quienes se posicionaban como las favoritas entre los asistentes. Escuché a algunos delante de mí hablar de que no podían con la inseguridad en Venezuela y que de solo pensar que vivirían cerca de la Quinta Avenida ya la paz interna los poseía. Quería tocarles el hombro y decirles que si no les sonaba el 11 de septiembre y que las series de televisión no estaban basadas en violaciones, robos, asesinatos y mutilaciones que solo nacían de la imaginación fértil de los guionistas. Pero no tenía el menor sentido

siquiera hablar. Cuando completamos la mitad del recorrido, a Cleo se le antojo ir por un «bocadillo» (así lo llamó) para hacer más ameno el día. Mientras pedía un *mocaccino* y un *bagel* para ella, yo comí un mini *lunch*. Le preguntaba si acaso estaba segura de lo que hacía. Ella no levantaba la vista de los folletos. Escribía anotaciones y de vez en cuando revolvía el *mocaccino*; aunque después de un tiempo de evitarme contestó, así con esa ligereza muy propia de las Cleopatra Carter del mundo:

—Todos se están yendo...

No más escuché esa sentencia, solo se me ocurrió pensar en los Castillo, que recién se habían asociado con otro de sus primos para abrir un taller mecánico por Propatria; y pensaba en Karolis, quien soñaba con su bebé y quien me había pedido ayuda para construir un anexo cerca de su mamá; o en Jerónimo, que inundaba el país con más sucursales de su tienda de ropa deportiva; o en nosotros mismos, que hacíamos preparativos para abrir el primer Perrito Loco fuera de la capital. Incluso pensé, sin que se me escapara en voz alta, en el titular de un periódico que leían en una mesa delante de mí y en el cual se informaba que medio planeta se venía a Venezuela, porque descubrieron que teníamos la mayor reserva de petróleo del mundo. A media mañana asistimos a una actividad donde nos hablarían por videoconferencia venezolanos que ya estaban viviendo en otros países. Era como el acto principal. Cinco recuadros se encendieron sobre un fondo negro y aparecieron los rostros de quienes simbolizaban la esperanza de un mundo mejor. Cada uno hizo una exposición en la que daba consejos sobre cómo hacer más fácil la experiencia y además contestaban preguntas del público. Todas las respuestas a las dudas de los asistentes, como por ejemplo en torno al carácter de los locales, sobre qué esperar al llegar y en general sobre cómo transcurría la vida cotidiana, eran respondidas con dos palabras que podían ser adaptadas a muchas frases: Tranquilidad y orden. Para argumentar por qué debíamos emigrar, la lógica se centraba en asuntos de ornato público y estructura cívica. Comentaban que los conductores respetaban el rayado peatonal, o que los motociclistas no jugaban al suicida, sino que transitaban como un vehículo más, o que se podía ir de fiesta hasta las tres de la mañana sin mayor preocupación que tener dinero para pagar las cuentas. Sin embargo, quizá tocados por la culpa o la presión psicológica, admitieron que la integración era muy difícil y que prácticamente las amistades se resumían a otros inmigrantes como ellos. Además, confesaron con algo de rubor que el frío era terrible y que añoraban el clima de Venezuela. Esas palabras aplastaron la emoción del ambiente, por lo que uno de ellos rápidamente volvió sobre el hecho de la «tranquilidad y el orden» como si se tratara de un mantra al cual los asistentes respondían con: «Oh sí... tranquilidad y orden... tranquilidad y orden». Por último, se les escapó que la cultura tributaria los tenía por el suelo, pero que ellos la asumían como el costo a cubrir por todo buen ciudadano y recomendaron irse luego de obtener un título universitario, aunque no explicaron por qué.

Al terminar la videoconferencia, Cleo se fue directo al *stand* de los canadienses y se quedó cuarenta y cinco minutos preguntando hasta el más mínimo detalle. Como el tema me cansaba al extremo y nada más ver el listado de requisitos aceleraba la hinchazón del hígado, preferí ponerme a caminar por la sala de exposiciones. Vi un filtro de agua y me acerqué. Unos muchachos estaban a mi lado y hacían un recuento de quiénes se habían marchado del país. Contaron anécdotas, algunas deprimentes, otras no tanto, pero el tópico general era la idea de que en Venezuela era imposible alcanzar los sueños. Habría querido unirme a la conversación para señalarles que ellos mismos acababan de hacer un recuento de personas que se fueron tras una expectativa que acabó destrozada por la realidad. ¿Qué malditos sueños persiguen?, grité dentro de mí, pero la voz me rebotó hasta el recuerdo y pensé en Elena.

—Yo no me quiero ir —salió de mi boca.

Ellos me observaron con asco supremo y me lanzaron sin delicadeza:

—¿Ah? Ok... o sea, nos tocó el viejito loco. —Se apartaron hasta el *stand* de universidades belgas.

Continué errante, distraído en los grandes afiches de empresas transnacionales que buscaban nuevos talentos siempre y cuando conocieran la palabra sinergia y cumplieran con esa especie de nociones metafísicas llamadas motivación al logro, buena presencia e iniciativa propia, que según Manuel son la tríada de la exclusión social y que, desde su punto de vista, son palabras sofisticadas para ocultar lo que realmente quieren decir los reclutadores, que es: si eres negro, indio o gordo o feo, pues no eres ni proactivo, ni resiliente, ni nada. Por fortuna, cuando regresé por Cleo ya esta se despedía de los canadienses con muchas sonrisas y unas cuantas planillas de preacuerdo.

Les decía cositas en su francés machucao que ellos recibían con mucho beneplácito, mientras ella seguía sin preocuparse por el monto de dinero que debía tener en el banco para ser considerada una extranjera con potencial. Hasta nos regalaron unas pelotas antiestrés y unas libretas de anotaciones con aforismos sobre el éxito y la motivación, por si acaso llegábamos a sentirnos agobiados con la idea de una nueva vida.

Mientras manejaba de regreso al San Marino, Cleo lloró un poco al recordar a su papá y echar en falta que no estaba allí para enterarse que cumpliría con uno de sus sueños: irse a vivir de nuevo al hemisferio norte. No tuve muchos deseos de interrumpirla en sus meditaciones en torno a los deseos del viejo Charles para no armar un problema innecesario, pero estoy por completo seguro de que él no quería regresar a su país, a pesar de que gastaba el día entero quejándose de Venezuela y caracterizando el alma del suramericano con los clásicos estereotipos de quienes se criaron imbuidos por la ética protestante y el espíritu del capital. Yo intuía que su proceso de adaptación estaba completo y lo que menos deseaba era resetear de nuevo

su vida y costumbres. Lo que sí apunté es que marcharse al norte no era la papa pelada que le mostraron los tipos de la feria. Ella, por supuesto, saltó de la molestia y se revolvió en su asiento, acusándome con términos gerenciales que se usan para hablar de aquellos que no muestran un espíritu motivado y se rehúsan a identificarse con la misión, visión y valores de la empresa. En este caso, la corporación recién fundada se llamaba «Cleopatra Carter quiere irse del país» y el único subordinado no estaba mostrando habilidades para el trabajo en colectivo.

—Deberías leer más sobre resiliencia —me dijo.

Siguió citando a Chopra y hablando de gestión del cambio y hasta quiso colar que a lo mejor lo que tenía era miedo a superarme por algo relacionado con el principio de Peter. Incluso se atrevió a mencionar a nuestros compadres, Alberto y Rita, que desde hacía cinco años vivían en Miami y me pidió hacer memoria de cuán felices eran y de lo bien que les estaba yendo. Torcí los ojos y la dejé navegar en sus recuerdos selectivos de nuestra estancia en la Florida, mientras a mi mente llegaba el diálogo que tuve con Alberto luego de que pasáramos la tarde dando vueltas en un *mall* y de que las mujeres se fueran a dormir y quedáramos solos en la cocina. Envuelto en la sinceridad y fortaleza que le dieron tres botellas de cerveza, me tomó de la mano y me dijo con los ojos temerosos de que su esposa Rita (un clon de Cleopatra Carter) lo escuchase:

—No se venga, compadre... esto es horrible... no se venga. No crea en Rita y sus cuentos, no le haga caso. Me cobran hasta por respirar...

Luego de eso se soltó a detallarme con tremenda solidaridad la estructura invisible de la cual no me hablaron los que estaban sentados en los *stands*, ni los rostros flotantes de la videoconferencia, ni los repatriados que aseguraban que su regreso al país se debía no al fracaso sino a un reacomodo de expectativas vitales. Lo que menos quería era ser un pesado que criticara a quienes sentían que era en Nueva York o Luxemburgo donde se escondía la felicidad que en Venezuela no encontraban. Le pregunté a Cleo si recordaba aquella película de fantasmas donde las aterradas víctimas iban de casa en casa huyendo de los espectros, creyendo que la culpa era de los lugares, de las paredes, los sótanos oscuros y de las historias pasadas, y al final terminan dándose cuenta de que no hay escape, porque son ellos la causa de su propio horror. Ella respondió afirmativamente, pero no logró hacer ninguna conexión valiosa con lo que acabábamos de vivir.

Esa noche le mentí de nuevo a Cleo. Le dije que comenzaría una nueva rutina de ejercicios nocturnos y que estaría en el gimnasio, pero lo que hice realmente fue largarme hasta las áreas verdes del San Marino y lanzarme en la grama a mirar el cielo. No pude reprimir el deseo y llamé a Elena. Ella se mostró entre sorprendida, molesta y desinteresada.

—Solo necesito alguien con quien hablar —le dije.

Pasamos dos horas conversando sobre mi día, de lo mal que me sentía por tener que irme del país y de que era imposible hablar del tema con mi esposa. Ella estuvo paciente y comprensiva, no hizo lo que usualmente hacen todos, escucharte un poco y luego ponerse como ejemplo para terminar girando el foco de la conversación hacia ellos. Me desahogué como si ella supiera de lo que hablaba, no tuve que darle muchos detalles para que entendiera lo que me pasaba.

—Eso del matrimonio me enferma. Es una cosa antinatural... —me dijo. Y argumentó que un conjunto no anulaba la naturaleza individual, sino que más bien debería potenciar las virtudes y descubrimientos de los sujetos. En un punto dijo que necesitaba irse a dormir, pero no pude dejarla. Se molestó un poco y me reclamó que no se negaba a escucharme para ayudar en el difícil tránsito de la monogamia, pero que tampoco estaba para estar de mártir y menos ser espectadora de un circo que no le concernía.

—De pronto, tengo un desespero por verte —le solté. Ella se mantuvo en silencio, no la sentía siquiera respirar.

—¿Sigues allí? —pregunté.

—Sí, estoy aquí, te escucho.

—Necesito verte, Elena.

—Álvaro, estás pasando por una crisis. Vete con tu esposa y resuelve tus asuntos.

—Vamos a vernos mañana, donde tú quieras, a la hora que quieras.

—Álvaro...

—Te lo pido... no me hagas que te recite a Neruda. —La escuché sonreír y fue suficiente para mí.

Mientras esperaba su respuesta noté algo extraño en el San Marino, un cambio en su apariencia habitual. Quería comentarle a Elena, pero arruinaría el momento, así que con la vista en alto hacia el fenómeno que perturbaba la habitual atmósfera del *loft* esperé por ella, que volvió a retomar la conversación y me echó en cara que de veras le había dolido el que pasara tanto tiempo sin llamarla, que solo sus clases y el yoga le habían impedido llenarse de rencor contra mí. Continuó un rato más hasta que dijo basta y aceptó verme de nuevo. Le prometí que no volvería a estropear las cosas, pero ella me cortó en seco para hablar con seriedad.

—No prometas nunca nada, Álvaro, es mi condición. —La acepté.

Finalicé la llamada con una paz que tenía tiempo sin sentir. Solo la inesperada variación de la cotidianidad del *loft* se atravesaba en lo que pudo haber sido un momento perfecto. De todos modos, cuando vibró el teléfono consideré que esa noche no iba a irme a la cama con asuntos irresueltos en la cabeza. El mensaje de Jerónimo, preciso y a la vez dramático, me produjo un *déjá vu*, la idea de haber leído algo similar mucho antes:

Han tomado el *penthouse*

El gran Gatsby

Volví a ver a Elena y la conseguí más hermosa que nunca. Su párpado caído, el cabello rizado en su caótico despeinar. Esa tarde hablamos como si entre la noche que pasamos con sus amigos y el momento de reencuentro no hubiese ocurrido nada más. Esta vez ella fue la que tomó la iniciativa y contó de todo. Se había inscrito en un curso de fotografía recién comenzado el año y allí mantuvo una relación fugaz con un tipo. Sentí que era su pequeña venganza, echarme en cara el torpe manejo que tuve de nuestra relación. Tampoco quería ahogarla con recriminaciones y con una actitud egoísta. En cualquier caso, qué podía decirle si yo era casado y cada día dormía acompañado. Así que, con enormes esfuerzos, le pregunté por el tipo y por cómo se sentía. Elena desestimaba la importancia de aquel hombre y lo describía asociándolo con el cometa Halley, por la manera en que iba y venía de su vida. Así supe que el sujeto no era una cosa tan casual, sino que se asemejaba a una presencia latente que levitaba por encima de Elena y que era un añadido a tomar en cuenta. Sin embargo, la energía que ella desprendía para saltar de un tema a otro fue lo suficiente para alejarme los fantasmas y relajarme. Me preguntó si deseaba irme del país y por qué lo hacía. Reconocí que la decisión no me pertenecía y que era presa de una inercia imposible de controlar. Ella se molestó al evocar las razones que le daban sus estudiantes de último año para marcharse y me confió una teoría que comenzaba a ganar fuerza en ella: no había consideraciones económicas o neuróticas para emigrar, sino más bien históricas y éticas.

—Odio a quienes se consideran *ciudadanos del mundo*, me parecen patéticos —confesó. Le dije que exageraba un poco y que no debía molestarse tanto por el tema—: Te voy a decir algo, Álvaro... Es el mayor plan de desarraigo de la historia. Mano de obra barata y voluntaria, sumisa y obediente.

Como estábamos en un restaurante pequeño, sentí que los vecinos de las mesas cercanas se interesaban y no de la mejor manera, en las reflexiones de Elena. Siguió con vehemencia en sus meditaciones, decía que la élite era élite porque estaba bien clarita de sus orígenes y de su agenda. El empleado del local nos trajo la cuenta sin que la solicitara. Para mí, la indirecta fue suficiente. Le pedí a Elena que camináramos y nos extendiéramos sobre sus puntos de vista en otro lugar. Pero al salir a cielo abierto la mujer cambió de tema y me di cuenta de que en el fondo tenía un alma de provocadora nata. Yo, por el contrario, prefería pasar anónimo y transparente en mi condición de habitante de la ciudad. Creo que ella percibió mi alivio al salir del local, porque me preguntó si me había incomodado que los aspirantes a sifrinos del restaurante nos botaran de allí.

—No es eso..., solo que no me gustan los problemas. —Creo que en ese instante Elena me asumió como una especie de proyecto personal, porque nuestra relación

tomó un ritmo ascendente cuyo único objetivo era quitarme el acartonamiento que, según ella, me había producido la sumisión social.

Ese mismo día me pidió que estacionáramos en el último sótano de un centro comercial. Se pasó al puesto de atrás y me dijo que la acompañara. No hubo mucho juego, ni poesía, solo la seguí en la acción desorganizada de sus labios, de los senos desnudos, de su mano guiándome a través de algunos puntos que la hicieron gritar un poco. Quedamos extenuados y llenos de risa, regados en el asiento trasero y escuchando el aire acondicionado limpiar un poco la humedad producida.

—Faltan nueve lugares —reveló.

Tomé aquello como un verdadero reto. Los días que siguieron le di más responsabilidades a los Castillo en la franquicia, mientras yo me concentraba en el plan de Elena de hacer el amor en espacios públicos. De esa manera, terminamos cogiendo en el baño de un restaurante árabe cerca de Altamira; en el ascensor de un edificio residencial elegido al azar; en un salón de la Facultad de Economía de la Universidad Central; en el Parque del Este; en Los Caobos; en la Cinemateca Nacional viendo una retrospectiva de Buñuel; en el mirador de Manzanares. Conforme avanzábamos, marcaba imaginariamente el mapa de la ciudad y lo convertía en un territorio poblado de memorias orgásmicas. Al avanzar por cualquier autopista, los puntos de referencia dejaron de ser los edificios famosos o las obras de arte urbanas y fueron reemplazados por pequeños jadeos, por eyaculaciones, por uñas enterrándose en la espalda, por pantaletas a mitad de los muslos y por respiraciones entrecortadas. Nunca me sentí más vivo.

Mientras me entregaba a Elena, más me desprendía de Cleo y toda la neurótica actividad que implicaba llenar los requisitos para ser tomados en cuenta por el Gobierno canadiense. Además, estaba perdiéndome de la transformación que vivía el *loft* bajo el influjo del nuevo vecino.

Manuel lo apodó «el Gatsby» luego de que le contara las cosas que la gente hacía por él. Ninguno en el San Marino lo había visto de cerca. Acaso prefiguraban su imagen y carácter por las alucinaciones colectivas que elaboraban cuando una figura de hombre se paseaba tras las cortinas del *penthouse*. No salía casi nunca y cuando lograba escabullirse de la atenta vigilancia de Teófilo, las cámaras de seguridad captaban una figura borrosa, unos lentes de sol y una gorra de los Yankees. El primero en hablarme de él fue Jerónimo. Dijo que había subido numerosas veces hasta el *penthouse* pero no logró que le abriera la puerta. Lo primero que llamó la atención de Tercero no era la manera en que se escondía de la vista del resto de vecinos, sino que hasta los momentos no le había puesto una canción al timbre de su casa como lo había hecho el resto.

—Es un excéntrico. —Meditaba esto cuando conversábamos el tema en la piscina o la sauna.

Según, Cleo, Paolo y Mafer se habían vestido con ropas de cóctel y habían ido a llevarle una cesta de frutas, vinos y otras delicateses (o *delicatessen*, como decía Cleo) para entablar amistad, pero lo único que recibieron del otro lado de la puerta fue un «Puede dejarla en la entrada». Ambos especulaban que, por el tono y el extraño acento, el Gatsby era un hombre de mundo, versado en los placeres más excelsos a los que puede humano alguno acceder, posiblemente descendiente de alguna dinastía merovingia.

Más tarde, pude enterarme que Montes de Oca y Del Trigo usaron varias veces sus drones para intentar espiar al nuevo vecino, sin ningún tipo de éxito. De las imágenes que pudieron obtener y que fueron analizadas en una reunión a la que convocó Paolo a sus amigos del San Marino y en la que estuve presente gracias a la intermediación de Mafer, se podía inferir que el nuevo vecino gustaba de resguardar su privacidad al extremo, pero aquello no pudo impedir que aparecieran algunas siluetas que en la opinión de Coelho, Montes de Oca, Del Trigo y Casiraghi referían a un jarrón de la dinastía Tang, la primera copia de un extravagante libro del cual solo podían verse los planos de una edificación y un portarretrato con la cara de un hombre que evocaba algunos recuerdos nada definitivos. Varias veces revisé las imágenes, pero no podía ver lo que ellos veían. Estaba comenzando a pensar que el Gatsby solo existía en la mente de los habitantes del San Marino, pero aquello tampoco era cierto, pues en las noches podía sentir (el piso del *penthouse* era mi techo) los pasos de alguien que vagaba por el apartamento.

Para Jerónimo, conocer la identidad del nuevo vecino se convirtió en una verdadera obsesión, pues consideraba que al ganar esa amistad el resto de los propietarios volverían al redil de donde Paolo los había sacado a través de engaños.

—Por cierto, ¿ya tenéis al ganador de las fiestas? —me preguntaba Jerónimo cada vez que me veía.

—Pronto. Estoy elaborando un análisis exhaustivo —le contestaba.

No podía decirle que ahora el tiempo se me iba en estar con Elena. Jerónimo cerraba los ojitos y decía que yo andaba en algo raro, pero no volvía a preguntar. Sin embargo, me puso fecha de una semana para declarar al vencedor. Le aseguraba que tendría su resultado, pero no me podía comprometer con ninguna de las partes. Él estaba de acuerdo y se marchaba adonde fuera para seguir en sus cavilaciones sobre cómo cautivar al Gatsby. Era extraño, pero nadie parecía haber notado ninguna variación en mí desde que estaba con Elena. Sin embargo, yo mismo me percibía distinto, como ligero, capaz de saltar de un edificio sin hacerme daño o correr un maratón entero sin cansarme. Puede que la única que sí pudo haber sospechado algo fue Rosa mamá, con esa clase de sabiduría que no entiendo de dónde les viene. Me piropeó la camisa una vez que vino al *loft* a almorzar y después concluyó que los tonos azules me sentaban mejor. Era una excelente observación. En el clóset había

abandonado por completo los colores pastel y la paleta de marrones y ocre. También deseché las camisas de cuadros beige y crema, y desestimé los consejos de Cleo sobre el hecho de que la tendencia era volver al estilo de los setenta. El cambio tampoco vino solo. Se lo debo a Karolis, nuestra mejor trabajadora de Perrito Loco sucursal Chacaíto. Ella sí que lo supo desde un principio. Tampoco es que me vigilaba mucho, pero para un atento observador era al menos sospechoso que la misma mujer fuese a la misma hora, los mismos días, a sentarse en la misma mesa, a pedir siempre lo mismo, e irse justo en el instante en que yo cruzaba por la puerta para abandonar el local. Karolis, con la barriguita que ya comenzaba a notársele a través del uniforme, me dijo que se alegraba por mí. Cuando le pregunté a qué se refería, me picó el ojo y me dijo: nada... Entonces se puso a hablarme en clave como si estuviera en la serie *Misión imposible* y me aconsejaba:

—Debería considerar usar más chemises y *blue jeans*. Una mañana, ya a punto de salir del *loft*, me detuve en el espejo y me di cuenta de a qué se refería Karolis: la combinación de pantalón con su respectiva correa, al juntarse con una camisa manga larga sin arremangar, me quedaban como para ganarme el concurso Libido Cero; peor aún era el pálido tono apio de mi rostro al usar tantos colores pastel juntos. Busqué unos *jeans* y desempolvé una chemise que nunca usaba por considerarla demasiado casual. Cuando le pregunté a Cleo si notaba algo diferente en mí, la neurosis le impidió ver algo distinto; era una especie de ceguera por estrés:

—Álvaro, no tengo tiempo ahorita.

Cleo no percibió nada —estaba demasiado metida en sus papeles bilingües, preguntándose si era mejor Quebec, por su herencia francesa, o Toronto por el empuje moderno—. Salí vestido de ese modo y Elena notó el cambio de inmediato.

—Pareces un chamito —me dijo con una sonrisa sincera. Luego de un tremendo abrazo me convidó a su apartamento, donde pasábamos las tardes entre películas y hamburguesas cortesía de Perrito Loco.

El apartamento de Elena estaba repleto de libros, caían por todos lados sin obedecer ningún patrón determinado. A veces los recogía y trataba de ponerlos en las estanterías o uno sobre otro, pero ella me acusaba de romper el delicado equilibrio de sus investigaciones. Después de las películas hacíamos el amor, o a veces era al revés, en cualquiera de las dos modalidades siempre terminábamos mirando al techo y hablando de cualquier trivialidad, como por qué hay gente que no puede escuchar música sin convidar a los vecinos o, por ejemplo, por qué se escogió la orquídea como la flor nacional y no las trinitarias, que abundan tanto y florecen en cualquier época del año.

Habitualmente ella proponía los temas y yo le daba mi opinión. Se reía mucho, decía que yo tenía una cultura general por encima del promedio, pero que seguía atado a muchos prejuicios de clase. Particularmente me gustaba cuando se ponía

entre filosófica y anarcoide; me lo ponían duro automáticamente sus críticas ácidas a la sociedad de consumo y a la manera estúpida en que constantemente se decía que Venezuela era un crisol y un país café con leche, lo cual a su juicio era una estrategia de mercadeo para ocultar la verdadera carga de racismo. Pienso que la excitación me la provocaba que fuese tan diferente y sus ideas de la vida tan distintas a las blandenguerías con que me criaron —nunca le dije que veía el Miss Venezuela o que me daba sentimiento escuchar las promociones navideñas en los canales de televisión—. A cierta hora, al final de la tarde y el comienzo de la noche, nos despedíamos con un beso y cierto vacío en el estómago.

Fue Elena quien me ayudó a escribir el informe sobre el ganador de las fiestas, lo hizo como una consideración (y para librarme de esa dura responsabilidad), pero también porque según ella esos datos eran interesantísimos para sus clases de psicología social. Le conté hasta el más mínimo detalle sobre el Halloween y sobre el Día de Acción de Gracias. Ella reía sin parar cada vez que mencionaba a Lulú o la borrachera de Jerónimo, pero le entró una rabia incontenible cuando supo del Búfalo y más de lo que pensaba hacer Casiraghi con los terrenos del San Marino. Me asusté incluso cuando dijo que iba a mandar a invadir esa vaina y poner unas banderas al grito de «¡Tierra y hombres libres!». Le pedí que no se metiera en eso y a regañadientes me lo concedió. Sin embargo, a pesar de que Casiraghi le parecía un imbécil, más imbécil le pareció Jerónimo por estar buscando la aprobación de los ricos. Ambos coincidimos en que Paolo había logrado atrapar con mayor éxito el espíritu de la celebración, que a juicio de Elena no era más que:

—Exaltar las superficialidades propias de los pendejos que piensan que con dinero lo tienen todo.

El día en que di los resultados, senté a Jerónimo y a Paolo en un restaurante lujoso. Pensé que era un buen lugar para que ninguno se atreviera a hacer una escena, pero por encima de eso deseaba entendieran que ambos pertenecían a ese mundo y que en vez de pelear, la mejor salida consistía en la mutua cooperación. Abrí un papel y me puse solemne a la hora de mencionar al ganador. Jerónimo recibió la noticia mucho mejor de lo que supuse. Esperaba de su parte malas palabras y proverbios griegos, pero al escuchar que su archienemigo le había ganado la mano, se levantó de la mesa y dijo que debía atender una llamada. No volvió más. Quedé solo con Casiraghi y no supe de qué hablar. Sin embargo, aprovechamos para comer y meter la cabeza en el celular para revisar los mensajes de texto una y otra vez, luego repasar el nombre de los platos en el menú y después mirar cada detalle del restaurante con atención especial. Cualquier estrategia para que el tiempo transcurriera y termináramos con esta farsa de la cortesía. A pesar de la dinámica y el gusto que le había tomado, Paolo Casiraghi me sorprendió con un asunto que no me dejó dormir tranquilo esa noche. Empezó introduciéndose al tema con mucha sutileza, explicando que luego de

meditarlo y conversarlo con Coelho, Montes de Oca y Del Trigo, había concluido que yo era el «más mente abierta» del *loft*. Pero cuando esperaba que me saliera con algo «minimalista» (Jerónimo *dixit*), tomó un camino distinto para revelar que necesitaba mi consejo en asuntos del corazón.

—Es vergonzoso, pero no puedo decirle esto a nadie más...

—No tiene que contarme nad...

—Creo que Mafer me está engañando...

Se me contrajo el corazón y como el propio estúpido culpable, volqué la copa del agua mineral. Un mesonero vino a limpiar, me disculpé cien veces, tosí y volví a disculparme. Miré a Casiraghi y él seguía con atención cada uno de mis gestos, de mis impresiones. Tomé un poco de pan y empecé a untarlo con mantequilla. Le pregunté con deseos de fortalecer el carácter:

—¿Por qué piensas eso?

—No lo sé... ya no es la misma. Se ha vuelto una extraña, cambió su rutina, le puso clave de acceso a su celular... no lo sé...

—Quizá no es nada...

—Cómo que no es nada... me está engañando, lo sé.

¿Y quieres que te diga desde cuándo está pasando esto, a-m-i-g-u-i-t-o...?

No me gustó para nada su tono, ni su postura, ni la entonación de la palabra «amiguito», la cual hacía que su rostro adquiriera el matiz, puede que la expresión, de un futuro asesino pasional. Apretaba el cuchillo y el tenedor y empalaba los pobres pancitos, supongo que ejercitando su instinto de matar para cuando descubriera al infeliz —¿Manuel? ¡No, no... espero que no!— que estaba levantándole a Mafer.

—Desde que llegó ese que tú llamas el Gatsby —inspiró largo—. No más apareció el tipo en el San Marino y ya mi esposa no fue la misma. ¿Qué piensas que debo hacer?

—Pero qué puedo recomendarte, no soy un experto en el tema...

Casiraghi levantó el arco de los ojos, diciendo sin decir «Sí, como nié'...». El temita y la indirecta y quién sabe lo que pensara el pendejo, empezaron a molestarme.

—¿Y ese gesto?

—¿Cuál gesto? —Le personifiqué su mueca de escepticismo.

—Ese gesto...

—Vamos, Álvaro... no te molestes... es que a todos nos parece muy raro que Cleopatra esté siempre con Pedro y tú lo permitas...

—Pero qué carajo... ¿en qué siglo viven ustedes?

—Es que no sé... mi padre, mi abuelo y mi tatarabuelo decían que «amistad entre hombre y mujer bonita no existe». Pero... eso no está mal... digo que seas tan mente abierta...

Hubiese querido lanzarle un vaso de agua, pero eso no me habría traído ningún beneficio. Recordé algo de un libro que Cleo me regaló hace unos años con un título como *El nuevo gerente* o *La gerencia 2.0*, que decía expresamente: «Si quiere tener éxito en el mundo de los negocios, controle sus emociones». Gracias, Cleo querida. Respiré y pensé que era la oportunidad para tomar ventaja.

—Bien... Paolo —sonreí—. Así que sospechas del Gatsby... bien, qué interesante... Cuéntame más...

Lancé los consejos que sabía o que aprendí de tanto ver telenovelas con Cleopatra y Nina y recurrí a la matrix general que contiene en sí misma cuanta situación amorosa ha ocurrido o ha de ocurrir de aquí a la eternidad: la mitología grecorromana. Casiraghi se interesó en las historias de los dioses, en el enamoramiento por los mortales, en las bajas pasiones y las venganzas con o sin moraleja. Como el tipo se sentía más italiano que Garibaldi, consideró que lo que estaba padeciendo era resultado de proceder de una estirpe que gustaba del drama humano —no se lo refuté—; además, hasta llegó a pensar que lo ocurrido con su esposa Mafer era producto de que ella era «mitad suramericana» y eso era como una especie de tara genética que la inclinaba a la promiscuidad. Arrugué la frente y traté de detenerlo con «No sé si fue bueno el ejemplo...», pero Paolo ya parecía tener alumbrada la cabeza con el asunto de la mitología y relacionó el San Marino con un hábitat divino y a sus moradores con los destinos trágicos de sus ancestros europeos. En cualquier caso, creía que el Gatsby, como todo buen Zeus, deseaba venir desde su privilegiado *penthouse* a tomar como mujeres a quienes le daba la gana y eso él no lo iba a permitir. ¡A por él!, le grité... pero corregí y creo que le dije ¡*Forza azzurri!* o algo por el estilo. Casiraghi comió rápido su fideuá y pagó la cuenta.

En el camino para recoger unas referencias laborales que Cleo me pidió buscar, llamé a Manuel. Contestó con desparpajo y negó cada uno de los cargos que le imputaba. Se reía. Le parecía el asunto muy chistoso, pero juró por la memoria de nuestro padre que había reflexionado en mis palabras y que el tiempo se le iba en preparar su trabajo de ascenso, que llevaba por título *Erotismo del oprimido*, y que según él terminaba por completar el pensamiento de Paulo Freire. Lo conocía y podía oler que me ocultaba una parte de la historia, pero tampoco tenía pruebas suficientes con que acusarlo. Lo dejé tranquilo para que se dedicara por entero a su labor académica, pero antes de despedirse pidió que escuchara algo de su trabajo, pues se encontraba con un bloqueo mental.

—Dime qué te suena mejor: llamo plusvalía amorosa a la apropiación egoísta de los sentimientos individuales, o... aquel que controla la base material determina la superestructura sentimental... y, esta es la última, lo prometo... la victoria del proletariado pasa por el control de los medios espirituales de producción...

—No entiendo un carajo de lo que hablas, pero tampoco soy estúpido. Si te estás cogiendo a la Mafer Casiraghi te advierto que no voy a estar para levantarte del piso...

—Que no, tío, que no —contestaba sin dejar de reír.

De regreso al *loft* no encontré a Cleo en casa. Nina me informó que había salido temprano con sus papeles (carpetas de la empresa migratoria), pero que no le dijo sobre su destino. Un fantasma recorrió la sala, el fantasma de las palabras de Paolo Casiraghi. La parte del cerebro más primitiva me impulsó a tomar el teléfono y pedirle explicaciones a Cleo. Preguntarle dónde y con quién estaba; arrecharme de lo lindo si acaso me decía que con el Pedro Pedrito. Pero las otras neuronas, más curtidas en el arte de la humanidad y la complejidad de la vida gregaria, me dijeron que empezarían a medirme con la misma vara y ya las tardes con Elena iban a peligrar. En ese momento caí en cuenta de lo que hacía y no me sentí bien. Era un desorden que no estaba en mi espíritu y no por alguna culpabilidad relacionada con los votos matrimoniales o con los diez mandamientos, se trataba de otra clase de sensación, de malestar. Salí del *loft* para buscar un aire que no oliera a culpa y pensé que una sesión en la sauna me relajaría.

Allí encontré a Jerónimo. No me saludó. Traté de hablarle pero no tenía ninguna respuesta de su parte. Me disculpé, le confesé que estuve a punto de declararlo ganador pero que me arrepentí porque no había ningún mérito en una victoria falsa. Al menos tendría que concederme eso, pero el hombre ni siquiera arrugó la cara, nada, estaba con la vista puesta en un punto y de allí no la movió ni un segundo. Entendí que seguir en la misma tónica iba a terminar de alejarlo aún más o quizá generaría una reacción muy contraria al perdón. El vapor esa noche era excesivo, severo, así que fui hasta el termostato y me di cuenta de que lo habían movido algunos grados. Temí por mi vida, la típica reacción de a quienes las películas han llenado de miedos pendejos, pero que igual no por paranoides carezcan de cierta factibilidad. Me aseguré de que la puerta continuara abierta y me reí al verme realmente envuelto en la consideración de que Tercero buscara venganza matándome en la sauna, en una clásica escena digna de televisión. Después pensé que nadie sabía que estaba allí, que a lo mejor Jerónimo borraría, junto a su secuaz Teófilo, las grabaciones de las cámaras de seguridad y moriría sin poder evitarlo. Estuve a punto de salir de la sauna, preso un poco de las tonterías que me habían secuestrado la razón; sin embargo, Jerónimo comenzó a hablar.

—Vos sabéis, Alvarito... no vengo de cuna de oro, pocas veces veía a maíta y a paíto, me crió mi abuela, mamá Julia. Pasé el hambre hereje y vendí desde empanadas hasta agua de coco bajo la pepa e' sol de Maracaibo pa' poder medio comer. ¿Sabéis qué pensaba cuando tenía que limpiar el parabrisas de una camionetota? No decía marditos ricos, no; decía vergación, yo quisiera vivir así. Mamita Julia odiaba a los ricos, les mentaba la madre cuando salía a planchar montañas de ropa y los volvía a

mardecir al regresar. Una vez no le pagaron el día porque y que según había quemado una camisa, esa vez no comimos. Ella me dio agua y a mis hermanos más agua, me decía que estudiara, que esa era la única venganza contra los que tenían cobres. Pero en el fondo y lo descubrí con el tiempo, Alvarito, yo sabía que la única venganza no era tener un papelito, ir a la universidad, ser profesor; la única venganza contra los ricos es tener más billete que ellos. Eso es lo único que les duele, lo único que les hace bajar la cabeza. Y vos sabéis que yo soy terco, pero estos güevones no me van a joder. Esos terrenos van para el Gobierno y te voy a ser claro, no es porque yo esté con la verga de la justicia social, no; es porque nadie me va a volver a mirar por encima del hombro...

Estuve detenido en los ojos absortos de Jerónimo. En los pliegues de esa vida oculta que nunca se ve, pero que a la larga es la que gobierna verdaderamente a los individuos. Pensaba en su abuela y en la pobreza, en la manera en que consideraba iba a alcanzar su propia redención y la de sus antepasados. Él estaba en ese San Marino viviendo una cruzada contra fuerzas que estaban más allá de su control y temía por su estabilidad psíquica cuando se encontrara (de nuevo) contra el áspero muro de la realidad. No es una guerra que puedas ganar, quise decirle, e incluso estuve tentado a hablarle en los términos que a veces usa Cleo para congraciarse con Nina. Usa referencias acerca de la felicidad más allá de la materia y de valorar los pequeños placeres como el regalo menos comprendido de todos. Pero al final decidí no hacerlo porque iba a sonar tan hipócrita como Cleo, quien sí cree bastante en lo material y se pasa por el forro «las maravillas de lo cotidiano» si le ponen al frente una prenda de oro. Jerónimo se levantó, se quitó la toalla y se secó la cara. Se me acercó desnudo mientras yo temblaba porque no fuese a revelarme más intimidades sentimentales.

—Te perdono porque vos no sabías lo que hacías —me dijo tomándome del antebrazo. Y después, para completar la escena, sentenció—: Ese pendejo del *penthouse* va a saber lo que es bueno.

Me acosté largo a largo en el banco de la sauna y cerré los ojos sin temor de que Jerónimo me dejara morir asfixiado allí. Pensé en lo que acaba de vivir y en las ganas que tenía de contárselo a Elena, pero también pensé en Cleo y me vino a la mente su cuerpo perfecto en algún hotel con el maldito de su amigo «gay» o con cualquier otro. Estaba desajustado por completo, convertido en un barquito de papel en medio de un tsunami. Dormí por algunos segundos, minutos quizá, y al abrir los ojos me exalté. El vapor se había disipado y me di cuenta de lo ridículo que vuelve la soledad a un hombre desnudo. Esa noche, Cleo no llegó a casa.

El evangelio según San Lorenzo

Cleo dijo que se había quedado con su madre y que trató de avisarme sin ningún éxito. Decía que debía poner más atención a mi teléfono celular.

—¿Y si hubiese tenido una emergencia, Álvaro? —repetía con la misma molestia del borracho que sube la voz para huir hacia adelante y evitar el reclamo.

No le dije nada, tampoco llamé a Rosa mamá para corroborar. ¿Qué sentido tenía? Y, además, con qué moral podía decirle algo. Durante las semanas que siguieron se comportó peor. Gastaba el tiempo en el *loft* metida en las planillas del viaje o visitando virtualmente futuras casas y zonas residenciales. Cuando no estaba en el apartamento sino en su trabajo, las horas las consumía en tareas muy importantes que tomaba por decisión propia, porque aseguraba que subirían muchos puntos en su currículum. Espiaba de vez en cuando los documentos que teníamos que entregar a la embajada canadiense y me daba cuenta de que no iba a tener ningún problema en ser asimilada a la sociedad. Sin embargo, cuando por encimita me ponía a llenar el autocuestionario sobre aptitudes, actitudes, logros y potencialidades, reconocía que yo no era material valioso para los quebecqueños, montrealenses y/o torontianos. Al comentarle el hecho a Cleo, contestaba no con risas sino con rabia y decía que la culpa era mía por no haber sacado la licenciatura y porque además no hice especializaciones y cursos en el IESA como lo recomendó Pedro Pedrito. Le recordé que si no seguí en la universidad fue porque consideré que las franquicias fueron mi verdadera tesis doctoral y que esas planillas valían mierda si uno tenía un millón de dólares en un banco gringo.

—¿Los tienes? —me preguntaba molesta.

—Aún no —contestaba.

—Entonces, señorito Álvaro, tienes que apelar a tus destrezas y habilidades, entiéndase estudios —sentenciaba muy segura de sí.

Cada vez con mayor frecuencia aparecían ese tipo de discusiones. Mi manera de evadirme era dejarla con sus victorias argumentativas e irme directo hasta donde Elena para desahogarme cogiendo tres horas seguidas. Elena me dejaba reposar a su lado, y aún cuando habíamos acordado no hablar de terceros al estar juntos, era imposible que el tema del viaje no saliese a relucir.

—No vayas a cometer el error de quedarte por mí —decía. Me molestaba que dijese esas cosas, pero ella tenía claro que nuestra relación no iba a ir a ningún lado porque no veía en mí el carácter de los que toman decisiones radicales. Prefería no hacerse ilusiones y mucho menos escuchar esos deprimentes discursos falsos donde el hombre casado dice que va a dejar a su esposa.

Luego añadía:

—Álvaro, las promesas de hotel y las electorales tienen la misma comprobación histórica, idéntica similitud psicológica. Ambas se vuelven mierda después de la eyaculación o de la elección —decía con una firmeza intraficable. Después de esas palabras, qué otra cosa podía hacer sino callarme la boca hasta que me ordenaba—: Váyase para su casa.

Podía sentir en los huesos la tristeza con que pronunciaba esas palabras. Ella hacía un esfuerzo enorme por que no la viera débil o triste cuando me despedía, pero su sonrisa era una delatora brutal. Creo que nunca pude compartir una noche, despertar con ella, saber cómo amansaba la maraña de pelo, si es que lo hacía. Si prefería cepillarse los dientes antes o después de tomar el café, saber si lo tomaba o se inclinaba más bien por el té o los jugos naturales. Esos detalles que pueden parecer minúsculos, pero que si se acumulan con la suficiente paciencia terminan por construir eso que llaman vida de pareja.

Odiaba dejarla, pero no podía hacer otra cosa. En el viaje al *loft*, escuchaba el motor del carro hablarme, decir que confiara en él, que podría llevarme lejos, huir de cada cosa a la que fuese arrastrado sin remedio. Varias veces, especialmente cuando el viaje a Canadá era una posibilidad cada vez más cierta, escuchaba al motor y pasaba de largo la entrada del *loft* y me perdía por las calles vedadas para los humanos comunes, los límites donde los ricos de verdad tenían sus residencias permanentes. Vuelta tras vuelta, veía las mismas fachadas y los nombres repetirse, hacían alusión a rincones de Francia o Grecia. A veces usaban con cierta gracia exótica una voz africana o indígena. Pero ya pasados unos minutos, la dinámica que había construido me devolvía a mi casa, donde era recibido por Nina y sus cenas imperdibles y por la energía maníaca de Cleo, quien cada vez con más frecuencia metía en los diálogos palabras en francés o inglés.

A mediados de año llegó la venganza de Jerónimo, o un *show* que él consideraba un pase de factura por haber perdido la gracia de los vecinos. Hasta pagó un anunció comercial en una televisora deportiva para promocionar la primera competencia de drones que tendría lugar en Venezuela. Hasta ese momento no lo sabía, pero al parecer los aparatitos tenían su buena cantidad de fanáticos y gozaban de la atención popular entre los que, ya sea por contar con una herencia o un negocio dudoso, no tenían necesidad de ir a trabajar. Al menos no pasarse ocho horas en la oficina, que era el tiempo necesario que, según mi papá, Dios estableció en la Biblia. La competencia reanimó la vida en el *loft*, la cual, por cierto, había caído en una rutina palaciega que únicamente parecía ser disfrutada por las generaciones más jóvenes. Yo, por ejemplo, ya no frecuentaba la sauna y la piscina, mucho menos el gimnasio. Sin la amistad de Jerónimo como motor principal, de alguna manera la vida en el San Marino transcurría metido en mi casa y de allí a alguno de los restaurantes. Para

esa fecha ya Cleo iba adelantada con los trámites del viaje, pero no me permitía inmiscuirme demasiado porque a su parecer iba a quitarle el ritmo que llevaba. Se encontraba en su estado de loto y despachaba los larguísimos cuestionarios para la visa en un instante. Mejoró su pronunciación del francés y ahora le hablaba a Nina con una elegancia que tan solo de escucharla ya un plato de carne asada se transformaba en un *magret de canard*. Hasta Nina comenzó a contestarle *oui* y a decirle *Madán Cleopatré*, pero como la cosa le sonaba a medio burdel le pidió que dejara de hacerlo.

Jerónimo fue a llevarme personalmente la invitación para que asistiese a la competencia. Le dije que no tenía drones y que lo mío eran los videojuegos. Me acusó de no madurar (como si lo de los drones fuese muy de gente adulta y madura) y de no entender que su gesto significaba que volvía a ser su amigo. Le agradecí que volviera a recibirme en su iglesia, pero no se tomó muy bien que me burlara de la religión, ahí fue cuando supe que el hombre le metía seriamente al catolicismo. Como no me vio mucho interés, me preguntó si era por los cobres para comprar la máquina. Pensé que aquello me salvaría de ser parte de semejante ridiculez, pero no contaba con que estar de nuevo a la diestra de Jerónimo tenía sus ventajas, entre ellas disponer de parte de su dinero. A la semana llegó una caja al apartamento, contentiva de: un dron (baterías incluidas).

Cleo casi explota de la rabia cuando vio el aparato y por supuesto me advirtió que no fuera a quebrar una lámpara o un florero, diciendo que lo mejor era que lo usara en el jardín como el resto de los hombrecitos del San Marino. Por supuesto, hice a Elena confidente de cada detalle y fue ella quien me dijo que nos fuéramos hasta un parque a probarlo. A la mujer se le dio de inmediato el control sobre la máquina volante. Pero como todo adulto que se precie de tal, perdía el interés a los veinte minutos y se ponía a leer un libro de Bryce Echenique. El día de la competencia mi pobre dron llegó con un ala medio quebrada porque lo estrellé contra una columna del centro comercial. El asunto no es cómico, pero sí actual. Efrén Castillo me escuchó mencionar el cuento de la competencia y me hizo llevar el juguetico a Perrito Loco. Decía que en Japón iban a abrir restaurantes sin mesoneros, solo atendidos por «roboses», y que a lo mejor aquella idea podía hacer que Rosa Cleopatra viera con mejores ojos a los Castillo y quizá olvidara la idea del viaje (los Castillo estaban francamente consternados con que nos fuésemos del país). En todo caso, el experimento salió mal porque Efrén, con solo media hora de prueba, ya se creía un tipo con licencia y capaz de emprender hasta una misión militar. Le montó encima una bandeja con un shawarma y trató de entregar la orden a unos veinte metros. Síntesis: el dron se estrelló y yo tuve que pagarle la tintorería y una semana gratis de almuerzos al vigilante del centro comercial que se prestó gustoso al experimento.

Cuando Jerónimo vio el estado del dron me regañó de inmediato. Dijo que tenía un papel importante dentro de su estrategia de vuelo, pero que ahora tendría que improvisar. Tomó como una señal que de las cuatro hélices se hubiese dañado una.

—Sacá cuentas —me dijo al sumar las hélices intactas.

Era su día de suerte. Miró hacia el *penthouse* y saludó al hombre en bata que se asomaba. Era la primera vez que el Gatsby se dejaba ver en público. Jerónimo me contó que había observado que el tipo curioseaba por entre las cortinas cuando Montes de Oca y Del Trigo sobrevolaban el San Marino con sus drones, por lo que concluyó que debía montarle un espectáculo que le hiciera descender de su pináculo para reunirse con ellos. Ese día incluso llegó un canal de televisión para registrar la competencia. Entrevistaron a Casiraghi y a algunos curiosos que llegaron de urbanizaciones exclusivas de Caracas, Carabobo y Aragua. Nadie sabía muy bien de qué iba la competencia y muchos creyeron que se trataba de una exhibición de «pericia y coraje». Miraba el cuadro general y solo pensaba qué dirían los aviadores de la Segunda Guerra, o aventureros reales como Lindbergh o Amelia Earhart, sobre estos hombrecitos que derrochaban testosterona en tan peligrosas travesías a través de árboles de parques y carreteras urbanas, mientras bebían sus refrescos y sus mujeres se bronceaban admirando sus bíceps en tensión máxima cuando debían presionar a través del pulgar un botoncito del control remoto.

La cosa mejoró cuando Jerónimo se subió a una tarima y comentó que la competencia tenía diez mil dólares como premio único e indivisible. Nada mal, Jerónimo, nada mal para un día domingo. Sin embargo, la sonrisa de todos se borró cuando conocieron que las reglas eran que no había reglas y que el ganador iba a ser aquel que lograra mantenerse más tiempo en el aire. Dichas esas palabras, Jerónimo mostró el juguetico que levantaría vuelo y todos quedamos atónitos. Era un dron militar. Nada que ver con el dron de Casiraghi, que terminó por lucir como una máquina de hacer café al lado de una centrífuga nuclear. Algunos se medio molestaron, pero el premio era tan apetecible que nadie quería quedarse por fuera. Como no iba a competir, Jerónimo me dio una toallita y pidió que le ayudara a secarse el sudor cuando la competencia apretara.

—Somos como Batman y Robin —dijo con un tono bastante sentimental.

Casiraghi, Coelho y compañía escucharon el comentario y se lanzaron a murmurar entre risas incontenibles.

—Déjalos, Alvarito, que ellos no saben del sentido de la amistad —expresó Jerónimo. Y yo con ganas de decirle: «¡No me ayude compadre, se lo suplico, no me ayude!», pero me limité a sonreír sin mostrarle los dientes en señal de protesta.

Un juez certificado en eventos de este estilo mandó a los competidores a alinearse con la vista en frente del *loft*. Sus drones estaban delante de ellos y después de unos segundos, pidieron levantar la vista con dirección al *pent-house*.

Lo único que faltó fue que Jerónimo le gritara al Gatsby «¡Los que van a morir te saludan!» y arrancara a conquistar no entiendo qué. Sin embargo, no hubo necesidad de discurso porque el Gatsby entendió el gestó y agitó la mano con gracia, aquello se tomó como la señal de partida.

Creo que más tiempo duraron los drones en encender y elevarse que Jerónimo en destrozarlos. Uno a uno, fueron cayendo y los tristes dueños iban detrás de los restos entre lágrimas y maldiciones. El que más resistió fue Casiraghi, aunque siento que no fue casualidad, sino una manera de Jerónimo de alargar su venganza. Sin embargo, luego de una pequeña cacería el dron de Casiraghi se precipitaba a tierra y con ello quedaba sellada la victoria de Tercero. Jerónimo se hizo poner una medalla y alzó una copa que era casi de su tamaño. El Gatsby aplaudía desde lo alto y el resto de los competidores parecieron entender, al fin, que fueron usados como piezas en el tablero existencial de su vecino del tercer piso.

No obstante, Jerónimo no pudo disfrutar mucho tiempo de su victoria. La atención se la robaría un curioso personaje que llegó caminando junto con un séquito de unas diez personas, entre guardaespaldas, asistentes y alguien que cargaba una bandeja con un vaso de algo que parecía jugo de naranja. El hombre llegó con su vestuario combinado y un suéter amarrado al cuello. No tuvo necesidad de presentarse porque la gente comenzó a murmurar: es Lorenzo, es Lorenzo. De todos modos, supongo que para no ceder un milímetro en el efecto que causaba, una de las asistentes se adelantó al grupo y dijo algo así como:

—¡Señoras y señores, recibamos con un fuerte aplauso a Lorenzo Barboza!

Bueno, no fue así exactamente, pero más o menos. La mujer se acercó y pidió hablar con el organizador de la competencia. Jerónimo salió al paso y luego de conversar algunos segundos, se dirigieron donde el señor Barboza y su séquito y el hombre con la bandejita y el jugo se habían detenido. Mucha de la gente que llegó a la competencia se había marchado y solo quedaban los residentes del San Marino y la música estridente que explotaba desde dos cornetas gigantes en la tarima. Jerónimo se veía serio desde la distancia; Lorenzo, por el contrario, movía las manos sin despeinarse, señalaba el cielo y simulaba trazar el vuelo de un avión con la palma de su mano. Jerónimo avanzó un paso como para abrazarlo (ya me conocía su movimiento), pero los guardaespaldas le cerraron la posibilidad. Lorenzo tomó el jugo y bebió un sorbo, mientras la asistente parecía explicarle algo a Jerónimo. Este asintió afirmativamente esas palabras y solo se dio media vuelta y regresó a la tarima. Lorenzo estuvo un rato más en la distancia, hasta que se acabó su jugo y regresó sobre sus pasos atravesando las áreas verdes del *loft*.

Todos rodearon al reciente ganador y le hacían preguntas. Jerónimo gustaba de esta atención y se hizo esperar antes de decir algo. Entonces reveló que Lorenzo lo invitaba a su casa para una fiesta y que podía ir acompañado si así lo deseaba.

Mejor que no, porque Montes de Oca y Del Trigo se excitaron demasiado con la noticia y empezaron la aduladera desvergonzada diciendo que era previsible que Jerónimo cautivara la atención de Lorenzo, pues había demostrado ser un piloto excelente y con nervios de acero al emprender las estrategias aéreas. Coelho ya iba por el mismo camino, pero se detuvo al escuchar que Jerónimo le ponía una mano en el hombro a Del Trigo mientras le decía:

—Jalá, pero no te guindéis.

Sin embargo, Del Trigo no se molestó, sino que sonrió de manera placentera, casi con la misma intensidad con que lo hacía el vigilante Teófilo cuando Jerónimo lo escogía para burla. Casiraghi se mantenía expectante, pero sin participar en la conversación, prefería cruzar los brazos y tratar de contener la visible emoción que también lo embargaba por la notable visita. Gracias a Coelho supe que el Lorenzo era el banquero más famoso del país, dueño de una fortuna incalculable y que, según se oía decir, le precedía una estela admirable de ancestros que se levantaron de la nada y que ahora se ranqueaban con los más poderosos del mundo.

Las esposas del San Marino no se tomaron muy bien que la invitación fuese hecha únicamente para los hombres, les pareció en extremo sectario y tanto Cleopatra como Mafer se opusieron enérgicamente a quedarse en casa. Le dije a Cleo que la reunión era de negocios, o al menos esa fue la razón que le dieron a Jerónimo por teléfono, pero ella se ponía a soñar solita e inventaba historias donde Lorenzo Barboza la escuchaba articular algunas frases y de inmediato la investía como vicepresidenta de su emporio financiero. Cuando le decía que entonces no íbamos a irnos a Canadá si eso sucedía, se lo pensaba un poco mejor y fantaseaba entonces con que era nombrada Gerente Corporativo de algo para el hemisferio occidental. Cuando no tuvo más que decir y tampoco logró que intercediera ante Jerónimo, me obligó llevar a su cámara de vigilancia humana, el Pedro Pedrito. Pensé que el tipo iba a ser una carga y que tendría que estar con él para que no se sintiera descolocado. Para mi sorpresa, quien terminó excluido fui yo. El Pedro Pedrito, al parecer, se había convertido en el mejor amigo de Coelho, Montes de Oca y Del Trigo. La noche de la fiesta hablaban de viajes y se hacían bromas mutuas sobre cómo se veían en esmoquin. El Búfalo también fue invitado y recibió su dosis de veneración respectiva antes de que Casiraghi lo monopolizara por completo. Así que quedé solo porque el Jerónimo estaba sumamente nervioso y no hablaba.

Nos fue a recoger al *loft* una limosina enviada por Lorenzo. Jerónimo saltó y dijo «yo voy adelante», pero el chofer aclaró que se estilaba que los invitados fuesen en la parte central. Ya en el carro nos pusimos a curiosear el interior, mientras el Búfalo describía a nuestro anfitrión como el nuevo mesías. Se mostró extrañado de que nos hubieran invitado, pues se decía que el Lorenzo era bastante ermitaño y pocas veces se le veía en el país. La única posibilidad de seguir sus pasos era a través

de las publicaciones que de él hacían las revistas de farándula cuando reseñaban su asistencia a alguna gala de la monarquía española o británica, a cenas de beneficencia en Washington o al foro económico mundial de Davos.

Recorrimos áreas que jamás pensé que existiesen allende las fronteras del San Marino. Cruzamos mansiones gigantescas que variaban en estilo y forma según íbamos acercándonos a nuestro destino. Jerónimo se mostraba sorprendido de que semejantes edificaciones estuvieran tan escondidas, pero el Búfalo sabiamente le aclaró que de eso se trataba y que así como rezaba el consejo bíblico «estar en el mundo sin ser del mundo», estos seres que han entendido la clave de la riqueza consideran un mal necesario «estar en Venezuela sin ser de Venezuela». Después, como la cosa creó un halo de metatrascendencia, también habló del tema de la inseguridad, de los secuestros y de la necesaria reclusión que almas y mentes tan nobles deben tener para poder producir ideas. Veía a Jerónimo y volví a percibir esa mirada de la sauna, cuando reveló detalles de su infancia y esa declaración infantil de «Vergación, yo quisiera vivir así». Creo que en ese momento comencé a verlo menos como un amigo y más como otro habitante de los que abundaban en el San Marino. Eso me entristeció un poco y me desconecté un rato en la limosina, recostado en los cómodos asientos con la vista puesta afuera, atestiguando el aumento de altura y anchura de los castillos urbanos a medida que nos distanciábamos de la ciudad.

Al llegar, Casiraghi y Jerónimo coincidieron en la puerta de la limosina. El afán por querer ser el primero en salir nos mantuvo retenidos unos incómodos dos minutos, mientras ellos resolvían a punta de argumentos vacíos el porqué merecían guiar la comitiva. Finalmente, se impuso la contextura de Jerónimo y que el Búfalo hiciera un gesto de «déjalo, ya nosotros tendremos nuestra oportunidad». Nos recibió la asistente de Lorenzo Barboza y nos guió a través de una alfombra roja que llevaba al *lobby* gigantesco de una hermosa casa. La luz era imponente y bajaba desde una lámpara extensa que abarcaba medio salón. Era como estar metido dentro de una tienda Swarovski y que de pronto nos atravesaran cientos de reflectores desde el exterior. Los ojos de los profanos del San Marino centellaron al contacto del brillo y el lujo. Pero no iba a ser la entrada la que dejara como establos los apartamentos donde vivíamos. Estancia tras estancia, era posible apreciar que aquello no estaba diseñado por un arquitecto cualquiera. El Pedro Pedrito captó la atención de la asistente de Lorenzo cuando se desgañitó nombrando cada pieza, cada mueble, la textura de las alfombras, la «exquisitez» con que era combinado el Baccarat de las lámparas con el «inconfundible estilo de Philippe Starck». La asistente pareció sorprendida de la erudición y este se sintió que volaba, que se desprendía del perraje que lo acompañaba y era reconocido como un sujeto distinto. Claro, hasta que la propia asistente lo bajó de esa nube con el tono y la sonrisa más terrible de todas:

—Ah, sí... es de Philippe. ¿Lo conoce usted? —Pedro Pedrito se ruborizó de inmediato.

—Bueno, solo por las revistas de diseño.

—Sí, fue lo que pensé —agregó la asistente y dejó de sonreír.

En otro momento me hubiese burlado, es posible que hasta le habría dicho alguna pesadez, pero algo no me permitió hacerlo en ese instante. De algún modo, fue la primera ocasión en que me puse de parte del Foucault y de su cara avergonzada. El resto de la comitiva siquiera notó lo que había ocurrido, seguían el paso de la asistente hasta que llegamos a un lugar descubierto que ella denominó como el jardín. Era gigantesco y terminaba en un pequeño lago artificial que, según nuestra guía, fue mandado a construir por Lorenzo para pescar. Nos sentaron en una mesa cerca de una pequeña tarima, en la que una orquesta de cuerdas interpretaba piezas famosas de música académica.

—El único que falta es Joe Black —les dije a todos para bajar la tensión, pero la asistente volteó a verme con una sonrisa de conmiseración que me espantó.

—Tomen asiento y disfruten la velada.

Quería preguntarle sobre la conveniencia de seguir usando la palabra velada en una época adicta a las bombillas eléctricas, pero desistí para no ser expulsado del reino de Lorenzo. Igual se lo comenté a Jerónimo, pero este seguía tenso. Solo se relajó cuando le dije que estaba sudando como un cochino y fue allí cuando medio despertó de su estrés y luego de agradecerme el llamado de atención, sacó un pañuelo y se lo pasó por toda la cara y cuello. No éramos los únicos invitados, pero sí los que llegamos primero. Banqueros, constructores, dueños de canales de televisión comenzaron a aparecer y a ocupar las mesas contiguas. Lo extraño, y que por nada del mundo iba a mencionarle a Cleo, es que esos tipos sí llegaron con sus esposas o «amigas especiales» sin el menor problema. Casiraghi también notó el hecho y le achacó a Jerónimo no haber prestado suficiente atención a las condiciones de la invitación. Pero Tercero contestó que no estaba en casa ese día, así que dejó sin responder la acusación, por lo que a Casiraghi no le quedó más que ponerse a cuchichear con el Búfalo. Hablaban bajito, como tramando algo, pero nada podía escucharles, aunque a veces, cuando la música de los violines se atenuaba, quedaban en el aire algunas frases sueltas que era imposible recomponer en un diálogo coherente.

El hombre se hizo esperar. Luego de unas dos largas y aburridísimas horas le dio por salir. La asistenta lo anunció desde un parlante ubicado donde tocaba el cuarteto de cuerdas. Los invitados a la fiesta se levantaron para aplaudir cuando Lorenzo avanzó desde su casa hasta el jardín. Vestía un esmoquin blanco con un corbatín negro. En cierto sentido, me recordó a la primera ocasión en que conocí al malandro de Jacques Leroux. Sin embargo, nuestro actual anfitrión desprendía

un encanto natural, la habitual postura de aquellos para quienes estas fiestas, las loas, los aplausos y las adoraciones, son parte del decorado cotidiano, un día más en la vida. No me gustó ver la cara de Jerónimo al contemplar a Lorenzo. Mostraba una necesidad profunda, no sé si de amor, o de aceptación, o de respeto, o puede que todas ellas. Incluso la posición de Casiraghi fue mucho más digna, a pesar de que al hombre se le notaban las ganas de zumbarse a los pies de Lorenzo para jurarle lealtad absoluta.

El anfitrión subió hasta la tarima y saludó a los músicos. Luego agradeció a los invitados por tomarse el tiempo para compartir «en familia»; también agradeció a su asistenta por la organización del evento y esta abrazó aún más la libreta de anotaciones y se entregó a su jefe a través de una sonrisa que estaba muy cercana al culto religioso. El Lorenzo tuvo tiempo para reflexionar un poco sobre el significado de la amistad y su misión de devolverle al país su estatus de crisol de razas y nacionalidades. Incluso llegó a decir que nos veía como un gran puerto donde llegan y salen los espíritus emprendedores para quienes la patria es la medida de sus ambiciones. El jardín reverdeció de aplausos y creo que Jerónimo sintió que había encontrado al fin el profeta verdadero.

La fiesta comenzó y el cuarteto de cuerdas se aplicó al extremo para no dejar el ambiente desprovisto de una buena representación de música europea. El champán comenzó a fluir, así como las muestras de comida *gourmet* que eran cocinadas en el momento y a petición. La ostentación no era abrumadora, no al estilo de Jerónimo o Casiraghi; sin embargo, podía notarse que cada cosa en sí misma era una pieza que sobresalía sin proponérselo. Desde la platería hasta las servilletas, o la manera en que nos atendían los mesoneros, o la energía que desprendían los invitados. De alguna manera la estridencia faltaba, porque a diferencia de mis vecinos del San Marino, esta gente no tenía que aparentar o demostrar nada. Lo eran ya, sin necesidad de decir una palabra. También el Lorenzo se encargó de establecer las jerarquías y a medida que transitaba por las mesas, el Búfalo detalló que atendía en primer momento a los de su clase, los banqueros y que luego iba con embajadores y cónsules. Seguían los artistas plásticos, escritores y músicos, de los cuales seguramente era mecenas, y de allí saltó a los políticos locales.

Estoy seguro de que todos en la mesa resintieron que el Lorenzo Barboza esperara hasta último momento para atendernos. Cuando los penúltimos invitados se marcharon, hasta el Búfalo consideró que lo mejor era mantener el decoro e irnos también, pero la asistenta nos atajó cuando nos levantábamos y pidió disculpas porque el señor Lorenzo atendía una videoconferencia muy importante con su sucursal en Hong Kong. Eso fue música para el Búfalo y el resto, quienes sonrieron encantados y volvieron a sentarse. La asistenta levantó una mano y unos pocos segundos después ya teníamos de nuevo champaña y más comida.

Paolo Casiraghi, por fin, lanzó la pregunta que debimos haber hecho desde un principio. ¿Por qué nos invitaron a la fiesta? Jerónimo respondió que el invitado era él y que ellos no eran sino invitados del invitado. Hubo una medio pelea entre el ego de los asistentes, que fue resuelta de inmediato por el Búfalo con el sencillo razonamiento de que ya éramos ganadores por el hecho de estar sentados allí. Todos parecieron recibir esas palabras como una sesión de masaje espiritual. Montes de Oca fue el primero en lanzarse a las mieles del ensueño al proponerle a un inexistente Lorenzo que le permitiera ser su principal proveedor de materia prima para sus industrias. Fue el mejor juego de la noche, porque uno a uno, se divirtieron al recrear el paraíso terrenal al lado del magnate. Cuando fue mi turno, el Búfalo me increpó con esa actitud descortés que parece decir: «y con ustedes, la oveja negra de la familia». Preguntó qué esperaba de la reunión y como supe que mi primer pensamiento le desagradaría, solté el segundo:

—Es fácil acostumbrarse a la buena vida... —y levanté la copa para brindar por un mundo de oportunidades.

El Búfalo se tomó a bien la manera en que resolví el cuestionamiento. Brindamos, reímos y afortunadamente nadie preguntó más, pero si lo hubieran hecho habría dicho que lo primero en venirme a la cabeza al entrar a la casa de Lorenzo fue el epígrafe que abre la novela de *El padrino*[1], y que siempre me repetía Manuel cuando hablaba sobre la forma en que se construían las grandes y maravillosas fortunas en Venezuela. Era por lejos su frase favorita.

Lorenzo apareció una hora después. Pidió disculpas, y lo hizo de manera tan elegante, tan cortés, que hasta a mí se me olvidó cuánto nos había hecho esperar. Preguntó si habíamos sido bien atendidos y solicitó que sirvieran más licor. Estaba muy feliz y fresco, como si se acabara de despertar por la mañana. Preguntó nuestros nombres y a qué nos dedicábamos, volví a decir que era empresario. Foucault, como no podía quedarse en la retaguardia, dijo, el muy jalabolas, que él era dizque *influencer* en un campo que recién se abría espacio en Internet. Lorenzo puso sus manos bajo el mentón, apoyó sus codos en la mesa y seguía cada una de nuestras palabras con especial atención. Subía las cejas cuando describíamos nuestros trabajos y sonreía con mucho carisma. Pensaba que un hombre así, al menos con esa pinta, debió haber recibido mucho maltrato en la secundaria, sobre todo por su cuerpo desgarbado y andrógino. No sé por qué reflexionaba en eso al mirarlo, en vez de concentrarme en sus palabras. Su ropa, cada accesorio, su a leguas costoso reloj, no me permitían conectarme por completo. Mandó a llamar a los cinco chefs que habían trabajado

[1] El epígrafe en cuestión es: «Detrás de cada fortuna hay un crimen» de Honoré de Balzac, escritor francés (1799-1850). El autor de *El padrino* es Mario Puzo, escritor estadounidense (1920-1999).

esa noche y nos los presentó. Felicitó a cada uno en su idioma nativo, era un ser sobrenatural. Uno de los mesoneros le acercó una copa y le preguntó si quería champaña, él lo detuvo con la mano y llamó a la asistente. Esta se precipitó con una botella de agua mineral que sacó de un bolsillo, le puso un pitillo y se la dio; luego despachó al mesonero como si espantara una gallina. Lorenzo dio algunos sorbos y pidió continuar el recorrido de nuestras vidas. Jerónimo habló de su familia y sacó de su cartera unas fotos para que Lorenzo los conociera. Casiraghi subió los ojos con fastidio y cuchicheó con el Búfalo algo. Se rieron.

Lorenzo preguntó si alguien trabajaba para el Gobierno. El Búfalo se puso rojito y levantó la mano. Igual no habría tenido necesidad porque Coelho y Foucault lo señalaban con extrema diligencia. Lorenzo debe haber captado la aprehensión del Búfalo, que ya no parecía tan seguro y tan arrogante, y le hizo saber que no tenía nada de qué avergonzarse, aunque sí pedía que entendiera sus palabras como un manifiesto de principios y no como un ataque. Entonces, habló. Dijo que él estaba en guerra desde hace mucho tiempo. Una batalla enfurecida contra este capitalismo imperfecto que no permitía que las fuerzas productivas cogieran vuelo. Al parecer, la explicación venía de atrás, desde los españoles, que eran más dados al proteccionismo que al liberalismo de corte británico. También achacó los males a la influencia católica y detestó que Bolívar malinterpretara la doctrina liberal. Después guardó silencio y se sonrió. Comentó que un amigo suyo, un premio nobel de literatura, le había comentado que teníamos una idea errónea sobre nuestros héroes y eso nos había marcado. El Búfalo interrumpió a Lorenzo diciendo que siempre consideró sospechoso que Bolívar no le pusiera nombre a su caballo, a diferencia de otros hombres notables que dejaron a los Bucéfalos, a los Pegasos, a los Rocinantes, como testigos de la historia real e imaginaria. La asistenta negó con la cabeza y le advirtió que guardara silencio. Nuestro anfitrión apenas si se dio por aludido con la reflexión metafilosófica del amigo de Casiraghi. El Búfalo se enterró en la silla lleno de vergüenza. Sin embargo, Lorenzo no lo dejó morir.

—Tiene en algo razón. No somos sino anónimos devorados por la ambición de algunos —concluyó.

Foucault y Coelho estaban por aplaudir, mientras que pude percibir una ligera lágrima brotar de los ojos del Búfalo. Lorenzo tomó dos sorbos más de agua y consideró que lo próximo en acontecer era la revolución en la mentalidad laxa del venezolano, la transformación del espíritu dionisiaco provocada por la benevolencia del clima, ese que le llevaba a estirar la mano y recoger sin siquiera haber sembrado, alejado de las revelaciones que surgen al individuo cuando conoce las inclemencias de las cuatro estaciones y la voluntad que es necesaria e impostergable antes de que las nevadas y el frío se lleven la vida.

—Es el espíritu sacrifical el que debe prevalecer y empoderarse del alma humana. Y es allí cuando el sector bancario, más que ningún otro, tiene algo que decir. Difumina los límites entre mundo financiero y mundo físico. Las fronteras entre lo material y lo inmaterial. Sacrifiquemos lo real, por lo posible.

Era esa su revolución, la que nos haría pasar, según él, de testigos marginados a protagonistas de la historia.

—Comparto esa visión, señor Lorenzo, la comparto —dijo extasiado el Búfalo.

Lorenzo arregló un mechón de su cabello y preguntó si acaso nos sumábamos a las filas de su ejército para luchar en esa guerra contra el conformismo y la intervención estatal en los asuntos individuales. Foucault, Coelho, Montes de Oca y Del Trigo, ahora sí que aplaudieron sin pena y decían: «¡Estamos en guerra también!».

Me parecían una cuerda de aduladores de la peor estirpe. Por favor, ¿en guerra? De seguro ni se dieron unos coñazos en la escuela y ya andan como si supieran de qué trata la palabra. Supongo que cuando se enteraran de que estar en guerra significaba que no tendrían su cereal con leche por las mañanas o su nutella en la nevera esperando por sus antojos nocturnos, ya se les acabaría el entusiasmo de estar invocando semejante escenario. En cualquier caso, la euforia se mantuvo hasta que el mismo Lorenzo se encargó de exterminarla con una solicitud.

—Señores, necesito los terrenos del San Marino...

La asistenta nos acercó a cada uno una pequeña carpeta donde había fotos satelitales, croquis, documentos legales y algunos otros insumos que a juicio de Lorenzo nos harían tomar la mejor decisión. Jerónimo no podía creérselo y tampoco Casiraghi; a los demás parecía darles igual y revisaban los papeles con mucho entusiasmo, hasta el Búfalo y Foucault, que ningún pito tocaban en el asunto, se mostraban maravillados.

—¿Y bien? —preguntó Lorenzo—: ¿Es un trato? —dijo antes de volver a tomar agua mineral.

Coelho, Montes de Oca y Del Trigo tomaron la iniciativa y expresaron su deseo de colaborar cuanto pudiesen. Sin embargo, Casiraghi y Jerónimo mostraron reticencia y parecieron estar de acuerdo en que esa decisión no les competía solo a ellos y que deberían consultarla ampliamente con el resto de los vecinos.

El Búfalo abrió los ojos todo lo que pudo al escuchar a su mejor amigo. Hablaron un poco entre susurros, pero el tono fue en ascenso conforme el color de la cara de Casiraghi pasaba al rojo.

—Tenemos que pensarlo —volvió a repetir. Jerónimo lo acompañó con un gesto de cabeza.

Lorenzo perdió la candidez, pero no la postura. Se levantó de su asiento y se sacudió a su asistenta, quien trataba de apartarle la silla.

—Espero no haberme equivocado con ustedes —dijo mientras el Búfalo estaba a punto de sufrir un colapso.

—¿Saben lo que le ocurrió al último que se negó a colaborar? —preguntó.

—¿Lo mató? —indagó Foucault con un hilito de voz.

—¿Pero qué dices? —replicó Lorenzo—. Lo llevé a Dubái para que entendiera en qué podría convertirse si aceptaba unirse a mi labor...

—¿Y su labor es...? —me atreví a preguntar.

—Hacer el trabajo de Dios...

Dio media vuelta y se fue. No se despidió de nadie, al menos yo no vi que lo hiciera. Sin embargo, en el viaje de regreso Foucault y Coelho empezaron una conversación sobre una fiesta que nadie vivió. Sobre los atributos de su nuevo héroe y de cómo este los trató. Parecían adolescentes peleando por el amor inventado.

—¿Viste cómo me miraba cuando hablé? —decía Foucault.

—Me guiñó el ojo cuando me uní a su ejército —agregaba el Coelho llenito de pasión. Y continuaron así, sumando al Búfalo, Montes de Oca y Del Trigo a su noche soñada y cada quien aportaba detalles y hasta piropearon a la asistenta, aunque no tanto como lo hicieron con Lorenzo. Jerónimo y Casiraghi se mantuvieron en silencio, cada uno en extremos distantes de la limosina, con la vista puesta en la noche a través de las ventanas. No sé en qué pensaban, aunque podría lanzar algunas sospechas.

Al llegar al *loft*, me despedí de Jerónimo y subí de inmediato al apartamento. Cleo seguía despierta, sumergida por entero en los papeles del viaje.

—¿Y? —me preguntó.

—Y qué...

—La fiesta, Lorenzo Barboza...

—Bien, normal... habla varios idiomas —le dije.

—¿Y estaba con Margarita de Borbón?

—¿Quién?

—La infanta Margarita, en las revistas dicen que son amantes...

—No, no la vi... aunque el tipo tiene pinta de cualquier cosa menos de semental...

—Deja la envidia, Álvaro.

—Es la verdad.

—¿Y de qué hablaron? ¿Por qué los invitaron?

—El tipo quiere los terrenos del San Marino. Creo que a Jerónimo y a Paolo no les gustó la idea...

—Pues, si a mí me lo preguntan, se los daría gratis. Te aseguro que hará algo mejor con ellos que nosotros. Lo llaman el rey Midas de Latinoamérica...

—El rey Midas... vaya título...

Cleo siguió con el cuestionario y pasó a los detalles de la casa, pero como no supe contestarle apropiadamente sobre qué tipo de lámparas tiene o el estilo con el cual decoró su vestíbulo, llamó a su amor, el Pedro Pedrito, que según por lo que escuché, también estaba a punto de llamarla. Se lanzó a un lado de la cama moviendo los piececitos como la típica adolescente, mientras Foucault de seguro le llenaba la cabeza con mundos imaginarios a la altura de los deseos de ambos. Me eché un baño y de allí fui directo a la cama, sin vestirme. Cleo puso el celular contra el colchón y me dijo que no iba a dormir desnudo, que fuese a ponerme algo para no arruinar la seda egipcia de cuatrocientos hilos. Me levanté con la rabia a mil, pero accedí para que dejara de molestarme. Volví al colchón, y a la sábana, emperifollado con el pijama que ella más adoraba y que más calor y sarpullido me provocaban.

—Mejor, mucho mejor —dijo.

Dormí acompañado de la conversación de Cleo y Foucault. Así que sin poderlo evitar, me hicieron soñar con Lorenzo. Lo veía descender del cielo, ataviado con una nube que le tapaba el sexo, y acompañado con su asistente que parecía un ángel. Ella no tocaba un arpa, sino que hacía apuntes en una libreta con forma de arpa. Se acercaban a los terrenos del San Marino mientras la gente se aglomeraba para recibirlos. Algunos aplaudían y otros lloraban emocionados. Cuando tocó el suelo empezó a dar un discurso que no pude escuchar. Una luz llegó desde el cielo y cegó a todos. La asistente/ángel daba instrucciones y guiaba a las gentes hacía el resplandor y ellos como mansas ovejas caminaban llenos de fe. Comencé a gritar: «¡No sigan la luz!», pero en cuanto lo dije la cara de Charles apareció dibujada en el cielo azul. La mandíbula se abrió y de ella salieron miles de pájaros que decían: «Despierta, Álvaro. Despierta, por favor». Abrí los ojos. Cleo ya dormía. Había una vibración que me costó identificar. La rastreé por el cuarto, hasta que tropecé con el celular. Un mal presentimiento me llenó al ver el nombre de Jerónimo abrillantado por la pantalla. No sé por qué, pero pensé en Mamá: «Llamada de noche, llamada de muerto», decía. Apreté sin convencimiento el botón del teléfono y escuché su voz. Eran las cuatro de la mañana.

La tragedia griega

Las palabras de Jerónimo no estaban cargadas de malas noticias, sino de sus pesadillas. Me confesó que eran recurrentes y escondían un hecho real. En los sueños siempre volvía a la misma casa de ladrillos y techo de zinc, a los amigos de la cuadra, a los trabajos diarios. Un conejo aparecía en el relato, lo había recibido uno de los niños del barrio de manos de una mujer rica. Extrañas cosas suceden en los semáforos cuando se mezcla la infancia y el sol de mediodía. Jugaron con el conejito, se olvidaron de trabajar, jugaban con el animal, se olvidaron del deber. El muchacho lleva el conejo a su casa, lo presenta, lo reciben como uno más. Después comienza un nuevo día, más trabajo, menos propinas, algunos si quiera bajan los vidrios. Los niños vuelven a casa, van a buscar al animalito, quieren jugar, entenderlo mejor. Al entrar en la casa, un lugar de bloques grises sin frisar, con escasos muebles, el conejo no aparece. Hay ruidos al fondo, en el patio, junto al fregadero, donde se mezcla la cocina y los enseres de plástico y peltre. El amigo de Jerónimo, cuya identidad no menciona, llama al animal por el nombre que hace unas horas ha decidido ponerle. Pero el conejo no aparece. Su padrastro lo ve llegar y le dice: «A ti te toca la mejor parte». Jerónimo dice que usualmente despierta sin saber qué sigue, pero que luego la memoria lo traiciona y aunque ya está del lado de lo real, sabe qué pasó con el conejo. Y me cuenta los detalles y ya no sé si habla de la pesadilla o de la memoria. Pero me deja revuelto, guindado del insomnio. «Te toca la mejor parte...» es la frase que repica en mi mente cuando ya por fin Jerónimo se siente con ánimos de irse a descansar. Agradece que lo haya escuchado y se disculpa.

Si hubiese sabido que aquel día sería el más largo de mi vida, habría tomado un relajante para volver a dormir. Encendí la televisión y me quedé en la sala con la intención de recorrer los canales sin seguir un plan establecido. Nina despertó y se sorprendió de verme lanzado en el sofá. Me aconsejó tomar más té y menos café y quizá no andar tanto de fiesta en fiesta. Parecía, al hablarme, que estaba consternada con mi vigilia repentina. Le dije que no se incomodara e hiciera las cosas como si no estuviera allí. Preparó huevos revueltos y pan tostado y me llamó a comer. Cleo se unió al desayuno veinte minutos después, me acusó de haberla desvelado con tanto ruido. Dijo que ese día el consulado iba a darle información sobre la solicitud de visa y quién sabe si una prospectiva positiva en torno a la residencia permanente. Sentí que esa última palabra se quedó en el aire más tiempo del normal, revolviéndose en una onda que no moría. Bien, allí estaba entonces, en la recta final. A las puertas de afrontar un cambio de vida que no había decidido ni querido. El aire empezó a faltarme y por un momento juro que iba a desmayarme.

—¿Se encuentra bien, señor Álvaro? —preguntó Nina.

—Estoy bien, solo sírveme más café, por favor.

Cleo no levantaba la vista del plato, revisaba de vez en vez su teléfono celular. Por cortesía, por retórica, porque no me quedó otra opción, pregunté si necesitaba que la llevara al consulado. Ella levantó los ojos y dijo que no, que prefería ir sola. Ambos volvimos la vista a nuestros respectivos desayunos supervisados por Nina, quien de seguro para esa fecha ya sabía que nuestro matrimonio era el desecho que deja la costumbre al pasar demasiadas veces por los mismos cuerpos.

Salí en cuanto pude a ver a Elena. Fui hasta la universidad y la encontré en su clase de psicología social. La vi por la ventana de la puerta y ella rio al verme, también sus estudiantes. Esperé unos minutos afuera, dando vueltas una y otra vez en el mismo pasillo. Leía las carteleras estudiantiles y los poemas épicos que escribían en los baños. Ella salió y nos fuimos a comer en una cafetería cercana. Al sentarnos, me dijo que se alegraba de que hubiese tomado la iniciativa de ir a visitarla. No pude contener mi cara y ella supo, de inmediato, que no traía información que pudiera querer. En cuanto dejé salir que el viaje era una posibilidad cierta, cambió la expresión. Buscó en su cartera unos cigarros, pidió la cuenta, ordenó los platos en la mesa, cualquier cosa que la alejara del contacto visual. Le pedí que me mirara, tomé sus manos, sudaba, temblaba un poco también. Tomé su mentón y le pedí que no me dejara solo en esto, pero me quebraron los ojos más tristes que recuerde.

—Eres un egoísta —me dijo limpiándose con una servilleta. Trataba de conservar el ligero maquillaje que llevaba.

—Siempre eres tú, tú, tú y tú... y vienes aquí... y tengo que consolarte el alma.

—Por favor, no te pongas así... sabíamos que esto era una posibilidad —contesté con la sensación de haber lanzado un vaso de vino sobre un mantel blanco.

—Eres un maldito insensible —dijo mientras se levantaba de la mesa. Traté de retenerla, pero apartó la mano con violencia.

—No quiero que me busques más, no quiero verte nunca más en mi vida, Álvaro González. Vete para tu mierda de Canadá o para donde te dé la puta gana. Vete con tu mujer y con tus malditos complejos de hombre inseguro... eres un...

No pudo terminar la frase porque se le atragantó la fuerza vocal con las ganas de llorar. Se fue en dirección a la facultad y me dejó a merced del resto de los comensales, que ahora me observaban como si fuese el peor de los hombres sobre la tierra. Me sentía así. Di vueltas por los pasillos con el rostro de Elena cortándome las venas, provocando parálisis repentinas en mi pecho. Estaba lleno de una confusión que no lograba nombrar, así que llamé al único que podría sacarme de ese estado, pero para variar Manuel no contestó el teléfono. Y no lo hizo en ese momento, ni en las dos horas siguientes. Solo me encontraba con la contestadora automática y su voz advirtiendo a evangélicos, católicos y vendedores de paquetes turísticos abstenerse de dejar un solo mensaje en su buzón. Me recosté en una banca y me dejé llevar un rato por la idea de qué pasaría si decidía no irme del país. Pero al tomar fuerza

ese pensamiento, eran otros los ojos que se volvían pedazos del llanto. No podía, simplemente no podía pensar que Cleo sufriera por mi culpa, cómo iba a vivir con aquello, con ese complejo de culpa. Odio dejar muertos por el camino, pensé. Puede que haya sido exagerado el razonamiento, un síntoma de las cosas que me comían el hígado recostado en esa banca pública. Amo a Rosa Cleopatra, la amo, me decía, aunque cada vez sonaba con menos fuerza en mi cabeza y corazón, hasta que terminé con una pregunta: ¿la amo? Quería responder sinceramente sin el martirio del cura o la vigilancia del policía interno, mucho menos con la mirada pesada de la solterona maestra del catecismo y sus consejos sobre el matrimonio. Estaba seguro de que no contesté esa pregunta, porque la respuesta me aterraba, convertía mi mundo en un terreno quebradizo y desconocido. Me incitaba a caminar en las aguas infestadas de lo nuevo, quizá Cleo tenía razón y tenía un grave problema con la gestión del cambio, o puede que haya sido Elena quien tuviese razón y mi cuerpo no fuese otra cosa que la fortaleza invencible donde los complejos más vacuos de los hombres cobardes hallan su templo. Iba a morirme de tanto pensar, de escuchar el reloj marcar cada segundo en una marcha indetenible hacía lo inevitable.

El teléfono celular vibró en mi bolsillo y rogué por que Manuel apareciera para darme unas cuantas bofetadas entre filosóficas y realpolitik, que me dijera lo mismo que me decía una y otra vez: «Si Dios existiera, si fuese verdaderamente un Dios y quisiera a los seres humanos, les diría: '¡maldita sea, no se casen a los veinte!' ». Sin embargo, no era mi hermano sino Jerónimo quien saltaba desde el otro lado de la línea para pedirme, rogarme, que le hiciera un gran favor. «Es importante. Veníte esmollejao pal *loft* ». Acepté aquella intermediación como la oportunidad de sacudirme tanto conflicto mental. Fue la mejor decisión que pude haber tomado.

Jerónimo me recibió en el estacionamiento. Estaba distinto, más distraído, disperso es la palabra correcta. Decía que el Paolo Casiraghi le había pedido que lo acompañara a una tarea que solo hombres orgullosos pueden hacer. En el momento, me pareció una declaración retórica, de esas que se dicen para llenar el vacío. Le pedí que se despreocupara y esperásemos por lo que tuviera Paolo que decir. Sin embargo, Jerónimo saltó a contarme que su hijo León Magno le reveló que las cosas en casa de los Casiraghi no estaban muy bien y que las peleas eran cada vez más frecuentes.

—Vos sabéis que Leoncito y el hijo de Casiraghi, Stefano, son muy buenos amigos, se la pasan todo el tiempo juntos y comparten esas intimidades familiares. Le he dicho a Leoncito que no se meta en esos brollos, pero vos sabéis cómo son a esa edad. Y, bueno, ya que hablamos de los muchachos quería consultarte algo, Alvarito. ¿Vos creéis que sea normal...?

Casiraghi apareció en el estacionamiento con un pequeño bolso de medio lado, lucía más alegre de lo habitual. A decir verdad, no era alegría sino una energía un poco fuera de lugar que le hacía perder su habitual aplomo. Estaba más gritón de

la cuenta y me saludó con un carajazo en la espalda que quise devolverle con un codazo. Jerónimo abrió los ojos como si quisiera decirme algo, pero ya Casiraghi se unía a la conversación y nada quedaba fuera de su atención.

—Entonces, ¿nos vamos? —preguntó Casiraghi.

Miré a Jerónimo esperando que él tomara la delantera. Contestó afirmativamente. Antes de salir, Casiraghi bajó el vidrio y habló con Teófilo, le dijo con firmeza:

—Si el tipo sale del San Marino, me llamas.

Teófilo se paró firme y contestó con solemnidad militar que así lo haría. Jerónimo iba adelante y yo en el asiento de atrás. Los ojos de Casiraghi golpeaban los míos por el espejo retrovisor con demasiada frecuencia como para sentirme a gusto. Al fin supe por qué lo hacía.

—No esperaba que vinieras, Álvaro. Pero te lo agradezco. Verás, mi abuelo me dijo antes de morir que los lazos de amistad son los únicos... —guardó silencio y esperé a que continuara, pero como no lo hizo lo interrumpí.

—Los únicos qué, Paolo.

—¿Cómo?

—Los lazos, son los únicos qué... —dije.

Casiraghi se carcajeó un poco entre lo maniaco y lo verdaderamente maniaco.

—No lo sé... se murió antes de completar la frase. Pero bueno, allí me quedó ese pensamiento y yo lo completo como quiero. Hoy diría que los lazos de amistad son los únicos que valen la pena, los únicos reales, lo demás son mentiras, mierda, son putas... —Casiraghi hizo tambalear el vehículo y tuve que agarrarme al asiento delantero. Jerónimo me señaló tímidamente su celular. Como no entendí a la primera, abrió los ojos y volvió a señalarme su aparato. Escuché un mensaje que llegaba a mi teléfono.

Jerónimo Tercero
Paolo se volvió loco pa la verga!
Recibido 15:45: 46 15/08/2007

Alvarito
¿Q pasó?
Recibido 03:46:58 15/08/2007

Jerónimo Tercero
Q le encontró a Mafer un mensaje de un tipo...
Recibido 15:52:04 15/08/2007

Alvarito Que terrible
Recibido 03:53:44 15/08/2007

Jerónimo Tercero
Sí triste. M dijo q vamos por vendeta o una verga así. Será su hermana o una prima???? :O
Recibido 03:56:58 15/08/2007

Al leer el último mensaje supe que el sentimiento de malestar que me aquejaba desde la madrugada no tenía que ver con que recibiera las memorias infantiles de Jerónimo, o la noticia del viaje o las lágrimas de Elena. Era un evento profético que se refería a este momento. Solo rogaba por que Manuel atendiera el teléfono, pero seguía la contestadora respondiendo a cada intento. Traté de calmarme, de pensar que tal vez hoy estaba suspendido en el universo el refrán «si algo puede salir mal, saldrá mal». No hay nada por lo cual perder la cabeza, lo mejor era guardar la compostura y hacer desistir a Casiraghi de ese viaje inútil.

El trabajo de sacarlo del estado de furia contenida era inútil. El hombre si acaso nos miraba y limitaba la conversación a pequeñas líneas existenciales que casi siempre referían a su abuelo y a los recuerdos que guardaba de las vacaciones en el Mediterráneo. Aunque luego se aventuró a explicar la problemática interpersonal en Suramérica a partir del análisis del clima, y que si en algo concordaba con Lorenzo Barboza era que la mata de cambur había hecho un daño tremendo al espíritu del suramericano.

—Lo quieren todo fácil —dijo con el acento más italiano que nunca.

De cualquier modo, sabía que esa línea que lanzaba mientras apretaba con fuerza el volante parecía hacerla a fuera quien fuera estuviera con Mafer. Callé cuando consideré a Casiraghi un caso perdido, pero fue en ese instante que Jerónimo agarró aire y actuó. Le dijo que él mismo había pasado por una situación similar y que la resolvió con terapia de pareja y mucha comunicación. Aunque luego admitió, en honor a la amistad, que pagó a unos guajiros para que le metieran un buen susto al que intentó levantarse a Eurídice. Siguió en sus reflexiones al mejor estilo Costa Sur del Lago y recomendó que lo mejor era irse a un prostíbulo y pagar con la misma moneda.

—¿No opináis lo mismo, Alvarito?

Aquella pregunta era mi oportunidad para explicarle a estos idiotas de qué iba mi filosofía de pareja y tal vez así dejaran de considerarme un cornudo, o en su jerga «un mente abierta». Expliqué que no tenía el menor sentido vivir con la paranoia de la infidelidad. La fórmula era simple y partía de la premisa de que la carne es débil. Les expliqué la ley de Murphy y también les dije que lo mejor era que, si llegaba a ocurrir, cualquiera de las dos partes que pecase lo hiciera de una manera tan perfecta y elegante que diese la impresión de que nunca hubiese ocurrido. A eso se resumía mi máxima. Jerónimo volteó a verme:

—Vos sois raro, Alvarito. —Se echó a reír.

Ambos eran una pérdida de tiempo. De todos modos, no estaba dispuesto a rendirme y dije que era posible que estuviésemos persiguiendo un espejismo.

—Una vez tuve un espejismo mientras me cogía a una colombiana en Maicao. Vi el futuro, el billete de lotería... —interrumpió Jerónimo.

—Visión, Jerónimo, ¿no será que tuviste una visión? —le contesté.

—No, estoy seguro de que era un espejismo.

—Estoy hablando en serio, Jerónimo. Mira, Paolo, a lo mejor no es nada... un mensaje equivocado...

Paolo detuvo el carro en plena autopista, no sé cómo no nos matamos. Ni siquiera se orilló. Sentí los cornetazos y maldiciones de la gente pasarnos por encima.

—Es el maldito Gatsby el que se está cogiendo a la muy puta, *zoccola*, *cagna*, *battona*... Tiene el nombre en su celular. —Paolo respiraba con dificultad y la cara se le llenó de venas imposibles para un humano.

Me lancé en el asiento de atrás, sin saber qué más decir. El carro volvió a tomar velocidad y aproveché para maldecir que Manuel seguía con el teléfono apagado.

Pienso que nadie supo qué otra cosa agregar. Jerónimo se hundió en el asiento delantero y enviaba mensajes de texto. Intentaba hacer lo propio, pero con Cleo abstraída en su proyecto de emigración y Elena odiándome de por vida, lo único que podía hacer era premeditar algunas acciones por si lo peor llegaba a ocurrir. Casiraghi manejó fuera de sus dominios, demasiado lejos, en las zonas periféricas de la ciudad, en los terrenos que nadie apetecía y que estaban poblados por bases militares y carreteras nacionales que unían la capital con la zona central del país. Fuimos a dar a un pequeño pueblito turístico cuya actividad comercial estaba mermada por ser día de semana. De cualquier manera, a medida que avanzábamos por la carretera unos niños se acercaban para ofrecernos dulces en conserva y fresas con crema. Casiraghi bajó el vidrio y preguntó por una dirección, el niño le dijo que lo ayudaría solo si le compraba algunas galletas. Casiraghi respiró y guardó silencio. Abrí la ventana trasera y llamé al muchacho, le compré dos paquetes; Jerónimo pidió otro para él porque decía que al paso que íbamos esa sería nuestra cena. Compré otro. El niño entonces dio la dirección que Casiraghi solicitaba, la de un motel local. Volvimos al silencio. Sin embargo, Jerónimo nunca conoció el proverbio que reza «si tus palabras no son mejores que el silencio, entonces cállate la bocota».

—*Pasionaria*, ¿a quién se le ocurre? Qué falta de clase. Si yo fuera dueño de un motel, le pondría un nombre con gancho, así como Gold Member o Garganta Profunda. —Jerónimo al fin clausuró su intervención con algunas disertaciones sobre psicología del color y la importancia de un logo llamativo para influir en la clientela. Tuvo suerte de que Casiraghi estaba demasiado ensimismado como para lanzarle un puñetazo. Igual, no se quedó tranquilo y se revolvía en su asiento hablando ahora para sí. Al percatarse de que no me interesaba su monólogo, volteó a verme—: ¿Y a ti, Alvarito, no se te ocurre algo? —preguntó.

Hice ademanes de que guardara silencio y señalaba a Casiraghi para ver si le bajaba intensidad a su verborragia. Paolo nos pidió callarnos porque nos aproximábamos al motel. El sitio tenía un gran anuncio donde resaltaba un corazón

y la palabra «pasionaria» en rojo intenso. Además, notificaba que poseía televisión por cable, agua caliente, y lo mejor de todo, discreción garantizada. Pasamos de largo y estacionamos a unos trescientos metros. Ya eran más de las cinco de la tarde. Bajamos del carro y comenzamos a caminar por la vía, rodeando el motel. Casiraghi improvisó un camino que nos llevó hasta una pared lateral desde donde era posible, con algún esfuerzo, ver por completo las habitaciones. Eran cabañas separadas y cada una contaba con su propio estacionamiento. Jerónimo también observaba y decía que los moteles, habían evolucionado. Pensaba que era un buen negocio y que haría algunas cuentas para saber si era posible invertir en alguno. Paolo si acaso intervenía. Solo miraba y respiraba entrecortado, con demasiada fuerza o demasiada dificultad, le sonaba la nariz y los pulmones se le hinchaban. Su cuello se enrojecía intensificando el blanco de su camisa. Dijo:

—Van a verse a las 6:30. Ella va a llegar primero, luego él. Cuando estén dentro de la cabaña, ustedes se van...

—¿Y qué coño piensas hacer? —le pregunté, con el corazón acelerado.

—Matar al maldito Gatsby. —Se sacó del pantalón una pistola que me trancó la garganta—. Y después, la voy a... matar... esa perra, desconsiderada...

Fue demasiado para Casiraghi, se puso a llorar como un niño, o bueno, como llora un hombre que sufre. Jerónimo miraba la pistola y por primera vez lo vi enseriarse, entender la dimensión del problema en que estábamos metidos. Le puso una mano en la espalda mientras le daba consejos sobre la vida. Eran las cosas más sensatas y sabias que le escuché a Jerónimo desde que lo conocía. Un compendio de razonamientos entre lógicos y espirituales que me alejaron de Casiraghi y me pusieron a pensar en mis propias intimidades. Puede que haya subestimado a Jerónimo, o desmeritado lo importante de su naturaleza. Casiraghi siguió llorando desconsolado y en un momento abrazó a Jerónimo sin soltar la pistola. Puede que si no se hubiese aparecido el carro de Mafer lo habríamos convencido de volver y tomar otro camino. La vida tenía otro plan para nosotros. Paolo volvió a entrar en cólera cuando el carro plateado de su esposa entró en el garaje de una de las cabañas. Apretó de nuevo el arma y allí las palabras de Jerónimo perdieron eficacia. Le pedí que pensara en Stefano, en el dolor que iba a causarle, pero estaba enfocado en su revancha, en continuar por la senda más oscura. El celular de Paolo sonó en su pantalón. Contestó la llamada tratando de mantener la entereza; no habló en ningún momento, solo escuchó. Al cortar, nos informó que el Gatsby había salido de la residencia. Supe que nos dirigíamos sin remedio al error más grave de nuestras vidas.

—No voy a ser parte de un crimen —le dije. Paolo dirigió su furia hacia mí, incluso vi el cañón de la pistola cruzar mi línea visual.

—¡¿Crimen?! ¡Solo defiendo lo que me pertenece! —escupió Casiraghi.

No iba a entrar en diatribas con su ceguera de odio o de amor, que ciertamente se parecen bastante. Solo le di la espalda y empecé a caminar por la carretera, Jerónimo vino detrás de mí y me dijo que no podíamos dejarlo solo, que sería peor. Que tenía un plan pero que necesitaba de mi ayuda. Pensé que abandonaba la villa de la locura para internarme en el club psicótico regentado por Jerónimo.

—Lo mejor que podemos hacer es llamar a la policía y que sean ellos los que detengan esta estupidez —le dije.

—Mijo, en qué país creéis que estáis. Eso es en las películas, Alvarito. Llamá a la policía, andá, marcá el número. Jerónimo me alcanzó su propio teléfono. Lo tomé y presioné el número de emergencia. Al principio tenía una ligera esperanza, la impresión de que atendieran al primer repique, luego al segundo y así hasta que la propia llamada se cortó. La cara de Jerónimo no permitía mayor interpretación.

—¿Y? ¿Ya viene Superman en camino? —dijo sin sonreír.

En cualquier caso, lo que iba a decirle era mucho más importante que su pequeña victoria:

—¿Dónde está Paolo?

Ambos salimos espantados hasta donde lo habíamos dejado. Nos asomamos hacia el motel y pudimos verlo con paso firme hacia la cabaña en la que estaba Mafer. Mientras corríamos tras él, saqué el teléfono y traté de llamar a Manuel. La contestadora de nuevo..., y la tragedia a cien metros. El momento era absolutamente irreal, como si alguien estuviera contándolo y yo lo estuviera viviendo a través de esa voz, o como si fuese parte de un recuerdo lejano que ya uno no sabe si realmente tuvo lugar. Jerónimo fue el primero que llegó hasta donde estaba Paolo y se le abalanzó antes de que tocara la puerta de la cabaña. El «tacle» los lanzó hacia un pequeño jardín lleno de flores plásticas. A pesar de que se revolcaban en la tierra y forcejeaban en busca del arma, no emitían ruidos y hablaban entre dientes, no sé si para no alertar a Mafer o para seguir una de las reglas del motel escritas en el cartel de entrada: «Evite los gritos y otros ruidos molestos para el bien de los demás clientes». Jerónimo logró ponerse sobre Paolo y reducirlo completamente.

—Molleja de coñazo, Paolo, me partiste la jeta... malayo.

Unas gotitas de sangre empezaron a caer sobre la cara de Casiraghi, eran pequeñas pero constantes y se mezclaban hasta casi desparecer en su piel enrojecida. En la cabaña de al lado una pareja se asomó y desde la ventana les dijo que pagaran una habitación y dejaran los espectáculos en la calle. Jerónimo, todavía montado sobre Casiraghi, miró a los curiosos y cuando era seguro que iba a dedicarles parte de su repertorio verbal, lo detuvo el que la puerta del garaje donde estaba Mafer comenzó a abrirse. Jerónimo levantó a Casiraghi del suelo con una fuerza sorprendente, lo arrastró hacia un lado y allí aguardaron sorprendidos. El carro de Mafer salió y abandonó el motel. Paolo se zafó del agarre tenaz de Jerónimo y se introdujo en la

cabaña antes de que la puerta del estacionamiento cerrara. Ya no podíamos hacer nada, ahora la acción iba a desarrollarse ajena a nuestros ojos y apenas tendríamos solo la imaginación para dibujar lo peor.

Jerónimo se acercó y con la vista en la cabaña soltó que sería una buena idea llamar a un abogado. Ambos nos quedamos en silencio y aunque no comentamos el asunto, creo que esperábamos el ruido del fatal disparo, puede que algunas cosas rompiéndose, los gritos de una pelea entre hombres que comparten más de lo que quisieran. Nada salía de aquel lugar. Tomé la decisión de entrar mientras Jerónimo me decía que lo dejara llamar primero a su abogado para saber qué hacer. Como no le hice caso, me pidió que al menos usara un pañuelo para abrir la puerta y que tuviese cuidado con tocar el cuerpo del delito o el arma del crimen. Pasé a una pequeña salita cuya vista daba directo al cuarto. Paolo estaba sentado allí. La pistola a su lado. Pensé de todo, desde que sería testigo de un suicidio, hasta que me dispararía solo para darle escape a su ira contenida. Jerónimo entró detrás y empezó a recorrer el cuarto, sin creérselo. En un momento lo vi un tanto decepcionado y se sentó a un lado de Casiraghi. No habló. Nadie habló. Un empleado del motel llegó hasta la puerta y preguntó si nosotros habíamos pagado por la cabaña. Después como que se atrevió a mirar con más detalle y pidió que pasáramos por caja primero. Casiraghi se levantó de la cama, tomó la pistola y salió de la cabaña. El empleado quedó congelado. Jerónimo le pidió no preocuparse por nada. Luego preguntó si tenían alguna clase de circuito cerrado de televisión. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes.

—Haceme un favor y borrá las últimas dos horas...

¿Sí?

El empleado seguía confundido, pero estiró la mano y aceptó los billetes. Salimos hasta la puerta de la cabaña y vimos a Casiraghi irse del lugar. Jerónimo volvió a meter la mano en el bolsillo y miró al empleado.

—Haceme otro favor. Pedime un taxi.

El hombre fue diligente y consiguió un taxi de inmediato, el problema es que el tipo tardó en llegar. Nos sentamos en la oficina de administración. Jerónimo comenzó a indagar sobre los detalles del negocio. Parecía muy interesado en la rentabilidad y en las dificultades propias que derivan de atender un sitio así. El empleado estaba gustoso de compartir toda su sabiduría y le confesó que era un negocio redondo, sin perdidas. Que si tenía algo que objetar era que se gastaba demasiado al lavar las sábanas y que, además, el acto amatorio ponía a la gente muy hambrienta, por lo que ejercían mucha presión sobre las dos cocineras que regentaban la cocina.

—Por lo demás, no hay nada mejor —concluyó.

Mi celular repicó, casi de inmediato también lo hizo el de Jerónimo. Cleo me dijo aterrada que Mafer Casiraghi la había llamado porque Paolo la había alcanzado en la autopista y estaba muy violento.

—Va hacia el San Marino —dijo con sobresalto.

Le comenté que esperábamos un taxi y que haría lo posible por llegar. Le pedí que llamara a la policía, ella me dijo que ya lo había hecho, pero que nadie le contestó la llamada. Cuando terminé de hablar con Cleo, Jerónimo me comentó que León Magno estaba preocupado porque Stefano estaba en una crisis nerviosa. Al parecer había hablado con Paolo y este no paraba de decirle que lo perdonara por lo que estaba a punto de hacer. El tipo del motel escuchó la conversación y nos dio otra opción para salir de allí.

Jerónimo manejó la moto. Tuvo que dejar su reloj y una cadena de oro como garantía. El empleado quedó conforme y hasta nos despidió como se despide a los héroes. Me aferré a Jerónimo con fuerza en la parte trasera de la moto. No era muy fanático de la decisión que habíamos tomado, pues el riesgo era demasiado. Jerónimo trataba de hablarme, contaba anécdotas de los golpes que se dio mientras aprendía, o que participó de joven en algunas carreras ilegales. Quería que se enfocara en la ruta y le hablaba con fuerza al oído, aunque me desestimaba y contestaba que no lo agarrara tan fuerte porque le iba a hacer perder el equilibrio.

Así avanzamos hasta la ciudad y de allí con dirección al San Marino. Sentía que el teléfono me repicaba, pero era imposible que pudiera sacarlo del pantalón. Hacerlo hubiese significado que tal vez rodaríamos por el pavimento, con eso toda esperanza de detener a Paolo. A mitad de camino el tráfico de vehículos se intensificó y le pedí a Jerónimo que bajara la velocidad. Él apenas si me escuchaba y pasaba con temeridad por entre los vehículos sin dejar de tocar la corneta:

—¡Abran paso, abran paso! —decía. Cerca de un semáforo una alcabala policial comenzó a hacernos señas para que nos detuviéramos. Jerónimo bajó la velocidad y me preguntó:

—¿Qué hacemos?

—Párate, no hay otra opción.

—Agarrate, Alvarito, que tengo una idea.

Jerónimo pasó muy cerca de una moto policial y le dio una patada. Esta cayó en el asfalto con un ruido terrible, de al menos dos años en la cárcel. La cara de los policías era una mezcla entre odio policial e ingenuidad. Los tipos levantaron la moto y la alcabala y apretaron el acelerador para seguirnos. Pensé que como iba a fungir de chaleco antibalas antes de llegar al San Marino, lo mejor era llamar a Elena y despedirme. Jerónimo, en cambio, estaba poseído por una energía increíble y gritaba tonterías a medida que aceleraba el motor. Los policías pronto nos dieron alcance, por lo que Jerónimo optó por maniobras cada vez más arriesgadas entre los vehículos aglomerados por el tráfico de esa hora. Me sentía un drácula caraqueño, desesperado por llegar a su castillo antes de que el sol apareciera para achicharrarlo. Quise saber si Elena, al conocer la historia, iba a pensar lo mismo. Así que hice el esfuerzo de sacar el

teléfono, cosa que resultó más sencilla de lo que supuse. La llamé. No contestó. Pensé que me iba a morir de la tristeza, también me sentí un poco egoísta porque mi corazón le quitaba protagonismo al drama de la pareja Casiraghi, a la angustia de su hijo. El teléfono repicó. Era Elena quien llamaba. Fue tosca y fría al principio.

—¿Qué coño quieres? —Su voz era áspera y nada amena, pero la recibí con la misma alegría del náufrago que escucha la sirena de un barco.

—Elena, es posible que muera hoy. Pero ya no estoy triste, porque al menos pude conocerte. —Ella se quedó en silencio y cortó la llamada. No me importó. Lo que había dicho era suficiente. Tanto que ya no necesité abrazar a Jerónimo y mucho menos sostener el celular. El aparato cayó al asfalto y se destrozó con el impacto. Jerónimo se desbalanceó un poco e hizo una pausa en sus gritos dementes para preguntar:

—¿Y eso qué fue?

— Mi teléfono, creo que lo perdí.

—No el teléfono. Lo que dijiste. —La voz de Jerónimo se transformaba al chocar con las ráfagas de aire.

—No lo sé, no lo sé.

Los policías nos ordenaban detenernos. En un momento sacaron las pistolas y dispararon al aire. Estoy seguro de que, de no ser por nuestras ropas y el lugar al que íbamos, nos hubiesen volado la cabeza. Puede que creyeran que estábamos drogados y que aquella estupidez había sido un acto para canalizar de manera anárquica alguna crisis de la mediana edad. Comenzaba a anochecer y el tráfico continuaba denso. Jerónimo aprovechó para cambiar de canal y acercarse al hombrillo, luego cruzó con extrema violencia en la salida que llevaba al San Marino. Me pidió contestar el teléfono que repicaba en su pantalón. Cuando lo tuve, mi oído recibió noticias terribles de parte de Teófilo. Paolo estaba como loco dando vueltas por el *loft*, buscando a Mafer Casiraghi y había tratado de forzar la cerradura del *penthouse*. Le dije que íbamos en camino y que llamara a la policía, pero después lo pensé mejor y dije que ya no hacía falta, porque ya la ley nos perseguía. Le rogué no desesperarse y tratar de mantener a todos alejados de Casiraghi. En un momento Jerónimo aceleró mucho más y tomó un camino improvisado. Estuvimos a punto de matarnos cuando comenzamos a tropezar con el terreno escarpado y caímos en una carretera de tierra, por debajo de la vía principal. Los policías nos miraban desde la distancia y no se decidían en hacer la maniobra.

—¿Qué haces, Jerónimo? —Este respiró y compartió su plan. Al parecer, en un momento había decidido que esa era la única forma efectiva de llevarlos hasta el San Marino para hacer frente a la difícil situación, pero luego le llegó la visión de que podrían matarlo.

—Alvarito, somos nosotros quienes debemos resolver este asunto. Como Batman y Robin.

Sus palabras, todo, me pareció un sueño, una locura. Incluso cuando volvió a encender la moto y nos pusimos en marcha y aclaró que por supuesto él era Batman, creí que iba a despertar en cualquier momento.

El camino de tierra nos llevó hasta una urbanización privada y de allí volvimos a incorporarnos a la autopista. Teófilo nos recibió en las puertas del San Marino. Apenas podía hablar, dijo que Paolo estaba armado y tenía a Mafer por los lados de la piscina. Revisamos las cámaras de seguridad y pudimos ver el alboroto que se había armado. Mafer y Paolo hablaban sentados en una silla, pero la pistola seguía aferrada a la mano derecha de Casiraghi. Jerónimo le dio instrucciones a Teófilo para que saliera a buscar a la policía, le explicó que con suerte él y yo lograríamos desarmar a Paolo. No conversamos de ningún plan y no podía saber qué tramaba Jerónimo, así que llegué a la piscina creyendo que íbamos a encabezar los titulares del día siguiente. Los vecinos del San Marino seguían la escena alejados desde los jardines y otros desde las ventanas de sus *loft*, algunos grababan con sus teléfonos. Cleo no estaba entre los mirones, pero sí Eurídice, quien le pidió a Jerónimo hacer algo para que no mataran a su amiga.

—Voy a lanzarme encima de Paolo, mientras tú te llevas a Mafer —me ordenó el patriarca de los Tercero. Era la idea más simple, redonda, estúpida y vacía que había escuchado.

—Vas a hacer que te maten y también a Mafer —le dije molesto. Jerónimo se detuvo y puso sus manos en mis hombros.

—¿Viste el calibre de la pistola del Paolo? —dijo mientras sus ojos completaban el mensaje.

—No —le contesté.

—Calibre 32, treinta y dos, un tres y un dos... ¿yo vivo en qué piso? ¿Y en cuál vive Paolo?

—Tres y dos —respondí sumergido en una espesura indescifrable.

—Es mi día de suerte, Alvarito. La Chinita ha hablado. No podía creer lo que escuchaba. Supe que iban a matar a Jerónimo, que la desgracia iba a posarse sobre la familia Tercero, sobre el más inocente, como siempre suele suceder. Habría querido decirle que las estadísticas estaban en su contra y que los periódicos están repletos de amigos, de terceros (vaya casualidad), que por meterse en donde nadie los llama han salido con la peor de las partes. El hombre estaba resuelto y nada lo hubiese detenido. Caminamos hasta donde Casiraghi y vimos a Mafer completamente aterrorizada mientras Paolo le hablaba de cuando se conocieron, o de que esa noche ella iba a recibir su merecido. Jerónimo se quedó a unos dos metros de la pareja. Casiraghi apretó la pistola y la dirigió hacia donde estábamos. Escuché a los vecinos del San Marino vociferar con asombro, cumpliendo muy bien su papel de mirones.

—Paolo, soltá el revolver... que te vas a desgraciar la vida. Pensá en Stefanito, va a quedar con un trauma —dijo Jerónimo.

—Váyanse al carajo, ustedes dos... No respondo si te acercas, Jerónimo.

Mafer se echó a llorar. Estaba sensiblemente paralizada, sin posibilidad de hacer otra cosa más que dar gritos y suplicar por la vida de todos. Paolo la miró sin dejar de apuntarnos.

—Confiesa, maldita. Dime pues, hace cuánto te coges al tipo.

Mafer lo miró con una rabia tremenda.

—Nuestro matrimonio era una farsa, una mentira, Paolo. Dios mío, cuántas veces te pedí el divorcio, cuántas... —La última palabra fue un grito, su voz se transformó en llanto y su cuerpo fue a dar al piso. Y allí continuó con sus preguntas retóricas, más apagada y triste—. Cuántas —decía.

—Cállate, al menos ten la decencia de callarte —respondió Paolo. Su cara estaba deformada por la ira, sus ojos eran la marca de la locura. La tensión en su cuello, en sus manos, era evidente. Sentí a Jerónimo aprestarse para dar un salto hacia Paolo. Sin embargo, Paolo volteó a vernos y puso la pistola en su sien—. Yo no puedo con esto... que Dios me perdone —dijo.

Un silbido fortísimo, agudo, nos sacó por un momento de la fatalidad. Venía del *penthouse*. El Gatsby estaba montado en la pared de su balcón apenas cubierto con una bata de baño. Las manos abiertas como un cristo rebelde y su voz emitiendo silbidos potentes. Casiraghi quitó la pistola de su cabeza y la apuntó hacia la figura del Gatsby. Miró a Mafer y le preguntó cómo coño iba a serle infiel con semejante ser humano. Mafer se limpió la cara con la mano y echó un vistazo hacia donde la bata del Gatsby ondeaba libre, dejándolo desnudo por completo.

—¿De qué mierda estás hablando, Paolo? —dijo Mafer visiblemente confundida.

—Te vas a arrepentir toda la vida —dijo Paolo tomando el arma con las dos manos. Disparó dos veces y en ninguna cerró los ojos.

El cuerpo del Gatsby se desplomó desde el *penthouse* y vibró sin intensidad cuando tocó el suelo. Cayó a poca distancia de nosotros, como a tres metros. Su vista quedó fija en el cielo y apenas si se le notaba alguno de los disparos. Parecía que meditaba en algo muy profundo, en ideas que lo llevaban lejos de la tierra. Su boca apenas abierta y su barba descuidada le daban un aspecto bohemio y agradable. No recuerdo que alguien hablara, ni en la piscina, ni tampoco en las zonas tomadas por los propietarios devenidos en espectadores de tan escandaloso espectáculo. El único ruido fue el de Jerónimo lanzándose contra Paolo, luchando por el control de la pistola. Fue una pelea corta que fue resuelta por Jerónimo tomando a Casiraghi por la cintura y arrojándose con él al agua. Y allí los vi llegar hasta el fondo, lanzarse golpes y perseguir la pistola plateada, hasta que se quedaron sin aire y volvieron a la superficie para echarse a un lado de la piscina.

Cuando la policía llegó, esposó a Casiraghi y también a Jerónimo. Prefirieron no correr riesgos. Cercaron con cinta amarilla el área donde se hallaba el cuerpo del Gatsby y comenzaron a interrogar a los vecinos del San Marino. Eurídice dejó atrás cualquier diferencia con Mafer y corrió para abrazarla y proveerle el máximo de atenciones. Lo mismo hicieron Stefano y León Magno. Teófilo llevó a los oficiales a su cuartel general y luego de revisar las cintas dejaron libre a Jerónimo. Me pidieron algunos detalles sobre los sucesos y conté absolutamente todo. Pasaron dos horas hasta que se llevaron el cuerpo del Gatsby. Fue tiempo suficiente para que cada uno de los propietarios se acercara a saciar al fin tanta curiosidad. Coelho, Montes de Oca y Del Trigo intentaron tomar fotografías, pues seguían afirmando que ese rostro se les hacía familiar y que era posible que la realeza lombarda en cualquier momento reclamara justicia por el asesinato de uno de los suyos. Jerónimo me pidió que fuésemos hasta la comisaria para apoyar a Paolo, pero también para ponernos en contacto con los familiares del Gatsby. Desistí porque estaba demasiado cansado y también porque necesitaba buscar a Cleo, que no había aparecido en ningún momento.

Eran las dos de la mañana y Cleo no había llegado a la casa. Esta vez sí llamé a Rosa mamá, pero no supo darme explicaciones, la sentí nerviosa y apenada. Me dijo que tal vez no era nada, que de seguro en cualquier momento aparecía. Nina tampoco tenía información sobre el paradero de mi esposa. Lo único que ambos sabíamos es que ese día tendríamos noticias sobre la decisión del Gobierno canadiense. Era posible que las cosas tuvieran que ver con eso. Desde el teléfono de la casa la llamé a su celular, pero no contestó. Llamé a Pedro Pedrito Foucault y apenas si quiso colaborar. Tampoco se mostró preocupado. De lo que sí quería hablar era sobre la muerte del vecino del *penthouse* y las teorías que se manejaban en torno al crimen. Le tranqué el teléfono.

Me di un baño y por poco me quedo dormido bajo el agua caliente. Estaba exhausto, con Cleo ocupándome la mente por entero. Es extraño porque en ningún momento me sentí intranquilo o presa de algún pensamiento paranoico que me hiciera salir a dar parte a la policía. Una intuición me hacía considerar que mi esposa no corría peligro. Así que me eché en la cama a repasar el día, a tratar de creérmelo. Pensé en Manuel y en la muerte del Gatsby, en ese cuerpo en caída libre y en que ahora la vida de los Casiraghi iba a cambiar por entero. También pensé en el mayordomo que Paolo tenía, no sé por qué pero lo imaginé a esta hora fumando en la cocina, sin poder dormir, meditando en qué sería ahora de él, adónde lo llevarían las pasiones intensas de sus patrones. Busqué la comodidad entre las sábanas y allí me quedé, atravesado por imágenes que parecían un insomnio infiltrado por el fluido errático de los sueños. Me avergüenza decir que presa de esa inconsciencia sentí un deseo profundo de poseer el cuerpo de Mafer Casiraghi y tirármela en las

profundidades de la piscina, mientras todo el San Marino nos observaba con la fascinación y sorpresa de quienes asisten a un acuario.

Cuando desperté, Cleo estaba sentada a mi lado. Aún no amanecía, puede que haya sido, a juzgar por la tenue luz, cerca de las seis.

—Tenemos que hablar —me dijo.

Le contesté que lo sentía, que trataría de ser mejor esposo, de no llegar al extremo de los Casiraghi, de recuperar el tiempo perdido. Aunque no lo sintiera, le expresé mi deseo de irme a Canadá. Ella sonrió. Lo hizo sin amor, aunque fue compasiva. Como si mirara a un perro adulto en una perrera municipal, un animal que sabe no va a adoptar y al cual trata de acompañar al menos con cierta simpatía. Tomó mis manos y me dijo:

—Álvaro, me aprobaron la visa. Voy a irme a Canadá. Quise alegrarme, pero algo en esa declaración no estaba bien. Me incorporé en la cama y pregunté cuándo era la fecha del viaje, hablé de las cosas que había que resolver, de las franquicias, los detalles financieros. Ella apretó mis manos, como no lo había hecho nunca:

—Me voy sola, Álvaro. Creo que es el momento...

—Pero, ¿y nosotros? ¿Me negaron la solicitud? Podemos apelar la decisión...

Cleo soltó una lágrima. Una pequeña gota solitaria que fue a parar a mi mano.

—Nunca presenté tu solicitud...

Fue cuando lo entendí por completo. Era el final de nuestra relación. Y fue a eso de las siete de la mañana, en el instante en que el cuarto se calentaba por el sol, que pude ver su rostro tan juvenil y bello como el día en que me la presentaron en la universidad, el día que logré sobreponerme a las pretenciosas maneras con que decía su nombre, el día en que la vi sonreír. De pronto, al perderla, supe que la había amado y que de veras ella era más en mi vida de lo que siempre pensé. Estaba triste, aunque no al punto de querer llorar, sino más bien con esa melancolía que da sueño y que te provoca un cansancio inmenso y ganas de dormir para siempre y no despertar nunca más.

Ella se fue a bañar y yo me levanté para irme a sentar en el sofá de la sala. Nina me preparó un café y me preguntó si quería esperar a *Madán Cleopatré* para desayunar. Le sonreí. Dije que sí, que preparara la mejor de sus recetas y nos acompañara. Ella pareció sorprendida y nerviosa.

—¿Celebramos algo, señor Álvaro?

—Claro que sí, Nina —le dije—, celebramos la humanidad.

Comimos los tres en la mesa y hablamos de asuntos que nunca antes habíamos conversado. Cleo trataba de no mirarme y yo lo agradecía, porque en algún momento sentí que podría quebrarme un poco. Eran muchos años y a pesar de que mi cuerpo entero sabía que aquella era la mejor decisión de todas, resentí que fuese ella quien hubiese tenido el valor de hacerla realidad. En cualquier caso, ¿qué sentido tenía

pensar en el pasado? Allí estaba ese presente que debía vivir y un futuro que no tomaba ninguna clase de forma.

Después del desayuno Cleo me pidió salir a caminar por el San Marino. Fue una caminata relajada y espontánea. Ella se veía desprendida y muy ligera, como si la decisión la hubiese rejuvenecido de pronto. Se veía en paz. Le di detalles de la cena con Lorenzo Barboza y ella seguía pensando que lo mejor era darle los terrenos. También creyó que había arriesgado la vida de manera muy insensata por culpa de Jerónimo. En ciertos momentos hacía amagos por regañarme, aunque inmediatamente se aguantaba y cambiaba el tono. A lo mejor sentía que ya aquello no era su departamento. Hablamos muchísimo, como si estuviéramos conociéndonos ese día. En un momento nos echamos a tomar el sol en un paraje lejano del *loft* desde donde era visible la ciudad. Me dijo que esa misma noche iba a irse y que de ahora en adelante consideraba que lo más sano era que nos entendieramos a través de Foucault. No vi la necesidad, pero ella insistió. Para adelantarse a mis propias ideas, dijo que no tenía nada con el Pedro Pedrito y que solo le pareció que él era una opción correcta. Ella guardó silencio y luego me hizo saber que era buen momento para hacer una única pregunta, indagar con total sinceridad sobre cualquier cosa que se nos ocurriera. A su juicio, era el mejor tributo que podíamos hacernos como pareja. Consideré entonces preguntar algo que me aquejó desde que llegamos al San Marino:

—¿En qué pensaste cuando entramos al cuarto principal?

Ella se sonrió, esta vez con afecto, y reconoció que los años me habían otorgado la facultad de «leerla bien». Suspiró y se sentó tomándose con los brazos las piernas.

—Que me hubiese gustado haber llegado a esa habitación con otro hombre —dijo sin mirarme.

Resentí esas palabras, supongo que en algún lugar del ego masculino, o de una que otra fibra que guardara afecto sincero por ella. Aunque recordé a Elena y supe que aquello era lo mínimo que Cleopatra podía hacer como desagravio por una infidelidad que aún desconocía. Sin que tuviera necesidad de preguntar, comenzó a relatarme pasajes nebulosos de su pasado. De la adolescencia vivida en Caricuao, de su primer amor, quizá de su único amor. Se vino en lágrimas y no supe si abrazarla, aunque al final lo hice. El tipo la embarazó. Tragedia de marca mayor, sorpresa que ignoraba. Sin embargo, lo que estaba por venir era aún más importante. Cleopatra se repuso, me vio a los ojos y descargó en ellos todas sus frustraciones, sus recriminaciones.

—No podía quedarme con él, aunque lo amara... Era joven, pero sabía que podía aspirar a más, a algo mejor.

¿Qué me esperaba a su lado? ¿Bordar manteles, mientras esperaba que llegara la hora de hacer la cena? Entonces mi papá me dio la oportunidad y me llevó a

la clínica y aborté. Fue como curarse una gripe, apenas si tuve algún dolor. Sin embargo, Álvaro, cargo ese vacío aquí —y se tocó el pecho—, y ese lugar, todo ese lugar, lo único que hace es que me duela ese vacío.

Se puso a llorar y la abracé. Aún con las lágrimas desparramándose sobre su rostro me pidió perdón, porque el viaje a Canadá le removió los recuerdos, la necesidad de volver a ver a aquel hombre antes de partir. Le pregunté si se había acostado con él y me dijo que sí. Varias veces, pero que la madrugada de hoy se habían despedido para siempre. Volví a sentir el orgullo apretujándome el estómago y el corazón. Me cayó mal, y aunque era un egoísta porque lo propio había hecho yo con Elena, no pude evitar entristecerme bastante. Se quedó entre mis brazos un largo rato. Vimos la ciudad cambiar al paso de grandes nubes que jugaban con la luz y las sombras que llegaban del cielo. Ella se recuperó y sin que me dijera nada, confesé que no estaba en mí juzgar a nadie. Le agradecí su impulso y el que apareciera para hacerme alguien mejor. Cleo se sonrió y me abrazó fuerte. Clavó sus ojos y supuse que ya vendría mi turno de hablar sobre Elena. Pero entonces me hizo dos preguntas que me trastocaron por completo:

—¿Cuál es tu mayor secreto, Álvaro González? ¿Qué cosa no te atreves a decirme?

No llegó Elena a mi mente. Ella desapareció como un aspecto para nada importante de la historia entre Cleo y yo. En cambio, apareció la voz de Charles Carter hablándome desde la ultratumba o desde el pasado. En un viaje hacia el Delta, a lugares que parecen no existir sino en la imaginación y en los que tuvo la experiencia más extraña de su vida. Y lo narró para mi memoria, como si sus ojos enfermos no vieran la muerte sino la reconstrucción infinita de ese momento, en el tono exaltado con que los conquistadores, o los cronistas o los poetas posteriores, describieron el mundo recién descubierto. Habló de la noche en que llegaron por provisiones al penúltimo muelle antes de salir costa afuera, vía Trinidad y Tobago. Habló de los indios y de los músicos, de la carne de cochino y del pescado frito. Habló de una mujer que llevaba una bebé metida en una tela. Del llanto insoportable y del olor del alambique destilando licor. De las primeras horas de la mañana, cuando el cielo se aclara y solo se siente el olor del río y el humo de los fogones. Y vi a Cleo en los ojos de Charles y la vi ahora frente a mí, con su respiración llenando las cosas insignificantes y entendí que mi vida a su lado se resumía a ese preciso momento. Que aquel instante bajo el sol del mediodía, nuestra historia debía completar un círculo perfecto y archivarse para siempre en un lugar donde no hubiese espacio para la duda o la decepción. Así que la tomé de los brazos, le pedí que se levantara y le mentí como se le miente a quienes se ama profundamente y a quienes se les debe mucho más que una disculpa. Le dije que bailara conmigo, allí, a plena luz, mientras tomaba aire para confesarle que mi mayor secreto, lo que jamás me atreví a decirle, era que odiaba dormir con pijamas.

Memoria final

Nunca le dije que había sido adoptada, que Charles la recogió de la orilla del río donde la dejaron para que la marea alta hiciera su parte. Qué sentido tenía decirle eso.

¿Acabar con el sentimiento que la ataba a su padre, destruir la cercanía frágil que recién establecía con su madre, la verdadera, la que la crió, la que se desveló cuidando sus fiebres? Nadie merecía eso. Estoy seguro de que Charles nunca habría querido que Cleo padeciese un dolor semejante. Tomé la mejor decisión.

Cleo se marchó del *loft* ese mismo día, pese a mi insistencia. Se fue a vivir con Rosa mamá hasta que tuviera lugar la fecha del viaje. No quiso tampoco verme de nuevo para así no remover sentimientos inútiles. Al menos eso me dijo Foucault, quien fungió de intermediario sentimental y jurídico. Establecimos que lo mejor era dividir cuanto tuviésemos, lo que incluía las franquicias, las propiedades y lo que estuviese acumulado en los bancos. Al final, pude comprarle sus acciones en Perrito Loco, lo que a la larga me permitió tener algo que hacer luego del divorcio.

En el San Marino, luego de los sucesos trágicos, tuvieron lugar transformaciones radicales en la vida de todos sus propietarios. Los Coelho terminaron por irse del país y nos invitaron a una pequeña cena a la cual solo asistimos Eurídice, Jerónimo y yo. Nos hablaron de sus expectativas y recomendaron que nos marcháramos de ese lugar maldito en cuanto tuviésemos oportunidad. Montes de Oca y Del Trigo tomaron la decisión de quedarse en el país, pero se mudaron del San Marino. Decían que era imposible conseguir en otra parte del mundo los niveles de rentabilidad que podían lograr en Venezuela y que ese era su objetivo, no emigrar. Aunque luego me enteré por Jerónimo que habían decidido conservar sus negocios aquí pero vivir en Miami, lo cual a su parecer les daba una visión mucho más global y sincera del mundo.

Paolo Casiraghi apenas estuvo dos meses en la cárcel y solo le acusaron de perturbar el orden público. Su esposa no presentó cargos y se conformó con el divorcio y la mitad del bien común para Stefano. La historia de Paolo debería ser parte de algún libro. No más salió de la cárcel se convirtió en una celebridad, porque le achacaban la muerte de uno de los hombres más buscados por la justicia internacional. Aquel que llamaban el Gatsby en realidad era Andrés Giraldo, jefe del Cartel del Norte de Santander. De profesión desconocida, su oficio eran las drogas y las armas, había comprado a Leroux el *penthouse* y solo pudo conservarlo gracias a que logró sobornar al funcionario del Ministerio de Vivienda. Fue gracias a Jerónimo y su capacidad para los detalles que la policía pudo reconstruir la historia y con ello exonerar de culpas a Paolo Casiraghi. Cuando se logró acceder al *penthouse* descubrieron que el hombre apenas si vivía en el lujo. Su muerte tampoco la produjeron los disparos de Casiraghi. El Gatsby no seguía la regla de oro de los narcotraficantes de alejar la nariz de la mercancía. Cerca del lugar desde el cual saltó, se encontraron muestras de drogas sintéticas de alta potencia.

No solo la ley y los actos desafortunados ligaron largo tiempo a Jerónimo y Casiraghi. Para la sorpresa de los padres, aunque no de la comunidad del San Marino, los hijos mayores, León Magno Tercero y Stefano Casiraghi, decidieron hacer público un amor que al parecer, según me dijo la propia Eurídice, fue a primera vista. A Jerónimo le costó digerir mucho más la buena nueva que al propio Paolo, a quien le bastó para ser feliz saber que no había asesinado a nadie en este mundo. Los detalles sobre la relación de amor adolescente y el proceso de aceptación de parte de las familias llegan a mis oídos a través de Mafer Casiraghi, mi nueva cuñada.

Sí, era cierto, el muy hijo de puta de Manuel logró conquistar a la Mafer Casiraghi con el despliegue de una estrategia que bien valdría ser llevada al cine. Por lo que me han contado las veces que visitan los restaurantes, el Gatsby era el nombre clave que ambos decidieron utilizar en las ardientes sesiones de mensajes telefónicos. Desconocían que las cosas iban a tomar aquella dimensión y mucho menos que, ciertamente, los habitantes del San Marino asumirían como de uso frecuente el apodo con que Manuel decidió llamar al icónico personaje del *penthouse*. Eso dicen ellos, pero sé que es mentira. Estoy seguro de que Manuel tenía bien claro por qué hacía lo que hacía. Estaba convencido que de haber sido descubiertos como en efecto sucedió, la atención iba a centrarse en el inaccesible y misterioso habitante. Es un irresponsable, pero la pasión provoca esas situaciones. Lo del motel nunca me quedó claro, aunque para ellos es motivo de una risa cómplice. Una sesión de sexo vespertino que se vio truncada porque a Manuel el carro no le prendió y tuvo que posponer el encuentro. Otra casualidad afortunada. Quizá no hay cosas malas, sino fortunas muy camufladas. De haber llegado al motel, otra historia habría sido escrita.

Mafer luce cambiada bajo el influjo de mi hermano y Manuel también ha tenido sus transformaciones. Ella ahora no utiliza anglicismos y dice que ciertamente el cocuy supera el Cabernet Sauvignon y aunque aún no acepta parecerse a Simone de Beauvoir, como le recomienda Manuel, dice que el sexo es mejor cuando ambos se enfrascan en defender puntos de vista disímiles. Misterios del morbo, supongo. Manuel, por su parte, ya no se viste como un profesor de filosofía subpagado, sino que intenta al menos una vez por semana llevar saco y una camisa por dentro del pantalón. Los hermanos Castillo se burlan de él cuando lo ven y me dicen que nada escapa a la influencia de una mujer.

No más Cleo abandonó el *loft*, estuve muy tentado a volver con Elena. Sin embargo, los meses se escurrieron sin que pudiera entender por qué nunca tuve la fuerza de llamarla. Un día coincidimos en la presentación del trabajo de ascenso de Manuel y decidimos que al menos un café nos debíamos. Hablamos muchísimo, del tiempo que no nos veíamos y de cuánto habían cambiado nuestras vidas. Ya ella estaba con un tipo, un profesor de la universidad; sin embargo, eso no nos alejó. Multiplicó los café y las tardes juntos, hizo crecer una amistad creo que mucho más valiosa. Evitábamos caer en

la tentación de hablar de nuestras tardes de sexo y caricias pasadas, y nos enfocábamos en mi trabajo y en la nueva vida como hombre soltero. Le contaba que me había asociado con los hermanos Castillo para abrir una franquicia de talleres mecánicos, que en este caso sí estaban localizados hacia lo que ellos llamaban «su parroquia» o su territorio, y que incluso los dejé escoger el nombre del negocio cuando supe que pensaban homenajear al tipo que los había bautizado.

Fue Elena quien me acompañó el día que fui a buscar mis últimas cosas en el *loft*. Lo había puesto en venta y aún tenía que deshacerme de algunas cajas inútiles que quedaban en la sala. Cuando llegué, Nina estaba allí para recibirme. A pesar de que le dije que se fuese conmigo a trabajar al restaurante, ella pensaba que lo mejor era dedicarse a cuidar a Rosa mamá y emprender su propio proyecto personal, que consistía en elaborar un recetario de cocina. Se despidió y se marchó diciendo que no iba a llorar, pero igual se fue llorando hasta que se montó en el taxi que la esperaba en las afueras del *loft*.

Jerónimo me vio a través de la calle y me pidió que no me marchara sin despedirme de él. Allí nos quedamos toda la tarde Elena y yo, tomando café y escuchando que le había comprado la mitad de la empresa a Casiraghi para obligarlo a ser más exitoso.

—Vos entendéis que ahora somos familia. —Me picaba el ojo sin mucho convencimiento y con una expresión que no sabía si eran ganas de llorar o de reír.

También me pidió consejo porque era terco y decía que no iba a dejar que Lorenzo Barboza se quedara con el terreno del San Marino. Supe que Barboza había contratado al Búfalo y había logrado, a través de un juez corrupto, liberar a Jacques Leroux para que este introdujera una demanda por daños y perjuicios y de esta forma recuperar el *loft* arrebatado. Elena le dio algunos consejos y el que parece que le fue más útil fue el de proponer vender parte de los terrenos a una empresa funeraria. Según ella, esa idea iba a ser unánimemente acogida por los propietarios del San Marino, pues qué mejor para un rico que tener una barrera sanitaria que los aleje de los pobres, que los blinde contra todo.

—Nadie va a meterse con un terreno sagrado —concluía. Jerónimo la escuchaba y me decía que me casara con esa mujer, que era lo mejor que me había pasado.

Cuando el final de la tarde llegaba, le dije a Elena que me esperara en el *lobby* mientras buscaba lo que me hacía falta en el *loft*. Sin embargo, la verdadera razón es que deseaba estar solo antes de abandonar aquel lugar. Despedirme en soledad. Toqué el timbre y escuché aún la balada que Cleo había programado. Me pareció que no era tan odiosa como antes lo había creído. Recorrí los cuartos, miré por las ventanas y bajé las persianas. Hacía nueve meses desde que Rosa Cleopatra Carter Becerra había partido para Canadá. Por su madre sabía que le estaba yendo muy bien y que no le fue difícil integrarse. Incluso llegó a decirle que estaba pensando tener un hijo en cuanto se asentara. No sé por qué pero esa idea me entristeció y lo

hizo porque nunca consideré ser padre, al menos nunca mientras estuve con Cleo; sé que ella tampoco lo deseaba, aunque a veces hablara del tema, más como una acción táctica que como un llamado del corazón. Sabía que tendría éxito y que sería feliz, que lograría dar con eso que buscaba. Se me hizo fácil imaginarla con un tal John, o Paul, o Robert caminando por algún parque mientras empujaban el coche de su hijo. Lo peor es que sentía que cuando aquel momento llegase, no lo iba a saber. Ante la soledad de ese apartamento, ya desprovisto de toda señal de que allí fue vivida una historia, una breve historia entre un hombre y una mujer, supe muy adentro que jamás iba a volver a ver a Cleo. Y así como me despedí de las paredes, de los pasillos y le di un último vistazo al bello piso de parqué, también me despedí para siempre de la que fue mi esposa.

Cerré la puerta con un breve dolor en el pecho y salí al estacionamiento. El carro no encendió, así que tuve que buscar a Elena en el *lobby* del edificio y pedirle a Teófilo que llamara un taxi. Él seguía en su actitud seca, pero al ver a Elena bajó la guardia y dijo que ya estaba por terminar su turno y que podría acercarnos hasta la ciudad. Lo agradecimos. Unos minutos después apareció con una camioneta destartalada, en la que apenas cabían dos personas en la cabina. Así que mientras Elena se subió en la parte delantera, yo tuve que irme en la batea completamente a la intemperie.

De esa forma, abandoné el San Marino. Con la idea de cuánta vida puede contener un año y cuán rápido desaparecen las estructuras que ya nada significan para el corazón. Admiré el cielo nublado y recibí agradecido la lluvia que empezó a caer. Teófilo me permitió ir en la parte delantera a pesar del reducido espacio y hasta me alcanzó un papel para que me secara el rostro. Elena y él continuaron una conversación sobre las particularidades del negocio de la seguridad y yo me descolgué hacia las gotas que inundaban el mundo. Mientras el parabrisas refractaba las luces rojas de los vehículos que se amontonaban en la autopista, me recosté del vidrio de la ventana y juro que pude escuchar un susurro, más bien un rumor, que no pude identificar. Fue entonces que pensé que nuestra vida no es sino la vida de aquellos que conocimos y que la única historia que vale la pena ser contada es esa cuyo final contiene la esperanza de un nuevo comienzo. Sonreí y me acurruqué mientras escuchaba a Elena cantar, con la vista siempre al frente, una canción de amor. Luego, cerré los ojos.

FIN

Epílogo

La breve confesión de Charles

Me levanté a orinar, y la vi. La mujer ponía a la bebé en la orilla del río. La pequeña lloraba y era el sonido más tierno y espantoso que pudiera escuchar. Terminé de hacer lo mío. Me dije que aquel no era mi asunto, que debía volver al muelle y partir cuanto antes. Pero fue imposible. La imagen ya estaba en mi mente y no pude sacármela. Volví hasta donde las había visto. Ahora la mujer, más alejada, no se decidía a abandonar a la niña. Del agua emergió un pequeño caimán. Olió a la bebé y la movió un poco con el hocico. La mujer entró en pánico y se metió en la selva. El caimán comenzó a mordisquear la tela que la cubría. Supe que debía hacer algo, así que me acerqué y lancé una piedra al río. El caimán volvió a meterse al agua, aunque en el intento trató de arrastrar a la criatura. Salté hacia la bebé y pude tomarla antes de que el animal la llevara con él. Era un milagro que estuviera viva. No era su destino vivir; sin embargo, allí estaba en mis brazos. La llevé hasta el campamento y se la presenté a mi mujer. Ella la vio como una señal, una bendición también. Decidimos ese mismo día que debíamos irnos de aquel lugar, y que tendría el nombre de su nueva madre y el del bote que me llevó hasta el Delta: Cleopatra.

Hospital Clínico Universitario, 27 de enero, 3:40 a.m.

El rey de las cenizas

Sería capaz de quemar el país entero
si pudiera proclamarse rey de las cenizas.
George R.R. Martin

Capítulo 1

El club de los niños bomba

Los increíbles sucesos que constituyen el cuerpo general de esta confesión, tienen lugar en la segunda década del presente siglo. Cuentan una historia breve, la de cómo fui reclutado por Luis Fernando Romero para provocar una guerra civil.

Tropecé con él en la Universidad Católica Andrés Bello, justo cuando cursaba el último año de la carrera de Comunicación Social. Yo formaba parte de un grupo bastante popular, donde confluían algunos estudiantes de periodismo, pero también de Administración, Economía, Ingeniería Civil, Derecho y Contabilidad. Me extrañó verlo tan integrado al grupo esa tarde, durante una cervezada pro fondos por la graduación de Odontología. La razón era que antes de aceptar nuevas inclusiones, promovíamos amplios debates sobre el origen de los solicitantes, no por asuntos ligados al racismo o el clasismo, pues bastante progresistas éramos, «más demócratas que republicanos» decía Cristipuchi, sino porque necesitábamos mantener una cierta pureza en las ideas acerca del futuro del país y de nosotros mismos. Sin embargo, a Luis Fernando se le abrieron las puertas creo yo porque mezclaba esa arrogancia de quien ha tenido que ganarse su puesto en el mundo, con un fenotipo cortesía de algún pariente europeo lejano. «Era medio catirón con un bronceaíto de río que resaltaba unos ojos claros que sin embargo no eran, ni terminaban de ser azules o verdes». La descripción es de Cristipuchi, no mía. Pero era bastante fiel a como yo mismo lo hubiese descrito de haber conocido en ese momento, la brutal sentencia que tiempo después escuché en los pasillos del Banco Mundial: «de la pobreza puedes huir, pero nunca esconderte».

El hombre se movía bastante bien dentro del grupo. No era exagerado con sus anécdotas, ni tenía ese humor tenso de aquellos que se mueren por ser aceptados; claro que como muchos de los que recién aspiraban ingresar, debía mostrar un cierto talento, algo que fuese digno de considerar y creo que su voluntarismo era lo destacable. Se proponía para comprar las cervezas y traía hasta diez vasos de plástico en las manos con bastante soltura. Incluso en algunas ocasiones las pagaba él, y aunque muchos allí le lanzaban sus miradas de desprecio, a mí en cambio el tipo me parecía genuino, al menos en su deseo de agradar. De todos modos, quise probarlo

así como en la novela de Vargas Llosa, se probaba el carácter de los nuevos cadetes a ver cuál mostraba ser un prospecto y cual pertenecía más al lote de la carne de cañón. Le dije, «coño viejito...tráenos una birras, pues» y se me quedó mirando... largo, profundo, como escrutando la naturaleza más primitiva de mi solicitud. Sus ojos ¿o sería su ceño? no lo sé, me dieron desde el principio algo de miedo, pero no le di en ese momento mucho crédito, lo que ahora creo fue un grave error.

Me respondió luego de un tenso silencio que contagió la atmósfera del grupo:

—¿Y los reales?

—Que lo anoten a mi cuenta —le contesté como para burlarme.

Luis Fernando se sonrió, de forma leve, imperceptible, y se fue. Trajo cervezas para todos menos para mí; sin embargo, no dio excusas, aunque no hacía falta, para ese momento todos sabían lo que estaba ocurriendo. Los más antiguos en el grupo conocían de mi movimiento, estaban acostumbrados, agradecían que fuese yo quien frenteara siempre para servir de filtro para los inservibles que deseaban unírsenos. Esperaban ansiosos saber lo que seguía, de qué forma iba a resolver la situación. «Me dejaste morir», le dije a Luis Fernando, medio en broma medio en serio. Me entregó su vaso de cerveza y volviendo a dedicarme su expresión seria contestó «No vale, ni pendiente... yo no dejo morir a nadie». Por supuesto, en la próxima ronda fui yo quien brindó a todos.

Hablé con él gran parte de la noche, aunque también con Martha quien le había sellado el pasaporte de entrada a nuestro mundo. Ella es el estereotipo clásico de la estudiante de Economía, que vive en Alto Prado y que dejó media carrera de Psicología en la Central, porque no pudo resistir la cantaleta de unos padres a quienes les preocupaba el futuro *modus vivendi* de su hija. Tuvo que aceptar *so pena* de que le quitaran la Mastercard, el Audi y los veranos en Lisboa, venirse a la Universidad Católica a prepararse para asumir el emporio familiar. A pesar de esto, nunca perdió esa media inclinación humanística, o más bien, sexual, por los especímenes particulares que brotan en las calles de Caracas. Fue así que nos contó cómo dio con su actual culito —porque a novio no llegaba ni iba a llegar así se esforzara el doble de lo que se esforzó por entrar a la Cátolica— al proponerse para evaluar los perfiles psicológicos de quienes merecían ganar la beca que los buenos jesuitas le dan a quienes se parten el lomo en el Colegio Fe y Alegría para lograr los mejores promedios.

Luego de escuchar su recuento y felicitar su absoluta objetividad a la hora de decidir quién se llevaba la beca, decidimos concluir la cervezada como siempre: en algún local de Las Mercedes. Observé que la excesiva solidaridad y disposición mostrada por Luis Fernando se debía al hecho de no tener los centavos requeridos para pagar los excesos que iban a extenderse más allá de la fiesta profondos. Su cortesía era una bomba de humo para que no nos percatáramos que sería Martha

quien iba a usar la tarjeta de crédito, siempre con mucha discreción para que él no se sintiera disminuido. Ella de todos modos tampoco era la Madre Teresa de Calcuta, así que en algún momento de la madrugada me dijo a media voz si podía llevarlo a su casa, porque según le daba pajita meterse tan tarde a donde vivía Luis Fernando.

Acepté, aprehensivo por supuesto, pues es bien conocido que entre Las Mercedes y Petare de noche, media una distancia tan grande como la que existe entre el Támesis y el Río Guaire. No obstante, una cierta curiosidad me impregnó y además ayudó mucho que cargaba ese día no mi Land Rover, sino un Volkswagen más anónimo con el que me castigaba mi papá cada vez que veía un video mío en Youtube. Martha se fue medio borracha no sin antes darse unos cuantos besos con Luis Fernando, allí enfrente de todos, lo cual nos calentó un poco, pero no lo suficiente como para que quisiera irme a algún puticlub esa noche. Así que me terminé el ron de un trago y arranqué junto con Luis Fernando hasta Mordor, o a donde fuera que viviese. No debo negar que el licor me daba algo de valentía, pero conforme abandoné la autopista y empecé a adentrarme en las pequeñas calles que se extienden luego del último vestigio de civilidad, sentí como si cada semáforo se transformara en los ojos de un demonio dispuesto a tragarme por completo. De todos modos, no quise parecer un paranóico revisando mil veces si había cerrado los seguros y chequeando si el GPS que había programado previamente funcionaba; mucho menos ante Luis Fernando, quien iba impasible y además no hablaba, pero que de seguro podía oler el miedo que comenzaba a salirme por cada poro. Creo que a medida que los efectos de la bebida iban bajando y la velocidad del carro aumentaba, sentí que había sido un error aceptar la solicitud de Martha. Mantuve la compostura y puse algo de música, para bajarle intensidad a la escena. Aproveché una canción de Pink Floyd, para comentarle que siempre había pensado que la causa de que en nuestra generación no hubiese astronautas o astrofísicos, fue porque nuestros padres estuvieron demasiado expuestos a las hombreras, las permanentes y a ser espectadores pasivos de los videos de Kiara, Melissa y Guillermo Dávila. Luis Fernando me miró de reojo como sin entender, o como si el comentario le pareciera fuera de lugar. Me sentí hervir por dentro. Allí andaba, arriesgando mi vida en ese submundo ¿y el tipo no podía acompañarme ni siquiera con un pequeño monosílabo? Tampoco es que era tan joven como para no haber recibido de refilón las últimas ondas sísmicas de la generación que llevó su obsesión por las lentejuelas y la laca a extremos insanos. Igual se salvó de que lo puteara por dos razones, en primer lugar, porque estaba en aquel laberinto, atado a la vida apenas por la señal del GPS y por la voz gallega de una mujer que me decía «a doscientos metros tome el camino de la derecha... en la rotonda continúe por la rampa». La segunda causa, fueron dos motos que pasaron muy cerca del carro y casi me provocan un desmayo. Luis Fernando no pudo contener la risa y me preguntó ¿Qué pasó chamito, te cagaste?.

Y siguió riendo infinitamente hasta que la gallega me informó que había llegado a mi destino. Sin agradecerme abrió la puerta y me preguntó qué iba a hacer mañana. Quedé frío. No pensaba que después de lo vivido pretendiera mantener un mínimo de amistad. Era muy confiado el tipo, confiado en que su relación con Martha lo iba a mantener inmune.

Se deslizó fuera del carro como un gato, pidió que bajara el vidrio, se recostó y me dio algunos consejos para el retorno que fueron golosinas para mi paranoia. Mientras iba de regreso acompañado solo de la voz electrónica, pensaba que Luis Fernando lo que buscaba con nosotros, no solo conmigo, sino con todos, era divertirse, burlarse de nuestra supuesta superioridad y tratarnos como títeres. Quizá le daba mucho crédito, pero me sirvió ese pensamiento para llegar con el esfínter controlado hasta que volví a reconocer la ciudad, esa Caracas que sí me sonreía y que me recibía como a todo un héroe. Dormí feliz, tranquilo, acurrucado en el edredón y con la vista puesta en un afiche de *Foo Figthers* que coronaba el cuarto. «Sos un duro», me dije orgulloso.

Cuando llegué a la universidad a la mañana siguiente, Luis Fernando ya me esperaba. Le pregunté por Martha pero se sacudió mi pregunta: «ahora no importa, es tarde y necesito que conozcas a unos panas». Le dije que tenía clases, y aunque le admití que el periodismo no requería mucho estudio sino más bien olfato, me disculpé por no poder acompañarlo. Sin embargo, era full insistente, demasiado intenso y con una capacidad increíble para contagiar su ánimo. Además me prometió que solo sería la primera hora y que ya había decidido que yo era el hombre que faltaba en su equipo. No tenía puta idea de qué decía, pero me dejé arrastrar hacia un centro comercial cercano a la universidad. Estacionamos y me dirigió hasta un local de unos chinos, en la segunda planta, donde a esa hora —eran como las nueve y media—, ya había unos chamos bebiendo cervezas. Entramos y fuimos hasta la última mesa. Esperamos un rato, sin que pudiera sacarle una palabra sobre lo que hacíamos allí. Levantó la mano y el chino lo saludó de lejos con un *Ey Luifenaldo* y de inmediato nos dejó dos cervezas. Sacó el celular y llamó a alguien a quien puteó por su impuntualidad. Cuando acabó de hablar quise zafarme de esa situación mostrándole un mensaje donde unos amigos decían que el profesor preguntaba por mí. Luis Fernando vio el mensaje, frunció el ceño en señal de desprecio y lo único que soltó, como para que dejara de molestarlo fue «Pura paja. Esos tipos son pura paja, quédate quieto». Sus palabras por supuesto no ayudaron, pero fue tan enfático que le obedecí dejando que la situación siguiera su curso. Al terminarme la cerveza, que me cayó de la patada porque hacía tiempo que no tomaba tan temprano, alcé la mano para pedirle al chino un jugo de patilla sin azúcar, pero fue peor porque el hombre trajo dos cervezas más y una ración de lumpias. Lo estrangulé mentalmente.

—Jugo no... jugo no... lumpia... lumpia mejor —dijo.

Incluso le hizo una señal de pulgares arriba a Luis Fernando. Él asintió con un ligero gesto de cabeza y se concentró en su ración.

En medio del festín mañanero, llegó el primero de los cuatro sujetos que conocería ese día. Era un tipo gigante —fácil rozaba los dos metros— que parecía recién salir de un gimnasio. Tenía barba y un cuerpo de esos que solemos llamar *super puyaos,* porque no era sino a través de ingentes sesiones de esteroides que se podía ganar tal masa muscular. Además, su aspecto nervioso y acelerado, daba las clásicas pistas de esas personalidades que están siendo internamente modeladas por los químicos de la belleza. Todas las características de un Van Damme de abasto. Luis Fernando me lo presentó bajo el apodo de Sexo Débil y el carajo se timbró. De inmediato quiso rebotársele, pero Luis Fernando le lanzó una mirada que tienen patentada los que nacieron para ser líderes de manada y lo sentó de inmediato, a pesar de ser al menos veinte centímetros más bajo y cincuenta kilos más liviano. Sentí el ambiente pesado, como surreal, y al chino del restaurante mirarme y decir en su idioma milenario «Lecuelda a Sun Tzu, todo estal en la mente». Aunque de inmediato creí que era más bien el maestro Yoda quién llegaba a explicarme la situación y a decirme «Sexo Débil la mente atolondrada por la testosterona tiene, obligación es de Luis Fernando aprovechar truco Jedi». Y seguí fantaseando por allí, recordando imágenes que incluso me llevaban a las comiquitas de Hanna Barbera y al nombre de un bulldog llamado Spike, pero allí estaba Sexo Débil y su humor me sacaron de la nostalgia. «¿Y quién coño es este?» preguntó señalándome a través de un gesto. Luis Fernando respiró y sin dejar de atender su celular dijo: «El pana *del que te hablé*». El énfasis me dejó pensando en muchas cosas, sobre todo en qué tanto tiempo tenía presente en la vida de estos sujetos.

Estaba descolocado por no entender la forma en que otros me habían trazado la vida, como si se trataran de unos pequeños dioses, mundanos, medio pobretones, pero dioses al fin. Tampoco es que tenía ganas de irme. Operaba en mí la típica inquietud del periodista que desea llegar hasta el fondo de los misterios; así que opté por quedarme para atestiguar la llegada del resto de las extrañas amistades extracurriculares de Luis Fernando.

Una chama se sentó a mi lado sin mediar palabra, nadie la saludó tampoco. Levantó la mano y con el dedo índice apuntó al chino, primero, y luego a la mesa. El gesto fue captado de inmediato. Así que en poco menos de dos minutos, también obtuvo su ración de cerveza y lumpia. La chama me gustó. Estaba bien chévere, con su estilo de patinetera de centro comercial y una actitud de rebelde altanería muy usual en quienes se hacen los anarquistas pero usan gorras con la palabra «OBEY». La saludé y levantó el mentón. Estiró la mano y se presentó ella misma. La tenía fría y humedecida por la cerveza, pero igual me calentó un poco. «Melinda», dijo. Le sonreí pero no alcancé a decir mi nombre porque alguien me hizo con un abrazo de

kárate una llave en el cuello, y me inmovilizó. Estuve así unos segundos sin saber qué pasaba, lo único que podía entender es que el muy pendejo decía «Amol de cálcel, amol de cálcel» y lo que parecía una reunión normal, de pronto se tornó en una maldita fiesta de fenómenos de circo.

El carajo me agarró del mentón y quiso como darme un beso mientras todos se reían del espectáculo. Por suerte, en algún momento como de reacción, de sentido común, como de que se le había pasado el efecto del *crack*, supongo, dice: «Eeergación, mano eres burda de lo parecido al Claudio —y acercó una silla sin quitar su cara de maldito ente sobrenatural—. Coye, mi rey, discúlpame esa... marico es que eres igualito... ¡Háblame, chino...!, lánzame una curda pa'cá». Luego de las disculpas, que incluyeron al propio Luis Fernando, supe que el nombre del tipo rendía honor a su rareza. «Coño, Friki, si eres chocón», decía Melinda sin dejar de reírse. Sin embargo, ni las disculpas, ni nada eran suficientes para dejar de sentirme mal, pensaba que debería estar en mis clases, y que no entendía por qué y a cuenta de qué me prestaba para que me humillaran. En mi pecho se me formó un pensamiento medio complejo, que trataba de mantener subterráneo, muy oculto, dormido; pero ni mis viajes a ciudades multiculturales como Ámsterdam, ni a Londres, ni las jornadas con Martha bañando perros en la veterinaria de Santa Mónica, ni mis experiencias recogiendo dinero en potes para niños que necesitaban operarse del labio leporino, sirvieron para que no emergiera esa idea de que «esos monos podían irse a la re mierda». Luis Fernando, como buen cabeza de familia, alertado de que ya el asunto me había encabronado mal, se puso serio y le ordenó a Friki que me pidiera perdón. Este me vio acelerado y casi a punto de una epilepsia por la ira contenida. «Si va, papi —y buscó los ojos de Luis Fernando, puede que asimilando algún significado para una disculpa que no sentía—... perdóname esa *manivela*...». Respiré, tampoco quería quedar como el sifrino de la cuadra, o mejor dicho, como lo que hacía de niño, de llevarme el bate, el guante y la pelota cuando me picaba por algo, que era casi siempre. Pues si hay algo que no he dicho, y que sería bueno decir, es que mucho tiempo sufrí de mal manejo de ira; y vaya que bastante gastaron mis padres en sesiones con un psicoanalista Jungiano, así como en costosas atenciones para mi equilibrio psíquico, que incluyeron una temporada completa en una hermosa clínica en Bali rodeado de matas de plátanos y calores sofocantes.

Todo ese esfuerzo económico invertido, solo para que estos hijos de puta jueguen a la pelota conmigo. Respiro y pido perdón a la estatua de Buda que me ayudaba a meditar a las cinco de la tarde, pero hasta él tiene que entender que ya esto era demasiado.

Friki era el más ruidoso y el que más hablaba. Decía cualquier barbaridad y saltaba de un tema a otro, como si nada lo atara realmente a ningún pensamiento concreto. La única que medio le paraba era Melinda, aunque también ella de vez

en cuando se lanzaba sobre su celular y lo dejaba hablando solo. En un momento, al fin se calló la boca y se metió también en su teléfono celular, al igual que el resto. Quedamos ensombrecidos por el silencio conocido de esta época y que parece un murmullo, un eco que no termina de explotar, y que a su vez toma la forma de tiki, tiki, tiki de pulgares en batalla absoluta por el control de otras mentes lejanas.

El chino llegó a recargarnos —sin pedirlo— nuestras cervezas y colocó una de más. Traté de atajarlo, tomándolo del antebrazo para señalar su error, pero hundió en mí los mismos ojos de Bruce Lee al pelear con Chuck Norris, y me di cuenta de que había traspasado una frontera que pensé no existía. Igual, el chino, al ver mi cara de sorpresa, resolvió bien levantando su dedo y señalando hacia la barra. Allí, un hombre con lentes oscuros y una chemise color naranja, saludó. Levanté la mano, pero quedé como el propio pendejo porque realmente saludaba a Luis Fernando. Por supuesto, el chino se rió al ver la escena y entendí que ese día me había convertido en el bufón de la maldita corte.

El chamo de la chemise naranja, llegó a la mesa. Extendió la mano sin decir una palabra y todos empezaron a darle sus celulares, la que más resistió fue Melinda, pero igual lo entregó no sin antes soltar un «¿Por qué me tienes que chocar el carro?» acompañándolo con un solemne resoplido de inconformidad. «Tú también, nuevo», me dijo. Por supuesto, me hice el duro, al principio, pero como el resto ya me dedicaban sus muecas de «no te pongas cómico» preferí relajarme y colaborar. El hombre agarró los teléfonos y uno por uno fue quitándoles las baterías. Luego puso todo en un pequeño morral que cargaba y lo colocó bajo la mesa. No tenía la mínima idea de qué vendría después.

***

El fulano de la chemise, era Claudio *himself.* En él convergía de pies a cabeza toda la planta baja de Albrook Mall de Panamá: zapatos Hilfiger, franela Lacoste, *bluejean* Levi's y reloj Fossil; todas marcas distintivas de alguien que pretende resaltar entre sus hermanos de clase, pero que se queda corto para quienes escogen con pinzas los destinos turísticos y de compras de Centro América y el Caribe. El hombre se sentó y empezó su cuento con un tono que iba de lo lacónico a lo misterioso y de inmediato supe que era a leguas el más inteligente del grupo. Hacía una especie de análisis de coyuntura actual, donde intercalaba frases de Isaiah Berlín, con algunos fragmentos de la novela *Rebelión en la granja* y concluía mentándoles la madre a los *pacos* de inteligencia, que según él «están en todos lados, en todas partes». Supuse que el tipo era bastante paranoico, así que pregunté sin ánimo de arruinarle el estado de desconfianza total, por qué si eran tan celosos con su seguridad, habían sido tan flexibles en permitirme entrar a su círculo. La respuesta provino del propio Claudio quien le explicó al equipo que yo había sido admitido a solicitud de Luis Fernando, y que él en persona me hackeó el correo electrónico, la mensajería de texto —entonces

Luis Fernando empezó a reírse— y terminó recomendando —mientras levantaba su propio teléfono— nunca mandar fotos sin ropa.

Creí que iba a explotar... no sé si de la vergüenza, de la rabia o qué... solo me contuvo de lanzar la mesa por los aires que Melinda deslizó su mano hacia mi muslo para apoyarse mientras le decía a Luis Fernando que le enseñara el teléfono «*pa' ve*». Hasta Sexo Débil medio esbozó una sonrisita, la única por cierto que le vi en todo el tiempo que lo conocí. Le volví a orar a Buda y quién sabe si a Sai Baba, y me contuve. Luis Fernando igual hizo que pasáramos la página y nos concentráramos en lo importante. Fue cuando Claudio informó que habían aceptado que el grupo fuese a la *adecuación* en La Quinta, pero que había algunas condiciones que cumplir. Luis Fernando era el que prestaba más atención y nunca relajaba las facciones, era una expresión entre la sorpresa y el convencimiento de que había encontrado el boleto dorado y que por fin iba a conocer su añorada fábrica de chocolates. Aunque según Claudio en este caso, el apreciado Willy Wonka, era bastante escrupuloso y exquisito. Una de las exigencias es que debíamos firmar un documento donde no culparíamos a la organización de cualquier percance que sufriésemos el tiempo que tomaba el entrenamiento. Además de eso, estábamos obligados a permanecer dos semanas en el lugar. Un aislamiento total que desde la perspectiva de Claudio era comprensible pues ya La Quinta estaba siendo vigilada constantemente por los esbirros de la policía. Por último, y creo que por mucho fue el requisito más difícil de cumplir, teníamos que guardar absoluta reserva sobre lo que viésemos allí. Un silencio total y casi monástico hizo que la mesa se resintiera. Quedé completamente fuera de lugar. Siendo parte de un vals cuya melodía intuitivamente no me agradaba y que además iba oscureciéndome el semblante hasta convertirme en el cisne negro del grupo. En el momento en que las vísceras se dispararon como la alarma necesaria y suficiente del propio cuerpo para salvaguardar la propia integridad, Claudio puso una mano en mi hombro y le dijo al resto del grupo que fueron admitidos al campamento solo porque supieron que mi apellido contaba con un cierto peso en los límites de la zona civilizada de Caracas.

Fue entonces que entendí que eso era todo lo que pretendía Luis Fernando sacar de esa amistad. Arrimarse a un linaje que le permitiera colarse en los selectos grupos y avanzar sin ser visto por entre el fuego de metralla de los afanosos discriminadores de clase, raza, credo, sexo y religión. Sin embargo, pude haberme negado a que me utilizaran como palanca, pero algo dentro de mí cada vez se sentía más presa de ese malestar sin nombre al cual me dirigía sin frenos ni precaución. Claudio siguió hablando y dio precisas indicaciones de que no podíamos comentar con nadie dónde estaríamos y mucho menos haciendo qué. Además marcó el día siguiente y la bomba de gasolina cercana a ese mismo centro comercial, como el punto cero de nuestra aventura. Solo levanté la mano para decirles que ya pronto iba a entrar en exámenes

finales y todos excepto Sexo Débil, estallaron en risas. Luis Fernando se aplomó y se incorporó a la mesa para decirme una frase que no supe como consumirla: «Marico, eso ya no importa».

Claudio terminó de hablar, volvió a poner las baterías en los celulares y nos los entregó. Luego se marchó sin acabar su cerveza. No se despidió, al igual que Friki, Sexo Débil y Melinda, cuyo único gesto fue acariciarme la cara desviándome la mirada de su culo firme hasta la puerta de salida. Luis Fernando me dijo que iba al baño y quedé a merced de los ojos del chino, que me observaban con una paz muy similar a la de Miyagi cuando atrapó la mosca delante de Daniel San. En un momento, me dije a mí mismo dos cosas, la primera, es que el señor Miyagi era japonés, no chino, y la segunda, es que había sido elegido como el idiota que iba a pagar la cuenta.

Luis Fernando no salió del baño nunca o si lo hizo no se despidió. Esperé unos quince minutos antes de entrar a buscarlo y mirar debajo de las puertas y calarme el olor añejo del orine esparcido por toda superficie. Acordé con mi serenidad que lo mejor era ir a pagar la cuenta y devolverme a la universidad. Por suerte, llegué a la última clase. Me senté cerca de Cristipuchi, quién arrugó el ceño y me dijo que atendiera mi celular. Alcancé a ver un mensaje que me tensaba la pechera de la amistad «¿Dónde coño estabas?». La miré y le hice un gesto que escuché en mi cabeza muy convincente «Te lo digo después». Por supuesto, ella lo entendió.

Al salir de clases nos fuimos a comer sushi y hablar de las trivialidades de siempre. Pero no más los roles desaparecían tuve que soltarle todo. Cristipuchi atendió el relato sin dejar de comer y a veces sin mirarme porque su celular se lo prohibía. Le pregunté qué opinaba y me confesó que Luis Fernando no le caía muy bien y que aún no entendía cómo carajo Martha lo aceptaba así nomás. Me argumentaba que su juicio no se basaba «en el bronceaíto de río» —le encantaba esa categoría— ni en la manera en que había logrado entrar a la universidad apelando a la caridad de los Jesuitas, sino que había algo en sus ojos que no le dejaban tranquila. «Chamo, te digo... el pana es un ambicioso... o sea, no es que todos no lo seamos, pero no sé, es una como una ambición rara, ¿me entiendes? es como si te envidiara, pero a la vez sintiera como desprecio».

Las palabras de Cristipuchi acompañaron el último *sashimi* que me comí. De allí, mi mente se apartó para tratar de armar un código oculto que nunca estuvo por completo resuelto. Ella me pidió que la llevara a recoger a una amiga española que la esperaba por La Castellana y así lo hice como a las siete de la noche. La mujer, a quién Cristipuchi llamaba Vane, supongo que por Vanessa, se sentó en el asiento de atrás y no más arranqué le entró a besos a Cristipuchi y allí se quedaron amarradas las dos, jurándose que no se habían olvidado y que más nunca se iban a separar y que las mujeres de Madrid eran todas unas frígidas y que si Sabina y que si la Gran Vía a la medianoche.

Medio me excité observándolas por el espejo retrovisor, pero cuando la mujer le empezó a dar instrucciones a Cristipuchi sobre cómo tocarla, la cosa me sonó tan parecida a las indicaciones de la gallega que me hablaba por el GPS del teléfono, y de inmediato se me quitó todo. Así de pronto pensé en que la mamá de mi amiga cada vez que me veía le decía que yo era un hombre de buena familia y que debía casarse conmigo, a lo que Cristipuchi le contestaba que sí para que dejara el fastidio, pero sobre todo para que se quedara tranquila y se fuese a la reunión de La Rosa Mística de la que era creyente y además líder de la cuadra y la primera en ponerle escapularios a todas las vírgenes de la parroquia. Entonces me entristecí por esa señora llena de rosarios y cruces, y por la manera en que se montaba muy elegante en su Mercedes para ir a donar Biblias y más Vírgenes a los orfanatos de Caracas, mientras le decía a su hija a través de la ventana a medio bajar, que el domingo le había prometido al sacerdote que irían ambas a confesarse y a rezar una cadena de padrenuestros por este país que se caía a pedazos. Y por supuesto que al volver a la Cristipuchi y a la Vane a través del retrovisor, y corroborar que aún se lamían orgullosas y desesperadas, sentí ganas de que aquella atribulada madre fuese por unos minutos una silenciosa copiloto y que me acompañara a recorrer la ciudad en una noche sin ida ni vuelta, en círculos eternos entre la Av. Libertador y las sombras del Country Club, y que me dejara comentarle que lo único hecho pedazos y que bien merecía una oración era la relación con su hija.

Cuando al fin parecieron quedar satisfechas, fue que decidieron darme coordenadas. La Vanessa dijo que andaba guarra o algo así y que la fiesta necesitaba «ponerse», entonces Cristipuchi me pidió que nos acercáramos un rato al local que a ella más le encantaba y que yo llamaba el «Emo Bar» y que para variar esa noche tenía un concurso de bandas depresivas donde todas las letras eran sobre amigos que se habían ido del país o de que si el tinte Koleston Nº 2 Black ya no se conseguía y que ellos también se iban a morir pronto, en fin... lo usual que se escuchaba en ese sitio. Estuve un rato con ellas, solo por insistencia de Cristipuchi, pero la Vanessa necesitaba su espacio y lo reclamó montándole la pierna por entero a su novia, sin importarle que también era mi amiga, y me sacaron por completo del juego. En cualquier caso, ya estaba agotado y necesitaba dormir, así que le dije a Cristipuchi que me iba, pero ella estaba más ocupada en explorar la lengua de la madre patria que en las cortesías. Así que me levanté y atravesé toda la selva de chaquetas de cuero y *piercings* mientras en los oídos me zumbaba el lamento de una generación que ya no sabía en qué palo ahorcarse.

Capítulo 2

En la isla del Señor de las moscas

Fui el primero en aparecer en la gasolinera. Estaba un poco acelerado, sin saber qué hacía exactamente allí y por qué rompí la rutina solo para seguirle el ritmo a una situación que ya comenzaba a arroparme por completo.

Mi papá notó esa desatención. Lo hizo por la mañana mientras comía su desayuno y leía el periódico en el comedor, con su camisa blanca y corbata escarlata, ambas impecables. En la mesa reposaban los cinco diarios más importantes del país, más las revistas semanales de política, y una *tablet* donde también aguardaban por su atención cincuenta pestañas de artículos sobre coyuntura financiera provenientes de los letrados del *Financial Times*, *The Economist* y el *Wall Street Journal*. Siempre tenía miedo de sentarme a su lado porque iba a terminar siendo interrogado sobre la universidad, el comportamiento del fideicomiso que me abrió en un banco de Ginebra y lo más importante para él, mis planes para cuando acabara de graduarme. «Martin te espera en Washington», me diría antes de llenarse la boca con sus panquecas. Todo ello sin apartar la vista del periódico y en equilibrio perfecto con la taza de café expreso en su mano derecha. Por supuesto, al igual que otras veces, le iba a contestar con onomatopeyas o con un «Lo estoy pensando», mientras Maira —que había sido mi nana desde los nueve años y muy sabia para servir de catalizadora a la poca paciencia de mi papá— entraría al comedor para ponerle más jarabe de arce a las panquecas, echar más café en su taza y hacerme muecas directas donde se leía claramente la expresión «Carajito, dile que sí». Luego de la intervención de Maira, a mi papá le daría por entrarme con su psicología donde echaba de nuevo cuentos sobre su historia personal y que se resumía siempre al mismo párrafo: «Yo también a tu edad, creía que me las sabía todas. Pero estaba equivocado. Tuve que tener esa visión para entender que es mejor aceptar los regalos que la vida te da. No hay que enfrascarse en caprichos juveniles, es necesario abrirle los brazos a las oportunidades... El mundo está lleno de oportunidades».

Esas palabras, que nunca se atrevió a decirme de qué clase de experiencia trascendente las había sacado, fueron traducidas por el propio Martin, uno de sus mejores amigos o contactos del mundo a quién conoció durante sus estudios

universitarios. Estábamos en un *pub* de Londres, mientras viajaba por Europa con los panas del Emil Friedman hace como cinco años. Martin, en ese momento un avezado consejero de la City, me habría dicho entre incómodos chispazos de saliva de británico borracho, lo que mi papá nunca se atrevió a relatar. A mi padre, un joven con la sangre alborotada por el asesinato del Ché Guevara y escuchando las noticias de la guerra de Vietnam, se le había ocurrido que lo mejor era meterse de guerrillero urbano en Caracas, animado por los grupos anarquistas de la Facultad de Economía de la UCV, y contribuir a la causa socialista volteándole la tortilla a los gringos en su patio trasero. Sin embargo —y esto lo dijo Martin chorreando cerveza por la nariz en un frenético ataque de risa—, a mi papá lo agarraron haciendo unas pintas estilo Mayo Francés: «La imaginación al poder», «Prohibido prohibir». Nada, se lo llevaron derechito a un calabozo donde le metieron una hora de corriente en las bolas y se aplicaron en serio a hacerle «el submarino» para que terminara de soltar todo lo que sabía sobre las células comunistas que operaban en las universidades. Le dieron su buena dosis de terapia de choque, hasta que uno de los amigos de mi abuelo, un hombre muy ligado a la cristiandad democrática, vio su nombre en unas listas e intervino antes que terminaran de freírle los testículos. «Poquito más y tú no nacer», me lo dijo al borde de la histeria y en castellano como para que entendiera lo afortunado que había sido. Luego de eso a mi papá lo «becaron» para que se fuera del país y dejara el sarpullido socialista. Ahí entendí parte de la historia que de niño no me cuadraba. Fue de esta forma que terminó en Cambridge estudiando economía y renegando de cuanto experimento colectivista han parido la mente de los hombres. Aunque a veces, en la soledad de la noche, cuando se le va la mano con el whisky de malta, da un gritito de «Viva Cuba Socialista», sin esperar tener testigos y con una mirada que busca, sin culpa ni remedio, a unos carceleros que supieron hacer muy bien su trabajo.

En la mañana, antes de irme a la gasolinera, mi papá empezó a hablarme del Reino de Bután y de que allá iban a cambiar la medición del PIB por otro marcador: la Felicidad Interna Bruta; y me preguntó, en su examen de mi carácter diario, qué opinaba. Pero yo ese día estaba disperso, pensando en la cita que tenía y en que dejaría de asistir a la universidad y no pude responderle coherentemente. Entonces disparó: «¿En qué andas tú metido?». Levanté la vista y esperé a que Maira apareciera, salvadora como siempre, pero no llegó nunca. Quería decirle la verdad, así como lo hacía con mi mamá antes de que muriera, pero aunque quise no pude articular palabra. Solo podía verlo allí, con su mirada de escultor insatisfecho ante su obra, en espera de algo que le aliviara el alma. Así que le di lo que quería. «En julio me iré con Martin». Aquél hombre saltó de la felicidad y me dijo que no me iba a arrepentir, entonces se me acercó y me prometió que tendría mi propia villa en *Chevy Chase section five* o donde me diera la gana. Luego se puso serio y se dijo

así mismo que ya era hora de salir de Venezuela porque estábamos estancados en la Edad Media. Le pregunté por qué no aprovechábamos y nos íbamos juntos, y fue cuando me respondió enfático y con una sentencia que supongo habrá cultivado en Cambridge: «minero que se respeta, nunca abandona la mina».

***

La próxima en llegar a la estación de servicio fue Melinda. Ahora sí podía verla con total detalle. Su cuerpo entraba perfecto en unos *leggins* oscuros cuyo diseño parecía no universal sino hecho especialmente para ella. El top de color púrpura le marcaba por completo unos senos que estaban entre una actriz porno y una consecuente bailarina clásica. Ese día llevaba una gorra y unos lentes de sol que mantuvieron protegidos sus pensamientos. El cabello lacio y negro iba dominado por una trenza que se movía pendular. Se detuvo frente a mí y me atrajo hacia su centro de gravedad.

—¿Y el resto de los muchachos? —preguntó.

—No lo sé, acabo de llegar.

Nos quedamos callados. Ella texteaba en su celular y yo hacía o quería hacer lo mismo, pero no podía dejar de mirarla. Me agradaba en demasía ese talante independiente y zumbado. Nada que ver con Martha. Sí, la misma Martha que ahora figuraba con Luis Fernando, pero quien hasta hacía menos de un año cogía conmigo como si no hubiese mañana, y hasta me llegó a proponer la idea de mudarnos juntos a un *loft* que su papá recién le había comprado a un constructor francés. En todo caso, sentía que más allá de las diferencias entre las claridades de piel y carácter, lo que hacía a Melinda especial era su manera en que todo parecía importarle mierda. La Cristipuchi me decía constantemente que yo sentía una especie de fascinación por las mujeres complicadas y fatales, y culpaba de todo a la temprana muerte de mi madre. Señalaba que había conversado el asunto con Martha, la psicóloga frustrada, y todo parecía apuntar a «un mal destete» como único diagnóstico posible. Le decía que mi madre murió cuando tenía nueve y hacía rato que había dejado de ser amamantado, y eso si alguna vez lo fui porque según mi papá, mi madre odiaba cualquier tradicionalismo y siempre abogó en sus estudios —ella era médico— por «liberar» a las mujeres del yugo de «ser mujer». Mi padre se reía al recordarla, y lo hacía sin mucha melancolía sino con orgullo y concluía las memorias pidiendo que agradeciera esa forma con la cual mi madre enfrentó la maternidad, pues gracias a ello una farmacéutica suiza pagó parte de mis estudios y viajes vacacionales.

Melinda comenzó a estirarse frente a mí como si se preparara para una carrera. Parecía, más bien, una forma de pavonear sus proporciones y me sentí sumergido en un documental sobre cómo se aparean los animales. Me preguntó la forma en que llegué a la gasolinera y le dije que en taxi, se quedó pensativa y volvió a interrogarme. Esta vez contó que Luis Fernando había dicho que yo tenía una camionetota

importada única en el país. Me sentí como raro al escucharla, pero comprendí que si estaba desubicado es porque jamás había meditado sobre mis medios de transporte. Así que le dije que era normalita, al menos en comparación con el carro de mi papá: un Bugatti Veyron traído desde la misma Italia. Melinda dejó de estirarse y se quedó congelada en un gesto ingenuo que parecía avisar de que no había captado algo en mis palabras. Luego retomó sus estiramientos y dijo: «¿Sabes qué la da demasiado? El olorcito a carro nuevo».

Me sonreí y quise decirle que siempre había creído que lo único que iba a superar el invento del teléfono celular es que alguien lograra hacer un perfume con olor a carro nuevo. Y estuve muy motivado de verdad a comentárselo para ver si con eso le entraba un poco a su espíritu blindado, pero no tuve tiempo porque Sexo Débil y Friki se acercaban desde el flanco derecho. Nos saludamos sin mucho aspaviento. Friki por supuesto se soltó a decir tonterías como que a Sexo Débil no le gustaba la guasacaca con empanada y que eso le parecía sospechoso en un tipo que prácticamente consumía jugo de piña con célery en el desayuno. Por supuesto que esa declaración no fue literal, sino más bien una interpretación que hice de la especie de dialecto urbano-marginal de Friki en donde abundaban muchos «Qué lo Qué»; «ná, marico»; «pasó perro»; «lo qué tá», etc...

A pesar del aplomo de Sexo Débil, llegó un momento en que le puso la mano en el hombro a Friki y le ordenó, con la misma calma de cualquier psicópata antes de enterrar el bisturí, que se callara. Mientras tanto, Melinda vigilaba la escena sin involucrarse y solo habló para decir que había llegado nuestro transporte. Una camioneta 4x4 de color negro se estacionó a unos cincuenta metros e hizo cambio de luces varias veces. Cuando llegamos, Luis Fernando bajó el vidrio y nos pidió montarnos en la parte de atrás. Había en todo el interior un olor insufrible a cigarro mezclado con perro mojado que me provocó repulsión y escalofríos. Claudio, que iba al frente del volante se disculpó solo por el olor a cigarro, pero no mencionó nada sobre el resto de la esencia. Friki rompió el hielo y su voz fue lo único que llenó la cabina de la camioneta en un largo trecho. La historia comenzó con la siguiente frase: «Ná, ayer lo que soñé fue con el pollito». Sexo Débil subió los ojos con fastidio y Melinda, que estaba a mi lado, se quitó los lentes y lo miró fijamente: «No me jodas, en serio vas a volver a hablar del maldito pollo. Sopórtala, Friki...». Claudio y Luis Fernando se mantuvieron en sus puestos delanteros alejados de toda la acción que tenía lugar en el asiento de atrás. Mientras, Friki no prestó atención a Melinda y siguió en su propio trance.

La historia de Friki, de pronto me hizo caer más en consideración de quiénes eran mis acompañantes. Allí, él debía ser el más pobre. Se le podía notar en la ropa, pero también en los ademanes y el propio lenguaje. Además —y esto es otra de las observaciones que le debo a Cristipuchi—, hay gente que no puede esconder

nunca los síntomas de la desnutrición infantil, por más que haya cambiado su forma de vida de adulto. La Cristi lo llamaba «El *Favela Style*» y acuñaba la referencia diciendo que el equipo de futbol de Brasil era una vitrina viviente de la infancia tercermundista. No se burlaba cuando reflexionaba sobre eso, aunque tampoco es que quisiera llegar al meollo de la cuestión, solo soltaba eso allí y me lo dejaba para que me extendiera en ello o a veces se lo ponía en bandeja de plata a una de sus panas, Patricia Goldsmith, de la cual hablaré más adelante.

Melinda y Sexo Débil, incluso el mismo Luis Fernando pertenecían a una escala más alta. Posiblemente de padres pertenecientes a la capa de profesionales y técnicos que vivieron en barrios durante gran parte de su vida, pero que en algún momento pudieron acceder a un apartamento de esas urbanizaciones hechas entre los 80 y 90. Nada de grandes lujos, pero al menos la posibilidad de una existencia medianamente estructurada, con juntas de condominio y bajantes para la basura, quién sabe si una que otra puerta con llave magnética y ascensores para hacerlos sentir que ya no eran parte de la locura de la que procedían. En cualquier caso, la apariencia de ellos tres, podría sí ubicarse más en lugares como los que describo, así como sus ropas y mucha de la jerga que usaban. De las aspiraciones podría hablar poco, porque en ese momento, a pesar de compartir un espacio en ese carro, dichas ambiciones no eran parte de mi conocimiento o interés. Aunque sí me atrevería a deducirlas a partir de una sentencia que mi papá patentó, y estaba dedicada exclusivamente a la clase media venezolana: «nunca están satisfechos».

Él lo decía, o al menos es mi recuerdo infantil, cuando tuvo que ayudar a uno de sus compadres recién nombrado ministro de Planificación. Fue asesor, no tengo muy clara la fecha pero sí tengo muy presente que siempre estaba estresado y de mal humor, y lo único que parecía drenar su malestar era lanzar el televisor al piso cuando transmitían una protesta mientras gritaba «Quieren todo regalado». Mi mamá trataba de calmarlo y recurría a la *Chakra Gift Box* que era su sombrero mágico de donde extraía el mejor té que la East Indian Company de Londres pudiera tener. Él se relajaba un poco y hasta se permitía hablar con mamá de otros asuntos, como lo hermoso que era Piccadilly Circus al atardecer, o los fines de semana que se marchaban a Berlín, para presenciar el inicio de la temporada de ópera. Se quedaban un rato colgados de esas memorias hasta que el teléfono de la casa volvía a sonar y mi papá saltaba solo para maldecir, lo mismo una y otra vez: «Van a tener que entender que nada es gratis en la puta vida».

Ahora que veía la mirada pensativa de Luis Fernando reflejada a través del retrovisor, podía saber que él no encajaba en esa línea de mi padre. Creo, por mera intuición, que él sabía que en el fondo tenía que esforzarse el doble para ganarse un lugar en el mundo. Sin embargo, no podía entender qué guardaban las miradas de Sexo Débil, Claudio o Melinda. Puede que en Claudio estuviese ardiendo una chispa

de aquel que se siente superior al resto pero que está irremediablemente atado a la plebe. A Sexo Débil, lo atravesaba constantemente un mal humor que imposibilitaba llegar a su mente, mucho menos a algún resquicio de sensibilidad si la tuviese. Era como estar frente a un tanque y pretender que compartiera impresiones sobre poetas del siglo xix. Su cuerpo, en cualquier caso, altamente trabajado, era lo mejor que tenía para comunicarse con el mundo. Y lo hacía de un modo intimidatorio aunque no se lo propusiese, pero ya nada más el tamaño de sus bíceps y del sudor constante que desprendía aún bajo la ráfaga del aire acondicionado del carro, me hacían pensar que su cuerpo macizo era una coraza que escondía un hervidero peligroso. Al repasar los caracteres de cada uno, aprovechando la cortina anti musical de Friki y sus historias extrañas, tuve que detenerme en Melinda. Ella lo percibió y se quitó los lentes. Pensé que iba a hacer algún comentario para dejarme en ridículo, pero no lo hizo. Solo se quedó allí como preguntándome a través de la mirada, si también iba a hacerme una idea sobre ella sin ni siquiera conocer la mitad de su historia. No supe cómo comportarme ni como zafarme, porque esta vez no sentí en ella la obstinación y sospecha permanente. Fue Friki quien resolvió a su manera la situación:

—¡Qué pasó, mano...! ¡Manifiéstate con la jeva...!

Volvió de inmediato la mala cara de Melinda y el hechizo se rompió. Luis Fernando en ese momento volteó para incorporarse a la tensión del momento, pero no dijo nada. Solo atrapó a Melinda a través de los ojos y la obligó a quedarse allí un momento. Fue como si estuviese regañándola o quizá advirtiéndole algo. En cualquier caso, lo que sí era seguro es que había un cierto sentido de autoridad, acompañada con una energía muy similar con la que se reclama un juguete en el preescolar. Lo que fuese estaba siendo transmitido a través de la expresión de Luis Fernando, también mantuvo a raya a Friki e incluso a Sexo Débil que optaron por escabullir la atención por las ventanas del vehículo. Al volver a ocupar su asiento, Luis Fernando comenzó a hablar. Se puso súper serio y el tono y la propia manera en que lanzaba las palabras convertían la información en una especie de decreto real. Y se cumplió tal cual al pasar por las puertas de nuestro destino.

La Quinta era una gran casa escondida en las vías hacia la zona rural de El Hatillo. Se llega dejando atrás las mansiones de La Lagunita Country Club, y atravesando un camino de tierra que extrañamente a lo que se puede pensar, deriva en un pequeño caserío llamado Turgua. Ya había estado antes por aquí, pero en un recorrido que organizó la universidad para cumplir con las obligaciones morales impuestas por el Ministerio de Educación Superior, a través del eufemismo del «Servicio comunitario». En ese momento, hice un pequeño reportaje sobre un brote de leishmaniasis en la zona y quedé bastante horrorizado, aunque no tanto como Cristipuchi, quien parecía sentirse contagiada de la enfermedad no más le pedí revisara el artículo. Ahora, cuando pasaba por la única calle de la comunidad y

que es a su vez su entrada y salida, la veo distinta, más solitaria. La Quinta quedaba veinte minutos después.

Un gran portón algo oxidado detuvo la camioneta. Claudio nos pidió seguir el protocolo acordado por Luis Fernando y que se resumía a callarnos la boca y esperar las órdenes. Claudio tocó la corneta dos veces, luego hizo tres cambios de luces y volvió dos veces más con la corneta. Nada parecía moverse. Aguardamos. Un viejo, que recordaba a un campesino andino, se acercó y luego de echarle unos cuantos vistazos a la camioneta se decidió abrir el portón. Hizo señas para que entráramos y luego pidió que bajáramos el vidrio. Nos preguntó si íbamos a irnos el mismo día o pensábamos quedarnos durante toda la semana. Claudio miró a Luis Fernando esperando la respuesta y yo me busqué a mí mismo preguntándome qué carajo era lo que acababa de escuchar. Luis Fernando le explicó que todavía eso no estaba decidido y que esperarían que otros lo informaran. El hombre miró hacia adentro de la camioneta y nos vio a cada uno, en especial a Melinda, después escupió al piso y ordenó: «Lleguen directamente a la casa».

Comenzamos a adentrarnos por un camino de tierra que conectó con un túnel vegetal muy hermoso que cambió por completo el color de ese día. A los lados el camino estaba delimitado de manera precisa por una cerca de troncos y alambre de púas en un trecho no menor a un kilómetro de distancia. Prestaba atención a los pequeños bosques más allá de las alambradas y de pronto creí ver algunas formas humanas entre los árboles. Al principio me pareció una apreciación sin sentido, pero luego volví a tropezarme con una figura que pasaba de un árbol a otro, como si intentara esconderse y ya no pude seguir sosteniendo que el asunto era obra de mi imaginación. Le toqué el muslo a Melinda y le señalé el bosque, le dije lo que había visto y ella abrió también los ojos y se acercó a la ventana para espiar, aunque me dijo que no vio nada. Lo hizo mirándome a una distancia de cinco centímetros y sin importarle que apoyaba su mano en algo más duro que mi muslo. Sin posibilidad de pasar más allá de esa cercanía volvió a su puesto y allí abandonamos los bosques y apareció ante nosotros una gran llanura verde.

Era más similar a un campo de golf inmenso. Había una gran casa en el medio y de lejos se veía a algunas personas caminar, recostarse en la grama, jugar al voleibol o hacer malabares con pelotas. Estacionamos al lado de un pequeño autobús blanco y de inmediato me atacó la impresión de que yo debía ser el más anciano del lugar. A excepción de nosotros, la mayoría de quienes pululaban por los amplios jardines que rodeaban la casa no pasaban de los veinte años. No parecían estar muy conmovidos o curiosos de nuestra presencia, ya que seguían haciendo lo que fuera que hacían, sin importarles nada. Cuando entramos a una de esas grandes quintas que aparecían en muchas telenovelas, creí que ingresaba a una especie de resort o club de campo. Puede que el sitio incluso hallase similitud con

algunas estancias de las empresas tecnológicas de Sillicon Valley. Lo digo puesto que no había muebles y lo único que había en esa casa, al menos en la entrada, eran poltronas, una pequeña mesa de ping pong, una mesa donde jugaban cartas, algunos grandes *puff* con figuras geométricas y colores primarios. Quizá lo más conocido eran dos grandes televisores donde se proyectaba lo que parecía un video institucional del lugar, pues se reflejaban imágenes que ya había visto luego de que el vigilante abriese el gran portón. En dicho video había un hombre de veintitantos, joven como nosotros, muy correctamente vestido bajo los estándares de los yuppies rebeldes que ya uno no sabe si son metrosexuales o simplemente andróginos adictos al *gender bender*. En cualquier caso, el hombre parecía contar una historia sobre Venezuela y con un discurso motivador le pedía a quien fuese su audiencia, de que ya era tiempo de pasar de la indolencia a la acción y que para ello, como si se tratara de un comercial de autoayuda, había que transitar los «8 pasos hacia la verdad», y concluía señalando el cielo mientras una bandera ondeaba y una palabra emergía: Líderes.

Cuando pude despegarme del hechizo de la pantalla, me uní al resto del grupo. Luis Fernando y Claudio hablaban con una chama de unos dieciocho años que estaba detrás de un escritorio. Ella les dio algunas planillas y alcancé a escuchar «Los entrevistarán por separado». Claudio nos pasó las planillas, donde vi que Líderes era precisamente el nombre de la organización, grupo, parque recreacional, spa, o lo que fuera que fuese ese lugar. En los papeles nos pedían todos nuestros datos e incluso el de nuestro representante legal, si aplicase. Después había una pequeña y perturbadora encuesta que trataba de recoger nuestras impresiones sobre Bolívar, el juego de bolas criollas y dormir en chinchorros. Cerraba con dos preguntas: *En el caso de que por un cataclismo natural tuviese que huir del país, ¿qué única cosa llevaría con usted?* y *Si pudiera definir Venezuela con una palabra, ¿cuál sería?*

Claudio empezó a recoger las planillas y se molestó con Friki acusándolo de que aquello parecía haber sido escrito por un niño de cinco años. Pero Friki se lo tomó a chiste y lo único que atinó a decir en su defensa era que «no se pusiera la peluca».

Aproveché para ponerme a un lado a Luis Fernando y dejar las cosas claras de una vez:

—Viejo, honestamente ¿de qué va todo esto? ¿Qué es eso de entrevistarnos por separado? Eso que dijo el vigilante sobre quedarnos aquí... No he querido importunarte con el asunto pero creo que llegamos a un punto en que sería conveniente que me dijeras...

—Tú si hablas raro... ¿Por qué simplemente no me dices: Luis Fernando, que coño hacemos aquí?

Inspiré profundo.

—¿Qué coño hacemos aquí? —pregunté.

—Lo que no se atrevieron a hacer nuestros padres —respondió de vuelta con unos ojos que no sabría describir.

Todos entregamos nuestras planillas a Claudio y este a su vez a la muchacha sentada en la mesa. Luego esperamos un rato más, cada uno metidos en los celulares aunque sin ningún tipo de acceso a internet. La propia secretaria nos preguntó si no nos habían explicado las reglas y recalcó «Los teléfonos están prohibidos». Incluso llegó a levantarse fastidiada, con una bandejita de metal que tenía en la mesa para agrupar documentos y nos pidió que los dejásemos allí, que nos los devolverían luego. Todos hicimos caso en una rutina que ya habíamos vivido previamente. Así que nos quedamos en un círculo que parecía no querer completarse nunca y escuchando el rumor lejano del sujeto del video corporativo que no se cansaba de repetir: Libertad, cambio y progreso.

Luis Fernando no corrió el riesgo de que Friki fuese el primero en hablar y tomó la iniciativa para recomendarnos que en la entrevista fuésemos los más naturales posibles y que no tratáramos de impresionar a nadie. Le advirtió a Friki que se limitara a responder sin añadirle ninguna anécdota familiar y mucho menos hablar del pollo. Claudio recomendó que aprovecháramos mejor el tiempo para leer algunos folletos de la organización para que no nos tomaran desprevenidos, pero Luis Fernando lo atajó de inmediato para aclararles a todos que estábamos allí porque compartíamos lo más importante: el deseo de acabar con la dictadura. Friki, Melinda, Sexo Débil y Claudio se mostraron receptivos y al escuchar esa última palabra asintieron al unísono mientras yo me quedaba por fuera sin saber qué melodía estaban bailando. Igual no quise preguntar y preferí hacerme una idea general de a qué se referían, si al Gobierno, a la mala vibra de la secretaria, a la imposibilidad de chatear según nuestro libre albedrío o al video corporativo que se repetía sin cesar cada cinco minutos. Cuando Luis Fernando fue llamado para la entrevista tomé el primer folleto que encontré sobre la mesa. De entrada lo confundí con las publicaciones religiosas, sobre todo por las ilustraciones donde aparecía un gran mapa de Venezuela y superpuesto en él, seres de todas las regiones del país que se abrazaban, reían y algunos hasta lloraban de felicidad. También había animales salvajes que no existían aquí excepto cuando pasaban los circos, y una palabra que los arropaba a todos: abundancia. Otra cosa que me llamó la atención, fue que a pesar de que en las imágenes podía distinguirse la procedencia andina, llanera, oriental de los sujetos, digamos por una prenda en específico, todos eran muy al estilo portada de *Vogue*, sin ningún negrito que le hiciera honor al menos a la gente que sonreía en lo que parecía Cumaná.

Por una costumbre personal, aunque heredada de un filósofo que me dio clases en la universidad, antes de empezar a leer un libro le invertía unos minutos a las letras pequeñas de los créditos, para saber quién realmente estaba detrás de esas

páginas «Si quieres saber el origen y destino de las ideas, sigue el rastro del dinero» decía. Busqué pero solo encontré que la imprenta de aquella publicación era una ONG sin fines de lucro cuya difusa identidad estaba resguardada en tres letras: T.F.P. El folleto en sí mismo tenía una estructura conocida de su editorial, como artículos banales, reportaje central y algunos *tips* de autoayuda para solventar dificultades del mundo cotidiano. Las imágenes eran hermosas, la felicidad, o al menos la promesa, era contagiosa hasta el punto de empalagar. Pero al terminar de revisar el folleto, era imposible zafarse de él, sentía que me agobiaba una necesidad de compartir esas ideas, contagiar las ganas de ser tan feliz como aquellos rostros impresos.

Fui el tercero en entrar después de Luis Fernando y Claudio. Me recibió un muchacho alto y flaco de pelo negro ensortijado que sonrió todo el tiempo que estuve allí. Tenía una energía muy alocada, como un vendedor de Amway al toparse con una solitaria ama de casa. La otra que iba a entrevistarme era una muchacha con un carácter algo más aplomado, hermosa y carismática. Parecía que entre ambos no llegaban a los treinta años. La entrevista tuvo lugar en un cuarto blanquísimo donde había un silencioso aire acondicionado y una gran ventana que estaba cubierta por una persiana que filtraba la luz del sol, impregnando todo de una coloración muy agradable. El lugar tenía un sofá de cuero supremamente cómodo y dos *puff* desde donde Laura y Mario (esos eran sus nombres), me observaban con muchísima atención. Cada uno tenía una libreta de notas, con unos soportes de metal similares a los que usan los médicos de guardia en los hospitales. Me preguntaron si quería agua o algo antes de comenzar, y también se aseguraron que dejase el teléfono celular afuera. Les contesté que no deseaba nada y que habría cumplido la orden dada por la secretaria. Ellos, sin dejar de sonreír, asintieron.

—Cuéntanos —comenzó Laura—, ¿qué fue lo primero que te llamó la atención al llegar aquí?

No esperé mucho en contestar, aunque comencé con una mentira.

—Que todos parecen estar divirtiéndose...

Ellos sonrieron, con una breve carcajada, una risa muy elegante y corporativa.

—¿A qué piensas que se debe eso? —preguntó Mario.

—La casa es hermosa, amplia, los jardines... la *libertad*... —el video resonó en mi cabeza— creo que se respira mucha libertad —me disgustó la frase prefabricada, pero ya no podía recogerla.

—Aquí valoramos mucho esa palabra —contestó Mario— es lo que nos mueve. La incentivamos en cada acto, alentamos a quienes vienen aquí a que vayan cada vez más profundo en lo que esa palabra tiene para darnos.

—Sí, es una idea muy poderosa, ¿no lo crees? —preguntó Laura.

—Por supuesto —contesté.

—¿Tienes idea de por qué estás aquí? —Volvió a preguntar.

El silencio duró poco, pero fue suficiente para tensar un poco una circunstancia que había comenzado de buena manera. En el fondo quería ser lo más sincero y explosivo posible y confesarles que no tenía la menor idea, que cada vez estaba más convencido de que me dejaba arrastrar por una cierta búsqueda de emociones fuertes, algo que me apartara de una vida cómoda y rutinaria. Y puede que si lograra agradarles con esa confesión, intentaría explicarles que hacía tiempo que comenzaba a sentirme increíblemente aburrido con la paz que me otorgaba la fortuna de mi padre y la plataforma de oportunidades con que ya contaba aun antes de nacer. Que ya las idas al club no me llenaban lo que antes y que incluso estar de paseo por la ciudad con Cristipuchi me dejaba bastante insatisfecho. Era posible que si mis interrogadores apretaran un poco más en sus cuestionarios les terminaría soltando que desde hace unos meses despertaba en la mañana sin la menor motivación, desinflado por completo, vacío de cualquier emoción que me permitiera saltar de la cama para ir a la universidad o incluso de fiesta. Unas mañanas sin tibieza en el aire y desprovistas de esa paz que te deja un sueño reparador. Es más, creo que si pudiera hablar con la libertad que tanto alababan, les preguntaría si han sentido alguna vez en sus vidas esa especie de melancólica calma que te cubre la piel cuando ya la noche se ha ido y lo único con que cuentas es con tu cuerpo perdido en la inmensidad del colchón y del día que espera por ti para iniciar. Les preguntaría, así, sin mucho preámbulo, si han sentido ganas de querer volver a cerrar los ojos para no volver a abrirlos nunca más.

—¿Tienes idea de por qué estás aquí? —repitió Laura.

—Para hacer lo que nuestros padres no se atrevieron a hacer —al aferrarme por comodidad a la misma frase de Luis Fernando, por un momento me estremecí un poco. Cómo si una entidad sin forma ni límites se apoderara de mi voluntad.

—Excelente respuesta —contestó Laura casi saltando en su asiento—. Fíjate que a veces creo que muchos vienen aquí con una idea equivocada, creyendo que somos una especie de parque de atracciones o mucho peor, un club. Nada más lejos de realidad. Queremos ser más bien una escuela. Un motor para la construcción de una nueva sociedad y eso no es nada para tomárselo a juego...

—Además —interrumpió Mario—, existe en nosotros y gracias a nuestro fundador, una idea clave: «No te preguntes qué puedes hacer tu país por ti, sino lo que tú puedes hacer por tu país».

Pensé en preguntarle si acaso el fundador de ese lugar era Kennedy, pero consideré que lo mejor era dejar que siguieran volando solos.

—Lo que Mario quiere decir —añadió Laura— es que este país no va a cambiar si no lo *obligamos* a cambiar. No estamos para esperar cien años... y esto... pues bien —acomodó su libreta— eso me lleva a mi otra pregunta. ¿Qué sientes deba cambiar en nuestra sociedad?

Las primeras ideas que llegaron a mi mente eran los continuos reclamos de mi papá y las meditaciones seudo filosóficas de alguien a quien ya es necesario dedicarle unas palabras.

Patricia Goldsmith es una mujer rubia y de ojos azules, que usualmente viste como si viviésemos bajo el clima gélido de Viena y que se pasea por el mundo —como diría Martha— apestada por el hecho de tener el clásico fenotipo nórdico en un país tropical. Cristipuchi cierta vez, en una resaca de su amistad con la Goldsmith que lamentablemente lograron superar, me explicó la sustancia metafísica de dicho apestamiento, el cual es inoculado por todos los que vecinos, tíos, etcéteras que al ver unos ojos azules hacen creer a esos seres desde infantes que ya lo merecen absolutamente todo. Hay que acotar que Cristipuchi también tiene los ojos azules y es catira, pero a diferencia de su amiga es bajita y genéticamente gorda, y eso marca una diferencia abismal con quienes parece que efectivamente nacieron con todas las cartas a su favor. Patricia estudiaba Filosofía en nuestra universidad y además escribía para varias revistas, entre ellas, un experimento de metapornografía que disfrazaban tras algunos guiños al mundo literario: *Tetas & Textos*. Mi relación con la Goldsmith siempre era de una tirantez permanente, ella me odiaba y yo la odiaba a ella, aunque eso en nuestro mundo era un estado habitual que hay que saber sobrellevar si acaso ambos *odiantes* son miembros del Country Club, del Rotary Club y de cualquier otro club que se forme para que nuestros padres no se sientan tan apartados de sus pares del mundo occidental. Así que en aras de cumplir con el papel de amigos comunes de Cristipuchi, nos soportábamos no sin hondas diferencias de perspectivas. Además ambos sabíamos que ya fuese en Venezuela, o en Australia, o en Inglaterra, igual íbamos a terminar coincidiendo en una cena organizada por alguno de los clubes antes mencionados, amén de logias, cofradías, hermandades, que sintieran siempre responsabilidad moral con reunir y agasajar la diáspora incomprendida de jóvenes venezolanos que no tenemos cabida en la Venezuela post 1999. En cualquier caso, de Patricia recordaba muchas cosas, pero lo que ahora me interesaba era su opinión sobre nuestra sociedad. Ella decía que sus pensamientos provenían de Heráclito, pero también de Kieerkegard y Ortega y Gassett, aunque a veces soltaba que nadie mejor para sentenciar nuestra naturaleza que Valenilla Lanz luego de una dosis de ajenjo. Concluía que «Venezuela es como un *origami*». Por supuesto, Cristipuchi y yo nos quedábamos como diciendo «*WTF*??», y esperando que Patricia completara su supuesta genial frase con algo más que los movimientos erráticos de sus palmas tratando de armar una grulla con la servilleta de la mesa. A la Goldsmith poco le importaba que nos quedáramos petrificados ante tamaña sentencia y tomaba nuestro silencio como una prueba más de que había triunfado en el mundo intelectual de los *millenials*.

Ahora bien, también recuerdo que Martha compartía no mi odio hacia Patricia Goldsmith, sino más bien un cierto escepticismo de que los origamis epistemológicos

de la rubia quizá escondían deseos reprimidos por tener verdaderamente orgasmos bastante lógicos. Y me advertía de que a pesar de atentar contra sí, había que evitar a las mujeres que estudiaran Filosofía, Psicología y Artes, al menos hasta después de que abandonaran la universidad. Porque era después, enfrentadas a la realidad del día a día que podían asentar sus alocados vuelos filosóficos y contrastarlos con una buena dosis de cuentas por pagar e idas a los supermercados y farmacias. Yo difería siempre con Martha en este punto porque nuestros conocidos, al menos aquellos que no abandonaron el humanismo para entregarse a las fuerzas del mercado, iban igual a contar con una vida que ya estaba garantizada antes de que hubiesen nacido.

Por el otro lado de las reflexiones, estaba mi padre. El hombre que tenía una opinión para casi todo, pero en especial para clasificar a cada ser humano que se resiste a no ser como sus héroes intelectuales, que arrancaban con el primero que puso una cerca y gritó «esto es mío y aquello es tuyo», pasando por el avispado que cambió papeles por verdaderas riquezas y terminaba en Hernando De Soto, quien inventó que los barrios de Caracas podrían ser capitalizados casi al mismo nivel que las minas de diamante en Sudáfrica. Mi papá lo tenía bastante claro desde un principio y al contrario de la Goldsmith, no necesitaba peripecias intelectuales; simplemente se quitaba los lentes, apartaba su periódico tamaño tabloide y hablaba con absoluta confianza «Lo que tiene jodido a este país es que todo lo convierten en un chiste». A veces volvería a acomodarse los lentes y se hundiría en sus periódicos, pero puede que en otra oportunidad, quizá si había un *scotch* con hielo, alargaría la disertación algunos segundos más y diría que la vaina se jodió cuando nació Aquiles Nazoa. Para él, había que conservar el espíritu sobrio del inglés que refleja en su carácter las durezas propias del medioambiente. Sin juego, sin risas, preparándose siempre para un invierno cruel y resignado a la existencia de un sol que nunca se asoma entre las nubes. En todo caso —añadiría— eso apenas es una parte de la «caribeñización del alma del venezolano» que terminaba completada por los cuentos de Tío Tigre y Tío Conejo, y por su más odiado, aborrecido, tratado (no lo llamaba cuento) de historia cultural latinoamericana: «El diente roto».

¿Qué cambiaría de este país?, le preguntaba no a Mario y Laura sino a mi papá y a Patricia Goldsmith, quienes ahora llenaban con sus voces lejanas cada lugar de mi mente. ¿Qué cambiaría? No se me ocurría nada. Las caras de mis interrogadores me lo hacían más complicado. Por lo que traté de enfrentar la situación con una elegante respuesta:

—¿Qué cambiaría de este país? Bien... creo que su poca disposición a cambiar —contesté con las palmas en los muslos y el corazón en la boca.

Mario y después Laura, se explayaron en una risa que hasta creí era una invitación a formar un trío. Laura trató de controlarse aferrándose a su bolígrafo y libreta de notas, mientras se aclaraba un poco la garganta para decirme:

—No habría esperado menos de ti. Sabes que somos fans de tu papá... hemos leído casi todos sus libros y cuando te vimos en la lista de ingreso de este grupo, supimos de inmediato que este sí será el año —dijo Laura.

—Es cierto, por nuestra parte no queda más que decir: bienvenido —completó Mario.

Salí de la habitación bastante aliviado. Después de mí, entraron Melinda, Sexo Débil y por último Friki, que por difícil que pueda parecer fue quien más tiempo pasó con Mario y Laura. Una media hora después los seis nos reunimos en los jardines fuera de La Quinta. Varias veces tuvimos que apartarnos de los adolescentes que iban por todos lados, persiguiéndose con pelotas de playa o con las botellas de espuma a presión que se usan mucho en los momentos más cumbres de las fiestas. Hablamos de nuestra experiencia en las entrevistas y Friki juró que había logrado mantener en secreto la historia del pollo, aunque consideró que de haberla contado su puntuación hubiese sido mayor.

—Aquí no se trata de sacar veinte puntos —aclaró Claudio—. Nos están midiendo el carácter.

La secretaria llamó a Luis Fernando y habló con él algunos minutos. Luego volvió al círculo con el rostro cruzado por una expresión seria.

—Tengo dos noticias, una buena y una mala...

—La mala primero —se adelantó Sexo Débil.

—Que no podemos salir ya de La Quinta...

Todos quedamos enmudecidos. Yo al menos no sabía cómo asimilar aquello. Melinda también parecía estar a punto de explotar, pero se contuvo aunque dio una media vuelta y soltó una grosería que cayó como una gota incómoda sobre la grama verde del lugar.

—¿Cuál es la buena? —inquirió Claudio.

—Te la acabo de decir: estamos dentro —concluyó Luis Fernando como cansado ya de tener que contentar al grupo.

—Yo no me puedo quedar —le dije. A Sexo Débil lo único que parecía preocuparle era que no había traído su merengada de proteínas y a Friki le daba igual cualquier cosa.

—Nadie sale, es la orden, mi pana —respondió Luis Fernando—. El que se va, no vuelve...

Por supuesto que los iba a mandar a la mierda allí mismo. En un arrebato del propio fastidio con una circunstancia que tenía demasiadas aristas ocultas, levanté los hombros y solo atiné a decir «pregúntame» y empecé a alejarme de ellos. Pero no más di dos pasos, pude verla en mi mente. Melinda llena de preocupación y quién sabe si arrastrada a este lugar tanto como lo estaba yo. No entiendo si fueron mis propios deseos los que modelaron la realidad pero me di la vuelta, así como lo hizo

Lot en la historia bíblica y el corazón se me hizo sal. Estaba en el medio de aquellos tipos y por vez primera no me pareció altanera sino muy desvalida. Me habló con sus ojos negros y sus labios se movieron sin emitir sonido alguno: «Por favor, quédate», creí que decía.

Me devolví y les dije que no iba quedarme allí sin avisarle a mi padre y mucho menos sin un mínimo de condiciones. Luis Fernando explicó que ellos se encargarían de toda la logística, pero aquello no me convenció, así que fui hasta donde estaban Mario y Laura y les expliqué que no podía quedarme de una manera abrupta, así que —y esto lo inventé— los muchachos necesitaban de un mínimo de insumos de higiene personal. Ellos rieron, como medio alocados y dijeron que contaban con todo, aunque harían una concesión conmigo porque no querían que mi padre se preocupara. Así que me dieron esa noche con la promesa de que estaría a primera hora allí. Eso sí, yo era el único que tenía la opción de salir. Nadie más. Volví al grupo con la noticia y el celular que me habían retenido. Les expliqué que podría ir a la ciudad para buscar lo mínimo necesario y avisar a nuestros padres. A ninguno de ellos les preocupó que les explicara su situación a sus familiares, sin embargo, recibí de Melinda, Luis Fernando, Claudio y Sexo Débil la solicitud para que fuese a sus casas y les trajese algunas cosas. Anoté en la libreta de notas del celular la dirección de sus residencias, de algunos familiares y me metí en los bolsillos las llaves de cada uno de sus hogares. Luego fui a buscar la camioneta, no sin jurarle a Claudio que nada le pasaría, y salí de allí.

Entré a la ciudad recién caída la tarde. Pensé que lo mejor que podía hacer era ir por las cosas de los muchachos y dejar de último la explicación a mi propio padre. Así que me dirigí a Palo Verde donde vivía Luis Fernando. Más bien, un apartamento en un séptimo piso que no tenía reja pero sí una gran puerta de seguridad. A pesar de que me había dicho que no hacía falta, tomé la previsión de llamar a su madre para avisarle que un extraño iba a estar en su casa revisando sus enseres personales. La mujer fue muy amable, pero tenía un semblante de tristeza infinita, como si quisiera llorar o ya lo hubiese hecho. Dijo que podía pasar y que trataría de no entrometerse en mis asuntos, mucho menos en los de Luis Fernando. Su melancolía me arropó hasta dejarme en su mismo estado, sentí mucha pena por ella, por su rostro arrugado de manera prematura y el ceño quebrado por un nubarrón que había encontrado en su pecho un lugar para quedarse eternamente. Antes de mostrarme el cuarto de Luis Fernando, me mostró su humilde apartamento de dos habitaciones con lavandero. Una cocinita minúscula con la remodelación de fórmica beige y wengue, las infaltables baldosas con motivos de frutas o vegetales. Me ofreció un café y lo acepté solo para no alimentar más su tristeza. Abrió errática unas cuantas gavetas preguntándose a sí misma dónde había puesto el azúcar, pero mientras más puertas abría y cerraba, más podía penetrar en la ruina de aquella casa. Calentó el agua y

coló el café y me acercó una pequeña tacita de plástico, muy manchada por los cafés pasados. Nos quedamos allí mirándonos sin hablar. Aunque no puedo decir que ella me miraba, parecía estar huyendo a su interior con los ojos abiertos. Despertó un segundo de ese estado letárgico para decirme que no le había puesto azúcar y volvió a la misma danza que ya había interpretado, a excepción que esta vez abrió la puerta de la nevera. Me impactó la soledad de aquél electrodoméstico. Una cuantas verduras desperdigadas sobre unas parrillas de aluminio bastante deterioradas. Un pedazo de lo que parecía queso y dos aguacates a punto de morir. Ella se quedó mirando al interior de la nevera con la mano en la cintura y se disculpó con la vista en el interior del aparato. «No, no tengo azúcar».

Luego me llevó al cuarto de Luis Fernando de dónde saqué dos franelas, un *blue jean*, interiores y los metí en un morral azul y naranja que estaba justo donde me dijo que estaría. Su cuarto contrastaba completamente con el resto de la casa. Estaba atiborrado de objetos costosos, video juegos, varias colecciones de figuras de acción, algunos posters del Real Madrid y un clóset en el que la ropa seguía un criterio de color. Absolutamente todo en perfecto orden, una habitación de revista. La mamá de Luis Fernando estaba recostada en el marco de la puerta con los ojos perdidos y tristes. Me supervisaba o eso creí yo, mientras miraba el teléfono e iba recolectando lo que se me había pedido. Solo me interrumpió con cierta alarma cuando me acerqué a la mesa de noche. «Ten cuidado con el juego de Luis» y me señaló la mesa. Al principio no capté lo que quería decirme, después al acercarme pude ver un pequeño ajedrez, de esos de bolsillo donde las piezas son diminutas y se encuentran pegadas a través de un imán. Por lo que pude ver, la partida estaba a punto de concluir y la ventaja la llevaban las negras, aunque eso nunca se sabe a ciencia cierta. En el ajedrez, hasta el último minuto pueden darse las sorpresas. Un mal movimiento, producto de la desatención o de la voracidad ciega, puede quitarte la ventaja y entregarte a las manos del enemigo. Si a mí me preguntasen por aquella partida fantasmagórica, diría que las blancas perderían, pero en el fondo algo me decía que con ese juego había que esperar hasta el último movimiento. La mamá de Luis Fernando se dio cuenta de que me entretuve un rato en atención al pequeño tablero y me dijo: «Fue la última partida que jugó con su papá». Sus palabras convirtieron mi cabeza en una campana de catedral y el eco de unos recuerdos que no eran los míos me aturdieron. No sé por qué, quizá por el reflejo condicionado con que ahora dejamos en el mundo digital imágenes que solo debiesen estar en nuestra memoria, saqué el celular y tomé una foto cenital del tablero. La mamá ni se inmutó.

Me despidió en el límite de su apartamento y con la mitad de su rostro artificialmente recortada por la rendija de la puerta, me pidió que le diera la bendición a Luis Fernando. Luego cerró la puerta y pasó dos veces los pestillos de seguridad y de pronto creí saber lo que sintieron aquellos que dieron su último adiós a los faraones.

La casa de Sexo Débil no quedaba muy lejos de la de Luis Fernando, era también un apartamento. Aunque en él sí encontré los vestigios de una familia. Los que tomé como sus abuelos, resultaron siendo sus padres. Debieron haber tenido a Sexo Débil ya cercanos a los cincuenta. No era hijo único, pues en las paredes había fotografías familiares en la que se podía apreciar otro muchacho que por el mero análisis tenía que resultar su hermano. Esperé en la sala a que su mamá me trajese un pequeño bolso de gimnasio en el que introdujo dos potes de merengada de proteínas, multivitamínicos, adaptógenos, oxigenantes, y unas cuantas revistas *Men's Health*. La mamá/abuelita me preguntó si acaso Natalio —al fin alguien me dio el nombre de Sexo Débil—, iba a ausentarse mucho tiempo. Le dije que de seguro no más de dos semanas que quizá podrían ser menos. El papá/abuelito, de un carácter pésimo, horrible y que todo el tiempo estuvo apoltronado en un sillón mirando la televisión, intervino en la distancia solo para decir que a Sexo Débil lo único que le importaba era su cuerpo, que podía volver cuando le diera la gana, pero que apenas llegara lo iba a mandar para el Ejército para que se volviera un hombrecito. La mamá/abuelita rió nerviosamente, me llevó hasta la cocina y rogó le llevara un mensaje muy importante a su hijo.

En el caso de Melinda, fue mucho más difícil que pudiera entrar a donde vivía. La razón es que su residencia, en verdad, era un local donde abundaban prostitutas que se venían del interior a la capital. Antes de que me hiciera una idea sobre la historia íntima de Melinda, la propia mujer que me atendió en la puerta y que se identificó como la administradora del lugar, se adelantó a mis prejuicios para hablar maravillas de Melinda. Dijo que era muy colaboradora y estudiosa, que lamentaba que su circunstancia familiar la hubiese enviado a un lugar como aquél «pero qué se le podía hacer a los designios de Dios», concluyó. Igual, aunque fue amable se disculpó por no poder hacer más. La razón es que Melinda estaba en un cuarto compartido con otra muchacha más y necesitaba del permiso de esta para dejarme pasar. Por supuesto que la compañera de Melinda no se encontraba y la administradora se escudaba en un supuesto robo de su celular para no darme el número telefónico. En cualquier caso, Melinda lo único que había pedido era su cepillo de dientes y un par de pantaletas limpias. Pensé que podría sustituir ambas cosas con una parada en alguna farmacia 24 horas.

Cuando entré en la casa de Claudio, un apartamento tipo estudio por El Marqués, pude descansar un poco del trajín del día. Estaba casi vacío a excepción de una cama, un televisor y una silla de mimbre frente a él. La decoración la remataban cinco cajas de libros, cada una marcadas con grueso marcador negro y que avisaba de las tendencias intelectuales de Claudio. Entré a la cocina y la encontré acogedora. Un plato vacío en una mesa pegada a la pared cerca del microondas, era lo único que parecía advertir la vida humana reciente. Abrí la nevera, cosa que siempre disfrutaba al llegar a las casas de mis amigos, aunque en este particular día, no me había

provocado más que sinsabores y pensamientos complejos. Se encontraba, conforme a lo que se pudiese creer del resto de la casa, llena de comida, especialmente del tipo gourmet, incluso algunas botellas de vino y unas cuantas cervezas junto con jamones curados y vegetales que lucían recién comprados. Tuve ganas de comer, sentí la necesidad de hacerlo, tomar quizá unas cuantas uvas, un vaso de vino tinto y unas lonjas de *roast beef* y sentarme a revisar los libros que formaban parte del sustrato intelectual de este recién conocido. Sin embargo, una llamada interrumpió la toma de decisión.

Del otro lado de la línea, Cristipuchi me preguntaba qué me había hecho y que necesitaba que la fuese buscar para salir un rato porque su mamá la tenía loca para que se incorporara en un rosario maratónico que se haría en las canchas de tenis de Santa Rosa de Lima, con el fin de reunir suficiente energía psíquica para vencer en la batalla espiritual con el sistema opresor que se había instalado en este extremo norte de Suramérica. Me lo dijo así, textual y con su tono de crisis al cual era muy difícil negarse. Así que tomé los tres libros que Claudio me pidió llevar.

Al abandonar la casa de Claudio, luego de robar dos vasos de vino tinto, pensé que si él fuese mi hermano, sería el favorito de papá. No sé por qué pensé en eso, quizá por el gusto hacia los mismos intereses intelectuales, o puede que necesitara distanciarme sentimentalmente para cuando tuviese que confesar la locura en la que me estaba metiendo de cabeza y que iba a poner en riesgo mi último año de universidad. Esa clase de ideas me mantuvieron ocupado mientras manejaba hacia la casa de Cristipuchi. Le repiqué y en un ritual que ambos ya conocíamos, me esperó en la planta baja del edificio escoltada por uno de los guardias de seguridad y salió apagando la colilla de su cigarro antes de montarse en el carro. La Cristi vivía en un súper *penthouse* de dos plantas que creo fue construido expresamente para un presidente de una empresa petrolera que quería tener aquí un enclave en los años noventa. Era de tres niveles y provocaba tal grado de respeto que el resto de sus vecinos se rendían ante su familia como si llevaran a cuestas un pesado escudo heráldico. Era de las mujeres que de veras no se enrolla por nada, tanto así que ni siquiera me preguntó que hacía en esa camioneta. Me comentó que había terminado con Vanessa hacía unas horas y eso la tenía mal y necesitaba despejarse la cabeza. Sobre todo porque al otro día tendría una cena organizada por sus padres para presentarle a un prospecto de esposo, hijo de un nuevo socio de su papá. Eso ocurría cada vez que se cerraba un trato multimillonario —me refiero al hecho de que como en las guerras medievales, para sellar algún negocio pues concretaban matrimonio entre los desdichados herederos de las partes y eso consolidaba la alianza—. Hasta ahora la Cristipuchi se había salvado de unos cuantos armisticios, rendiciones, tratados de paz, victorias, etc., aunque sentía que se le agotaban las excusas y el tiempo. Lamentaba que su mamá hubiese perdido ese hijo varón que además de

alejarla de su padre, la hundiera en la religión para siempre. «Esa era mi salvación», decía mientras encendía un nuevo cigarro. Se extrañó un poco que me detuviera en la farmacia, pero me acompañó sin cuestionamientos, al menos hasta que vio que iba por pasta dental, dos cepillos nuevos, y dos paquetes de pantaletas de algodón. Aunque al final terminé metiendo en la cesta un paquete de medias de colores y, no entiendo por qué, un paquete de condones. Cristipuchi arrugó el entrecejo y la boca, pero de todo lo que pudo preguntarme, interrogó por lo menos obvio «Conque condones retardantes... ¿no estás enviando un mal mensaje?». La frase fue tan contundente y atrajo tal atención de parte del resto de la fila de compradores, que apenas si tuve tiempo de procesar una respuesta verbal.

Ya dentro de la camioneta, Cristipuchi inició su obra «Indignaos»:

—¿No piensas contarme?

—¿Sobre? —Nunca aparté los ojos de la carretera...

—Pantaletas, medias, condones, cepillos dentales... Estás armando tu fiestecita y a esta altura no me he enterado... tú sí que eres bien egoísta...

—No es nada, Cristi... En serio. Es más... ahora que lo preguntas, quiero pedirte algo —estacioné el carro para darle el tono adecuado a mis palabras—. Quiero que conserves esto, es lo más especial que tengo y no quiero arriesgarme a perderlo.

Quité de mi cuello la medalla de oro con la fotografía de mi mamá y se lo entregué en las manos.

—Te ruego la conserves hasta que regrese...

—¿Qué significa esto? ¿Para dónde te vas? Tú estás muy raro... —Me tomó de la barbilla y examinó mi rostro, mis ojos—. ¡Ah, con que no piensas decirme...!

—No, Cristi. Es mejor así...

—Ok, está bien. Que el juego de los secretos comience —dijo cruzando los brazos.

Y vaya que comenzó. Para el primer acto, Cristipuchi me tenía reservado un asiento en primera fila en el Emo Bar, junto a la infaltable, inefable, calumniable Patricia Goldsmith, quien —como era de esperarse— arribó desde lo más profundo del Ágora Ateniense acompañada de dos buenos muchachos que vestían pantalones y unas franelas coloridas donde en una extraña sincronía mostraban una estética pop art del tipo Andy Warhol. Cuando se sentaron, lo primero que pensé fue en pedirles una ronda de tequeños para ver si aumentaban de peso, y luego les recomendaría que se hicieran un buen corte de pelo para que dejaran de parecer unos pastores ovejeros. Estaba incómodo de verlos allí, mirando sus celulares del tamaño de una carpeta manila, lanzándose bromas inentendibles sobre sus profesores de griego. Cristipuchi pidió por mí y por ella, dos applemartinis, mientras que los discípulos de Platón se decantaron por una Julepes de menta y la Patricia Goldsmith, haciendo honores a su neopobrismo, pidió un cocuy puro por sugerencia de un profesor de la facultad. Sin embargo, el deseo de la Goldsmith y su intensa interpretación de arraigo no tenían

cabida en el Emo Bar... no esa noche. Le ofrecieron cambiar su escandalosa selección por algo más acorde pero que, sin embargo, guardaba la esencia de su placer: ron añejo 200 años.

La música se desató en intensidad y Cristipuchi empezó a contonearse con una alocada necesidad de desprenderse de la ruptura con Vanessa. Los amigos de Goldsmith movían ambos los piecitos tratando de seguir el ritmo de la guitarra de Cerati. Los tragos llegaron y con ellos, la primera banda, *Los vampiros energéticos*. Todos los aplaudimos, creo que por piedad, y también por costumbre. Cristipuchi y yo sonreímos de manera cómplice mientras los acordes sonaban y hasta coreamos en algún punto algunas estrofas de su canción más conocida «Bienvenidos a mi tristeza». Aunque haciendo honor al nombre de la banda, ya para la quinta canción nos habían chupado todo el entusiasmo y no pudimos siquiera saber cuándo tocaron su segunda canción más famosa (en el local): «Hijos de Sodoma». Patricia, alentada por la fermentación de las barricas, abrió el espectáculo disertando sobre la adolescencia y su culto por la muerte. Sus amigos asintieron, lo cual me dejó tranquilo, porque desde que llegaron no habían emitido ni un leve murmullo, siempre hundidos en sus celulares en actitud luctuosa.

—La primera batalla del hombre es contra su ser efímero —soltó la Patricia Goldsmith. Y la sentencia se fue a estrellar contra el muro de sonido de *Las populares maquinitas*, la segunda banda de la noche.

—Vanessa me dejó, Patty... creo que me voy a morir —rugió Cristipuchi sin importarle que mi humanidad era receptora de toda su saliva.

—Eso se veía venir, Cristi —replicó Goldsmith—. Sos demasiado hembra para Vanessa.

—Pensé que me amaba, pero a las españolas no se les puede creer nada... ni a las españolas ni a las húngaras.

—El problema eres tú Cristi. Te lo había advertido. Vanessa es dj y cambia de pareja como cambia de canción. No es su culpa... tienes que comérsela a una poeta...

—Ya lo he hecho, pero son demasiado intensas... —replicó Cristipuchi.

No sé si fue por el efecto de los martinis en mí, o del ron en Patricia, pero sus palabras me encendieron. Estaban llenas de una levedad inédita y además eso de pensar que alguien es demasiado hembra, o de que tenía que hacerle sexo oral a una poeta, de pronto me llevó a Melinda. Creí, al tenerla presente, que lo mejor era nunca presentársela a Cristipuchi, porque era seguro que no iba a resistir el deseo de pedírmela un rato... solo un rato... «¿qué es un rato entre amigos?» —casi la oía decir—. Cristipuchi se puso a llorar de repente sin ni siquiera vaciar la copa de licor y gritaba «Te amo, Vane...» y alzaba su mano derecha para seguir una canción cuyo estribillo era dedicado al mosaico del ala internacional del aeropuerto de Maiquetía.

Cristipuchi se levantó y se disculpó por su actitud, luego se fue en dirección al baño. Así que tuve que quedarme con Patricia y sus amigos que para ese entonces se habían apartado el flequillo de la cara para al menos dejar evidencia de que no estaban dormidos. Los dos por cierto, tenían los mismos lentes de pasta que la Goldsmith, exactamente iguales. Creí que era un buen tema para iniciar una conversación que espantara la incomodidad en esa mesa.

—Y... ¿En qué andas, Patricia? —le dije, casi gritándole al oído...

Ella me observó de reojo quizá resabiada con el hecho de que nunca tomaba la iniciativa para hablarle y de que la evitaba excepto para acotar sus desvaríos lógicos cuando intentaba dárselas de intelectual.

—Pensé que me odiabas —me dijo.

—No te odio...

—Tampoco me amas...

—No te amo, no... —Le sonreí—. Dime, en qué andas...

—Escribo, un par de artículos para la web...

—¿Sobre qué?

—Pues, de la vida de una joven noruega que conocí en una revista de fotografía.

—Ah, qué bien —en verdad no me parecía nada interesante.

—Una chama de 22 años, cuyo único trabajo es ir por allí recorriendo Europa, sacándose fotos. Lo que intento es demostrar lo lejos del primer mundo que estamos. Aquí todos nos la pasamos sobreviviendo. Latinoamérica odia a los jóvenes. Un gobierno ideal debería decretar que todos los chamos de clase media pudiesen vivir como esa modelo...

Patricia de manera muy diligente sacó su celular del bolso y me dijo que quería mostrarme la esencia del pensamiento de lo que debería ser la juventud en cada rincón del planeta. Lo peor es que para ello no podía recurrir a parafrasear a la modelo, sino a mostrarme de primera mano una de sus reflexiones. Puso el aparato en mis manos y leí:

Mi nombre es Susan O'Hara. Vine a Berlín hace dos años después de terminar la universidad. Acabo de graduarme en artes liberales y fotografía. Mi vocación es la moda, los eventos y cantar. Últimamente me he dedicado a modelar y representar distintas marcas y productos. Amo mi trabajo. Ponte en contacto conmigo, si deseas saber más sobre mí. Besos, Susan.

Al terminar de leer, devolví el celular. Patricia me miraba entusiasmada. Sin embargo, no compartía su alegría, o al menos un dejo de sentido común me lo impedía. Conforme ella seguía argumentando que todos en el mundo deberíamos vivir de sacarnos fotografías e ir a fiestas, creí que Patricia vivía en un mundo utópico de una nueva clase de culto creada para la Generación Z, en la que las ilustraciones de un mundo paradisíaco con blancos, chinos, indios, y zulúes comiendo frutas

y verduras en una mesa al lado de leones y osos y ovejas, iba a terminar siendo sustituida por un reino de la eternidad en el que los únicos dignos para entrar serían quienes fuesen casi albinos, estuvieran en un rango entre 18 y 25 años, y además quisieran salir a festear por los siglos de los siglos. En ese instante la mesonera, una chica normalita, sin atributos como para entrar en la fantasía post apocalíptica de Patricia, trajo otra ronda de tragos.

No quise ahondar en detalles, ni en consideraciones existenciales y mucho menos decirle a Patricia que su argumentación parecía calzar muy bien para una revista que quisiera restaurar la supremacía aria en el mundo. Así que le sonreí y le pedí que cuando terminase el artículo me enviara el *link* para leerlo y compartirlo. Ella quedó observándome extrañada, dándole algunos sorbos a su ron y preguntándome qué me pasaba. Que estaba demasiado potable y dócil esa noche. Su observación era valedera, pero no iba a reconocerle que mi cuerpo estaba allí pero mi mente en un lugar muy distinto. Patricia se acercó a sus amigos y le dijo algo que no pude a escuchar pero fue suficiente para que se levantaran y se fuesen hasta donde la tercera banda de la noche iniciaba su espectáculo. Así me quedé solo con Patricia, quien no sé en qué momento detonó por completo el concepto de espacio personal. Se me acercó al oído y en un mismo movimiento puso en mi mano lo que parecía una pastilla.

—No lo sé, Patricia. Hoy no estoy de ánimo...

—Vamos, una solita... y quién sabe... a lo mejor te animas...

Lo pensé unos segundos y creo que acepté solo porque sentía que una escena así jamás iba volver a repetirse. Pasé la pastilla con ron y luego me dejé llevar por Patricia a la pista. Estaba rodeado de gente que saltaban y aplaudían y gritaban el nombre de la banda. Salieron cuatro tipos, dos mujeres y un perro pitbull. Le colocaron al animal una especie de audífonos y se fue a acostar en un cojín mientras que el resto del grupo comenzó el repertorio. Una mezcla de música etíope y punk fresa que puso a todos a bailar. La Goldsmith me agarró por la cintura y me apretó contra ella marcando siempre el ritmo. La melodía llegó como una ráfaga que me alivió y me montó en una nube de vibración, siendo columpiado o abofeteado por las notas musicales que parecían transformarse en burbujas de jabón. Las luces multicolores convirtieron todo en un caleidoscopio y allí me derretí. Unido al movimiento comencé a pensar que no debía perder las llaves de la camioneta y mucho menos las cosas que había estado recolectando durante ese día. Pero después no me importó eso ni nada, solo escuchaba a la Patricia Goldsmith hablarme de sexo y de cómo quería que fuese penetrada o lamida o mordisqueada, y la escuché recitar un pasaje larguísimo de Valéry y luego cantar en francés una canción que se suponía hablaba del amor secreto entre la esposa de un general de la legión extranjera y de un rebelde argelino. Y de ese amor, lo único que surgió fue la espalda desnuda de Goldsmith y su larga melena rubia ocultando su rostro. La tomé del cabello y me lancé con

ella a un lugar que no puedo asegurar dónde estaba. En un punto, creí que se había convertido la muy filósofa en una valquiria y yo estaba allí tomándola desde atrás y haciéndola gritar a través del pedazo de cielo que se inicia al culminar la silueta del Ávila. Patricia me enloqueció porque gemía de una forma particular, como si leyera en latín los últimos vestigios de la poesía romana o tratara de recordar el testamento de Sócrates, así que sin saber si lo hacía en medio de la pista del baile o en algún callejón contiguo al Emo Bar, o en la habitación anónima de algún hotel, descargué sobre ella chorros tibios que me hicieron pensar en la lava asesina e incandescente de un volcán.

Desperté dentro de la camioneta en el garaje de mi casa, espantado por imágenes sueltas, humedecidas por la imposibilidad de saber qué había sido cierto y qué producto de la pastilla. Quise levantarme pero no pude, estaba agotado pero sin resaca, con dolor en los muslos y la espalda aleccionándome de mala manera. Supe que estaba a salvo y que en cualquier momento mi papá vendría a regañarme por mi comportamiento, pero mientras esperaba volví a cerrar los ojos y supe que lo único real eran mis manos explorando las zonas más profundas y menos complejas de Patricia Goldsmith. Dormí un rato más, un tiempo indeterminado que solo concluyó con una pequeña pesadilla: la idea de que el portón oxidado de La Quinta había sido clausurado y que yo me quedaba sin ver a Melinda en ropa interior fucsia.

Capítulo 3

La familia

Llegué a La Quinta con la mirada de papá persiguiéndome. ¿Qué tienen los padres para saber cuándo se les miente? No me dijo nada, pero me observó largamente, con sus ojos apenas asomados por encima del periódico, en silencio. Respiraba como tratando de conseguir que fuese yo quien se viese vencido con esa particular táctica de budismo paternal, pero me mantuve firme y le repetí la mentira cada vez más con mayor entereza: «Voy a quedarme en casa de Cristipuchi dos semanas. Necesito enfocarme en los exámenes finales». Era de esperar que dudara, sobretodo porque conocía muy bien mi temperamento y la personalidad de Cristipuchi. A lo mejor llegó a pensar que me escaparía unos días de rumba a Cuyagua, o alguna distracción menos peligrosa que ingresar dos semanas en La Quinta. Pasara lo que pasara por su mente no me lo dijo a excepción de una frase que podría significar muchas cosas pero que lograba un efecto único, un golpe como de yunque que se enredaba en mi corazón y me dejaba como pasmado con alguna forma de culpa indescriptible: «Confío en ti, hijo». Luego subió el periódico y dejé de verlo.

Le di un beso antes de partir, también a Maira quien sí que no se comió el cuento y me agarró de la manga de la franela para decirme que tuviese mucho cuidado con andar haciendo loqueras. Que terminara de graduarme para irme «pa' guachinton» con el amigo de papá. La abracé y también la besé y por supuesto le volví a mentir. Después tomé la camioneta y me deslicé como si las ruedas o el volante o toda la inmensa masa de hierro y aceites del vehículo supieran a dónde ir, y me permitieran ahorrarme los movimientos para darme algo de tiempo y pensar en la vida que dejaba atrás. Volvía por Melinda, aunque no sabía por qué. En cualquier noche de fiesta podría hallar una mujer más bella, inteligente, dispuesta a dejar que mis manos acariciaran sus senos y muslos, pero no, como siempre acontece en eso que llaman el alma humana, la lógica se había lanzado de esa camioneta y la veía rodar en el pavimento, riendo salvajemente, mientras el corazón tomaba el volante y hundía el acelerador.

De nuevo frente al portón de La Quinta, no recordé cuál era la contraseña para entrar, hice cambio de luces y toqué la corneta varias veces, pero no salía el hombrecito a abrirme, a ponerme un collar y decirme que era bienvenido en la

Twilight Zone. Esperé en la camioneta inundado por el frío y por un cierto dolor en los muslos; y así como afuera podía ver una tímida niebla, se empezó a manifestar en la bruma de mi conciencia Patricia Goldsmith declarando que sí echaba en falta, solo a veces, y solo cuando estaba muy sola, que la selección genética de su padre la llevara por las zonas de confort de las clases acomodadas directo a ese cuerpecito de bailarina del Bolshoi, y no le hubiese dado en cambio una madre que le legara un culo de negra congoleña. Cerré mis manos como si la tuviese allí, agarrada por la cintura, meciéndose sobre mí y recibiendo sus deseos reprimidos como escupitajos de una mente que no se hallaba fuera de la imagen que le devolvía el espejo. Quise sentir más de ese extraño recuerdo, que puede haber sido incluso un sueño, pero la figura espectral de un hombre vestido con chaqueta de cuero se asomó entre las rejas. Le expliqué quince veces quién era y no pareció satisfacerse hasta que llamó por *walkie talkie* y le dieron la orden de permitirme la entrada.

Atravesé los oscuros caminos hacia La Quinta, pero esta vez la noche me espantó. Me mantuve aplomado, pero las figuras que percibí entre los montes el día anterior, esta vez iban de mis recuerdos directamente al negro de los matorrales. Se me vinieron a la mente las toneladas de películas de terror que había visto y pude percatarme que tenemos una maleta muy pesada de imágenes espectrales guardadas allí, esperando cualquier estímulo infeliz para salir disparadas como un payaso metido en una caja sorpresa. No me atrevía a usar el espejo retrovisor para no tropezarme con algún muerto que deseara ser mi pasajero, y tampoco quise indagar a mis costados, me puse unas gríngolas imaginarias y me dirigí a través del increíble túnel de plantas directo a la casa. Funcionó un tiempo hasta que en la lejanía, pude ver que la propia Quinta estaba completamente a oscuras. Se alzaba en la llanura simulando un colmillo de elefante entre el barro, con uno que otro destello producto de la débil luna, vacía de toda hospitalidad. Los campos que por la tarde eran verdes y llenos de muchachos y mujeres adolescentes estaban muertos, apacibles, sin generar ninguna impresión distinta a las llanuras cuidadas y despersonalizadas de un cementerio. Cuando dejé la carretera para entrar a las proximidades de La Quinta, vi que una figura envuelta en un impermeable naranja, estaba atascada en el panorama. No sentí miedo sino curiosidad. La figura levantó la mano e hizo señas para ir en esa dirección. Detuve la camioneta a esa distancia y la sombra se acercó en su impermeable naranja, sin ninguna intención de mostrar la piel que lo rellenaba. Fuera del haz de luz de los reflectores al fin, la capucha se deslizó y pude ver a Mario sonreír para darme la bienvenida por segunda vez. Me preguntó por mi padre y por cómo estuvo el viaje. Estaba particularmente interesado en mi estado de ánimo y en que haya tenido miedo al pasar por el túnel vegetal. Indagaba con la misma empatía de un psicólogo, y eso lo sabía porque había conocido a bastantes gracias a que mi papá no se conformaba con mis «estoy bien», que escupía luego de la muerte de mamá. Mario usaba una

voz calma y anclada en el deseo de hacerme sentir cómodo. Caminamos hacia La Quinta y allí me hizo esperar en la recepción mientras rebuscaba en su oficina algo que parecía importarle. Al salir me mostró un pantalón y una franela amarilla con una pequeña insignia en la espalda.

—Tú debes ser talla M tirando a S, ¿no? —dijo mientras extendía la ropa a un lado.

Como no emití ninguna respuesta, pues la escena me había destruido la capacidad de comprender lo que sucedía, prosiguió.

—No queremos que el resto sienta que tenemos algún tipo de preferencia. Aquí somos una gran familia y cada uno tiene el mismo valor. Este será tu uniforme durante las próximas dos semanas.

No estaba entendiendo en lo absoluto lo que pasaba, pero estaba francamente cansado y quería saber si llegaba a algún desenlace. Le pregunté si podía cambiarme y dijo que no fuese tonto, que estábamos entre hombres, pero le insistí. Se lo pensó dos veces y entró de nuevo a su oficina. Sentí unos murmullos que salían de allí, unas vibraciones más bien leves que cualquiera pudiera confundir con el propio zumbido del silencio al entrar en el oído. Se acercó y me pidió el celular, luego dijo que podía cambiarme en la oficina. Tomé las cosas, entré en la habitación y cerré la puerta. Nada había cambiado, allí estaban los dos *puff*, algunas plantas y una gran silla negra pegada a la ventana. En ese cuarto no me sentí cómodo; achaqué la sensación al frío, al cansancio, a la falta de respuestas, a la propia incertidumbre.

Me enfundé en el traje amarillo y salí de allí. Mario me esperó para guiarme y comenzamos a caminar en dirección al bosque. Él no hablaba y yo tampoco deseaba una conversación; quería enfocarme en la ruta y en la noche fresca y limpia, tan distinta a la multitud de voces que me nublaban la cabeza. Casi al perder la visión de las llanuras, tuve un pequeño impulso de mirar de nuevo hacia La Quinta, fue una mirada tímida, por encima del hombro, una mirada náufraga que me acercó a la extraña idea de que quizá no caminaba hacia el bosque, sino que me había quedado en aquella habitación, hipnotizado por mi nueva piel, y que extrañado o abatido por la circunstancia me había sentado en esa silla cerca de la ventana para ver a dos hombres que se alejaban de la casa rumbo a los árboles, rumbo a la oscuridad.

***

Caminábamos por entre los árboles altos, a través de un sendero iluminado por una luna que iba y venía según fuese la separación entre las copas de los árboles. Podría decirse que Mario no la necesitaba, recorría el lugar con una inquietante tranquilidad, sin vacilar ni tomar descansos para guiarse. Me sentía como una especie de druida, explorando los campos salvajes en búsqueda de algún lugar mágico. De joven estuve bastante obsesionado con los celtas y cualquier historia o vestigio mágico religioso que albergaran las islas británicas. Mi padre solía comprarme grandes libros ilustrados, donde sin ningún pudor se hacían clasificaciones sobre

los magos, desde aquellos que controlaban el clima, hasta los que hacían pactos con el demonio. A mi mamá le disgustaba en extremo esta clase de obsequios, pero él le decía que no había nada malo en dejarme fascinar por las mitologías europeas. Mario, en esa chaqueta con capucha, era lo más cerca que estaba de esos recuerdos, pero también del eslabón próximo a la idea de que la experiencia que vivía era de carácter iniciático.

—¿No te cuesta guiarte? —le pregunté, mientras hacía enormes esfuerzos por no tropezar con alguna piedra.

—He hecho este recorrido mil veces, lo conozco de memoria —contestó sin apartar la vista del camino.

—¿A dónde vamos? —pregunté sin pretender una respuesta inmediata.

—Ya es hora de dormir, mañana comenzaremos temprano.

A los diez minutos de recorrido, unas pequeñas luces rojas se asomaron desde algún punto del bosque y se fueron haciendo más nítidas y potentes a medida que avanzábamos. Abandonamos la maleza y caímos a un camino de tierra no muy ancho desde donde era posible ver la luna sin esfuerzo. Las luces servían de faro y nos permitían navegar la oscuridad sin mayor problema. El bosque fue cambiando su aspecto y comenzaron a verse unas cabañas con techos semicurvos de acero y material sintético, dispuestas a lo largo de la ruta y apiladas unas con otras. Eran una cicatriz en la naturaleza, como esos campamentos vacacionales que comúnmente aparecen en las películas. Sin embargo, el aspecto sombrío y silencioso de las estructuras me hacía pensar que no estaba incorporándome a una comedia ligera. Caminamos en paralelo a las cabañas mientras Mario se agachaba para tomar una rama no muy larga que le sirvió para comenzar una breve introducción:

—Aquí somos una gran familia. La idea es que te sientas cómodo. Vas a divertirte, vamos a divertirnos, será una maravillosa experiencia...

Seguía hablando, pero creo que para sí mismo, apuntando la vara hacia el frente como si entablara combate singular con algún espadachín invisible. Decía que mañana iba a ser un día especial porque los entrenamientos iban a ser supervisados por el mismísimo líder de la organización. Mario se acercó a una cabaña y tocó la puerta de manera enérgica. Alguien corrió las cortinas de la única ventana y asomó dos ojos, luego se escuchó la puerta abriéndose. Se adelantó y luego entré detrás de él. La cabaña tenía la luz apagada, pero la persona que abrió la puerta encendió una linterna. Murmuró algo que no pude escuchar y fue cortando la oscuridad con su haz de luz. Aparecieron brevemente algunos rostros dormidos que se retorcieron al contacto del brillo. Unas cuatro literas fueron tocadas por la luz de la linterna y fui guiado hasta una de las camas. Mario no se despidió, apenas se preocupó de que estuviese instalado. La puerta se cerró y el cuarto cayó en un agujero negro cuya única conexión con el mundo exterior o con la realidad, era el sonido de las chicharras y

de los grillos en el bosque. Recosté la cabeza y choqué con una almohada incómoda, carente por completo de cualquier vestigio de plumas. Traté de poner mis manos frente a mí y no vi nada, la oscuridad era densa como una espuma descolorida que me vaciaba de sensaciones. Fue difícil saber si dormía o estaba despierto. Solo estaba la voz de mi cabeza, con las mismas preguntas que me llevaron hasta ese lugar y, sin embargo, hasta esa voz perdió fuerza y terminó tejiendo sobre mis ojos abiertos e inútiles, una trama que me llevó a descolgarme hasta que el sol entró por la única ventana de la cabaña.

Desperté con el sonido de una trompeta. Al principio me costó reconocer dónde me encontraba, pero la cara de Luis Fernando me facilitó el proceso. Estaba sentado en la cama inferior de la litera a mi lado derecho y no parecía decidirse a hablarme.

—Pensé que te ibas a rajar.

—¿Por qué habría de hacerlo? —le contesté sin incorporarme del todo.

—No sé, fue un pálpito. Me equivoqué...

De la cama superior, el rostro de Melinda se asomó para sonreírme.

—Yo en cambio siempre supe que volverías —me dijo.

—Gracias por la fe —le contesté.

Estaba feliz de verla. Aunque sin maquillaje y con los cabellos arrastrados por la gravedad no me pareció atractiva. Por un breve momento consideré que Patricia Goldsmith tenía algo que ver y me sentí como si estuviese traicionando a Melinda. Una infidelidad imaginaria digna de una relación que solo hallaba espacio en mi mente. Las otras literas estaban ocupadas por hombres y mujeres que se iban sumando al despertar poco a poco. Luis Fernando se agachó y sacó de abajo de la cama dos tazas de metal que tenían cada una un cepillo dental, crema para dientes y un pequeño jabón rosado.

—¿Y esto qué es? —pregunté.

—Vamos —contestó Luis Fernando—. Aquí no hay baños. Debemos salir a prepararnos.

Melinda se lanzó desde la parte superior de la litera y cayó sobre el suelo como una pantera. Su traje amarillo le sentaba bien sobre su tez morena. Se amansó el cabello liso con una trenza mientras Luis Fernando iba por todas las camas, asegurándose de que nadie se quedara amarrado a las sábanas.

Al salir de la cabaña, me vi inmerso en una película distópica. Puede que en *1984*, o en todas las que vinieron después y que repitieron hasta el cansancio los argumentos y estéticas, la imagen de personas trajeadas en colores vivos, abandonando sus madrigueras para incorporarse a una rutina diaria. Sin embargo, aquí no parecía haber una distinción de castas, clases, anillos, gente mejor o peor, élites y gobernados, solo las franelas y monos amarillos multiplicándose a medida que todos abandonábamos las cabañas. Se suponía que al estar vestido al igual que

cien personas más, era suficiente para obligarme a sentirme *en el lugar*, sin embargo me sentí ridículo, descolocado.

Mario se apareció con un megáfono y con el espíritu festivo de un guía de campamento. Daba órdenes y señalaba hacia unas estructuras metálicas a unos cincuenta metros de las cabañas. Luis Fernando me tocó el hombro y me informó que eran los baños. Allí estaban dispuestos en una hilera gigante, lavamanos de los cuales sobresalían tuberías que se perdían en el bosque, y baños portátiles de esos que se colocan en los conciertos y actividades de masas. No había distinciones entre géneros. Todo estaba disponible para todos. Mario lanzaba frases motivacionales expresando su agradecimiento por habernos sumado a una experiencia inédita en el país y nos garantizaba que sería sin duda alguna un antes y un después en nuestras vidas.

Alcé la vista por costumbre pero no conseguí un espejo en el cual ver mi rostro mañanero. Pensé en Elvis Presley y en esas cosas que decían los programas biográficos de que el hombre odiaba los baños públicos y los vestidores compartidos, pero no recuerdo si la culpa de ese odio la tenía su paso por el mundo militar; y mientras me cepillaba las muelas y escupía la crema dental pensé en su famosa frase de que el ejército enseñaba a los niños a pensar como los hombres. Entonces miré a mi alrededor, sin soltar el cepillo dental ni escupir la crema, percatándome de las filas de gente y de la uniformidad y la palabra ejército vino a querer producirme un pensamiento incómodo, pero alguien detrás me gritó si acaso iba a quedarme allí todo el día.

Volví a la cabaña para dejar bajo la cama la taza de metal con el cepillo, y encontré a Melinda haciéndose un nudo en la franela amarilla. Me dijo que para verse mejor. Su cintura asomaba en esa pequeña brecha que abrió al acomodar su atuendo. La piel, esa piel parecía no haber sido tocada nunca, aunque no hubiese apostado nada a esa idea, lo consideraba más bien un deseo.

—¿Y? —preguntó.

—¿Qué?, juro que solo vine a guardar esto —me incliné para dejar la taza bajo la cama.

—No seas tonto... ¿Dónde está lo que fuiste a buscar? Necesito ropa interior, es en serio...

—Mario la tiene. Voy a pedirle que la traiga...

Melinda sonrió.

—¿Qué? —le pregunté.

—Es que hablas con esa... no sé, esa ingenuidad... No te va a dar nada...

—¿Por qué no lo haría? Son nuestras cosas...

—Tú crees que esto es un *resort*, ¿verdad?

Luis Fernando entró a la cabaña e interrumpió mi respuesta de «Por supuesto que no es un *resort*». Nos pidió que nos uniéramos con todos a las afueras de las cabañas. Salimos los tres y nos incorporamos al flujo de franelas amarillas que

abandonaban el sector de los dormitorios para adentrarnos a un claro en el bosque donde estaba una gran carpa y muchísimas sillas dispuestas en correcta alineación. Parecía un gran salón de clases, pues al fondo en una pequeña tarima estaba una gran pantalla. Fuimos tomando asiento mientras Mario y otros como él giraban instrucciones con un megáfono para organizarnos en las hileras de sillas. A esas alturas no había tropezado a Sexo Débil, Friki, o Claudio. Pregunté por ellos a Luis Fernando pero solo subió los hombros. Laura apareció vestida con un conjunto deportivo color naranja. Un muchacho que ayudaba a organizar le entregó un micrófono. El sonido usual de una corneta encendiéndose precedió al conocido «1, 2, 3 probando, probando». Laura le daba algunos golpecitos al micrófono para chequear su funcionamiento y luego preguntó «¿Me escuchan allá atrás?».

Nos dio la bienvenida. Dijo que éramos los pioneros, nos llenó de elogios, nos llamó «Lideres del mañana». Su exposición era similar a esas charlas TED —al menos en su gesticulación—, pero su contenido estaba trenzado de una idea que podría resumirse en la frase: «no le des el pescado al hombre, enséñale a pescar». La masa amarilla de espectadores estaba medio adormilada. Algunos sí prestaban atención, pero la mayoría parecía resignarse a ver un *show* que no les decía nada. Claro que todo cambió cuando Laura, con un preámbulo de unos cinco minutos cargado de adjetivos majestuosos, le dio paso a quien se convertiría en un hombre clave en mi vida: Elodio Mata.

A la tarima se subió un hombre blanco, joven, de cabello negro y cuerpo angosto que sin embargo transmitía fortaleza. Llevaba *jeans* y una camisa azul clara arremangada. Era un sujeto muy similar al de los videos que se proyectaban en la televisión de La Quinta. Elodio tomó el micrófono de manos de Laura y poco a poco fue soltando el carisma contenido y transmitiéndoselo a un público que parecía conocerle. Sentí que se revolvía una energía distinta que no pudo ser contenida. Lo aplaudieron de inmediato, vitoreaban. Hubo unos cuantos gritos perdidos que sobresalían sobre el resto. Elodio no perdió la compostura pero sonrió. Comenzó diciendo:

—No tienen la menor idea de lo que siento al verlos de nuevo aquí. Veo muchas caras conocidas. Pero lo que más me llena, es ver a aquellos que se nos unen, que han aceptado el reto. Pido un gran aplauso para ellos.

Unos cuántos me dieron unas palmadas en la espalda, así como a Melinda y Luis Fernando. Los saludé de vuelta sin saber cuánto entusiasmo poner. Elodio continuó...

—Hay un gran cáncer en nuestro mundo. Ustedes lo conocen, lo han sentido. Es un peso que se nos quiere imponer, es una marca, un obstáculo para el espíritu. Saben a lo que me refiero: al pasado —hubo unos cuantos abucheos de parte del público y voces que apoyaban a Elodio—. ¿A veces no se preguntan ustedes, hasta cuándo van a hablar de Cristóbal Colón? De los errores de nuestros abuelos, tatarabuelos. ¿Qué

culpa tengo yo? ¿Qué culpa tienen ustedes de esos errores? —El público volvió a apoyar con aplausos y silbidos—. Llegó la hora de mirar al futuro, sin rencores, sin resentimientos. Muy pronto vamos a dar un claro mensaje. Le diremos al mundo que queremos el futuro y que ese futuro es ahora.

El tono en que terminó la frase, la fuerza con que transmitió la idea, aunque pudo significar cualquier cosa, parecía contener una verdad inamovible en sí misma. Hasta a mí me pareció de lo más lógico. Incluso algunos matices me recordaron al libro que mi papá siempre me recomendó leer: *Del buen salvaje al buen revolucionario*, y al que le saqué el cuerpo hasta más no poder, porque me parecía de lo más pavosa la forma en que murió el autor. «No leo libros de gente que quiere dar lecciones y después terminan suicidándose», le argumentaba a mi papá. Pero él constantemente contravenía el argumento con algo mucho más demoledor «Pues entonces te vas a perder más de la mitad de la buena literatura, la cual está casi por completo compuesta de exitosos o fracasados suicidas, sin mencionar los esquizofrénicos y aberrados sexuales».

Elodio me trajo a la mente a mi papá y eso me gustó. Me sentí cómodo. Su discurso me atrapó al decir que estábamos en una misión casi espiritual por salvar el alma del país: «del verdadero país». Y planteó todo como si explicara las reglas de una gymkana. Al parecer, esas dos semanas íbamos a convertirnos en los promotores de una nueva sociedad, pero para ello necesitábamos herramientas, ideas, pero por sobre todo grandes dosis de motivación. Explicó el porqué de las camisas amarillas y, para ser honesto, la razón, quizá para mi pesar, se alejaba de las explicaciones tipo *Los juegos del hambre* y se internaba más en intereses de inducción psicológica para que nos sintiésemos iguales, como parte de una gran familia.

Pidió que a la tarima subiesen quienes iban a fungir de guías para nuestra estadía. Allí estaban Mario y Laura, otra mujer a la que llamaron Daniela, y otros dos hombres: Baltazar y Farías. Cada uno llevaba una camisa de un color distinto y no dejaban de sonreír, a excepción de Farías, quien no sonreía y solo parecía estar vivo por sus ojos abiertos.

Elodio nos pidió comprometernos, no solo con el entrenamiento y con nuestros guías, sino con las ganas de tomar las riendas de ese futuro y proclamarnos desde ya como motores del cambio. Hubiese querido preguntar más sobre las profundidades de esa palabra, de lo que se nos pedía, tratar de indagar al mejor estilo periodístico sobre las reales motivaciones, los hilos y las consecuencias invisibles. Y lo hubiese hecho, a no ser por las cien personas que me separaban de Elodio y también porque solicitó que nos levantásemos de las sillas y extendiéramos la mano derecha para prestar juramento.

Yo juré, así como lo hicieron todos. Era una cosa inofensiva y pienso que por eso lo hice. Miré a mi lado a Melinda, quien levantaba su mano con total seriedad y decía que iba a dedicarse en cuerpo y alma para recuperar la libertad arrebatada

y el destino inexorable del ser humano en la tierra, que era la gobernanza de sí mismo. Honestamente lo que más me gustó del juramento era verla con ese gesto de entrega. Luis Fernando también mostraba la misma templanza, una expresión hierática (una palabra dura, pero necesaria) que le daba a sus facciones la lejanía de un muñeco de cera. Elodio aplaudió luego del juramento y todos le siguieron. Luego le pasó el micrófono a Laura, quien explicó la dinámica que seguiríamos. Al parecer, tendríamos unas maratónicas sesiones con algunos profesores que venían a hablarnos de historia, política y economía y al siguiente día sí tendría lugar nuestro entrenamiento. Dijo que cada uno de los guías se acercaría personalmente para reclutarnos y explicarnos cuál sería nuestro talento a desarrollar. Sus palabras me parecieron una introducción que me recordó mi estadía de budismo turístico en Bali. Así que me sentí cómodo y solo seguí el juego.

Elodio se despidió tratando de abrirse paso en la masa de admiradores que buscaba tocarlo, hablar con él. Luis Fernando también se abrió paso para llegar hasta donde tenía lugar la rebatiña de un milésimo de atención del líder del campamento. No es que no me interesara conocerle, pues el Elodio expedía un magnetismo potente, pero Melinda y sus senos firmes le ganaban por completo en la competencia por mi atención. Colocaron música para acompañar la despedida de Elodio, una pieza de música instrumental que conocía, que había escuchado muchas veces pero que en ese momento no pude nombrar. Melinda volteó a verme.

—Qué bonita música...

—Sé que la he escuchado antes...

—Es raro, ¿no lo crees?

—¿Qué?

—Esa música hace que todo parezca un cuento de hadas, una película... mágica. Los árboles, la paz que se siente. Me gusta estar aquí. Nada que ver con la locura de las calles, la inseguridad, el *stress*...

Me pareció tierno verla allí, envuelta en lo que fuese que le provocaba esa melodía, con su actitud defensiva completamente desvanecida. En mí explotó una extraña necesidad de protegerla. Como si fuese un pequeño pajarito que se ha caído del nido y que después del golpe, ya despierta en el asfalto, o en la grama, a unos centímetros o metros del árbol, sin poder hacer nada más que trinar por el mundo que conoce. Melinda cerró los ojos y siguió la melodía con sus manos, escapada por completo de la realidad. Mario apareció de algún lugar y tocó mi hombro derecho.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Bien, bastante bien —le dije mientras movía la cabeza para darle fuerza a las palabras.

—Qué bueno. Pensé que ibas a aburrirte.

Mario se sopló las manos como se hace cuando se siente frío, miró a Melinda de reojo y me hizo un guiño para indicarme que lo siguiera.

Me entró un profundo tedio. Dejar allí a Melinda, envuelta en un estado de bienestar, para irme con este tipo. Traté de que no se me notara en el rostro lo agónico que fue tomar la mano de Melinda, apartarla de sus pensamientos felices y decirle que cuando pudiese volvería. Ella miró por el hombro a Mario, y su gesto fue de completo entendimiento. Me alejé unos pasos fuera de las sillas y del lugar desde donde Elodio había pronunciado su discurso. Volvimos a caminar entre los árboles. No sé qué sentía Mario por los árboles, pero ya su manía de internarse en ellos me parecía una descomunal tontería. Incluso llegué a creer que iba a ofrecerme un porro o algo parecido. Pero no, se limitó a hablar sobre nuestra estancia.

—En serio, pensé que ibas a cansarte de inmediato. Aunque ya veo que tienes tus propias motivaciones —y sonrió apuntando con la boca hacia el lugar desde dónde veníamos, hacia Melinda.

—Estoy bien, en serio... prometido —levanté la mano derecha en un gesto demasiado sobreactuado.

Mario miró al piso y movió un poco la tierra con la punta de su pie.

—Me alegra. De todos modos, poco a poco le agarraremos el ritmo. Esta primera semana puede que sea la más aburrida —rió—. No todos los que llegan tienen las cosas claras. Quizá tienen el espíritu pero les hace falta pulirles un poco más los lentes. No sé si me explico...

Por supuesto que no entendía de qué hablaba, pero preguntarle era alargar más la distancia con Melinda. No estaba dispuesto...

—Sí claro, entiendo perfectamente...

—Bien...

—Todos avanzando hacia el futuro, como un cardumen —dije.

—Como una sola mente —añadió Mario entusiasmado.

—Eso es... una mente colectiva...

—Ah, pero la próxima semana... allí sí que no hay excusas, viene la diversión, ya verás.

Estuvimos un tiempo más entre los árboles, Mario añadiendo más detalles a eso que nunca terminaba de definir, pero que estaba allí en su cabeza. La única manera que conseguí para que me soltara era decirle que necesitaba ir al baño. Lo entendió y me acompañó, el muy pesado, casi hasta la poceta. Luego me fui a buscar a Melinda. Mientras me abría paso entre la multitud de franelas amarillas, me di cuenta de que a estas alturas seguía sin saber nada de Sexo Débil, ni de Friki... a Claudio sí lo llegué a ver de lejos, pero en honor a la verdad nunca me dio *feeling*, así que lo dejé allí, para otro momento en que fuese inevitable tropezarme frente a frente con él.

Luis Fernando me hizo señas desde una fila de gente que se preparaba para almorzar. El lugar era como un *buffet* al aire libre, todo meticulosamente preparado y atendido

por unos cuantos sujetos que portaban camisas negras y unas mallas en la cabeza. Los protocolos adecuados y conocidos en cualquier lugar de comida. De veras que a excepción de las incómodas literas, el campamento no estaba para nada mal. Melinda seguía sin aparecer pero era un buen momento para ponerme al día con Luis Fernando.

—¿Y qué opinas de Elodio Mata? —preguntó a baja voz.

Subí los hombros...

—Necesito hablar con él, a solas... —dijo sin mirarme. Como si pensara en voz alta.

—¿Para qué?

Luis Fernando se espabiló y parece como si hubiese caído en cuenta que ciertamente intentaba establecer un diálogo. Sonrió sin gracia, luego me dijo que me despreocupara. Al tomar nuestras bandejas y pedir una idéntica selección de chuleta ahumada, puré y vegetales, nos fuimos a sentar en unas mesas larguísimas, desde donde se podía apreciar parte de las cabañas. El sol en ese momento no era fuerte, pero sí calentaba lo suficiente para que muchos desistieran de comer en las mesas e irse a sentar bajo la sombra de los árboles. Quise hacer lo mismo, pero Luis Fernando estaba imposibilitado para procesar cualquier información que no tuviese que ver con Elodio Mata.

Le conté sobre su mamá y eso pareció molestarlo. Me dijo en un tono bastante duro, casi como si tratara con un empleado, que si había traído lo que pidió. Tuve un arresto de pararlo en seco en su actitud de capo, pero preferí informarle que Mario tenía todo y que mientras estuve con él en los árboles prometió devolvería las cosas pronto, al menos antes de pasar a la segunda semana. Luis Fernando subió los ojos:

—¿Estás claro que ese Mario quiere contigo, no? Tas claro...

—¿Cómo? ¿Qué mierda dices? —En el fondo sospechaba algo, pero mi proceso de negación natural asoció su trato especial a mi genealogía, su posible formación en ciencias liberales, un refinamiento quizá ganado en algún colegio con nombre de santo. Solo me quedó contestar que esa era una alucinación.

—Ta' bien —contestó de vuelta.

—Dime algo, ¿sabes dónde están Sexo Débil y Friki? No los he visto...

Luis Fernando se puso un dedo en los labios, miraba a todos lados con una paranoia controlada, pero no me miró. Se limitó a decir que luego hablaríamos, después de la comida. Así lo hicimos, apuramos el almuerzo y salimos a dar una vuelta. Aunque era ciertamente imposible estar completamente solos en ese lugar a menos que camináramos muy lejos, de vez en cuando veías una pareja de franelas amarillas, un grupo de cuatro o cinco deambulando por allí, hablando de asuntos banales a la sombra de un árbol. Luis Fernando comentó que a Friki y a Sexo Débil se los habían llevado a otro lugar, que los montaron en un autobús junto con otros y habían arrancado fuera de La Quinta. También comentó que le había preguntado sobre el asunto a Laura, pero ella le pidió que no hiciera comentarios.

—Tengo que contarle algo a Sexo Débil. Su madre me pidió darle una noticia...

—¿Cuál?

—Te va a parecer una tontería...

—A ver...

—Su tortuga murió...

Luis Fernando se quedó estático mientras la información recorría quién sabe cuáles circuitos neuronales. Luego estalló en risa...

—No me jodas. ¿Estás hablando en serio?

—No te miento... pero no es un asunto para burlarse, su mamá me pidió que tuviese mucho tacto al informarle...

—Una tortuga, vaya que Sexo Débil no se cansa de darnos sorpresas. Una tortuga... qué muchacho tan raro.

El que Luis Fernando, precisamente él, se refiriera a su amigo como «raro», en ese tono tan específico de cierto desprecio, me dejó pensativo. Sus palabras no transmitían empatía de ningún tipo, sino una lejanía sentimental, así como cuando se ven fotos viejas del álbum de un recién conocido. Un ruido de hojas secas quebrándose nos hizo callar. La figura menuda de Melinda se abría paso por entre los árboles con una meticulosa gracia. Como si hubiese caído en el planeta recién ayer.

—¿Qué hacen aquí? Las clases ya van a empezar, están llamando a todos —dijo Melinda.

Ella se quedó esperando una respuesta mientras yo esperaba que Luis Fernando la diera.

—¿Sabías que Sexo Débil tenía una tortuga de mascota?

—Sí, a veces hablaba de ella... creo que se llamaba Matea, o Teodora. ¿Por qué? ¿Qué pasó?

Luis Fernando volteó a verme, luego se dirigió a Melinda.

—Jamás escuché de ese animal... —Y se puso en marcha dejándonos atrás.

Melinda se fue tras él, pero luego de unos metros volteó para apresurarme sin muchas sutilezas. «Vamos, que no quiero llegar tarde», dijo urgida. Volvimos al lugar dónde algunas horas atrás Elodio Mata había hecho su aparición pública. Nos sentamos dispersos, porque ya quedaban solo unas cuantas sillas vacías. El tipo que nos hablaría esa tarde era un profesor, o al menos esa fue la presentación que hizo Laura, aunque no explicó en ningún momento cuál era su especialidad. Él mismo se definió como un motivador. Sus palabras ciertamente lo eran. Casi toda su exposición la versó en la importancia del liderazgo, y en que son los jóvenes los únicos llamados a tomar la antorcha para guiar al resto. De su conferencia, lo que tuvo mejor prensa fue la idea de que los políticos no servían para nada, y que —de nuevo— eran los jóvenes quienes debían relevarlos. Su voz se encendía ciertamente, al hablar de la cobardía y el colaboracionismo de quienes nos habían precedido. Pero a pesar de que insuflaba las

emociones con la arenga, en ningún momento dio detalles sobre cuál era el camino. En la ronda de preguntas, una muchacha le pidió que se extendiera un poco sobre lo que debíamos hacer y su manera de resolver la cuestión fue con esa especie de respuestas tipo: «los gatos siempre caen de pie» (¿?). Añadió: «La juventud, siempre sabrá qué hacer y qué no hacer». Lo cual era una línea tan elocuente, pero tan vacía en sí misma, que si hubiese juntado mil más como esas hubiese creído que el tipo quería quitarle el puesto a Walter Riso o a Og Mandino.

En todo caso dejó el ánimo bastante arriba para el próximo de los conferencistas, un muchacho menudo que parecía no tener más de quince años que al tomar el micrófono nos contó con una alegría desmedida que venía de una estancia por Serbia, y que allá estaban dispuestos a relatarnos sus experiencias en cuanto a los trucos para escalar con éxito la «montaña de la libertad». Volvió a decir «libertad», y todos aplaudieron, la volvió a repetir y el ambiente tomó tintes de concierto de rock. El chamo era un astro para captar la atención. Era como ver a Elodio Mata en una versión recargada. Hasta Melinda le sonreía al carajito y fue cuando decidí borrarle cualquier cualidad positiva, excepto por su forma de gritar «Libertaaaaaaaaaaaaad», la cual parecía el estribillo hecho por el vocalista de una banda de *heavy metal*.

En eso pasamos toda la tarde y todos los días sucesivos de esa primera semana. En escuchar los testimonios de gente que nos trataban como si fuésemos a tomar La Bastilla o a emprender una cruzada para conquistar Jerusalén. No lo decían así de manera literal, tampoco es que pusieron algún objetivo concreto sobre la mesa, pero era lo que se podía sacar de sus reflexiones/testimonios/llamados al combate. El más activo dentro de las conferencias era Claudio, quien hacía todo lo posible para que se le notara que había leído, que dominaba la historia, los autores fundamentales de las ciencias políticas y por sobre todo para no dejar lugar a dudas de que odiaba todo lo que empezara en *Bol*, y terminara en *Chevique*. Eran tan visibles sus ganas de sobresalir que no más pedía la palabra todos mostraban su gran cara de fastidio, incluidos Melinda y Luis Fernando. Aunque para mí era más que evidente que Claudio no le hablaba a esa audiencia, sino que sus disertaciones/juramentos de dar la vida, estaban dirigidos a un Elodio Mata ausente. Bueno, ausente al menos en cuerpo, porque en honor a la verdad no hubo ningún conferencista que al comienzo, en el medio o al final, o en cada una de esas partes, no se refiriera a Elodio Mata y sus cualidades excepcionales.

Por ellos me enteré de que el hombre había ganado varias medallas por cruzar el río Amazonas nadando, que había escalado el Everest dos veces y que en el segundo intento había muerto su guía nativo, al que por supuesto no abandonó en la nieve sino que tuvo el detallazo de traérselo en la espalda hasta su aldea para que lo enterraran en una ceremonia budista. Que era el político más joven en ser elegido

gobernador, y que además se daba el lujo de balancear la gestión pública, con una vida sentimental que incluía modelos, princesas herederas y estrellas de cine. Que abandonó el mundo empresarial, para dedicarse a ayudar a la gente y que deseaba trasplantar su exitoso modelo de negocios a la política, a través de una idea que por supuesto era su marca registrada: «acabar con los pobres».

Para ser honesto, todo el campamento giraba en torno a Elodio Mata. Era imposible no terminar hipnotizado por tal figura, que se daba el lujo de hablarnos de vez en cuando mientras compartía un viaje en helicóptero con los más famosos multimillonarios de Sillicon Valley y nos juraba que pronto veríamos en el país algo muy similar o mejor. Melinda estaba francamente obsesionada con la figura de Elodio, al igual que Luis Fernando. En Melinda privaban más las cualidades del héroe legado por las comedias románticas, donde es capaz de desviar su jet privado para rescatar un gato que se ha quedado varado en la copa de un árbol. En Luis Fernando, sin embargo, la cosa era de otro tenor, iba hacia la imitación. Copiaba gestos y palabras, y en muchos casos lucía mucho más convincente que el propio Claudio.

Por mi lado, no puedo decir que lo adorara, no al estilo del resto, quizá porque estaba más acostumbrado a ver esos personajes en mi día a día, los hermanos de Martha por ejemplo, eran igualitos, o los primos de Cristipuchi. Tampoco me desagradaba, creo que en ese momento la idea que más calaba en mí, era que deseaba que un tipo así llegara a presidente. Quizá pensé que transmitiría a la política la misma magia que destilaba en cada aspecto de su vida personal.

Esa primera semana fue bastante ligera, casi como unas vacaciones. La rutina ayudó mucho, también la música y el sentido de pertenecer a algo más grande. Por las noches, luego de las conferencias, organizaban fogatas y nos sentábamos a charlar, comer y beber. Era muy difícil no sentirse en familia. Estaba siempre con Melinda y Luis Fernando, más los compañeros de cabaña. No eran muchos, unos cinco que no parecían diferir mucho de cualquier Melinda, Luis Fernando o Claudio del mundo. A veces, luego de la cena nos internábamos en el bosque para fumar, mientras contábamos las parejas que tenían sexo tras los grandes árboles.

Era en esos momentos que quería evaporar a Luis Fernando y al resto de la humanidad, solo para quedarme con Melinda tirado en el medio de la nada, disfrutando de humedecerle los muslos con una lengua que tenía muchísimo que prometerle. Creo que en no pocas oportunidades, ella pensó lo mismo, al menos lo sentía en la manera en que me rozaba la mano o me hacía un guiño mientras se ajustaba su sostén.

Pero ese estado no duraría. La noche del domingo, antes de iniciar la segunda semana, se nos llamó a una reunión de emergencia en el área de conferencias. Allí estaba Elodio Mata y no tenía muy buenas noticias para nosotros.

En esa ocasión no fue para nada festivo. No podía serlo. Confirmó lo que los conferencistas ya nos habían advertido: que a espíritus indomables como al de Elodio les es imposible promover trasformaciones benéficas para la sociedad, sin que surjan enemigos. Y sus adversarios estaban por todos lados, incluso llegó a sugerir que hasta entre nosotros. Eso me llenó un poco de pánico, puede que por la hora y por la misma circunstancia en que fuimos convocados a escucharlo. Todos estábamos muy alterados; sin embargo, existía un cierto consenso que podía sentir y que fue resumido por Claudio con el grito de: «Con Elodio todo, sin Elodio nada». Empezamos a corearlo, decenas de voces que hasta ayer provenían de gargantas infantiles, y que ahora sonaban poderosas bajo esas estrellas; unas trompetas similares a las que inundaban las obras de Wagner. Voluntades que no iban a permitir que se desmoronara este mundo nuevo al que nos habíamos acostumbrado.

***

Al despertar, el lunes, me sentí renovado, con una energía desconocida. Veía al resto de los muchachos, y puedo asegurar que compartíamos la sensación. Como si fuésemos parte de un enjambre, o al menos de una manada que se prepara para emprender la larga marcha en busca de otros pastos, de la supervivencia. Al amarrar mis zapatos, meditaba que en esta tarea por salvar a Elodio, parecíamos estar abandonando nuestro yo inmaduro, egoísta y superficial, para convertirnos en algo más, donde el capricho individual se somete a la voluntad popular. Era tan extraño, tan difícil de describir. Cuando vi a Melinda levantarse esa mañana, también la percibí cambiada. La sentí con un propósito vital, su rostro ya no parecía reflejar el hedonismo ignorante de quien solo vive la vida, sino que ahora su cuerpo entero era una máquina al servicio de una causa. Verla tan determinada me hizo querer decirle que iba a estar a su lado hasta la muerte si era necesario. Sin embargo, uno de nuestros compañeros de cabaña nos llamó la atención sobre un hecho que podría ser considerado minúsculo, pero que visto en el tiempo era el punto de arranque para nuestra transformación.

—Nos quitaron los cepillos de dientes —dijo este compañero, un muchacho pequeño y bastante raquítico, que se agachaba cama por cama para corroborar la misma información—, nos han quitado los cepillos de dientes.

—Debe ser un error —añadió Luis Fernando uniéndose a la búsqueda.

En un momento no hubo nadie en la cabaña que no considerara de suprema urgencia conseguir los cepillos dentales. Desde la puerta, Mario informó que era inútil continuar en esa frenética actividad. No había nada que buscar. Desde ahora las reglas habían cambiado, los niveles de alerta habían subido de intensidad y estábamos en la etapa naranja. El tiempo debía irse en prepararnos para lo peor, para el Día del Juicio Final, no para acicalarnos para ir a desayunar. Dijo aquellas palabras con mucha autoridad, sin debilidades y con alto convencimiento. Luego bajó el tono un

decibel nada más, para preguntarnos si acaso no entendíamos que íbamos a jugarnos el destino de ese país en unos cuántos días, si no podíamos ceder un tanto en nuestras comodidades cotidianas, si acaso la recompensa no era la libertad para todos.

Hubo alguien que desde una litera bromeó con el asunto y dijo que entonces nadie iba a hablar y mucho menos a escuchar, y que olvidaran por supuesto de los besos o de coger entre los árboles. Mario fue inflexible con el muchacho. Le pidió que saliera de la cabaña y no lo volvimos a ver. A partir de allí estaba más que claro que la rigidez sería la norma, pero tenía mucho sentido si tal como lo planteaba Mario, estaba en juego el futuro. Ese día se comenzaron a leer unas listas y cada persona que se nombraba debía irse con alguno de los guías, los cuales ahora portaban franelas distintas y alzaban una pequeña pancarta con el nombre del grupo. Laura se llevó unas quince personas para vestirlos de morado y ponerles el apelativo de «Caras y voces», entre ellos iba Claudio. A Luis Fernando y Melinda los pidió Baltazar, quien les proveyó unas franelas de color azul. Su pancarta decía: «Avanzada». Daniela aglomeró a otro contingente que con mucho entusiasmo vistieron de verde y se reconocían bajo el mote de «Apoyo». Farías no estaba, por lo que quedaba Mario y la cizaña de Luis Fernando revoloteando en mi mente «Quiere contigo, quiere contigo». Traté de desprenderme de esa idea para aceptar con gusto la casaca naranja y enarbolar mi nueva identidad: «Mediática». De este modo, ya ordenados como si estuviésemos a punto de iniciar una partida de ludo humana, comenzamos a caminar hacia el área de conferencias donde Elodio Mata nos daría algunas palabras.

Nos dejaron sentar sin obedecer ningún orden. Mezclando los colores de manera azarosa y solo rogándonos máxima atención a Elodio. Este habló, pero yo no podía concentrarme en otra cosa que no fuese esas decenas de jóvenes sentados en el medio del bosque, desprendiendo hacia el cielo una imagen multicromática y experimental que de haber sido recogida por algún observador extraterrestre de seguro la habría catalogado en su archivo de excentricidades humanas, como algún montaje de Cruz Diez en el ocaso de una vida cansada de manipular objetos inanimados. Pude haberme extraviado aún más tratando de recordar cuanto mosaico famoso albergara mi memoria, considerándolos metáforas extrañas de la vida en el planeta; como que el característico boulevard de Ipanema, no eran baldosas negras o blancas o grises, sino el movimiento de una procesión atravesando los linderos sinuosos y constantes de algún pueblo brasileño, o que Jesús Soto no pintaba cuadrados coloridos sino el recorte cenital en la malla inverosímil que deben formar los techos de los edificios caraqueños. Poco a poco, mientras regresaba al instante que vivía, al discurso de Elodio, sentí una vibración potente que me sacudió. Eran los aplausos, las lágrimas de muchos allí —incluida Melinda—, que vitoreaban «Te queremos Elodio, te queremos».

Laura subió a tomar el micrófono de manos de Elodio y a despedirlo mientras la masa de gente volvía a irse tras el líder para intentar alzarlo en hombros. Pero

desistieron porque Elodio volvió a la tarima a decirnos que el mejor regalo, el mayor aporte que podíamos darle era entregarnos en cuerpo y alma a la labor encomendada. Yo de pronto me sentí mal por haberme puesto a meditar sobre el potencial artístico de las ropas que vestíamos y dejar sin atender lo que parecía algo en extremo importante. Elodio se despidió y esta vez la turba de admiradores sí lo dejaron marcharse sin saltar por un autógrafo, beso, abrazo o palmada en la espalda. Laura pidió que nos fuésemos con nuestros guías y nos preparásemos mentalmente para lo que venía.

Cada uno de los grupos tomó caminos distintos. Me despedí de Melinda, desolado por no haber quedado en la misma franja de color. Ella me sonrió y dijo que no importaba, que todos al final seríamos útiles y que para ella lo que tenía mayor valor era que había regresado. Se marchó con Luis Fernando y su guía Baltazar y se enfilaron por un camino arcilloso que los elevaba fuera de mi vista. Mientras veía a Mario acercarse muy contento, pensé en Melinda y en su agradecimiento por volver a La Quinta, por estar allí, por no marcharme. Estaba cada vez más convencido de que muy pronto tendría que decirle de una buena vez: «Oye, chamita... me gustas. Eres la única razón por la que soporto toda esta parafernalia. La única razón por la que no estoy con Cristipuchi recorriendo las casas de sus amigas, las tiendas, las bancas menos soleadas de la universidad». Aunque de pronto, caí en cuenta que al pensar en Cristipuchi sentí aburrimiento de volver a lo que ya conocía, a lo que en mi vida ya no sería más satisfactorio. Quizá no era solo Melinda el motivo de mi regreso, y no era ni siquiera Elodio Mata y su cruzada libertaria quien me hacía quedarme. La imagen que se formaba en mi mente era la de una pirámide como las Mayas, y arriba de ella en el tope, un sacerdote de nombre Maslow me explicaba que mis problemas no están relacionados con la base, la comida o el sexo, ni siquiera con la seguridad que otorga el dinero, y mucho menos con las filiaciones familiares y los círculos sociales o el autoestima; mi rollo estaba fundamentalmente en esa cúspide toda chata, muy suramericana, en la que faltaba un pedazo: la autorrealización; o como gritaba el Maslow desde su nuevo oficio de sacerdote tribal: «Si lo tienes todo, ¿por qué carajo aún no te sientes completo?». No lo sabía. Supongo que alguna relación tendrá con el mismo síndrome que afectaba a los chamos de los países nórdicos, que viven suicidándose o dedicándose a salvar especies en extinción del cambio climático, o a viajar por la África menos sahariana y más desnutrida para saldar la deuda moral de sus ancestros a través de fotos que luego venderían a Reuters o a la BBC. En cualquier caso, no pude llegar a una respuesta porque un hombre se acercaba a mí con aires de felicidad y plenitud.

—¿Estás listo para la aventura de tu vida? —preguntó Mario con un tono entre lo capcioso y lo violatorio.

—Estoy en tus manos —contesté sin poder recoger el chinazo en mi respuesta.

Mario me llevó hasta un grupo de unas veinte camisas naranja y me los presentó uno a uno. Había mucho ánimo y eso se notaba en los apretones y las sonrisas. Una energía superior que solo albergan los muchachos sin hijos, los acostumbrados a consumir

cocaína y quienes recibieron sus primeros ascensos dentro de la larga, voluntariosa e infinita escala de la organización Herbalife. Comenzamos a caminar detrás de Mario mientras nos pedía enfocarnos en la naturaleza y decía que habíamos sido elegidos por nuestros talentos para comunicar. Puso por ejemplo algunos estudiantes de periodismo, a otros que eran potenciales estrellas del panorama de la *social media*, y a unos cuantos, entre los que me contaba, que mezclábamos ambas características.

El viaje duró unos veinte minutos, recorríamos la montaña en fila india admirando a lo lejos lo que parecía ser Caracas. Mario seguía en un monólogo muy bien hecho, considerando que la naturaleza solo existía cuando alguien podía describirla. Explicó, basado en su experiencia, que la gente había abandonado por decisión propia el mundo material para sumergirse en uno mucho más amplio y ameno. Un panorama virtual construido a imagen y semejanza del usuario, y donde se podía ir a donde se quisiera apretando un botón. Entonces, al llegar a una pequeña cabaña, cuyo interior era semejante a un salón de clases, Mario detalló que nuestra misión era ser una especie de guías turísticos en el vasto mundo de lo imaginacional.

A sus palabras le agregó una pantalla y un *videobeam* que se mantuvo encendido las tres horas que pasamos allí. El asunto era bien simple, seríamos reporteros de lo que vendría, pero no unos simples reporteros; seríamos cronistas, unos alfareros de lo real que llevaríamos la verdad hasta los rincones más profundos de la mente. Lo haríamos, en palabras de Mario, de manera *cool* y genial, lo que implicaba que íbamos a abandonar cualquier cosa aprendida en las universidades o las malas costumbres de los noticieros venezolanos, y nos íbamos a introducir en todo lo que las tecnologías tuvieran que ofrecer. Pero explicó que lo más importante, lo que debía ser nuestro credo diario, se resumía a «dejar que la gente complete la frase». Y nos lo explicó de la siguiente manera:

—Hay muchos críticos de este modelo comunicacional. Pero los que se la dan de éticos son cobardes que nunca han logrado nada en su vida. En fin, pongan un peluche, un osito puede servir, cerca de la rueda de un carro, agreguen o no algo parecido a la sangre... —de inmediato apareció en la pantalla el cuadro que nos describía—. ¿Qué piensan que pasó allí?

Uno de los compañeros levantó la mano.

—¿Sí? —preguntó Mario.

—¿El carro atropelló a un niño...? —dijo titubeante.

—¿Quién más piensa que eso fue lo que ocurrió?

Todos levantamos la mano.

—Bien —dijo Mario—. Bien...

La imagen era un fotograma de un video que Mario reprodujo de inmediato. En él se apreciaba una mujer, al parecer una madre ajetreada, que trata de sacar del carro una bolsa de compras y lidia, además, con un niño inquieto. El resultado es

catastrófico, pero no del modo que pensábamos: el niño le lanza su peluche y este hace que la mujer deje caer un frasco de salsa de tomate que tiene en la bolsa. El video se detuvo con la imagen inicial. Mario pausó y se dirigió a nosotros.

—Todos estaban equivocados, no ustedes, me refiero a los sabios. El medio no es el mensaje; *los prejuicios son el mensaje*. Ustedes solo tienen que poner los puntos, la cultura televisiva hará el resto...

—No lo entiendo —dije.

Creo que la respuesta de Mario fue la clase magistral más importante de mi vida. En todos los años de periodismo en la Católica, nunca supieron compactar en unos cuantos minutos los mecanismos fundamentales por los cuales pensamos lo que pensamos o creemos lo que creemos saber. Para nuestro guía, las lecciones que debíamos aprender ya las teníamos metabolizadas de manera intuitiva solo por haber nacido en plena era del internet; sin embargo, no estaba mal traerlas al consciente con el fin de hacerlas una herramienta del día a día. Desde ese momento, Mario no me pareció ya un tipito más limpiando la estela que dejaba el paso de Elodio, sino un verdadero líder, al menos uno intelectual, que me aportaba un punto de vista del que carecía. Nos explicó de manera breve, porque además era humilde, que esos conceptos se los debía a otros, a quienes les estaba agradecido, y puso a nuestra disposición toda la bibliografía disponible «para una época de paz», pues porque tal y como él lo veía, íbamos a adentrarnos en una situación muy complicada que iba a requerir toda nuestra concentración y esfuerzo.

Las máximas de Mario se podían sintetizar en un único razonamiento: todo está inventado. Nos pedía no perder el tiempo en filosofar porque cualquier cosa que viviéramos, viéramos, o pensáramos, ya la habían vivido, visto o pensado en cualquier otro lado del planeta en esta época o en otra diferente. Y para eso estaba el internet banda ancha, para servir de gran archivo de la humanidad. Se aplicó en serio, a través de unas cuantas láminas que brillaban en la pantalla de la cabaña, a meternos algunas ideas que nos iban a ser de mucha ayuda en los momentos más confusos. Para ello apelaba a tácticas pedagógicas, casi socráticas, es decir, preguntándonos una y otra vez, hasta que fuésemos nosotros quienes halláramos las respuestas. Fue así que llegué a la conclusión de que casi cada imagen que pasa por nuestra mente tiene un referente audiovisual legado por 100 años de industria cinematográfica. Cuando pensamos en las guerras, en los malos o en los buenos, cuando tratas de responderte sobre la riqueza o la pobreza, lo que tu mente engendra sin que te lo propongas y con una velocidad increíble, son las miles, millones de imágenes que te legaron las películas, comerciales, series de televisión. Y lo mejor de todo es que Mario no se quedaba allí, fue más profundo, nos habló de toda la experiencia sensorial. Puso ejemplos clásicos, y otros no tan conocidos, agregó sonido, añadió música y melodía. «¿Quieren sentir terror?», preguntaba y allí mismo le daba *play* a *Carmina Burana*, y nuestros

cuerpos se estremecían al compás de los tambores y las voces dramáticas. «¿Quieren romance?», volvía a preguntar solo para soltar las notas de alguna pieza suave de Claude Debussy o Philip Glass. Creo que en un momento, entre sus palabras, y las imágenes y sonidos, sentí que la cabaña se convertía en un verdadero cuarto oscuro en el que se nos estaba revelando una verdad superior. No es que desconociera sobre psicología del color, o el efecto de la música en las zonas más primitivas del cerebro, pero creo que había algo más. Mario nos proveyó de un propósito: convertirnos en una especie de directores de una película que no íbamos a producir o dirigir, pero de la cual efectivamente íbamos a ser unos grandes editores.

Casi todos los días de esa semana pasaron de la misma manera, algunas clases más aburridas que otras, pero siempre con algo nuevo para aprender. Lo único que lamentaba era que apenas tenía tiempo para hablar con Melinda, pues cuando nos liberaban de nuestras responsabilidades volvíamos a las cabañas con ganas solo de dormir. Aunque, a decir verdad, ese no fue el único cambio que sobrevino en la última semana. La propia Melinda se hallaba particularmente distante, no descortés o evasiva, pero sí como si su mente no estuviera procesando lo que vivíamos sino que calibrara un porvenir sin límites ni formas. Una de esas noches, puede que haya sido a mitad de semana, le pregunté por su entrenamiento, pero no supo contestarme de manera habitual. Ahora me nombraba a Clausewitz, a Sun Tzu, Jomini. Me preguntaba que si los conocía. Yo le contestaba que sí, pero no de forma personal sino más bien de vista, y a ella esas respuestas no le gustaban en lo absoluto. Se subía en la litera sin molestarse en dar las buenas noches. Me acercaba a ella para disculparme, pero decía que para mí eso era un juego, todo lo que hacíamos en ese lugar, que por ser rico no tenía nada que perder, y que si fracasábamos, o si a Elodio lo metían en la cárcel o, peor aún, si lo mataban, pues yo simplemente iba a tomarme un avión para irme del país sin importarme en lo más mínimo lo que pasara con todos ellos. En un momento, al verla tan estremecida pensé en agarrarle la mano y decirle que no tomara las cosas tan a pecho, pero eso la iba a molestar aún más. Así que hice lo que hacen en situaciones similares en todas las telenovelas que he visto (y vaya que Mario tenía razón en sus apreciaciones), le dije mientras la mitad de su cara reposaba en la almohada que pasara lo que pasara siempre iba a estar a su lado.

Ella abrió el ojo visible, el que no estaba contra la almohada y me dijo «¿Es en serio?». Le respondí con absoluta sobriedad, «Claro que sí» y volví a apretar su mano mientras sentía su piel, que no era igual a la piel suave de Martha, ni a la de Cristipuchi o la de Patricia Goldsmith, o la mía propia, sino que transmitía la aridez de quienes no la tuvieron fácil en sus vidas. Creí que si les contaba esto que vivía a mis amigos de la universidad y a mi padre, me iban a terminar acusando de ser un acomplejado con la buena suerte que me cayó del cielo desde el mismo momento que nací, y que por tal razón vertía en Melinda, en su cuerpo, en su vida, algo de mi

bondad: una acción para no sentir culpa por el sufrimiento del noventa por ciento de la población mundial. Al mirar su mano aferrada a la mía, al reparar que Luis Fernando verificaba la escena desde un lado de la habitación con una expresión de «me importa un carajo lo que hagan ustedes dos», sentí que mi proyecto, mi propósito vital, no era lo que promulgaba Elodio Mata, sino Melinda y aquello que todavía no podía nombrar pero que estaba en mi pecho creciendo, ardiendo con un suave pero constante ritmo.

***

La última semana no resultó tan traumática como lo llegué a pensar. Quizá lo peor de todo era el entrenamiento físico, el cual, argumentaba Mario, sería parte esencial de nuestra rutina de trabajo. Hasta los momentos, lo único que sabía era que Elodio iba a dar una declaración el lunes por la mañana y que ese sería el toque de diana para activarnos desde nuestros respectivos frentes. Sentía que las dos semanas en La Quinta me habían sentado de maravilla, que estaba fortalecido y con la energía y disposición suficientes para lo que fuera. Puedo hasta decir que el no haber bebido o tenido sexo fue un añadido que jamás pensé iba a darme tanta vitalidad. De alguna manera, podría decirse que era otra persona, y ahora cuando estaba tan próxima la conclusión de nuestra estancia me hallaba melancólico por tener que dejar La Quinta.

Para el sábado tuvimos nuestra última clase. Estaba muy ansioso porque Mario nos prometió que sería la más divertida, la más útil de todas cuanto habíamos presenciado. Esa mañana me despedí de Melinda con un medio beso que a ambos nos puso a sonreír. Mario reparó en nosotros y no se portó de mala manera, pero sí nos alentó a darnos prisa. Así que ella tomó el camino junto a Luis Fernando y sus franelas azules y yo me fui en dirección contraria siguiendo el camino a la cabaña de aprendizaje. Mientras subíamos la colina escuché a lo lejos unos pequeños ruidos secos, similares al traqueteo de un arma automática, que sin embargo allí en el bosque parecían más bien nueces cayendo de manera sincrónica sobre un suelo húmedo. Me rezagué buscando el origen del sonido y apreció a lo lejos una columna de sujetos vestidos de negro que parecían representar una batalla. Llevaban los rostros cubiertos, mientras se desplegaban sobre el terreno en formas que desde la altura semejaban ángulos, líneas horizontales; la formación característica de un ejército romano, una falange. Sentí que alguien me tomaba del antebrazo de manera enérgica.

—¿Qué haces? —preguntó Mario.

—Solo miraba... —Señalé en dirección a los sujetos vestidos de negro. Mario ni siquiera me prestó atención.

—Camina, tenemos aún mucho trabajo por hacer —replicó sin contemplaciones.

Llegamos a la cabaña de últimos. Ya todos estaban sentados esperando que se encendiera el *videobeam*. Cerramos las ventanas y en la pantalla apareció un texto, no muy largo:

Un afiche debe ser como un grito desde el muro. Es un medio de comunicación instantáneo. Su función reside en conseguir que el espectador obtenga, de inmediato, toda la información del contenido. Lograrlo es combinar, felizmente, una estética original con la facilidad de la lectura. (...) El afiche es una síntesis, la comunicación efectiva e inteligente de la información.[1]

Mario dejó que leyéramos mientras caminaba de un lado a otro de la cabaña. Cuando el tiempo se volvió incómodo mostró otra imagen, esta vez de una batalla con soldados desparramados por doquier, descuartizados o paralizados en gestos de desesperación, horror o auxilio.

—¿Podrían considerar que esta imagen es bella? —preguntó Mario.

La pregunta era confusa y nadie contestó, yo al menos no lo hice para no quedar como una especie de sádico, amante de la sangre.

—¿Qué es la belleza? —Continuó.

Yo hice que tomaba apuntes para que no me fuese a preguntar tamaña cuestión.

—Vamos a verlo de otro modo... a ver. ¿La imagen los conmovió? ¿Sintieron algo al verla? ¿Rabia, dolor, tristeza, miedo?

Allí todos comenzaron a murmurar. Yo al menos sentí una especie de vértigo. Mario no esperó las respuestas para comenzar a divagar.

—Estamos viviendo una batalla, quizá la guerra más grande a la que se haya sometido el ser humano: la batalla por la atención. En un mundo atiborrado de imágenes, de sensaciones, de aparatos e interfaces, de ruidos, atrapar la mirada, pero por sobre todo el alma, es lo más difícil. Es lo más importante que debo enseñarles.

Desde su posición, ya no de profesor, sino de especie de gurú postindustrial, Mario confesó que la verdad estaba sufriendo una metamorfosis, un cambio que no avizoraron ni McLuhan ni santo Tomás, puede que sí, hasta cierto punto, los físicos de la era nuclear. «Es un cambio superior. La verdad ya no existe allá afuera, como algo ajeno, la verdad es *atrapada* por esto», y alzó su celular.

—Si tal como dijo Jean-Luc Godard «el cine es la verdad a 24 cuadros por segundo», estos aparaticos —y seguía señalando su teléfono— y las redes de comunicación que tejen son más grandes, más poderosas, más infinitas. Las redes sociales son la verdad a 1.000 *likes* por segundo.

Para terminar, se subió sobre una de las sillas, al estilo de *La sociedad de los poetas muertos*, y nos conminó, nos ordenó, nos impuso la tarea de ver la realidad con los ojos de un dios. Nos dijo que éramos una especie de prometeos;

[1] Carlos Cruz Diez (París, 2012).

—Con cada foto, cada video, cada mensaje viralizado, estarán entregándole la verdad a los hombres, a los mortales. Que cada imagen cuente... *carpe diem.* —sentenció.

La noche de ese sábado nos permitieron permanecer fuera de las cabañas y hasta nos hicieron una pequeña celebración que incluía ver, por vez primera en dos semanas, algo de televisión. Ya la noche había caído y los integrantes de los grupos naranja, verde y morado, nos lanzamos con mucho entusiasmo sobre el *buffet* al aire libre que prepararon con mucha dedicación. Me senté a comer, tratando de pescar a Melinda por algún lado, pero ninguna franela azul se tropezó conmigo. El que sí se tropezó fue Claudio, el intelectual amigo de Luis Fernando que ahora con su franela morada pulcra, se colocaba a mi lado para buscarme conversación. Estaba mucho más egótico que de costumbre, explicando que a partir del lunes íbamos a tener que trabajar «hombro a hombro» para llevar el mensaje a la mayor cantidad de gente posible. Le contesté que no había recibido ninguna pauta, pero que sí, que no había ningún problema. Guardé silencio, esperando que me preguntara por su camioneta, pero no lo hizo. Me preguntó si acaso Elodio Mata nos había visitado esta última semana. Le contesté que no, que iba a resguardarse un poco o que al menos eso fue lo que entendí de su última alocución pública. Claudio me comentó que al grupo púrpura sí les prestó especial atención, pues ahora serían sus voces, sus rostros, y para ello necesitaba cero equivocaciones, además de un particular interés por las ideas. Quería que se callara, pero tampoco iba a ser descortés, así que tomé la opción más elegante, que era mantener la boca llena de comida para así evitar hablar. Por suerte —nunca habría llegado a pensar que me causara tanta alegría— Mario llegó para comer con nosotros. Le dijo a Claudio que Laura lo necesitaba y este se levantó con bandeja y todo para ir a buscarla. Tenía tiempo sin ver a un sujeto tan adulador.

—Te salvé, ¿no? —preguntó Mario—. Tu cara era de fastidio nivel superior...

—Sí, algo... no por él... *anyway.* ¿Cuándo llega el grupo azul?

Mario me observó fijamente, sin una expresión definida. Luego miró el reloj.

—Ya deberían estar aquí. A veces Baltazar se toma más tiempo con el entrenamiento de los muchachos. En fin... te traía esto —y puso sobre la mesa un pequeño cuadernillo anillado, la cubierta de vinil transparentaba el título *Manual de estilo*—. Quiero que lo tengas, he decidido que tú serás el «nodo matriz» de la red. Los demás dirán lo que tú digas, lo que tus ojos vean; serás la mirada de millones —su voz se crispó un poco en una leve exaltación de felicidad.

Subí los ojos y tomé el cuaderno, lo hojeé de manera desordenada, luego lo puse de nuevo sobre la mesa. Mario seguía allí, sin espabilar un segundo, como si esperara algo. Una respuesta que yo intuía que él estaba deseando pero que no podía darle.

—Oye, hermano... lo lamento pero no...

—No lo digas... puedo entenderlo. Es tan poco profesional de mi parte. Pero bueno, somos humanos, ¿no? Tampoco soy estúpido, puede que sí algo soñador,

pero no estúpido... he visto cómo miras a la chamita esa... es que no sé... En fin, tocar la puerta no es entrar, ¿verdad? —Sonrió.

—Sí, bueno...

—Vale, te dejo, no es la idea arruinarte la cena...

—No lo haces...

—Tranquilo, no tienes que ser condescendiente... En cualquier caso, vamos a seguir viéndonos hasta que recuperemos nuestra libertad.

«¿Pero cuál libertad?» Quise decirle, pero no lo dije. Preferí lanzar una frase menos polémica:

—Por supuesto, hasta que lo logremos —y puse los pulgares arriba.

Mario se levantó y me recordó a esos soldados aliados de la Segunda Guerra Mundial que aparecen en las películas taquilleras, esos que dejan el tarro de cerveza a medio terminar y se ajustan el sobretodo antes de salir a alguna misión entre Dunkerque y Calais. Miró hacia el resto de las mesas, sin moverse. Puso una mano en mi hombro y me transmitió una tonelada de preocupaciones.

—Puede que me esté equivocando contigo... pero tampoco quiero que pese ninguna decisión sentimental. Sería tan poco profesional de mi parte —cada vez que repetía esa frase sonaba más como un robot—. En todo caso, seguiré mis intuiciones, pero sí debo advertirte sobre esa muchachita. Ellos tienen su misión y tú otra, no dejes que sus tetas y su culote nublen tu mente: vas a una guerra y en una guerra no hay espacio para distracciones...

—¿A una guerra? ¿Pero qué carajo?

—Ay, por Dios, tampoco te me hagas el inocente... que en este planeta el único inocente es el que no ha nacido. Te lo repito... no pierdas de vista *la misión*.

La manera en que habló de «la misión», me llevó al cuarto oscuro, a la cabaña. Desaparecieron de pronto las dudas, los conflictos. De una manera extraña, me apacigüé...

—De acuerdo —le dije—... Cumpliré.

—Bien...

Mario cambió la expresión, ahora volvió a ser el sujeto afable y de talante relajado que conocí en La Quinta. Se levantó y puso su dedo índice en el cuadernillo. «Te hice una dedicatoria», dijo. Luego se dio media vuelta y se alejó.

Miré hacia los árboles y pensé en Melinda, en la misión, en la guerra y en la belleza de los cuerpos desarticulados entre bombas de humo y alambradas. El recuerdo de la pantalla iluminada por el *videobeam* se expandía en mi mente y me conducía a un futuro repleto de preguntas y confusas expectativas. Al fondo de todos esos pensamientos y de las imágenes que luchaban por abrirse paso, vi el bosque oscurecido y la dedicatoria de Mario flotar entre las hojas como lo hacen las luciérnagas perdidas: «Lo primero que muere en una guerra no es la verdad, es el corazón», escribió.

Capítulo 4

Reportero de guerra

Tener fe significa no querer saber la verdad.
Friedrich Nietzsche

Me cansé de esperar a Melinda en medio de la multitud de franelas decoloradas por la noche. Decidí irme a descansar y quizá toparme con ella en la oscuridad de la habitación, aprovechar el relajamiento, la brecha en la férrea disciplina para meterme en su cama. Me despedí de algunos compañeros naranja y me preparé para dormir. Llegué a la cabaña y al encender la luz pude ver a un lado de mi cama todas las cosas que había recolectado la noche antes de ingresar a La Quinta. De seguro había sido Mario quien hizo llegar aquellos paquetes para concluir de manera simbólica el entrenamiento. Pensé que lo mejor era entregar cada encomienda de manera particular, aunque desistí de mantenerme insomne por la llegada de Luis Fernando y Melinda. Así que coloqué en cada una de sus camas el paquete que les pertenecía y dejé a un lado lo que era propiedad de Claudio y Sexo Débil.

Me lancé en la cama y repasé el breve diálogo con Mario durante la cena y su dedicatoria a modo de aforismo. No supe en qué momento me dormí, pero desde que llegué a La Quinta fue la primera vez que pude recordar mi sueño. En él, estaba en el Emo Bar tocando «Blackstar» con una guitarra acústica, completamente solo en el escenario y con una única espectadora. Sentada frente a mí, en una mesa, fumando y bebiendo una gran copa de algo que parecía un coctel de pisco sour, estaba Melinda, sonriéndome y aplaudiendo la canción que no sonaba nada mal, pues lo que yo hacía era simular que cantaba mientras la pista de Radiohead inundaba cada rincón del bar. Ella se levantó de la mesa y fue a donde yo estaba, y conforme se acercaba la luz de la escena se fue achicando hasta arroparnos solo a nosotros. Quise besarla, pero tuve miedo de que eso me hiciera despertar. Dejé la guitarra y me arrodillé en el escenario para acercarme. Melinda se adelantó muchísimo a mi rostro y buscó mi oído. Me dijo: «No es pisco sour, gafito, es Preveral con vodka». Abrió sus piernas y vació poco a poco su bebida en su vientre, ordenándome que la bebiera directamente del fondo de sus muslos. Me

arrastré hasta allí y la escuché gemir un poco, de manera leve, pero a medida que me tomaba del cabello y me empujaba hacia ella, los gritos se tornaron poderosos. El licor me secó la lengua y fue cuando me pidió que la escuchara decir «Si me la sigues comiendo así, te pico la torta toda la vida».

Desperté de inmediato. Hacía un calor tremendo esa noche. Me quité la franela y me recosté de nuevo. Cuando quise volver a dormir sentí unos murmullos que llegaban desde afuera. Poco a poco se acrecentaron hasta que fueron perceptibles las voces humanas. Vi entrar a Luis Fernando y unos segundos después a Melinda. Me levanté para recibirlos, pero Luis Fernando cruzó hacia su cama y se echó allí sin emitir ningún sonido. Melinda me miró, sus ojos estaban vacíos o muy llenos de algo que no entendía.

—¿Estás bien? —le pregunté, pero no me respondió. Lo único que hacía era mirarme.

Pensé que a lo mejor hablar de su regalo la alegraría.

—Te tengo una buena noticia —la tomé por la cintura y la levanté sin ningún esfuerzo hasta su cama. Empecé a mostrarle lo que había comprado para ella. La ropa interior, las medias. Ella se sonrió levemente y metió la mano en la bolsa. Sacó la caja de condones.

—¿Y esto? —preguntó.

Me sentí como un idiota. Lo único que hice fue quitárselos de la mano y lanzar la caja en mi cama.

—Anda, dime, ¿te gusta lo que escogí?

Ella miró la bolsa y levantó la ropa interior. Palpó la textura.

—No quiero hablar... ¿podemos dejarlo para después?

—Claro, Mel... mañana. Trata de descansar.

Volví a meter todo en la bolsa y le hice espacio en la cama. Le quité los zapatos llenos de barro, luego las medias. Vi sus pies desnudos y me parecieron muy lindos, le di un suave masaje para transmitirle algo de confort. Ella puso la cabeza en la almohada, luego la arropé. Me detuve un rato para verla dormir.

—Mel... —dijo de forma suave.

—¿Cómo? —pregunté pasándole la mano por su cabello.

—Mel... me gusta que me digas Mel —dijo antes de cerrar los ojos.

Me quedé un tiempo parado allí acariciando su pelo. Cuando sentí su respiración cambiar de intensidad supuse que se había dormido y me fui a mi propia cama. Tomé la caja de condones y los puse bajo la almohada. Sonreí antes de entregarme a un nuevo sueño.

El domingo nos levantaron temprano. Esta vez sí teníamos los cepillos dentales bajo las literas y hasta un regalo institucional, con folletos, y una taza con la leyenda «Soy Líder». De algún modo este gesto fue extraño, al menos para mí. Fue como

volver al día 1 de la experiencia y además convertir La Quinta, y el propio bosque en un entorno mucho más institucional. Incluso nos dejaron vestirnos con la ropa con la que ingresamos, lo cual fue la señal definitiva de que ya estábamos concluyendo nuestro entrenamiento. Estuve toda esa mañana con Luis Fernando y Melinda en el espacio de las conferencias esperando que nos dieran más instrucciones. Al poco rato se nos unió Claudio. Llegó con una muchacha a la que presentó como Chichita Carrió. Una mujer bellísima que parecía haber sido traída desde la mismísima alfombra roja de Cannes. Todos la saludamos. La muchacha no más se sentó quiso secuestrarnos toda la atención. Luis Fernando y Melinda la miraron de arriba abajo y adquirieron una postura de desinterés total. Así que tuve que salir como el último mártir de las normas de cortesía, para socorrerla en su intento de conversar sobre «todo lo que la había cambiado este lugar».

Para Chichita Carrió, a quién Claudio miraba con absoluta adoración, La Quinta era un antes y un después en su vida. Al parecer se había dedicado, al menos desde los 14, a modelar y servir de portada de revistas en lo más prestigioso que hubiese en el mundo de la alta costura. Estaba absolutamente convencida de que ahora, no es que iba a dejar el modelaje o su programa de cocina *fitness* que tenía gran éxito en las capitales de Latinoamérica, sino que invertiría un mayor porcentaje de tiempo a darle sustancia a cualquier cosa que hiciera. Incluso llegó a confesarnos que iba a escribir unas memorias que sirvieran de inspiración «a los que venían detrás». Claudio suspiró. Le pregunté la edad, no para sonar pesado, sino para corroborar la brutal tendencia de algunas celebridades a escribir sus memorias o libros de lecciones profesionales a los veintisiete años. Ella me dijo que recién cumplía 22.

—Están muy *trendy* los libros... —dijo Chichita Carrió enfocándose en Claudio y en mí.

—¿Los libros? —pregunté. «Sí, están muy *trendy* desde los años 1400», pensé sin decirlo.

—Déjala terminar —me increpó Claudio.

—Sí, los libros... esos de reflexión. ¿Cómo les llaman? De autosuperación, inspiradores...

—¿Autoayuda? —Volví a preguntar.

—No... no, autoayuda no... —dijo Chichita muy concentrada.

—Déjala terminar —repitió Claudio.

Chichita miraba al cielo y nunca perdió su talante fresco y despreocupado mientras pensaba.

—Quiero inspirar —dijo resuelta.

Lo que vino de inmediato, fue la explicación de Chichita Carrió acerca de cómo llevar un país a la autosuperación. Al parecer, según detalló en unas pocas palabras, antes de su experiencia en La Quinta, solo deseaba enfocarse en «levantar el ánimo

de toda esa gente *nerdy* que siente que no es posible ser «bonita» cuando todo el mundo sabe que la verdadera belleza está aquí, aquí» —dijo tocándose sus senos copa D—. Ah, pero eso era antes, porque luego de las conferencias y grandes enseñanzas recibidas de su guía Laura, se preguntó por qué ayudar solo a los «perdedores», si podía «reunirlos a todos en una especie de gran hermandad y meterlos —¿en un horno crematorio...?, me dije a mí mismo—... en un país y avanzar juntos como una gran masa» concluyó Chichita...

—¿Cómo es que lo decía Laura... mi pequeño Clau?

—Empoderada, Chichita... masa empoderada...

—Eso es, masa empoderada. Debo inspirar a todo un país.

Entonces, para Chichita la fórmula era simple. Según su reflexión harto revolucionaria, si lográbamos embellecer al país, la gente dentro de él iba a sentir la necesidad de no quedarse atrás. En su mente, había que lograr un proyecto piloto, concentrarse en lo pequeño y luego saltar a lo macro. Primero arrancar con un municipio y de allí irradiar la belleza al resto del país.

—Vamos a estar claros, a quién se le ocurre ponerle «Carapita» a una estación de Metro, si eso es lo que nombras, pues es lo que obtienes. ¿Chacao? ¿*Jeloü*?... estás condenando todo al atraso...

En su futuro libro ya tenía al menos resuelto el apartado dedicado al «Transporte y Obras Públicas», donde iba a luchar por posicionar una nueva nomenclatura del Metro de Caracas, para que sirviese como punto de partida de un nuevo proyecto de sociedad. Pero no solo que no le bastó con exponer la idea, quiso —puede que por un asunto de propiedad intelectual— enunciarlos:

—Sé que no soy muy asidua al Metro, pero solo imaginen —lanzó sus brazos al cielo—, estaciones cuyos nombres sean *Venezuelan Square, Green Stick, Black Cat, Two Roads*, y para que no se nos acuse de tener preferencias agregar *Le Silence y Cité Universitaire*.

El *feedback* de las grandes cornetas del lugar nos sacó de las reflexiones de Chichita Carrió. Mario se preparaba para hablar, pidió a los guías Laura, Daniela y Baltazar que subieran a la tarima. Se disculpó porque Farías aún seguía en entrenamiento. Pidió un gran aplauso para todos nosotros, pues habíamos logrado completar todos los módulos y ahora nos graduábamos de Líderes. Luis Fernando y Melinda, a diferencia de Chichita Carrió y Claudio, no mostraron gran entusiasmo. Mario dejó que los aplausos se extinguieran para cambiar el tono. Comentó que ahora comenzaba la etapa más difícil, pero seguro estaba que todos sabríamos qué hacer y cómo actuar. Solo pidió estar muy atentos a la declaración que Elodio Mata haría por todos los medios, pues ello significaría el comienzo de nuestra gesta. Volvió a pedir un gran aplauso y dio por concluida nuestra estadía.

Laura tomó el relevo para explicar el retorno a La Quinta, el cual se haría a través de unos autobuses que llegaron por el camino de tierra. Le pregunté a Luis Fernando si sabía que había pasado con Friki y Sexo Débil, pero solo subió los hombros.

Fui unos de los últimos en abordar porque deseaba despedirme de Mario. En ese momento y no podría decir por qué, creí que le debía mucho más de lo que me admitía a mí mismo. Lo vi despidiendo los contingentes de jóvenes y me acerqué. Él fue el primero en hablar.

—Bueno, creo que este es el fin...

—Gracias por todo y disculpa lo malo —le contesté.

—No, vale —me agarró del bíceps derecho—. No hay nada que agradecer, ni disculpar. El destino es el destino. Allá afuera haz lo que mejor sabes hacer...

—Pero igual no vamos a perder contacto. No tengo teléfono, pero puedes darme el número...

—En La Quinta, antes de marcharse les devolverán los celulares...

—Perfecto, dame tu número...

—Después, ya habrá tiempo...

Uno de los autobuses tocó la corneta dos veces y el resto de ellos hizo lo mismo.

—Ya debes irte...

—¿Qué pasa si necesito consejo? ¿Cómo te ubico?

Mario se quedó pensativo. Laura, que asistía a la escena de manera periférica, se incorporó al diálogo.

—Se te hace tarde...

Mario carraspeó la garganta y secundó a Laura. Sonrió.

—Siempre voy a estar allí —tocó mi frente con su pulgar, el resto de sus dedos rozaron mi cabello—. Bueno —volvió a toser un poco—... es tiempo de que te vayas.

***

Nos marchamos de La Quinta en la camioneta de Claudio. Esta vez Chichita Carrió ocupó el lugar de Luis Fernando en el asiento delantero y a este le tocó ir atrás junto a Melinda y a mí. La cara de Luis Fernando era de absoluto disgusto. Pensé, mientras el hombre se acomodaba en el lugar de la plebe, que la experiencia de algún modo había derivado en una especie de segregación por clases. Aunque si fuese así, yo debería estar conduciendo y los demás tomando un taxi, incluida Chichita. De cualquier modo, estaba tan feliz de estar tan cerca de Melinda que apenas le puse energía mental a los complejos de Luis Fernando.

Encendí el teléfono y el resto hizo lo mismo con sus propios aparatos. Quedamos en silencio un rato, puede que todos compartiendo la misma interrogante.

—Eh, quiero preguntarles algo chicos —dijo Chichita desde el asiento delantero—. ¿Sus celulares funcionan?

—El mío encendió... —le dije.

—Formatearon los teléfonos —completó Luis Fernando.

Revisé mi propio celular y comprobé que en parte era cierto. No había ni una foto almacenada. Esperaba que empezaran a sonar una tras otra las notificaciones, las llamadas y mensajes perdidos de mi papá. Me preguntaba qué le habría dicho la Cristipuchi en el caso de que él la llamase o fuese hasta su casa. Creo que no habíamos preparado unas coartadas para todos los casos. De todos modos, la Cristi era bien hábil y de seguro iba a encontrar una solución.

Les propuse que fuésemos a comer algo, recargar los celulares, llamar a nuestras familias, puede que aprovechar e intercambiar números telefónicos. Todos acompañaron la idea. Cuando empalmábamos con la autopista para irnos a algún centro comercial, vimos que los carros comenzaban a aglomerarse cerca de un elevado. Se detuvo por completo el flujo. Estábamos en un gran estacionamiento que se expandía conforme llegaban más vehículos. Le propuse a Melinda bajarnos para investigar el origen de aquella monumental tranca, pues la otra opción era escuchar a Chichita Carrió a relatar sus planes para convertir el Museo de los Niños en una sucursal del *Smithsonian Institute*, y así enseñar a los infantes pobres de Katia (Con K para así ser coherente con su idea de que «en el principio fue el Verbo»...) sobre indígenas «no desnutridos, como los que se veían en los semáforos, sino vigorosos como los apaches o los vikingos...».

Melinda aceptó de inmediato y nos alejamos del zumbido en el que se había convertido la voz de Chichita. Luis Fernando se quedó atascado en el asiento trasero, a merced de la prospectiva desarrollista de nuestra nueva compañera de viaje. No pude hacer más por él.

—¿Te sientes bien? —le pregunté a Melinda, mientras caminábamos por entre los vehículos atascados.

—Sí, es solo... la verdad no quiero volver a la residencia. Esa pensión me deprime... —contestó sin dejar de mirar el asfalto.

—Ah, pensé que era por la pesada de Chichita...

—Bueno, ella también me deprime...

—¿Te gustó lo que te compré?, no me has dicho nada...

Unos gritos, a unos doscientos o trescientos metros de dónde estábamos, interrumpieron la respuesta de Melinda. Contrario a lo que hubiese hecho en otra oportunidad, corrí en dirección al ruido que poco a poco ganaba en intensidad, ayudado por la mezcla frenética y nada melódica de cientos de cornetas. Cuando llegamos a la mayor concentración de personas, vimos el origen del caos. Un camión cargado con cientos de cochinos —no puedo precisar la cantidad— se había volcado. Algunos cochinos, gigantescos como hipopótamos, corrían desorientados por toda la autopista, otros tantos luchaban por no morir ahogados dentro de sus jaulas.

Muchos de los cochinos quisieron saltar la defensa que separaba las direcciones de la autopista y colisionaron con carros que iban en dirección contraria, incluso vi a unos cuantos motorizados deslizarse por el asfalto sin posibilidad de esquivar a los animales. No existía adjetivo para lo que veía. Sentí que no había nada mejor que sacar el teléfono y registrarlo todo. Incluso, llevado por un deseo de lograr una toma ideal, me subí al capó de un carro.

El ojo de mi cámara, que era mi propio ojo, registró los acontecimientos con una meticulosidad que hubiese sonrojado a cualquier documentalista de la vida salvaje. Unos veinte minutos allí, y lancé todo aquello al ciberespacio para que flotaran en la mente de quienes se habían perdido semejante espectáculo. Estuve satisfecho, consciente de haber vivido un hecho inédito y verdaderamente sin igual. Lo que sí se me escapaba en ese momento, y que no pude entender sino hasta mucho después, es que aquel accidente no era producto de la casualidad, ni de la decisión de un dios vegano, la realidad es que aquel suceso iba a marcar el inicio de todos los acontecimientos raros, imprevisibles y desgarradores que tendrían lugar en la Caracas a la que regresaba luego de haber sido admitido en La Quinta.

Media hora después, las autoridades, con la displicencia digna de una vulgaridad, lograron abrir un canal para el paso vehicular luego de matar a balazos a unos cuantos cochinos. Algunos conductores agradecieron el gesto policíaco y recogieron los cadáveres, metiéndolos en las maleteras de los carros o donde fuere. Pensé que soñaba y en mi mente apareció Cristipuchi escandalizada con su muletilla favorita «Solo en Venezuela».

Cuando fue nuestro turno de pasar por el canal habilitado, vi los grandes animales desperdigados en el asfalto y los hilos de sangre saliendo de los agujeros que las balas habían causado. Chichita Carrió cerraba los ojos y decía no haber visto algo semejante desde el *remake* de la película *Masacre en Texas*. Melinda también cerró los ojos, pero Luis Fernando asistía atento, casi como si su mente quisiera grabar para siempre las dantescas escenas. Claudio comentó, mientras acomodaba el retrovisor para mirarme, que aquello parecía la escena bíblica donde Jesucristo libera a un pobre infeliz de la posesión demoníaca, ordenándoles a los seres malignos ocupar el cuerpo de cientos de cerdos que terminan suicidándose en masa al tirarse por un precipicio.

—«Ese Jesucristo es un loquillo... o un policía de El Hatillo», concluyó con una carcajada que desentonó en el ánimo de todos.

Terminamos comiendo en un restaurante al que nos llevó Chichita. Un sitio de comida vegetariana en honor a lo que recién vivimos en la autopista. No hablamos al principio, todos concentrados en los celulares, supongo que poniéndonos al día. Al activar las notificaciones para llamadas y mensajes, comenzaron a llegar en una catarata que golpeó la boca de mi estómago. 134 llamadas perdidas de mi papá, y

mil y tantos mensajes sin leer de la Cristipuchi. Estaban disgregados en todas las aplicaciones del teléfono, correos, SMS, redes sociales. Era una locura. De inmediato quise llamar a mi papá. Pero Chichita me sacó del plan anunciando con una risotada:

—Eres la estrella del internet —dijo alcanzándome su celular.

Vi que el video de los cochinos marcaba tendencia y amenazaba con llegar a los primeros lugares de favoritismo. El celular de Chichita rodó por todas las manos, mientras corroboraban la rapidez con que la muerte de los animales llegó hasta los cibernautas polacos. Al principio no supe cómo procesarlo, pero de inmediato, al analizar la publicación, supuse que mucha de la culpa la tenía el título «Masacre en Venezuela», y los chillidos agudos, espantosos de los animales cayendo uno a uno gracias a las balas. Pero un fenómeno aún mejor me dejó sin poder disfrutar la comida. Cientos, diría que miles de personas comenzaron a agregarme en sus propias redes, con mensajes como «Sos un capo», «Crack», «Dios», «Nunca cambies». Aquella exposición fue una energía indescifrable y muy embriagante, debo reconocer. Me abstraje absolutamente de aquel restaurante y floté a un lugar donde solo tenía cabida *eso* que había puesto en movimiento. Olvidé a mi papá, olvidé a la Cristipuchi... de pronto solo vivía para aquel video.

Chichita pagó la cuenta de todos y nos invitó a su casa. Dijo que era suficientemente grande como para pasar allí la noche y esperar el anuncio que Elodio Mata daría en unas pocas horas. Ninguno se opuso. Llegamos a un edificio cerca de Los Palos Grandes, recién caída la noche. El apartamento de Chichita era inmenso y muy bello. Había cuadros con su rostro por toda la casa y en todos los estilos pictóricos. Un verdadero homenaje a sí misma. Claudio veía cada pintura con absoluto detalle y le hacía preguntas verdaderamente estúpidas que a ella o a su ego le encantaba responder. Chichita fue hasta una pequeña terraza y abrió la puerta. Tres perros medianos aparecieron para darle la bienvenida. Claudio se acercó con la misma aprehensión del novio que conoce por primera vez los hijos de su novia ex divorciada.

—Les presento a Sir Winston Fulgencio —el perro bulldog—, Walley Filiberto y Toby Arturo —un shishon y un schnoodle, según nos explicó.

Los perros, después de desvivirse por Chichita, salieron a olfatearnos. A Claudio no le pararon, pero con el que sí se entretuvieron fue con Luis Fernando.

—Les diste *feeling* —dijo Chichita mientras el rostro de Claudio se fracturaba de los celos.

Luego de que Chichita se quejara del estado de inanición en que tenían a sus bebés y de jurar que botaría a su mucama, Melinda, Luis Fernando y yo nos fuimos a la terraza para ver la impresionante vista que había de la ciudad.

Arropados por el silencio que imponían los hermosos puntitos parpadeantes de la noche caraqueña, Melinda suspiró. Volteó a verme y me preguntó cómo era mi

casa. Al principio tuve cierta vergüenza de responderle, no por mí, pero sí por Luis Fernando y su hábitat de clase media desamparada. Dejé que la pregunta reposara entre nosotros, hasta que Luis Fernando decidió entrar de nuevo al apartamento.

—Es distinta —le dije.

—¿Distinta cómo?

—No sé, es que no es un apartamento. Es una casa...

—Quiero que me la describas —Melinda dio un paso hacia mí.

En el apartamento, Chichita rebosaba de alegría, puso música vieja. Canciones de *rock 'n' roll* de las cuatro décadas que nos antecedieron. Sacaron una botella que parecía vino tinto y comenzaron a beber sin copas. Volví a Melinda, quien no soltaba un segundo su interés en que le hablara de mi vida. Así que traté de no ser pedante, a pesar de que es prácticamente imposible, a los oídos de quienes menos tienen, sonar como un miserable que merece ser fusilado por las tropas del salvaje de Mao. Al menos eso decía mi papá, que aconsejaba hablar de riqueza solo con otros que pudieran sentir empatía y no desprecio o envidia. Melinda sonreía y me alentaba, así que me sentí dispuesto a decirle lo menos ostentoso, como que teníamos un cuarto para huéspedes (realmente teníamos tres) y que en el garaje cabían dos carros (¿siete? Quizá diez, cuando quitábamos las motos). Seguí así, pero en un punto puede que por esa particular forma de mirarme o porque me llegaban los acordes de «*In my life*», la canción favorita de papá, fui soltándole la verdad, como la piscina temperada y bajo techo, las canchas de tenis y el invernadero victoriano que perteneció a mi mamá. Ella no paraba de poner esos ojos que parecían buscar en su mundo semántico la palabra invernadero y victoriano, así que le tomé la mano y la hice ver hacia el rastro luminoso de Caracas, y usé su dedo índice para señalar no al cielo, sino a la ciudad, y ella me acompañó en un gesto dócil hasta que las imágenes de su mente encontraron un punto de luz que le agradó.

—¿Es allí? —preguntó.

—Sí, es allí, ese es mi hogar —le dije casi como si el Principito me hubiera susurrado las coordenadas de su asteroide.

Su mirada decía lo que su boca no. Soñaba despierta sin atreverse a compartirlo conmigo. Una pizca de melancolía me llegó de pronto y creí que no era un buen sentimiento para culminar esa noche. Así que traté de llevarla por otros rumbos imaginarios e inflar con cualquier artificio su globo de expectativas.

—No hay nada que no podamos alcanzar —le dije.

Sin embargo, mis palabras no levantaron suficiente su ánimo. Tuve que buscar muy dentro para encontrar una base de apoyo que la sacara a flote. Me acerqué y tomé su mano.

—Sabes Melinda, alguna vez alguien me dijo que la aventura más maravillosa no está en llenar de sueños nuestras vidas, sino en hacer algo tan fuera de lo común que parezca que vivimos en un sueño...

Melinda dejó el horizonte oscurecido para sonreírme. Pasó sus dedos por mis cejas, mejillas y los ancló en mi boca. Al regresar de la nada o de los sueños, percibí realmente que sus ojos no eran negros, ni café, ni azules, ni verdes, sino una mezcla de esas que tiñen el cuerpo de emociones y lo convierten en el mapa ilegible de un país extranjero.

Fue el primer beso que nos dimos y diría que el más lindo. No sé cuánto duró. Quizá no pasó de los cinco segundos, quizá no jugué con su lengua. En cualquier caso, lo recuerdo como un momento que me hizo sentir bien, no eufórico, pero sí placentero. Cuando nos soltamos, ella me tocó la mejilla y entró al apartamento. Desde afuera se veía a Luis Fernando y Claudio envueltos en gestos que delataban una pelea en desarrollo. Los perros habían tomado su bando; Sir Winston Fulgencio le lanzaba a morder a Luis Fernando cuando éste levantaba los puños amenazadores, y Toby Arturo y Walley Filiberto gruñían cuando Claudio contraargumentaba de manera visceral. ¿El debate? A qué banda le debía más la humanidad ¿a Metallica o a Nirvana? El asunto fue escalando y se puso más alucinante porque Chichita Carrió se había puesto a fumar un porro con Melinda, y el fondo musical convertía la inútil batalla entre Luis Fernando y Claudio en una comedia o en una profecía. Si no hubiesen estado tan ebrios o drogados, y estuviesen allí en el sofá mirándose a sí mismos, se habrían reído de verse tan enojados, pero sobre todo de que *The Hollies* regresara de los sesenta para regalarles un memorable *soundtrack* a su nada memorable pelea:

It's a long, long road
From which there is no return
While we're on the way to there
Why not share
And the load
Doesn't weigh me down at all
He ain't heavy he's my brother
He's my brother
He ain't heavy, he's my brother...[2]

Sí, de seguro se reirían mucho de sí mismos... yo, al menos, no paraba de reír.

***

Desperté en el mismo sofá, recordando que no le había dicho a Melinda que a pesar de tener un comedor para dieciséis personas, usualmente las cenas de Año

2 «He ain't heavy, he is my brother», *The Hollies*. Trad.: Es largo, un camino largo/ Del que no hay retorno/ Mientras estamos en el camino de allí/ Por qué no compartir/ Y la carga/ No me pesa en absoluto/ No es una carga, es mi hermano/ Él es mi hermano/ No es una carga, es mi hermano.

Nuevo las pasábamos en compañía de Francis Mallman en su restaurante de la Patagonia. Nunca le hablé del asunto.

Chichita tenía una muchacha que la ayudaba a cocinar. Ella nos preparó el desayuno y se propuso lavarnos la ropa. Atendía a los perros con extrema meticulosidad y no paraba de llamar a Chichita «señora Carrió». Nunca supe su nombre porque era en extremo diligente para captar casi con dos segundos de anticipación cuándo sería requerida para alguna labor tediosa. Melinda era la única que la ayudaba, ya fuese a levantar la mesa o a lavar los platos, a pesar de que la muchacha le pedía no lo hiciera. Al fin, tuvo que ceder en su solicitud y quedó aquella mujer atendiendo los caprichos de todos más o menos hasta las once, que fue cuando comenzó la rueda de prensa de Elodio.

No era una alocución extravagante, solo un atril de madera con el logo «Líderes» y Elodio vestido con camisa azul clara arremangada hasta el antebrazo. Estaba flanqueado por unos tres personajes políticos conocidos y otros rostros en su mayoría jóvenes. La escena, o al menos los rostros, eran unidos por el mismo ceño fruncido y una mirada que no parecía presagiar buenas noticias.

Elodio hizo un breve resumen sobre historia política contemporánea, para luego caer en su plegaria permanente: el cambio. Me llamó la atención cuánta energía puso en el discurso, cómo movía su brazo derecho mientras el izquierdo lucía estático, casi muerto. Hablaba como de medio perfil, sin despeinarse mientras hacía énfasis en las palabras, en cada acento. Era muy bueno discurseando, al menos a mí me lo pareció por la manera en que usaba esa técnica «arranca aplausos» que consiste en ir incrementando el tono hasta lograr una respuesta emocional. Lo único que no me gustó fue que no pestañeó una sola vez durante los diez minutos que habló.

Por supuesto, no comenté ninguna de mis apreciaciones. Pienso que para no romper el silencio profundo con que mirábamos la televisión. Claro, que el estado de concentración-devoción hacia las palabras de Elodio, lo quebrantaba de vez en cuando la muchacha que limpiaba, quien extrañamente no se veía en lo absoluto dispuesta a dejarse atrapar por la dimensión e importancia de lo que ocurría. A veces era un ruido de grifo abriéndose por allá, una escoba tropezando con un mueble por acá... Su desinterés no pasó inadvertido para Chichita:

—Pero, mi amor... ¿Cómo puedes estar limpiando en un momento así? ¿Estás escuchando lo que dice Elodio? Su lucha también tiene que ver contigo... —dijo con molestia.

La muchacha salió del trance que le imponía el proceso de limpiar los azulejos de la cocina y trató de atender a su jefa.

—Disculpe, señora Carrió... No era mi intención... ¿Qué necesita? —preguntó apenada.

—Elodio, mija, Elodio... te estoy diciendo que cómo puedes estar limpiando cuando estamos viviendo momentos tan cruciales para nuestro país...

—Disculpe, Señora Carrió, no volverá a ocurrir —la muchacha dejó de limpiar y se acercó, no mucho, lo suficiente, a dónde nos encontrábamos para ver la televisión. Cruzó los brazos y se recostó de una pared.

Chichita arqueó las cejas con la satisfacción de haber ganado algo y volteó para continuar en la apreciación extasiada del discurso de Elodio. Yo me quedé allí, escrutando el rostro de la muchacha y mucho más sus ojos. Eran el compendio de una mirada que a pesar de la aparente sumisión, no era mansa. De haber sido Chichita habría atendido menos la televisión y mucho más la expresión de un rostro paciente, que parece estar procesando mucho más de lo que se percibe a simple vista. La muchacha apartó por unos segundos, puede que menos, su atención de la rueda de prensa y se percató que la miraba. Sentí que le habló a mi cabeza, y de pronto fui yo quien se vio obligado a esconderse en la televisión.

Elodio terminó su mensaje y me sentí empujado a aplaudir, puede que hasta se me hubiese salido una lágrima. Chichita fue la primera en hablar para dirigirse a mí:

—Pero de veras que eres una máquina, ¿cómo lo haces?

No entendía en absoluto a qué se refería.

—La rueda de prensa —continuó Chichita—. Apenas concluye y ya están sus mejores frases en la red...

Tarde unos segundos en responder, pero mucho más en percatarme de que estaba escribiendo en mi celular casi en simultáneo y sin la menor conciencia, conforme Elodio daba sus líneas maestras. Cerré la palma de la mano y me aferré al aparato telefónico.

Salimos de la casa una hora después, pero la conversación seguía siendo la misma. Para Claudio era una especie de James Bond de las redes sociales, armando la pistola 9 mm con los ojos vendados. Yo miraba el celular al vuelo de la metáfora. No obstante, Luis Fernando quiso bajarle intensidad a cualquier comentario que me exaltara. Prefirió darle todo el mérito al nuevo ecosistema en que son criados los niños hoy, es decir, con las computadoras como nuevos parques infantiles. Claudio y Luis Fernando, como para no perder la costumbre, se trabaron de nuevo en una pelea inútil para imponer su punto. Chichita los cortó de plano:

—Se llama *multitasking* —les dijo a ambos.

Melinda no intervenía aunque no dejaba de mirarme. Sentí en ella un cierto orgullo, lo que me hizo creer que ciertamente estaba dotado de un don que no había notado. Acerqué mi cuerpo al de ella y dejé reposar un poco mi ego allí. Revisé mi celular, y resultaba impresionante cuán rápido crecía mi popularidad. En poco menos de 24 horas, el incidente de los cochinos ya había recibido más de 48.000 vistas, pero los comentarios de quienes asistieron al espectáculo eran el verdadero

néctar. Eran esos «hilos» que conectaban el suceso a los espectadores, los que movían los ladrillos del imaginario. En menos de 150 mensajes y comentarios ya la gente, con una facilidad que hacía reír, tenía sus teorías acerca de lo que había ocurrido; por un lado hablaban de una conspiración para acallar a punta de balas una enfermedad porcina, y por el otro decían que a diferencia de otros países aquí los policías no estaban preparados para enfrentar el trato interespecies. Uno de los mensajes más dramáticos era: «Estuve en la autopista con mis hijos, y solo tengo que decir que ya el cuento de los Tres Cerditos no será lo mismo».

Chichita Carrió interrumpió mi momento de lectura para pedirme que por favor cambiara la «bio» de mis redes sociales, porque a su juicio la manera en que me definía parecía avisar de un problema con la eyaculación precoz. Sin que lo viese venir, en la camioneta surgió un breve pero intenso problema acerca de la importancia de transmitir una identidad correcta, sobre todo considerando que ahora fungiría como el reportero del grupo. Las opciones que surgían no me gustaban en lo absoluto y el arqueo de fuentes de Luis Fernando, incluía a un bloguero que se atribuía la autoría de la frase «Marico el que lo lea». Las propuestas fueron acrecentándose en originalidad y decadencia, por lo que les pedí que nos concentráramos en llegar a la plaza a donde Elodio había convocado a quienes se sintieran parte de los hombres y mujeres «de buena voluntad», y que allí decidiéramos. Estuvieron de acuerdo. Claudio encendió la radio y allí pudimos hacer seguimiento a las reacciones que la rueda de prensa había causado en el mundo político venezolano. Nos sentimos, pues las sonrisas y comentarios así lo mostraban, muy entusiasmados y ansiosos por lo que íbamos a encontrarnos. Chichita aprovechó el tiempo para empolvarse y hablarle al espejo de la guantera como si fuese una cámara de televisión. Opinaba ante un público imaginario cuán trascendente había sido el llamado de Elodio mientras «exhortaba» y «conminaba» a los ciudadanos a sumarse a la causa y rechazar a los enemigos del cambio. Por supuesto, era de esperar que Claudio no quisiera quedarse atrás y repasara también unas cuantas líneas donde abundaron palabras rimbombantes como «oprobio», «ignominia» y «satrapía». Luis Fernando lucía fastidiado de escuchar a los que «viajaban en primera clase» y los mandó a callar diciendo que nada iba a resolverse dando discursos ante las cámaras sino en la calle. A Claudio, el argumento no lo intimidó y defendió su posición explicando que nadie iba a salir a pelear si no era persuadido antes, y para eso ya tenía preparado un discurso monumental a prueba de periodistas incómodos. Volvieron a trabarse en combate argumentativo, mientras Chichita seguía maquillándose y Melinda se mostraba ajena, con la mirada fuera de aquel vehículo y una mano sobre mi muslo.

La plaza ya estaba atiborrada de gente cuando llegamos. Había una gran algarabía, banderas, carritos de perros calientes y buhoneros queriendo vender franelas con la cara de un Elodio mucho más joven. En el centro de la plaza había

una tarima y luego de estacionar fue el lugar en el que acordamos atrincherarnos para estar cerca de donde Elodio hablaría. No fue nada fácil; tuvimos que atravesar un grupo de señoras vestidas de blanco y con lentes de sol que parecían multiplicarse conforme parecíamos dejarlas atrás. Llevaban paraguas, casi todas, para protegerse del sol de esa hora y hablaban entre sí usando un vocabulario donde estallaban frases como «esto es fin de mundo» y «éramos felices y no lo sabíamos». Esas dos líneas eran usadas de múltiples formas, en muchas oraciones y sentencias y se adaptaban a muchas épocas históricas. Les presté suprema atención, porque a medida que nos acercábamos a la tarima tuve el impulso de entrevistarlas para tocar unas cuantas fibras sensibles con sus testimonios.

Otro de los grupos clasificables que se dieron cita en la plaza, eran hombres de mediana y tercera edad, vistiendo *blue jeans* o bermudas, chemises unicolor y sandalias de cuero con medias. La combinación denotaba que o bien vivían muy cerca como para no sentir vergüenza por su estilo de «veré la vida pasar desde una hamaca en el balcón de mi apartamento», o simplemente la situación política era tan grave que les anulaba cualquier interés por estar vestidos más acorde. A diferencia de las mujeres con paraguas, estos hablaban muchísimo menos, pero sí compartían de vez en cuando alguna opinión de orden económico; sobre el precio de los repuestos de los carros, el de la comida en los supermercados y sobre que ya los sábados en la tele no eran los mismos desde que no presentaban a «Yuyito o la brasileña esa... Xuxa». Coincidían que el declive de la sociedad comenzó en el momento en que Gilberto Correa sustituyó a Amador Bendayán como animador, y aunque todos asintieron, prefirieron concluir que la verdadera decadencia llegó: «cuando salieron esos hombres con abanicos en la televisión». No pude escuchar más, porque Melinda me arrastró hacia unos metros de la tarima. Se disculpó de sus formas, pero no de sus intenciones. Me dijo que en vez de estar perdiendo el tiempo escuchando estupideces debería estar arriba de la tarima junto con el resto de periodistas, para cuando Elodio llegara. Eché una ojeada, pero allí solo tenían cabida quienes podían sostener un cubo con el logo de un canal de televisión, y yo lo único con que contaba era con mi teléfono. «Es todo lo que necesitas». Su voz me dio vitalidad y mucho de virilidad. Así que para no decepcionarla, fui hasta la parte de atrás de la tarima y traté de subir. Por supuesto, unos gorilas me pararon en seco. Me levantaron de la camisa y me preguntaron qué hacía allí. Les expliqué pero no quedaron conformes. Trataron de arrancarme el celular para saber que no era un espía. Eso me ofendió. Iban a zarandearme cuando empezaron los gritos enardecidos de las personas de la plaza. Elodio estaba llegando. Abrazó a niños y ancianos, cargó bebés, y tuvo hasta tiempo de amarrarle las trenzas de los zapatos a un joven para que no se tropezara. Todo lo hizo sin sudar ni dejar de sonreír. Pensé que lo mejor era desistir de subir a la tarima y documentar su llegada, pero había

tanto alboroto que apenas si podía moverme. Conforme Elodio fue acercándose, el oxígeno disminuyó por la aglomeración. Los de seguridad no se decidían a soltarme. Querían entregarme, decían, como un trofeo al jefe de seguridad de Elodio. Un tal «Estrada», dijo uno, aunque el otro rápidamente corrigió «Herrada». Elodio llegó casi flotando entre la gente, ayudado por sus escoltas. Antes de subir a la tarima se tropezó conmigo y me dedicó dos segundos de mirada fija. «Oye, muchacho, ¿qué haces aquí? Sube conmigo, para que veas cómo se escribe la historia». Los escoltas quedaron en una pieza. Ambos miraron a un hombre canoso de barba que les hizo un gesto de aprobación. Así fue que logré trepar a las cumbres más altas, detrás de Elodio y amarrado del brazo derecho de su jefe de seguridad.

Desde arriba, la plaza estaba distinta, multicolor y llena de ojos, y caras y brazos que se elevaban. Banderas ondeando y un sol que caía sin hacer estragos en los cuerpos de quienes se apretujaban para escuchar a Elodio. Este se paseó por la tarima, saludó desde allí a la masa que comenzaba a corear su nombre. Saqué el teléfono celular y empecé a registrar todo. Pensaba que de algún modo al intervenir mi propia mirada a través del lente de la cámara, no era yo quien vivía la experiencia, sino alguien más, puede que los miles que presenciaban en directo lo que ocurría. Hubiese preferido echarme a un lado y solo ver, sin la necesidad de captar las expresiones, las lágrimas, los gritos. Aunque es innegable que una parte de mí, sobre todo cuando Elodio se aproximó al micrófono, sentía que todo lo que había aprendido en La Quinta tenía al fin un propósito, un objetivo. Así que a partir de allí y por los próximos tiempos, ya mis ojos no eran esas esferas que llevaba en la cabeza, sino el lente, cuya imagen maximizada por la pantalla del celular, convertía la realidad en una experiencia que existía en la medida que fuese vista por otros ojos, atestiguada por otras mentes.

Elodio comenzó a hablar de una forma completamente nueva. Estaba mucho más exaltado que otras veces y en esta ocasión se le escaparon unos cuantos «carajos». Su visceralidad le hizo brotar el color rojo en el cuello y la cara, y puso a más de una viejecita a delirar y pedir ayuda a los paramédicos que observaban la dinámica del mitin con mucha atención. Habló del Ávila, diciendo que cada mañana se levantaba a admirarlo, y a rezar a Dios porque aquella montaña le diera la fuerza de seguir luchando. Luego insistió en que estábamos en una encrucijada en la que debíamos escoger si estábamos del lado del bien o del mal, y que el olor del mastranto comenzaba a perfumar el valle de Caracas y eso era señal más que definitiva de que llegaría la primavera. Para finalizar, usó la típica expresión de «cuando más oscura parece la noche es porque se aproxima el amanecer», lo que desató una oleada de desmayos y gritos de éxtasis del público.

Hice un paneo por los frenéticos asistentes, y en mi celular comenzaban a brotar miles de notificaciones de quienes seguían cada detalle de manera remota. Cada vez que se sumaba un nuevo espectador, sentía que mi corazón vibraba. Pensé

en Mario y en cómo agradecerle, pero también en Luis Fernando por incluirme en la experiencia y mucho más en mi papá, quien de seguro iba a sentirse más que orgulloso de lo que hacía. Creí conveniente que apenas bajara de la tarima debía apertrecharme de algunos implementos básicos para continuar esta rutina. Podía ver a mis pares, los de otros medios, con toda la parafernalia, equipos costosísimos, logos de las empresas, pero sobre todo esos rostros que tenían tatuada la palabra: prensa. Me dio orgullo estar entre ellos, aunque muy dentro sabía que algo me faltaba para completar mi bautismo.

Elodio dijo a los asistentes que debía hacer un último anuncio y pidió guardar silencio. Se cubrió la plaza con un un lúgubre silencio que arrasó con el alegre ambiente inicial. Habló en palabras muy grandes como para poder procesarlas de inmediato. De su boca salieron escenarios terribles tanto para él como para la «salud de la República». Argumentó que la clandestinidad posiblemente sería su acompañante y que la muerte tenía su nombre en la agenda. Quienes más gritaron con desesperación era un grupo de mujeres que portaban imágenes de Vírgenes de todas las advocaciones que movían hacia el cielo con una fuerza increíble. Elodio acusó a sus enemigos de cualquier cosa que pudiese pasarle e informó que esto no era sino el inicio de nuestra liberación definitiva. Quise aplaudirlo, pero la transmisión estaba por encima de mi emoción instantánea.

Elodio se despidió y comenzó a bajar por la tarima seguido por sus guardaespaldas. Las señoras que llevaban las Vírgenes lo cercaron y luego de llenarlo de besos y bendiciones procedieron a ponerle cuanto escapulario tuviesen. Tomé cientos de fotos del momento, y acompañaba cada imagen con leyendas impropias en mí, que acudían desde lo más olvidado de mis conversaciones con la mamá de Cristipuchi. Estuvimos un rato allí, yo desde lo alto de la tarima y un remolino de gente queriendo algo, cualquier cosa de Elodio. Al final, este logró llegar hasta una moto que lo esperaba y desaparecieron al final de la avenida. Hubo segundos de angustia, como si de pronto en una película de acción muriera el héroe en la primera escena. ¿Y ahora qué hacemos?, escuché decir no muy lejos de mí.

Un muchacho que reunía 20 de 21 características para ser catalogado como *hipster*, tomó el micrófono. Saludó, gritó, casi lloró, cada cosa en un ciclo que se repitió unas cuatro veces, hasta que comenzaron a prestarle atención. Era una máquina para lanzar palabras, comenzó sin mucho protocolo a girar instrucciones, y a dar a conocer la agenda de protesta que vendría. No buscaba aplausos, ni tampoco que le adoraran: su papel, de comunicador, lo cumplía a cabalidad. Pensé que era importante apuntar cada dato, pero no hubo necesidad porque conforme avanzaba en su discurso llegaban a mi buzón de correo electrónico los detalles de cuanto decía. Así supe que esa misma noche se haría en la plaza una vigilia organizada por un grupo de mujeres, para luego en la mañana marchar hasta el mismísimo Palacio

de Gobierno. Ya después, la semana se nutría de una infinidad de actividades cuya diversidad consideré mejor profundizarlas a través del PDF que habían enviado a mi correo electrónico.

Bajé de la tarima y traté de encontrar a Melinda. No reconocía a nadie, y tampoco me sentía muy cómodo entre los grupos de gente que buscaban agua y provisiones para pasar la noche. Pude ver que poco a poco la plaza, con un disimulo muy bien sincronizado, se llenó de baños portátiles, grandes pantallas de tela, y la propia tarima subió varios niveles al incorporársele más cornetas y toda una estructura de luces similar a las que se usan en conciertos. Pusieron algo de música para amenizar la espera y las esquinas se llenaron de buhoneros que vendían desde jugos hasta gorras y franelas con la cara de Elodio y una leyenda bajo su rostro: «Nos une».

Cuando llegó la noche las antorchas comenzaron a encenderse. A alguien le pareció «cuchi» proponer hacer una pequeña procesión por los alrededores de la plaza, portando las luces y leyendo fragmentos del discurso de Elodio. Las que encabezaban la marcha eran las mujeres de las Vírgenes. Todas ataviadas de escapularios, pero también con mantillas que parecían bordadas y les daba el aspecto de las campesinas a quienes la Virgen de Fátima les reveló unos cuantos misterios. Como no encontré a ninguno de los muchachos y tampoco contestaban sus teléfonos, creí que debía poner manos a la obra y aprovechar para recoger algunos testimonios. Entrevisté a unas cuantas señoras, pero no aguantaron cinco palabras sin decir alguna vulgaridad o ponerse a llorar. Había gente más joven, muy entregados también a la cadena de oraciones que le rogaban a Dios que recuperara el carácter que mostró en el Antiguo Testamento y arrasara en una noche a todos los que quisieran atentar contra Elodio. Pensé que podría sacarle algo de provecho si enfrentaba en algún video al Dios opresivo de los babilónicos, que no comía cuento para echarse por el pico a cuanta mujer o niño no se le hincara, y ponerlo a pelear con el Dios posmoderno que apelaba más a la intermediación diplomática de su hijo Jesús. Aunque creo que desistí de la idea porque no iba a tener muy buena prensa si me ponía a relucir las incongruencias sagradas. Así que seguí enviando mini crónicas a medida que bordeábamos la plaza y nos deteníamos en las puertas de los edificios donde un grupo de clones de las señoras que iban en la procesión tenían levantados algunos altares con figuras de santos. En uno de los edificios reconocí a la mamá de Cristipuchi, quien le lanzaba pétalos de rosas a una Virgen de casi tamaño natural que alguien bajó de su apartamento para ser bendecida por las llamas de quienes caminaban esa noche alrededor de la plaza.

—Hola, señora Cristina —la saludé.

Ella al principio no me ubicó pero luego se acomodó los lentes y abrió sus grandes ojos azules.

—Muchacho, ¿dónde te has metido? La niña estaba muy preocupada...

—Prometo que la voy a llamar, al final de la noche. Luego de la procesión.

La señora Cristina dejó de prestarme atención para admirar el paso de sus correligionarias. También les lanzó pétalos a quienes iban en la vanguardia.

—¡Ay, mijo!, esto es lo que le falta a este país. Volver a la senda de Cristo. A que la Virgen nos envuelva con su santo manto y nos proteja de esta caterva de malnacidos que parece, eso dicen por allí, tienen pactos con el diablo —su rostro se cruzó de líneas de expresión.

Dirigí el teléfono directamente a su rostro, era el mejor testimonio que tendría esa noche.

—¿Por qué está en la plaza hoy? —pregunté.

—Para ver si salimos de una buena vez de este infierno —contestó decidida.

—¿Cómo cree que podamos lograrlo?

—Ay, hijo... humillándonos ante Cristo. Encomendándonos a la Virgen del Rocío... no sé si a la del Valle o a la de Coromoto, porque... a ver cómo te lo explico... son Vírgenes, sí, pero menores. Dios les dio la misión de aparecérsele a los indios de por aquí, pero ya ves... no entendieron *nothing at all*. Fíjate que aquí en este saco tengo tierra directamente del Monte de los Olivos y en este frasquito, un poquito de agua del río Jordán a ver si nos ayudan...

—¿Cómo los obtuvo?

—Los compré por internet. Pero vienen con su certificado de autenticidad. Aquí puedes verlo —puso las etiquetas frente al lente del celular—. La niña, tu Cristipuchi, se burla de todo esto... porque se ha apartado del camino de Dios y yo sé que en el fondo la culpa la tienen todos estos años de comunismo en que hemos vivido. Cada noche le rezo a Dios porque los barra de la faz de la tierra o al menos que nos guie con su mano santa para exterminarlos para siempre —su ceja saltó levemente.

—Han incluso pretendido legalizar el aborto. ¿Qué opinión le merece eso? —le dije para azuzarla un poco.

—Ay, mijo... eso sí que no, todos somos hijos de Dios, y solo él da y quita la vida...

Me despedí de la mamá de la Cristipuchi, prometiéndole que apenas pudiese llamaría a su hija. Ella me hizo la cruz en la frente con cenizas que ella misma recogió de una fogata que vio cuando visitó Jerusalén. Aunque inmediatamente reconoció que no tenía certificado de autenticidad y que era mejor no hablarle de eso a la Cristi, porque «la niña» iba a dar su versión falsa de que aquellos no eran residuos santos, sino probablemente los restos de una casa que casi seguramente le habían destruido a una familia palestina.

Me alejé de aquella devota, recordando que Cristipuchi ya me había contado la anécdota de la supuesta ceniza bendita de su mamá. Aunque también recuerdo que no tenía una única versión para hablar de su origen nada divino. En cualquier caso, la cruz de ceniza en la frente me abrió la oportunidad de ser recibido con entusiasmo por el ala radical de la procesión, que eran las viejitas que llevaban las Vírgenes de yeso. No sé si era por la hora o por los cánticos, pero cuando ya llevábamos unas dos horas de actividad, comenzaron las experiencias extáticas que por supuesto, lo percibí como un regalo de la providencia, para darle el toque de interés que hacía falta.

Una muchacha era cargada por un grupo de jóvenes para llevarla hasta los paramédicos, pero las líderes de la procesión detenían a cada desmayado, escrutándoles en el rostro y en el cuerpo cualquier cosa que pudiese ser considerada una señal divina. Con los tres primeros, el síntoma médico de deshidratación hacía tambalear las ansias de todos, pero el cuarto desmayo, no sé si por urgencia o por verdad, fue catalogado como un caso «místico». Una de las señoras que portaba una pequeña Virgen gritó: «Es escarcha, es escarcha»... y la señaló con su dedo generador de mitos, con lo cual logró no solo que decenas detuvieran la marcha para arrodillarse y rodear a la mujer tocada por la santidad, sino que activó una lluvia de flashes y periodistas curiosos que no querían perderse el acontecimiento. Logré sortear los cuerpos de creyentes para tomarle una foto en primer plano a la mujer, pero al ver su rostro no pude ver lo que otros veían. «Es solo sudor» dije en voz baja... y quise hacerlo saber de buena manera al resto de los asistentes, pero sus caras, sus posturas, parecían necesitar con severa urgencia ese milagro o como pudiera llamársele, así que opté por no acotar nada.

Cubrir la marcha nocturna fue un verdadero éxito. Tuve miles de seguidores en la transmisión en directo y una cantidad nada despreciable de excelentes comentarios. Claro que no faltaron los pesados que deseaban hacer un paralelismo entre la magnífica iniciativa de las viejitas de las Vírgenes con las escandalosas jornadas que protagonizaron los Ku Klux Klan en la Norteamérica de siglo xx, sobre todo por la imagen de las antorchas encendidas o los mapas de Venezuela que construían usando velas encendidas. Aunque al revisar las fotos, ciertamente algunas rememoraban uno que otro ritual satánico o wicca. Fue un duro golpe, me refiero a comprobar que no todos compartían la misma idea del significado de lo que hacíamos al batallar por y para Elodio.

Al principio optaba por ignorarlos, pero en un punto comencé a responderles con cierta visceralidad. Mis seguidores me apoyaron, así que al cabo de unos minutos no tuve que ser yo quién blindara la causa. En cualquier caso, la experiencia me sirvió para ser mucho más cauteloso con lo que hacía, pero también me dio más ímpetu al comprobar que estaba bajo la atenta observación de los enemigos y que tenía una gran responsabilidad en educar a esa masa de incrédulos que aún se mantenían alejados del mensaje de cambio que defendíamos.

En la plaza, pude comer gracias a las contribuciones que llegaban a toneladas. No eran grandes manjares pero al menos me permitieron sortear las horas más difíciles. El frío era terrible a eso de las dos de la mañana, y aunque recorría los grupos de gente que hablaban de Elodio, del futuro y de lo que ellos mismos debían hacer, no lograba entrar en calor. Posteaba fotos, los entrevistaba; sin embargo, me tenía desconcentrado que Melinda, Luis Fernando, Chichita y Claudio habían desaparecido. De algún modo podía entenderlo, ya desatados los acontecimientos cada quién tenía una tarea que cumplir, y había reglas a respetar. No llamar por celulares era una de ellas, quizá en la que más hicieron énfasis. En La Quinta nos advirtieron que no más Elodio lanzase la declaración, todos seríamos objetivos a perseguir. Así que lo más conveniente era no graficar la cercanía de nuestras relaciones a través de mensajes de texto, llamadas, mucho menos cometer la estupidez de etiquetar a nadie en las publicaciones que hacíamos virales. Pensé de pronto en lo que le había prometido a la mamá de Cristipuchi y tomé la determinación de mantenerla a ella y mi papá lejos del radar. Sentía que ellos y yo estábamos más a salvo si no podíamos comunicarnos. De seguro serían unos días nada más, así que los bloqueé a ambos en mi celular. Sé que podría parecer una tontería, pues en este mundo de hoy es prácticamente imposible desaparecer del todo y nada más tener el aparato en mis manos me volvía vulnerable. Mi seguro de vida, mi estrategia de camuflaje, era mantenerme en movimiento.

Esa noche dormí profundo en una gran tienda de campaña que instalaron en el centro de la plaza. Tuve las mejores atenciones de un grupo de voluntarios que reconocían mi labor como muy importante por llevar la verdad al mundo. Por la mañana tuve la oportunidad de cepillarme y lavarme la cara en un restaurante cercano que brindaba ese servicio a cualquiera que se identificara con la causa de Elodio. Me sentía en algún festival de música, en Woodstock o en Lollapalooza, rodeado de comunes que nos reconocíamos sin necesidad de estrechar nuestras manos y decir nuestros nombres. Era una grata experiencia. A eso de las diez de la mañana, un hombre que hablaba desde la tarima de la plaza comenzó a informar que en unas horas íbamos a comenzar a concentrarnos para salir en una marcha hacia el centro de la ciudad.

La plaza fue llenándose de gente de todas las edades, que traían pancartas de diversos tamaños. Estaban muy entusiasmados, como si en efecto la metáfora del festival de música hubiese calado silenciosamente en ellos. Me impresionaba que los mayores contingentes de personas pudieran dividirse entre muy viejos o muy jóvenes. Puede que haya sido una apreciación sin asidero; sin embargo, me hizo creer que era posible que Elodio hubiese logrado conectar dos generaciones que aunque no convivieron la mayor parte de las épocas políticas, sí coincidían acerca de la necesidad de ir en otra dirección. Sentí que en esa intuición había una veta

que valía la pena abordar, así que comencé a escarbar en la masa de gente, buscando «mi pepita dorada», mi declaración soñada, que lograra corroborar la intuición. Abordé a un grupo de hombres y mujeres que se cubrían con unos paraguas con motivos florales. El sol se filtraba a través de las flores y les pintaba la cara de colores violetas y rosa. Me presenté y mostraron muchísima disposición a dejarse entrevistar. Hablaron con soltura sobre una época pasada o dorada, dónde no se recordaba hambre o enfermedades, y en la que solo bastaba desear para obtener cualquier cosa que se soñase. Algunos acotaban que extrañaban beber leche Klim y también ser directores de empresas ligadas a la actividad petrolera. Ese tiempo, otro y mejor, que fueron los años de los que también hablaba mi papá, era narrado a la cámara del celular con un enamoramiento que tenía tiempo sin ver y me recordó la escena de *Casablanca* en la que Bogart le dice a Ilsa «Siempre tendremos París...»; con la diferencia de que ellos estaban sin poder irse en el avión sino atascados allí, con una nostalgia y una desdicha que les rellenaba el ánimo a partes iguales. En cualquier caso, cuando les contaba que teníamos espectadores de gran parte del mundo, se les reactivaba la sonrisa y continuaban divagando en detalles que hubiesen sido del agrado de Chichita Carrió, especialmente cuando mencionaban la cultura ciudadana que existía en el Metro de Caracas y que lamentablemente nunca llegó a trasladarse a la superficie de la ciudad.

Con los grupos de jóvenes, los testimonios resultaron, debo reconocerlo, más aburridos. Muchos de ellos mostraban disposición a hablar; sin embargo, no profundizaban tanto en el país como sí en sus sentimientos. En la desesperanza que les provocaba que hubiese una parte de los ciudadanos que se negaran a evolucionar y dar un paso al costado justo en el preciso momento en que se anunciaba con mucha esperanza que en muy poco tiempo comenzarían los vuelos turísticos a Marte. Les pregunté por Elodio y qué opinaban de su llamado.

—Me gusta —respondió uno. Un muchacho de ojos café y cabello recién cortado.

—¿Y qué te gusta? —Indagaba.

—Bueno, no sé, qué él es él, ¿sabes?; que quiere que el país salga adelante y cambiemos. Fíjate, yo lo veo así, por un lado están quienes no quieren un cambio y solo hablan del pasado, y del otro está Elodio que quiere llevarnos al futuro.

—¿Y cómo imaginas ese futuro?

—Bueno, como el pasado, es decir, como los tiempos que vivieron mis padres... yo quiero la Venezuela de la que me hablan mis padres...

Luego de esas declaraciones, el muchacho fue a refugiarse bajo el paraguas floreado de quienes había entrevistado antes. Desde allí, todas las generaciones me saludaron con afecto y me mostraban sus celulares para agradecerme la rapidez con que sus impresiones de política interior comenzaban a producir efectos positivos en aquellos que no podían acompañarnos en la plaza ese día. También los saludé y les

agradecí, pero justo cuando me disponía a tomarles una foto grupal que me pedían con excesiva urgencia, comencé a verla.

Fue una experiencia muy extraña, que no sé cómo explicar. Detrás de ellos, del contingente de personas que deseaban ser retratadas, pude ver la cara borrosa, desenfocada de una mujer que vestía de negro y dorado. Dos círculos, en el lugar en que debían estar sus ojos, brillaron de forma horripilante. Me espanté. La visión duró unos segundos, fue demasiado efímera como para que pudiese saber si acaso era alguien real. Restregué mis ojos y eso pareció preocupar a quienes esperaban la foto. Cuando la tomé, me acerqué a ellos para mostrárselas y preguntarles si no se habían dado cuenta de la mujer que estaba detrás de ellos. Ninguno dio una respuesta afirmativa, aunque atribuyeron el fenómeno posiblemente a infiltrados de los cuerpos de inteligencia que buscaban información.

—Están donde menos lo imaginas —me dijeron casi que en coro.

Tuve que apartarme del celular e irme a sentar al borde de la fuente principal de la plaza. Respiré. Aún tenía la piel erizada y cuando apretaba los ojos para sacudirme el brillo del sol o la propia impresión, lo único que se formaba era esa cara aterradoramente fugaz. Pensé que lo mejor era irme a desayunar, o a refrescarme. En cualquier caso alejarme un poco del bullicio del lugar, al menos hasta que dieran la orden de partir. Encontré algo de paz en un café cercano. Allí puse a cargar el celular y pedí un desayuno americano. Comí más por necesidad que por ganas, mientras veía la televisión. En un programa, a eso de las once, aparecieron Chichita y Claudio como entrevistados. No me sorprendió verlos allí. Se notaban más ansiosos que nerviosos, con una actitud de quienes sienten que ha llegado su momento. Terminé de comer y pagué la cuenta. Luego me acerqué al televisor y vi parte de la entrevista. Chichita lució sólida y sin fisuras, nada de teorías o propuestas estrambóticas sino más bien reflexiones que apelaban a cierto lado sensible de la audiencia. Claudio se extendió más en explicar la base fundamental de la propuesta de Elodio, no sin aprovechar en varias ocasiones de pedirle a quienes lo sintonizaban que visitaran su blog personal. Ambos hacían muy buena pareja, y supuse que iban a terminar de novios en algún momento.

Regresé a la plaza, después de que lograra zafarme por completo de la extraña experiencia que había vivido. Había cientos, puede que miles de personas congregadas, una energía difícil de describir, por lo que preferí que fuesen otros quienes pudieran adjetivarla luego de tropezar con las imágenes que lanzaba de manera vertiginosa al ciberespacio. Volví a llenarme de vitalidad y entusiasmo. Desde la tarima dieron la instrucción de avanzar y aproveché para correr hasta los primeros manifestantes. Iban detrás de una gran pancarta que decía «Elodio somos todos».

La vanguardia era un grupo de jóvenes que llevaban tambores. Amenizaban la experiencia política dotando el viaje por la ciudad de un ambiente entre lo circense y lo

fiesta patronal. Portaban, muchos de ellos, los uniformes de su colegio de secundaria, lo cual generaba una ternura automática de quienes les lanzaban bendiciones y gritos de apoyo desde los balcones de algunos edificios a lo largo de la calle. Se mostraban alegres de recibir los elogios, aunque no tanto como para perder la solemnidad del por qué marchaban. Detrás de ellos venía un contingente de mujeres vestidas de blanco que repartían estampitas de santos, abrazando las figuras de Vírgenes que habíamos visto la noche anterior. Muchas de ellas me reconocieron y me colgaban del cuello escapularios para que me protegieran durante la jornada. Lo agradecí, aunque mi cuerpo ateo resintiera el regalo. No quise quitármelos, porque de algún modo me hacía parte de lo que vivía y eso valía mucho más que un chaleco antibalas con la palabra *press*.

Me quedé estático en la jardinera de un edificio que me permitía una toma bastante decente de la enorme manifestación pública. Pero al rato sentí que me estaba perdiendo lo mejor y entré al río de gente. Quería atrapar la esencia misma de lo que ocurría, tomar fotografías, titular, mover las emociones a través de una imagen de algunas mascotas que nos acompañaban o de los personajes más pintorescos que pudiese hallar. La propia gente, al ver mi interés por recopilar cuánto pudiese me guiaba. Fue así que llegué hasta un hombre sin camisa que tocaba un cuatro e iba improvisando letras contra los adversarios de Elodio. Me dejó grabarlo unos segundos, antes de hacerme saber que lo estaba retrasando. Luego me pareció conveniente inventariar las pancartas que fuesen más llamativas y concluí mi primera incursión fotografiando a un grupo de actores y actrices que hacía muchísimos años no veía en televisión.

Me hinqué en el suelo para grabar una bandera gigante que pasaban sobre mí. Ondeaba llenando el asfalto de amarillos, azules y rojos. Pensé en si sería verdad eso que le escuché decir a mi papá, de que hubo un tiempo en que a la gente le daba vergüenza usar prendas con el color de la bandera y que el «Alma llanera» sonaba en las fiestas solo para que los invitados entendieran que ya era hora de irse a su casa. Eso me parecía tan extraño al estar allí, cuando todos estaban felices de estar rodeados de colores primarios. En cualquier caso, recuerdo que no me lo decía con espíritu aleccionador o de crítica, sino para demostrarme una vez más que la fragilidad de Venezuela residía fundamentalmente en que «aquí a la gente le gustaba barrer los problemas bajo la alfombra antes que verle la cara a sus propios demonios».

***

Cuando las detonaciones comenzaron, yo estaba en la cola de la marcha. La había recorrido por completo y había olvidado que la cobertura más importante estaba en la vanguardia. Cuando empecé a correr hacia adelante, una masa caótica de rostros espantados que venían en dirección contraria me derrumbó. Comencé a sentir la asfixia de la embestida, los pisotones de aquellos que apenas se percataban

estar aplastando a un hombre en su huida. En varios momentos tuve arrestos de levantarme, pero con la atención puesta en evitar se me cayese el celular, no pude mantener el equilibrio. Alguien me tomó de la franela y me arrastró con extrema fuerza lejos de lo peor de la locura en que se había convertido la calle. Un hombre de unos cincuenta y tantos, macizo y con unos rasgos extranjeros se arrodilló. Me preguntó cómo estaba, si necesitaba ayuda médica. Le contesté con negativas. Me dio agua y se quedó allí, hasta que pude levantarme por mis propios medios. Le agradecí la ayuda y él solo se me dijo que el truco era «dejarse llevar por la estampida».

—Fluye con ella, nunca te resistas —y me dio un espaldarazo. Luego desapareció.

Seguí corriendo, esta vez con mayor decisión, hasta que el aire se volvió irrespirable. La mayor parte de quienes venían en la marcha ya no se encontraban, al menos el escuadrón de las Vírgenes y los tambores carnavalescos. Ahora se había formado una línea de gente distinta. Estaba compuesta exclusivamente por muchachos que se cubrían el rostro con franelas y devolvían las bombas de gas que la policía les lanzaba. La escena era conocida, y bajo la óptica de la cámara, se activaba una memoria recurrente de las luchas civiles en Latinoamérica. Sin embargo, a medida que se estabilizaba la refriega, apareció un grupo de hombres y mujeres que se protegían con escudos pintados de diversos motivos y diseños. Ellos sí portaban máscaras antigases y avanzaban con mayor orden en el campo de batalla en que se había convertido la autopista.

La dinámica consistía casi por completo en devolver las bombas de humo que lanzaba la policía, hasta que el grupo se fue haciendo más homogéneo y se materializaron las primeras cien páginas del *Libro de cocina del anarquista*. Allí fue cuando comenzó la verdadera guerra.

Sentí que era mi gran oportunidad y aunque no era el único que reportaba los sucesos, era quien más se arriesgaba. Hacía videos y conforme lograba las tomas que requería aprovechaba para uno que otro *close up*. Supe en el instante más fuerte de la pelea, que si esto se extendía debía trabajar en campo con algo más que un celular. Tal vez una cámara con *zoom*, un aparato que me permitiese captar con mayor detalle las estampas que se quedaban pegadas a mi retina. Los cuerpos volando por efecto del choque de los potentes chorros de agua, el sudor que corría por las frentes de quienes portaban los escudos, las máscaras improvisadas por franelas o por la conocida de Guy Fawkes que se popularizó con la película *V de venganza*. En un atisbo de surrealismo que me provocó un protestante que atravesó la autopista completamente desnudo, pensé con qué se cubrirían el rostro si *V...* no se hubiese filmado. Creí que una buena publicación para algún blog político tenía que explicar cómo Hollywood provee la mercadotecnia de las rebeldías sociales alrededor del mundo. Aunque ese pensamiento apenas si logró algo de atención ante las monumentales imágenes que tenía frente a mí. No puedo decir que sintiese indignación, solo quería registrar cada

movimiento, cada gota de sangre que surgiese, cada lamento, no perder la forma en que, por ejemplo, una joven levantaba una piedra del suelo y la proyectaba a través de una resortera contra los policías sin temor a represalias. Esos eran los cuadros que buscaba y que necesitaba perpetuar en otras mentes fuera de allí, que pudiesen vivir en sus sofás y cómodas poltronas la lucha que tenía lugar en las calles de Caracas. La batalla que protagonizaban decenas de manifestantes poseídos por fuerzas más allá de la condición humana, y cuyos rostros bien podían ser como los de Melinda o... ¿Melinda? ¿Qué hace Melinda?

La mujer de la resortera, era Melinda. Mi adorada Melinda, reconocible solo al quitarse la máscara, aunque las curvas de sus nalgas filtraran algo de su identidad. Se restregaba los ojos y marcaba su rostro con una crema blanca. Estaba preocupado, sensiblemente mal por lo que pudiese ocurrirle; sin embargo, también estaba conmovido por su temperamento, por la manera en que se abría paso por entre otros igual de salvajes que ella y lanzaba sus proyectiles contra los carros blindados o contra el cuerpo de otros humanos. El campo de batalla de pronto fue reducido a ella. No existía nada más. Ni gases, ni cohetones saliendo desde la brecha que dejaban los escudos, ni explosiones multicolores que se mezclaban con la luz de la tarde.

Melinda era mi mujer maravilla o al menos así la empezaron a catalogar en el *feedback* generado por mi reporte de los hechos. Pienso que la impresión que me causaba era porque en el fondo yo no era como ella, y con esto me refiero a la capacidad para enfrentar tan terribles circunstancias. Mi papá me había criado con el temor sobrenatural de un niño hemofílico y después de la muerte de mi madre, el nivel de protección creció hasta el nivel de David Vetter, el niño burbuja. Esa obsesión era comprensible, y no se lo echo en cara, pero al menos habría requerido un poco más de coraje, no solo para lo que tuviese que ver con los desafíos físicos, sino de alguna manera también para las relaciones interpersonales. La filosofía de papá podía resumirse en la expresión: «Caer como los gatos. Siempre sobre las patas». Lo que equivalía a una ideología moral omniabarcadora que implicaba no comprometerse con nada ni nadie, y mucho menos tomar partido sin antes ver de qué lado caía la moneda. Al ver a Melinda metida de lleno en la batalla, sentí vergüenza de la lógica paterna y entendí que en parte había aceptado ir a La Quinta porque algo muy dentro me pedía huir de esa auto preservación egoísta. No ir contra mi padre, sino contra la manera en que me protegía del mundo.

Seguido de cerca por todos esos sentimientos, corrí como un loco, o como corren los enamorados, lo que es igual, cuando me di cuenta de que unos policías habían logrado atrapar a Melinda. Ella daba patadas, mientras que sus compañeros de armas, o de resorteras, cohetones y bombas caseras, la dejaban a merced de su propia suerte. Metí el teléfono en el bolsillo, contraviniendo los mandamientos de la cibercultura y estrellé mi cuerpo contra los policías.

No supe más de mí, por un rato. Apenas pude abrir los ojos, me dolía todo el cuerpo. Me costaba moverme, pero sabía que estaba tirado allí en la autopista, sobre el asfalto caliente y con la mente más llena de cuestionamientos que de respuestas. Una cara se atravesó en mi observación obligada del cielo.

—Tú sigues empeñado en no dejar que fluya... —dijo un hombre que reconocí más tarde, como el mismo que me había salvado de morir aplastado en la estampida una horas atrás.

Me ayudó a incorporarme y me arrastró hasta el hombrillo. Allí me sentó y me dio un poco de agua. Ya las cosas estaban más calmadas y algunos carros comenzaban a circular ante los gritos de uno que otro manifestante rezagado que les gritaba vulgaridades por no sumarse a la lucha.

—Es mejor que nos vayamos de aquí... creo que necesitas reponerte —me dijo.

—Disculpe, amigo, pero necesito encontrarla —miré a todos lado buscando a Melinda—. ¿Sabe si se la llevaron?

—Mira muchacho, lo mejor es que te curemos esa herida de la cabeza...

Me llevó hasta donde un grupo de personas que vestían de verde y enarbolaban una gran bandera del mismo color con la cara de José Gregorio Hernández. Allí me lavaron la herida y vendaron la cabeza. El hombre me dijo que se llamaba Belisario y propuso su casa como un lugar seguro, al menos hasta que todo se calmase. Acepté seguirlo, en parte por agradecimiento, pero también porque necesitaba recostarme en un lugar cómodo.

Su casa no quedaba muy lejos, era realmente un *penthouse* gigantesco que se encontraba en un edificio que debía tener no menos de cuarenta años. El sitio parecía más el taller de un pintor que la residencia de alguien. En el fondo de lo que podría ser considerada la sala, había un cuadro inmenso que semejaba la pintura mural de Diego Rivera. Tenía una gran leyenda que lo atravesaba de lado a lado «La paciencia es la única gula que puede permitirse el pobre». Las imágenes eran ranchos desperdigados en una gran sabana y de las ventanas y las puertas solo salían perros famélicos. No había humanos en el mural, por lo que no entendí el mensaje expuesto. Belisario se acercó con un vaso de agua y se quedó junto a mí viendo la pieza de arte.

—Para el poder todos somos unos perros —dijo.

—¿Es usted pintor? —le pregunté.

—Sí y no. Algún día lo fui... pero ya no. Me cansé de ver el mundo que quería o aborrecía en mi mente. El artista está condenado a sufrir y me harté... ahora solo miro el mundo, sin juzgarlo, sin quererlo pintar.

—¿Y no lo extraña?

—Nah, llegas a un momento de tu vida que ya empiezas a preocuparte por el tiempo que te queda. Extrañar es para los que no se han enterado que se van a morir...

Comenzamos a caminar por el apartamento, o bueno fui yo quien empezó a recorrer los espacios. Tenía cientos de cuadros, de todos los tamaños, también una que otra escultura, paletas tiradas en el suelo, óleos abiertos, lienzos rotos y sucios.

—¿Y vive aquí solo?

—Nunca estoy tan solo como en verdad quisiera... cuando no hay alguien como tú por allí, pues estoy yo... ya ves... es imposible la soledad total.

—Disculpe que le pregunte... pero, ¿tendrá algo de comer? —Me sentí de pronto como un indigente o un leproso. Podía bajar y pagarme algún restaurante; sin embargo, tuve ese arrebato de no querer volver a la calle, al menos no de inmediato. Belisario sonrió y se mostró cortés, me pidió que lo siguiera a la cocina. Era un lugar avejentado, pero que mostraba los signos de haber sido de una opulencia respetable puede que dos décadas atrás.

Abrió la nevera y estaba repleta de comida. No habría apostado por ello, no al ver el estado del apartamento. Agradecí por haberme equivocado. Comimos salchichón, pan y vino. También aceitunas y queso madurado. Apenas si tardé cinco minutos en acabar con todo. Belisario no comió, aunque parecía disfrutar que yo lo hiciera.

—¿Y bien? —me preguntó—. ¿Cuál es tu afición por barrer el piso? —rió, no de manera estruendosa, sino más bien amistosa.

Creo que tampoco había pensado mucho en una razón para lo que hacía. Tuve que improvisar.

—Reporto lo que está pasando en las calles...

—Eres una especie de periodista...

—Sí, algo así...

—Ahora todos los que tienen un telefonito ya se creen reporteros y no tienen un mínimo de respeto por la profesión, espero que no seas de esos —dijo sin tacto.

Me sentí un poco apenado aunque también irritado por el comentario. Lo hubiese hecho por sus palabras, aunque su tono no parecía acusador o moralista así que me lo tomé como un desahogo que no me incumbía. Él, creo que entendió que estaba en terreno movedizo y se echó para atrás, se disculpó y luego me contó que había estado casado con una gran periodista a quien admiró muchísimo hasta que lo abandonó para irse con un escultor; un pseudoartista, según Belisario, que había construido su fama a costa de fundar una escuela que prácticamente se dedicaba a edificar «falos de mármol gigantes» en sitios como grandes bancos, corporaciones y sedes de gobierno para denunciar que el mundo no era redondo sino un «gran y maldito glande que viola todo lo que ve», Belisario citaba al artista. Le dije de una manera bastante superficial y quizá para congraciarme con él, que a veces sentía que los artistas actuales abusaban en su crítica anti sistema, pero él no estuvo de acuerdo, me paró en seco para decirme: «El muy maldito se habrá cogido a mi mujer, pero le reconozco que tiene razón». Entonces, allí escuchándolo, no supe con quién estar de acuerdo, o si tenerle rabia o

simpatía al artista de los falos. Belisario se levantó y se fue hasta un grupo de cuadros que tenía arrumados en un rincón y sin mucho cuidado, sino más bien haciendo lo posible para que en la manipulación algo se rompiese, sacó un cuadro donde sobresalía la imagen de un hombre barbudo con el nombre de Abraham, quien parecía estar a punto de sacrificar a otro sujeto; sin embargo, este último en vez de rostro, tenía un pentagrama con una única nota musical. Belisario lo puso frente a mí, informándome que esa basura no era arte: «El cuadro se llama *Patriarca-Do.* ¿Puedes creerlo?» y se rió de manera estruendosa y desproporcionada. La pintura era bastante vanguardista y aunque no era de mi gusto, podría apostar que Cristipuchi lo hubiese comprado solo para cagarse en su mamá y las historias bíblicas. Sin embargo, me apuré, cosa que no volví a hacer en lo sucesivo, en decirle que también me parecía una basura. Belisario vio el cuadro y resopló:

—Sí, lo pinté el día en que mi esposa me abandonó —dijo.

El resto de la tarde conversamos de cualquier otra cosa. Me escuchaba de forma paciente mientras le hablaba de Elodio y de mi aporte en la lucha. No emitió ningún comentario; sin embargo, su cara tampoco parecía juzgarme, lucía más bien como un padre preocupado porque sabe que su hijo está entrando en la adolescencia y tendrá que lidiar con el desbarrancadero que las hormonas son para el alma y la razón. En un momento me dijo que parara de hablar porque tampoco era posible disertar sobrio en torno a la política. Fue por unos tragos de whisky y los sirvió en dos vasos de cristal, sin hielo. Sentí el líquido en el paladar y pensé en las calles de Pompeya al enfrentarse con lo peor del Vesubio, después también me vino un recuerdo vago de haber leído en alguna revista de variedades que el trago favorito de Elodio era el whisky de malta con agua *sparkling*. Hice el comentario, no a Belisario sino a mí mismo, aunque quizá lo hacía en voz alta para que él escuchase. Por supuesto, lo hizo y me dijo que él en eso era muy mente abierta y que una vez escuchó decir al mismísimo dueño de una famosa empresa de whisky escocés, que no existía una forma correcta de beber, sino que uno debía hacer lo que le daba la reverenda gana sin someterse a ninguna regla o convención artificial. Así que Belisario concluyó que ante tal opinión experta, uno lo que debía era hacer caso.

Cuando el licor empezó a desbalancearme, le pedí que me dejara dormir un poco. Estuve al menos dos horas pensando en hacerlo. No me parecía lo más conveniente cerrar los ojos y abandonarme por completo en la casa de un extraño, pero la verdad es que el golpe recibido, y las pocas horas que dormí en la plaza terminaron por ganarle a mis mecanismos de defensa. Mientras me recostaba en el sofá, pensé que la gran culpa de haber dinamitado la confianza con los semejantes la tenían las series de televisión. Me fue imposible dormirme sin pensar en Cristipuchi y en que era adicta a todos los programas que se encargaban de detallar con excepcional saña los crímenes más horribles que se pudiera uno imaginar. Además de que gracias a esas

traducciones chileno-mejicanas (dizque latinas) uno terminaba creyendo que todo el mal estaba concentrado en Austin, Texas, escenario predilecto de la mayoría de las mutilaciones, decapitaciones, enterramientos, incineraciones y apuñalamientos que tenían lugar en el mundo. Eso sin contar que ya era imposible pensar en una casa con sótano y que uno no se preguntara si habría alguien sodomizado o secuestrado en él.

Por andar meditando en esas cosas, la siesta no fue placentera sino más bien pesada, como un mal polvo mezclado con una horrible resaca. Al levantarme del sofá, estábamos en pleno ocaso y el apartamento había sido reducido a la mitad por la ausencia de luz. Había una quietud excesiva y las sombras al caer sobre los cuadros y pinturas, no hacían sino avivar mi deseo de marcharme. Llamé a Belisario y nadie contestó, comencé a buscar un interruptor de luz pero algunos no funcionaban y otros parecían haberse movido de los lugares lógicos donde se suponía debían estar. Escuché la puerta de la casa abrirse poco a poco y en mi cabeza, sin poderlo evitar, escuché la presentación de la serie *Mentes asesinas: Nunca te quedes solo con extraños II* y una voz comenzó a narrar con absoluta calma «Oh, vaya, todo estaba muy oscuro, me encontraba nervioso y me dije ¡santo cielo!, voy a morir, oh, vaya». Mi cerebro reptil me hizo moverme, busqué algo que pudiera usar para defenderme y encontré, en el mismo momento en que la luz se encendía, un pincel que a lo mejor pensé podría clavar en alguna córnea y así huir.

Cuando el apartamento recobró el brillo, me vi empuñando ese objeto en medio de la sala y apuntar a Belisario quien entraba por la puerta con unas cajas de pizza. Nunca me sentí más estúpido en la vida.

***

Belisario me dijo que podía quedarme allí todo el tiempo que durara mi lucha a favor de Elodio. Creí que era un sitio conveniente, pues era invisible para cualquier agente de seguridad que quisiera rastrearme. Además estaba en un punto céntrico y el mismo Belisario comentó que esa casa necesitaba albergar con urgencia a otro ser humano. Me comentó que la plaza andaba revuelta porque luego de la manifestación, los ánimos estaban en plena ebullición y se sospechaba que esa noche la policía tomaría el lugar para apresar a todos.

Ya para esa hora, sabía a través de las noticias que llegaban a mi teléfono que Melinda había sido liberada y que además mi desmayo fue captado en muchísimos ángulos por las cámaras de otros reporteros. Igual, a pesar de que verdaderamente lucía no como un luchador sino como el típico actor que siempre muere primero en las películas de terror, la gente hablaba de mí y los videos que publicaba demostraban una audiencia fiel y cautiva. Belisario me informó que para el día siguiente Elodio, desde la clandestinidad, llamó a trancar todas las calles del país. La directriz era que nada circulara. Debíamos dar un mensaje claro acerca de nuestra determinación de luchar por la libertad de los individuos y se alertó que lo mejor era quedarse en sus

casas. Aquellos que quisieran romper el cerco, debían ser considerados sospechosos colaboradores y señalados. Era necesario que se entendiera que la libertad era lo más importante, aun cuando se limitara la misma. Belisario fue bastante proactivo en hacerme llegar el mensaje y también en evitar comentarios. Lo único que pidió es que tuviese mucho cuidado con meterme en problemas, pues no estaba muy seguro de poder salvarme de nuevo. Se lo juré y él quedó satisfecho con esa pequeña promesa porque en el fondo veía en mí algo de su yo joven. Fue hasta la despensa, subió a un banquito, abrió una gaveta y de allí extrajo de un tarro un pequeño sobre. Descendió solo para dármelo y decir que él no era muy dado a quebrantar sus pactos pero sentía que hasta en eso podía ceder un poco. El sobre estaba cerrado con unas cuantas cintas adhesivas y se podía leer por todos lados, las palabras «No abrir». Dudé antes de romper los precintos, pero fue él quien lo hizo. Me quitó de las manos el pequeño paquete y dijo «Ya está. Solo trata de no traer gente a la casa... y de no despertarme si llegas después de las doce... ah, y de no robarme, excepto por la maldita pintura *Patriarca—Do*. Esa sí te la puedes robar».

Cené con Belisario esa noche y me fui a dormir al sofá con la llave de su apartamento. Pienso que no le importaba ya nada de la vida y por tal razón era tan flexible conmigo. Jamás había visto o escuchado que alguien le diese las llaves de su casa con tal ligereza a un recién conocido. Ni siquiera lo vi con la empleada que trabajaba en la casa de Martha, quien a pesar de que prácticamente está con ella desde que nació, debe anunciarse en la puerta del vigilante y aguantar, supongo, que la mamá de Martha le dijera, por las dudas, «Sí... ¿Qué se le ofrece?». Una vez le pregunté a Martha, cuando éramos novios y frecuentaba su casa, por qué su mamá hacía eso, si el intercomunicador tenía una cámara y podía ver que se trataba de la misma mujer que conocía desde hacía no menos de veintitantos años, pero Martha no me contestaba, o le molestaba la interpelación, o simplemente se remitía a confesar que su mamá decía que con la «servidumbre uno tenía que ser frío porque si no, después empezaban a creer que se les iba a incluir en el testamento».

Dormí sin soñar y prácticamente en la misma posición en la que me acosté. Belisario me levantó en la madrugada para informarme que desde la ventana podía verse que ya comenzaban a trancar las calles. Me incorporé de inmediato y me asomé sin encender la luz. Efectivamente a unos doscientos metros unos tres muchachos arrastraban cuanta cosa encontraban en su paso y la arrojaban en mitad del asfalto. Lo hacían con naturalidad, casi como si fuese un trabajo al que asistían cada mañana. Me recordó a quienes trabajan en el aseo urbano, pero al revés. Algunos peatones comenzaron a incorporarse a su rutina a medida que el sol se acentuaba. Ese día tropezaron con la sorpresa de que la cotidianidad cambiaría. Yo grababa desde el *penthouse* de Belisario cada acontecimiento. Los carros dando vuelta como podían al encontrarse con la barricada y las amenazas de quienes aseguraban que

aquella era la única forma de alcanzar la felicidad. Mientras colaba café, Belisario me pedía que le fuese informando lo que ocurría. Con el teléfono en la mano, hice mi mejor esfuerzo por narrar sin permear emociones o adjetivos. Sentía que debía estar en el terreno, pero Belisario me dijo que me tomara el café antes. Se quedó conmigo mirando por la ventana, sin ninguna expresión, podría decir que era quizá más parecida a una actitud de quien está juzgando todo sin atreverse a reconocerlo. Cuando los carros ya no pudieron retornar, se formó un embotellamiento que llenó la calle de estruendo, maldiciones y bocinazos. A los tres que trancaban se le sumaron cinco más y aquello pareció ser suficiente para consolidar su posición. Había uno que otro que se aventuraba a hablar con los encapuchados que habían trancado la calle, pero aquellos eran inmunes a los petitorios, o eso parecía desde la altura. La policía llegó, pero extrañamente no retiró a los ciudadanos sublevados, sino que llegó a ordenar un poco el tráfico o como Belisario calificó «hacer más vivible el caos». Tuve que parar el video porque aquella opinión se había filtrado por la corneta y ahora no podía enviarla como reporte de la situación. Me enfurecí, sin traspasarle a Belisario mi reclamo. Solo le dije que deseaba irme, porque sentía que hoy era un día importante. Él, sentado en una pequeña mesa amarilla, me dijo que antes me tomara el café y escuchara lo que tenía que decirme. Creí que le debía, al menos por cortesía, aceptar su recomendación, así que decidí someterme cinco minutos a lo que de seguro era un sermón al mejor estilo de «el cura que todos llevábamos dentro». No fue eso lo que me tenía preparado el pintor.

Belisario me preguntó si creía en el destino. Lo pensé solo un momento y contesté que no. Después me preguntó si creía en segundas oportunidades. No lo pensé, le dije que sí. Él sonrió. Luego me extendió la mano y concluyó «Puede que después de todo, Elodio me haya traído algo de suerte».

Salí de donde Belisario, envuelto en su críptica sonrisa, solo para comenzar a tropezar con la realidad. Cuando me acerqué teléfono en mano a los sujetos que trancaban la calle, uno de ellos me agarró por la franela y me lanzó de largo a largo al piso. Escuché un zumbido y la brusca solicitud de que dejara de grabar. Allí entendí dos cosas, una que definitivamente las nuevas generaciones tenían el celular literalmente pegado a la palma de la mano. Segundo, la maravillosa utilidad de no usar muchos filtros en la foto que se pone de perfil en las redes sociales.

—Epa, *magüevo*... deja al convive tranquilo. Es el de los videos...

La misma bestia irracional que me había lanzado al suelo, me levantó. Me limpió el sucio de la franela y del pantalón. Se carcajeó. Todos se carcajearon. Se pusieron delante de los escombros. Luego hicieron un alto en su afán destructivo para abrazarse y pedirme que guindara una foto de ellos. Por supuesto, no se conformaron con ver que el flash se disparase sino que revisaron varias veces el celular hasta que estuvieron conformes. Unas señoras que veían la escena desde una

cierta distancia, fueron las únicas que se atrevieron a acercarse, pero cuando me preparaba para decirles «No se preocupen, estoy bien... no me ocurrió nada, pudo haber sido peor», me pasaron por el lado si ni siquiera atender que yo existía. Se acercaron a los encapuchados para alabarlos y agradecerles que habían trancado la calle. Los tipos las miraban sin decir nada, aunque unos minutos después le dijeron que necesitaban agua porque se les agotaba la resistencia. A una de las señoras se le ocurrió sacar una libretita para anotar y no la soltaron hasta que la lista de peticiones estuvo completa. Veinte minutos después, las señoras traían una jarra de jugo de naranja, galletas y algunos sándwiches. La ofrenda se extendió unos minutos más y solo terminó cuando un grupo de habitantes de los edificios próximos se acercaron para alimentar la barricada con toda clase de enseres viejos. Tomé fotos, no solo para apoyar la iniciativa, sino también porque pensé que ni yo mismo iba a creerme en el futuro que la gente había bajado a la calle desde colecciones enteras de los libros *Almanaque Mundial*, revistas *Mecánica Popular*, pocetas, mecedoras, hasta una muñeca inflable que según denunciaba una pequeña anciana de acento portugués, había sido la perdición de su hijo mayor. Pensé que la barricada no estaba fungiendo de método de presión, como sí de contenedor improvisado para que los vecinos tuviesen la oportunidad de deshacerse de aquello que ya sea por vergüenza o pereza aún permanecía bloqueándoles las buenas energías en sus respectivos hogares. Dejé ese lugar cuando las exigencias de los *freedom fighters* era que los próximos sándwiches viniesen rellenos de queso fundido.

Creí que al separarme unas cuadras de la casa de Belisario, la cosa fuese más seria, pero esquina tras esquina, choqué con toda clase de especímenes, desde grupos de yoga, hasta, jugadores de dominó que se resguardaban del sol bajo una sombrilla. Aquello no era precisamente lo que necesitaba mi ánimo.

Ya hacia la autopista, la concentración de personas aumentó... sentí de nuevo que me inflaba de ganas y puse todo mi empeño en rescatar la actividad de Elodio del foso al que la habían arrojado los golosos de la tranca o el anciano que cerró una calle guindando una hamaca. Pensaba en cómo estábamos quedando ante quienes pudiesen estar asistiendo vía satélite a nuestra batalla por la libertad. Era claro que al contrastar las cruentas imágenes de la guerra en Siria, en Yemen o los naufragios masivos que tenían lugar en el Mediterráneo, unos sujetos disfrazados como robots o superhéroes, como los que ahora me cercaban para hacerse famosos y virales, no le daban mucha credibilidad a la tragedia que aquí se vivía. Así que además de recopilador de imágenes, tuve que convertirme en psicólogo improvisado y explicarle a quien avanzaba metido en una armadura de la época de las cruzadas, que aquello no tenía la menor relación con nosotros a no ser que su deseo fuese revolver los recuerdos infantiles de cuando pasaban en la tele las películas del mago Merlín. El tipo me entendió y dijo que solo lo hacía para no quedar detrás de sus

vecinos que ya venían en camino vestidos como los Storm Troopers de *La guerra de las galaxias*. Quise que me tragara la tierra. Le agradecí el dato para huir de aquel lugar, porque sentía que iba a quedar justo en el medio de una batalla de egos por ver quién llamaba más la atención.

Consideré que debía adentrarme más al este, quizá buscar mayor coherencia o al menos algo de sobriedad a la hora de expresar el descontento social. Caminé unos seis kilómetros, a veces relatando en vivo la emoción que se sentía percibir que todo el país se había sumado al llamado de Elodio. Las personas ondeaban las banderas a mi paso y saludaban en dirección al lente del celular, decían reconocerme, me rogaban que me cuidara y que no desistiera. Nunca me sentí tan del lado correcto de la historia. Sin embargo, ya cercano a Santa Fe Norte la situación estaba muy tensa. Un grupo de personas cercaban una camioneta rústica cuyos cauchos eran del tamaño de una persona promedio. Me acerqué cámara en mano.

Un hombre obeso, de barba descuidada y camisa que se cansó de estirarse justo en el punto en el que se suponía debía tapar el ombligo, le hablaba a un grupo de muchachos que hacían guardia en una de las barricadas. Creí reconocer en estos últimos a los amigos filósofos de la Patricia Goldsmith, no lo digo por su rostro, que ocultaban con máscaras, sino por la ropa Andy Warhol. En todo caso, el hombre obeso se dirigía a ellos enfático:

—¡Dejá la verga y abrime la calle... que no te lo vuelvo a decir más...!

Los filósofos argumentaban que la orden era que nadie pasara «hasta que se vaya» y estaban dispuestos a todo para cumplir con ese mandato. El hombre obeso comenzó a ofuscarse, su sudor le inundaba el rostro, se limpiaba con la misma franela que no le tapaba el ombligo.

—¡Mirá, no me hagáis calentar!

El hombre respiró y se rió mirando el cielo. Los filósofos seguían dándole datos que se suponía configuraban la imagen devastadora de un país al borde del colapso.

—¡Escuchame bien, primero te me quitáis la mascarita de los bigoticos! ¡Y tú no te metaís... sí, te hablo a vos, transformista! —Apuntó su dedo a un joven que estaba detrás de los filósofos y lucía una máscara de Optimus Prime, el líder de los *Transformers*—. Le tengo que llevar unas medicinas a mi hermano, que pa más mala suerte se vino a vivir pa esta verga... yo le dije... no salgáis der Saladillo. Pa resumite, voy a pasar porque está enfermo y aunque vos no lo entendaís...

Uno de los filósofos, dio un paso adelante, un tanto para marcar posición pero quizá también para hacerse escuchar...

—*Nullum hominem a me alienum puto...*[3]

[3] «Soy hombre, a ningún otro hombre estimo extraño». *El sentimiento trágico de la vida*, Miguel de Unamuno.

—¡Cómo coñísimo me dijiste...! ¡Conque así es la verga...! ¡Se varmar el verguero...! ¡Si vamos a ser marditos, vamos a ser marditos todos!

De entre la multitud, detrás de la barricada un violín entonó «Alma llanera», algunas viejecitas que se tapaban del sol con sombrillas soltaron unas cuantas lágrimas y aplaudieron. El músico se acercó al hombre obeso y comenzó a rozarle peligrosamente la cara con el arco del violín...

—¡Quítame ese cuatrico raro de la cara! ¡Ay!, vos no sabéis qué verga estáis haciendo —la gente alrededor de los enmascarados empezaron a abuchearlo. Le gritaban que se fuera de Caracas, que se devolviera para su país, que era un marginal y lo cercaron. El del violín pareció tocar las notas macabras de la película *Psicosis*. Era una clara provocación...

Un hombre cuarentón salió de la turba de gente para decirle que era muy probable que fuese un espía o un policía y que no iban a permitir que apresaran a Elodio. Además, lo amenazó insinuando que cuando aquí llegaran los *Marines* iba a ser el primero en ser denunciado...

—Ah, vos queréis ver a los Marines. Yo te voy a llamar a los Marines, que se vinieron conmigo desde Miami...

El hombre se asomó a la camioneta y al poco rato salieron dos tipos cuyos pesos sumados resultaban posiblemente el de todos los que estaban en las barricadas, pancartas y lastre incluidos. La golpiza que se armó fue terrible, pero eso fue después de que gritara con todo lo que le alcanzó la garganta: «Aquí les dejo a mis primos Terencio y Tucídides Marín». Los filósofos amigos de la Patricia Goldsmith fueron los primeros en caer. Sus máscaras *Anonymous* salieron volando por los aires. Los «marines» despachaban adversarios con la gracilidad de rinocerontes drogados mientras el resto de gente que había buscado en el número el coraje, corrían despavoridos. De la camioneta una mujer salió y gritó: «Plinio, que se te va el del violincito...». Ahora ya no sabía qué historia recoger, porque por un lado estaban los *transformers* y demás *action figures* recibiendo lecciones de karate zuliano, y por el otro estaba el hombre obeso que le jalaba las orejas al violinista diciéndole «¡Si no me tocáis una de Guaco... por la Chinita que te arranco la oreja, mardito!». Decidí quedarme con la imagen del violinista llorando porque al final, en el punto más cumbre del templón de su lóbulo derecho, había confundido la melodía solicitada con una versión mal ejecutada de la versión bachata de «Ojalá que llueva café en el campo».

Sin embargo, cuando terminó la golpiza y los rompe barricadas se montaron en su camioneta para pasar por encima de todos los escombros en la vía, le hice honor al violinista y colgué su foto con una historia que salvara algo de su honra. Por lo demás, me fue bien difícil editar el video para también valorar el esfuerzo de los filósofos en defender con ahínco las órdenes de Elodio.

Un muchacho con una bellísima cámara profesional, de franela blanca y *jeans* azules, se me acercó con una sonrisa.

—Viejo, *full heavy* lo que pasó... ¿Lo grabaste todo?

Al principio me contuve de contestar, pero había tanta gente que me sentí protegido de algún modo. Él notó mi aprensión. Me dijo su nombre y que trabajaba como periodista *freelance*.

—Sí, lo grabé todo... —contesté.

—Chamo, marico, chamo... todo fue *so fast*, yo llegué tarde... ¿Sabes que tienes una bola de plata allí verdad?

—No, no me entiendes... lo hago por Elodio. No trabajo por dinero...

—Está bien, solo era para que supieras. Aquí tienes mi número —me dio una pequeña tarjeta blanca donde su nombre, Roy Meléndez, destacaba en dorado—. Si estás pendiente de vender las imágenes, me llamas. Soy el que mejor paga. Te lo aseguro —me guiñó el ojo y se despidió de lejos antes de montarse en una moto y perderse entre la gente dispersa a lo largo de la autopista.

Cansado y sin haber comido nada, creí que debía buscar resguardo en algún sitio. Me devolví sobre mis pasos para encontrar el camino de vuelta a la casa de Belisario, pero no llegué muy lejos porque una camioneta conocida me alcanzó. El vidrio de la ventana descendió y pude ver a Chichita Carrió más maquillada que nunca. Me saludó, Claudio apenas levantó la barbilla, tenía cara de fastidiado.

—*Baia, Baia*... —dijo Chichita—. Has estado muy por tu cuenta, ¿no crees?

—No te entiendo... ¿Tenía que reportarme con alguien?

—No sé, ¿tal vez con los amigos? En fin... olvídalo. Acompáñanos que tenemos una entrevista internacional...

—Pensaba regresar...

—¿A dónde?

Por alguna razón creí que no era conveniente decir nada. Le dije a Chichita que estaba de acuerdo con ella y los acompañaría, solo si luego era posible que pudiésemos ubicar a Melinda. Ella subió los ojos como hace quien recuerda algo o está a punto de mentir.

—Es un trato —dijo.

Saludé de nuevo a Claudio, pero no me contestó. Chichita le dio un pequeño empujón mientras revelaba que la causa de su amargura era que no había sido escogido para la entrevista. Ella le decía que no se preocupara porque al final, lo que importaba eran los viajes a Cancún, Miami, Bogotá y Madrid y que allí sí que estaba incluido. A él no pareció causarle mucha gracia el asunto, pero no le echó más leña al fuego. Chichita empezó a interrogarme con mayor dedicación. Quería que prácticamente le hiciera un informe detallado de mis actividades desde que salimos de su casa o al menos desde que estuve en la tarima con Elodio, que según ella fue

el último lugar en que pudo verme. Fui vago al responder y ella pareció notarlo, pues sus «Ajás» y «No me digas» estaban bastante cargados de la tonalidad que imprimen los que sospechan. Igual, no quiso confrontarme acerca de las dudas que mi relato le causaba. Optó por llevar la conversación a otro lugar.

—¿Viste, lo que le pasó al pobre violinista?

—¿Cuál? ¿El de la barricada?

—Sí, fue muy triste... la policía está casi al nivel de los peores genocidas de la historia... ni Hitler se atrevió a tanto...

—No entiendo... estuve allí...

Chichita me pasó su celular con un video que estaba ganando popularidad en internet. En él estaba el violinista con su gran oreja roja, mientras sostenía su instrumento hecho pedazos. Lloraba, culpaba, se hincaba y pedía ayuda del cielo. La cámara hacía *zoom* sobre sus ojos, en sus labios temblorosos. Después de la declaración, el violinista se acostaba en el asfalto mientras hacía gestos como los que desean hacer angelitos en la nieve, o como quienes padecen los síntomas del mal de San Vito. De inmediato, se abalanzan sobre él unos paramédicos con la insignia del cuasi santo José Gregorio Hernández. La grabación se torna confusa mientras quien graba asume el protagonismo del reportaje. Era el mismo tipo que ofreció pagarme por el video de la barricada. En su sitio de internet tenía cien reportajes más. Me quedé un rato viéndolos, consternado por la manera en que había hecho lo que le dio la gana con la historia del músico. En cualquier caso, lo del violinista no superaba una grabación donde declaraba que la policía arrojaba granadas sobre la población civil, aunque la prueba audiovisual lucía como la típica toma que hacen los que cazan ovnis desde su jardín. Justo cuando aparece algo sospechoso sobre el cielo, un punto, un reflejo, una mosca atravesada en el lente, al camarógrafo le entra la temblequera y le da por desenfocar la imagen y gritar de manera furiosa y alocada, y al final ya uno no sabe si lo que le acelera a uno el corazón es la supuesta imagen de seres interestelares o las desgarradoras cuerdas vocales del camarógrafo, único testigo de tan importante suceso.

—Eso no fue lo que pasó —y relaté con detalle cuanto presencié.

Chichita y Claudio sonrieron, casi en el mismo momento, casi en la misma forma. Claudio superó un instante su fastidio para opinar que en ocasiones la realidad necesitaba una cierta ayuda para convertirse en algo interesante, una clase de picante que le hiciera navegar más de prisa por los difíciles y avasallantes mundos del desinterés y la poca o nula atención que los seres humanos prestan a cualquier cosa hoy día.

—¿No te hablaron de eso en La Quinta? —preguntó Chichita.

—Sí, no lo olvido. Pero tampoco dijeron que mintiéramos...

—¡Ay, por Dios...!, ¿quién habló de mentir? Tienes que verlo como si fueses un director de cine. La realidad necesita una cierta perspectiva, un cierto filtro... porque si no, ¿qué sería?, ¿realidad, pura y simple? Nah, eso es a-bu-rri-do. ¿Quién quiere eso?

—Eso no es periodismo, eso no es reportear... eso es ficción...

—Mi pequeño —continuó Chichita—, mira por la ventana del carro, mira a tu audiencia... la gente ya abandonó el mundo; prefieren la realidad ficcionada... es más cómoda, está al alcance de un clic y además la pueden repetir cuantas veces quieran. Bríndales eso y no te me enrolles. Es más, vamos a relajarnos todos y escuchemos algo de música.

Chichita apretó unos cuántos botones de la consola del carro y la música fluyó. Por casualidad, la melodía me recordó a Melinda. Era la misma que escuché tantas veces en La Quinta, el nombre lo tenía en la punta de la lengua. Quería preguntarle a Claudio sobre la canción, pero no tuve fuerzas. Volví a los recuerdos de La Quinta y a la familia. No podía negar que era placentero, muy relajante. El bosque, las cabañas... era un lugar feliz el cual, pensé por un instante, no debí abandonar. Chichita iba mirándose en el espejo del copiloto, ensayando respuestas para su entrevista. Claudio, por el contrario, tenía casi que un ojo puesto en la ruta y otro en mí. No me gustó en lo absoluto cómo me miraba.

Llegamos a una gran casa, por La Florida. El lugar estaba repleto de gente y apenas pudimos estacionar. Había una larga fila para entrar. Por lo que me explicó Chichita, la mayoría eran reporteros que deseaban enviar información a sus respectivas agencias y ese era el único lugar que prestaba servicios para transmitirlos vía satélite. A Chichita la llamaron desde la puerta de la casa, ella se adelantó mientras me quedé evaluando los rostros de quienes estaban en la fila, pensé que quizá me encontraría con Roy Meléndez. Claudio me tomó de la mano y me jaló hasta la entrada. Estaba feliz porque al parecer habían cambiado de opinión y ahora también él sería entrevistado.

Un viejo desgarbado y con señales de no haber dormido en días nos dio la bienvenida. Caminamos a través de unas puertas de vidrio donde se hallaba una pequeña oficina a la derecha, y un estudio de televisión genérico a la izquierda. En este último había un pequeño taburete y detrás una pared pintada de verde. El viejo le dijo a Chichita que se sentara allí mientras esperaban «la llamada». Ella obedeció gustosa y se arregló el cabello a través de la imagen que le daba un televisor mediano que servía para chequear lo que se transmitía en directo. El viejo entró con un teléfono en la mano y le dijo que ya estaban casi listos. Luego colocó unos audífonos en los oídos de Chichita y nos pidió guardar silencio. La entrevista comenzó. Detrás de Chichita, la pared verde daría paso a una Caracas bucólica en la que abundaban edificios y árboles verdes. El cielo azul arroparía el cabello de Chichita. La periodista le preguntó cómo estaba la situación, aunque creo que Chichita entendió «actuación», porque comenzó a relatar vivencias de una ciudad que no existía, o al menos no la que yo había visto. Estaba comenzando a creer que o estaba adelantándose al futuro o ella y Claudio transitaban una vida alterna a la mía. Chichita dijo cincuenta y tres veces

«dictadura», doce «drama», igual número «crisis» y veinticuatro «humanitaria». La entrevistadora no cuestionó en ningún momento a Chichita, solo se limitó a dejar que echara su cuento sin ser sometido a un mínimo de análisis. Luego despidió la transmisión, le agradeció a Chichita su coraje de «resistir» la situación e informó que no cambiaran de canal pues se preparaban para entrevistar «desde la clandestinidad» a un joven político del país. Sí... Claudio.

Nunca me enteré cuándo hizo el salto de portavoz de la lucha de Elodio a joven promesa de la política. Puede que haya sido allí mismo, unos momentos atrás cuando el sujeto que debía entrevistar canceló a último minuto. En todo caso, cuando Chichita dejó su asiento y este fue tomado por Claudio, la transformación fue verdaderamente dramática. No solo fue la voz engolada, o la manera en que se arremangó la camisa, o el cabello de lado sino por sobre todo por la naturalidad con que asintió a la solicitud de la periodista de no hablar «con el estilo Rómulo Betancourt, sino con algo más 2.0... ¿Sí me entiendes?». El viejo entró y analizó con Claudio la puesta en escena y acordaron que nada luce más con la palabra «clandestino» que una pared de ladrillos avejentados que sirviera de soporte a una roída bandera nacional. Chichita opinó que Claudio estaba «como muy arreglaíto» para el fondo y procedió a desordenarle el pelo; y ante la falta de una barba incipiente, le pintó con su maquillaje unas buenas ojeras como aquellas que lucen quienes llevan muchos días cavilando en torno a la libertad bajo la solitaria luz de unas velas. Sin embargo, nada más entraron al programa y se hizo la introducción sobre esta «exclusiva», a Claudio no solo se le metió el espíritu de Betancourt, sino que se tragó por entero cincuenta años de socialdemocracia. Comenzó disertando sobre la opresión y hablando por supuesto del cambio, pero luego se puso poético y conforme levantaba la voz decía que Santiago de León llegó al valle de Caracas con la misma misión que ellos ahora tenían, poner orden a las hordas salvajes que nos obligaban a cambiar un destino que iba viento en popa cuando se instaló la primera tienda *Sears* en Venezuela. Después, para éxtasis de la entrevistadora, confesó que lo mejor aún no llegaba y que el mundo debía solidarizarse con la «hora aciaga» que vivían.

Al salir de las obligaciones mediáticas, Chichita y Claudio pasaron el resto de la jornada masajeándose el ego mutuamente. Quisieron que los acompañara a comer para celebrar la carrera que recién iniciaba y también para agradecerme la gran reseña que hice a su participación en el programa de entrevistas. Tardamos en llegar por culpa de las barricadas, o bueno, del grupo de gente que en algunos lados tomaba el sol en tumbonas y jugaba con pelotas de playa, y en otros lugares rezaban porque todos los santos se acordaran de bendecir a Elodio. Chichita ya comenzaba a fastidiarse porque no podía pasarse la hora de la comida pues se le alteraba el metabolismo, y nadie quiere ver a una política pasada de peso, decía. Claudio le lanzaba besos, aunque a veces se miraba en el retrovisor mientras lo hacía y era como

si se los estuviese dando a él mismo. Le recordaba a su media naranja que cualquier sacrificio era soportable, si lograban los objetivos. Chichita lo miraba y suspiraba con desgano, pero asintió con los brazos cruzados. Incluso mientras ya cada uno comía su buena pieza de punta trasera y degustaba su vino tinto, «solo un poquito, solo por celebrar», Claudio continuaba hablando de sacrificio mientras miraba por la ventana del restaurante a quienes a esa hora aún continuaban en las barricadas, alimentándose con latas de atún, galletas de soda y la esperanza de un cercano paraíso terrenal. Chichita los miraba también, y hablaba de ellos con ternura, como cuando se va a la perrera y se interactúa con los pobres y esperanzados cachorritos. De vez en cuando alzaban las copas y brindaban por quienes continuaban trancando las calles, pues «de ellos era el reino de los cielos» (el mesonero que trajo los sambucas *dixit*).

Cuando tenía oportunidad, también miraba por la ventana y me quedaba largo rato explorando las miles de historias que podrían sacarse de esas experiencias. También les hice saber a Claudio y a Chichita mi opinión acerca del carácter de quienes se habían sumado a la iniciativa, al menos de quienes había conseguido a lo largo del día. Usé palabras como «superficial», «vacío», «ideología polifacética»...

—Estoy seguro de que llevan a Elodio en sus corazones, pero siento que no saben cómo canalizarlo hacia el exterior —dije. Claudio y Chichita me escucharon con atención, rieron al mismo tiempo y tomaron vino muy coordinados. Luego, supongo que por la capacidad que tiene el licor para socavar la promesa de «no se lo vayas a decir a nadie más», me revelaron en voz baja que en la noche vendría el verdadero mensaje. Que Laura ya se los había mencionado durante una sesión de confesiones en La Quinta y que acabó en un espectacular trío, que como bien se sabe —Claudio apuntaba a Chichita con el dedo índice— muchas veces, si no en todas, termina en un espectacular dueto. Chichita subía los ojos fastidiada y se atragantaba de vino, y le reclamaba a Claudio que no era su culpa que no tuviera el aguante, entonces me miró con los ojos medio perdidos por las uvas maceradas y declaró que ni los hombres ni las mujeres soportan a una mujer que es libre. Digerí sus palabras y pensé de pronto en la Cristipuchi, en las ganas que tenía de hablar con ella, contarle todo, escuchar qué opinaba de lo que ocurría. Deseaba saber cómo su sarcasmo iba a derretir a quienes trancaban la autopista con un picnic, mantel de cuadros rojos incluido. Pero después me descubrí viéndole las tetas a Chichita y creyendo que era posible, bastante probable que la invitase a compartir una noche con Martha, con Patricia Goldsmith y hasta con la misma Cristipuchi. Con Melinda no... A ella no la quería compartir, ni su cuerpo, ni la imagen de su cuerpo atravesada por los dedos, o lengua, o fluidos de nadie más...

—Lobos... criados por lobos —gritó Chichita, sacándome de mi orgía imaginaria.

—¿Perdón? —dije.

Claudio solicitó bajar la voz, miró a su alrededor y se llevó un dedo a la boca. Volvió a pedirnos discreción.

—Lobos, mi pequeño. ¿Tú crees que vamos a ganar la libertad con niñitos que entran en crisis apenas se les dice que no hay papas fritas para la cena? Mi Clau lo explica mejor...

Claudio carraspeó la garganta y se dispuso a tratar de replicar el argumento de su guía Laura, pero cuando empezó a decir que los ingleses no pelearon en las islas Malvinas sino que le dejaron el trabajo sucio a los sherpas nepaleses, o que más recientemente, en la lejana Siria, se había más que demostrado que el soldado posmoderno no era quien hacía la guerra, o el que desembarcaba en Normandía, leyenda hollywoodense incluida, sino aquel que tenía el tino y la entereza de planificar la guerra para que terceros la pelearan, sin glorias, ni grandes honores y en completo anonimato, recordó con tanta oración subordinada que Chichita la había pasado de lo mejor con Laura, y eso le llevaba a abandonar a su mentora y a decir que la enseñanza la había dado Bolívar, cuando después de perder tantas repúblicas por su cabeza de mantuano —rebelde, sí, pero mantuano al fin—, pasó a la idea de que la libertad solo procedería de los esclavos, de los de abajo, y que si estos no peleaban nada iba a conquistarse. Tomó más vino, respiró, miró a Chichita, quien pómulos enrojecidos de por medio, le juró a Claudio que él también tenía lo suyo, y que no olvidara mencionar a Páez, ni tampoco eso de que si los de abajo no querían pelear por comodidad o desidia, pues había que buscarles un incentivo o sembrárselos a como diera lugar y que, concluyera con lo de «¿Quién ha visto una pirámide que se sostenga por la punta?».

—Son hechos históricos, dijo Chichita pasándole la tarjeta de crédito al mesonero para pagar nuestra cuenta, ordenándole además que llevara una ración de arepas para la base de la pirámide... corrigió... para los luchadores que a esa hora todavía estaban en las barricadas, solo alimentados por amor a Elodio.

—Has tomado demasiado vino —dijo Claudio.

—En vez de estar controlándome la vida, deberías estar debajo de la mesa haciéndome feliz...

Claudio levantó el mantel y pareció calcular sus posibilidades, luego dijo que tal vez desde mi lugar le iba a llegar más fácil. Ambos me miraron con la intensidad de las hienas que escuchan a lo lejos el llanto de un antílope bebé. Sé lo que pensaron y lo que iban a decir, pero el mesonero regresó y eso fue el balde de agua fría que todos necesitábamos. Acordamos que lo mejor era irnos en busca de Melinda y Luis Fernando antes de que cayera la noche y se cumpliera cuanto les habían revelado en La Quinta.

En el carro les pregunté cómo sabían dónde se encontraban el resto de los muchachos si no podíamos comunicarnos entre nosotros. Ellos no respondieron. Cambiaron la conversación hacia las barricadas y la necesidad de que se repitieran al

día siguiente. No estuve muy de acuerdo visto los resultados. Claudio criticó mi falta de fe. Desde su perspectiva, no debía mirar cuánta gente estaba en las calles, como sí los que se habían quedado en sus casas. Además reveló que tenía un plan para darle algo de empuje a la protesta. Chichita lo atajó medio murmurando que tendría que consultarlo antes, pero Claudio estaba más que decidido.

La idea consistía en pedir a quienes se identificaran con Elodio, se sumaran a la construcción de un gran muro para separar la Caracas decente de la que no lo era. Lo contrarié un poco al comentarle que algo así no podía dejarse a la espontaneidad, que se necesitaba planificar, tomar previsiones. Chichita estuvo de acuerdo conmigo, pero cuando Claudio argumentó que simplemente sería una travesura para medir cuanta gente podían reunir, ella lo apoyó. Así que les grabé un video dándoles instrucciones «al mundo libre» para apoyar la iniciativa. Claudio revisó el video y lo aprobó. Luego me rogó que al enviarlo, no fuese a etiquetar a esos actores que hicieron papeles de malandros y marginales en las telenovelas, porque desde su punto de vista ellos o ellas eran grandes culpables del país que teníamos. La otra parte de la responsabilidad, según Claudio, la tenía la cadena de televisión que solo compró una temporada de *Twin Peaks* y dejó la desaparición de Laura Palmer irresuelta en el corazón de millones de telespectadores.

—Nuestra propensión a la impunidad tiene que ver con eso —afirmó convencido.

Chichita al escucharlo le sonrió con ternura y gastaron el resto del tiempo en recordar nostálgicos la muerte de las películas de ninjas en manos de la colosal lucha libre norteamericana, y las bodas colectivas los sábados por la tarde.

—Éramos felices y no lo sabíamos —agregó Chichita al borde del llanto.

Conforme ellos hablaban, aproveché para publicar unos cuantos videos para celebrar la época noventera como epílogo de la última Venezuela soñada. Pero no pude disfrutarlo por culpa de algunos *trolls*, que solo veían en esa época insurrecciones, quiebra de bancos, inflación, acaparamiento, evaporación de prestaciones sociales y venta de empresas públicas. Ciertamente, la memoria es un laberinto que cada quien transita según las coordenadas de su propio presente, me dije mientras la vista de la ciudad se me hizo de pronto extraña.

Claudio frenó de manera violenta y por poco la inercia cumplía mi deseo de ir a parar en las tetas de Chichita Carrió. Al reponerme, vi que ella y el propio Claudio estaban paralizados, con la vista y el corazón puesto afuera. Entendí su miedo, cuando vi que la ruta era obstaculizada por un gran muro de fuego que no dejaba un mínimo de espacio para bordearlo. Unos cinco, puede que diez tipos con pasamontañas negros alimentaban las llamas con lo que pudieran arrancarle a la ciudad. Creí reconocer en el grupo la figura maciza de Sexo Débil y así se lo dije a

mis compañeros de viaje, pero ellos seguían sin creérselo, o al menos sin pensar que iban a tropezar de esa manera con el arma secreta de Elodio.

—Ha comenzado —dijo Claudio sin apartar la vista del fuego.

Chichita golpeó a Claudio en la cabeza con la palma de la mano y le ordenó que se diera la vuelta y se alejara del sitio. Les dije que no tenían que temer porque había visto a uno o dos sujetos que portaban la franela de nuestro líder. Ellos no compartieron mi opinión y metieron el acelerador al fondo hasta que tuve que gritarles para que me dejaran bajar.

—Necesito ver a Melinda...

Claudio detuvo el carro a un kilómetro, puede que más. Miró por el retrovisor y dijo:

—Estás por tu cuenta, viejo.

Chichita abrió la puerta y se bajó. Yo hice lo mismo. Ella se alejó un poco del carro sin perder la vista a la barricada que ardía a lo lejos.

—Eres mi héroe ciberespacial. Ve y cuéntale al mundo lo que aquí se vive... yo prometo compartir todo lo que publiques. Eso sí, no olvides etiquetarme...

Guiñó un ojo, miró por encima del hombro en dirección a Claudio y luego volvió a poner su atención en mí. Metió la mano en el bolsillo y sacó un papelito azul. Lo puso en su boca, me tomó de la cara y me dio un beso que parecía haber sido concebido para sacarme toda la energía que llevaba dentro. La punta de su lengua recorrió mi paladar y dejó sembrado un sabor ácido que me calentó el cuerpo. En cuánto sentí la euforia apoderarse de mí y de impulsarme hacia las llamas, levanté una mano para buscar los senos de Chichita y no irme con la duda.

—Son naturales, mi pequeño —dijo con una sonrisa de plena satisfacción.

Fue la última vez que vi a Chichita Carrió, al menos en persona. Se montó en la camioneta y se alejó hacia la autopista junto a su par. Ellos tenían ahora un camino distinto al mío.

Capítulo 5

#OperaciónJaqueAlRey

Nota mental: Cuando todo esto termine fundaré una banda de rock y pasaré la vida metido en todos los Emo Bares del mundo. Mi primera canción tendrá un único estribillo: «Venimos del error y hacia el error vamos».

Caminaba hacia las llamas sintiendo que iba en una especie de balsa corriente arriba. Era como estar en la pesadilla de la *Divina Comedia*, dejando que la parca me llevase al reino de los muertos. Apenas me guiaba esa pequeña luz a lo lejos, que en ocasiones lucía como un ojo de fuego y en otro momento era el cigarrillo encendido de un hombre atrapado entre las sombras. Sea lo que fuera que me haya dado Chichita, me había dotado de una fuerza sobrenatural, pues no sentía mi cuerpo sino como añadido de mi voluntad, totalmente ingrávido y respetuoso de cualquier deseo. El problema es que mi mente estaba tan poblada de imágenes que creí en algún momento que era un niño traumatizado por la borrachera de Dumbo justo antes de lanzarse al vacío y descubrir que podía volar.

Cuando estuve cerca de la barricada, los hombres que usaban pasamontañas me cercaron. A pesar de lo amenazador que resultara no tenía un gramo de miedo, o de nada. Estaba vacío de sentimientos o más bien del instinto de autopreservación. Uno de los más altos me preguntó qué hacía allí, no lo dijo exactamente así porque atravesó entre el signo de interrogación y el sujeto y el sustantivo, no menos de diez grandes vulgaridades. Como no le contesté levantó la mano y dijo que me iba a morir, pero otro detrás de él pidió que al menos me dieran la oportunidad de defenderme, y fue cuando me preguntaron por la contraseña, ¿por la qué? El Santo y Seña. ¿El qué? Ahora sí te moriste, me dijeron o me dije cuando vi el puño retrocediendo en cámara lenta como si efectivamente un mecanismo de poleas y engranajes lo estuviesen contrayendo lo suficiente como para romperme el cráneo en dos partes, no iguales, no simétricas. Una voz, o más bien, un coro de voces brotaron en mi cabeza y se abrieron espacio a través de mi boca y lograron soltar un «Nos une». Entonces el puño se detiene y los pasamontañas se acercan a mi boca, para escuchar con claridad, o para corroborar si era cierto lo que acaban de escuchar. Aprietan mi cuello y acercan sus oídos y las voces desde la memoria del largo plazo saltaron de nuevo: «Elodio nos une».

Entonces los puños dan paso a una suerte de abrazos o jaloneos, nada tiernos, que me brindan un ápice de tolerancia. Me sientan en un rincón y se disculpan porque no tenían información de que recibirían más refuerzos, no al menos uno con mi aspecto, cargado de cualquier cosa excepto de las necesarias para la *misión*. Escuché de nuevo esa palabra y levanté la mano y mostré el celular, les dije que venía a reportear, a llevarlos a cada rincón del país, a tatuar los sueños y pesadillas de quienes se atrevieran a reproducir los videos con esos pasamontañas, con sus cuerpos alrededor del fuego, como en una danza, como si estuviésemos a punto de un ritual o de un sacrificio. Ellos se rieron mucho, y me decían que estaba más drogado que ellos mismos y que eso ya era decir demasiado. Uno de ellos se acercó a mi lado y me alcanzó un pasamontañas, me dijo que si quería «unirme a la tribu» debía obedecer las reglas o de lo contrario me iban a patear el culo tan fuerte que no iba a poder sentarme nunca más.

Con la capucha puesta el mundo lucía diferente. Puede que haya sido yo quién cambiaba, no las cosas fuera de mí. De alguna manera me sentía protegido y a la vez parte de algo. Ya no vagaba por allí a la caza de historias, ahora ellas vendrían a mí atraídas por la máscara, por la hoguera. Rogaba que esta se extinguiera porque me atolondraba el cerebro. Quise saber cuál era el próximo paso, además de arrancar cuanto consiguiéramos para mantener vivas las llamas. Nadie me respondió. Así que no me quedó más opción que evaluar qué cosa podía destrozar para cumplir con mi parte de la barricada. Mientras arrancaba unos cuantos toronjiles y ajos chinos de los materos de un edificio cercano, uno de los hombres de pasamontañas destrozaba la ventanilla de un pequeño automóvil y le arrancaba los asientos. Otro la agarró contra un parque infantil y se llevó como gran trofeo unos caballitos de madera que ardieron con una velocidad sorprendente. Sin antes consultarlo tomé la iniciativa de registrar la enorme actividad de libertarismo para trasmitirla a quienes por distintas razones no se acercaban para sumarse a la lucha. Grave error. No más el flash se encendió me tomaron de los brazos y me lanzaron contra el suelo. Uno de ellos me puso el pie en la garganta mientras decía «Es un infiltrado». Unos cuantos decían «Mátalo», pero alguien más cuerdo, puede que con la secundaria concluida o quizá proveniente de una familia más estructurada, sugirió «llamar a los jefes pa' consultar». Eso hicieron sin quitarme la bota de la tráquea, por supuesto. El tiempo que emplearon para hablar en código, yo lo aproveché para atestiguar cuánta vida nocturna tienen las aceras, rodeadas de hormigas colaborativas, que rinden cuentas a su legión y probablemente a su reina, respetando el dicho de que la unión hace la fuerza y sin pisarle el cuello a una igual, aunque después creí ver que había unos cuantos insectos que le arrancaron la cabeza a la hormiga de otro color, o de otro hormiguero, y fue cuando la vida natural me pareció un gran hervidero de maldad y de una crueldad que solo los sofistas griegos, y los árabes antes que ellos, y más

atrás Hammurabi se vieron obligados a detener, porque sabían que en el corazón de todo ser humano se esconde una semilla cuyo fruto es una potencial bomba o una potencial flor.

Qué lindo pensamiento... debe ser la falta de oxígeno...

Despiértenme hombres de los pasamontañas, cuando hayan decidido qué hacer conmigo...

—Parcero, te sacaste el numerito... Los jefes te quieren ver...

Una moto llegó dos minutos después y allí me llevaron unas cuadras más arriba o más abajo de donde me encontraba para presentarme formalmente ante quienes lideraban las protestas nocturnas. Llegamos hasta las cercanías de la plaza desde donde Elodio lanzó su proclama, pero ya no lucía como otras veces, era más bien el *set* de grabación de una película que parecía comenzar con la frase «En un mundo sin reglas ni esperanza...». Me arrojaron al piso y allí un hombre pidió me levantara, lo reconocí de inmediato, era Farías, el guía de La Quinta que nunca reía y prácticamente nunca hizo acto de aparición en los entrenamientos. Me preguntó sin delicadezas y con detalle qué carajo hacía allí. Le conté lo poco que pude.

Farías era un tipo que literalmente parecía un cochino en dos patas, sus rasgos eran francamente repulsivos y la mascadera de chimó no ayudaba a adecentar su figura. Sin embargo, no me cayó a patadas sino que le pidió a uno de sus colaboradores, por llamarlos de algún modo, el celular que cargaba. Revisó algunos minutos el contenido y varias veces preguntó por las fotos de Chichita Carrió. Luego me entregó el aparato y me dijo que fuese hasta un poste de luz que habían habilitado en la plaza para conectar algunos reflectores y cargar las baterías.

—Ya te vamos a poner trabajo... —me dijo.

Esperé una media hora hasta que vi aparecer en la plaza a Melinda y a Luis Fernando. Estaban vestidos como el resto, con trajes negros y botas de seguridad. Hablaron con Farías y este me señaló. Vi directamente a Melinda, pero ella no mostró ninguna emoción, no al menos una que pudiera sentir fuese de agrado o desagrado por verme. Luis Fernando, por el contrario, se rió junto a Farías, supongo que de mí, y se estrecharon las manos. Al acercarse me informaron que debía irme con ellos para supervisar la protesta nocturna. Me preguntaron si sabía manejar moto, les dije que sí. No obstante, Luis Fernando se fue en una mientras que le dio el control de la otra a Melinda.

Para cuando atravesaba la ciudad detrás de Melinda, ya el efecto del papelito que me diese la Carrió había disminuido considerablemente. Agradecí que el peor de los trances lo hubiera transitado *so high*; pero conforme se desvanecía el estado elevado de conciencia, el cuerpo comenzó a recordarme todos los golpes que había recibido. La mandíbula me dolía, así como las costillas y los muslos. Al llegar al primer punto de chequeo, Melinda le pidió a Luis Fernando que la dejara retrasarse para poder

ponerse al día conmigo. Nos resguardamos detrás un árbol y allí me abrazó muy fuerte, también hizo ademanes de querer llorar...

—Hijo de puta, pensé que te habías muerto...

—No me voy a morir sin avisarte antes.

—¿Crees que me da risa eso?

—Disculpa, yo también estaba preocupado por ti...

—No lo entiendes, ¿verdad? Ya estamos en la recta final... Mañana será el gran día, vamos a lograr que Elodio gobierne al fin este país.

—Pero... no sabía nada... ¿Cómo va ocurrir?

—Tú quédate quietecito detrás de mí... y podrás entenderlo.

Luis Fernando nos interrumpió justo en el momento en que deseaba escuchar la última frase de Melinda, y así ponerle fecha a lo único que verdaderamente me interesaba. Ella se adelantó a preguntar mientras se ajustaba el casco.

—¿Y bien?

—Lo tienen todo, en la mañana comienza la fiesta... —dijo Luis Fernando montándose en la moto.

—¿Y nosotros qué vamos a hacer? —preguntó Melinda.

—Tú te vas a quedar con Farías. Yo tengo asuntos pendientes...

—¿Y no vamos a ir a la marcha para que Elodio llegue al Palacio de Gobierno?

—Qué vaina contigo, Melinda. Haz lo que te digo. Te reportas con Farías y haces lo que él te ordene.

—¿Y tú para dónde vas?

—Iré a chequear al resto de las tribus...

Luis Fernando arrancó en su moto y nos dejó atrás. Creí necesario preguntarle a Melinda sobre eso de «las tribus», quizá para planificar algún reportaje, algunas imágenes impactantes que les permitieran posicionarse como los libertadores que eran, pero otra idea mucho más poderosa y productiva triunfó. Revisé mi celular y pude ver que aún faltaba media hora para las doce de la medianoche.

—¿Tienes hambre? —le pregunté a Melinda.

—La verdad, no había tenido tiempo de pensar en eso... pero sí, un poco.

—¿Puedo manejar la moto? Quiero reivindicarme.

Melinda se sonrió a duras penas. Tenía los ojos y la mente puesta en otra cosa, pero si el día de mañana era tan importante como ella misma lo declaraba, mis planes debían hacerse realidad esa noche. Así que aproveché de tomar el control de la máquina y de la situación y puse la aguja de la velocidad en cien kilómetros por hora. Aproveché el toque de queda que las barricadas habían impuesto y atravesé Caracas.

A esa hora era respirable la libertad futura, al menos para nosotros y para la máquina de 650cc que ronroneaba bajo nuestros muslos. Subí hacia la Cota Mil y la recorrí por completo con una vista clara de la ciudad. Melinda se recostó en mi

espalda y allí se mantuvo sin dejar de abrazarme. Llegué justo cuando el guardia de seguridad cerraba el acceso al teleférico.

—Está cerrado —dijo molesto y probablemente dispuesto a romperme unos cuantos huesos.

—Aún funcionan las cabinas —le señalé con el dedo—. ¿Crees que podemos llegar al restaurante?

—¡A la vaina!, ¿estás sordo? —replicó mientras buscaba acoplar el candado definitivo.

Dejé la moto a unos cuantos metros de la entrada y le dije a Melinda que esperara allí. Volví a donde el vigilante, quien me esperaba con la mano puesta en el rociador de pimienta. Le hablé en su lenguaje, utilizando frases de las canciones de Jerry Rivera que se me quedaron grabadas de cuando Maira las escuchaba en la cocina de la casa. Expuse la necesidad de permitir que los imposibles tuviesen espacio en la tierra y que los sueños de una pareja no fuesen rotos por la tecnocracia, mucho menos porque así lo dictara un reloj sin alma, ni corazón que nada sabe de los avatares de los humanos que no deciden enamorarse. Cuando sentí que el hombre acusaba castigo, calculé su edad y le recordé lo mucho que sufrió *Candy Candy* al no lograr ni el amor de Terry y/o Anthony y/o Albert. El vigilante pareció conectarse con el crudo invierno en el Hogar de Pony y no le quedó más remedio, mientras me impulsaba a que fuese en busca de lo imposible. Le agradecí con un apretón de manos y llamé a Melinda. Al entrar a una de las cabinas, ella no pudo resistir la incertidumbre:

—¿Qué hiciste?

—Le di un billete de 100 dólares.

Ambos llenamos la cabina de risas, mientras ascendíamos. Nos sacamos un peso infinito de encima y apenas si reparamos en las pequeñas luces de Caracas. Preferimos hablar de los recuerdos de la infancia y fue cuando me reveló que venía de un pueblito del llano que se llamaba Corozopando y que era el lugar más famoso para comer quesadillas en Venezuela. Le confesé que nunca me hubiese dado cuenta de que era llanera y que más bien la asociaba con la parte oeste de Caracas. También me habló de que se había venido a la capital a probar suerte porque tenía dos hermanos menores a quienes deseaba ayudar, y de que antes de conocer el internet ya sabía mucho del mundo gracias a un libro que se llamaba *Enciclopedia de las cosas que nunca existieron.*

De como conoció a Luis Fernando prefirió no hablar y yo tampoco la forcé a ello; sí brindó detalles de la manera en que Elodio la cautivó al salir por televisión, hablando de progreso, de futuro, con esa familia tan bonita, con tanta «prestancia». Allí se quedó un rato, alabando a su nuevo líder, quien la iba a llevar a «la vida que todos se suponen deben tener». Cuando llegamos, el restaurante había cerrado el servicio de la cocina; sin embargo, el tipo se conmovió de nuestra historia de amor

(y de lo bien que se sentía el billete en sus manos). Pudimos disfrutar de un goulash, de vino, de un lomito con ensalada de lechuga y nueces. Éramos los últimos en aquel lugar, sin más música que nuestras sonrisas y el agudo tintineo de las copas apenas tocándose. Me sentí tan bien que me llegó un mal presentimiento, la mala costumbre de creer que no me merezco los bellos momentos y que su ocurrencia no son sino premoniciones de que alguna desgracia se acerca. Siempre como en una última cena, un último día feliz. Sin embargo, me deshice de las malas vibras tomándole la mano a Melinda y jurándole que al llegar Elodio a presidente, visitaríamos Francia. Ella no quiso que hablara de otra cosa.

Cuando regresábamos, solitarios en la cabina y con el vino acelerando la sangre, nos besamos. Esta vez sí tomó mis manos y las metió bajo su franela. Su piel era de una suavidad distinta a la de las mujeres con que había estado antes, una textura que procedía de su herencia y de las ganas locas que tenía de probarla. Sus senos eran superiores a los que habían dibujado mis expectativas, y estaban allí solo para mí. Ella me los metía en la boca y supervisaba que atendiera a como se le erizaba la piel cercana a los pezones, negros, acotados; apenas dos puntos asomados en mitad de la noche. Miró la ciudad y se bajó el pantalón, sonreí al ver la pantaleta fucsia que le había comprado. No sabía si rompérsela para llegar hasta su vientre o por el contrario conservarla como amuleto. Puso sus manos contra el vidrio de la cabina y soltó un grito cuando sintió que tomaba posesión absoluta de sus nalgas. Resistió con entereza las primeras penetraciones, mis manos atenazando su cintura, mi lengua dispuesta a hidratar el camino; entonces arqueó la espalda y me tomó del cuello y me acercó a su boca. Me dijo «Háblame de París. Cógeme mirando París». Fue cuando mis ojos absorbieron la ciudad y ya Caracas no era sino el territorio imaginado de Víctor Hugo, de Proust, de Dumas. Entonces a medida que Melinda gemía, yo la hacía mirar hacia Plaza Venezuela y le decía que aquel era nuestro centro, nuestro Arco del Triunfo, y que los Campos Elíseos se extendían hacia Sabana Grande y concluían en Altamira, quizá antes, puede que después. Melinda escuchaba y cambió su perspectiva para sentarse sobre mí y tener absoluto control de mi voz y de mi historia. Sus ojos estaban secuestrados por la pequeña constelación que ahora tomaba la forma de todos sus anhelos y que ya no percibían Parque Central sino la Torre de la Bastilla o a Petare como Montmartre. Melinda se mecía enloquecida, visitando el Louvre y percatándose de que la *Mona Lisa* no era tan grande como lo suponía y de que habría deseado que allí estuviese el *David* de Miguel Ángel, para así comprobar lo que intuitivamente sabía sobre la dureza viril del mármol. Le hablé de Versalles al lamerle los pezones, jurándole que ella sería María Antonieta sin la historia trágica, que podría pasearse desnuda por los jardines cada día soleado y que no habría decisión que no fuese cumplida sin antes pronunciar la palabra «Alteza». A Melinda eso la puso excitadísima y aumentó el ritmo, me puso contra su pecho y sentí su corazón bombear sangre y su boca jadear

libremente. Cuando me dijo que se estaba viniendo, me enterró las uñas en la espalda y me rogó que no lo sacase nunca. Fue entonces que pensé, por primera vez en la vida, que de tener un hijo lo llamaría Swann.

***

Le pedí que nos quedásemos juntos el resto de la noche. Por alguna razón estaba consumido por las ganas de despertar a su lado, quizá repetir la escena del teleférico sobre un soporte suave, más romántico. Melinda lo pensó un tiempo, al menos lo que duró en vestirse y llegar a la moto. Dijo que no, pero acompañó su decisión con un beso y la promesa de que mañana todo terminaría. Su misión también estaba por encima de nosotros y de París. Eso me hizo sentir mal porque conforme pasaba el tiempo, más olvidaba mis propias responsabilidades. Tenía como cinco horas sin publicar ni siquiera un breve comentario, lo cual es toda una eternidad en la red social. Sabía que eso era imperdonable y Melinda opinó lo mismo al comentárselo. Le dije que mañana iba a recuperar mi toque y que ella se sentiría orgullosa. Melinda sonrió, pero me dio un consejo cuando me estaba dejando frente al apartamento de Belisario.

—Por favor, si sientes que algo va mal... aléjate. No te hagas el héroe...

—¿Cómo te encontraré? —le pregunté.

—Cuando todo termine, yo te encontraré a ti... te lo prometo.

La abracé y le ajusté el casco. Luego la vi irse en dirección a donde Farías tenía su puesto de comando. Antes de entrar al edificio, percibí una figura de mujer que se hallaba del otro lado de la acera. Estaba estática, mirándome, al menos eso percibía yo por su postura, pues vestía un suéter con capucha que dificultaba hacer un registro de sus expresiones. Sentí algo de miedo. No el temor que se te activa cuando vas por la calle y alguien te dice «Epa mi pana, me dices la hora... tranquilo, no te asustes, no te voy a robar... quédate tranquilo... esto es un atraco», sino otro, como el que se apodera de los sueños justo en el segundo previo en que empiezas a darte cuenta de que vas a entrar en una pesadilla.

Metí la llave en la ranura sin perder de vista la figura. Subí por el ascensor y entré a casa de Belisario sin saber cuánto tiempo había dejado de respirar.

El apartamento estaba a oscuras y preferí no encender las luces. Fui directo a echarme en el sofá para chequear a través del teléfono lo que sucedía en la Caracas virtual. Al descubrir que estaba quedándome atrás de un tipo que por su foto de perfil parecía ser el mismo Roy Meléndez, sentí unos ruidos que provenían de la habitación de Belisario. Concentré mis fuerzas en determinar qué los provocaba pero me fue difícil con la distancia. A veces los sonidos aumentaban y con ellos una pequeña sospecha que me trajo recuerdos recientes y que quise comprobar. Me quité los zapatos, me acerqué a la puerta medio abierta. Las sombras contaban una historia de amor, una de sexo al menos. La mujer gemía y Belisario ponía todo su empeño para compensar sus más de cincuenta años. Me sentí bien por él, creo que le

hacía falta. Tal vez así olvidaría a su ex y al escultor, quizás volvería a la pintura. Los dejé envueltos en las sábanas para volver al sofá e intentar descansar.

Por la mañana desperté sobresaltado creyendo que me había perdido el día definitivo. Fui al baño para ducharme, cepillarme los dientes, vestirme de forma cómoda para recibir esta nueva etapa. Ya me imaginaba cuando regresara de París con Melinda recién convertida en una dama versada en vinos de temporada y con la habilidad suficiente para reconocer la diferencia entre un Monet y un Cezzane, y encontrar una sociedad en plena efervescencia progresista conforme abrían los centros comerciales en cada esquina, los cruceros aparcaban en La Guaira, y millones de turistas regresaban con el mismo ímpetu de sus ancestros coloniales para fundar emprendimientos maravillosos como la cría de caballos de paso e incluso la instalación de las primeras torres de perforación para la explotación de la Nutella que tan importante era para el equilibrio psíquico de quienes crecieron viendo *Cartoon Network* y que cementaron su cultura del mundo a través del programa «¿Quién quiere ser millonario?». Pero al llenarme de más y más felicidad por esos pensamientos, me llegaron también imágenes confusas, en las que reporteaba la entrega del Nobel a un *influencer* que descubrió la superioridad del capitalismo sobre otras formas de existencia al diseñar un meme con la frase: «No le des el pescado al hombre, enséñale a pescar». Supe que algo andaba mal cuando subió a recibir el premio y su discurso señalaba que en el pasado, en cualquiera de ellos, el hambre no existía, ni el racismo ni la división entre clases. Que todo era un descubrimiento de la era digital, pero que había que enmendarlo así tuviésemos que ser tan drásticos como cuando se elimina un virus de una computadora: resetear todo el sistema, reiniciar, así se quemaran los circuitos.

Belisario me despertó, esta vez sí de manera real. Llevaba unas bolsas de mercado que puso en la cocina. Me dijo que prepararía el desayuno. Le agradecí, pero tuve que disculparme porque estaba retrasado. A esa hora ya debía estar consumándose el cambio de gobierno y no quería perdérmelo. Él arrugó la frente, toda la cara. Me informó que recién venía del mercado Guaicaipuro y lo único que vio parecido a un golpe de Estado era el precio del arroz. Fui a asomarme por la ventana, para explicarle que desde luego nada iba a ocurrir de manera rápida, primero había que aglomerar a una masa crítica y después avanzar para conquistar los objetivos. Belisario me lanzó unos ojos compasivos que me molestaron.

—¿Qué? —le dije.

—No, no, nada...

Salí del apartamento sin despedirme y sin saber si volvería. Ya en la calle, vi con gusto la misma barricada con la que tropecé anteriormente. De inmediato hice mi parte. Estaba dispuesto a no despegarme de mis responsabilidades, no tanto por Elodio como sí por Melinda, quien de seguro en algún lado estaba haciendo mucho

más que yo. Pude ser testigo de que el mecanismo de la barricada ya lucía aceitado. Algunos aprovechaban los mismos insumos del día anterior y le agregaban la basura que la Alcaldía por alguna razón había olvidado recoger. También se habían sumado más personas de las cercanías para actuar como buenos castores en la construcción de una represa, cuyo objetivo más que detener el tráfico se circunscribía a proyectar una imagen de comunidad unida ante el autoritarismo gubernamental. Claro que siempre había algunos a los que les costaba entender que todo se hacía por el bien común. Hubo uno que otro caso aislado, como una señora cincuentona que entró en pánico al no entender que los golpes que recibía su vehículo de parte de los vecinos, eran precisamente para que su guardafangos no se incendiara con las llamas. Otra, tuvo un ataque de histeria porque según ella, su madre necesitaba recibir tratamiento por un ataque de neumonía y que al cerrar el paso a su edificio, la anciana corría el riesgo de morir. Gracias a la intermediación de un encapuchado que habló de manera muy asertiva en ambos casos, se pudo negociar que ambas mujeres cedieran en sus egoístas peticiones y apoyaran la lucha que tan solo se llevaría el día de hoy. Visto detrás del lente de la cámara, era más sencillo filtrar lo que ocurría. Como si le estuviera aplicando a los hechos un mejorador vital que convertía de pronto cualquier diatriba en males menores, si se ponía siempre a Elodio en la lista de prioridades. La señora del vehículo se retiró, sin el guardafangos quemado aunque sí con una ventanilla rota, y la otra mujer recibió algunos sabios consejos sobre la necesidad de que se fuera «a Cuba a atender a su madre enferma». Creí que nada podría salir mal ese día.

Caminé hacia la plaza para contagiarme un poco de la buena vibra que allí se respiraba. Un grupo de proactivos jóvenes grafiteaban imágenes de santos sobre unas pancartas con forma de escudo. Una propuesta muy respetuosa de nuestras tradiciones, pensé. Otros optaban por un estilo más retro, como la cruz roja de los templarios, cuyo estilo lució más que acertado cuando a unas muchachas les dio por ensayar un *performance* con unos látigos. Cerca de ellas, un grupo de actores, probablemente amigos de Chichita, firmaban autógrafos detrás de una pancarta que decía «Si una Miss Venezuela con nosotros, quién en contra». Estuve tomando fotos en cantidades industriales, posteando, compartiendo la ruta de la marcha, incluso me dejé llevar por la atmósfera y repliqué unas cuántas oraciones del perfil de la mamá de Cristipuchi pidiendo que se derramara la sangre de Cristo sobre el país entero. El ritmo que llevaba hizo que subiese de manera vertiginosa la cantidad de seguidores, y también las solicitudes por más detalles sobre cómo participar sin pararse del sofá de sus casas y también *tips* acerca de cómo ir acumulando los *selfies* de las marchas y barricadas por si era necesario, ¡Dios no lo quisiera!, optar a la solicitud de perseguido político en el extranjero. A todos les respondí, excepto a quienes desde ya condicionaban la participación, sí y solo sí, la actividad terminaba

antes de las cuatro que era la hora en que comenzaba la final de la Champions League, a esos no...

Sentí que me tocaban el hombro. Al voltear choqué de frente con el tipo compra videos, Roy Meléndez. Lo saludé con un notable desánimo.

—Oye —me dijo—, no estás resentido, ¿verdad?

—No sé de qué hablas...

—Ah, ya pensaba que estabas un tanto molesto, digo... porque mi publicación del violinista... va por el millón de visitas. Ni el panda estornudando ha logrado tanto —rió.

—¿Qué quieres?

—Ahora que lo dices, pues me preguntaba si sabías cuándo y dónde sería ese gran suceso del que se está hablando por allí, ese que publicaste...

—Ni idea... no sé... ¿qué suceso? —Subí los hombros.

—Pensé que como siempre estás tan dateao, como si tuvieras una bola de cristal para estar justo dónde ocurre lo mejor, te llevas todo el lomito y les dejas el caliche a los demás. Así no vas a sobrevivir en este medio...

Traté de buscar algo que me permitiera zafarme de esa molestia. Así que aproveché a un grupo de muchachos que organizaban un tanto alejados del bullicio una cantidad considerable de tubos multicolores.

—Mira —le dije—. ¿Por qué no te encargas de hacerles un reportaje a esos chamos? Creo que están organizando los fuegos artificiales para cuando tengamos que celebrar la victoria.

El tipo frunció el ceño y miró en la dirección que le indicaba, luego volteó a verme.

—Me estás jodiendo, ¿verdad? ¿Fuegos artificiales? ¿Estás demente o crees que soy un imbécil? Sabes qué... jódete.

Mientras Roy se descargaba conmigo, vi por encima de su hombro izquierdo a la misma tipa de la capucha que estaba frente al edificio de Belisario la otra noche. Ahora se hallaba junto a los chamos de los cohetones y miraba en la dirección en que me encontraba.

—Oye, ya... ya —le dije temblando a Roy—. Necesito que me ayudes con algo...

—¡Tú si eres bien jodido, ahora quieres que te ayude...!

—Mira hacia tu derecha, por favor —enterré los ojos en el suelo— y dime si ves a la mujer con la capucha.

—¿Qué o qué? ¿Crees que soy estúpido?

—Por favor, te diré lo que quieras... solo dime si la ves... si la reconoces...

Pero Roy estaba demasiado molesto. No quiso ayudarme, siguió su camino recomendándome ayuda psicológica. Tuve que contener mis propios espasmos para lograr levantar de nuevo la mirada. Seguía allí, estática. Supe que debía caminar hacia ella pero una fuerza superior me lo dificultaba. Una energía que le ponía

freno a cada articulación, a mi propia voluntad. Pensé que iba a quebrarme al dar un paso adelante para confrontarla. De no ser porque un tipo en la tarima tomó el micrófono y les pidió a todos que comenzaran a marchar, creo que habría logrado al menos llegar suficientemente cerca para ver su cara. Una marea de seguidores de Elodio lo impidió. Hice un esfuerzo por no perderla, pero fue imposible.

Ya arrastrado por la gente que se dirigía hacia el punto de concentración, las palabras de Roy volvieron. Era claro que estaba dejando escapar demasiados detalles, quizá la película entera. Sea como fuera tenía que sacudirme con arduo trabajo mis propios conflictos y mantener los canales abiertos, si es que no deseaba que la realidad terminara adelantándose y yo estuviera mirando a otro lado, o peor aún, con el teléfono apagado.

Sin embargo, la marcha no fue lo que esperé. No sé si tenía demasiadas expectativas o estaba dejándome llevar por las esperanzas de otros. Fue peor que una de esas peleas *pay per view* de boxeo que duran diez episodios sin generar ninguna intensidad real. Creo que la propaganda tenía mucho de responsabilidad en la desilusión. Eso de prometer un paraíso instantáneo solo vertiendo unas gotas de sudor, no era precisamente la mejor manera de conseguirlo. Tampoco ayudaban las iniciativas confusas como el «muro» de Claudio. Cuando pasé frente a él, vi a un grupo de marchistas que se detenían para dar nombres de quienes creían eran los culpables de la debacle del país. En una mesita otros recogían las propuestas e imprimían el rostro del señalado y lo pegaban al muro. Allí se quedaban un rato maldiciendo la imagen puesta en la pared y algunos hasta le lanzaban potes de agua, comida o lo que tuviesen en la mano. Era como la *Lista de Schindler* pero al revés. Estuve tentado a escribirle algún comentario a Claudio para que repensara su iniciativa, porque si la cosa seguía así —y lo digo por el rostro de quienes apuñaleaban o le daban cabezazos a las hojas sobre la pared—, algún oportunista vería la oportunidad de ponerse a tejer muñequitos vudús por encargo para venderlos a un precio módico y así convertir el linchamiento imaginario en un negocio —o terapia— muy lucrativa.

Al llegar al punto de concentración, los cientos de asistentes tuvieron que aplicarse una nueva capa de protector solar, mientras esperaban a que sobre la tarima algunos dirigentes decidieran quién tomaría la palabra. Al final triunfó uno que con un peculiar giro semántico, explicó que tomar el poder ya no era lo más importante, sino la manera en que habían logrado sacar ese día todo el potencial artístico de los habitantes de Caracas. Ante el silencio que se apoderó del lugar, expresó que esto no era una carrera de 100 metros planos, sino un maratón en el que tenían que tener algo más que paciencia. Los que habían llevado los escudos fueron los primeros que empezaron a gritarlo. Él trataba de calmar los ánimos queriendo contar una anécdota personal de la vez que pidió una hamburguesa de pollo y se la dieron sin pollo, lo que lo llevó a deprimirse y encerrarse en su casa por una semana. Pero en el

momento en que percibió que la soledad y los videojuegos no eran la solución para sus dudas existenciales, decidió hacerse varias preguntas que ahora lanzaba a través del micrófono: «Si el mal se abalanzara sobre la tierra, ¿no les gustaría tener la fuerza suficiente para hacerle frente?». Algunos gritaron que sí (alaridos dispersos). Siguió: «Si supiesen que un meteorito se aproximara a la tierra y de ustedes dependiera la sobrevivencia de la especie humana, ¿no rogarían porque Dios les hubiese conferido la misión de ir en una nave espacial y poner una bomba nuclear y así desaparecer la amenaza?» —algunos aplausos—. Cerca de mí alguien preguntó si eso no era el argumento de una película. El sujeto se sintió entonces cómodo para dar la estocada que lo encumbraría: «Lo que intento decir hoy aquí, compañeros, compañeras, se resume a si fuesen mutantes, ¿qué poder les gustaría tener?». Tenía tiempo sin escuchar los grillos apoderarse de la tarde caraqueña. Los muchachos que por la mañana habían preparado los escudos, se montaron en la tarima y bajaron al fugaz líder y tomaron el control. Dieron un ultimátum, los periodistas entraron en un estado de locura total, sacaban fotos, pedían a sus camarógrafos que conectaran los satélites, transmitían lo que parecía un cambio de perspectiva en la protesta. Cuando la nueva voz se bajó de la tarima, se descubrió un poco la cara para acomodarse una máscara anti gas y lo reconocí. Era Friki.

El grupo de muchachos liderados por Friki sobrepasaron la tarima instalada y se dirigieron al cordón policial. Era claro que habían decidido aportar su visión sobre la gerencia del conflicto y así quebrar la rutina a su favor. Sin embargo, esa tarde, luego de algunas horas de piedras, cohetones y chorros de agua, todos se fueron a sus casas. Al regresar con Belisario, quise que me tragara la tierra.

—¿Y? —preguntó.

—¿Y qué?

—¿Ya Elodio gobierna?

—No, aún no... pero estamos cerca.

Belisario, puso a hacer café y se me acercó.

—Creo que es hora de hablar...

Belisario me confesó que no compartía ni la forma ni el fondo del llamado de Elodio. Su punto de vista estaba muy impregnado de su retorno, después de muchos años, al mundo de la pintura. Decía que ahora tenía «nuevos ojos» gracias a un recorrido que hizo por la plaza cuando comenzaron las manifestaciones. Allí entró a un mundo desconocido que lo puso en alerta. Que le heló la sangre. No obstante, como lo malo nunca llega sin su contracara positiva, la expedición tuvo un resultado inesperado. Ya hacía tiempo que venía evaluando regresar al arte ingenuo, y además repensar la estética cristiana que desde su perspectiva había sido condenada al estancamiento por la Inquisición. Se apoyaba en pintores pretéritos como Rafaela Baroni y Bárbaro Rivas. Deseaba impulsar a través de la pintura un movimiento

que le diese verdadero sentido a las enseñanzas de los grandes maestros e iniciados de la historia: Buda, Zoroastro, Pitágoras... y por supuesto al Cristo místico de los Esenios. Le confesé que nunca sospeché que fuese un sujeto religioso, sino que tenía cierta propensión al ateísmo comunista. Él sonrío y alabó mi intuición. Me dio la razón pero matizó que eso era antes de ponerse a revisar por las madrugadas los blogs conspiranóicos, los cuales afirmaban que el Gobierno, en las sombras, había silenciado los mensajes más revolucionarios del carpintero de Galilea, con especial énfasis en el que rezaba: «Amaos los unos a los otros»...

—Lo han tenido siempre muy claro —entrecerraba los ojos y se acercaba para cerrar las cortinas de la ventana.

Su impulso vital le hizo tragar grueso y acercarse al grupo de «*groupies* marianas» que ya instalaban en la plaza su sala de operaciones. Al principio no lograba decidir qué cofradía abordar con el fin de tener una idea clara de por dónde andaban las tendencias espirituales hoy día. Las tarbesianas lucían imbatibles en la manera en que lograban convencer a los transeúntes para recoger fondos sobre la base de la culpa; las claretianas, por su parte, peleaban desde su experticia más sedimentada, que consistía en la organización meticulosa de las figuras de yeso a través del color y año de aparición en la tierra. Belisario reconoció que no se dejó atraer por la propuesta de las adoradoras de Fátima, porque les echaba en cara que los pobres pastorcitos que recibieron las profecías terminaron confinados de por vida a una vida monacal lejos de sus cielos, ovejas y campos, y eso sí que no le parecía ni muy tierno, ni muy piadoso. Sin embargo, mientras recorría cada *stand* como si se tratara de un mercado persa, una mujer lo secuestró por entero. De pelo negro y ojos que le recordaban las vírgenes andaluzas, estaba coronada por unas flores rojas que encendían las tonalidades de cada escapulario que colgaba de su cuello. No tuvo alma para nadie más, solo deseaba pintar ese rostro, ponerle los nombres de cuanto ángel existiese, apagar las preguntas lógicas y ya no hacerse el pesado citando a Gruzinski y su ensayo sobre cómo la Virgencita de Guadalupe llegó a México para imponer la destrucción de la memoria azteca a punta de oraciones, mutilaciones y perros con demasiado gusto por la sangre indígena. En ese punto, Belisario se enserió y yo comencé a sospechar algo que de inmediato corroboraría: su decisión de apuntarse en la lista de creyentes (falsos, pero al fin y al cabo... creyentes) de la Virgen del Rocío. Reconoció que no fue fácil al principio, pues la mujer estaba tan dedicada a su labor que apenas si prestaba atención a Belisario. Sin embargo, el pintor se permitió la paciencia suficiente para captar la atención de la devota, al confesar (por supuesto de manera falsa también) que ya tenía sus boletos comprados para irse a Sevilla en Semana Santa y caerse a golpes con cualquiera que se atravesara en su deseo de cargar el altar de su patrona. Lo demás fue coser y cantar, o más bien, pintar y cantar, pues llenó la plaza con la figura de la Virgen, que no por casualidad

lucía exactamente igual a la mujer que lo había enamorado. Tuve que detenerlo en ese punto antes de que llegara a donde iba a llegar, y le describí a una mujer que apareció en mi cabeza. Di pistas no solo de sus características físicas, sino de su talante, de su forma de hablar, de vestir, de pavonear su *kit* milagroso edición limitada. Belisario contestó que sí, que sí y definitivamente que sí... y allí no tuve que continuar atando cabos pues ya era más que evidente que la mujer que gimió el nombre de Dios en vano, bajo las sábanas de Belisario, era la mismísima mamá de Cristipuchi.

Había cosas que aún en mi mente no terminaban de cuadrar. Me era muy difícil imaginarme que una mujer tan piadosa, por decirlo en su jerga, tan dada a cumplir con su rutina de ejercicio espiritual, casada, y que además se persigna y reza un «Dios te salve María» al estornudar, al lanzarse una flatulencia o maldecir la eliminación de su cantante favorito de *American Idol*, estuviese revolcándose con un extraño al que conocía de apenas unos días. Belisario fue a buscar café mientras silbaba y yo me asomé al balcón con la vista puesta en la plaza, punto cero de la cruzada por la libertad, sin saber hacia dónde se estaba yendo todo.

Tal y como Belisario lo insinuó, el día siguiente tampoco trajo la libertad prometida. Ni el día que le siguió a ese, ni el posterior. Lo que podía observar era una repetición de los momentos anteriores, en un bucle infinito cuyos únicos resultados notables era la obesidad de quienes cerraban todas las mañanas la calle cerca de donde me encontraba.

Aunque también reconozco que ocurrieron otros sucesos, como el hecho de que la mamá de Cristipuchi pasaba cada vez más tiempo en casa de Belisario y menos tiempo en la plaza. Su cofradía acusó el castigo en beneficio de la monjas Carmelitas, quienes se hicieron con la feligresía abandonada al instalar, en alianza con algunos sacerdotes de la Conferencia Episcopal, la venta de *stickers* con pasajes bíblicos o imágenes icónicas del diluvio o la destrucción de Sodoma y Gomorra, los cuales ya tenían el tamaño exacto para ser usados en escudos y cascos, y que para ser honestos eran más bonitos y baratos que los que vendían los actores y actrices de las telenovelas con la etiqueta #NoNosOlviden.

De esos días, lo que no era igualable era el surgimiento de un nuevo liderazgo encabezado por Friki. Debido a que las convocatorias mañaneras y las barricadas languidecían por cansancio o falta de logística de las juntas de condominio cercanas, la aparición de Friki vino a darle aliento al mensaje de Elodio. Claudio y Chichita aparecían en los programas de entrevistas matutinos llamándolo «nuestro muchacho». Explicaban que él era tan solo una muestra de la Venezuela que vendría y que desde el siglo xix no se veían prohombres con tal capacidad de desprendimiento por el país. Recuerdo que en una de esas apariciones televisivas, a alguien se le ocurrió preguntarle a Chichita de dónde provenía la temeridad de Friki, y ella contestó desde lo más sensible de su naturaleza de ex *Miss* que el secreto era que «él no tenía nada

que perder». Belisario vio esa transmisión conmigo y saltó del sillón muerto de la ira. Yo trataba de excusar a Chichita con la clásica «Ha sido malinterpretada», pero no parecía ser suficiente. Para Belisario el empeño de dar notoriedad a Friki, por parte de la misma gente que cruzaría la calle si veían la negritud del muchacho acercarse por la misma acera, se debía a que no eran capaces de hacer las cosas que él estaba dispuesto a hacer de gratis. Para Chichita, Claudio y el mismo Elodio —decía Belisario—, Friki fungía como los animales que se meten en naves espaciales para conocer qué tan crueles e inhóspitas son las rutas desconocidas del universo, antes de que vengan los que de verdad van a gobernar y desembarquen, olvidándose de aquellos que les limpiaron el camino. «Ellos no arriesgan nunca nada y quieren ganarlo todo», rugía Belisario. Me pidió antes de seguir contribuyendo a glorificar a Friki, que entrevistara a Elodio y le preguntara lo mismo que Michael Moore le pregunta al senador norteamericano que vota a favor de la guerra: «¿Va a enviar a sus hijos a pelear en Irak o solo lo harán, para variar, los pobres, los negros, los inmigrantes...?»[4]

Belisario, luego de que subía el tono y se ofuscaba, me pedía perdón. Decía que su rabia no tenía que ver conmigo, pero sí con mi empeño en azuzar una situación que, como siempre ocurre, tiene fecha de inicio pero nunca de fin. A veces le replicaba, pero dejé de hacerlo cuando me demostró caminata de por medio, que la lucha de Elodio se circunscribía a cinco kilómetros cuadrados.

—Es tu telefonito el que magnifica esto... —me decía justo cuando nos alejábamos cien metros del epicentro de las barricadas.

Siempre creí que Belisario estaba siendo demasiado injusto. Quizá observando el esfuerzo de tanta gente tras su soberbia de artista, sin reparar en detalles. Pero no quería juzgarlo. Le agradecía muchísimo no dejarme dormir en la intemperie y que me diese la llave de su *penthouse*. En cualquier caso, comenzaba a creer que en parte tenía razón, especialmente en lo que se refería a Friki. Yo mismo veía que la atención mediática era extrema y peculiarmente organizada. Por supuesto, el artífice de la campaña era Roy Meléndez, quién luego de abandonar al violinista, tomó a Friki como lo hizo Scorsesse con Leonardo Di Caprio o Tim Burton con Jhonny Depp, es decir; como su inspiración, su *vedette*, su... ¿cajero automático?

Pensé que para terminar de resolver la disputa con Belisario debía internarme de nuevo en las protestas que lideraba Friki y retomar el mensaje original en el que tanto nos insistieron en La Quinta. Belisario me pedía que no me expusiera, que dejara las locuras en las que estaba metido, que regresara con mi papá, con mis amigos, que me graduara y siguiese con mi vida. Me lo repetía cada día, al menos hasta las seis de la tarde que era cuando me rogaba que me fuese del apartamento para él recibir a «su Virgencita milagrosa» (guiño de por medio) sin testigos que la espantaran.

[4] Documental *Farenheit 9/11*.

El último día que estuve en casa de Belisario, no por decisión propia, me llamó a un rincón del *penthouse* que despejó para usarlo como el taller de esta nueva etapa creativa. Francamente había que reconocer que la energía sexual, el amor, o lo que fuese que hubiese despertado la mamá de Cristipuchi detonó lo mejor del talento de Belisario. Su cuadros nuevos estaban a años luz de los anteriores y no en pocas ocasiones pensé, sin todavía decírselo hasta que estuviese concretado, conectarlo con algunos amigos de mi padre que se dedicaban al negocio del arte en Europa y el suroeste asiático. Belisario me puso frente a lo que parecía una pintura, estaba envuelta en papel marrón sostenida por una cuerda plateada.

—Anda, lo hice para ti —dijo.

—No lo esperaba... Gracias...

—Te lo mereces, por muchas razones... una de ellas es que me trajiste de nuevo la suerte. Pero lo otro, lo más importante es que sabes que estoy en contra de Elodio y aun así hemos podido convivir. Me has respetado y eso te lo agradezco. Eres un buen muchacho, sean cuales sean las razones para que sigas a Elodio, no quiero que pesen más que la amistad que recién construimos...

—Yo te debo que me hayas recibido y atendido, a pesar de nuestras diferencias... Me has enseñado...

—Y yo he aprendido de ti...

—Guardar archivos en PDF no aplica como sabiduría —le dije.

Ambos reímos. Hubo un ambiente de distensión, de camaradería, que me golpeó fuertemente el estómago.

—Dios, quiero ver a mi papá —comenté en voz baja.

—No lo entiendo, ¿por qué no lo haces?

—No lo sé, estoy como bloqueado. Necesito que esto termine, que Elodio gane o pierda, pero necesito que acabe esta misión.

—Hijo, voy a confesarte algo... por favor escucha con atención algo que no vas a conseguir en un buscador web, ni en las redes sociales, ni en el telefonito. Quizá no te lo he dicho pero no hay nada que me desequilibre más que los que van por allí diciendo que la verdad no existe, que todo depende del cristal con que se mire. Ven a un ser humano pasarle por encima a otro y alzan los hombros sin tomar partido. Justifican muertes e injusticias tras la frase «¿Pero quién tiene la verdad?» O una mejor «Todos tenemos nuestra verdad». ¡No, no y no...! Estar del lado de la vida, siempre, bajo cualquier circunstancia o presión; estar del lado de la vida a costa de nuestro propio orgullo, prejuicio o ambición. Nada puede estar por encima de eso...

Quedé un rato allí en silencio. Con la necesidad de destilar lo que recién escuchaba y hacerlo parte de mi pensamiento, de mis emociones. Fui hasta el obsequio y rasgué el papel. Era un lienzo en blanco, con unas palabras en su extremo inferior:

Hubo un momento en el mundo,
en el despertar de las cosas,
donde éramos lo que éramos
y eso era suficiente

Salí del apartamento con apenas unos segundos de diferencia, antes de que la mamá de Cristipuchi comenzara a tocar el intercomunicador. Caminaba atolondrado por la imagen vacía que me brindaba Belisario y el cuadro de su primera propuesta artística que consistía en permitirle a los espectadores intervenir su obra. Aún arriba, después de leer aquellas palabras y de darle un abrazo, me alcanzó un pincel y una paleta. No sé si lo que hice valió la pena o le hizo justicia a su bella declaración. Esperaba que sí.

***

Mi teléfono se había convertido en un hervidero. Tenía miles de solicitudes, comentarios, publicaciones en las que se me pedían explicaciones sobre una frase que se había vuelto viral y que al parecer había publicado: #OperaciónJaqueAlRey.

No tenía la menor idea de a qué se referían. Tuve que sentarme un rato en la acera cerca de la barricada diagonal a la casa de Belisario, para revisar con detalle esto que me tomaba por sorpresa. A veces me costaba lograr la concentración suficiente para hacerle seguimiento a los hilos de conversación que se formaban en los foros o publicaciones, porque los vecinos que antes le picaban quesillo (literal) y traían bandejas con jamón serrano y queso emmental a las brigadas de tranca calles, comenzaban a opinar que una cosa era una barricada que sirviera para incinerar de manera *express* los trastos inútiles que tenían en sus apartamentos y otra muy distinta poner cabillas y cemento para levantar muros permanentes. Los encapuchados argumentaban que solo buscaban algo más institucional que homogeneizara la apariencia de cada barricada, pues el desorden entre unas donde ardían muñecas inflables y aquellas adornadas con arbolitos y luces de navidad, pues no era precisamente la imagen que deseaban proyectar ante el tribunal internacional de La Haya. Los vecinos estuvieron de acuerdo, siempre y cuando los encapuchados decidieran abandonar los salones de fiesta de los edificios. Al aparecer (y esto lo decían en tono muy bajito y respetuoso) ya algunos de la comunidad habían sido sometidos a varias rondas de obligatorias contribuciones monetarias, donde pues... se usaba un «léxico no muy cortés» y que les asustaba un poco, pero solo un poquito. Por supuesto, los encapuchados se murieron de la risa y resolvieron la negociación pidiéndoles el doble de sándwiches rellenos... y cuidado con intentar cambiarles la crema de maní por algo insípido y de menos valor «...pues como ya todos saben —informaba el presidente de la Junta de Vecinos a sus atribulados propietarios y copropietarios— es muy fácil acostumbrarse rápidamente a la buena vida y hay que entender que nuestros muchachos no piensan retroceder ni un paso en sus conquistas sociales alcanzadas...». Ni en Leningrado se vivieron escenas más épicas.

Tuve que seguir caminando para no vomitar. También para no hacerles saber a los vecinos que ahora eran las *bitches* de esos encapuchados y que la culpa era de ellos mismos por haberlos mal acostumbrado. Ahora habían convertido la calle de Belisario en una extensión más de cualquier cárcel venezolana. Con sus mismas reglas de pagos obligatorios para conservar la vida o la dignidad, un régimen de cero tolerancia a quien quisiese sublevarse o cambiar el sistema y la ley de la selva como lógica de interacción humana. No podía creer que esto estuviese replicándose en todas las barricadas con todos los grupos que resistían. De seguro eran casos aislados, unas malas manzanas cuya conducta era necesario re encauzar para que no contaminaran con el ejemplo al resto. En ningún momento había escuchado a Elodio en sus actos públicos o apariciones televisivas, pedir porque se cometieran tales atrocidades. Era casi seguro que la culpa la tuviesen los dos instructores de La Quinta, Baltazar y Farías, balas perdidas quien sabe si con agendas particulares que en estos momentos enlodaban el esfuerzo colectivo. De seguro era eso...

Ya sea por causa de esa idea o de la información de que en la autopista había comenzado el #FrikiShow, sentí que lo mejor era dirigirme en busca de respuestas que me ayudaran a comprender de qué trataba la operación de la que todos estaban hablando.

***

Ese día había más gente en la calle que de costumbre, puede que impulsados por la expectativa de que al fin se cumpliría lo que todos anhelaban. La instalación de una tarima y una pantalla gigante en la plaza eran señales de que íbamos en esa dirección. Ni hablar del reloj en cuenta regresiva que auguraban solo cinco horas de espera antes de dar la bienvenida a un nuevo mundo. Muchos ya estaban instalando sus tumbonas de playa cerca de la tarima, mientras los vendedores de *popcorn* y *cupckakes* estaban boyantes de actividad. Vendían sus productos a precios elevadísimos en las áreas VIP de la plaza, y luego se iban hacia la periferia a comerciar lo mismo a mitad del precio, por supuesto no sin antes poner un cartel en el que se leía: «Cotufas y Ponquecitos (lleve 3 y pague 2)».

Al llegar a la autopista vi que Roy Meléndez ya se encontraba con todo su arsenal de luces y asistentes haciéndole toda suerte de fotografías a Friki. Le pedía que «simplemente actuara natural», que no mirara la cámara, preferiblemente con los ojos hacia el horizonte, hacia el futuro. Friki estaba encantado con esa clase de atención. Incluso llegó a ponerse obstinado y decirle a Roy que captara siempre su lado izquierdo, a su juicio el que más le hacía justicia. Los asistentes le cambiaban la capucha o la gorra a Friki, y colocaban sobre la cabeza el parasol, para filtrar la temperamental luz de final de la tarde. Sexo Débil venía desde la primera línea de quienes enfrentaban a la policía. Olía a gas y a sudor. Le reclamó a Friki que le «echara bolas a la calle» y que «no fuese tan maricón». Luego se fue hasta donde

los asistentes de Roy tenían una cava con agua y refrescos. Uno de los que atendían ese espacio se le acercó con una libreta para comprobar que era parte del *staff*, porque de lo contrario tendría que abandonar el lugar. Sexo Débil miró al pobre muchacho y le quitó la libreta, la partió en dos, luego lo levantó como lo solía hacer Hulk Hogan en sus momentos de gloria y lo tiró a cinco metros. Roy Meléndez, cámara en mano, eufórico o drogado, volteó a ver lo que ocurría y lo único que salió de su boca fue: «Sí, eso... dame más... muéstrame más energía, más rabia... me encanta». Sexo Débil, obstinado, le lanzó la cava y se llevó por delante unas cuantas luces, Friki, que estaba siendo maquillado, le reclamó furioso. Se acomodó la capucha y le dijo a Roy que no se distrajera, que la estrella era él. Roy asintió y lo siguió con la cámara como una rata detrás del flautista de Hamelin.

Me acerqué a Sexo Débil, que respiraba con demasiada dificultad. Él me vio con sus ojos llenos de nada. Sin transmitirme un sentimiento distinto a la ira. No sentí que tuviese algo útil que decir y no quería preguntarle directamente si conocía algo de la Operación Jaque Al Rey. Tomé una tangente...

—Viejo, creo que tus cosas se quedaron en casa de Chichita... me refiero a las merengadas, a las revistas —pensé en comentarle también sobre la muerte de su tortuga, pero no lo vi muy capacitado para lidiar con esa noticia.

—Te recomiendo que te vayas...

—Oye, discúlpame. Quería dártelas en La Quinta... pero nunca te vi...

Farías llegó hasta donde hablábamos. Venía cercado por cinco tipos sin capuchas, que, sin embargo, tenían una mirada de mala vibra que bien merecía ser tapada con algo. Farías me pidió o más bien escupió al decirme que me largara de allí. Di unos pasos atrás, pero un impulso al que es posible hayan contribuido las series de investigación, me hizo poner el teléfono en el bolsillo disimulando el ojo de la cámara y activar el modo de grabación de video. Hubo una pequeña discusión, mientras Farías le daba un bolso a Sexo Débil y señalaba en dirección a la parte más caliente de la protesta callejera. Farías jaloneaba a Sexo Débil y le metía bofetadas sin recibir una respuesta, como un golpe en la quijada, por ejemplo. El tipo estaba absolutamente inmóvil y dócil. Creo que el cerco hecho por el resto de tipos era un buen disuasivo. Sexo Débil se agachó y revisó el bolso y se quedó un rato mirando a Farías. Se levantó con el bulto y se lo empotró en el pecho con un movimiento que casi lo tumba. Uno de los hombres que acompañaban a Farías se le acercó a Sexo Débil y le tapó la cara con una especie de bolsa y luego el resto comenzó a clavarle puñaladas.

El teléfono grabó toda la escena. Una brutal y terrible escena que no estaba en la pantalla del televisor, sino a cinco metros. Jamás había sentido esa sensación del alma queriendo escapar de su cárcel terrestre. Una turba de gente se acercó a la escena y comenzaron a gritar que lo dejaran tranquilo, pero Farías salió al paso y mintió al decir que se trataba de un policía infiltrado. Entonces, los mismos que se

habían acercado para ayudar a otro humano, consideraron que ya de pronto, con esa sola declaración, habían desaparecido las condiciones, cualidades y semejanzas que los unían a aquel pobre sujeto que estaba siendo asesinado a plena luz del día, en plena civilización, en plena lucha por la libertad y la justicia, y cualquier otra palabra puesta en afiches y pendones. Aquel no era sino un montón de carne sin historia, sin familia, sin capacidad para sufrir o sentir. Muchos se retiraron pero otros empezaron a patear a Sexo Débil, que aún se retorcía del dolor. Los que acompañaban a Farías rociaron el cuerpo con gasolina y encendieron un fósforo.

Nunca vi un fuego tan brillante, tan estático. Parecía que era el mundo el que se movía y no las llamas que cubrían el cuerpo de Natalio. Ya no podía seguir llamándolo por su apodo; el tipo tenía un nombre, unos seres que lo esperaban en casa, quizá para castigarlo, quizá para entenderlo y abrazarlo. ¿Quién pensó en la mamá abuelita de Natalio, cuando pateaban el cuerpo o hundían el puñal en sus pulmones? ¿Alguien se habrá preguntado si ellos eran mejores que él?, ¿si la forma en que Sexo Débil gritaba o corría lleno de miedo y heridas a través de la autopista en busca de un alma que se apiadara de su rostro, eran las imágenes heroicas que iban a mostrarse cuando Elodio fuese presidente? O, por el contrario, ¿serían esos documentos retirados de los archivos de las televisoras en medio de la noche o borrados de la memoria a través de la saturación de programas de variedades y telenovelas vespertinas?

El fuego se apagó pero Sexo Débil aún se retorcía. Tuve que acercarme a Roy y pedirle la camioneta de los equipos para trasladar a Natalio a un hospital. Pensé que iba a negarse, pero una traza casi invisible de humanidad o de empatía por compartir la tez morena de Natalio, le hizo dar la orden de que me ayudaran. Lo montamos en la batea de la camioneta y tuvimos que enfrentarnos a las barricadas cercanas a la plaza porque la autopista era intransitable.

Al tomar una ruta alterna hacia el Country Club, vi que un hombre, una mujer y una niña pequeña se encontraban aterrorizados en el umbral de un estacionamiento de una gran mansión diplomática. Me sentí arropado por la visión de una extensión de la brutalidad que había presenciado en la autopista y que ahora iba a trasladarse a cada rincón de la ciudad. Sentí que cualquier cuerpo iba ser incinerado para terminar de convertir la lucha de Elodio en una gran barricada contra cualquier sentimiento que se le opusiera.

Vi a los secuaces de Farías yendo tras esa familia, como si estuviésemos en las peores entrañas de las guerras medievales, para arrancar al padre de las manos de su esposa, de su hija, llenarlo de combustible mientras ríen concentrados, convencidos de que es un trabajo más, un día más en su vida vacía de grandes significados. Luego de ver al hombre huyendo, enloquecido por un fuego que no entiende y que no ha merecido, se irían dejando en el asfalto un cuerpo carbonizado, apedreado y

apuñalado. Desprovisto de la piel que cubría los huesos, músculos y tendones, coraza de un interior que su hija amaba pero que ya no la protegería. ¿Cómo era posible que una cámara recogiese aquel horror y lo transformara en una excusa o en una licencia, cómo podrían sentirse orgullosos los seguidores de Elodio al ver la expresión de la niña cuando buscara en ese cuerpo sangrante y desfigurado el rostro de su padre? ¿Qué pensaría Belisario, mi padre, yo, al ver las imágenes de un inocente cuyo torso en llamas solo sirve para iluminar el camino hacia el infierno? No, en la película o en la visión que construí en mi cabeza, me dije: NO.

Los inocentes no van a morir, quizá ya hayan muerto en la vida cruenta y real, pero no lo harán aquí. Aquí no tendrá cabida su dolor. Es mi decisión.

Le di dos golpes fortísimos a la camioneta y le ordené al conductor que retrocediera trescientos metros. Se detuvo, pero no quería obedecerme, así que tuve que bajarme, abrir la puerta y tirarlo de un empujón a un lado de la carretera. Retrocedí la camioneta, sintiendo que el cuerpo de Natalio iba dando tumbos por culpa de las maniobras. Al llegar al sitio me bajé para hablar con ellos. Lo que sigue es absolutamente literal y basado en las circunstancias terribles de aquel día:

—Oiga, ¿sucede algo?

El hombre, un negro no muy alto, no muy corpulento, sin camisa, con *jeans* gastados, me miraba a punto de llorar o de desmayarse. Sostenía una bolsa, desde donde asomaban las raíces de algo que parecía yuca. Su hija miraba hacia el final de la calle y su mujer había abandonado cualquier entereza a causa del terror.

—Ayúdenos por favor —me dijo—, el autobús que en el que veníamos se accidentó y nos dejó unas calles abajo. No soy de aquí y me perdí. Tengo miedo porque empezaron a gritarme por esto —y abrió la bolsa... dentro había una camisa con una foto del Che estampada—. Tuve que quitármela. Traté de caminar, de no mirar a nadie, pero seguían gritándome, me querían quemar... decían que era comunista, negro, marginal... Tengo miedo por mi hija... no quiero que le hagan nada.

Vi a esa familia allí y a Natalio agonizar en la camioneta y fue como si mis ojos, o las retinas de mis ojos se hubiesen desprendido. Pero en ese momento había que actuar, no pensar, no sentir... solo actuar. Hice que la mujer y la niña me acompañaran en la parte delantera mientras le pedía al sujeto que acaba de recoger de la calle, que se hiciera cargo de Natalio. Apreté el acelerador y toqué corneta hasta que llegamos a una clínica cercana. En mi estupidez, producto de años de tarjetas doradas y viajes aeropuerto-*resort*-aeropuerto, llegué a creer que iban a recibirnos. Pero cuando los enfermeros salieron con la silla de ruedas para trasladarnos a Emergencias, puede que a Administración primero, nos recomendaron que dejáramos de perder el tiempo y nos fuésemos de allí. Lo hice no sin antes escupirles en la cara al mejor estilo de Belisario, que la solidaridad era la ternura de los jodidos o quizá dije que había demasiados cómplices dentro de los oprimidos. Ya no lo recuerdo. En

cualquier caso, la indignación fue la adrenalina que necesitaba para abrirme paso hasta un hospital público.

Allí atendieron a Natalio, no por ser fieles al juramento hipocrático sino porque los amenacé de tal manera, con la cámara de celular apuntándoles la cara y la mención uno a uno de todos los apellidos que componían el bufete de abogados amigos de mi papá. Lo llevaron a la Unidad de Cuidados Intensivos. Volví a la camioneta, me quité la franela que cargaba y se la di al sujeto que había recogido previamente. este lo agradeció y se fueron en un taxi que pagué con lo poco que pude sacar de un maldito cajero de hospital que por alguna razón, siempre decepcionan.

Me identifiqué como amigo de Natalio y pedí acompañarlo. No me dejaron pasar porque no era familiar, y también porque andaba sin camisa. Tuve que meterme a un cuarto de desechos y sacar de allí una pequeña bata azul que olía a desinfectante y a patógenos potencialmente mortales. La doctora que recibió a Natalio me hizo unas cuantas preguntas en la sala de espera. Su rostro era de una apatía total, y fue peor cuando le relaté lo que había ocurrido.

—Lo quemaron —le dije.

—Sí, sí... vi los videos... pero algo tuvo que haber hecho. *Nuestros muchachos* no actúan así... —contestó de vuelta.

No podía creerlo, mucho menos que mostrara tan poca disposición a escuchar mi versión, a dejarse tocar por la tragedia de otros. Sentí que si la agresión de Farías no lo había matado, sí lo iba a hacer la soberbia y desinterés de quienes lo cercaban en ese hospital. Desconfiaba absolutamente de la atención que iban a prestarle, pero ya no podía hacer más.

Al acercarme a la salida del centro médico, vi que un grupo de personas se encontraban atendiendo a un televisor que colgaba en la esquina superior de una pared. En la distancia reconocía la imagen de la autopista y una pantalla dividida donde mostraban una de las tantas fotografías que Roy Meléndez le había tomado a Friki. En la otra mitad de la pantalla un periodista daba unas declaraciones. El cintillo era claro. Friki estaba muerto. Me acerqué y le pregunté a un vigilante de que se trataba todo.

—En las noticias dicen que lo mató la policía... lo hicieron pedazos.

Salí del hospital para encontrar un poco de aire fresco. Tomé el teléfono y busqué información. La etiqueta #VuelaAltoFriki solo era superada apenas por la esperada operación. Estaba consternado, sin capacidad para procesar tantas emociones, sin poder decidir qué hacer. En internet aparecían cientos de videos del momento exacto en el que Friki salta por los aires. Videos cortos que no permiten un seguimiento exhaustivo. También análisis de los usuales expertos instantáneos que ya parecen clarificar cualquier crimen con dos flechas rojas, una trayectoria y una hipótesis 30 % información parcial, 70 % prejuicios. Repasaba una y otra vez la escena, con mucho

dolor. Pensando que era una forma horrible de morir, a esa edad, sin ni siquiera haber enfrentado las circunstancias más claves, que como repetía mi papá, son las que te convierten en un hombre: los ensayos y errores del amor, el momento en que escuchas el primer llanto de tus hijos, el día en que sientes que puedes cuidarte solo.

Los ojos se me humedecieron, supongo que por la presión, por lo vivido, y una gota cayó en la pantalla sobre la imagen de Friki en plena faena libertaria. Algo en su cuerpo llamó mi atención. Rebusqué en mi celular de manera frenética, sintiendo que el cuerpo ya no me obedecía sino que estaba apartándome por ser tan inútil y tan frágil. Allí estaba el video en el que Farías atacaba a Natalio. Un elemento unía las circunstancias trágicas de Friki y de aquel que ahora luchaba contra la muerte en la Unidad de (Des) Cuidados Intensivos de aquel hospital: un morral negro. Repasé cada detalle minuciosamente, esperaba que el ímpetu o mis deseos de respuestas no me nublaran. Friki tenía contra su pecho un objeto muy similar. Pero lo que terminó de derrumbarme, es que explota una fracción de segundo antes de que ocurra la versión que dan los noticieros, esa que diligentemente apunta las flechas hacia la Policía, la que omite la intervención de un tercero, de Farías. Busqué en los bolsillos de mi pantalón y encontré un número telefónico.

—Aló, Roy... ¿Es Roy Melendez? —pregunté.

—¿Quién es?

—Viejo, necesito hablarte de Friki... descubrí algo...

—No conozco a nadie con ese nombre. Le agradezco que no llame más.

El tono de la llamada cortándose fue un largo y extraño silencio. Un pulso que atravesó mi oído y aplastó mi cerebro. El corazón acelerado no me permitía encontrar las teclas exactas, las que requería mi ser racional. Aquel que estaba siendo vapuleado por las circunstancias. Al fin, luego de que mis dedos temblorosos encontraron el comando, una voz cibernética ajena al significado profundo de las razones humanas, dijo: «Ha creado una copia de seguridad».

***

El teléfono vibró en mi mano. No recordaba cuándo había sido la última vez que alguien me había llamado. El número no estaba registrado y tardé unos segundos en decidirme contestar, pienso que me encontraba muy vulnerable, con una capa de cristal muy frágil apenas cubriendo mi corazón, o mucho peor... mi cordura.

—¿Sí? —dije.

Una respiración fuerte me llegaba desde el otro lado de los hilos invisibles. Aceleró mi propia respiración.

—Es Luis Fernando...

—¡¿Luis Fernando?! —Me levanté de la acera—. ¿Dónde estás? Esto ha sido una locura, Friki está muerto, creo que Natalio también... los mataron.

—¿Natalio? —dijo.

—Sí, fue horrible...

—Me refiero a... ¿su nombre era Natalio? —Se escuchó reír sin mucha fuerza—. Nunca lo dijo, tuve que ponerle un sobrenombre para bajarle los humos. ¿Nunca te conté de eso?

—¿Dónde estás? ¿Dónde está Melinda?

—En fin... es una lástima. Ya no hay tiempo... Pensé que te lo había contado. Bueno —resopló—. Te llamaba para disculparme por haberte mencionado hoy... pero es que no sé si te has dado cuenta de que te has convertido en una celebridad. Necesitaba que la operación tuviese audiencia y no se me ocurrió nadie mejor que pudiese ayudar...

—¿De qué se trata? ¿Es un golpe de Estado? ¿Para qué debo prepararme?

—Para la verdad, mi amigo.

—No juegues conmigo...

—Ya no lo hago, lo hice, sí. Pero el fin justificaba los medios. Qué maldita frase, ¿no sientes eso? Es decir, la pronuncias y ya te sientes como una mierda que está dispuesta a generar más mierda. Mira, quiero pedirte dos favores, son muy importantes para mí... ¿Puedo contar contigo?

—¿Qué pasa? Me estás asustando.

—Tienes que aprender a calmarte. Muchas vidas dependen de ti ahora, muchas más en el futuro. Mantén el control... por el bien de todos.

Inspiré de manera profunda, pero eso no me calmó. Al contrario me produjo un pequeño llanto. Luis Fernando seguía respirando fuerte, y podía llegar a escuchar que él mismo trataba de ahogar las ganas de llorar.

—¿Ya? —me dijo— ¿Te calmaste?

—Sí...

—Sé que este no es tu asunto, pero por esa misma razón es que eres el candidato perfecto. Tienes dinero, pero no es tu obsesión. Martha decía que eras un altruista sin remedio. Yo creo que eres un romántico sin remedio. Pero a lo que vamos. Quiero pedirte que te hagas cargo de mi mamá. Ella no podrá sola...

—Pero qué carajo, ¿qué vas a hacer?

—¡Cállate la boca y escúchame! —Su ira casi pudo sentirse en los cimientos del hospital—. Oye, discúlpame de nuevo, discúlpame mil veces...

Allí se quebró y comenzó a llorar. Se escuchaba como el llanto de un pequeño niño que ha crecido en cuerpo y fuerzas, quizá en responsabilidades y dolores, pero que en el fondo se quedó acurrucado en un episodio infantil. En las memorias dolorosas que nadie puede asimilar o querer. Un llanto que fue como el eco de mi voz cuando mi papá entró a la habitación para decirme que mamá se había ido.

Escuchaba a Luis Fernando y no sentía al muchacho que se comía el mundo y a todos en él para luego vomitarlos. Sentía al bebé que no lograba entender la tristeza de su madre, el laberinto compartido.

—Lo que necesites, lo haré. Cuidaré a tu mamá. No va a faltarle nada...

—Bien, bien... a lo mejor ni se entera. Pero es que necesito saber que alguien le llevará azúcar para su café —sonrió.

Enmudeció unos segundos, luego retomó la energía, la disposición...

—Lo otro tiene que ver con Melinda. Sabes, ella vale la pena... y no sé cómo tome lo que va a ocurrir. Vi tu cara cuando la conociste, fue demasiado obvio para mí. El día del restaurante chino, le dije «Ese pana es lo que mejor te va a pasar en la vida». Pero bueno, ya después se atravesó Elodio, La Quinta. Ella se metió de cabeza en todo esto. No permitas que eso defina su vida —hizo una pausa, luego continuó—. Hay algo que debes saber, pero estoy muy seguro de que es más romántico que sea ella quién te lo diga...

—¿Qué hay contigo, Luis Fernando?

—¿Yo? No te despegues del celular y lo sabrás...

—Dime, dónde estás...

—Un último asunto...

—Te escucho...

—Llama a alguien, a quien ames. Oblígate, es la única forma de zafarse, de que *logres ver*...

La llamada se deshizo en ese momento. Intenté llamarlo de vuelta pero tenía el teléfono apagado. No me había percatado de cuánto temblaba hasta que puse el celular en la acera. Me llevé las manos a la cara y quise llorar, pero no pude. Un enfermero salió de dentro del hospital y gritó hacia el estacionamiento a otros colegas que fumaban cerca de una ambulancia. «Ya va a empezar», les dijo. Los otros tiraron los cigarrillos al suelo y corrieron hacia dentro del hospital. Uno de ellos me vio en la acera y me recordó sobre el acontecimiento de esa noche. Ahora, iba a ser transmitido por la mayoría de canales de televisión. Me levanté y lo seguí, pero el ambiente dentro era de una histeria excesiva. El pequeño televisor no alcanzaba para la cantidad de personas aglomeradas, así que preferí meterme en la camioneta y ver todo desde el celular.

La Operación Jaque al Rey daba inicio y sería transmitida vía internet y en tiempo real según se anunciaba en mi cuenta matriz *@JumpingJackFlash23*. Cuando la imagen pasó del negro a los colores de alta resolución, creí que me explotaba el pecho. En una mesa, estaba un Elodio bastante despeinado y sucio, sentado con unas hojas en las manos. Detrás de él un encapuchado le apuntaba con una pistola automática directamente a la cabeza. Elodio, duda ante la cámara y no se decide a hablar, pero el hombre detrás de él le da unos golpes con el cañón del arma y eso parece ser impulso suficiente. Hace una declaración, comienza dando su nombre completo, su cedula de identidad, pero conforme las líneas se transforman en palabras, puedo percatarme de que se trata de una confesión.

En ella hace un breve repaso por su vida. No por la que todos conocemos, la que ha sido la comidilla de las revistas del corazón y de los programas de farándula. Es una historia subterránea y ajena que comienza con un joven hormonal y descuidado, que emprende un camino hacia sus ambiciones, no con un arado y la tenacidad del que siembra, sino más bien con el desbocamiento de quienes sienten que deben saltarse las etapas. Pide perdón a los que ha dañado, pero son unas disculpas que suenan muy falsas bajo la sombra del arma que lo apunta. Luego ordena que se detenga cualquier acto de violencia de manera inmediata. Veo su rostro, sus labios obligados a pronunciar un deseo que obviamente no le pertenece, y pienso en Natalio y en Friki. Pero también pienso en cómo se deben sentir quienes están en la plaza en estos instantes, atragantados de cotufas y refrescos viendo cómo se hace pedazos el porvenir que Elodio les construyó sobre la base de bombas de sangre y humo. El futuro que Elodio les metió en la cabeza a través de mensajes prefabricados en compañías de *marketing* y salas de reuniones. Cuál sería el rostro de quienes en estos momentos alzaban un muro cerca de la casa de Belisario, atados a la idea de que su vida allí era permanente y no un fugaz espejismo. Puede que no pensaran nada, que simplemente prefiriesen creer que Elodio seguía allí, con ellos, y que aquel sujeto que les traían las imágenes comprimidas por el *streaming* era un holograma construido para desvanecerles el mañana que estaba, o parecía estar tan cerca. Sin embargo, Elodio, al declarar sobre sus intenciones políticas, pasa a un plano desconocido; cuenta de su vida antes de ser el hombre que todos conocemos, el joven político, el padre de familia ejemplar, el gerente exitoso, el ganador del último *Ironman*. No revela detalles turbios al estilo de los escándalos norteamericanos, con prostitutas bañadas en sangre, o zoofilia que involucra perros siberianos, no, se trata de sensaciones cotidianas en las que cualquiera puede verse reflejado. En ellas, que él aclara no son del todo memorias infelices —y da o intenta dar una pequeña mirada hacia el hombre que le apunta— habla de un reducido apartamento en un suburbio olvidado por las ideas de poder y bienestar que llegaron con las telenovelas y revistas sobre la vida de la monarquía europea. Un hogar, al que se llega tras unas cuantas planillas y plegarias, no muy pequeño, pero sí del tamaño exacto para hacerlo sentir ahogado, casi muerto. Allí conoce a su primer hijo. Un pequeño cuyo nombre y cuidados prefirió delegarlos en manos de su madre, para no encariñarse demasiado, sobre todo si lograba ascender en la empresa. Especialmente si la hija del jefe se fijaba en su talante particularmente extranjero. En sus buenas ideas, su energía, su capacidad para impulsar el negocio familiar. Mejor no encariñarse, por si las reuniones de trabajo se hacían más largas cada vez, y los viajes para visitar las sucursales se multiplicaban. ¿Cuánto podría llevar la escalada? ¿Un mes? ¿Un año? Mientras tanto, el niño va creciendo junto a la soledad en su pequeño apartamento. Su madre le acompaña o al menos el cuerpo de quien es su madre. Los ojos de la mujer

se quedan todas las tardes mirando el atardecer, con una taza de café en la mano y las canciones de José Luis Perales repitiéndose una y otra y otra vez, mientras espera la hora exacta para servir una mesa que cada vez con mayor frecuencia tendrá un asiento vacío. A veces, los cálculos fallan y dan paso a la esperanza. Un viaje abortado, una desavenencia con la futura esposa. Cuando ocurrían esos cortocircuitos en los planes de Elodio, es cuando los sueños del pequeño se activaban. Los ojos de su madre volvían a su puesto y la sonrisa le levantaba el rostro. Eran pequeñas noches de calma, de paz. Una noche en que conoció el ajedrez a través de un pequeño tablero que le fue entregado directamente en sus manos. No era suntuoso, probablemente usual en la venta de baratijas de los aeropuertos y terminales; sin embargo, en sus manos era un tesoro suficientemente grande para arroparle las ganas. Elodio, cuando aún no era Elodio, al menos no con el papel firmado que le acreditaba como socio pleno de la compañía, también aprovechó el regalo. Vio a su pequeño hijo y sintió que al menos podría legarle algunas enseñanzas acerca del funcionamiento del mundo, de los hombres, proveerle de un cierto sentido de la realidad que le formara el carácter y que le permitiera lograr lo que se propusiera, tal como él ahora lo hacía en secreto. Le habló de reglas al pequeño, le contó sobre la leyenda india que daba origen al juego y hasta se permitió rebuscar un pequeño escrito que su padre le había entregado, y que él ahora le legaba:

Dios mueve al jugador, y este, la pieza.

¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza de polvo y tiempo y sueño y agonía?[5]

El niño veloz, y demasiado acostumbrado a saberse solo, absorbe cada segundo del tiempo y aprende de las primeras derrotas, hasta que una noche, cerca de las diez, logra encerrar a su padre dentro de una estrategia que era mitad deseo de superación, mitad puras ganas de agradar. Sin embargo, el padre deja de ser padre, se convierte en un competidor más. No se siente cómodo con saberse derrotado, mucho menos por un mocoso que apenas si ha visto un tablero antes. ¿Qué sabe ese niño de la vida, de la forma en que las piezas deben moverse?, ha de ser la típica suerte que acompaña a todo principiante. Elodio duda en el paso que debe dar, pero no está hecho para caer, para pronunciar la palabra derrota. Prefiere decir que está muy cansado, que terminarán otro día y eso queda sellado con una promesa que nunca cumplirá. El pequeño se queda allí, mirando el tablero, sintiéndose muy culpable porque a lo mejor los gritos que ahora da su padre y que terminan en estruendosos golpes, son producto de haber forzado demasiado la barra. Él solo quería que se sintiese orgulloso, que pudiese escucharlo al menos una vez decir: «Estoy orgulloso de ti». No «Te amo», no «Te quiero», no... solo: «Estoy orgulloso, hijo». Pero eso no ha de llegar. Toma el juego y lo acomoda en su mesita de noche de donde no

[5] «El Ajedrez», Jorge Luis Borges (*Obras Completas*).

volverá a moverse, y mientras se esconde en un rincón para que no lo alcancen los gritos y golpes que su padre le da a su madre, apaga la luz de su cuarto y se acurruca como el niño que es y que seguirá siendo; así su cuerpo crezca y tenga que lidiar con los desvaríos de una mujer que ya no sabe dónde está el mundo de lo real y dónde el de los sueños; que mirando desde la ventana de su casa, aguarda la llegada del mismo carro blanco, con el café ya frío por la espera o por las lágrimas que caen en él y que ya luego bebe una y otra vez, sin descanso ni remedio. Claro que el azúcar hace falta, nunca va a ser suficiente mientras la taza recoja las tristezas de todos los atardeceres.

***

La capucha cae y quien empuña el arma es un hombre conocido, al menos para mí. Elodio suelta las hojas sobre la mesa y comienza a llorar, ruega por su vida y se derrumba sobre la mesa. Levanta los ojos para ver el mismo tablero de las memorias, el de la confesión, la herramienta que le forjó primero las nostalgias, luego su deseo de ser reivindicado. No puede llamarse venganza el querer equilibrar la báscula, mucho menos solicitar se ponga fin a las partidas inconclusas.

—Mueve la maldita pieza —dijo Luis Fernando.

Elodio levanta la cara de la mesa, sus ojos enrojecidos, llorosos, no parecen bastarle para abarcar la extensión del pequeño tablero, de la cuadrícula a su lado. Se queda inmóvil, un hilo de saliva similar a los que sueltan quienes han recibido un potente electrochoque sale de su boca, cae sobre la mesa. En un momento, cuando la cantidad de espectadores ha alcanzado niveles históricos, Elodio se voltea para juntar algo que de seguro se revuelve en su cabeza, no sé si en su corazón.

—Hijo —dice—, ¿eres tú?

—¡Que muevas la maldita pieza! —gritó Luis Fernando.

Solo había un movimiento posible, al menos en el recuerdo que yo mismo albergaba desde que visité aquella habitación. El Rey Blanco debía rendirse.

El movimiento para hacer oficial la rendición es simple, aunque varía según el estilo y carácter del jugador. A algunos solo les da por levantarse de la mesa y estrechar la mano del oponente, otros, sin embargo, puede que por un homenaje a la estrategia, ingenio, tenacidad de quien les ha vencido, tumban la pieza sobre el tablero. Elodio vuelve a poner la vista en las figuras, en los dos alfiles a la reina negra que aún sobrevive y supervisa silenciosa a los dos reyes, aún de pie. La mirada de Elodio de seguro no está allí, probablemente se fue al pasado, a esa noche en que su orgullo y vanidad no le permitieron unas palabras amables, un abrazo que quizá habría salvado una vida.

El tiempo que tardó el Rey Blanco en caer fue el mismo empleado por Luis Fernando para poner la pistola en su sien. Sin embargo, el ruido de la pieza al estrellarse contra el tablero pesó mucho más que el ruido que hace una bala al salir con un destino conocido. El cuerpo se desplomó como una marioneta a la que le han

cortado los hilos. Sentí que los sonidos del mundo, de los animales, de las cortinas que cubren las ventanas o los de la máquina que supervisaba la vida de Natalio, se habían apagado. El video continuó corriendo, mientras Elodio miraba el cuerpo de su hijo sin atreverse a tocarlo. Unos minutos después, se levantó de la mesa, cerró el juego de ajedrez y apagó la cámara.

***

Al recuperar el aliento, el primer impulso fue llamar a mi padre, pero un mensaje llegó antes a mi celular. Estaba en blanco, pero el número telefónico era el de Melinda. Quisiera describir como un mal presentimiento lo que sentí; sin embargo, a la luz de lo que había ocurrido ese día, iba a quedarme demasiado corto. Con la estatua de Elodio arrancada del pedestal sentí que era ya inútil seguir cualquier regla, tener ninguna precaución. Desbloqueé a mi papá y a la Cristipuchi y llamé a Melinda. Su teléfono repicó varias veces pero no me contestó. Intenté de nuevo y esta vez la llamada conectó pero ella no me hablaba, solo se escuchaba el ruido ambiente de una pelea entre ella y otros tipos. Ella gritaba que Luis Fernando estaba muerto y le contestaba una voz gruesa que esto no había terminado. No supe qué hacer, mi teléfono estaba a punto de apagarse así que entré al hospital y le pedí ayuda al vigilante para recargarlo. El tipo me brindó un cargador mientras hacía el acta de novedades para marcharse y soltar toda clase de críticas a Elodio. «Está muerto para mí», rumiaba. Yo hacía que lo escuchaba, por cortesía, pero mi mente estaba en la búsqueda de Melinda. Él dijo:

—Lo peor de todo esto es que todavía están unos pobres muchachos peleando por el *mal padre* del Elodio. Tan seriecito que se veía...

—¿Cómo?

—Sí, allá están... cayéndose a tiros con la policía. En los edificios aquellos...

El vigilante señalaba el noticiero y la reseña que hacía del foco de violencia que aún se mantenía en Caracas. Salí corriendo de allí, porque concluí que Melinda estaba en ese lugar y que la voz espantosa a su lado era la de Farías. No podía pensar, mis manos, mi cuerpo, iban tres metros delante de mí. Ni siquiera en la camioneta logré estar cómodo, solo trataba de crearme un mapa que me hiciera recordar los puntos donde se habían hecho barricadas para evitarlos. Sin embargo, para llegar a los edificios que aparecían en las noticias no podía hacer más que enfrentar los obstáculos. No obstante, al comenzar a cruzar por las calles, lo único que vi fueron los vestigios de las hogueras. La gente se había dispersado y apenas si quedaba alguien alimentando las llamas. En la plaza, las escenas eran más elocuentes. Grupos de limpieza desarmaban la tarima y barrían las aceras con el mismo desánimo de los comandos de campaña tras perder una elección. Los vendedores ambulantes remataban los afiches de Elodio y algunos artistas regalaban fotografías de su época dorada a los pocos transeúntes que se retiraban ya molestos, ya cansados, con la

decepción a cuestas. Quise tomar el teléfono para cumplirle a Luis Fernando y llamar a mi papá pero lo busqué en mis bolsillos y maldije haberlo olvidado en el hospital. Trataba de recibir información de alguna fuente, así que apelé a la radio de la camioneta.

No pude creer lo que escuchaba. A esa hora, había un panel conformado por un psicólogo, una modelo que se dedicaba a hacer ensaladas y un periodista, que trataban de hacer control de daños. Decían que la #OperacionJaqueAlRey era visiblemente un montaje gubernamental, con toda seguridad planificado en el exterior, con el fin de desacreditar la lucha que apenas iniciaba. El psicólogo ocupó casi toda su participación en promocionar su cuenta personal @psicomorir y recomendó que debían meter a Elodio en sus corazones de manera permanente, sin hacerse preguntas, sin cuestionamientos. La de las ensaladas, fue quizá la más coherente, solo habló de ensaladas.

Intentaba ubicar un dial con información y saltarme en el proceso la basura que escuchaba. Toda la programación estaba prácticamente dedicada a analizar el video transmitido. Tuve que apegarme a la vaga idea de cómo llegar hasta esos grandes edificios azules, especialmente porque se encontraban en un lugar que apenas si veía con el rabillo del ojo cuando iba a la Universidad Católica Andrés Bello. Creí que iba a perderme, pero los carros que venían en contravía, haciendo cambio de luces y avisando que las calles estaban cerradas, me facilitaron el trabajo. Estaba acelerado, sin querer hacer conjeturas de ningún tipo, pero pensar en Melinda rodeada por Farías y sus asesinos me descomponía por completo. No quería imaginarme de lo que podrían ser capaces, mucho menos si llegaban a sentirse perdidos.

Caminé cuando fue imposible seguir avanzando con la camioneta. El embotellamiento era atroz, la gente trataba de alejarse de los edificios azules, epicentro de la violencia de esa noche. Se escuchaban disparos con la gama de tonalidades que avisan las armas que están en uso. A unos trescientos metros los cordones de seguridad de la policía limitaban el paso. Camiones antimontines, fuerzas especiales, antenas de comunicaciones y unidades caninas se desplegaban en las calles, como si fuesen el *set* de una película de acción. Uno de los policías se me acercó, estaba preparándome para evadirlo con alguna mentira cuando me preguntó si era enfermero. No supe que contestarle. El sujeto volvió a repetir la pregunta y tocó su uniforme. Me señaló. Miré mi franela y era como si alguien estuviese proveyéndome desde una computadora los implementos necesarios para salvar a Melinda. La bata que me había puesto en el hospital se convertía en mi salvoconducto a través de los cordones policiales. Mientras me guiaban, el policía me iba informando que aún esperaban por los equipos médicos que estaban atorados en otro lugar. Necesitaban ayuda y la necesitaban de manera urgente. Cuando me pusieron frente al cuerpo de un policía a quien lo había alcanzado una bala, las imágenes de las series médicas a

las que me sometía la Cristipuchi caían a montones. Daba órdenes con autoridad, sin saber si estaba salvando o matando a ese pobre ser. Simplemente me decía «Qué haría el Dr. Karev o el Dr. Derek Shepherd con un caso similar», y los parlamentos me salían sólidos y convincentes. Tanto así, que me pidieron mantenerme allí mientras llegaban los paramédicos. El policía baleado estaba más tranquilo por el placebo de solo verme allí. Le pregunté dónde estaban los que resistían en el edificio y me dijo que sospechaban que en la azotea, pero que el edificio entero era un «Jodido Afganistán».

—Quédate aquí, ya vengo. Le dije...

—¡No se vaya, doctor! —gritó con pánico.

—Tranquilo, voy a buscar ayuda...

—¡Por favor, no se marche! —Y me agarró del brazo.

Tuve que tomar una pequeña hoja del suelo, enrollarla y ponérsela en la boca. Le aseguré que eso iba a mantenerlo sin dolor hasta que volviera. El masticó de manera diligente y se tranquilizó. Antes de volverse a recostar, me advirtió que «los peores estaban en los pisos superiores». Tomé el peto y el casco que estaban a su lado y me los coloqué, luego entré por la puerta trasera del edificio.

Para ascender solo estaban la escaleras. Allí estaban los policías tratando de abrirse paso entre vecinos que les lanzaban desde agua caliente hasta excremento. Vitoreaban consignas en favor de Elodio y advertían que de no irse iban a tomar la decisión de incinerar el edificio entero, para ser libres de una buena vez.

Esa ascensión fue para mí muy reveladora. No quería filosofar, porque tampoco había tiempo entre los disparos que lanzaban y las señoras que se aferraban a las rejas de sus apartamentos para gritar «Asesinos». En un momento sentía que estaba transitando no por un condominio de gente clase media, sino por los pasillos de un psiquiátrico donde el ala de los esquizofrénicos ha iniciado un motín. Cada apartamento en sí mismo era un micromundo que te llevaba por los caminos espinosos de la enfermedad mental. Los rostros de mujeres, hombres, jóvenes, al aferrarse a los barrotes mientras gritaban que preferían morir antes que ver otro canal de televisión clausurado, otro empresario encarcelado, me hablaban claramente sobre cuán efectivo había sido Elodio al convertir sus prioridades en las prioridades de esa pobre gente. Creo que ni mi padre, a quien en todo caso sí le afectaba directamente el ensañamiento contra los miembros de su estamento, sería tan proactivo, tan militante como lo eran ahora estos vecinos cuya cordura iba desapareciendo conforme ascendía por los pisos.

Casi al llegar a la azotea, un hombre bajito de bigotes con una gorra de beisbol me cerró el paso. Tenía el celular en la mano y un audífono en la oreja. «Eres un maldito policía», me dice. Miré el foso profundo entre los pisos y supe que no iba a aguantar una caída así, pensé en Friki. Cuando estuvo a punto de gritar, o al menos esa fue la intención que le vi, le puse la mano en la boca y lo arrastré hasta una

pared. Le di un golpe fortísimo en el estómago que nos hizo caer al suelo. Él hacía un esfuerzo por zafarse de mi agarre e intentó morderme. Lo miré a los ojos y le dije «Shhhhhh, Elodio nos une». El hombre dejó de patear y se tornó dócil, casi como si lo hubiese drogado.

—Necesito llegar a la azotea —le digo.

Él me sonríe y señala una pequeña puerta de hierro.

—Tengo la llave, confiesa con una risa delirante.

—¿Puede abrirla?

—Sí, para ti... sí.

Entonces lo dejo pararse y subimos juntos. Él saca un manojo de decenas de llaves que colgaban de su cuello. Examina cada una y al final introduce una de ellas, da dos vueltas y la puerta cede. Le digo que no vuelva a trancarla porque es lo que *ellos* quieren. Él abre sus ojos perdidos y me señala el celular.

—Ya falta poco para que todo termine.

Yo lo observo con mucha compasión. Sé que he contribuido de manera flagrante en su deteriorado estado emocional. Nunca debo olvidarlo: he sido una pieza activa de todo este caos.

—Sí —le digo tomándole el rostro—, falta poco.

Cuando me dirijo a la puerta, esta se abre antes. Unos diez muchachos salen gritando de la azotea. «La mató» dijo una. El estómago se me destrozó. Tomé al último de ellos, antes que se perdiera escaleras abajo.

—¿Qué pasa afuera?

—Farías, Farías se volvió loco... lanzó a la chama de la azotea... la mató...

—¿A qué chama? —Lo zarandeé hasta casi desprenderle el brazo.

—No sé cómo se llamaba...

—¿Melinda?

—Sí, sí... creo que esa... la tiró del edificio...

El muchacho me lanzó contra la pared para zafarse y se perdió en los pisos inferiores. Quedé allí con el viejo que me había dado acceso a la azotea y algo que ya no era yo. Pensaba en lo que pude haber hecho para salvarla, para llegar antes. Quizá no ayudar al policía, evitar la conversación con el sujeto que tenía al frente. Quizá haberme levantado más temprano aquel día. Algo, cualquier cosa que hubiese puesto el tiempo de mi lado. Nada habría servido. Ahora todos habían muerto, excepto Claudio, que, sin embargo, siempre me pareció que ya lo estaba. Pero no muertos, asesinados. La muerte no cae del cielo, a través de meteoritos o surge de la combinación azarosa de células cuyo capricho es llevar el cáncer al páncreas o a los pulmones. La muerte, esa clase de muerte siempre tiene un culpable, incluso el suicidio de Luis Fernando tenía una cadena de responsabilidades. En el umbral de esa puerta de hierro, pensé que mi papel era ponerle freno a la locura. Equilibrar

el mundo, bajo cualquier medio. Sentía que el viejo a mi lado me susurraba, me suplicaba le pusiese fin a todo el dolor.

Entré a la azotea, y vi a Farías resguardándose en los muros con un fusil en la mano. A veces se arrodillaba para disparar, otras veces solo apuntaba al azar. Luego descansaba, mientras aprovechaba para recargar. Me apuntó con el arma y me dijo que me acercara. Para llegar a él atravesé algunos cuerpos de su séquito, los que hicieron pedazos el cuerpo de Natalio. Me acerqué a él, con los brazos arriba. Sigiloso. Cuando me tuvo a unos centímetros del cañón del arma, rió.

—Mierda, pero si eres tú... El tipo del que estaba enamorado el maricón de Mario... ¿No te vi en la autopista hoy? Este día nos ganamos los centavos...

Me ordenó que me sentara a su lado.

—Yo estoy claro, no voy a salir vivo de aquí. Pero primero me llevo a unos cuantos policías... y a los cobardes que traicionan. ¿Tú no eres un traidor, verdad? Me dijo apuntándome de nuevo.

Por alguna razón, no sentía miedo. No sentía nada. Farías se abrió un bolsillo y sacó unas pastillas negras. Se tomó tres de un golpe, luego pareció pensárselo y metió en su boca otras tres. «Esta noche es especial», volvió a reír. Me ofreció pastillas, las rechacé, «No las necesito —le dije—, ya estoy muerto». Farías amagó con golpearme pero era ya muy tarde para él, al levantar su chaqueta vi un cuchillo enterrado en uno de sus costados.

No lo niego, me sentí tranquilo al verlo morir. Creí que ahora estaba libre de los compromisos asumidos en La Quinta y de la *misión* inculcada por Elodio. Sin embargo, la paz solo llegó cuando percibí que necesitaba irme con Melinda a encontrarme con lo que fuese predicaba la mamá de Cristipuchi y que estaba contenido dentro de esas figuras de yeso o en las líneas lacónicas de la Biblia. El tener el cuerpo desarticulado de Melinda en mi mente, sobre el pavimento, no hacía sino darle fuerzas a mis músculos para levantarme y conseguir descanso. Así que me apoyé en el muro y pude ver el caleidoscopio provocado por las luces de la policía. Me sentía preparado, así que busqué en un largo suspiro el valor definitivo, pero antes de saltar escuché que alguien gritó mi nombre. Me di vuelta y vi la figura nebulosa de la mujer con la que ya me había topado en la calle, en la plaza.

La mancha comenzó a acercarse, pero esta vez no sentí miedo. Creo que ya estaba desprovisto de todo ello. Volví a sentarme, agotado de tener que lidiar con tanta locura y le grité qué quería de mí. Lo dije tan fuerte, con tanta visceralidad que me derrumbé. La mujer se acercó y se arrodilló. Comencé a temblar, tuve escalofríos, ansiedad, pánico, era una madeja de síntomas que cualquiera pudo haber reconocido como los del *junkie* que recién inicia su proceso de desintoxicación. La mujer me tocó el cabello y aunque movía los labios, yo no lograba escuchar nada. Ella metió la mano en el bolsillo y puso en la mía algo frío, metálico. Al verlo, sentí un embrujo

desvanecerse. Era la medalla de mi madre. La voz de la mujer, poco a poco comenzó a ganar fuerza y su rostro a aclararse. Cristipuchi estaba allí de nuevo, delante de mí.

—Pensaba que te habías vuelto loco... o que te había dado amnesia como en las telenovelas —dijo con su tono de molesta, que al final no era sino preocupación contenida...

—Ha sido una locura, Cristi —mi voz se quebró por completo—. Estas semanas... estas semanas han sido una locura...

—¿Semanas? ¡¿Semanas?! Óyeme bien, carajito: hace más de seis meses que te fuiste de tu casa.

Capítulo 6

I

Mi padre llegó al hospital donde pedí que me llevaran. Nos abrazamos y lloramos un largo rato, le dije que lo amaba, que le pedía perdón por lo que le había hecho pasar. Él me decía que me despreocupara, que lo único importante ahora era que yo mejorara. No entendió mi decisión de quedarme en aquel lugar, teniendo ya arreglada una *suite* en la clínica hebrea cerca de la casa. Le expliqué y lo aceptó medianamente, pero eso sí, ordenó que tuviese seguridad privada las 24 horas y que Maira se trasladara de inmediato para atenderme el tiempo que yo estuviese allí. Se encargó de reparar y pintar por completo el hospital, lo que motivó que la doctora que antes me había tratado tan mal cuando llevé a Natalio, ahora no dejara de visitarme para supervisar gota a gota que mi suero bajase como debía. Aproveché su disposición para solicitarle que me atendieran en Cuidados Intensivos. Así lo hizo, sin replicar, sin malas caras, con absoluto deleite.

Sin embargo, Natalio nunca despertó. Las enfermeras me decían al oído que su muerte había sido una mezcla en partes iguales de las heridas causadas y de la displicencia médica. También me contaron que antes de perder por completo la conciencia, deliraba con la historia de un pollo que se arrastraba por un patio de tierra con apenas la mitad del cuerpo, perseguido sin descanso por un lagarto. Ellas decían que los doctores ordenaban sedarlo para no escuchar lo que concluían no eran usuales delirios, sino asuntos de brujería. Cuando falleció le pedí a mi papá que se encargara de los gastos y que además viese si la familia necesitaba atención.

La Cristipuchi me visitaba casi a diario porque se había enamorado del salvajismo del vigilante que tuvo mi teléfono la noche fatídica. Le preguntaba por esa decisión. Ella contestaba que me había perdido grandes avances y citaba que en Nueva York ya se reconocían 31 identidades sexuales y eso le había hecho saber que se estuvo ahogando en un vaso de agua todo ese tiempo. Nos poníamos a reír mientras me aportaba detalles del tiempo en que mi mente, según el psicólogo contratado por mi papá, estuvo parcialmente bloqueada.

Desde su lado de la historia, todo empezó a ir mal cuando recibió un mensaje desde mi teléfono en el que informaba que iba a tomarme un pequeño descanso fuera del

país «para desintoxicarme de mi afición por el mundo digital». Por supuesto que aquello estaba acompañado de un teléfono apagado y un mensaje de contestadora que corroboraba mi decisión anterior. Mi crianza independiente e historial daba credibilidad a la versión. Al menos hasta que mi papá, luego de algunas semanas de lucha interior, rompió su juramento de no controlarme la vida bancaria y le informaron que no había movido las cuentas. Allí comenzó la búsqueda. Le pregunté si fue cuando publiqué el video de los cochinos que me volví rastreable, contestó de forma negativa. La razón era que nunca usé mi perfil personal, sino una nueva identidad digital, un seudónimo desconocido para ellos. El mismo que usó Luis Fernando para desenmascarar a Elodio. Traté de esforzarme, de regresar atrás, de ir hasta el carro al salir de La Quinta e imaginarme a Luis Fernando hurgando la clave de acceso a la cuenta. Esperando el momento de activarla, vigilándome en tiempo real.

Cristipuchi no se extiende más y reconoce que fue ella quien volvió a verme en la plaza frente al edificio de Belisario luego de que le hiciera seguimiento a la infidelidad (que celebraba) de su madre. En todos los casos, huí espantado al verla. No parecía reconocerla ni escucharla. Lo que me ataba a ella estaba literalmente *banneado* desde que Elodio logró entrar a mi cabeza y corazón. Pero no se circunscribió solo a ella, abarcó mi identidad, mi noción del tiempo, mi forma de leer la realidad. Sea lo que sea ocurrió en La Quinta, en el «Cuarto Oscuro» en el que Mario daba sus clases, o el significado de la melodía que tantas veces escuché en el bosque y que Chichita Carrió se empeñaba en repetir en su casa, en el carro, en los momentos donde el yo verdadero amenazaba con despertar, todo, o al menos fue la conclusión compartida con mi terapeuta, había contribuido a instalar un gran e invisible lente ocular o cerebral o emocional, para controlar mi percepción del mundo.

Y hubiesen sido absolutamente eficaces, pero no contaban con que conocería a Melinda...

Elodio y sus colaboradores más cercanos habían huido del país. Desde no muy lejos, en una isla del Caribe, pregonaban con absoluta soberbia que retomarían su lucha por la libertad porque al parecer habían sido mal interpretados. Pensé que el peor de los exilios es aquel al que se somete quien no puede pedir perdón por sus errores, así que le pedí a mi padre que asumiéramos acciones legales en contra de Elodio y su «granja del terror», como a él le gustaba llamarla. Mi teléfono, por cierto, resultó de mucha ayuda para construir el caso. Sobre todo en aclarar las responsabilidades en la muerte de Natalio y Friki.

A Claudio lo vi en una televisora extranjera narrando una historia muy similar a la de Nelson Mandela. Pienso que de habérsele ocurrido, habría vivido un proceso similar al de Michael Jackson pero para oscurecerse la piel y así darle veracidad a una versión que ni la propia periodista parecía creer. Se hacía llamar el verdadero hijo de Elodio y que además «esa ingrata, malagradecida, oportunista» de Chichita

Carrió, apenas sí podía considerarse una manipuladora de la peor estirpe cuyo único mérito era estar en el momento y en el lugar correcto. Ella, por su parte, lo destruía desde un programa de variedades en Miami, acusándolo de ser «un remedo de intelectual» y peor aún, «un mala cama» lo que ya para ella, era prueba suficiente de que también sería una estafa como político. Eran tal para cual.

Salí del país al graduarme y luego de presentar un breve ensayo sobre mi experiencia como corresponsal de guerra. Creo que en el fondo, la junta directiva de la Universidad Católica Andrés Bello aprobó mi trabajo solo porque no quería verse más involucrada de lo que ya estaba. Acepté irme con Martin, el amigo de papá, al Banco Mundial, pero pronto supe que no iba a poder diseñar campañas de *marketing* para hacer creer que los créditos que se otorgaban a los países pobres eran para sacarlos de la pobreza.

Duré apenas unos meses. Preferí iniciar una Fundación para ayudar a niños y jóvenes que habían sido usados como soldados en distintas guerras. La primera oficina la abrí en Caracas y me traje a Belisario para que pintara por todo el país murales con los rostros de quienes habían muerto víctimas de Elodio en Venezuela. Allí en la pared multicolor llena de flores y mensajes para la paz resaltaba la mirada de Friki, Natalio y Luis Fernando, junto al lema de la fundación:

Si puedes mirar, ve

Si puedes ver, repara[6]

Cuando bautizamos el primer mural, hicimos una rueda de prensa para anunciar los planes a nivel internacional. Respondí algunas preguntas pero luego dejé a Belisario atendiendo las dudas de periodistas y transeúntes sobre la estética empleada y me fui hasta un café cercano para digerir tantos recuerdos. Estuve hasta el atardecer, supervisando del otro lado de la calle cómo el tránsito del sol cambiaba el mensaje del mural, tal y como era el deseo de Belisario. Con el alba, los rostros parecían figuras guerreras con una historia épica en la espalda, pero a media que el día se agotaba las imágenes terminaban revelando la verdadera esencia de aquellos pobres y manipulados seres. Y aunque esto era un homenaje, una pequeña contribución para recordarles a todos no persistir en el camino trazado por la violencia, sabía que aún faltaba mucho por hacer.

II

Una de esas tareas pendientes, fue llevarme a la mamá de Luis Fernando a vivir conmigo y mi papá a la casa familiar. En cuanto entré a su apartamento, volvió a ofrecerme café y a repetir la rutina de la búsqueda de azúcar. Se alegró de manera enorme que yo le llevase un pequeño paquete. Bebimos café toda la tarde, mientras

[6] *Ensayo sobre la Ceguera* de José Saramago.

me preguntaba por ese viaje al que se había ido Luis Fernando por Europa. Nunca tuve la fortaleza de contarle lo que había ocurrido con él. Estaba muy ida, y esos pensamientos creo que la llenaban más que la tortuosa realidad. Me contaba que la última vez que habló con él, fue el día en que se llevó su tablero de ajedrez.

—«Terminaré el juego», me dijo Luis Fernando.

Ella lo cuenta suspirando y rogando porque hubiese ganado. Allí se me atragantaban todas las emociones y cuando sentía que me iba a poner a llorar, le pedía que me pusiera más azúcar al café. Aceptó irse a vivir a mi casa, con la condición de que no desordenara el cuarto de Luis Fernando y que la dejara ayudar a Maira, porque la pobre estaba siempre muy abarrotada de trabajo. Por supuesto, cerré el apartamento y desde que salimos no he tenido ganas de volver a entrar.

Mi papá la aceptó convencido de que ya esa casa nos comenzaba a quedar demasiado grande. A veces, nos sentábamos todos cerca de la piscina para escucharla contar una y otra vez la misma historia, sabíamos que esa era la mejor terapia. Ya por la noche, cuando Maira se retiraba con ella a descansar, papá aprovechaba para disertar sobre su futuro retiro. Era la estrategia usual que conseguía para preparar el terreno y preguntarme si ya había superado lo que había vivido. Lo miraba en silencio, con las ganas de diluirme junto con el hielo del whisky, y así conjurar su sentimiento de culpa a través de la frase estándar de «Estoy bien». Él no se lo creía pero respetaba mis tiempos. Así que después de algunos minutos me dejaba en paz y se iba a dormir. Entonces quedaba allí, en la soledad más terrible, desnudo ante el juez más infame que es el uno mismo, repasando sin proponérmelo o desearlo los sucesos trágicos de esa noche.

Era de esta forma que me trasladaba hasta esa azotea y tropezaba con lo que realmente había ocurrido. Allí aparecía de nuevo ese malestar cuando entraba trastabillando entre los cuerpos regados en aquel techo y encontraba al monstruo de Farías, resguardándose de las balas de los francotiradores, riéndole a la muerte. Me veo de nuevo abriéndome paso hasta llegar a unos metros y sentir su maldito olor a sudor y sangre mezclada y escuchar la queja hacia los que consideraba unos miserables por haberse arrepentido «en el mejor de los momentos». Para él, los muchachos reclutados solo eran piezas desechables que no habían entendido nada de cómo funcionaba el mundo. Los maldecía y me aseguraba que si veía a un cobarde más le iba a arrancar las vísceras y se las haría tragar. Fue allí que habló de como fue matando a quienes se negaban cumplir con sus órdenes, y en especial a esa «puta que tuvo que lanzar desde el techo» porque se había quebrado mentalmente cuando se vieron acorralados. Eso hizo saltar algo dentro de mí, una rabia que reunió todas las injusticias desparramadas por el mundo, los crímenes sin resolver y las sonrisas de criminales nunca descubiertos. Tomé el cuchillo que llevaba en su propio cinturón y sin que mi alma se conectara con la masa de tejido, se lo hundí.

Fue una sensación que me apartó del mundo. Solo quien ha usado cuchillos para asesinar sabrá a lo que me refiero. Un chispazo eléctrico que te remueve los recuerdos. La idea de que se ha hecho algo similar, muchas veces, durante parrillas, en la compañía de seres queridos. Farías quiso moverse, pero la hoja ahora estaba por entero dentro de su pecho, posiblemente había llegado a su corazón. Las lágrimas me salieron a borbotones y sin remedio de mi cara, pero me mantuve firme, sin soltar un sollozo. Su cuerpo tembló un poco mientras de su boca salían unas pequeñas gotas de sangre. Juro que vi en cada una de ellas a Friki, a Natalio, veía las familias de todos los que habían muerto. Los veía cruzar el cementerio para poner flores en una tumba, mientras Chichita y Claudio otorgaban entrevistas parados sobre sus lápidas. También pensé en Luis Fernando y me preguntaba si ahora estaba en paz, si ese era el único juego que le interesaba ganar. El mejor juego de su vida, el único para el que se preparó y en el que todos participamos.

Cuando dejó de respirar, me aliviané para aceptar el castigo, pero no el de los jueces o de quienes presenciarían mi vida a través de los partes policiales y de las frágiles declaraciones de dudosos testigos, sino el de mi propia condena. Esa que me suplicaba salir eyectado de toda esta mierda de mundo, al que fui llevado por Elodio.

Pero cuando la Cristipuchi llegó, justo en el momento en que ya me decidía a reunirme con Melinda en el sueño lejano de cualquier cosa que me aguardara del otro lado de la vida, algo profundo me avisó de que no sería solo una cifra perdida en la tormenta desatada por las ambiciones de unos pocos. Y lo comprobé, al bajar en compañía de Cristipuchi y de algunos policías. Rodeados de luces y una brisa suave, pedí acercarme hasta el cuerpo de Melinda para verla por una última vez. Aceptaron comprensivos y me dejaron caminar solo acompañado de la mirada atenta de algunos vecinos que asomados en las ventanas, lanzaban aviones de papel como quien manda mensajes a una nave nodriza que jamás va a llegar.

Cuando me arrodillé, no sé si con ganas de llorar o de morirme, levanté la pequeña sábana blanca y solo tuve fuerzas para murmurar una breve línea:

«Somos el karma vengador de gente que nunca conocimos».

III

No era Melinda la mujer que Farías había asesinado. Nunca supe cómo se llamaba, aunque todos los días le pido perdón por el alivio que me causara verla allí en sustitución de la mujer que amaba. No dije nada de Farías o del cuerpo anónimo, ni a los policías, ni a Cristipuchi, ni a papá. Dejé para mí esa información, macerándose entre insomnios eternos y sueños intranquilos, hasta que un día supe que ya era tiempo de usarla como impulso.

Salí de Caracas, en la madrugada, con dirección al llano. Orientado apenas por las vagas referencias que Melinda me había dado. En la larga carretera, que se expandía

conforme mis ganas aumentaban, sentía a Luis Fernando acompañarme. Llevarme hacia los pueblos centrales, rodeados de árboles y gente que parece quedarse inmóvil cuando los ojos del extraño los tocan. Era una misión ajena al conocimiento de cualquiera cercano, era algo que debía resolver por mi propia cuenta. En la soledad que requiere una mente que debe rearmar las frases, los gestos, cada acción. Pensaba en qué diría al verla, en si acaso estaba en el lugar en que mi mente la ubicaba o simplemente ya se hallaba muy lejos de estas tierras, quizá en alguna plaza de Madrid o Buenos Aires, intentando hacerse paso a través de la confección de flores de crochet o de algún otro talento artístico. O quizá estaría allí, secándose el sudor de la faena diaria, concentrada en la recolección de limones o en la cría de gallinas.

En algunas ocasiones, cuando el GPS perdía las coordenadas, solicitaba indicaciones de cómo llegar a Corozopando. Y el nombre me sonaba a mentira, a una fantasía, a como si el viaje que hacía no fuese hacía adelante, sino hacia atrás, a los momentos de las primeras fundaciones y de cuando la tierra era salvaje y todo se parecía a todo. Trataba de reabastecerme de gasolina y ser disciplinado para ir en dirección a la carretera que lleva a Apure, pero no antes, tampoco después, de los esteros de Camagüán, lugar de encanto que muchos me aseguraron era imposible abandonar.

Algunas horas y desaciertos después, un gran letrero me avisó que pronto la búsqueda terminaría. Así que me apresuré a entrar en el pueblo, a llegar a la plaza central y dibujarle una mujer imaginaria a los viejos que descansaban en las bancas con la vista puesta al monumento de Simón Bolívar. Pero todas las indicaciones que me daban fueron inútiles a excepción de la del párroco, que me llevó con su memoria de única autoridad bautismal, a un camino de tierra, unos cinco kilómetros llano adentro, hasta una casa que parecía el lomo de una ballena que había perdido el rastro del mar.

Detuve la camioneta a unos cien metros y me bajé queriendo que la gravedad me conectara con la tierra. La luz era intensa y mi corazón bombeaba sangre a todos los pensamientos. Al lado de la casa, un bello árbol brindaba sombra a una anciana. Sentada en una silla me observaba con absoluta serenidad. A medida que me acercaba, pude ver que la mujer sostenía algo entre los brazos. Envuelto en una pequeña manta, la figura de un bebé comenzó a emerger para terminar de iluminar los espacios a donde no llega ni el sol, ni las estrellas. Un lugar profundo que solo descubres el día en que se tropieza cara a cara con el destino y te das cuenta de que existen las segundas oportunidades.

—Ella siempre supo que vendrías —me dijo.

Caracas-La Habana
Marzo-octubre de 2017

COLECCIÓN CONTINENTES

El libro de las cicatrices

Antes de empezar un viaje de venganza, cava dos tumbas

CONFUCIO

I
La memoria de los huesos

1

Unos niños fueron los primeros en llegar. Le hacían ademanes a la policía desde lo alto de la colina y señalaban un punto específico del terreno empantanado que se abría unos metros más adelante. Se rehusaron a acompañar a los oficiales aun cuando estos los amenazaron con que, si aquello era una broma o les hacían perder el tiempo, la pagarían. Los niños no querían volver allí. No estaban muy seguros de lo que habían visto, pero intuitivamente algo les decía que aquel amasijo de carne descompuesta era muy diferente a los cuerpos de animales pequeños que dejaban quienes practicaban rituales de espiritismo y santería. Un sargento ordenó a su subalterno que fuese él a cerciorarse del hallazgo. El pequeño y desgarbado hombre se mantuvo firme y no replicó. Le dirigió una mirada de reproche al grupo de niños mientras trataba de seguir los dedos infantiles que apuntaban a un lugar que ya comenzaba a sentirse como la frontera de un sueño. Bajó por la colina y resbaló al menos un par de veces en el descenso. En ocasiones, volvía la vista a los niños para orientarse y no perder el rumbo, hasta que llegó a un pequeño pantano oculto por una piedra llena de musgo sobre el que caían enredaderas. Un olor intenso, a tierra húmeda mezclada con agua estancada aguzaron su atención y fue cuando tropezó con un bulto que desentonaba con la geografía. Tomó una rama del suelo y exploró con desdén, hasta que encontró las señas inequívocas de su especie. Mantuvo el temple en el camino de regreso y esta vez, en la escalada, no tropezó una sola vez. Cuando tuvo al sargento enfrente le dijo «Allí hay un muerto».

2

El aeropuerto internacional de Maiquetía estaba particularmente abarrotado ese lunes. Lorena Díaz se había puesto una falda y unas zapatillas bajas que pensaba le hacían lucir más delgada que si usara sus botas militares. Estaba nerviosa y se frotaba las manos cada vez que revisaba la cartelera de llegadas y salidas. El humo de cigarrillo que flotaba hasta las bancas de la sala de espera atentaba contra su objetivo de completar un mes sin fumar. Fue hasta una venta de dulces y se compró dos barras de chocolate relleno por pura ansiedad. Se las comió mientras revisaba los libros más vendidos de la temporada. Tomó unas revistas de farándula que revisó por encima mientras masticaba los granos de maní. Se detuvo en un reportaje que mostraba una hermosa pareja de jóvenes de la *socielité* caraqueña. Dobló la hoja y guardó el chocolate en un bolsillo de la chaqueta.

Benita, la madre de Lorena, había escuchado del tal Pablo en la cena, mientras su hija le contaba sobre como había llegado a dar con su paradero. Sumergida en el televisor mientras la escuchaba, llegó a pensar que era alguna clase de novio que había enganchado a través de internet. De nada sirvió que la mañana de ese lunes, Lorena le aclarase que solo se trataba de un caso que necesitaba resolver, y que sería definitivo en su carrera. «Son asuntos netamente laborales los que me llevan al aeropuerto», le recalcó a su madre al dejar las botas militares bajo la cama.

Pagó los chocolates, la revista y volvió a la sala de espera. El vuelo desde Santiago de Chile llevaba una hora de retraso. Habló con algunos operadores aeroportuarios, pero ninguno supo darle mayores explicaciones. Sacó un bolígrafo azul del bolsillo interior de su chaqueta y abrió la revista en la hoja que antes había doblado, hizo dos grandes círculos en las caras de la joven pareja que posaba y cuyos dientes brillaban mucho más que la luz incandescente del aeropuerto. Hizo algunas anotaciones en los bordes y trató de ajustar su planificación previa, antes de que Pablo Linares cruzara por la puerta de desembarque. No tenía muy claro cómo luciría. Habían pasado más de veinte años desde que lo vio en una manifestación en el Ministerio Público, rogando porque el fiscal atendiera el caso de la desaparición de Silvana Guzmán. «¿Un crimen político?», escribió Lorena en la revista, haciendo memoria de las palabras de Pablo frente a las cámaras de televisión. El hombre desapareció por completo. Sin aficiones por las redes sociales digitales, Lorena no tenía sino una fotografía que había logrado recolectar de su expediente universitario y uno que otro video que algún nostálgico había colgado para que los internautas hicieran memoria de aquel tormentoso año 2001.

Una voz femenina encendió los parlantes del aeropuerto y elevó la ansiedad de Lorena. «Vuelo 8151 desembarcando por la puerta 6». Seguía pensando en

qué diría y cómo lo diría. Cuáles serían las primeras preguntas que habría que responder o cómo manejaría las emociones que brotaran luego de la información que le revelaría exclusivamente en persona. Volvió a cerrar la revista y entró al baño de mujeres para orinar y mirarse en el espejo en busca de una mancha de chocolate en los incisivos. En el pasillo central vio una aglomeración cerca de la puerta de salida. La gente se abrazaba y recibía a los viajeros en una mezcla de lágrimas, abrazos y sonrisas. Lorena se puso de puntillas para intentar reconocer a Pablo dibujando en su mente la única foto que poseía de él. A lo lejos, un hombre con barba de unos cuantos días y un bolso de excursionista se abría paso entre la gente. El sujeto se detuvo y Lorena leyó fastidio en su mirada.

Caminó con paso firme hacia el sujeto y se puso frente a él. Ambos se miraron en silencio y respiraron con ansiedades desiguales. Él no hizo el mayor intento de sonreír cuando Lorena arqueó sus labios para hacerlo. Se sintió tonta e insegura. Aun así, supo que contactarlo era la mejor decisión de las que pudo haber tomado.

—¿Pablo Linares?

El hombre apretó los labios y asintió sin pronunciar una palabra. Ella estiró su mano para saludar y él correspondió con firmeza.

—Soy Lorena. Lorena Díaz —dijo mientras lo miraba fijamente queriendo absorber cualquier microexpresión— No has cambiado nada.

—¿Nos hemos visto antes? —Pablo ajustó el morral a su espalda para disimular que ponía su memoria a trabajar con mayor esfuerzo.

Ella achicó los ojos y quiso responder en aquel lugar atestado de taxistas en busca de clientes, de familias y parejas que volvían a reencontrarse, pero no le gustó el sentimiento que la invadió.

—Ya tendremos tiempo de ponernos al día —le dijo mientras le invitaba a seguirla a la salida del aeropuerto.

Eran las tres y media de la tarde y el sol lanzaba una onda de calor insoportable a cada centímetro de la Tierra. Lorena caminó hasta un sedán de cinco puertas y abrió la compuerta con el control remoto. Pablo guardó el equipaje e inspiró profundo antes de hablar.

—Quisiera verla cuanto antes —dijo desprovisto de emociones.

Lorena chequeó la hora en su muñeca y levantó la vista hacia un punto indefinido en el horizonte.

—El laboratorio forense cerrará en algunos minutos. Lo mejor es que busquemos un sitio para que descanses.

Pablo apretó los dientes y guardó silencio. De no ser por la fecha de su boleto, habría dado media vuelta y volado esa misma noche. Pensó que había sido un gesto inútil haber cedido a sus impulsos y regresar al país. Con cuidado de no ser visto,

detalló a Lorena. Lentes de pasta, cuerpo pequeño, ropa que no combinaba pero que disimulaba bien sus volúmenes. Le llamaron la atención sus zapatillas y la revista que reposaba bajo el brazo.

La mujer estaba inmóvil frente a él, con la mirada lejos de aquel estacionamiento, mientras se decidía a contestar. Sintió un corrientazo que iluminó sus ojos por primera vez desde que aterrizó.

—Yo te conozco. Estudiamos juntos —dijo sin ceder a una expresión amable.

Ella sonrió y le dio un manotazo en el antebrazo que rompió cualquier formalismo.

—Allí está. Sabía que podía contar contigo.

3

El automóvil se sentía estable bajo el cuerpo de ambos. Sus amortiguadores resistían cada curva en dirección a la inclinada autopista Caracas-La Guaira. Pablo pensaba en la clase de motor que tendría y quiso preguntar, pero desistió. Había aprendido bastante de mecánica durante los primeros años de una travesía que lo arrojó en un pueblo de pescadores con gran vocación a la humildad y el anonimato. Lorena le lanzaba de vez en cuando una mirada rápida, tanteándolo. Lo sentía hosco y no muy dado a las cortesías, así que prefirió ser ella quien tomara la iniciativa.

—Apenas desde ayer tengo este carro. Así que no vayas a asustarte si en algún momento ves que no logro dominarlo.

Pablo dio una mirada hacia el interior del vehículo y pasó la mano por el tablero. Le dio dos palmadas suaves.

—Parece ser una buena máquina —contestó.

—No sé mucho de motores. Fui con todos mis ahorros, un préstamo y le dije al vendedor: «Quiero algo que me sirva para robar un banco» —Lorena se carcajeó.

Se sintió sola con su risa rebotando en una burbuja llena de apatía. Carraspeó dos veces e hizo silencio. Pablo percibió la tensión. Su ánimo no estaba para un pequeño acto de hipocresía y optó por callarse también. Después de unos minutos Lorena rompió la incómoda dinámica.

—¡Maldita sea, otra vez la cola de gasolina! —Su mirada atravesó el parabrisas y chocó contra una larga fila de vehículos que aparcaban frente a una estación de combustible—Hoy no estoy de humor para esto.

Bajó la velocidad, mientras rebuscó en la guantera con urgencia. Sacó una placa atada a una cadena plateada que se colgó al cuello; presionó un botón que encendió los bombillos azules y rojos, junto a la inconfundible sirena policial. Se ubicó en la entrada de la estación de servicio tocando la bocina. Pablo vio a los conductores levantar dedos medios con frenesí y golpear sus volantes con desesperación por la maniobra de Lorena. Un funcionario de la Guardia Nacional que no superaba los 20 años hizo señales al vehículo para que se detuvieran frente a un cono naranja. Lorena bajó el vidrio y mostró la identificación. El muchacho se quitó los lentes oscuros y detalló la chapa policial.

—Comando —dijo Lorena—. No puedo esperar.

—¿Estás de servicio?

—Lamentablemente. Tenemos el tiempo encima.

—Entiendo curso, pero hoy estamos cortos con la gasolina. Esta gente lleva horas esperando. Si te dejo pasar, me matan.

Lorena sonrió sin creerse lo que escuchaba.

—Anda, vale. Ha sido un día de mierda.

El muchacho asintió y se colocó los lentes oscuros. Quitó el cono de seguridad y respondió con un grito a esa bola de energía brutal que provenía del resto de conductores: «Le vamos a prestar apoyo a la Oficial». Lorena llegó a la estación, puso gasolina y se bajó a la tienda. Volvió con tres botellas de refresco y una bolsa de maní. Entró al carro donde la esperaba Pablo. Le dio una de las bebidas y esperó. El Guardia Nacional llegó y ella le entregó el maní y la última bebida.

—Revisa la bolsa —dijo.

El hombre empezó a buscar en el interior y agradeció con los ojos brillantes. Lorena arrancó el vehículo y se alejó por la autopista. Pablo dejó pasar algunos kilómetros para incorporarse a lo que acababa de ocurrir.

—¿Le diste dinero? —preguntó.

—Sí, chamo, tenemos prisa. No podemos darnos el lujo de perder tres horas para poner gasolina.

—No tenía idea de que había problemas con el combustible.

El rostro de Lorena se desprendió de la ruta y se enfocó en Pablo. Su expresión era de verdadera sorpresa. Una muy sincera y que superaba a lo que había pensado de su acompañante.

—Tú verdaderamente te desconectaste de este país, ¿cierto?

—preguntó sonreída— ¿Veías noticias? ¿Algún titular?

—La verdad es que hice lo imposible para evitarlo.

—Sí, sí, tu madre algo me dijo.

Pablo se mantuvo callado ante la mención familiar. Miró al frente y detalló el cambio de vegetación, conforme dejaban la zona costera y la línea montañosa avisaba su proximidad a la capital. Para Lorena no pasó desapercibida aquella reacción.

—Nada más le pedí información sobre tu última ubicación. Creyó que saber lo que había ocurrido con Silvana sería importante para ti. Después de eso hice algunas llamadas y logré ubicarte. ¡Tampoco es que te fuiste al Congo!

—Detén el auto, por favor.

—¿Qué pasa?

—Solo detente. Necesito bajar.

Lorena utilizó sus habilidades para evitar dos camiones al cambiar de canal. Pablo abrió la puerta y se bajó cerca del barranco. Caminaba de un lado a otro con las manos en la cintura, inspirando fuerte, con los ademanes y actitud de quien quiere detener un ataque de pánico. Ella puso las luces intermitentes, bajó presurosa y acomodándose la chaqueta. Se acercó lentamente hasta donde Pablo seguía con sus esfuerzos de autocontrol.

—¿Qué quieres de mí? Creo que todo esto es un error.

Nunca debí aceptar volver.

Lorena lucía impasible mientras Pablo seguía haciendo reclamos a su falta de voluntad.

—A Silvana la mataron, Pablo. Estuve en el laboratorio cuando la trajeron, o lo que quedaba de ella. Tuve la dolorosa oportunidad de confirmar su identidad.

—Entonces, ya está —gritó él—. Nada de lo que hagamos la va a revivir. ¿Qué carajo quieres de mí?

Lorena se acercó más para intentar apaciguarlo. Puso una mano en su hombro y suavizó el tono de voz.

—Creo que mereces estar en su funeral. Además, serías de mucha ayuda para encontrar al responsable de ese horror. Tengo la intuición de que su crimen no es azaroso.

—Por Dios, deja de hablar —La voz de Pablo se quebró.

Lorena terminó de arroparlo con su brazo entero y lo acercó a su cuerpo. Se quedaron un rato allí, en silencio. Volvieron al carro y se incorporaron de nuevo al flujo de vehículos. Lorena le entregó a Pablo un chocolate.

—Anda, que al cuerpo hay que meterle serotonina.

Pablo aceptó y se lo comió con ganas. Ella lo supervisó como una enfermera a su paciente. Volvió a rebuscar en su vehículo y le alcanzó la revista. En el reportaje marcado, aparecía una pareja cuyos nombres, Paula Guzmán y Augusto Zuloaga, enmarcaban lo que parecía una exitosa entrada a la mediana edad. Pablo reconoció el palpitar que acontece después de divisar alguien conocido, revisó los párrafos subrayados y las anotaciones de Lorena en los bordes. Las palabras «candidatura presidencial» estaban enmarcadas con especial cuidado por el trazado azul del bolígrafo.

—Estoy reconstruyendo el pasado, Pablo. He hablado con personas que conocieron a Silvana, gente de la universidad, su padre. Necesito detalles de esos días para la investigación. He enviado solicitudes para entrevistar a su hermana, pero su asistente solo me da evasivas. Que si está en Nueva York, que si va saliendo a la semana de la moda de Berlín.

—Tendría, no sé... que volver sobre esos recuerdos... —La voz de Pablo se fragmentó un poco.

—No te preocupes. Tómatelo con calma.

Lorena estacionó el vehículo frente a un hotel cerca de Plaza Venezuela. El botones recibió las llaves, mientras ella guiaba a Pablo y su única maleta hacia la recepción. Se identificó y pidió por la reservación a su nombre. El encargado les alcanzó unas planillas de entrada y luego las dos llaves de habitaciones contiguas. Fueron hasta el ascensor y subieron hasta el quinto piso.

—Supongo que quieres descansar un poco —dijo Lorena mientras entregaba la llave de la habitación.

—Quisiera bañarme, no creo que pueda dormir. También quisiera algo de beber.

—¿Agua? En la nevera de la habitación puede que haya.

Pablo bajó la mirada. De pronto se sintió avergonzado al no poder contener aquel impulso. Lorena entrecerró los ojos, creyó recomponer algunas piezas y supo que aquel hombre necesitaba algo más fuerte que una gaseosa.

—Nos veremos en el *lobby* a la hora de la cena. Telefonea cuando estés listo. Así nos pondremos al día. ¿Tienes fecha de regreso?

—Compré el boleto para pasado mañana.

—De acuerdo. Es tiempo suficiente, espero.

Antes de que ambos desaparecieran del pasillo, Lorena le silbó a Pablo desde la puerta de su propia habitación.

—Gracias por volver.

Pablo la miró un segundo y respondió con un deseo.

—Necesito un trago.

4

La «suite del reino», como llaman a la habitación más lujosa del Four Seasons en Riad, se mantenía iluminada por la luna llena de esa noche. Paula Guzmán se revolvió en su cama y salió del cobertor con cuidado para no despertar a su acompañante. Caminó desnuda hacia la sala desde donde podían verse las luces de la autopista Rey Fahd y algunos avisos en neón de la zona de hoteles. La *suite* está a más de cien metros de altura y desde allí es posible apreciar a las personas moverse como diminutas hormigas a través de las aceras de la ciudad. La saturación lumínica que convertía la vista aérea en una película de ciencia ficción, le trajo ideas a Paula para alguna colección que podría llevar por título «Colores y flores nocturnas para animales nocturnos». Tanteó en el sofá su bolso, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Arrojó el humo sobre el vidrio cerrado y el efecto de rebote llenó el ambiente de un agradable olor a nicotina. Al menos ella así lo creía. Pensó que los fumadores siempre romantizan el olor del humo, como si todos lo pudieran disfrutar como ellos. Sintió que en las sombras de la gran *suite* una figura se movía sigilosa desde la habitación principal. Podía ver vagamente el reflejo a través del cristal de la ventana. Fue extraña la sensación que recorrió su cuerpo al imaginar a esa figura espectral alcanzarla vulnerable y sola. Sintió la necesidad de tener un arma en su bolso, quizá haber aprendido no solo a caminar sobre la pasarela con tacones de quince centímetros, sino alguna táctica de defensa personal. Una mano la tomó desde atrás y se deslizó por todo su cuerpo. La recorrió entera rozando su pubis y con la otra el seno derecho. Paula, gélida, permitió que le besaran el cuello y una lengua patinara por su espalda. Separó las piernas y dejó que esa voz gatuna se hiciera dedos para masturbarla mientras el humo nublaba la ciudad que sintió de pronto absolutamente falsa.

Gimió un par de veces, hasta que el cigarrillo se agotó y ya no sintió más placer en los dedos que seguían muy adentro de su vagina. Tomó la mano que la exploraba y lamió el líquido que impregnaba las manos de su asistenta. Luego volteó a verla y la besó en la boca, sin mucho entusiasmo.

Tina, a quien Paula había conocido en Caracas un par de años atrás como aspirante a modelo, había dejado toda ambición personal para dedicarse a un trabajo con el que muchas de su generación solo soñaban: servir a la diseñadora más importante de Latinoamérica en actividades que iban más allá del cumplimiento del deber.

Paula caminó con dirección al baño. Mientras abría el agua caliente y se masajeaba con el fragante jabón de lavanda, vio a Tina acercarse al umbral de la puerta del baño.

—¿Te pasa algo? —preguntó Paula con frialdad.

—Si tomas el *jet* a la medianoche, puede que estés a tiempo para el funeral de tu hermana.

—No quiero hablar de ese asunto.

El tono determinante convenció a Tina de que su insistencia solo iba a acarrearle problemas innecesarios. En su mente, revisó la agenda de Paula en Caracas y tachó aquel funeral de la lista. De igual manera, en su mapa de pendientes seguía titilando una llamada telefónica que no se había decidido contestar. Debía contar con alguna instrucción, pues no estaba muy segura de resolverla sin consultar previamente.

—La detective volvió a llamar. Quiere saber cuándo estás disponible para una breve charla.

Paula cerró con molestia el grifo del agua caliente y se quedó en silencio. El vapor que salía desde dentro del habitáculo de mármol y cristal lucía como un volcán al cual le han entregado un ritual en sacrificio. Paula limpió el vidrio empañado y miró a Tina, difusa, a través de él.

—¿Quién es esa mujer? —dijo y buscó una toalla para secarse la cara.

—Ya te he hablado de ella. Es la detective que lleva el caso o eso me ha dicho.

—¿Augusto sabe que me sigue llamando?

—Aún no he tenido oportunidad de hablarlo con él.

Paula se terminó de acomodar la bata y se enrolló el cabello con otra toalla a modo de turbante. Se acercó a Tina antes de salir, y le dirigió una mirada vacía de sentimentalismos.

—Tal vez, si te enfocaras más en el trabajo y no tanto en coger con él, sabrías qué hacer.

La espalda de Paula se perdió entre las sombras de la habitación. Tina proyectó su agenda mental y la hizo añicos. Respiró profundo y se fue hasta el lavamanos, allí se recogió el cabello, limpió el espejo y aprovechó para cepillarse los dientes.

5

Faltaban diez minutos para el inicio de la subasta. Un hombre de traje y corbata negros, sentado en la primera fila, movía su pie de forma insistente. Miraba a su alrededor con nerviosismo, y cada tanto se fijaba en un reloj digital a la derecha de la tarima principal. Lo rodeaban unas ochenta personas, todas vestidas para soportar la fría noche de Londres. Miró ansioso esta vez su reloj de mano y sintió el teléfono vibrar en el bolsillo de su traje. Vio el nombre del comprador en la pantalla del teléfono e hizo enormes esfuerzos para no parecer molesto. Comprobó que los tres relojes no estaban del todo sincronizados.

—Pensé que habría desistido...

—No me perdería esta oportunidad —dijeron del otro lado.

—Espero que hayas tomado una decisión.

Un anciano de unos sesenta se acercó al micrófono y anunció que en instantes comenzaría la subasta. Las luces se fueron apagando lentamente y dieron paso a un breve juego de luces que concluyó con la aparición del nombre de la casa de subastas Phillips Pury & Company. El orador desde la tribuna dio una pequeña bienvenida e hizo un breve recuento de las piezas que se someterían a la puja. A medida que pronunciaba algunas de las colecciones más esperadas, el rumor de voces atravesaba la sala. El hombre que sostenía el teléfono, era un vendedor de antigüedades español de nombre Octavio. Servía de intermediario para una de las compras más representativas de su carrera. Temía porque su comprador se hubiese arrepentido en el último minuto y de esta forma echar por tierra una jugosa comisión.

Las primeras dos colecciones de arte se subastaron sin mucho conflicto. Eso le preocupó a Octavio, porque era posible que la atención se centrara en la obra que necesitaba adquirir. Trató de no pensar en ello, y dejaba que la respiración también ansiosa que le llegaba del extremo de la línea telefónica les distrajera. El subastador anunció el próximo objeto de su catálogo. Una curiosa pieza que según la reseña, «invitaba a repensar la historia del cristianismo occidental». Uno de los asistentes del orador, ataviado con un guante blanco levantó un pequeño libro y lo abrió con mucho cuidado. Los ojos de Octavio brillaron.

—El artículo A32, representa una verdadera joya. Nuestros especialistas han verificado su autenticidad con severos estudios de grafología y documentación proporcionada por investigadores privados y el propio Museo de Berlín. Se trata de un nuevo manuscrito que el propio Carl Reinhardt reservó para sí. Parece dar más luces sobre el conocido Evangelio Apócrifo de María Magdalena.

Sobre la sala creció un rumor de voces que se hablaban a sí mismas. El propio Octavio sintió hervir su cuerpo. La voz del teléfono tomó fuerza.

—Lo deseo —dijo con un dejo de profunda excitación.

El director de la subasta no se ahorró halagos y detalles importantes, como el hecho de que el papiro había sido sometido a la consideración de Bergman Anthoine, el famoso erudito de Oxford, quien estimó que el hallazgo podría aclarar pasajes nebulosos de la vida de los cristianos primitivos.

—Qué podemos decir, excelentísimos amigos, esto apenas comienza —concluyó el moderador bastante excitado.

La subasta fue salvaje. Un empresario chino, con el que ya Octavio se había dado trabajo en pugnas casi personales, no dejaba de alzar su apuntador, y elevaba la subasta a los ciento cincuenta mil euros. La sala se fue quedando en silencio para servir de testigos en el duelo entre el español y el asiático. La voz desde el teléfono tronó.

—¿Qué mierda estás haciendo? ¡Acaba con ese *show*!

Octavio guardó silencio mientras el apuntador del chino se mantenía en el aire. El encargado de la subasta, apuntó en dirección al español con su mazo y comenzó la cuenta regresiva para cerrar la venta en poco más de un cuarto de millón de euros. Octavio se levantó de la silla a punto de sufrir un infarto.

—Un millón por el papiro —dijo en perfecto inglés y rompiendo el protocolo de la puja.

—Vaya... francamente... levanta muchas pasiones este artículo —dijo el anciano arqueando el ceño. Luego miró al empresario. —Esperamos por su decisión.

El chino bajó el apuntador y lo puso en su asiento. Luego le dedicó una sonrisa y un saludo a Octavio y aplaudió contagiando al resto de la sala. Al día siguiente, todos los periódicos financieros de Londres recogerían en sus páginas la atípica anécdota.

6

La voz chillona de la recepcionista llamó la atención de los tres hombres en la sala de espera. El más viejo de ellos, con unos sesenta y tanto de años a cuestas se levantó al escuchar que pronunciaron mal su apellido. Fue hasta donde la pequeña mesa que servía de recepción y se acercó a la mujer que servía de anfitriona.

—Es Zitmann: Z de Zitmann —dijo con el pesado acento de un amargado profesor que no espera mucho de sus estudiantes.

La mujer se acomodó los lentes y resintió la llamada de atención. El único pensamiento que vino a su mente fue el titular de prensa que recién había leído y anunciaba el aumento del desempleo en el país.

—Disculpe usted, señor Zitmann —concentró todo su esfuerzo para que las últimas enes vibraran en el salón.

El hombre enfiló sus pasos hacia el consultorio sin hacer otra concesión. Caminó hasta la puerta que tenía un pequeño letrero: augusto zuloaga cardiólogo.

Abrió la puerta sin tocarla. El consultorio era grande y espacioso. Semejaba más una oficina de un alto ejecutivo que la de un doctor. En una de las esquinas estaba una gran escultura del tamaño de una persona promedio. Zitmann se acercó a ella y leyó el nombre inscrito en una placa de cobre. Tocó la escultura con verdadera devoción. Era un homenaje a Artemisa, diosa de la caza. Recorrió con sus dedos la obra, percibiendo en cada curva el esfuerzo exacto utilizado por el escultor para lograr aquella terminación. Cuando acariciaba los muslos torneados de la diosa, una voz retumbó en la habitación.

—Una verdadera obra de arte.

Zitmann se ruborizó un poco y volteó hacia la voz masculina. Puso la palma de su mano en su propio pecho y sintió latir fuerte su corazón.

—Una verdadera obra de arte es que hayas logrado que mi viejo corazón siga funcionando.

Ambos se abrazaron y miraron con especial intensidad. Augusto invitó a Zitmann a sentarse en el sofá. El gran ventanal daba a un jardín interior que le daba al lugar un halo místico.

—¿Cómo te has sentido? —preguntó el joven doctor.

—No me puedo quejar en lo absoluto. Un toro tiene menos ímpetu que yo.

—¿Se te ofrece un vaso de agua? ¿Quizás coñac?

Augusto se levantó del sofá y se fue hasta un pequeño perchero, se colocó una bata blanca y buscó el estetoscopio en su escritorio. Le pidió a Zitmann que fuese a una habitación cuya puerta se encontraba al final de un pasillo al lado izquierdo de la escultura de Artemisa. Zitmann fue obediente y entró a la habitación, se quitó con calma su camisa, su pantalón y se colocó una bata azul que le dejaba una visión

amplia de su espalda desnuda. Antes de salir, Zitmann vio un armario de madera y quiso abrirlo. Su corazón vibró con fuerza ante la sola posibilidad de encontrar algo que le devolviera un poco la libido perdida. Decidió abrir la puerta con suavidad y pasó su mano por la ropa de Augusto, como si se tratara de la pieza que gobernaba visualmente el consultorio. Recorrió las camisas metódicamente dobladas, la ropa interior. Levantó una botella de perfume y lo acercó a su nariz. La imagen que llegó a su mente, fue la de un muy joven Augusto en plena faena deportiva, a unas horas de su prueba de iniciación. Zitmann se veía a sí mismo sentado en las gradas, entre nervioso y agradecido por haber sido elegido para tan noble tarea. Sintió una leve erección, pero su cuerpo fue incapaz de sostenerla. Se conformó con la nostalgia y el convencimiento de que aquello no era más que una misión sagrada.

Al salir, fue hasta la camilla y se sentó ayudándose de una escalera de dos peldaños. Augusto revisó primero sus ojos, boca y oídos. Luego palpó su espalda y pidió a Zitmann respirar con la máxima de sus capacidades. Este sintió el estetoscopio frío auscultando sus pulmones y pensó en cuánto cambian los lugares que ocupan las personas en la vida.

—Este fin de semana hay juego de rugby —dijo con la vista puesta al suelo.

—Lo sé —contestó Augusto sin dejar de seguir el protocolo de revisión—. En cuanto termine el acto de campaña saldré para la hacienda.

—Espero que tengas razón y Salvador sea nuestro hombre. Necesitas alguien a tu lado que represente nuestros valores, que logre exaltar tus virtudes y no que sea un lastre.

—Confía en mi criterio, es el hombre.

Zitmann volvió a respirar y se concentró en su cuerpo que ya comenzaba a deteriorarse sin remedio. Veía a Augusto y un fragmento de corazón sintió envidia de la vitalidad de quien había sido su protegido. La otra parte de Zitmann rebosaba en orgullo y ansias porque Augusto tenía las cartas a su favor para ganar las elecciones. Aquello iba a significar el punto honorable a más de dos décadas de esfuerzos. Agradecía que aún tuviera vida para atestiguar ese momento. No muchos de quienes iniciaron la organización corrieron con la misma suerte, se dijo a sí mismo.

—Estás en perfectas condiciones —dijo Augusto colgándose el estetoscopio en el cuello—. De todas formas, pediré que te hagan un electro, por las dudas.

Augusto invitó a su paciente a cambiarse y este volvió al poco rato, ya preparado para partir. Ambos se acercaron sin coordinarlo hasta la estatua de Artemisa, que brillaba con la suave claridad que rebotaba desde el jardín interior.

—Ya comenzamos los preparativos. Trata de no llegar tarde. Esta vez tú guiarás la bienvenida —dijo Zitmann sosteniendo el antebrazo de Augusto.

Este se sobresaltó un poco, pero hizo lo posible para que no se le notara.

—Es un gran honor.

—De ninguna manera, ya viene siendo hora de que asumas ciertas responsabilidades. No estaré aquí para siempre —completó el anciano.

Augusto estaba francamente conmovido. Se abrazaron un tiempo que Zitmann sintió más corto de lo que habría querido. Volvieron a mirarse de frente y luego se hincaron frente a la estatua de Artemisa. Besaron sus pies, llamándola

«Nuestra Señora».

7

Para Lorena, calcular las posibilidades que tenía de sobrevivir a un tiroteo dentro de los restaurantes que visitaba resultaba un pasatiempo ideal. Lo hizo a sus anchas mientras Pablo terminaba de bañarse y se decidía a bajar a cenar en el restaurante del hotel. Se sintió cómoda con la vista puesta en la entrada, sin acercarse mucho a las ventanas, y concluyó que en el peor de los casos podría usar la salida de emergencia para defenderse de una emboscada.

Utilizó su teléfono para revisar una que otra noticia de actualidad. Leyó que Paula Guzmán abría una nueva tienda de ropa en la capital de Arabia Saudita y que se había negado a contestar preguntas de los periodistas sobre el hallazgo del cuerpo de su hermana. Revisó las bandejas de entradas de correos y mensajería, pero en ninguna de ellas tenía respuestas a las continuas solicitudes hechas a Tina Fernández, la asistenta de Paula.

El mesonero le trajo una limonada y volvió a ofrecerle el menú. Ella lo rechazó con cortesía. Siguió en la observación desordenada de las noticias en su celular y sacó un bolígrafo en su bolso para anotar en su libreta un dato que no podía dejar pasar. Se convocaba para una gran manifestación en las afueras del tribunal electoral, para promover un adelanto de elecciones presidenciales. Consideró que podría tratarse de un hecho pasajero que concluyera ese día. Nada que modificara su hipótesis inicial. De igual forma se mantendría alerta y agregaría más datos en cuanto pudiera llegar a casa.

Pablo apareció un cuarto de hora después. Se notaba que había dormido y lucía despistado mientras trataba de encontrar a Lorena en el restaurante. Ella fue la que se percató de su llegada. Se levantó un poco y batió su mano en el aire. Él se dirigió con aire calmo y la saludó sin efusividad. Ambos ordenaron pescado a la plancha con vegetales. Pablo una botella de vino blanco y ella solo agua. Se quedaron en pausa sin saber por dónde empezar.

—¿Descansaste? —dijo Lorena apagando su celular.

—Traté, pero tengo la cabeza revuelta.

—No es para menos —Lorena tomó la servilleta de tela y la puso sobre sus muslos, luego finiquitó su limonada dándole un largo sorbo a través del pitillo.

Pablo se concentró en acomodar la sal y la pimienta y dobló varias veces la servilleta. Lorena lo observó con paciencia y consideración.

—¿Sabes cómo conocí a Silvana? —Lorena creyó que era hora de avanzar en los lazos. Pablo se espabiló porque creyó que lo único que iba a escuchar de su antigua amiga serían detalles escabrosos.

—Me gustaría escucharlo —respondió con ligero interés.

—Creo que fue en la segunda o tercera clase de introducción a la arqueología. Estaba muy nerviosa porque ese día exponía algunas teorías del poblamiento de América. Bueno, estaban todos sentados, ¿recuerdas que ella siempre estaba en los primeros puestos? —Pablo asintió con una sonrisa cuya aparición a él mismo sorprendió—. Pues bien, estoy con el *video beam*, la computadora y encima la mirada del profesor. Bien, para variar nada funciona, no se proyecta ninguna imagen y comienzo a sudar, y a impacientarme, a punto del llanto. Entonces Silvana descruza los brazos y me dedica una mirada de verdadera compasión. Dice que la única ley que se cumple es la que el *video beam* siempre fallará. El salón entero estalló de risa. El profesor, amargado, cambió de expresión. Ella se levantó a ayudarme y logró encender el aparato. Tomé confianza y concluí sin problemas. Puede que sea tonto lo que te digo, pero fue algo muy significativo.

—Sí, ella solía hacer esas cosas —dijo Pablo.

—Nunca pude agradecerle, no como debía hacerlo.

Mientras cenaban comentaron sobre los tiempos pasados y hacían esfuerzos por recordarse mutuamente en uno que otro momento de la vida de la universidad. Pablo supo que Lorena habría escogido estudiar antropología forense en el mismo semestre que él entendió que lidiar con la muerte no era lo suyo. Recordaron haber visitado la morgue de la ciudad. Ver el cuerpo de una niña de cinco años asesinada por una golpiza de sus padres drogadictos fue el punto común que dividió los destinos de Lorena y Pablo. Ambos se sorprendieron de que aquel acontecimiento resultara en una reacción tan disímil y disfrutaron mucho más la cena, sabiéndose que existían recuerdos que no los hacían tan lejanos.

Para la segunda botella de vino, Lorena se animó solo con una copa. Mientras la servían, recordó que Silvana siempre significó mucho en su vida. Sentía una verdadera admiración, y no por el episodio del aparato electrónico, sino porque representaba a esa mujer que ella no era. Un espíritu seguro de su misión, inmune al temor que aqueja a las mujeres a quienes la televisión les presentó como modelo vidas ajenas e inalcanzables. Silvana reunía en esa cabellera roja y en el vestuario deshilachado, una capacidad para impactar en quienes le rodeaban.

Cuando Lorena sintió que los silencios de Pablo se hicieron demasiado prolongados, se excusó y pidieron la cuenta. Al despedirse en el pasillo, antes de entrar a sus habitaciones, Lorena le agradeció la escucha. Él le sonrió desde el umbral y luego desapareció al cerrar la puerta.

Pablo no pudo dormirse de inmediato. Se revolvió en su cama hasta que optó por levantarse y encender la televisión. Fue hasta el minibar y se trajo a la cama todas las botellitas que estaban a disposición.

Aprendió, mientras miraba un documental sobre alfarería china, que no siempre aquello que se rompe estaba condenado a perecer. Eso le gustó.

8

A la mañana siguiente Lorena y Pablo salieron juntos del hotel con destino al laboratorio de ciencias forenses. El vehículo recorrió la calle interna de la Universidad Central de Venezuela y los recuerdos entraron a través de las ventanas como si el auto hubiese caído sin remedio al océano. Pablo iba callado y trataba de que no se le notara su excitación por volver tantos años después a un lugar que significó tanto para él. Lorena podía darse cuenta de cuanto ocurría, pero en vez de interferir con algún comentario sin valor, dejó que aquel hombre resolviera en la soledad de sí mismo cuanto cabo suelto le hiciera falta anudar.

Al llegar a la Plaza del Rectorado, Pablo recorrió con la mirada el área descubierta desde donde es visible el edificio del Consejo Universitario. Ambos se percataron de que un grupo de estudiantes levantaban pancartas y hacían fila para entrar a un autobús de la universidad. En una de esas pancartas, que sostenían unas mujeres con pañuelos púrpuras en el cuello, estaba el nombre y rostro de Silvana. Había mensajes de todo tipo. Pablo se quedó en uno: «Solo muere el que se olvida».

No pudo evitar recordar que, para Silvana, la universidad solo tenía sentido a través de la causa política. Su obsesión era desentrañar los mecanismos de injusticia social que atravesaban cada aspecto de la existencia. Era ella contra el sistema opresor. Su búsqueda era constante y la llevaba a establecer vínculos con quienes pensaba pudieran ayudarla. Cierta vez, recordó Pablo, invitó al pequeño grupo que le orbitaba a una reunión clandestina, en la que un profesor de Sociología explicaría las razones del por qué Bakunin era, a su parecer, el hombre más sabio que había nacido. Este profesor tomaba un pupitre y hablaba sin parar dos horas seguidas, mientras otro muchacho, un joven asistente, vigilaba la puerta. Silvana estaba extasiada, aunque el resto no compartía su entusiasmo. Asistieron unas cuantas veces más e incluso se sumaron en la elaboración de un periódico que imprimirían con ayuda de los grupos de izquierda que por vez primera, en doscientos años de historia republicana, habían llegado al poder. Pero todo se vino abajo cuando Silvana entendió que su fallido mentor, entre cháchara de colectivismo y una que otra poesía revolucionaria, quería seducirla. Así que reunió al grupo una tarde, les informó que ella ya no se sentía en un movimiento, sino en una emboscada para saciar la lascivia de la edad madura. Ese fue el fin del periódico y de la etapa anarquista. Luego pasó por el marxismo, pero terminó optando por el feminismo, que entendía como una etapa superior al socialismo.

Pablo volvió al presente, se acomodó en su asiento y no quiso mirar más.

—Van al funeral. Quizá no lo sepas, pero Silvana es un icono en la universidad. En varias calles de Caracas te puedes conseguir algún mural con su rostro —explicó

Lorena mientras maniobraba para evitar algunos baches de la carretera—.Quizá después podamos venir, y tomarnos un café cerca de la escuela. Te va a sorprender lo deteriorado que está todo.

La voz de su acompañante se le hacía a Pablo cada vez más lejana. Deseaba evitar que su mente se saliera de control y se fuera a recorrer los pasillos, las aulas y los jardines de la mano de un pasado que seguía como una espina invisible clavada en el pulgar. Sacó de un bolsillo del pantalón, una botellita de *whisky* que había sobrevivido del minibar, la bebió de un trago con la vista al frente y comenzó a hablar.

—Ayer, antes de dormir, vi un programa en televisión.

La voz lacónica de Pablo advirtió a Lorena de su pésimo humor esa mañana. No hizo comentarios y esperó no se refiriera a un programa sobre cerámicas del cual soportó apenas diez segundos.

Él continuó.

—Puede que sea la historia de un misterio, o de un arte, nadie lo sabe con certeza. Lo llaman Kintsugi, o carpintería en oro. Se trata de una antigua técnica japonesa usada para reparar porcelana, aunque eso no sea completamente exacto. Es más, una filosofía, una perspectiva para apreciar la existencia.

Lorena se sintió perdida con el rumbo que iba a tomar el relato. Le sorprendió haber tenido razón con el programa de televisión, aunque evitó decir algo que perturbara la atmósfera. Pablo estaba un tanto abstraído y ella en un punto, llegó a creer que se hablaba así mismo. Quiso contribuir a la charla con algún comentario, pero Pablo apenas prestó atención y solo mantuvo su reflexión para concluir que la belleza o el verdadero valor de los objetos no se encontraban en su perfección, sino por el contrario, en sus defectos.

—En la aparente imposible reparación —dijo Pablo— es donde se vierte la mezcla de oro y resina. Se devuelve a lo ya muerto, una segunda versión de sí misma —concluyó al tiempo que volteó a ver a Lorena. Su rostro era de entera calma.

—¿De qué se trata esto?

—No entiendo ¿A qué te refieres?

—¿Qué intentas hacer? El laboratorio es mucho más cercano si bordeamos la universidad. Atravesarla nos retrasa.

¿Por qué esta puesta en escena? ¿Sabías que esos estudiantes iban al funeral?

—Ha sido una simple casualidad —Lorena apretó fuerte el volante y empalmó la última calle para salir de la Universidad.

—Ayer, al ver el documental, no pude sino pensar en esta invitación. En que insistieras tanto, en que estuvieses no sé... no lo tengo claro aún —Pablo detuvo su exposición, consumido por una expresión triste.

Lorena subió los hombros sin esconder su mueca de sorpresa. Apretó el acelerador y peleó con un motorizado que pasó rasante a la derecha del vehículo. Pablo inspiró

para agregar algo más, pero se desinfló de inmediato y se recostó en su asiento. Se quedó allí en silencio hasta que llegaron al estacionamiento del laboratorio de ciencias forenses.

Al acercarse a la entrada, el vigilante de turno saludó a Lorena y se mantuvo pensativo en si dejarla estacionar o no, ya que decía que no había lugar, pero después de echar una ojeada a su alrededor y chasquear la lengua, le pidió que fuese breve. Ella se lo agradeció y lograron estacionar sin dificultad. Pablo notó la gran cantidad de espacios vacíos y le preguntó a Lorena sobre la actitud del portero.

—Tú sabes cómo son, el micropoder en escenas —respondió ella sonriente.

Ambos se dirigieron a la puerta de acceso, pero antes de entrar, Lorena detuvo a Pablo y le comentó que el ascensor no llegaba hasta la planta baja, por lo que sería mejor entrar por la escalera de emergencia hasta la segunda planta y de allí dirigirse al laboratorio. Pablo no opuso objeción y lo que hizo fue seguirla con obediencia. Subieron por una pequeña escalera que los llevó a una puerta coronada por un cartel que indicaba la salida. No había forma de abrirla. Lorena echó un vistazo hacia dentro de los pasillos y esperó a que alguien estuviese cerca para dar dos fuertes golpes. Pablo se mantenía a la expectativa sin intervenir demasiado. Un joven que vestía bragas y llevaba una escoba abrió la puerta y les preguntó qué hacían allí. Lorena se disculpó.

—Salimos a fumar y la brisa nos cerró la puerta —dijo.

El hombre arrugó el ceño y los miró de arriba abajo, sonrió y les dio paso.

Los pasos de Lorena se escuchaban seguros y decididos. Tronaban a lo largo del pasillo y transmitían un aire de formalidad ejecutiva a la sede. Pablo veía los letreros de las puertas, en donde podían leerse «Departamento de Fotografía», «Radiología», «Unidad de Archivo». Cuando llegaron a una puerta de madera con las palabras «Antropología Física», Lorena se detuvo.

—Necesito que prestes atención —su respiración estaba agitada—. Apenas abra la puerta camina hacia la derecha. Allí entrarás a un área donde de seguro habrá uno o dos escritorios, en ellos estará un hombre y una mujer. Emmanuel y Maryorit, son unos malditos relojes. Estarán a esta hora frente a sus computadoras en la redacción de algún informe. Necesito dos minutos. Entra allí y distráelos. Que te expliquen cómo llegar al cafetín.

—¿Dos minutos para qué? ¿Qué ocurre?

—Haz lo que te digo.

Lorena abrió la puerta de golpe y entró hacia una oficina que quedaba justo al frente. Pablo se quedó un segundo paralizado en el marco por el cambio de situación. Escuchó una voz femenina saludarle desde la dirección que le señaló Lorena. Pablo dio dos pasos hasta encontrarse dentro de una oficina administrativa. Un reloj digital marcaba las 9:34 de la mañana. La mujer repitió el saludo.

—Hola, ¿en qué te puedo ayudar?

—¿Eres Maryorit? —Pablo sintió que la voz le temblaba.

—¿Y usted es? —la mujer frunció el ceño.

Pablo se adelantó torpemente con la mano extendida y en la acción golpeó un escritorio. Un portalápiz de metal cayó esparciendo bolígrafos en todo el piso. El otro hombre, que Pablo suponía era Emmanuel, apenas si se sintió aludido. Miró a Pablo y como no lo consideró una amenaza, volvió a ponerse sus audífonos y se perdió en el teclado de su computadora. Pablo se hincó para recoger el desastre mientras la mujer, que no había desamarrado su ceño de intriga, lo seguía con la mirada. Le comentó que era nuevo en el Departamento de Fotografía y que necesitaba llegar al cafetín.

—Hoy estoy solo en la oficina.

—No me digas que esos parásitos volvieron a faltar hoy. Me tienen harta con su incompetencia. Necesito culminar un expediente —Maryorit cruzó los brazos molesta.

—Quizás yo pueda ayudarte. Claro, después que vuelva del cafetín —sonrió Pablo levantando la mirada hacia el reloj de la pared.

—Eso me parece un buen gesto de tu parte. Ah, y puedes decirles a tus amigotes cuanto pienso de ellos. No me interesa. Maryorit se levantó de su asiento. No era muy alta y estaba un tanto pasada de peso. Su cabello ensortijado estaba apenas sostenido por un gancho de metal, y su rostro revelaba que el maquillaje no era una prioridad para ella. Lucía agotada, como si no hubiese tenido un sueño reparador en muchos días.

—Escúchame, vas a salir por donde entraste, a tu izquierda verás unas escaleras.

La puerta del departamento se abrió con un estrépito tremendo que interrumpió la conversación. Maryorit saltó hacia la entrada preguntando qué ocurría. En cuanto vio al hombre que había entrado su tez perdió color. El comisario en jefe de la Policía Científica se dirigía hacia la puerta de la coordinadora del departamento, seguido por dos policías más. Maryorit se fue detrás y Pablo la siguió.

Lorena sintió el crujir de la puerta contra la pared y sacó el disco duro portátil de la computadora. Escaneó la oficina en un segundo y entendió cuáles serían sus próximos pasos. El comisario en jefe abrió la última puerta que lo separaba del rostro imperturbable de Lorena.

—¿Qué haces aquí? ¿Te dije o no te dije que te tomaras vacaciones, un año sabático, un permiso remunerado permanente?

—Sí, jefe, es lo que hago. Solo vine por esto —levantó un matero en donde estaban sembrados unos cuantos cactus— Son como mis hijos.

El comisario tenía el rostro enrojecido. Uno de los que habían llegado con él, se acercó a su oído y le recordó lo que había dicho la jefatura de recursos humanos

sobre su carácter y las demandas que ya comenzaban a hacerse inmanejables por parte de la dirección legal. El comisario respiró y dio paso a una sonrisa forzada.

—Mire, señorita Díaz, la paciencia se me agota. La concesión que he hecho con usted, de tenerla aquí a pesar de su condición, ha sido solo por sus notas y desempeño académico. Enfóquese. Lo que menos quiero ahora es que esta unidad científica, repito cien-tí-fi-ca, se convierta en un nido de chismes y de teorías absurdas.

Lorena guardó silencio en todo momento de manera muy respetuosa. Sabía que un paso en falso la retrasaría en su ruta. Así que asintió solemne y con la docilidad más ajena y extraña que hubiese sentido nunca.

—Prometo que seguiré al pie de la letra sus órdenes

—expresó tomando el cactus y abrazándolo con fuerza. Ella trató de abrirse paso, pero el comisario habló primero.

—Espere un momento.

Le pidió a una oficial que llegó con él que revisara a Lorena en busca de algo que pudiese haberse llevado. Pidió además su teléfono y le ordenó a otro policía que lo revisara. Lorena se sobresaltó un poco, aunque mantuvo a raya lo que habría querido hacer o decir.

—No puede quitarme mi teléfono.

—Ah, ya, deje la alharaca. Se lo entregaremos en la recepción en unos minutos.

Pablo se escabulló apenas Maryorit le perdió de vista y corrió por las escaleras que había subido unos minutos antes. La oficial que revisó a Lorena terminó la inspección y dio un paso atrás. Lorena comenzó a caminar para salir de la oficina con dirección a la sala de espera de la recepción. El comisario en jefe caminó tras ella para supervisar que se montase en el ascensor junto a unos oficiales que la escoltarían. Antes de que entraran le gritó desde lejos y olvidando las formas que deben cuidarse en el entorno laboral:

—Ah, y este consejo es gratis: no vea tantas películas. La vida real es otra cosa.

9

En la planta baja del edificio del Laboratorio de Ciencias Forenses, el ritmo era el habitual. Personas que llegaban hasta la recepción se identificaban como miembros de la institución e ingresaban. Otros tantos hacían preguntas sobre familiares desaparecidos. Era usual que se confundiera dicha institución con la morgue de la ciudad. Los recepcionistas ya estaban habituados y respondían con un fastidio automático mientras sus mentes estaban en alguna aplicación telefónica o en la lectura vaga de alguna página web dedicada a los deportes o la farándula. Los dos policías que custodiaban a Lorena se mantenían de pie. La escena no llamaba la atención, ni parecía algo fuera de lo normal a no ser por el cactus. Pablo, desde la acera, se sobaba las manos y sentía la incomodidad crecer dentro de sí.

Un hombre de camisa azul celeste y corbata llegó hasta los torniquetes que posibilitaban el paso a los ascensores. Hizo un gesto para llamar a los oficiales, quienes se acercaron con Lorena. Le entregaron un paquete que ella abrió, sacó su celular y de inmediato salió del edificio. Cuando se cruzaron,

Pablo esperaba que le dijera algo, pero ella caminó silente en dirección a su carro. Con el esfuerzo de quien debe suponer cuál sería el próximo paso, la siguió.

Una vez dentro del carro, Lorena no lo encendió. Pidió a Pablo sostener el cactus y rebuscó algo en sus raíces. Sacó un pequeño disco duro, le sopló la tierra y lo metió en su sostén. Luego prendió el carro y dio la vuelta en el estacionamiento. En la puerta le entregó el cactus al vigilante, no sin antes sugerir que podía metérselo por el culo al comisario en jefe. El automóvil despegó con un chirrido sobre el asfalto que hizo saltar una ligera nube de humo.

Lorena revisó la hora en el tablero. Aún estaban a tiempo para asistir al funeral. Tomaron la autopista zigzagueando con violencia. A medida que iban acercándose a las estrechas calles de la urbanización que servía de antesala al camposanto, el flujo vehicular se hizo más denso. Vieron algunas camionetas de canales de televisión estacionadas a lo largo de la entrada y unos cuantos autobuses universitarios. La gente se bajaba de los vehículos y caminaba hasta la capilla donde se llevaría a cabo la ceremonia. Estacionó como pudo, muy cerca de una venta de flores. Caminaron junto a grupos de estudiantes que pedían justicia, pasaron cerca de las cámaras de televisión que entrevistaban a unos cuantos que aseguraban haber conocido a Silvana, y el corazón de Pablo se detuvo cuando vio a Antonio Guzmán, el padre de Silvana. Cuando Pablo se fue del país, no se despidió de él ni de nadie. Creyó que Antonio, al ver ese fantasma, iba a lanzarse contra él a puñetazo limpio para comprobar si era tan real como el dolor de la trágica muerte.

Lorena se quedó a unos pasos del féretro y aupó a Pablo a encontrarse con su pasado. Cuando estuvo frente a Antonio este reaccionó estrechando la mano con la derecha y palmeando el hombro del recién llegado con la izquierda.

Entonces subió los ojos y ambos cruzaron sus miradas. Los ojos de Antonio brillaron, no había en ellos resentimiento, ni reclamos. La grata sorpresa generaba en su cuerpo una tensión justa para transmitir lo que sentía.

Se abrazaron y detuvieron una fila que había funcionado con meticulosa cortesía. Los presentes fueron conscientes de la importancia del encuentro. Pablo dejó que el ritual continuara, y le dijo que más tarde hablarían con calma. Antonio accedió y lo despidió para seguir en el recibimiento de palabras de aliento.

Pablo se acomodó a un lado en silencio, mientras buscaba en su memoria alguna situación que le hubiera gustado compartir de nuevo con Silvana. Hubiese querido regresar con ella de nuevo y reírse de las preguntas crueles que les hacían a los profesores inexpertos que se atrevían a tratar con aquellos jóvenes soberbios. También comentarle que en su largo recorrido hasta Chile, pensó mucho en Bolívar y en aquellos que le siguieron por los páramos y pantanos, en busca de algo que no podía tocarse o verse. Un concepto ajeno para ellos, que solo podía adquirir carne y sustento en las palabras emotivas que el Libertador tenía que dar cada vez que el cansancio o las fiebres aceleraban el decaimiento de la moral de sus hombres y mujeres. ¿Qué lleva a los humanos a saltar al vacío?, hubiese querido preguntarle a Silvana, echados de nuevo en la grama de Tierra de Nadie, viendo las nubes moverse mientras esperaban la hora de la cena.

Levantó su mano y tocó la madera. El féretro estaba cerrado, porque ya nada había allí que representara las facciones o gestos de una mujer. Miró una gran fotografía en blanco y negro del rostro de Silvana que reposaba en un caballete de madera. Estaba adornado con flores multicolores, y sus años de nacimiento y entierro: 1981-2017. Pablo pensó en que ella cumpliría 36 años.

¿A qué se habría dedicado, dónde trabajaría, estaría casada o con hijos? Pablo había evitado las fotografías de Silvana y se había conformado durante poco más de una década con el recuerdo que su memoria guardaba de ella. Pero en ese momento, saber que Silvana reposaba en un lugar seguro le proveía la capacidad de poner su mente en otra cosa.

Una turba de muchachos veinteañeros irrumpió en la capilla con cánticos y elevando su algarabía hasta los niveles donde ya no se quiere alivio, sino recuperar la dignidad a través de algo más que unas coordenadas adonde llevar flores los domingos. Decían que Silvana seguía con su cabellera roja inundando de furia cualquier causa justa. Pablo fue hasta la fotografía, la tocó y luego salió de la capilla.

No acompañó el traslado del cuerpo hasta el camposanto. Se preguntó si acaso Silvana hubiese optado por la cremación, pero no recordó que hubiesen

hablado de ese asunto. Se encontró con Lorena en un rincón donde servían café y sándwiches a los asistentes al funeral. Bebieron café negro, al que habría querido agregar algo de vodka. No hablaron de nada que tuviese que ver con Silvana. En vez de eso, Lorena señaló hacia unas grandes residencias que ella aseguraba habían sido objeto de un fraude inmobiliario.

—Llegará un momento en que no habrá en Caracas donde enterrar a nadie y el cementerio se fundirá con los jardines de esos lujosos edificios —dijo Lorena mientras entrecruzaba los brazos.

Pablo miró hacia el horizonte y pensó en el futuro que ella describía. Le preguntó si ya podían irse. Ella se negó. Decía que era una buena oportunidad de pasar algún tiempo con Antonio y quién sabe si en conjunto recordar algún tipo de detalles que ayudaran a resolver el caso. Él asintió y aguardaron hasta que la ceremonia concluyó. Vieron a Antonio Guzmán caminar acompañado de sus amigos. Lorena se acercó junto a Pablo y propusieron llevarlo a su casa.

Llegaron a El Barrio, como Antonio Guzmán llamaba a su utopía. Era una urbanización de casas de poco más de ochenta metros cuadrados, junto a un patio trasero de igual tamaño para la cría de pequeños animales de corral y la producción de algunos víveres y hortalizas. En el acto de inauguración estuvo el propio presidente de la República, quien les encomendó a todos: fuesen el modelo a seguir para los que vendrían: las primeras semillas del nuevo mundo. Entraron a la casa de Antonio y allí aprovecharon de tomar café mientras él les comentaba que muchos de los habitantes originales habían vendido sus casas y se habían ido a vivir fuera del país.

—Muy pocos entendieron de qué se trataba esto. Echaron cemento en los patios de tierra y se dedicaron a vender baratijas que traían de Colombia. Otros se fueron al exterior. Quedaron las casas, pero nada de la vida comunitaria —se lamentó Antonio entre cada sorbo.

Pablo recorrió la casa y consiguió fotografías de Silvana, Paula, y la madre de ambas, Ángela. Se sorprendió un poco al ver una fotografía de Eloísa, su exnovia, junto a Antonio, en alguna playa o sonrientes frente a la casa en la que se encontraban.

—Estuvimos juntos cinco años, luego de que Ángela muriera. No lo habría logrado sin ella —comentó Antonio acercándose a Pablo—. Terminó la carrera y se fue a una maestría en la Sorbona. Al principio nos escribíamos, pero ya poco a poco las cosas se enfriaron. No supe más de ella en cuanto su abuelo enfermó y se hizo cargo del negocio familiar. Hablábamos mucho de ti, te quiso mucho. Estoy seguro de que le habría agradado verte. Creo que sigue vendiendo obras de arte y reliquias en Europa.

—Me gustaría volver a verla, aunque fuese unos minutos al menos —dijo Pablo—. No conservo ninguna amistad de esa época.

Ambos se quedaron un momento en silencio y un cristofué se paró en la ventana.

—¿Y a Rony ya lo viste?, vive aquí en la urbanización —dijo Antonio mientras se levantaba de la silla.

Antonio salió con Pablo a la puerta de la casa y le señaló una que se hallaba a unos cincuenta metros. Lorena se había sentado en el sofá y hacía en silencio anotaciones en su teléfono. Sentía que aquel no era el lugar ni el momento para interrogatorios. Solo se limitó a escribir nombres en su aplicación que servía de libreta. Pablo le pidió que esperara y fue en busca de Rony.

Tocó dos veces la puerta. Un niño de diez años se asomó por una de las ventanas y miró a Pablo. Este le preguntó por Rony y el niño llamó a su padre a los gritos. No pasó un minuto cuando se abrió la puerta y pudieron verse los viejos amigos. Se abrazaron y hablaron casi una hora. Rony lo invitó a conocer su casa y familia, a los dos niños varones y una pequeña niña de tres años. No dijo nada sobre su esposa y Pablo tampoco quiso importunar. Lo llevó hasta el patio y le mostró el sembradío. Estaba muy orgulloso y se tomó un tiempo en explicarle cómo hacía para tenerlo productivo. Decía que era una misión militante cosechar su propia comida y que no le iba a dar el gusto de que lo vieran derrotado. Pablo preguntó por Monopunk. Rony subió el ceño.

—¿Realmente no sabes nada?

—¿Qué tendría que saber?

—Monopunk está preso desde hace once años. El muy demente estaba convencido de que la desaparición de Silvana era culpa de las transnacionales. Voló la esfera Pepsi que estaba en el rascacielos de Plaza Venezuela.

—Pero, ¿cómo pudo hacer algo así?

—Te diré lo mismo que a los pacos: «No tengo la más puta idea». Detrás de la heroína y el crack, el hombre guardaba un pequeño genio, uno muy inusual.

Rony le sirvió un jugo de limón con papelón y se sentó con él en la sala. En la desordenada mesa que se hallaba frente a ellos, estaba un pequeño mazo de cartas. Pablo las tomó y sonrió.

—¿Me estás jodiendo? ¿Todavía juegas?

—Con la crisis económica he conseguido trabajo con compañías fuera del país. Ellos me envían sus videojuegos de prueba y yo les paso reportes sobre fallas. No pagan mucho, pero me permiten resolver lo que deja por fuera el huerto familiar —respondió Rony, sentándose al borde del sillón.

Tomaron un sorbo de jugo y quedaron de pronto desinflados, como si ya lo que los unía se hubiese agotado. Pablo le preguntó si había estado en el funeral. Rony negó con la cabeza, sentía que no tenía ningún sentido llenarse de esas energías. Que su tributo para con Silvana era no dejarse vencer por el sistema. Cuando se despidieron, Rony se quedó en la puerta y le preguntó a Pablo qué haría por la mañana. Este le respondió que ya le tocaba volver a Chile.

—¿Y piensas regresar algún día?

—No lo sé, es probable, no he pensado en eso.

Antes de alejarse, Pablo volvió la vista y quiso decirle a Rony que había sido un gusto volver a verle, pero este ya había entrado en su casa y cerrado la puerta. Quedó entonces en la oscuridad de la calle, débilmente iluminado por unos faroles de luz tibia que no le brindaban ningún calor mientras caminaba de vuelta a casa de Antonio.

Por supuesto, algo había obtenido Lorena de la visita, sobre todo de la conversación que sostuvo con el señor Guzmán mientras Pablo visitaba a Rony. Al pobre viejo se le aguaban los ojos al recordar el pasado. Lorena llegó a creer incluso que sirvió para liberar la presión contenida. Antonio recibió con alivio la noticia de la aparición de su hija. Decía que no existe mayor crimen contra los inocentes que la ignorancia.

—Ver huesos o leer los escabrosos y lacerantes informes de la autopsia —le explicó a Lorena—, no se comparan con el vacío interno que genera desconocer el paradero de esos seres que llamamos hijos e hijas y que no suman años, ni centímetros, ni experiencia a su vida, pues siempre serán en el corazón de sus padres esa criatura frágil e inmensa que abandona el vientre para irse a reposar y sostener en los brazos paternos. Mi hija salió de la oscuridad y del silencio. Ahora dejaré de buscarla en la sombra de los recuerdos.

Lorena reconoció que más que paz, las palabras de Antonio le provocaban una profunda ira. Se preguntó si acaso aquel anciano no deseaba saber quién asesinó a Silvana, si no deseaba que esa persona pagara por su crimen. Lorena no podía suponer que la única paz que deseaba era tener un lugar al cual llevar flores. Trató de no lanzarlo contra las cuerdas, de no tensar las emociones de ese pobre y atolondrado sujeto, pero le fue imposible resistir preguntarle si acaso no esperaba que se hiciera justicia. Antonio asumió la respuesta con la calma de esos a quienes ya solo les resta esperar porque la muerte los lleve a la nada.

—Detective Díaz, cuando Silvana desapareció me sumí como muchos otros en su búsqueda. Lo más doloroso era visitar una y otra vez la morgue y chocar con cadáveres desconocidos para mí. Durante muchas veces rogaba por no ver su rostro al abrir la mortaja. Pero luego, después de los insomnios, de los dolores en el pecho cada vez que el teléfono repicaba en casa, de mentirle una y otra vez a mi esposa sobre Silvana, rogué por ver su carita allí, dormida para siempre sobre el plástico de esas bolsas negras. No quiero negarle que deseo que descubran al responsable. Evitar que otros sufran un destino semejante. Pero, míreme donde estoy. Vivo en un sueño roto, lleno de fotografías y hablando con extraños sobre lo que ya no existe. ¿Acaso puedo o merezco ser señalado por desear un poco de paz?

Cuando Pablo llegó de vuelta y le pidió irse, ella estuvo de acuerdo. Abrazaron a Antonio y se subieron al vehículo. Lorena no hizo preguntas en el viaje de retorno al hotel, aunque si solo hubiese ido más allá de las previsiones que le imponía su sentido de la oportunidad, Pablo no habría tenido reservas para confesarle que, al recorrer la utopía devastada de Antonio Guzmán, supo que los humanos no eran tazas o vajillas; que no era porcelana la que los recubría sino esa fina cubierta que sirve para el dolor o para el placer a partes iguales. Que no existía nada, ni técnica, ni reflexión que lograra sellar las fisuras que se abren por el solo ejercicio de vivir y que estaba seguro de que la vida, en sí misma, era la mayor afrenta que le hacíamos al vacío. «La originaria e indeleble cicatriz», la llamó Pablo para sí.

10

Sobre el cómodo y casi imperceptible rumor del avión privado, Paula dormía. Tina tecleaba en su computadora portátil en el asiento de enfrente. De vez en cuando levantaba la vista de la pantalla solo para corroborar que las cosas marcharan en orden. La auxiliar del vuelo pasaba cada veinte minutos para ofrecer alguna bebida. Tina la despachaba con una sonrisa, aunque a veces aceptaba un suave vino de primavera, solo para rozarle los dedos mientras tomaba la copa o la servilleta. La sobrecargo sentía la energía punzante de Tina, pero se mantenía firme porque prefería mantener su trabajo a dejarse arrastrar por una indiscreción que la sacaría de la rotación de vuelos trasatlánticos. Pero Tina no tenía muchos deseos de seducir hasta el final, solo se divertía, así como sentía que lo hacían con ella. Un espasmo de tristeza le golpeó el estómago al recordar la dureza con que Paula la maltrató aquella vez. Rodeada de lujos y en la observación atenta de la ciudad, entendió que había sido un error involucrarse de esa manera con sus empleadores. Aunque a esas alturas no podía hacer nada, había abandonado los prejuicios y cada día la palabra «deberes» se expandía a fronteras en las que la esclavitud estuvo anclada por centurias. Se había embarcado en un crucero anónimo a la entrada de sus veintes, y ahora, a punto de saltar a la tercera década, era consciente de la velocidad y temeridad con la que manejaban el timón de su vida.

Tina vio a Paula revolverse en el asiento y balbucear dormida. Con ligereza acomodó su manta y reclinó mucho más el espaldar para garantizar la comodidad de su jefa. Cerró por completo la cubierta de la ventanilla y la dejó descansar. Volvió a sentarse y decidió que también era una buena idea relajarse. Cerró la laptop y la puso a un lado, sobre una caja que lucía como las que se usan para regalar bombones. Solo que, a diferencia de dulces, guardaba un revólver cromado que el príncipe heredero le había enviado a Augusto, con el firme propósito de enseñarle que Arabia Saudita era mucho más que petróleo y edificios futuristas.

11

Llegó en una camioneta negra, escoltado por otros dos vehículos y algunas motos. Era la primera vez que Augusto Zuloaga iba a esa zona depreciada de Caracas, un barrio tan pero tan al oeste que casi podría considerarse imaginario, fuera de toda previsión. Ese día se había vestido con unas buenas botas de *camping*, un *blue jean* y una camisa blanca con delgadas costuras azules. A pesar de lo que le recomendaron sus asesores, no usó protector solar, porque no habían conseguido el transparente, y corría el riesgo de quedar con una capa blanca en la cara que lo haría lucir terrible en las fotografías.

«El país no consiente sujetos afeminados», recordó que le explicaron los consultores de opinión que contrató, quienes insistían en que Venezuela jamás iba a abandonar el culto a los liderazgos de hombres que transmitieran un cierto aire militar. Él no provenía de ese mundo y no le interesaba, pero contaba con un buen metro ochenta centímetros, una espalda y hombros anchos resultado de años de ejercicios en los campos de rugby cercanos a Caracas. Esa era su armadura, la capacidad de mimetizarse en las emociones ajenas. Sentía que no tenía de qué preocuparse.

No obstante, esa mañana estaba disperso. Caminaba junto a algunos habitantes de la zona que salieron a recibirlo y apenas prestaba atención al líder comunal que lo guiaba para enseñarle que el gobierno no atendía el estado de las cloacas y tampoco recogía la basura. Augusto lo oía sin escuchar, y usaba sus recursos mentales para hacerles creer que su atención estaba allí. Incluso en uno u otro momento, casi como obedeciendo a un patrón daba una orden a algún asistente para tomar notas y expresó con voz fuerte y definitiva que esto o aquello era lamentable y que pronto todo cambiaría.

El recorrido pudo haber durado una hora más, de no ser porque un grupo contrario esperaba a Augusto en lo alto de una colina. Lo acusaban de llegar con simpatizantes foráneos y le gritaban que se fuera. Lanzaron algunos huevos que impactaron contra los escoltas, quienes hacían enormes esfuerzos por evitar que se manchara la camisa blanca de Augusto. En lo alto de la colina, una mujer lideraba la pequeña protesta. Augusto le preguntó a uno de sus asistentes si la reconocían, pero ninguno supo responder de manera afirmativa. Al poco rato, sin que fuese posible lograr que se apaciguaran los ánimos, Augusto decretó la retirada.

Lejos de alterarse, en su mente solo estaba presente el juego de rugby. Prefería perder cualquier pauta en su agenda excepto aquella cita. En cuanto se subió de nuevo a su camioneta y se limpió el sudor con unas toallas húmedas que le proveyó su chofer, pidió ir hacia la finca cuanto antes. En el camino revisó su celular y le escribió a Paula. Temía que coincidiera su llegada con la protesta

que se estaba organizando para el tribunal electoral. Zitmann también le había escrito preocupado por su asistencia. Le informaba que Salvador llegaría luego de cumplir con un pequeño compromiso y que tratase de no llegar tarde. Augusto contestó el mensaje, cerró su celular, y se recostó mirando por la ventana como los árboles se funden en una masa verde cuando los autos traspasan el límite permitido de velocidad.

12

El controlador de vuelo esperaba dos aviones privados ese día. Uno se había reportado con buen rumbo y tiempo sobre el Atlántico. El otro ya había arribado escasos veinte minutos antes. Tal y como lo habían solicitado en el protocolo, y quién sabe si halando uno que otro hilo, informaron que el avión pasaría directo a reabastecer combustible y que despegaría en cuanto cumpliera su agenda en tierra. El controlador no hizo preguntas extras y se mantuvo apegado a su actividad de registro y monitoreo. Se levantó a buscar un poco de café y echó un vistazo a la pista. Los operadores de rampa ya estaban cerca del avión y procedían a cumplir con sus tareas. También se aproximaban dos automóviles hacia el avión. El controlador puso a calentar la bebida para darse más tiempo en la observación de cuanto ocurría. Un hombre vestido con una chemise azul, lentes de sol y pantalones beige baja de uno de los vehículos en el momento en que otro desciende por la escalera de la aeronave. El que está en tierra recibe en sus manos una caja mediana, y cada quien retorna por donde vino. La escalera del avión vuelve a elevarse, el auto se enciende, y justo en ese momento, la máquina del café suelta un chirrido que hace saltar al controlador. Se sirve café y vuelve a sentarse frente a la pantalla de su computadora de navegación.

13

El campo de rugby estaba impecable y bien podado. Zitmann se había mantenido expectante desde el día anterior y no cesó un minuto en darles indicaciones a los jardineros y al equipo logístico para que nada fallase. El equipo de Zitmann, además de reunir a grandes jugadores profesionales, mantenía en sus filas a contendientes de alto perfil no solo en lo deportivo. Capitanes de grandes grupos económicos, diputados, gobernadores, directores de cine o figuras del mundo del espectáculo. Todos tenían en común haber transitado por esa cancha. La mayoría de su plantilla era reclutada en colegios de gran prestigio o tenían su cupo desde el vientre materno. Para muchos, el equipo de rugby de Zitmann era considerado la mejor escuela para disciplinar el carácter y garantizar que los intereses personales siempre estuviesen alineados con los del círculo más extensivo de las familias.

Un muchacho encargado del *catering* se acerca a Zitmann, quien ocupaba una silla con la vista panorámica del campo vacío. Le informa que los jugadores han comenzado a llegar al vestíbulo y se han cumplido sus indicaciones de enviarlos directamente a los camerinos. Le pregunta por Augusto y el muchacho correctamente uniformado asiente, agregando que el señor Di Mattias también había llegado.

Zitmann se retira en dirección a los camerinos sin siquiera mirar o agradecer la información del mesonero. En el trayecto pasa por un pasillo donde hay fotografías de las distintas alineaciones que han tenido los equipos a lo largo de los años; algunas con más premios que otras en las canchas, aunque fuera de ellas ninguna perdió nada. Para Zitmann, el éxito se encuentra en el uso de la red. Con los desconocidos prefiere la frase «Trabajo en equipo». Para sí mismo, es un regalo, un reconocimiento a su entrega fervorosa, una recompensa para la fe.

En un corredor desde donde es visible la entrada de la finca, Zitmann se detiene para observar dos automóviles negros que se detienen. Ve a Salvador Di Mattias descender de uno y darles indicaciones a sus ayudantes. Uno de ellos lleva una caja y el otro un bolso deportivo de tamaño mediano. El personal de protocolo, tal y como fue instruido, le indica a Salvador que solo él puede entrar. «Ellos se encargarán de la caja», grita Zitmann desde lo alto. Todo se paraliza y vuelven la vista al hombre que observa desde las alturas. Salvador saluda. Se quita los lentes de sol y luce nervioso, algo cansado. Sus escoltas se retiran y queda solo en el *lobby*. Ambos se encuentran frente a las puertas de cristal y madera.

Se dan la mano y después de un breve abrazo, Zitmann guía a Salvador por los pasillos, en dirección a los vestuarios. Cuando llegan, los reciben once jugadores.

—Bien, Salvador. Siéntete como en casa. Augusto será el capitán el día de hoy. Para lo que necesites, él te ayudará.

Augusto asiente como un niño recién ingresado a la secundaria. Usualmente es más altivo y soberbio, pero en ese vestidor se siente un poco disminuido y sin la jerarquía que le permite dar órdenes según le convenga. Augusto, en interiores, da un paso al frente y le muestra un armario para que coloque sus pertrechos. «Dentro está el uniforme», le dice. Luego continúa vistiéndose. Zitmann aprovecha para salir y dejar que la dinámica se desarrolle sin su intervención.

Salvador comenzó a desvestirse bajo la mirada de todos. La acumulación de la atención en su cuerpo le provocó una molestia nunca conocida. El grupo lo miraba en silencio y seguía cada paso.

—¿Van a quedarse mirándome? —dijo con un timbre nervioso que intentó enmendar.

—Anda, que no tenemos todo el día —Augusto inyectó mayor tensión.

El resto de los compañeros seguían desnudos en espera de que Salvador diese el primer paso. Este respiró y trató de no lucir como si arrastrara algún trauma infantil. Se quitó la camisa, luego la franela blanca que llevaba debajo. Desajustó su correa en el mismo momento en que se quitaba los zapatos usando sus propios pies. En un momento estuvo a punto de perder el equilibrio, y tuvo que sostenerse de la banca de madera frente a él. Nadie movió un músculo para sonreír o molestarse. Lucían como figuras de cera cuyos ojos como dardos iban directo a su cuerpo. Se bajó el pantalón y lo dejó a un lado. Aprovechó para comenzar a colocarse el uniforme. Augusto lo detuvo.

—Tienes que quitarte todo, son las reglas.

Salvador miró al resto esperando en ellos algo que diese pistas sobre la veracidad de lo que escuchaba. Quiso irse, pero estaba tan cerca ahora que desistir sería considerado por sí mismo, cuando todo pasara, un gran acto de cobardía.

Empezó a bajarse el interior y dejó al descubierto su pubis y los vestigios de unos vellos negros que recién había cortado.

—¡Es broma! —tronó Augusto, con un severo ataque de risa. El resto lo siguió con estrépito—. Puedes hacer lo que te dé la gana, Salvador, es nuestra regla: haz tu voluntad.

Augusto le dio una palmada en el hombro y fue a vestirse.

Salvador sonrió sacándose de encima los nervios.

—Me han dado un gran susto, claro que me lo han dado

—y al levantar los ojos se percató que ya nadie estaba prestándole atención.

El equipo contrincante había llegado al campo. Salvador vio a Zitmann sentado en la grada junto con otro sujeto. A una distancia de diez metros un muchacho del *catering* aguardaba por cualquier instrucción. Augusto se acercó a Salvador para preguntarle qué posición quería jugar. Respondió que usualmente jugaba de delantero. Augusto estuvo de acuerdo, tuvieron una pequeña reunión donde Augusto alentó a todos a pasarle por encima al oponente sin mostrar un mínimo

de piedad. Quería jugar al máximo de velocidad y pedía no dejar caer el balón. Desde un lateral los árbitros se sentaron y uno de ellos tocó el silbato para comenzar. Augusto se fue a la banda para comenzar el juego.

El ritmo fue ligero al principio. Salvador se desenvolvía bien y actuaba con rapidez en la ofensiva e incluso cuando debía pasar a la defensiva. Estuvo cómodo al principio, como si hubiese jugado junto a ellos desde siempre. No pasó mucho tiempo antes de que el sentimiento que lo invadió en el vestuario regresara. Sucedió luego que un defensa del equipo contrario obstruyera su avance y él decidió no solo no dejarse caer sino mantener la posesión del balón. Se preparó para resistir la embestida enemiga mientras esperaba que su equipo sumara fuerzas a su intento y así avanzar. Lo que vino fue distinto.

Alguien lo tomó de los pies y eso lo hizo caer boca arriba. Esperó con particular ansiedad el sonido del silbato para detener las acciones. Nunca llegó. Lo que sí vino fue que sobre él comenzaron a aglomerarse uno tras otros jugadores propios y extraños. Como pudo soltó el balón, sin que eso modificara lo que ocurría. A ninguno le interesaba ir tras la pelota, sino arremolinarse de manera violenta sobre su pecho. Comenzó a sentir que se le agotaba el aire, y un pánico de claustrofobia le hizo gritar hasta que se sintió iba a desmayarse.

Poco a poco, comenzaron a quitarse de encima y Augusto lo levantó como si fuese un pequeño muñequito de papel. Le dio dos fuertes bofetadas mientras le gritaba riendo «¿Está bien, soldado? ¡Responda, soldado!». Le alcanzó algo de agua y le dio de beber. Salvador recuperó el aliento. «¿Puedes continuar?», preguntó Augusto. Recuperó el aliento, se sacudió el mareo y dijo que sí podía seguir.

El juego prosiguió y la violencia de las arremetidas también. Después de una embestida particularmente sucia, Salvador lanzó puñetazos al aire, no tanto por rabia sino por un gesto animal, instintivo y desesperado. En aquel campo, todos los miraron como si desearan despedazarlo. Sintió miedo y pudo haber abandonado. Pero estaba allí para demostrar que deseaba ser el compañero de Augusto en la carrera presidencial. Cualquier sacrificio valía la pena, incluso si en eso se le iba la vida y un par de dientes. El árbitro se acercó y constató su estado físico. La sangre le chorreaba por la nariz, un hematoma crecía en su párpado derecho y tenía una ceja abierta.

—¿Quieres continuar? —preguntó Augusto de nuevo.

Salvador escupió al piso una mezcla de saliva y sangre.

—Más que nada en el mundo —contestó.

14

Pablo se revolvía en su cama. El sueño fue plácido en un principio, con las imágenes de un salón de clases conocido y la estampa de una pizarra blanca al fondo. Los pupitres estaban vacíos o cubiertos neblina. Estaba sentado en la primera fila con la vista puesta en la pizarra. Escucha a sus espaldas que una puerta se abre para luego cerrarse con un estrépito. Quiere voltear, pero no logra hacerlo. Debe esperar que los pasos que se aproximan revelen quién ha entrado en el salón de clases. Era Silvana, vestida con una blusa blanca y una falda de gabardina que le cubría las rodillas. Llegaba al aula flotando en unos tacones negros altísimos que contrastaban con sus lentes de pasta. En brazos llevaba unos papeles. Al pasar por un lado de Pablo, lo mira. La sensación que le produce parece la combinación de decepción y esperanza para la enmienda. Llega hasta el escritorio y lanza los papeles sobre él con mucho desdén. Se sienta en el escritorio y cruza las piernas. Sigue con los ojos clavados en Pablo, mientras toma un cigarrillo y lo enciende. Aspira y larga el humo con sensualidad.

—Muchachos, he revisado los exámenes, y déjenme decirles que estoy muy decepcionada. Esta prueba me ha hecho pensar muchísimo. Quiero, si me permiten, leer un fragmento de este ensayo «De qué hablo, cuando hablo de vivir», escrito por el bachiller y aspirante a antropólogo, Pablo Linares: «Tómese un mapa y se entenderá de inmediato que esas grotescas líneas que llaman fronteras no son más que las grandes cicatrices de la utopía humana. Léase un libro, véase una fotografía, rebúsquese en los patrones que dibujan las aves al escaparse del invierno. Diríamos incluso que la propia historia no es sino la confesión de las rupturas, el aniquilamiento perpetuo de los acuerdos sociales, el archipiélago de los destinos que se pensaron comunes. Parece que todo hablara el lenguaje de la tragedia».

Silvana deja el ensayo a un lado. Exhala y en el proceso sus labios se mueven provocando un sonido que denotaba decepción. Se deshace el lazo que mantiene su cabello recogido y lo bate un poco. No era rojo su color sino de un castaño con reflejos dorados. Descruza las piernas y en el acto Pablo logra ver fugazmente su ropa interior de algodón. Siente que eso le ha provocado una erección muy fuerte y teme que aquello derive en una polución que inunde por completo el aula de clases. Silvana, severa, apoya sus manos en el escritorio y con voz profunda y urgente reacciona:

—¿Y qué hacemos?, bachiller. ¿Nos echamos a morir, nos derrotamos? ¿Dejamos que la tragedia se desborde sobre el mundo? Hagamos algo —Silvana toma el ensayo y lo rompe en dos—. Vaya y haga de nuevo la tarea, espero más de usted.

¿Me está escuchando con atención, bachiller Linares? ¿Me está escuchando bien? —Silvana comienza a golpear el escritorio una y otra vez, reclamando atención, y poco a poco el estruendo diluyó la imagen del salón de clases.

El ruido de la puerta lo despertó. Se desperezó mientras trataba de ubicarse. Vio la habitación y cayó en cuenta de que seguía en el hotel. Los golpes se intensificaron. Se levantó en interiores y sacudiéndose la confusión fue hasta la puerta para abrirla. Allí Lorena lo esperaba.

—Creí que te habías muerto por la noche, ya iba a pedir ayuda en recepción.

—Dormía, estoy muy agotado.

Lorena bajó la mirada y midió sin pudor la erección que Pablo mantenía con inconsciente vigor.

—Debe haber sido un buen sueño.

Pablo se avergonzó, dio un paso hacia atrás e interpuso la puerta para esconder la excitación que casi dos décadas después le causaba el recuerdo de Silvana. A Lorena la acción le provocó una carcajada imposible de contener.

—No seas tonto, tampoco somos unos niños. Anda, báñate, que es hora del desayuno. Debo ponerte al corriente del caso antes de que bajemos al aeropuerto. Quiero que te vayas bien informado y también me gustaría escuchar tus opiniones.

Pablo asintió. Cerró la puerta y entró a la ducha, con la intención de apagar su fuego con mucha agua fría. Lorena llegó a su cuarto y tomó su computadora, un proyector portátil y ordenó algunos archivos con fotografías y análisis de los forenses. Lejos de su fortaleza exterior, se hallaba hecha una madeja de nervios e inseguridades. Tendría a lo sumo esa única oportunidad para convencer a Pablo de que la acompañara en la resolución del misterio que significó la desaparición y posterior muerte de Silvana. Creía que no podía enfrentar aquello sola. Por supuesto, aún tenía a Wifi, su compañero de investigación, pero sumar a Pablo a la causa significaba para ella algo más que apoyo: era asegurarse una vía directa al mundo íntimo de ese acertijo. Preparó toda su documentación y cuando encendía el proyector con su luz azul sobre uno de los muros de la habitación, Pablo tocó la puerta. Lorena lo hizo pasar, apagó las luces, y se acomodó en la cama junto a sus papeles. Apuntaba con el control remoto y de inmediato la pared fue pintada por una lámina que decía «caso guzmán — alta prioridad». Pablo se había acomodado en una silla contigua a la cama y aguantó la respiración. La primera imagen mostraba una zona boscosa y a algunos funcionarios alrededor de un pequeño círculo.

—La osamenta fue encontrada por unos niños que estaban cazando pájaros. Un perro que iba con ellos comenzó a escarbar y tropezó con huesos. La zona había recibido lluvias fuertes por casi dos semanas y el montículo fue erosionado hasta dejar la fosa a ras de la tierra. Los primeros en llegar fueron los policías locales. Resguardaron la zona para facilitar el trabajo de detectives y forenses.

Lorena presionaba el control remoto y aumentaba el tamaño de los detalles. Sintió que podía recrear el olor de la tierra húmeda impregnada en los huesos, cerró los ojos para evitar que la particular fragancia se colara hasta la habitación. Pablo

mantuvo la firmeza con las primeras fotografías. Con la tercera o cuarta sintió un pinchazo en el estómago.

—Ya aquí, el cuerpo está en el laboratorio. Con una fecha de muerte de más de una década, sometida a los efectos progresivos del medio ambiente era casi imposible que pudiésemos encontrar algo. Sin embargo, el o los asesinos no previeron un detalle. Hacia la zona se desviaba una corriente de agua que sirve como aliviadero a una represa cercana. Así que el lugar llegaba a convertirse en un pantano durante largos periodos de tiempo. Eso preservó la ropa, pero sobre todo ciertos tejidos blandos.

—Hablas de asesinos...

—Al cuerpo le quitaron la dentadura y las manos. Dos cortes a la altura de las muñecas. Querían hacérnosla difícil.

Pablo no podía reprimir la náusea que se incubó en su espíritu. Lorena notó su impresión. Ella podía ver las evidencias con una cierta distancia, sin embargo, él no presenciaba fotografías sino la confirmación de un espanto. Pensaba en Silvana, en si aquello fue una muerte rápida o por el contrario una tortura llena de sufrimiento. Lorena lo tomó de la mano.

—Ella no está en ese lugar, Pablo. Son mensajes que ella nos ha legado desde el pasado para que vayamos tras el rastro. Como si fuese un rompecabezas que debemos armar y en el cual ella participa. No hay otra oportunidad de enfrentar estas imágenes. De otro modo, si dejas que te atrapen, van a consumirte.

—¿Cómo supieron que se trataba de Silvana? —dijo Pablo aferrado a un pequeño vestigio de coraje.

Lorena explicó que gracias al estado de conservación de la ropa, del cabello, de la calcificación del hombro derecho, pudieron avanzar en generar un perfil para la identidad de la víctima. En el muro aparecieron los restos rigurosamente dispuestos, y una simulación en computadora de la ropa de color negro y restos químicos del cabello. Poco a poco, en la mesa de análisis del laboratorio forense Silvana fue traída del sueño anónimo al cual fue arrojada.

—Ver esta reconstrucción fue revelador para mí. Estábamos reunidos en la sala de conferencias y me levanté de mi silla de golpe. La vi, Pablo. Estaba delante de mí. Busqué fotos de esa época, algunas dispersas de la toma del Consejo, horas antes que desapareciera. Hacía algunos años que se habría logrado reconstruir digitalmente el rostro de Bolívar. Apelé a la misma ciencia. Enviamos a Inglaterra, a los mismos expertos, la data. Hice lo indecible para tener una confirmación certera. Rompí el protocolo, me salté las jurisdicciones y yo misma llamé a Antonio Guzmán. Él reveló la herida infantil de Silvana. El accidente en bicicleta que le provocó un severo desprendimiento de su miembro superior derecho. Pero, además, junto con el estudio del adn, llegó de Europa la reconstrucción digital y el velo se deshizo. Habíamos dado con ella.

La habitación se redujo de pronto, para dejar a Lorena y Pablo como espectadores de un sortilegio. La aparición espectral de Silvana en la pantalla, frente a ellos, descalza, desamparada y confundida, con un grito desesperado que intentaba hacerles parte de la maldad a la que fueron sometidos sus ojos. Los hizo pensar que era posible que en la pared se abriera un boquete hacia el limbo que guarda a los muertos cuya partida de la tierra fue violenta e imprevista. La temperatura de pronto descendió o eso fue lo que pensaron, y una vibración improbable comenzó a filtrarse desde la computadora. Hicieron un esfuerzo tremendo para escapar de aquella terrible sensación. Lorena se acarició los brazos y respiró con fuerza para sacudirse el escalofrío.

—Sin embargo, Pablo. El calvario no estaba sino por comenzar. El caso fue reabierto, pero como suele ocurrir con cualquier asunto, el contexto y la voluntad deben coincidir para producir efectos. Hace dieciséis años, ella era un caso de interés. Ahora, con un país que lucha a diario contra golpes de Estado y contener una guerra civil, el crimen de Silvana desapareció de la agenda del poder. El que su propio padre, quién sabe si por dolor o por proteger el poco de cordura que le queda, bajase los brazos, no ayudó mucho.

—Está muy deteriorado el pobre.

—Además, asignaron a la Fiscalía y a la división de homicidios la investigación, pero esos inservibles están tan encerrados en sus dogmas que no logran pensar nunca fuera de la caja. Dan vueltas y vueltas en lo mismo.

—¿De qué hablas?

—De una sospecha que me asaltó al ver el cuerpo, Pablo.

Este no fue un asesinato cualquiera.

Lorena vio el reloj y saltó de la cama. «Llegaremos tarde al aeropuerto», dijo, mientras sus dedos buscaban las teclas exactas para forzar que la computadora se apagara. Encendió las luces de la habitación y el efecto que las fotografías habían causado se deshizo.

—Vamos, prepara la maleta, no tienes idea del tráfico. Pablo estaba sentado en la cama abrazando sus rodillas, permitiendo que Lorena se explayara en su puesta en escena. Ya había comenzado a entender el esquema de funcionamiento de la detective y su forma de provocar interés a cuenta gotas. Ella recogió sus aparatos, los puso en un morral, y empezó a doblar las toallas, a revisar bajo la cama para evitar que algo se quedara. Pablo seguía sin moverse. Lorena bajó poco a poco la intensidad a sus acciones hasta que sintió que ambos tendrían que hablar no del elefante, sino de la extraña criatura que aguardaba en el centro de la habitación.

—¿A qué regresé? —preguntó Pablo con una calma que lució ajena en su pecho.

Lorena respiró y sintió que la soledad con que había iniciado esta cruzada se desintegraba. La criatura recién venida a aquel cuarto de hotel no tenía forma

animal, sino sentimental. Y pintaba formas inusuales en donde se suponía que debían existir ojos y patas, clasificaba la especie conforme a una taxonomía que solo entienden quienes sienten el pavor de enfrentar lo desconocido. Cuando sintió el visceral deseo de tener respuestas, no pensó en los familiares de ella, sino en Pablo, la universidad, el remordimiento de no haber podido saltar las barreras de su inusual, estúpida e inmovilizadora timidez. Se lamentaba por nunca tomar la mano de Silvana y confesarle que había sido un trueno en su vida. Jamás supo si la acción de tomar el teléfono y llamar a Pablo era una tentativa urgente para salir de la marisma con que gustaba identificar su actual estado sentimental. Era Lorena un yermo compuesto de relaciones fallidas donde no entraban hombres, mujeres, ni una compañía compartida. Esperaba alguien que más allá del género o las limitaciones y etiquetas, estuviera dispuesto o dispuesta a dejarse llevar por ella, sin hacer grandes cuestionamientos o reproches.

—Si te quedas, si me ayudas a atrapar a quien cometió esta atrocidad, prometo dejar los acertijos y decirte solo la verdad —en Lorena apareció la mirada más seria que pudo haber modelado su rostro jamás.

Pablo descruzó los brazos y se incorporó. La combinación de su ropa, el cabello rubio y la luz, como si se tratase de alguien que recién sale de un incendio.

—El vuelo fue hace una hora, Lorena —dijo mientras la imagen de la profesora que había protagonizado su sueño lo miraba satisfecha y en silencio.

15

El equipo de rugby estaba acomodado en la mesa. El juego había terminado hacía unas dos horas y en ese tiempo tuvieron la oportunidad de ir a las duchas, al sauna, e incluso recibir masajes terapéuticos. Salvador conversaba animadamente con algunos compañeros, quienes no lucían hostiles, los sentía cercanos y amistosos. Aprovechaba para ponerse al corriente con ellos de las iniciativas empresariales o financieras en las que cada uno se hallaba.

El cuerpo de Salvador estaba maltratado, los médicos de la hacienda le garantizaron lociones de árnica y mentoles varios para las contusiones, las usuales intermitencias de cataplasmas de frío y calor para evitar que los moretones se extendieran mucho tiempo sobre la piel, y tres pastillas de colores distintos. En ocasiones veía su rostro en algún espejo, o en los cristales de las copas o de los cuadros que homenajeaban a los directores, capitanes y equipos que habían transitado victoriosos por el lugar, y una frase brotó desde lo profundo de su mente: no somos afuera lo que somos aquí.

Desde el pasillo que comunica el resto de la casa con el comedor, se escuchaban los pasos y voces de Zitmann y Augusto. Ocuparon ambos sus posiciones en la mesa y el jefe de servicios ordenó comenzaran a servir los aperitivos y bebidas. Salvador se encontraba del lado izquierdo de Zitmann, y Augusto a la derecha. Hablaron de superficialidades como la temperatura de la sauna y el currículo de kinesiólogos a contratar. Salvador se sintió a gusto en la conversación y daba sus impresiones sobre los distintos clubes en los que había participado. A Zitmann le interesó conocer que el rugby no había sido su primera elección, sino algo mucho más noble para el cuerpo como el tenis. Salvador aducía que su madre había sido jugadora profesional y había encontrado en dicha actividad la oportunidad de juntar el instinto de protección con una pasión que rara vez se pierde. Augusto preguntó en qué canchas de Caracas solía jugar y Salvador contestó con naturalidad que su casa tenía las condiciones para no sufrir demasiado a la hora de compartir y competir por espacios.

—Aunque a veces me escapaba con unos amigos a las canchas del Santa Rosa de Lima —explicó Salvador.

Zitmann había puesto sus codos sobre la mesa y sus puños cruzados soportaban su rostro. No esperó que la conversación se desviara para intervenir.

—Siempre matriculado en colegios religiosos, ¿no es cierto?

—Así es. La Salle, los primeros años, pero después salté al San Ignacio de Loyola, luego a la Universidad Católica. En mi familia es una constante.

—¿Sabes, Salvador? —continuó Zitmann, levantando su rostro del cómodo respaldo—, desde hace mucho tiempo he creído que el rugby y la religión tienen mucho que ver. Puede que te sorprenda, pero comparten muchos principios.

Por ejemplo, la fe en que tus compañeros de viaje harán su trabajo incluso si no los observas.

Salvador de pronto se carcajeó. La reflexión de Zitmann le había parecido graciosa. Augusto esbozaba una sonrisa, pero no intervenía. Solo observaba como la dinámica entre quienes le acompañaban adquiría ribetes cada vez más íntimos.

—Es cierto lo que te digo, otro asunto con la fe es que fortalece el trabajo de equipo. Verás, la oración es una práctica muy personal, es el vínculo con Dios. Nunca te sentirás solo si fortaleces esa relación. No obstante, cuando estás en una iglesia, cuando rezas al lado de otro, entiendes que la conexión primaria de Dios es con los hombres como un todo.

—Entiendo lo que dices, Zitmann. Es la oportunidad para sentir que perteneces a algo más grande, a un plan que te supera.

—Eso mismo, ¿te das cuentas, Augusto? El talento y la tos no pueden ocultarse —Zitmann sonrió y fue acompañado por el resto.

Zitmann hizo un gesto y el capitán de los mesoneros saltó a su lado. Cruzaron unas breves palabras y el desfile de bandejas comenzó. La charla se dispersó a lo largo de la larga mesa. Augusto integraba a los comensales a una charla colectiva que tenían el juego recién finalizado como principal foco. Algunos consideraban que la práctica había demostrado que estaban preparados para afrontar la liga. Otros saludaban la incorporación de Salvador y ponían esperanzas en que su velocidad era un valor añadido que no podía dejar de alabarse.

Una voz anónima pidió un aplauso para Salvador, y Zitmann lo consideró una buena oportunidad para levantarse y pedir un brindis en nombre del equipo. Salvador se incorporó con su copa de vino tinto y su cuerpo recibió la habitual energía de quien es centro de atención. Augusto habló:

—Salvador nos ha demostrado que sabe jugar en equipo, entiende que solos no llegamos a ningún lado. Su banco y él mismo representan para este país confianza y esperanza. Creo que hablo por todos en esta mesa cuando digo que ahora estamos completos.

Las copas chocaron entre sí y los asistentes comenzaron a cantar el himno del equipo. Callaron cuando Zitmann levantó la mano.

—Sin embargo, por más tesoros y dones que tengamos aquí en la tierra, no podemos sobreestimar el poder de los hombres. Así que quiero que unamos nuestras manos, para una oración a Nuestra Señora, benefactora y protectora de esta legión. A su lado, nada hará mella.

Santiago dejó su copa y tomó la mano de los compañeros, en principio con aprensión. Sabía de la devoción que Augusto y el propio Zitmann profesaban, aunque no creyó que en él tal sentimiento diera para tanto como para atribuirle su

éxito como banquero. De igual manera, bajó la cabeza y cerró los ojos. Las palabras de Zitmann entraron a sus oídos removiendo sus referentes maternales, el deseo de sentirse protegido, de ir hacia un estado infantil donde era necesario tener el tibio efecto que produce la certidumbre. Al concluir la oración, de un modo que no previno, un refrescante bienestar le hizo sonreír.

La cena concluyó dos horas después. Augusto, Salvador y Zitmann despidieron en el umbral de la hacienda al último de los invitados y entraron de nuevo al salón. El capitán de los mesoneros dejó solo lo necesario y se retiró por la puerta de servicio. Zitmann pidió a Salvador que lo acompañase junto a Augusto a su despacho para conversar los planes futuros. Subieron las escaleras hasta la segunda planta y recorrieron otro pasillo, esta vez con fotografías más personales de Zitmann con algunos personajes ilustres. Salvador prestaba atención a las fotografías y se sorprendía de ver en ellas a personajes qué el mismo admiraba. En un momento, a pesar de la sobriedad de la caminata que les mantenía en silencio, Salvador interrumpió con un murmullo: «Todos han estado aquí».

El despacho de Zitmann era un área circular con una gran mesa de madera coronada por el león dorado, emblema del equipo de rugby. Una gran biblioteca a la derecha cubría toda la pared. A la izquierda, una pequeña mesa donde reposaban algunas botellas de licor y algunos vasos. Zitmann sirvió tres tragos de ron. Alcanzó uno a Augusto y otro a Salvador y les pidió de nuevo brindar. Los tres mantuvieron un silencio extraño, mientras que el rostro de Augusto no se apartaba de los movimientos y acciones de Zitmann. Estaba bastante entusiasmado de las largas que su maestro daba al ritual y mucho más le extasiaba la reacción que lograba. Ciertamente, para Salvador la estadía se había extendido más de lo que esperaba y aun no tenía una palabra concreta sobre lo único que quería escuchar aquella noche. Mantuvo la paciencia hasta que el silencio se hizo más denso. «¿Y ahora qué?», preguntó. Zitmann dejó el vaso en la mesa y pidió que lo siguiera por una puerta que se hallaba al fondo del despacho. La abrió e hizo entrar primero a Salvador. Este sintió un pequeño empujón y quedó dos pasos dentro, enfrentando una oscuridad que duró pocos segundos. Zitmann encendió la luz y los ojos de Salvador tropezaron con una imagen desconcertante.

La estatua más hermosa que habían visto sus ojos de la Virgen María, se hallaba en el centro de la sala. A su alrededor se encontraban distintas esculturas, artefactos y libros. Salvador comenzó a recorrer la sala y rearmar en su cabeza el significado que cada elemento. Había una carta enmarcada, que estaba firmada por Sor Lucía. Incrédulo, se sorprendió. Zitmann no cabía más en su orgullo.

—Es ella. Son parte de sus memorias, unas que prefirió nunca revelar. A algunos burócratas en Roma les asustan las visiones del infierno —dijo Zitmann.

Salvador continuó caminando y llegó hasta su propia ofrenda. El manuscrito tal y como lo había solicitado. Una caja transparente de seguridad, que brindaba la temperatura exacta. Un código de barras en un costado, para comprobar la autenticidad de la pieza y la garantía del sellado. Salvador volteó y se encontró con el rostro de Augusto y Zitmann, sonrientes.

—Espero que esté a la altura —dijo Salvador con franca humildad.

—Está, lo está —regresó Augusto de vuelta.

Zitmann se acercó, puso una mano en el hombro de Salvador, la dejó reposar un rato allí hasta que la deslizó hacia el rostro tenso de su interlocutor.

—Estás muy cerca de lograrlo. Eso sí, recuerda que no es al juicio de los hombres, sino al de ella al que debes someterte. No somos nosotros quienes deban decidir.

—Solo díganme qué debo hacer —respondió Salvador, conmovido por las palabras de Zitmann.

—Paciencia, pronto será ella misma quien te lo diga.

16

Luego de firmar la cuenta del hotel, Lorena y Pablo tomaron la ruta a la casa de ella. Aprovecharían que la madre de Lorena estaba de viaje para armar una sala situacional. En el automóvil, Lorena avanzó en consideraciones que juzgaba serían de utilidad para Pablo. Una de ellas, era la existencia de un tercer sujeto que ya participaba en la investigación. Ella lo llamó Wifi, y le garantizó a Pablo que era un hombre brillante. «Un genio marginado», apuntó, mientras viraba el volante para tomar la salida hacia La Florida.

Lorena había vivido allí toda su vida. Señalaba un lugar y comentaba episodios de su infancia que provocaron ternura en Pablo. Este sentimiento se fue transformando en cercanía a medida que pasaban las horas. No podía definirlo con claridad, y le parecía difusa una u otra etiqueta para catalogar el bienestar que le provocaba escucharla. Estacionaron y subieron el equipaje de ambos, hasta el último piso. El pequeño apartamento tipo estudio, iluminado de forma cálida por la luz que irrumpía a través de unas cortinas beige en la sala, proyectaba calma. Al fondo de un pasillo se hallaba el cuarto principal y el baño. Era estrecho pero acogedor, y a Pablo le pareció mucho mejor que cualquier pensión en las que hubiese vivido a lo largo de la cordillera entre Colombia y Chile.

Lorena tomó su teléfono e hizo una llamada. Le dijo a su interlocutor que la esperara, que debía conocer a alguien, mientras guiñaba un ojo a Pablo.

—No te pongas cómodo, toma tu libreta o lo que desees y empecemos de una vez.

Pablo la siguió silencioso, a través de la puerta del apartamento y luego por las escaleras dos pisos más abajo. Se detuvieron frente a una reja marrón y Lorena toco dos veces el timbre. Se sintió del otro lado que alguien observaba a través del ojo de la puerta. Una voz masculina y obstinada pidió identificarse. Lorena miró a Pablo con una sonrisa y le comentó que eso era habitual.

—Soy yo, Lorena, abre de una vez.

Unos segundos de silencio dieron paso al sonido de una cadena que se desliza y a una cerradura que cede dos espacios y abandona la conexión con el marco de la pared. Un hombre blanco, de barba pronunciada y desprolija se asomó en la rendija y dijo en voz baja si acaso ya no usarían alias o contraseñas.

—Ya te lo expliqué, en estos casos no hace falta. Abre la puerta de una vez, por favor —replicó Lorena sin querer sonar grosera.

El hombre abrió la reja y miró a Pablo sin mucha empatía. Lorena tomó la iniciativa para que la cortesía sepultara cualquier incipiente paranoia.

—Wifi, te presento a Pablo Linares —Wifi dio la mano sin entusiasmo y les pidió no extender el tiempo en el pasillo.

—Deberíamos tener una palabra de seguridad —dijo Wifi mientras cerraba la puerta y colocaba la cadena a la puerta—. Nunca se sabe cuándo la vamos a necesitar.

—Es cierto, ya pensaremos en eso. Por ahora, quiero que ustedes se conozcan y comencemos a trabajar.

—¿Tienes el resto de la información?

—Sí, la tengo.

Lorena extendió su mano y le dio una memoria portátil a Wifi. Este la tomó con un gesto de agrado y fue hasta donde tenía su computadora. Una mesa mediana de madera que estaba a medio camino entre una mesa de comedor y una para tomar el café en el jardín, le servía de despacho. A Pablo le preocupó el estado del apartamento de Wifi. Las paredes estaban rayadas con grafito y mostraban bocetos de animales, máquinas y varios cuerpos humanos. Los dibujos avisaban que no habían sido hechos por un improvisado y de algún modo parecían parte de una obra en proceso. No había muebles, sino unas sillas de plástico. Por la ventana entraba sin ninguna restricción la luz tibia que reflejaba la capa vegetal de El Ávila. Llegaba para llenar el ambiente de una humedad un tanto chocante que obligó a Pablo a acercarse a la abertura en busca de aire fresco. Desde allí, vio a Lorena conversar con Wifi frente a una pantalla. En algunos tramos parecía un debate hostil más que una charla amena. Aunque a veces se atravesaba una que otra risa o alguna palmada en la espalda y eso disminuía la tensión de la escena. Lorena invitó a Pablo a sentarse en una de las sillas de plástico frente a la computadora. Ella tomó otra y quedaron los tres en la platea de una conferencia que sería vital para las acciones futuras.

—Quisiera comenzar —dijo Lorena con aire formal— agradeciendo a Wifi por sus aportes. Sin él, habría sido imposible avanzar tanto.

—Por favor, no merezco ese reconocimiento.

—Es importante que te valores, Wifi —le dijo mientras le acariciaba el hombro con suavidad.

Pablo se mantuvo firme. Hasta creyó ver a Wifi entristecerse bajo un incómodo silencio. Lorena supo alejar esa energía extraña que se había producido. Tecleó en la computadora un comando y se desplegó parte de la presentación que Pablo ya había visto en el hotel.

—Bien, Pablo —comenzó Lorena—, al haber hallado a Silvana, nos arrancaron de tajo la investigación. Decían que, al identificarla, el trabajo de los antropólogos forenses había concluido. El médico reconoció que la causa de la muerte era difícil de determinar tomando en consideración el tiempo transcurrido. Sin embargo, más allá de las extremidades faltantes, no conseguimos heridas que pudiesen hablarnos de una muerte violenta. Pudo haber sido asfixiada. Es difícil precisarlo sin las debidas pruebas.

Lorena volvió a teclear y la pantalla proyectó algunas láminas del informe forense. Pablo hacía enormes esfuerzos por distanciarse emocionalmente de las imágenes

cadavéricas que el parte describía sobre el cuerpo de Silvana. Lo lograba, porque el rostro de ese amor no tenía la forma momificada que ahora los pixeles mostraban. De solo pensar en la forma en que pudo morir se le removían las entrañas. Sentía que aún podía tomar las manos de Silvana, entrelazar sus dedos mientras escuchaba sus ideas.

—Ahora lo importante. La división de homicidios asumió la jurisdicción. Dejaron de consultarnos. Tomaron nuestros informes y se lanzaron en su búsqueda inútil.

—A su zona de confort, parásitos. Lo único que hacen es vivir de lo que ya conocen —interrumpió furioso Wifi.

—No pueden ser más de lo que son —añadió Lorena. Se levantó de su silla y comenzó a caminar mientras hablaba consigo misma. Wifi y Pablo la siguieron con la mirada—. Iban a lo obvio, a la Universidad, las típicas preguntas de si había sido amenazada, quiénes eran los principales sospechosos. Citaron a Augusto Zuloaga. ¿Lo recuerdas, Pablo?

—Lamentablemente.

—Al Rector, a su propia hermana, a su padre. Levantaron el polvo y luego dejaron que este se asentara con el tiempo.

¿Sabes qué es lo peor?, que no fue una maldita conspiración el que ya no movieran un dedo. Solo fue desinterés mezclado con uno de los males de este siglo: la incompetencia. Hasta que me cansé, Pablo. Me cansé de esperar por ellos y tracé mi mapa. ¿Puedes pasar la lámina?

Wifi apretó los botones con celeridad. Una brisa refrescó por un instante la sala. Pablo quiso volver a la ventana, pero no quería distraer a Lorena.

—Sentía este dolor en el pecho, este llamado de atención, Pablo. Debía obedecerlo, así que fui hasta los archivos del laboratorio y comencé a revisar los casos pasados. Las muertes violentas, las mujeres a las que no solo les arrebataron la vida sino mucho más. Comencé a atar lo que parecían ser cabos sueltos.

Lorena señaló la pantalla de la computadora. En esta, una ficha con cinco nombres de mujeres iba acompañadas de una breve descripción acerca de sus casos. Pablo escuchaba con atención mientras ella se transformaba en la Detective Díaz, y detallaba para sí el secuestro de una cineasta, Maura León, asesinada justo un año después de la desaparición de Silvana. La imagen desnuda de una mujer atravesó el pecho de Pablo. Según la descripción de Lorena, se trató como un homicidio más.

—No les importó que el asesino le haya arrancado los ojos. Cuando muere una mujer, solo les interesa titular que se trata de la pasión humana actuando y el prejuicio los aleja de la verdad —Lorena pidió la próxima fotografía—. Ruth Celicourt, 28 años. Haitiana naturalizada, negra, hallada en un contenedor de basura en 2004. No hubo mayor explicación para que le faltase la lengua. Solo bastó la conjetura de las ratas hambrientas. El gobierno de Haití, de seguro en vísperas de algún golpe de Estado, apenas si hizo algún esfuerzo. Caso archivado.

Lorena detuvo la conversación e hizo como si tratara de recordar algo. Fue hasta su cartera, sacó un chocolate que sintió demasiado pequeño y revolvió la nevera para taparse con la puerta y comerlo con voracidad, sin sentir culpa de no compartirlo. Wifi inspiró profundamente y dijo que el agua estaba sobre el mesón. Se volvió hacia Pablo y dejó caer una infidencia.

—Siempre pelea por la temperatura del agua. Nunca le ha gustado fría.

Pablo asintió y cruzó los brazos, en espera de que Lorena continuase. Esta volvió a la sala y le alcanzó un vaso a cada uno. Se sentó frente a la computadora y esperó que se hidrataran. Continuó con la exposición, ahora dejó un tanto de mirar a Pablo e incluyó más a Wifi.

—Los crímenes contra mujeres son habituales. Pero insistimos en que hay un patrón. Mira estos tres —esta vez Wifi cambió las láminas con la velocidad de una extensión de la mente de Lorena—. 2007, una muchacha clase media, Natalia Cortés, se reporta desaparecida en las vísperas de la Cumbre g15 en Caracas. Por supuesto, quién puede preocuparse cuando los presidentes se reúnen a debatir sobre el desarrollo. Su cuerpo es encontrado un año después. Causa de la muerte, asfixia mecánica. Además, le habían desprendido la cabellera. En 2014 se repite el método con Luisa Vásquez, quien es asesinada con un alambre. De nuevo, esta aparece sin cabello. En este caso, se le arranca la dentadura. Es repugnante todo esto.

Pablo se levantó de su asiento incrédulo ante lo que escuchaba. Silvana era una puerta a un mundo mucho más sórdido del que jamás pensó tener noticias. No esperaba fuera de la narrativa o las películas policíacas, verle la cara a un mal semejante. Entonces se percató de que un dolor punzante se había instalado en su sien, y cuando buscó en su chaqueta su infaltable cantimplora se percató de que no la tenía. Le recorrió un frío por la espalda. Volvió a la ventana, mientras Lorena y Wifi esperaban compasivos.

—Disculpa si te he lanzado este camión de mierda

—Lorena también se incorporó y se acercó a él.

—Esto, ¿quién más lo sabe? Imagino que ha sido una conmoción.

Lorena volteó a ver a Wifi que negó con la cabeza mientras hacía una mueca de desaprobación con los labios.

—Medicina Legal evitó los detalles escabrosos. Los ocultaron a propósito. Al principio argumentaban que se trataba de no alertar a los sospechosos, nos decían que sería una estrategia de captura. Esperar que alguien revele un dato confidencial durante un interrogatorio, algo que no se haya colado a los medios. Pero no, Pablo, unas semanas después entendí que era algo más. El propio director, ese que viste en la oficina, me odia porque se lo eché en cara durante una reunión de todos los departamentos. Solo evitaban generar un escándalo. ¿Te imaginas lo que pasaría si este país se entera de que hay un maldito maníaco mutilando mujeres?

—Se atrevió a decir.

—¿Qué hiciste?

—Lo único que es posible cuando te echas encima al cuerpo de policías. Quedarme callada y trabajar por mi cuenta.

—¿Es por esa razón que te trataron de esa forma hoy?

Lorena guardó silencio y un tartamudeo involuntario y casi imperceptible, hizo mella en la atención de Pablo.

—Sí, en parte. Me sentaron a sacarle punta a los lápices.

Su única preocupación es no perder sus puestos.

—¿Acaso no les preocupa esto? —Pablo se acercó a la pantalla del computador—. Es para al menos, jamás volver a dormir.

—Investigan, pero a su ritmo. La ola de violencia los sobrepasa y no logran nunca separar el grano de la paja. Pero allí es donde entramos nosotros. Sabía de Wifi.

—Nos reconocimos enseguida —intervino Wifi apenas ladeando su cabeza para unirse a la conversación.

—Es un hombre muy inteligente, un genio diría yo —dijo Lorena con una media sonrisa.

—No es para tanto, pero sí —replicó Wifi.

—Es difícil luchar sola contra la desidia, Pablo. Wifi ha sido mi más leal colega y psicoanalista.

—Escucharte es lo mínimo que podía hacer por ti —Wifi miró fijamente a Lorena.

Lorena caminó hacia la computadora y desordenó el cabello de Wifi. Ambos rieron con ternura. Pablo se sentó y Lorena siguió el ejemplo. Ella quiso retomar el hilo de la argumentación, pero creyó que no era la mejor para explicar su gran hallazgo.

—Anda, Wifi, coméntale.

Wifi tomó el control de la computadora. Abrió una aplicación distinta que, según explicó, había logrado programar solo con tutoriales de Youtube.

—Trataré. Bien, lo pondré en una forma que puedas entender. Escucho a Lorena, ella llora, luego se seca las lágrimas. Me dice: «Son mujeres, las han mutilado». Y yo trato de no pensar en la sangre, odio la sangre, no me gusta, evito la sangre. Mi mente, con cada palabra, de «arrancaron sus ojos, vivía en la capital», empieza a dejar de ver seres de carne y hueso, porque lo repito, no me gusta la sangre. Solo ve información, datos. Entonces Lorena habla, ya sin llorar, y le pido nuevos detalles. Así comienzo a construir mi máquina —señala la pantalla de la computadora—. Nuestro cerebro es propenso a dejar pasar los detalles, pero no mi máquina. Ella es como el diablo. Después de que Lorena me habla, y se calma y deja de llorar, me pregunta que qué hago, y yo tecleo, luego dejo que ella piense y dibuje. La atención

humana es imperfecta, y el mundo se le escapa entre las manos con cada parpadeo. Pero a ella no.

Wifi toma la computadora y la coloca sobre las piernas de Pablo. Este puede ver una serie de gráficos, con círculos de distintos tamaños que se conectan a través de una serie de hilos. Son cientos, le resulta complicado de un vistazo entenderlo todo.

—Hasta hace unos pocos años seguíamos en la edad media. Prohíbes que la gente se entere de lo que ocurre, y ya no necesitas de más. Llegan las redes, la conexión, y todo cambia. Estamos abarrotados de datos, pero nadie sabe qué hacer con ellos. Lorena lloró en ese sillón una noche. La detengo para consolarla, para decirle: «No hables de ellas como si existiesen, ya no están, pero nos han dejado un trazo». Nuestro trabajo es que aparezca el patrón. De lo que se trata, mi amigo, es que la sangre, que odio, caiga gota a gota, y lo llene todo. La misión del matemático y la de un escritor como tú, es la misma: tratamos de llegar a las mismas conclusiones solo que con herramientas y tiempos distintos.

—Wifi, enfócate —interrumpió Lorena algo molesta.

Evitó mirar a Pablo, al tiempo que le pedía a Wifi dejara de irse por las ramas y aterrizara. Este, a su vez, recompuso el cuerpo, pero no perdió en ningún momento los ojos desorbitados. Disfrutaba de lo que hacía, era algo difícil de ocultar. Sin embargo, Pablo reflexionaba sobre el tono de las palabras de Wifi. Era algo más que pasión lo que guiaban aquellas palabras.

—¿Y acaso no es escritor? —dijo Wifi casi como si fuese una disculpa.

—Y ustedes cómo saben que soy escritor, si nunca les he dicho —preguntó Pablo.

—¡Wifi! —gritó Lorena.

—Es solo para que el asunto quede claro, Lorena. La meta de la aplicación es tomar en préstamo los ojos del asesino y apreciar el arma, la carne que debe ser arrancada, pero más que eso, entender de quienes se antoja, para qué arriesga. Queremos ver sus intenciones, mucho antes que él mismo tenga esos deseos. Solo así valdrá la pena el esfuerzo.

—¿Los gráficos van a decirnos eso? —Preguntó Pablo.

—Ya nos han dicho mucho —Wifi observó a Lorena. Pablo siguió la mirada y ella tomó el control de la conversación.

—Dimos con algo que nos alejó de lo común, de la pesquisa de Psicología Forense. Lo primero de que nos percatamos es que las víctimas tenían un vínculo. No es que se conociesen, pero sus intereses profesionales, artísticos o políticos se sobreponían. Silvana, lideresa estudiantil, una causa noble por demás; la documentalista asesinada en 2002 denunciaba la explotación de carbón en comunidades indígenas; luego la mujer haitiana asesinada durante el 2004 era un referente para los inmigrantes; Cortés, la de 2007, fundó la red animalista del país; Luisa era dirigente vecinal.

—¿Las escoge según su vocación política?

—Es posible que influya en la elección. En todo caso no parece nada azaroso y eso apenas nos aporta una perspectiva.

—Pero a esa conclusión es posible llegar sin mucho cálculo. Pablo no quiso que el tono fuese altisonante, pero en aquellos muros lo fue. Wifi resintió el comentario y soltó una carcajada que tensó la conversación. Se levantó de la silla y se puso a caminar en círculos por la sala, sin dejar de decir:

«Esto es inaudito». Pablo se disculpó. Lorena intervino y logró que Wifi retomara su posición inicial. Se mantenía en alerta constante del ánimo de su compañero y le pidió a Pablo a través de un gesto que hiciera lo mismo. Wifi respiró e intervino en la exposición de Lorena.

—La cuestión aquí es el tiempo. Las conexiones son visibles en menos tiempo que si usáramos lápiz y papel. En este punto, si me permites, Lorena, quisiera explicar el lugar en el que nos encontramos. «Dios habla por las matemáticas», dicen, yo creo que las matemáticas inventaron a Dios, por decirlo de un modo sencillo —Wifi quitó la computadora del regazo de Pablo y buscó en la aplicación algunos datos que consideraba de interés.

—¿Lo ves? —dijo Wifi a la expectativa.

—No, no lo veo.

Lorena entendió que no podía dejar el debate en sus manos. Tomó la computadora y la puso en el escritorio. Miró a Pablo con severidad y habló con el timbre más profundo que encontró.

—Cada muerte ocurre en fechas de confrontación política, golpes de Estado, disturbios callejeros. En cada uno de ellos, se comete un homicidio de estas características. Creo, corrijo, creemos que es parte de la estrategia de encubrimiento. ¿Quién va a ocuparse de una mujer, cuando peligra la estabilidad misma de la República?

—Si han llegado tan lejos, ¿por qué no perseverar?, quizá la policía te escuche.

—Pablo, el director lo sabe todo. El propio ministro de Interior lo sabe, me encargué de hacerle llegar una carta cuando inauguraron una nueva ala del laboratorio de ciencias forenses. No les interesa, piensan que estoy loca. ¿Cómo fue que me llamaron, Wifi?

—Histérica.

—Eso es, histérica. Te etiquetan y luego te desaparecen del mapa.

Pablo abrió los ojos con mucha sorpresa. Ya la brisa había dejado de colarse por la ventana y el calor le ponía a hervir cada emoción. Su convencimiento se tambaleaba, sin que si quiera hubiesen transcurrido 24 horas luego de decidir quedarse en Venezuela. Puso sus manos sobre los muslos y los sobó queriendo descargar las complejas sensaciones que le habían secuestrado su propio pecho.

—¿Qué podemos hacer nosotros, Lorena? Esto no se trata de un juego, es algo muy grave.

Lorena miró a Wifi y sonrió. Nada de lo que ocurría le parecía ajeno a las ideas que se había formado sobre lo que iba a vivir desde que Pablo llegó al país. Sentía de pronto, como si estuviese aventajada a los acontecimientos y cada concreción de los hechos, no fuese sino la necesaria cadena de eventos que debían cumplirse para llegar a lo que más anhelaba. Respiró profundo para calmar sus propias ansiedades y tomó las temblorosas manos de Pablo. Las exploró unos segundos a través de la sudoración que producen situaciones tensas y dejó salir la frase que ya había armado unas semanas atrás.

—¿Qué mejor que la imaginación de un escritor para resolver un crimen?

17

La puesta en escena concluyó con los aplausos de los niños. Algunos se acercaron para tomarse fotografías con Marisol,

«La Mimo», como la conocían en la zona C del 23 de Enero. Otros se despidieron en la distancia, seguros de que la verían el próximo fin de semana. Aunque ella se había cansado de repetir que el número recreaba los avatares que atravesaron su madre y su abuela, los periodistas que hacían reseñas culturales decían que la obra parecía referir a una moderna Perséfone que lucha contra la era digital. Ella odiaba las interpretaciones.

Marisol nació y se hizo artista en esa comunidad de Caracas. No sin dificultades culminó la carrera de teatro en la Universidad de las Artes y luego se dedicó a atender las necesidades pedagógicas en un preescolar de la comunidad. El salario no era mucho, pero lo compensaba una beca que había obtenido luego de ganar un concurso de artes escénicas en Holanda. Además de una cierta visibilidad, le permitía recibir alguna atención mediática que servía para impulsar demandas sociales que no solo se circunscribían a la cultura.

Desde hacía unos meses, era la vocera principal de un movimiento que luchaba por recuperar un amplio terreno que ocupaba una empresa de alimentos. Marisol deseaba que el gobierno otorgara los espacios a la comunidad, sus legítimos dueños. Construirían edificios para aquellos que habían perdido sus casas en las inundaciones de hacía unos pocos años. Su participación le aportaba alto perfil al reclamo y además garantizaba empatía por parte de los medios. Ella se tomó su rol con mucha disciplina. Logró encontrar, en los registros de la ciudad, la línea patrimonial del terreno y sin que eso bastase, se asesoró con un militante del partido que había logrado edificar un proyecto similar. «Te legaré solo las buenas prácticas y no mis errores», recuerda Marisol le escuchó decir al profesor Guzmán cuando lo fue a visitar en su casa. Pensó en él cuando decidió que se hacía de noche y tenía que bordear los edificios para evitar una zona llena de árboles que también servía de basurero improvisado. El lugar era peligroso y quizá eso fue lo que le trajo a la mente a Guzmán. La vez que lo visitó se sentó en su sala y vio las fotografías de sus familiares. Ella no quiso preguntar sobre Silvana, para no lanzar sobre ese primer encuentro una carga pesada. Conocía de la desaparición y también de que había sido encontrada hacía pocos meses. Antonio la vio hurgando en las imágenes y le confesó, mientras le convidaba un café, que ninguna de las mujeres de su vida llegó a pisar esa casa.

Apuró el paso para que la oscuridad no la encontrara lejos de sus vecinos. Algunas motos pasaron a su lado y continuaron su camino. Podía ver a unos trescientos metros las bombillas de la bodega y cómo los apartamentos comenzaban a iluminarse. A su

derecha, la vista lejana de Caracas le mantuvo a raya la ansiedad. Una furgoneta pasó a su lado, se detuvo a unos veinte metros, y Marisol sintió una opresión en su pecho, una energía que es la habitual sensación como premonición de los malos presagios. Lanzó un vistazo para cruzar la acera, pero un hombre se bajó del vehículo y se quejó amargamente por lo que parecía un caucho desinflado. Ella no sintió que fuese peligroso, estaba más bien pasado de peso y su expresión agónica le hizo sentir cierta conmiseración. El hombre le preguntó en la distancia cómo hacía para salir de la zona, mientras se quejaba de que ninguna grúa se atrevería a llegar hasta ese lugar. Marisol dio unos cuantos pasos para indicarle que no muy lejos había un pequeño taller mecánico, pero no tuvo tiempo de completar la frase. Sintió que la tomaban por el cuello y ponían sobre su rostro un pañuelo. Antes de desmayarse vio la puerta de la camioneta abrirse como un agujero, que le recordó la alcantarilla de agua por la que cayó su hermano de niño. Ella también tenía su historia con los desaparecidos.

18

El avión aterrizó en la pista privada del aeropuerto. La asistente de vuelo cumplió con el manual y luego de los usuales agradecimientos del piloto, se dispuso a abrir la compuerta del aparato. Sintió la humedad que llegaba de la franja costera y agradeció estar de vuelta en casa. Un Mercedes se acercó al avión y de él descendió un hombre alto y bien vestido. Llevaba un traje formal de color azul marino que le aportaba aire ceremonial a cada acción que ejecutaba. Se bajó del vehículo, fue hasta la maletera y la dejó abierta. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y revisó su celular. Envió un mensaje a su jefe para informarle que el avión llegaba sin contratiempos. Vio a Tina asomarse en la puerta del avión y descender con calma por la escalerilla. La saludó con un gesto y se ocupó de su equipaje. Ambos se quedaron sin hablarse, mientras Paula descendía con parsimonia después de despedirse con un beso del piloto y demás miembros del equipo. Lo hacía con delicadeza y cortesía. Sin apego, pero con la confianza de que si mostraba siempre un espíritu bondadoso a los pilotos, estos tendrían la delicadeza de no estrellarse contra una montaña o en el mar, para curar algún problema existencial. Saludó al chofer que la esperaba y entró al automóvil primero que Tina.

—¿Hacia dónde quiere ir, señora Zuloaga? —preguntó el chofer ajustando el retrovisor para posibilitar el contacto visual.

Paula esperó que en su mente buscaran acomodo algunas ideas. Tomó el celular y sin dispensar la mirada que esperaba el conductor, le pidió que manejara hacia Caracas. Este obedeció y puso en marcha el motor. Se aseguró de darle una propina al vigilante encargado de la puerta hacia la zona de abordaje y enfiló hacia la autopista que unía el aeropuerto con la capital. Para Tina no había pasado en balde la sutil incomodidad que le provocó a Paula responder. Creía que una de las mayores molestias en su jefa, la causaba el que Augusto no se dignase a ir hasta la puerta del avión. «Todas las parejas pasan por problemas», pensó Tina, pero de verdad esta podría considerarse la peor época en los años que había sido testigo, asistente y amante de aquel matrimonio. De todos modos, no quiso aportar palabras reconfortantes y mucho menos hablar de trabajo viendo el ánimo de Paula. Con la honestidad de quien puede mentirle a los demás, pero no a sí misma, Tina estaba comenzado a sentirse un poco cansada de ser el saco de boxeo al cual apelaban para drenar las frustraciones sentimentales. Así que se hundió en su teléfono celular para resolver por su cuenta cuando pudiera. Antes de las labores imparables y rutinarias de la compañía, mandaría un mensaje que no entiende de qué parte oculta de su corazón salió. Necesitaba escapar por un momento de la opresión que el trío comenzaba a causarle y creyó que solo en el pasado encontraría ese oxígeno.

Paula daba vueltas a su aparato sin decidir nada aún. Su mente era trenzada por asuntos que crecían sin control. Hace algún tiempo, se juró que dejaría de regarlas con atención, para que así desaparecieran. Pero no lo hicieron. Ahora, alguien fuera de la barda veía uno que otro fruto escondido entre las enredaderas y sentía una pulsión por probarlo. Tecleó en su celular. «¿Dónde estás? Tenemos que hablar». El mensaje de texto fue sellado con la hora y la fecha exacta de envío. La confirmación de lectura de la otra parte, llegó unos minutos después. «Nos veremos mañana. Hoy quédate fuera de la ciudad. Puede que se compliquen un tanto las cosas». «Tú y tus malditos laberintos». Sus dedos chocaron con fuerza contra el cristal del celular. Del otro lado, esperaron un poco. Un «escribiendo» apareció en el recuadro superior de la aplicación. «No tengo tiempo ni energía para estos dramas».

Paula envío dos mensajes más que arrojaron un «no entregado». Sintió que su corazón subía el ritmo de mala manera. Le pidió al chofer que diese la vuelta, pues se quedaría en un hotel cercano a la playa. Tina escuchó con atención, pero evitó hacer comentarios. El chofer obedeció con celeridad e incluso cometió una que otra infracción para garantizar que la orden fuese cumplida.

En el hotel, como era habitual, Tina fue hasta la recepción e hizo los arreglos necesarios mientras Paula esperaba en el bar. A lo lejos, a través de los cristales del restaurante, se podían ver las luces de buques petroleros que mantenían su lento peregrinar para llegar o salir de la costa. Tina llegó cuando Paula aún no terminaba su tequila seco.

Podía determinar el estado de ánimo de su jefa por la mezcla o la ausencia de ella. Su mejor sonrisa la representaba el Mai Thai, el peor humor lo traducía el ron puro o el tequila. Paula recibió las llaves y pidió que subieran solo su equipaje. «Quiero estar a solas», dijo con la vista puesta en la ventana. Tina le informó que pediría llevaran el equipaje a la habitación y que estaría en un cuarto a la vuelta del pasillo. Paula se permitió abandonar la visión de los barcos mercantes y clavó su atención en su asistente.

—Vete. Te escribiré si necesito algo.

De vuelta en el automóvil, con el chofer, mientras el tráfico de las personas que abandonaban la playa para volver a sus casas los mantenía encerrados en una línea de luces multicolores casi interminable, Tina sintió en su estómago un hormigueo. Recordó que el regalo del príncipe heredero se habría quedado en el equipaje de Paula y de inmediato creyó que los malestares del alma no son compañía para un arma de alto calibre. El conductor que ya venía siguiendo las expresiones de Tina por intermedio del retrovisor preguntó si estaba bien. Ella lo observó en silencio y a diferencia de lo que con sinceridad quería decir, solo se limitó a comentar la ironía que encierra el hecho de que la autopista en la que estaban era una ruta obligatoria para cualquiera que entrara o saliese del país.

—Ricos o pobres, negros o blancos —dijo—, no hay nadie que se salve de transitar el mismo dolor.

El conductor la siguió con la mirada un tiempo más, pero no supo qué añadir ante el comentario. Sabía que aquello eran palabras más para una cantina que para drenar la frustración del tráfico vehicular. Su teléfono se iluminó con instrucciones sobre a dónde llevar a la chica y cuando Tina se percató que el conductor no tomaba la ruta hacia su casa, se preocupó un instante. Él no dejó que la ansiedad carcomiera el ambiente, le pasó su propio teléfono y ella pudo comprobar que al final su vida estaba signada desde hace mucho tiempo por los humores y apetitos de otros.

19

Se cumplían 55 años del nacimiento de la revista de la Facultad de Medicina de la Universidad del Zulia. Este era un número muy especial dedicado a la creación del departamento de cardiología y el rector había llamado a Augusto para que fuese el orador principal en un evento que se planificaba. Augusto había rechazado con amabilidad el ofrecimiento, aunque no dejó a su amigo irse con las manos vacías. Le ofreció prologar el importante número, lo cual había hecho muy feliz al rector y al decano de la facultad.

La llamada telefónica, tanto del ofrecimiento, como de la imposibilidad de asumir un viaje fuera de Caracas, estuvo llena de memorias y anécdotas que llegaron a compartir o que eran legadas por terceros. Augusto se excusaba en que las actividades de organización electoral le dejaban poco tiempo, incluso para las amistades. El rector no paraba de decir que comprendía, y alababa que la juventud se hubiese tomado con decisión las riendas del país. Esa idea fue lo que le inspiró a sentarse en su escritorio, encender una lámpara y comenzar a escribir el prólogo que requerían por la mañana.

Lo haría a mano y lo enviaría antes que se hiciera imposible cualquier comunicación por medios tradicionales con el mundo exterior a la capital. Así que tomó un trago de *whisky* sin hielo y su pluma fuente se deslizó sobre el papel blanco:

«A principios de siglo veintiuno, un buen amigo, quizá el psicólogo más aventajado de su generación, me comentó justo antes de dictar lo que se convertiría a la postre en su última conferencia magistral, que si realmente queríamos curar la sociedad, debíamos abandonar los caminos sinuosos de la medicina y abrazar la política. Desde aquel momento, he asumido la práctica profesional como una labor que trasciende al individuo y que, sin dudarlo, se expresa como una oportunidad de salvación de lo humano».

Augusto dio un sorbo a su trago y percibió cómo las luces de un vehículo entraban fugazmente a su despacho. A esa hora de la noche, era posible percibir el ruido de los insectos e incluso el rumor de las bombillas incandescentes. Quiso escribir sobre el Conticinio, o la hora más silenciosa de la noche, pero una idea mejor movió sus manos.

«Alguna vez leí que es bien ajustado a la verdad hablar de los corazones rotos. Los fuertes dolores vulneran los tejidos sensibles del músculo que llevamos en el pecho. Esa especie de rara ingeniería donde convergen sangre, arterias y asuntos remotamente difusos como los pensamientos, las memorias, los deseos. Una emoción brutal puede rasgarte el corazón. No se trata de una mera figura literaria. Es la intuición, como siempre, entendiendo la verdadera naturaleza del mundo. Si sufres, tu mente se desmorona, pero también el cuerpo».

Detuvo la escritura cuando sintió que el automóvil se alejó. Se levantó para rellenar el vaso de licor y sin posarlo sobre la mesa leyó rápidamente sus líneas. Pensó en uno que otro paciente para usar esa experiencia como metáfora útil.

A su mente vino el caso de un anciano coleccionista de aves exóticas, un tipo solitario y agrio con el que apenas cruzó palabra. Lo recordó a propósito de lo que con honestidad habría querido decir en dicho prólogo. Antes de la operación, un viejo que se había negado a empatizar con nadie, se enfrenta a la posibilidad de no salir del quirófano y decidió tomar a la primera enfermera y contarle la historia de su vida. Como si se confesara o si buscara que alguien más lo recordara. Augusto escuchó la conversación agazapado en la puerta de la habitación y supo de la historia triste. Entonces creyó que debía escribir que toda operación a corazón abierto, que es como llama la ciencia a la masiva intervención de los cirujanos para intentar reparar daños que se localizan en la tristeza contenida, mal curada, arrojada como mierda sobre la vida; no es sino la respuesta humana e inútil para atajar una hendidura que no tiene remedio. Desistió de la idea y se conformó a cerrar la idea con una frase fácil para felicitar el aniversario del departamento. Firmó el papel y vació su trago de un golpe.

Volteó hacia el umbral de la oficina y allí estaba Tina de pie. Se encontraba en ropa interior y con un ánimo que Augusto consideró nada propositivo. Él la invitó a acercarse y ella avanzó con obediencia. No se detuvo en los brazos abiertos de su jefe, sino que se recostó en el escritorio boca abajo.

—Trata de acabar rápido. Ha sido un viaje largo.

Augusto soltó una carcajada de desprecio, fue hasta donde tenía la botella de *whisky* y sirvió dos vasos con hielo y agua gasificada. Con un gesto la invitó a sentarse en una poltrona. Le ofreció un trago, el cual ella bebió rápidamente y sin demasiado glamour. A Augusto parecía divertirle el comportamiento inusual de Tina, así que le permitió mantenerlo un rato.

—¿Qué tal el vuelo?

—He tenido mejores. Paula no ha estado...

—No tienes que decirlo. Conozco sus arranques —Augusto bebió un trago. Lo sintió quemar su lengua y garganta—. Es sobre eso que quiero hablarte. Necesito que hagas algo por mí.

—¿Tengo alternativa?

El tono usado por Tina desajustó el talante de Augusto. Sin embargo, no se permitía que ninguna mujer que no fuese Paula dictara el curso de sus emociones. Un pensamiento oscuro lo atravesó con brevedad. Quiso que se fuera hacia las ventanas, o que se marchitara en algún rincón de la habitación. Cualquier lugar era perfecto siempre que no ocupase espacio en su mente y menos terminase escurriéndose hacia la palma de sus manos.

Desde la primera vez que vio a Tina, observó el choque balanceado de las herencias africanas y europeas en su piel, con algún ancestro indígena que le aportaba el rasgado de sus ojos, y supo que debía poseerla para sí. Era un cuerpo equilibrado que no permitía ninguna mejora. Sin embargo, esa noche veía sus pezones a través del encaje de la ropa interior, y supo que no existía la perfección en los humanos. Siempre querría cambiar algo más, pensaba mientras viajaba al interior de Tina en busca de la bomba que llenaba de sangre la boca, los pensamientos y la impertinencia de aquella mujer. Quiso sacarse el clavo de aquella respuesta soberbia, hundiendo un bisturí para abrirle un agujero inmenso y mostrarle que lejos de su culo y pezones soberbios, no había más que sangre y vísceras alimentados por una extraña máquina, cuyo origen de su impulso primario, nadie había logrado explicar.

Volvió de su ensoñación y le pidió con gentileza que convocara a la detective Díaz a una cita en su consultorio en dos días. También que pusiera al tanto de los detalles de la cita a su abogado personal.

Tina apuntó mentalmente el requerimiento y esperó en silencio. Augusto desató su correa y la volteó sin delicadeza. La apreció unos segundos, sumisa, boca abajo en el escritorio. La penetró con violencia, sin deseo, y con un automatismo que a ella misma le pareció excesivo. Él se aferró a su sostén y lo usó para halarla hacia sí. Tina intentó gemir, usar alguna artimaña para acortar el encuentro, pero entendía que verse vulnerable parecía acrecentar el deseo de Augusto. Así que optó por llorar en silencio y soportar lo que ya no consideraba sexo sino un castigo. Unos minutos más tarde, Augusto acabó con desorden en la espalda de Tina y le susurró al oído un consejo que ella guardaría con el terror de una amenaza. Al recuperarse del cansancio, salieron de la habitación y se fueron hacia el baño. Ninguno de los dos supo que la carta que llegaría a manos del decano de la facultad de medicina, además de ideas poderosas también contrabandeaba dos gotas de tamaños disimiles que cualquier criminalista medianamente avezado, habría identificado bajo la luz de una lámpara ultravioleta.

20

El olor del café recién hecho hizo que Pablo abandonara un sueño. En él, Silvana lo guiaba a través de unas calles solitarias franqueadas por grandes muros. Ella no habló en ningún momento, solo se comunicaba a través de símbolos que dibujaba en la pared con una lata de *spray* que cambiaba de color. Los mensajes eran confusos, pero se conectaban unos con otros. En cuanto terminaba una pared, Silvana daba un pequeño salto en el aire como si bailara y caía en el próximo muro para continuar su labor. Pablo la seguía con dificultad y apenas entendió la última frase antes de que comenzara a sentir que al sueño se colaba un vapor que lo enceguecía.

«Siempre lo has sabido», se leía en una pared pintarrajeada con la estética de los grafiteros urbanos. Despertó sobresaltado. Lorena estaba cerca de él y lo movía con sutileza.

—Hablabas dormido —le dijo pasándole una taza de café. Pablo se incorporó en el sofá y trató de estirarse un poco. Sentía un leve dolor en la espalda que no pudo ocultar. Lorena se disculpó por el estado del sofá cama y prometió que pondría unas colchas extras para hacerlo más cómodo.

Se sentó frente a Pablo y le informó que la asistente de Augusto había convocado a una reunión en su consultorio.

—Anda, levántate que tenemos mucho que hacer.

Pablo revolvió su equipaje, buscó algo de ropa y fue al baño con la taza de café. Bebió un sorbo y la dejó al lado del lavamanos. Se sentó a pensar y dejar que su intestino y vejiga se descargaran a sus anchas. Mientras se distendía miró dentro de la taza y se le vino a la mente la frase coloquial de no cagar donde se come. Perdió el ánimo de beber el líquido caliente y tuvo curiosidad de dónde habría venido esa enseñanza. Aunque siempre la creyó una lección para quienes, por ejemplo, quieren establecer relaciones amorosas en el trabajo, y terminan arruinando la fuente que les sustenta. El refrán solo le trajo el recuerdo de Fabricio Kolakowski, el novio de Silvana en la universidad. «Ese sí que se cagó en todos», pensó.

Se cepilló los dientes mientras pensaba en su época de universidad y en su grupo de amigos. Hizo esfuerzos por recordar a Lorena Díaz en las postales difusas que la mente le traía de esa época. La vio en el recuerdo, sentada, silenciosa y anónima, en algún pupitre del salón. Apenas si pasando el tiempo en Tierra de Nadie o en los bares cercanos a Plaza Venezuela. En un momento, hasta hubiese creído que ella no era más que una memoria falsa. Se sintió muy mal nada más de creerlo.

Se duchó y vistió en el baño, y salió a la sala. Lorena se hallaba de un buen ánimo y ya se había encargado de guardar el sofá cama. Hizo espacio en la sala para que una de las paredes, donde colgaba una pizarra de acrílico blanco sirviera para el debate del caso. Había pegado alrededor de ella algunos recortes de periódicos con

los titulares de las desapariciones y hallazgos de los casos. Las imágenes volvieron a revolverle el estómago a Pablo. Aún le parecía imposible que los crímenes salvajes no se hubiesen convertido en parte de la agenda pública por más tiempo. Lorena trataba de explicarle que la policía científica había cambiado de visión.

—La élite ya no investiga, se ocupa en llenar los huecos que dejan las fuerzas de seguridad tradicionales. En vez de estar dentro de un laboratorio, resguardan el tráfico, y hacen controles rutinarios para ver si por azar atrapan a algún pequeño traficante descuidado. Es lo máximo a lo que pueden aspirar.

Para Lorena la gran falla de la que llamaba su *alma mater* policial, la constituía el que ahora se dedicaran al resguardo de personalidades y abandonaran su misión primaria.

—Ahora son guardaespaldas personales de las amantes de los políticos de turno, Pablo. Mujeres sin gracia y valor, pero que acumulan silicón en las venas y ambición en el corazón. Para eso quedaron —indicó mientras terminaba de colgar fotografías en un corcho en la pared.

Pablo se acomodó frente a la pantalla y pensó con brevedad en Ángela, la madre de las hermanas Guzmán, en la recomendación de acercarse a las constelaciones familiares, y de pronto creyó que a lo mejor podría usar dicha filosofía para no tratar a las personas sino a las naciones enteras. Tuvo la impresión de que la frase de su sueño y el comentario de Lorena tenían algún punto de encuentro. «Tú no escuchas hablar de Bolívar después de 1830», pensó decirse a sí mismo, pero vocalizó y Lorena volteó a verlo. Negó con la cabeza y le dijo que descuidara. Pero esta frase aportó a la molestia que Lorena seguía tejiendo sobre la policía científica y a quienes la ocupaban en otros menesteres.

—Quizá tendríamos un mejor país, si quienes gobiernan se enamoraran más de Manuelas Sáenz o de Luisas Cáceres y dejaran de drenar sus ansiedades con *misses* y actrices de televisión —añadió con la vista puesta en la pared. Luego, puso una última tachuela a las imágenes de mutilación y muerte, para decir que ahora se sentía tan proscrita como Bolívar.

Lorena revisó su reloj y le pareció que Wifi se había tardado demasiado en subir al apartamento. Le había encargado ir hasta la panadería de la esquina por algunos sándwiches y empanadas para desayunar, porque tanto ajetreo le vació la alacena.

—¿Tienes hambre? —le preguntó a Pablo, quien se mantenía escrutando el mapa que Lorena construyó en la pared de su sala.

—Sí, un poco. No tienes de qué preocuparte.

—Wifi ya debe estar por aparecer —volvió a mirar su reloj—. Voy a llamarlo a su teléfono.

—¿Es ese su nombre o un apodo? No quise preguntar para no parecer un chismoso.

Lorena soltó una carcajada y respondió que tan solo era el mote con que ella lo conoció, y que su nombre real era Wilfredo Figueredo. Trajo una taza de café, se sirvió una para ella y otra a Pablo. Metió la mano en su bolso y sacó un frasco de pastillas. Fue hasta la cocina y se tomó una píldora. Pablo la siguió con la mirada durante todo el proceso. Ella se percató de que era observada y esperó tragar el gran sorbo de agua para aclarar cualquier duda.

—Son para la ansiedad. Creo que debo dormir más. Volvió al sofá al lado de Pablo y abrió la computadora.

Este no dejaba de mirarla, lo que la incomodó un poco.

—¿Pasa algo?

—¿Puedo hacerte una confesión, sin que eso signifique nada?

—Claro que puedes.

—Me recuerdas a Silvana, no sé. Creo que las mujeres seguras de sí mismas tienen una especie de estilo, de carácter. Discúlpame si estoy diciendo estupideces.

Lorena recibió las palabras levantando la taza y bebiendo un sorbo que parecía estar medido para evitar cualquier respuesta. Sus ojos no parecían transmitir ninguna información valiosa a Pablo y este pudo percibir como un hilo de vergüenza deshilachaba su ánimo. Volvió a disculparse y se recostó sobre el sofá. Lorena salió al paso, apelando a lo que ella consideraba era un buen juicio para medir cuando alguien necesitaba no un apretón de manos sino unas palabras con un terapeuta.

—¿Quieres hablar de eso que acabas de decir?

—Olvídalo. No debería abrir la boca con cada cosa que me viene a la mente.

—Pero lo has hecho y eso me dice que necesitas sacar algo.

—Voy a parecerte una molestia, Lorena. Y créeme si te digo que puedes enviarme a dormir al pasillo, pero debo volver a repetirlo. Te veo, veo lo que haces —señaló la carpintería del caso hecha con la base de imágenes perturbadoras y datos estadísticos— y no entiendo a cuenta de qué estoy aquí.

Lorena bajó la taza de café y la puso sobre la mesita de la sala. Odió poner la cerámica en contacto directo con la madera y creyó que el calor podía generar una mancha. Habría sido una buena excusa para levantarse y darle un rodeo a las cuestiones existenciales de su amigo, pero sintió que debía hacerle frente, al menos en lo que por los momentos estaba dispuesta a revelar de sí misma.

—Sin ti, Pablo, Silvana solo sería un número. Un crimen más de los cientos, de los miles que ocurren sobre esta tierra.

¿De qué nos sirve ir tras el mal, si apenas podemos ver a quienes lo sufren con un atisbo de atención? No entendemos a la víctima, menos podremos ver el rostro de quién la convirtió en tal. ¿Recuerdas? En las primeras clases de antropología, esta profesora de cabello alborotado... ¿la recuerdas?

—Sí, la recuerdo.

—Nos decía. Hagan una lectura profunda del mundo, dejen la superficie para el resto de las ciencias. «A ustedes les toca el ángulo invisible». Esa frase, Pablo. Esa frase fue la que me hizo tomar el teléfono y pedirte que vinieras. No tengo acceso a esa perspectiva oculta, al mundo íntimo de Silvana, tú viviste algo de ello.

—Solo una pequeña parte...

—Creo que esa etapa inicial de la universidad es tan reveladora de lo que somos —Lorena rio con ternura y se levantó en dirección a su habitación. Salió con una pequeña libreta—. Fui hasta la escuela y entrevisté a la profesora, le pregunté lo que recordaba de Silvana, de esa época. Mira lo que dice de ella —Lorena se aclaró la garganta y leyó.

«Ahora está muy de moda hablar de que estamos divididos o rotos, ¿pero acaso esto no ha sido siempre así?, en esta Latinoamérica me refiero. Justo ahora, estoy en una consultoría para la unesco, sobre la migración. Déjame decirte que cuando pienso en las ciudades de este subcontinente lo que veo es eso, una división, una cicatriz que construye calles, plazas y suburbios. Trato de sanar la ciudad a través de planes de urbanismo, de tejer modos de vida junto con las edificaciones. Pero nada funciona. Perdóname tanta conversa, quizá inútil. Sí, agradezco haber estado allí, y conocerla, y déjame decirte más... lo que Silvana hizo por ese país algún día será reconocido. Esa acción, esa toma del Consejo Universitario fue el golpe de realidad que necesitábamos todos. No, no somos el maldito país unido de los comerciales de televisión, de los concursos de belleza, de las telenovelas, de los mensajes navideños. ¿Pero qué somos entonces? No lo sé, de veras, quizá... solo seamos eso, una herida mal curada».

Lorena arrojó la libreta a un lado del sofá. Un leve rumor surgía desde lo más profundo de Pablo y el sueño que hacía unas horas había tenido. Lorena quiso asentar su punto.

—¿Viste como hablas? ¿Lo que construyes? Escucharla es como volver a la época de la universidad, es tener a Silvana caminando del comedor hacia la Biblioteca Central, arengando a los vagos de las facultades de filosofía y letras para que se unan a la lucha. La estamos siguiendo en tiempo real, puede sonarte a locura, pero no es así.

—Silvana me dijo en un sueño «Siempre lo has sabido».

¿Qué cosa siempre he sabido? No lo entiendo.

—Posiblemente algo que lleva mucho tiempo guardado en esa cabeza y que debes sacar a flote. Oye, Pablo —Lorena se acercó muchísimo a su rostro, era la primera vez desde que se conocían. La energía del momento eliminó cualquier interpretación sexual, aunque la tensión fuese sentida en fibras más sensibles del muslo donde ella puso su mano—. Tengo una premisa, he emprendido esta tarea con una idea clave. Silvana es nuestra víctima cero. Si damos con quien la mató, el resto de los casos irán

cayendo como fichas de dominó. Me han dicho que es mejor trabajar con los casos recientes, etcétera, pero no lo creo. Volver a Silvana es ir no al cabo suelto, sino al que sostiene la madeja de hilo.

Un fuerte golpe a la puerta los sobresaltó. Alguien intentaba abrirla con premura. Lorena fue hasta su cuarto y volvió con una pistola automática que ocultaba para emergencias similares. Apuntó con seguridad hacia la entrada y avanzó con sigilo hasta que logró ver por el ojo de seguridad. Bajó la pistola y exhaló todo el aire contenido. Sus ojos se explayaron en una expresión de rabia que iba a ser imposible contener. Tomó el pomo de la puerta y lo giró.

—Wifi ¿qué carajo haces? Nos vas a matar de un susto... Wifi se detuvo un segundo. No pronunció palabra. Entró con una bolsa de papel que estaba manchada de grasa. La puso sobre la mesa de la sala, tomó el control remoto del televisor y lo encendió.

—Hay disturbios en toda la ciudad, Lorena. Va a ocurrir, el modelo... el modelo... las matemáticas. Alguien va a morir —dijo caotizado, con la voz temblorosa.

21

No estaba segura si había despertado dentro de un sueño. Marisol recuperaba con dificultad algo de su consciencia, a pesar de que la oscuridad le hacía muy difícil entender de dónde provenían las voces y los ruidos que escuchaba. En su mente no se reproducía ninguna imagen conocida, pues sus ojos parecían estar mirando hacia dentro y no al exterior. Daba tumbos con las manos atadas a la espalda. Trató de recuperar la sensación sobre su cuerpo y ubicarse. Con lentitud su memoria armaba los últimos momentos antes de perder el conocimiento. Su piel reaccionaba a las ataduras que la mantenían inmóvil. Sintió su boca sellada por una cinta de embalaje. Sofocada y nerviosa empezó a moverse violentamente en el interior de la camioneta que la engulló en la calle. Quien la custodiaba, la miraba con desdén, sin conectarse con el ser humano que se revolvía con desesperación a pocos centímetros de sus ojos. Su única acción fue ponerse unos auriculares, subirle el volumen a la radio y tratar de dormir antes de llegar a su destino.

Cuando el efecto de la droga pasó, Marisol hizo inventario de su cuerpo y las zonas específicas que habían sido atadas. También hizo un repaso por los segundos previos a ser sometida. Se sentía tonta y frustrada. ¿Cuántas veces ella misma, no había incorporado a sus obras, unos cuantos consejos aleccionadores para las niñas que la veían? «No seas la próxima», decía el cartel que abría el segmento. El contenido lo redactó con dolor en una sola noche, luego que supo que una de las alumnas que asistían al taller de expresión corporal apareció ahorcada y violada en un contenedor de basura. Ahora pensaba que debió ser más enfática, no solo con ellas, sino con las niñas y muchachas que asistían a sus presentaciones, y además de prevención también haberles enseñado unos cuantos conocimientos sobre cómo zafarse de una llave de sometimiento, o cómo desarmar con un golpe certero a la tráquea. Poco a poco, el miedo se transformaba en una profunda ira. Se juró a sí misma que de salir con vida de aquella situación dejaría el gesto y usaría su voz para decirles que de nada servía que las mujeres practicaran la bondad y la justicia, si tenían que enfrentarse a un mundo de hostilidades que las oprime y asesina.

La camioneta se detuvo y el rumor de la máquina tronando bajo ella cesó. Escuchó unas puertas abrirse, pasos, el ruido de las cadenas y el de su propio cuerpo golpearse contra la camioneta cuando intentaba zafarse de las manos invisibles que la atenazaban. No escuchaba voces, solo un golpeteo seco y disperso.

La elevaron entre varios como si trataran con un costal de granos. Marisol intentaba gritar, pero su aliento era retenido por la mordaza. Su mente le trajo la imagen de su hermano, hablándole lejos, desde un territorio que parecía una espiral que engullía cualquier palabra que intentara pronunciar. Su cuerpo de niño desapareció después de caer junto a su madre por aquella alcantarilla a la que la

empresa de agua olvidó colocar la tapa de seguridad. Nunca lo encontraron. Nadie se responsabilizó de sus muertes y a la ira colectiva inicial le siguió como suele resultar ya moneda conocida, el desinterés del tiempo. En algún lugar de la indolencia del sistema de justicia, debía reposar la demanda de Marisol contra los que ellos consideraban cómplices necesarios para que tal desgracia ocurriera.

¿Qué pasaría con ella? ¿Desaparecería para siempre?

¿Harían carteles y marchas a su nombre, sería la bandera de lucha de un grupo de mujeres aguerridas? ¿Su caso se archivaría? ¿Correría con el mismo destino? Se preguntaba de todo en la oscuridad. Pero sentía que la furia e indignación se instalarían por una semana, con suerte un mes. Después llegaría el deterioro de la atención pública y el inevitable abandono de la memoria. Ella no culparía a sus vecinos si aquello pasaba. ¿Quién los puede culpar cuando se debe atender el día a día, lo que comerán por la mañana, ocuparse de si sus hijos tendrán zapatos para asistir a la escuela, o los crímenes habituales del barrio, un robo que salió mal y dejó tirado el cuerpo de un estudiante de secundaria a cinco pasos de una cancha deportiva, o el hallazgo de una mujer que llegaba de una fiesta y tuvo que dormir para siempre al lado de gusanos y basura putrefacta? ¿Quién puede culpar al minúsculo habitante del mundo por no llevar la cuenta a los horrores?

Sus interrogantes no obtuvieron respuesta. Un paño húmedo que enfrió su nariz la arrancó de sus cuestionamientos y la llevó a recordar la fragancia del incienso que le mareó la primera vez que pisó una iglesia.

22

La oficina del Ministerio de Interior y Justicia es un salón no mayor a doscientos metros cuadrados con luces tenues. Se conecta con la terraza a través de una escalera exterior y le permite al ministro respirar aire fresco mientras medita sobre las complejidades de su labor. Usualmente, las llamadas del presidente se reciben a través de un pequeño teléfono encriptado cuyo modelo varía según haya avanzado la tecnología. Se evitan las líneas convencionales y en el caso de los asuntos que comprometan la seguridad de la nación, se prefiere convocar al ministro al Palacio de Gobierno para transmitir órdenes y debatir estrategias. Pero ese día resultó atípico. El presidente estaba fuera del país y el ministro dirigía una reunión a puerta cerrada, donde los jefes de los principales organismos de seguridad del Estado alertaban sobre planes sediciosos que tenían el ropaje de la protesta callejera.

El director del servicio de inteligencia culminaba una larga pero interesante reflexión, a juicio del ministro, sobre las múltiples caras de la guerra en el mundo conectado por redes de información. Solicitaba además, que cualquier asunto por más mínimo e insignificante debía ser incluido en el sistema de inteligencia artificial que recién se había instalado. Un automóvil accidentado en una autopista concurrida, el ticket de una compra masiva de fertilizantes, la desaparición de una mascota, todo debía ser digerido por la máquina.

Las palabras del director alejaron mentalmente al ministro de la reunión y lo llevaron a la azotea. Dos horas atrás el presidente lo había llamado desde Estambul, donde asistía a una cumbre bilateral.

—Alfonso, ¿sabes de lo que me he enterado y no precisamente gracias a ti?

—No, señor. ¿De qué se ha enterado?

El ministro sabía que cuando el Número 1 usaba sus nombres de pila, era para tensar el resorte de una reprimenda difícil de asimilar. Aunque agradecía que esta fuese por la línea telefónica, igual sentía un malestar en la boca del estómago.

—Me ha llamado una persona a quien estimo en demasía, para decirme que en el partido, en los colectivos de organización política, en todo internet se habla de que una muchacha que hace apenas una semana estuvo conmigo en la Compañía Nacional de Teatro ha desaparecido. ¿Tú entiendes lo que eso significa, verdad?

—Entiendo su preocupación, señor presidente.

—No, tú no entiendes un carajo. Comenzaron las protestas y nosotros en vez de enfrentarlos unidos, tenemos ese lanzazo en el corazón y a la gente preguntándose quién está al mando de este gobierno. Mañana de seguro voy a leer las noticias y me madrugarán con que encontraron su cuerpo en un contenedor de basura y que además, nadie, escúchame bien, Alfonso, nadie, ni la policía, nadie movió un dedo por ella.

—Activaré el plan.

—En cuanto llegue, ¿sabes a qué actividad debo asistir, Alfonso?

—No, aún secretaría de despacho no me ha informado.

—Voy a inaugurar la sede del Ministerio de la Mujer. Ahora, supongo, que no me vas a dejar levantar un edificio sobre la tumba de una inocente.

—No, señor presidente.

—Supongo que no dejarás sea interpelado por quienes se sentarán frente a mí para en silencio, que es lo peor, decirme que no hice nada para proteger la vida de esa muchacha. Supongo que no me permitirás llegar a casa y que mi hija que recién cumple quince me pregunte quién es la mimo que apareció violada y mutilada en un parque público. Entonces, tendré que pensar en ti, en que me enteré por terceros y de que no puedo hacer más nada que mirar a los ojos de mi pequeña y venirle con la sarta de idioteces de que el mundo está lleno de gente mala y nosotros hacemos nuestro mejor esfuerzo. ¡Estoy harto de los gestos inútiles! No voy a tolerar a otra Silvana Guzmán en nuestro historial de ineficiencias irreparables.

—Pondré a mis mejores hombres —el ministro de Interior sintió, en el segundo en que la llamada se cortó, el mismo espasmo de cuando revisó el monitor de signos vitales y el pitido característico anunció el fin de la vida de su madre.

«No voy a tolerar a otra Silvana Guzmán». Esa última frase era determinante para entender el estado de ánimo del presidente. De seguro había sido Antonio Guzmán quien le había llamado. Una pérdida irreparable, sin ninguna duda, y también un callejón sin salida. A su mente, en una cascada de datos dispersos que hacía tiempo no visitaba, le llegaron retazos del caso. De un modo que no logró explicar, las palabras del presidente lo aguijonearon con brutalidad tanto en el ego profesional, como en la propia amistad que los unía. Ambos habían militado como líderes estudiantiles, y el crimen de Silvana los había estremecido. Sin embargo, luego vino la bomba sobre el edificio y a eso le siguió el golpe de Estado, los sabotajes terroristas a las industrias del Estado. Quizá su error fue haber delegado demasiado el caso y también subestimar a la única que tuvo las agallas de enfrentarlo. Pidió concluir la reunión y delegó la responsabilidad de mantener vigilancia sobre los focos de disturbios a la guardia nacional. Luego despachó a los invitados pero pidió a los directores de la policía científica y del servicio de inteligencia que se quedaran. Tecleó el intercomunicador y pidió a su asistente que le enviaran el informe que había logrado preparar, así como una carta que mandó a archivar con especial cuidado.

El director de inteligencia y el de la policía científica apenas se toleraban. Sentían que en muchos casos, si no en todos, sus pesquisas y labores colindaban y eso los había enredado en una madeja de discusiones nada amistosas. Guardaron la compostura y esperaron que el asistente del ministro dispusiera la documentación frente a él y empezara a hablar.

—Señores, el presidente me ha llamado para tratar un caso especial. Entenderán que he quedado como un imbécil, al no tener la menor idea de qué hablaba.

Los dos jefes comenzaron en silencio a recopilar cuanta información hubiese pasado por sus manos y que pudieron obviar o simplemente no considerar fuese de relevancia para la atención del ministro. Ambos preparaban excusas por igual, incluso sin haberlo acordado iban a culpar a la academia de policías, quienes les enviaban con mayor regularidad cadetes que no contaban con las habilidades y talentos necesarios para destacarse.

El ministro reparó en los papeles que posaban frente a él y sacó una fotografía. La deslizó sobre la mesa hasta que quedó visible para los otros acompañantes. El director del servicio de inteligencia levantó la foto, la examinó y habituado a mirar fotografías en circunstancias similares concluyó por sí solo que fuese una criminal o que hubiese desaparecido, la tarea sería encontrarla.

—Marisol Castro, 25 años, licenciada en teatro por la Unearte. Líder social, muy apreciada por su comunidad, y ahora una preocupación más para el presidente de la República. Desapareció hace unos días. Los padres —el ministro guardó silencio con la vista puesta en el papel. Carraspeó la garganta y leyó el expediente con un énfasis aleccionador— la reportaron desaparecida ante la policía científica y allí les dijeron, y cito: «Tenga paciencia, puede que solo se haya fugado con el novio». La denuncia la terminó tomando el juez de paz de la parroquia y tuve que enviar a mi asistente a recolectarlo de un maldito archivo de una prefectura. Son una vergüenza.

Ninguno quiso ser el primero en hablar. La peor parte la llevaba el cuerpo de investigaciones y es por ello que su máxima autoridad ya preparaba una línea que contuviese la ira del ministro. No suponía que el próximo golpe viniese con mayor fuerza.

—Entonces, me dije. Oye, Alfonso, creo que deben considerarte con alguna discapacidad para manejar las malas noticias o quizá piensen que no necesito saber qué ocurre fuera de este despacho. Flores —miró directamente al director de inteligencia—, ¿te parece que me voy a desmoronar si llegas a comentarme algo negativo?

—No, claro que no, señor ministro.

—¿Y tú, Vásquez? ¿Crees que soy muy sensible como para lidiar con lo imprevisto?

—Por supuesto que no.

—¿Y por qué carajo debo ser el último en enterarse de lo que ocurre? —el golpe que el ministro dio a la mesa con la palma de la mano y el grito que le acompañó fueron escuchados por el asistente personal y la secretaria de turno fuera de la oficina. Ambos cruzaron miradas pero no emitieron comentarios. La reunión prosiguió.

—El presidente me pidió con muchísima claridad, como si me encargara su propia vida que no deseaba a otra Silvana.

¿Te suena el nombre, Vásquez?

El director de la policía científica sintió un frío que lo cortó en dos. Deseó en ese momento haber seguido el consejo de su esposa de retirarse a tiempo y de no perseguir el sueño incierto de ser el sucesor del ministro. Esa noche llegaría a su casa para decirle que tenía razón. Sin embargo, antes de que la angustia moldeara de mala manera a su esposa, tenía por delante que hacerle frente a una molestia que no hacía sino escalar.

—Recordé, Vásquez, que un miembro de tu equipo me hizo llegar un informe. En ese momento, por respetar un cierto código de jerarquía y además por apelar a la estúpida confianza que te tengo, ni siquiera vi la primera página.

¿Recuerdas? Te llamé, me echaste tierra en los ojos y nos olvidamos del asunto. «Indisciplina, elucubraciones de una mente enferma», eso decías. Pues bien, luego de que el presidente limpiara el suelo conmigo, pedí el informe. ¿Y sabes qué? Lo leí con mucha atención. Tomé un resaltador, como para que no se me fuese a pasar por segunda vez esta clase de detalles y marqué algunos pasajes de este informe titulado

«Toda la verdad sobre el caso de Silvana Guzmán». ¡Vaya, qué dramático! Muy literario todo. Leeré un fragmento, por favor Vásquez, tú también Flores, quiero que me presten mucha atención:

«Las heridas *post mortem* en el cuerpo de Silvana, hacen pensar que no enfrentamos un crimen de oportunidad ejecutado por un inhábil asesino. Las circunstancias del terreno que permitieron preservar el cuerpo de Guzmán, aunque pueden considerarse un producto del azar, no previsto por el homicida, nos permiten inferir que no deseaba firmar su obra o que se hiciera público su delito. Sin embargo, el modelo computacional pudo considerar que, basada en las características de las víctimas, el que los posteriores cuerpos mutilados fuesen encontrados con tanta facilidad, puede considerarse un cambio de perspectiva o de deseos de que comenzase a relacionarse las muertes como parte de una obra conjunta, puede que una obra en proceso. La dificultad estuvo en encontrar la relación entre las muertes, cuestión que el modelo puede probar, de lo contrario cada caso habría sido tratado de manera individual y desconectada. Estamos, a pesar de la opinión contraria de las autoridades policiales, frente a un asesino serial con métodos y un comportamiento que puede ser predecible. Por tanto, lo que se puede anticipar, es susceptible de evitarse».

El despacho se llenó de una inmensa niebla que hacía muy difícil que los tres personajes sentados en aquella mesa pudiesen articular las mismas preguntas o respuestas. Vásquez sintió que debía hacer cualquier cosa, por más inútil que pareciese.

—Señor, con el debido respeto. Hablar de asesinos seriales luce un tanto apresurado e incluso peligroso. Nuestros psicólogos forenses han hecho sus apreciaciones al informe de la detective Lorena Díaz y hemos concluido que hay mucho de retórica del espectáculo. Es mucho más serial un muchacho de 15 años que acumula una veintena de asesinatos en su espalda.

El ministro de Interior tronó con una carcajada. Tomó el informe y buscó en él moviendo algunas páginas con interés.

«De seguro, se argumentará que un joven perteneciente a una banda criminal, puede ser catalogado como un asesino serial, y con esto restarle peso a cualquier investigación profunda sobre el caso Guzmán».

—Justo lo dijo. No me digas que tu detective también es una especie de profeta o de adivino. Cuidado con lo próximo que digas, es posible que ya esté escrito en estas páginas —dijo el ministro haciendo un gran y consciente esfuerzo porque la sorna se transmitiera con eficiencia hacia su subalterno.

El rostro de Vásquez no podía acumular más sangre. Si la reunión se extendía unos minutos más habría sido posible considerar que los vasos capilares serían transmisores de algún coágulo mortal. El ministro cerró el informe y fue determinante.

—Ubica a esta muchacha, necesito que me explique aquí si es posible encontrar a Marisol Castro y al psicópata que está detrás de todo esto. Lo único que me falta es que además de las protestas tenga que lidiar con un monstruo. La reunión ha terminado.

Ambos directores se levantaron de sus asientos y se despidieron en voz baja. Cuando abrieron la puerta el ministro le pidió a Flores que se quedara unos segundos más. Vásquez sintió que sus órganos se iban a licuar dentro del cuerpo, pero fue estoico, salió al pasillo y luego al ascensor privado.

Flores se acercó al ministro y no se sentó hasta esperar la invitación. El ministro tomó el informe y se lo entregó. Fue hasta la ventana de su despacho, única fuente de luz natural de su oficina. Miró hacia la acera y percibió a los peatones como hormigas diminutas e ignorantes yendo o viniendo de las actividades rutinarias, y sintió por primera vez desde que se había dedicado a la política, que deseaba no estar quince pisos sobre el suelo, sino ser anónimo y rutinario. Volteó a ver al director de inteligencia quien esperaba paciente y silencioso tras él.

—En cuanto encuentren a Lorena Díaz quiero que seas tú quien lleve las investigaciones. Será un trabajo del equipo de inteligencia. Relevaré a Vásquez de la responsabilidad. Prepara los detalles.

El director apretó la carpeta contra su cuerpo y con rigidez militar junto los talones soltando un sonido seco y poderoso.

—Considere cumplida la orden —dijo sin pestañear.

23

La secretaria de Augusto, una mujer de unos sesenta años llamada Ana, cumplía con el ritual diario que su jefe le solicitaba. Supervisaba que el equipo de limpieza de la clínica diese un tratamiento especial a la escultura de bronce de Artemisa, que según las indicaciones, debía brillar cada mañana, sin falta. El olor a lavanda tenía que ser equilibrado y apenas notarse. El área de la recepción debía mantenerse impoluta y preparada para cumplir con cualquier requerimiento de los exclusivos pacientes que atendía el doctor Zuloaga. Para Ana, las tareas comenzaban temprano, a eso de las seis del mañana y culminaban aproximadamente a las cuatro de la tarde. Había excepciones para dicho horario. Los compromisos políticos o académicos podían acortar la estadía de Augusto Zuloaga en el consultorio, también otra clase de imponderables, como el que tendría lugar ese día. Tina, la asistente personal de la familia, había informado a Ana la noche anterior, que ese día a eso de las tres, Augusto Zuloaga atendería a una detective de la policía científica. No recibió más detalles y ella tenía por costumbre aprendida a no solicitarlos. Dudó sobre cómo rellenar la categoría «Asunto» en la cita con la detective. La dejó en blanco y llegó a la conclusión que lo mejor era olvidarse de esa leve ruptura en el cotidiano discurrir de su trabajo. Supuso que el motivo de la reunión no tenía que ver con algún problema del corazón, no al menos de esos que se enseñan a curar en la facultad de medicina.

Augusto Zuloaga llegó cerca de las nueve. Venía impecable, con una camisa blanca de rayas azules y en las manos un maletín marrón de cuero. El pantalón azul marino le marcaba los músculos tensos por la constante práctica del rugby. Ana tenía sesenta años pero no se había quedado ciega, y aprovechaba de avivar su llama interior con una que otra mirada discreta al doctor Zuloaga.

Cuando Augusto entró a la oficina supervisó cada detalle de manera casi inconsciente. Fue hasta Artemisa, pasó el dedo índice de la mano derecha por la frente de ella y se persignó con él. Se acomodó detrás del escritorio y encendió su laptop. Allí, los canales de televisión en línea le ofrecían la posibilidad de hacer seguimiento en tiempo real de las protestas en el país. Se quedó en uno que transmitía la declaración de un hombre que llamaba a los jóvenes a ejercer mayor presión. Aumentó el volumen y escuchó algunos segundos. Tomó el teléfono celular para llamar a Zitmann.

—¿Lo estás viendo? —preguntó Augusto.

—Lo veo, lo veo.

—No me gusta en lo absoluto este tipo. ¿Acaso se cree que va a sobrevivir a esto?

—Pienso que se ha tomado muy en serio su papel...

—O no se lo han explicado en lo absoluto.

—Quédate tranquilo. Nosotros sigamos avanzando y que cada quien cumpla su rol en el juego. Todos son piezas, recuerda.

—Tengo por qué preocuparme. Los muchachos en las calles lo ven como su líder.

—Augusto, no pierdas el foco. La mente de la masa es voluble. La facilidad con que encumbran es la misma con que suelen olvidar. Deja que el hombre viva su fantasía. Va a quemarse en pocos días y allí estarás tú para cosechar los frutos.

—¿Crees que funcione? ¿Que el gobierno ceda a adelantar las elecciones?

—No tiene otra opción. En cuanto se vea contra las cuerdas llamará al diálogo, hará concesiones. Y nosotros tendremos nuestras cartas preparadas.

—¿Y si este sujeto se aferra a su papel? Si siente que debe liderarnos.

—Deja eso en mis manos. En cuanto hagan un llamado a las elecciones, filtramos a la prensa su pasado. ¿Quién puede creer en un golpeador de mujeres? Lo pulverizarán.

—Está bien.

—Te repito, enfócate. Y dejemos que ella siga guiando nuestros pasos.

Augusto se despidió y soltó el teléfono celular sobre la mesa de madera. Sus ojos fijaron las imágenes que le transmitía la pantalla, pero su cuerpo a pesar de los consejos no podía procesar la ira que sentía al escuchar a los jóvenes rodear a su enemigo mientras coreaban un nombre que no era el suyo.

24

El automóvil avanzaba entre los escombros y barricadas puestas en las calles. Pablo Linares se aferraba a cuanto pudiese y contenía la respiración. De vez en cuando, dejaba de poner su atención en algún potencial accidente, para reparar en el gesto impenetrable y acerado de Lorena. Ella miraba hacia el exterior y su mapa mental no procesaba las protestas, ni los encapuchados que impedían el tránsito de peatones y vehículos, solo veía rutas alternas con un rango de al menos dos y tres opciones reales.

Era firme y no se dejaba impresionar por algunos que llegaban a pegarle en el parabrisas o los laterales, ordenándole detenerse. Su única respuesta fue sacar la pistola y pedirle a Pablo que la guardara en la guantera para no dejarse llevar por alguna reacción mal contenida. Este obedeció.

Durante la mañana habían hecho seguimiento con Wifi de las protestas, con especial cuidado a cualquier reporte de personas desaparecidas. Lorena había encendido un radio de onda corta de la policía científica y monitoreaba algún 78, que era el código de seguridad de las transmisiones policiales para reportar secuestros. Nada aparecía en sus precarios radares. Ante la falta de información, pero no por ello de seguridad de que el modelo iba a comprobarse, pensaron en que sería importante ir con alguna estrategia previa para la cita con Augusto.

El mayor beneficio —puede que el único resultado provechoso de la reunión—, sería obtener algún dato extra sobre la desaparición de Silvana que no haya aparecido en los interrogatorios elaborados diez años atrás.

Lorena había leído cien veces los pobres esfuerzos hechos por lo que ella creían eran seres cansados de sus carreras y de su vida en general, vacíos de toda creatividad o interés por resolver un caso que para ellos no significaba nada.

—¿Qué puede moverle a un burócrata encontrar o no al asesino de una mujer sin rostro ni historia con la cual empatizar, si igual va a recibir su salario a fin de mes? Lo resuelva o no, irá a casa, se olvidará el asunto y verá los resúmenes de la jornada de fútbol mientras su mujer le reclama más atención y sus hijos lo ignoran tras una pantalla de celular. De esa matriz —señalaba Lorena— parte el hecho de lograr cero creatividad a la hora de formular las preguntas.

—Los antiguos griegos nos enseñaron que hacer una buena pregunta es la mitad del recorrido —añadió Wifi sin despegarse del teclado de la computadora.

Habían acordado que Pablo la acompañara para desequilibrar a Augusto. Sacarlo de esa vitalicia zona de confort en la que se convierte la existencia de quienes vienen con el mundo resuelto. También acordaron que dejaría el trabajo policial en manos expertas y que evitaría seguir a Augusto si este lo pretendía usar para desviar la atención del objetivo principal. Al salir del apartamento dejaron a Wifi para

continuar con la captura de información sin distracciones y para que este pudiese garabatear cuanto quisiera en una libreta que tenía para hacer hipótesis sobre el pasado y el futuro.

Llegaron al consultorio de Augusto con algo de tiempo. Lorena se presentó ante la secretaria y le informó que tenían una cita. Mientras la registraba en su computadora, Lorena sondeó el lugar y además de la ubicación de las escaleras de incendio, salidas de emergencia y posición de las cámaras de seguridad, también capturó el nombre de Ana impreso en una placa de metal en el escritorio.

—Lindo nombre.

La secretaría subió los ojos sorprendida. No estaba acostumbrada a lidiar con cortesías en ese lugar. Sonrió. Lorena le comentó que su abuela se llamaba así, Ana, y que su segundo nombre era María.

—Qué casualidad, señorita Díaz, llevo este nombre en honor a mi abuela —contestó intentando hacer contacto visual y no teclear mal el ingreso en la base de datos. Lorena le sobrevino una corazonada que no quiso dejar pasar.

—Mejor voy a sentarme, para que no se vaya a equivocar...

—No, no, de ninguna manera, señorita. Solo hago el registro de su entrada y de inmediato le informaré al doctor Zuloaga que están aquí.

—De acuerdo. Pero mejor no interrumpo su rutina...

—A veces hace falta —dijo con cierta melancolía.

—Claro que sí, claro que sí. Aunque es importante que ocurra para que no nos gane el desorden. Por ejemplo, y usted me corrige si me equivoco —Lorena gestualizó bastante y Ana dejó de teclear para prestarle atención—: Llega al trabajo, se sienta aquí, abre sus notas para repasar las tareas del día, va y hace café y luego al archivo para tener la historia de los pacientes a la mano. En ocasiones el automatismo es un aliado.

—Prácticamente ese es mi día, solo por dos detalles: ya no bebo café, solo té, y no hay necesidad de lidiar ya con los archivos de las historias clínicas porque todo está digitalizado aquí —Ana señaló la computadora.

—Aunque todo avance trae atraso. Lo tiene al alcance de la mano —Lorena dio un vistazo furtivo a la pantalla de la computadora para atrapar el nombre de los archivos de registro—, pero se pierde la oportunidad y la excusa de levantarse y al menos caminar un poco, ¿no lo cree?

—Ciertamente, señorita Díaz. Está en lo correcto.

Lorena fue hasta donde aguardaba Pablo y le comentó la necesidad que tenía de hacerse con el archivo de los pacientes y el histórico de visitas que estaban en el computador. Le pidió ayuda para idear alguna maniobra de distracción, pero no tuvieron tiempo de nada porque Ana batió su mano a unos metros y les informó que el doctor Augusto los recibiría de inmediato.

Comenzaron a caminar y Pablo sintió un breve estremecimiento en su estómago. Los recuerdos de la universidad golpearon el dique de desinterés que había construido para contenerlos. Pensaba en Augusto, y la primera imagen que le atravesó fue cuando este le pidió interceder ante Silvana para desistir en la toma del consejo. En aquel pasillo de psicología, rodeado de sus matones y aquella insensible que más que hermana, parecía una verdadera enemiga. Quiso enfocarse cuando Ana les abrió la puerta del consultorio y les decía que ella estaría afuera por si algo se les ofrecía, pero todo fue inútil porque al entrar en el acomodado y pulcro consultorio no vio al doctor Zuloaga, sino al sujeto que Silvana había nombrado hacía más de una década como su némesis.

Augusto se puso de pie y levantó su mano para saludar a

Lorena. Puso su mejor empeño para contener la impresión que le causó ver a Pablo Linares. Hizo cientos de cálculos sobre la reacción más conveniente, pero aquello iba a contracorriente de lo que sus vísceras le reclamaban y de algún modo, estos últimos días había optado por no controlarlas.

—¡Qué sorpresa! ¿Te conozco? —dijo a Pablo sin soltar la mano de Lorena en un apretón nada efusivo.

—Sí, nos vimos un par de veces —contestó Pablo.

—Bueno, pues bien. Adelante, tomen asiento. Cuéntenme, en qué puedo servirles.

Lorena supo que había tenido razón en que Augusto usaría a Pablo para zafarse. El buen doctor evitaba prestarle poca atención y la pregunta la había hecho no a ella, sino al otro hombre en el cuarto. Una táctica usual para menospreciar y restarle autoridad.

—Venimos a hablar del caso de Silvana Guzmán. La hermana de su esposa.

—Sí, algo me ha adelantado mi asistente. El asunto aquí es que no creo que pueda decir algo diferente a lo que ya está en los interrogatorios. No sé qué aportar de nuevo a algo que pasó hace ¿quince años?

—He leído los informes y hay algunas cosas que quiero repasar.

—Detective, ¿estoy siendo interrogado? Porque déjeme decirle que si es así, tendré que llamar a mi abogado.

—Por qué no lo vemos como una conversación amistosa.

Solo para refrescar la memoria.

—Ya veo —Augusto cruzó las manos sobre la mesa y el gesto no pasó inadvertido para Lorena.

El celular de Augusto vibró en la mesa y este dio un ligero vistazo. «Disculpen, pero debo responder esta llamada». Se levantó de su asiento y caminó al interior de la oficina. Lorena volteó urgida hacia Pablo y le confesó que no iban a lograr grandes avances en aquella conversación, que lo mejor sería usar otros métodos de aproximación. Se levantó de su silla y salió del consultorio.

La secretaria la recibió con sorpresa. Estaba de pie con una carpeta en la mano.

—Disculpe, señorita ¿se le ofrece algo?

—No, no en lo absoluto.

Ana sostenía la carpeta y la movía con impaciencia. Lorena analizó sus oportunidades y dio un paso al frente.

—No se detenga por mí.

La secretaria sonrió con levedad, atrapada en su intención de pasar desapercibida.

—Es que necesitaba entregar este documento, pero tampoco quería ausentarme.

—Hagamos algo, Ana. Me quedaré aquí unos minutos, e informaré que ya regresa. Incluso con el doctor Zuloaga.

—¡No! —la secretaria atajó su reacción impulsiva y rebajó la intensidad—. No, se molestaría muchísimo.

—Entonces, que quede entre nosotros —dijo Lorena mientras guiñaba un ojo.

Ana sonrió y aceptó con gesto cómplice la propuesta. Se perdió en la esquina del pasillo. Lorena se cercioró de que la secretaria estuviese lo suficientemente lejos y no le tembló el pulso para hacer su movimiento.

Un recorrido por la oficina de Augusto, le bastó a Pablo para darse cuenta de que nunca se había equivocado en la percepción que siempre tuvo de aquel sujeto. El espacio estaba ordenado y la paleta de colores no permitía más variación que la ofrecida por la escultura de bronce de la diosa griega. Pablo la reconoció de inmediato, aunque se le hizo esquiva la interpretación de lo que hacía exactamente allí.

¿Qué clase de símbolo o conexión con la labor de Augusto representaba?, se preguntó. Quizá habría sido el regalo de algún paciente agradecido, o una extravagancia más de quienes no saben qué hacer con el dinero en los bolsillos. Se acercó a una pared, donde colgaban algunos diplomas que demostraban la experticia de Augusto en las especialidades más complejas de la cardiología. También había algunas fotografías, y una en especial atrajo su atención. Se trataba de un equipo de rugby. Allí había unos 22 muchachos, con un Augusto mucho más joven y también otro rostro conocido: Igor, uno de sus amigos de la universidad. La fotografía era identificada con el rótulo: «Equipo Campeón, 2005, Copa Federaciones Suramericana».

—¿Ves a alguien conocido? —Augusto se había aproximado con la sigilosa agilidad de un gato. Pablo volteó con sobresalto y el doctor Zuloaga sonrió sin que su rostro dejara de mostrar frescura. Sus ojos buscaron a Lorena por el consultorio.

—Ha pasado el tiempo, Linares. ¿Pero quién lleva la cuenta de estos dieciséis años?

—Supongo que nadie —ripostó con fuerza Pablo dejando de observar el cuadro.

—¿Dónde está tu *partner in crime*? Estoy esperando las acuciosas preguntas de la detective Díaz.

—Supongo que en el baño —contestó Pablo con desgano.

—¿Y bien? Cuéntame algo de tu vida ¿Qué has hecho con ella? Sabes que siempre me he preguntado algo de quienes se dedican a las carreras humanísticas, ¿qué esperan de la vida? No lo sé... ¿sienten que pueden realmente cambiar algo, o es solo un asunto vocacional, o apego por divagar sobre la nada? Prometo que al llegar a presidente recortaré todos los fondos. Los primeros en caer serán los historiadores y los antropólogos —Augusto explotó en una carcajada que acompañó con un golpe efusivo sobre el cuerpo de Pablo.

No cualquier golpe. La palma de la mano abierta, sobre el hombro con una ligera presión hacia abajo. Un gesto casi imperceptible de querer imponer la superioridad, de lograr el sometimiento con una velada agresión. La mano no se apartó cuando el segundo necesario que la tolerancia de Pablo había establecido como aceptable, pasó. Se quedó allí, forzando una reacción desmesurada. Quizá un golpe en la mandíbula que le diera la excusa a Augusto para enviar a quien considera un ser minúsculo y anónimo, unos cuantos meses a una cárcel. A una que él controlara, desde donde pudiera girar una simple orden a través de un mensaje de texto, y ya se movilizaran tres o cuatro prisioneros con puñales en mano, hacia la celda abierta y descuidada del hombre que no llegaría a cumplir su condena. Augusto sonrió con solo pensar en aquella posibilidad y se negó a quitar la palma de la mano, abierta, con la presión necesaria para incentivar la ira. Por su parte, Pablo meditaba en asuntos completamente distintos. Sentía a Lorena dedicada en su tarea y a él como un hábil compañero, soportando el peor de los castigos para así dar tiempo a que se avanzara en los objetivos. Meditando también en qué habría cambiado a Igor, qué lo había convertido en el ser que fue o que probablemente era. Tuvo el deseo de hablar con él y seguir el consejo de Silvana en el sueño, cuando le dibujó claramente en grafiti el mensaje, o puede que el regaño, de que él siempre lo había sabido.

Los pensamientos encontrados de los dos hombres en el consultorio no salieron de sus mentes y se transformaron en deseos cumplidos, porque Lorena entró de nuevo al despacho. Su talante estaba ligeramente alterado, como si hubiese corrido una pequeña carrera.

—¡Vaya, señores! De verdad, discúlpenme. No estuvo bien desayunar esos granos —dijo sonreída.

Se detuvo un segundo a ver a Pablo y Augusto, conectados a través de un brazo y una palma abierta sobre un cuerpo. Le pareció que ahora había tres estatuas en el salón. Aprovechó la metáfora para distender. Se acercó a la pieza de bronce de Artemisa, que aunque no lo hubiese comentado a Pablo, fue la única cosa que realmente le había llamado la atención desde que llegó al lugar.

—¡Vaya pieza! ¿No es un poco grande para el salón? Digo, todo aquí es tan simétrico y proporcional y de pronto entras y ¡puff!, te llega el bronce de la estatua. ¿Quién es? ¿Una María Lionza o algo por el estilo?

Augusto se sintió que le habían profanado el pensamiento más privado y personal, y apartó la mano de Pablo para dar unos pasos hacia la estatua e interponerse entre ella y la detective quien ya comenzaba a tocarla. Sentía que cada impresión de huella dactilar en el bronce cuidado era un melanoma que se expandía por su piel y le arrancaba la vida.

—Por favor, detective —dijo con su cuerpo convertido en una impertinente barrera de protección—, trate de no tocarla.

Lorena alejó la mano, dando por culminada su exitosa acción de poner a Augusto a la defensiva. Este sacó un pañuelo de su pantalón y lo pasó por el lugar que Lorena había tocado. Sintió que, en mucho tiempo, nadie había logrado moverlo un poco y eso hizo crecer en él unas ganas inmensas de estrellarle la cabeza contra la puerta. Respiró y no permitió que su cuerpo transparentara sus intenciones. No al menos hasta que llegara su sorpresa y le diera un vuelco a la situación.

—¿Por qué no nos sentamos y retomamos la conversación? —un ligero brillo en la frente de Augusto hizo sentir satisfecha a Lorena. Ella asintió, y sin decir una palabra le hizo un gesto a Pablo para que tomara asiento nuevamente. Augusto dio un rodeo largo para llegar a su propia silla. Por momentos ni Pablo, ni Lorena lo tuvieron a sus espaldas, y ambos sintieron una energía imprecisa que se les alojó en el plexo solar. Augusto tomó posición y sonrió con tensión. Lorena sacó una libreta de notas.

—Entonces, doctor Zuloaga. ¿Seguimos con la conversación amistosa? Nada de interrogatorios.

—No veo por qué no.

—Bien, conoce a Igor Quintero.

Pablo y Augusto sintieron que los atravesaron con una lanza. No podrían haberse puesto de acuerdo del lugar en que sintieron aquel doloroso punzón. Pablo, menos preparado para mentir, se le hizo esquivo un gesto distinto a la sorpresa. Del otro lado de la mesa, Augusto entrelazaba los dedos queriendo formular miles de preguntas que saltaban en su mente. Quería que la prudencia gobernara sus actos, pero no estaba seguro de aguantar unos minutos más el rostro altivo de Lorena Díaz. Jamás había soportado la manera en que el rostro de una mujer refleja la soberbia.

—Pues sí, es triste cuando los jóvenes mueren en accidentes absurdos. —Augusto tensó la expresión—. Aunque debo decir que no entiendo a qué viene al caso.

—Los accidentes ocurren. En el cuerpo solemos decir que no hay accidentes, sino humanos provocando al destino. Y pues, sí creo que tenga mucho que ver con el caso. ¿Sabe?, pasó un período de depresión, comenzó a decir cosas...

Augusto observaba con atención la gesticulación de Lorena y solo habría querido decirle que lo único que recordaba de Igor, era que en el equipo de rugby siempre fue la grieta en la represa. Decidió reservarse para sí el comentario, y se reclinó en su butaca para atender a una película que comenzaría en breve.

La puerta del despacho se abrió con estrépito y los ojos de Augusto recobraron la agudeza de siempre. Un hombre en traje azul oscuro, corbata roja y con una mediana calvicie caminó con determinación hacia ellos, seguido por Ana, quien temía que no detener al intempestivo visitante terminaría por costarle el empleo. El hombre blandía su mano en alto mientras gritaba: «Ustedes están cometiendo un delito». Su otra mano sostenía un maletín rectangular de cuero negro.

—Señores —dijo Augusto levantándose de su silla—. Les presento a mi abogado. Creo que sería muy bueno que escucharan lo que tiene que decir.

—Doctor Zuloaga. Acabo de hablar con la Fiscalía e incluso llamé al mismo director de la policía y sí, tal como lo sospechamos: la señora Lorena Díaz se encuentra suspendida de su servicio como detective. No tiene la autoridad para hacer esto.

Lorena no emitió ninguna palabra. Pablo la miraba en espera de que se incorporara y se defendiera, que sacara unas esposas y sin pedir más autorización o aguardar ninguna precaución informara que tanto el abogado como Augusto quedaban arrestados. El porqué, no importaba. No ante el escenario que abría en su pecho la declaración del abogado de Zuloaga.

El abogado continuó su discurso alternando su indignación con algunos artículos del Código Orgánico Procesal Penal. También lanzaba amenazas con escenarios que variaban entre cinco o diez años de prisión, siempre y cuando se mantuviera cooperación y nada de resistencias inútiles.

Lorena se levantó en silencio y le dijo a Pablo que era hora de marcharse. Ella extendió la mano para despedirse de Augusto con absoluta incomodidad, no sin antes agradecer el tiempo concedido. Este apenas hizo algún gesto. El abogado no paraba de hablar y ya su voz se había hecho un murmullo ininteligible que le sirvió de fondo a la mirada incrédula de la secretaria de Zuloaga, para quien aquel día quedaría grabado por siempre en su memoria.

Bajaron del edificio y salieron a la calle sin hablarse el uno al otro. Pablo seguía a Lorena, preguntándose cada cinco segundos si aquello era parte de algún sueño o pesadilla. Ambos detuvieron la marcha a veinte metros de donde habían aparcado. Una grúa de la policía estaba remolcando el automóvil de Lorena y a esta no le quedó más remedio que encarar la realidad.

—Es mejor que nos vayamos de aquí —le dijo a Pablo. Este la dejó avanzar unos pasos más, pero tuvo que detenerla. Necesitaba que la mención a Igor Quintero, uno de los amigos más cercanos a Silvana y a él mismo, tuviese algún sentido en todo cuanto ocurría. Lorena estaba ansiosa y en espera de algo que no terminaba de llegar.

—¿Qué sucedió con él, Lorena?

—Igor está muerto, Pablo. Dicen que fue un accidente, puedo asegurarte que no. Es más, tengo la certeza de que sabía sobre lo que ocurrió con Silvana.

Lorena desvió la mirada del rostro de Pablo y supo que debía ponerse en movimiento. Lo tomó del brazo y trató de caminar algunos metros, hasta que percibieron que el camino se estrechaba y que a sus flancos iban apareciendo, como si se tratara de espectros de una noche embrujada, los uniformes inconfundibles de las fuerzas de acciones especiales.

25

Sus ojos pasaron de una oscuridad a la otra. Poco a poco, y a medida que sintió su cuerpo recubierto por el cómodo plumón, supo que seguía en el hotel y no en ese sueño que le había llevado a un recuerdo que creyó olvidado. Era un retazo vago y ya no sabría decirse si una invención. En esa bruma de lo que no puede asegurarse si algo existió, se hallaba frente a una heladería que lucía como una fortaleza inmensa. Sus ojos lanzaban fogonazos a los sabores inalcanzables a los cuales solo los adultos podían llegar. Una ansiedad tremenda le abrazaba cuando su espera terminó y pudo recibir un cono de fresa. Uno, dos pasos de torpeza le hicieron soltar el helado y luego las lágrimas y ese desasosiego que es imposible guardarse. Sentía a sus padres mirarla con tristeza, queriendo consolarla, diciendo que el dolor en los niños suele ser inmanejable porque sus cuerpecitos son pequeñísimos para contener una potencia semejante. En todo caso, el dolor seguía allí en la visión de la pasta rosa derritiéndose en el suelo. Entonces, aconteció que Silvana, niña, de lentes y trencitas se acerca y le dice «Ya no llores, Paula, aquí tienes mi helado, no hay por qué llorar». Paula ve a través del sueño y tropieza con ella, con su hermana como hace mucho no la veía, intentando entenderse en ese recorte que su inconsciente le mostraba. Ve sus ojos a través del cristal y la sonrisa que le iba a acompañar durante todo ese día. «Ya no llores, Paula», seguía escuchando, pero ya era imposible porque la niña había abandonado el sueño y estaba recostada bajo el plumón, llorando sin consuelo y sin saber por qué tenía su pecho atravesado por puntiagudas espinas heladas.

Se levantó y encendió la luz. El teléfono de la habitación sonó y ella lo tomó sin esperar que el segundo repique le alterara. Su chofer ya se encontraba en el *lobby*. Paula dio una respuesta carente de emotividad y soltó el teléfono en la mesa de noche. Se levantó desnuda de la cama y fue hasta el baño. Frente al espejo se quedó unos instantes contemplando su imagen. Una figura que conscientemente diseñada para no permitir crítica alguna. A donde mirara, las líneas casi invisibles de alguna intervención quirúrgica pintaban el mapa de su ascenso. Sus senos, inmunes a la gravedad, daban cuenta de la mano de un hábil arquitecto de *misses*. Las caderas, en la curva que evade el extravagante adn de las latinas, confesaban el acuerdo con su mánager.

Y así los pómulos, los muslos, el mentón, el matiz de los dientes. Sus parpados y la nariz que apuntaba siempre hacia el futuro. Podría salir desnuda y nadie se atrevería a contradecir tal decisión, ni siquiera podrían ofenderse o encantarse; reconocerían que simplemente de ser la naturaleza justa, esa sería la normalidad del mundo. Una utopía hecha cuerpo que nunca tuvo que soportar chantajes o violaciones para llegar a la cima. Protegida escrupulosamente por Augusto, por su apellido Zuloaga, no tuvo que vivir lo que otras sí. En el reflejo de su cuerpo, sabía que debía mucho más de lo que podía soportar o reconocer. Aunque para ser justos, ella era lo que él

había necesitado. Una esposa sobresaliente que completara la imagen que se espera de un político exitoso. De un hombre notable y sin mancha que bien vale como líder de una nación. Siempre dispuesta y sin esperar más amor del que él podía dar o sentir, creía que su papel no era solo la compañía, sino también ese arte sublime de ignorar las debilidades de cualquiera que se precie de humano. De esta forma, estuvo allí y cuando necesitaba mirar a otro lado para no tropezarse con las mujeres u hombres que servían de amantes casuales, solo levantaba un dedo y tenía a sus pies dinero y relaciones para desplegar cualquier cosa que quisiera. Una joya carísima, un automóvil de lujo, la remodelación de alguna propiedad, y cuando esto ya no bastó, emprender por ella misma sus propias creaciones y verter allí sus fantasías, melancolías y lo que jamás iba a lograr ser como humana.

Se duchó con agua caliente y dejó que el humo acaparara todo. Se sintió volver a los sueños, a las nubes que se forman en la mente. Y allí apareció Silvana, otra vez de niña, metida en la ducha con ella, sin inmutarse por el calor, la desnudez o las gotas que no le tocaban. La visión le sonreía mientras Paula se sentaba en el reducido espacio de la ducha para apreciar a ese espíritu que la visitaba por primera vez. «¿Qué nos pasó?» , preguntó la niña. Paula sintió de pronto una opresión en el pecho, pero se lo achacó a la atmósfera tibia que le abrazaba. Quiso responder, hizo su esfuerzo. Las palabras no emergieron como habría querido, no emergieron nunca. Solo una mueca que era una bandera de resignación. «¿Recuerdas esa navidad en que pediste una casa de muñecas inmensa? La de la televisión. Era rosada, con unicornios y una gran torre con una bandera en la punta, ¿sabes de lo que te hablo?» La niña se quedó callada viendo como los ojos de Paula se transformaban en el desaguadero de un dolor que tenía la fe, se mantendría muy quieto y dormido. Movió su cabeza, mientras se decía a sí misma que sí, que la recordaba, que jamás habría querido nada más en la vida, pero esa navidad, ella y su hermana tuvieron que conformarse con una muñeca de trapo, una para cada una, de las que hacía la vecina del piso de arriba y que a Paula siempre le parecieron horrorosas e inentendibles, baratas, sin la menor oportunidad de salir en televisión. Su papá la incentivó a llevarla a la escuela, a valorar lo que tenía. Le explicaba que esa navidad habría sido mejor si los banqueros hubiesen nacido con algo de ética o un mínimo sentido de la humanidad. Pero Paula no entendía de capitales golondrinas o de fuga de divisas, lo único que entendía es que había un sentimiento nuevo para ella que muchos años después sabría que se llamaba vergüenza. Dolor por no tener lo que deseaba, por pertenecer a un lugar donde se hacían enormes esfuerzos por poner asuntos metafísicos como la salud o la unión familiar, como regalos mucho más valiosos que aquellos que copaban los anuncios televisivos del horario nocturno. La niña frente a ella quiso tocarla, pero Paula sintió miedo y se enroscó en la ducha.

La regadera comenzó a ceder al paso del agua fría y Paula vio como el cambio de temperatura fue diluyendo la atmósfera tibia y con ello también la visión. Se sacudió la nariz con el agua y dejó que el calor desapareciera por completo. Recibió el agua glacial como una especie de purga hacia su propia debilidad. Luego se secó y salió al cuarto. Se vistió, empacó todas sus cosas y bajó al *lobby*. Allí la esperaba el chofer, quien saludó con amabilidad y sin recibir respuesta. Fueron a recepción y firmó la salida del hotel. Tampoco respondió a la despedida del empleado, quien también estaba acostumbrado a esos desplantes.

Se relajó en el asiento de cuero y pudo ver una serie de paquetes de correo postal que rompían con su posibilidad de concentrarse.

—¿Qué es todo esto? —levantó parte de las carpetas.

Todas iban dirigidas a Augusto Zuloaga.

—Es el correo que recogí en la casa familiar, señora Guzmán. El señor Augusto pidió llevar todo al *loft*. Al menos mientras se calma la ciudad. Ha estado difícil transitar por las protestas.

—Ya, ya... —Paula levantó la mano para indicar que ya no necesitaba más información. El chofer guardó silencio.

Revisó cada uno de los paquetes. Algunos eran regalos que le enviaban desde organizaciones no gubernamentales, embajadas, departamentos de medicina de algunas universidades del mundo. Un sobre en particular llamó su atención. Estaba firmado por el abogado de Augusto y tenía escrito en marcador negro a mano: «Solo para tus ojos».

Paula nunca tuvo por costumbre hurgar en los asuntos de Augusto. Desde el primer momento marcaron los territorios privados de ambos y eso fue una especie de acta fundacional de la relación. Ella desconocía sobre sus negocios, él no preguntaba en lo absoluto sobre las ganancias y manejo de la empresa de alta costura de Paula.

«Ni de negocios, ni de amantes se habla en casa». Era ese su lema. Pero algo había ocurrido en esa ducha, o acaso cuando recuperaron el cuerpo de su hermana, o cuando la detective Díaz había pedido una cita para tratar detalles del caso. Una hendidura sobre la boca del estómago que era similar a enterrarse una espina.

Paula rompió su pacto y también el sello del paquete y leyó los documentos al interior. Sabía que ya no tenía sentido tratar de ocultar su falta porque luego de roto, hay cosas que aun haciendo enormes esfuerzos jamás pueden volver a repararse.

Se bajó del automóvil e ingresó al apartamento. Vio que estaba impecable y se había preparado para alojarlos. Nunca ocupaban el *pent-house* desde que lo habían comprado hacía unos dos años. Muchas cosas se decían de él. Una de ellas, que había servido de refugio temporal a un gran narcotraficante. Ella nunca se preocupó por corroborar las versiones, así como de entablar relación con los vecinos. Solo tenían aquel lugar porque Augusto había insistido en mantener operativo un sitio que les permitiera hacer frente a ciertas contingencias que pudieran presentarse en la capital.

Paula despidió al chofer, indicándole que no quería ser molestada. Este asintió con la cabeza y se retiró hacia su vehículo y aguardó en el estacionamiento, hasta que terminara su guardia. Paula se fue a la habitación y cerró las cortinas. Se quitó los zapatos y encendió su celular para revisar el parte de sus lugartenientes en las tiendas de Ginebra y Bangalore. Luego, dejando que el malestar le ganara más voluntad, abrió en su teléfono la aplicación de mapeo satelital, y colocó la dirección que había leído en el sobre de Augusto. En la pantalla apareció un suburbio fuera de la capital. Aumentó la vista y la pantalla comenzó a mostrar información cada vez más detallada. Lo que desde miles de metros de altitud parecían rutas suburbanas y largas autopistas, dieron paso a pequeños enclaves de áreas verdes, parques nacionales y una construcción que le perteneció a una antigua aerolínea del país. Paula aplicó el filtro satelital y ante sus ojos apareció el detalle del techo de un edificio bastante amplio, de unos tres mil metros de construcción, cuya leyenda lo identificaba como «Antigua escuela de pilotos». Hasta allí pudo hurgar con la aplicación digital. Se recostó en la cama dejando el celular a un lado. Quedó con la vista puesta en el techo, desde donde veía flotar su infancia y adolescencia. La melodía de una canción que su padre solía cantarles por la noche apareció en su mente, acompañando la sonrisa que guardaba de Silvana y de ella misma jugando en los columpios de Parque del Este. Sin que pudiera preverlo, y sin dejar de observar el mural que su imaginación pintaba en el amplio techo, dejó que la melodía ganara fuerza y que un hilo de voz escapara de algún lugar de su corazón. Con un impulso que se le hizo ajeno, volvió a tomar su celular y envió un mensaje a Tina. Aprovechó para que esa potencia desconocida le diera el valor para no seguir sepultando un dolor inevitable. Hizo dos requerimientos, ambos tenían que ver con el asesinato de su hermana.

26

Augusto llegó al *loft* unas tres horas después y encontró a Paula tomando una taza de té en la ventana. Se acercó con paso firme hasta su espalda y estuvo tentado a darle un beso en el cuello. No lo hizo. Ella tampoco lo deseaba. Paula dio la vuelta y lo observó como si quisiera explicarse qué le habría atraído de él en un principio. Lo encontraba atractivo y seguro, sin embargo, ya no le placía ni su voz, ni sus ademanes, ni lo que tuviese que decirle. Suponía que hace tiempo había cruzado la línea de la costumbre y lo que la ataba estaba cementado por la potente mezcla que produce lo que ya se conoce, y el temor a soportar demonios ajenos. Dejó la taza sobre el marco de la ventana y buscó una posición más acorde a su estado de ánimo.

—Hay algo de lo que quiero hablar —dijo con una autoridad que Augusto sintió sospechosa.

—Has pasado más de dos meses viajando, soy yo el que desea escucharte. Riad... háblame de Riad.

Paula subió los ojos con fastidio porque era justo la actitud que más odiaba de él. Fue hasta el cuarto y volvió con una pequeña caja, que puso en las manos de su esposo.

—Es un regalo del príncipe.

Augusto se aplicó para lucir como un niño el día de su cumpleaños. Su actitud fue sobreactuada incluso para él. Podía percibir que Paula lo llevaría a una conversación que no deseaba, así que puso gran empeño en cambiar el ambiente de aquella sala. Batió la caja con los ojos abiertos y casi desorbitados. Preguntó si acaso serían dátiles o algunas piezas de orfebrería. Al fin, se decidió abrirla y vio el arma plateada. Sintió en su corazón una ligera vibración que lo hizo sonrojarse, y sin evitarlo salivó mientras acariciaba la pistola y revisaba el cargador.

Paula vio con paciencia y sin temor todo el espectáculo. No estaba dispuesta a que los asuntos que se le habían acumulado en el pecho durmieran esa noche junto a ella.

—Quiero que me hables de la noche en que desapareció Silvana.

Una desagradable sensación recorrió la piel de Augusto. Se dio cuenta allí de que la mayor desgracia de este planeta era esa sentencia que aseguraba que no existía nada oculto entre cielo y tierra.

—Tenemos un pacto ¿recuerdas, Paula?

—Sí, rompo ese pacto hoy. Quiero que me digas si sabes algo de lo que pasó con mi hermana esa noche.

—¿Y qué voy a saber sobre tu hermana?

—Me pediste que la llamara antes del concurso. ¿Por qué? Augusto volvió hacia su trago. Se veía perturbado, incómodo.

—No lo recuerdo bien, déjame recordar. ¿Acaso no habíamos llegado al acuerdo de pedirle en persona que no saboteara el concurso? Pedirle una amnistía, una tregua por esa noche... qué se yo.

—«Llámala y dile que irás a verla en su casa, para hacer las paces frente a tu madre». Esas fueron las palabras exactas. Sabías dónde estaría, la hora a la que llegaría.

—Mucho cuidado con lo que insinúas, Paula. Estás en terreno peligroso.

—¿Sabes qué he pensado últimamente, Augusto?

—No, ¿por qué no me lo dices, querida?

—En que el pacto que hicimos fue precisamente para no decirle a la policía nada de ese día. No es algo menor, aunque por mucho tiempo creí que sí. Que tal como me lo dijiste esa noche, Silvana simplemente no apareció en casa y que lo mejor era dejar todo de ese tamaño.

La mano de Augusto buscó con particular necesidad la botella de *whisky*. Vació el trago que reposaba en su vaso, sirvió más y también lo despachó con gran urgencia. Se alejó de la mesa y caminó con lentitud hacia Paula. Esta se mantenía en la misma posición con que inició la conversación. Pero la energía que le imprimía Augusto a cada paso, lucía desconocida para ella.

—Y bien, ¿a dónde nos llevará todo esto? ¿Tienes alguna hipótesis, quieres terminar de concluir alguna elucubración?

—Solo quiero la verdad.

—¿La verdad? ¡Ja! La única verdad es que me debes cada maldita cosa buena que te ha ocurrido en la vida. Esta ropa, los viajes, las portadas de revista, la suave curva de tu nariz o el volumen exacto de tus tetas.

—Qué ruin eres.

—La sinceridad tiene un precio. Me debes, Paulita. Me debes haberte sacado de esa pocilga de vida en la que estabas, de la que tú misma quisiste salir. ¿O es que acaso tengo que recordarte cómo llegamos a conocernos? Agradece que te rescatara en tu primera noche de prostíbulo y te salvara de ser la puta de algún político mediocre.

Fue un golpe que Paula sintió no en la boca del estómago, sino de manera extraña justo en los senos, en las zonas más vulnerables que se erizan de inmediato ante el placer o el peligro. Recordó a esa amiga que la invitó a ganar mucho dinero rápidamente: «Y lo importante, Paula, es que puedes salirte cuando lo decidas». Esa falsa idea de libertad que le sedujo, no le permitió prepararse para cuando tuvo que cambiarse de ropa y salir a dar unas vueltas en aquel exclusivo *lounge*. «Además, llevarás máscara, Paula. No uses nunca tu nombre. No veas las manos como manos o la lengua como lengua. No pienses en los besos o en la saliva o en el semen, nada es lo que parece ser. Tú enfócate, Paula, y ya a la mañana siguiente cuando estés nadando en billetes entenderás que lo único real es la capacidad que el dinero te da para decidir

sobre tu vida». «¿Y los recuerdos? ¿Qué pasa con los recuerdos?», preguntó Paula y solo recibió una contestación que poco admitía contraargumentos: «Lo único que perdura son las cicatrices, así que no permitas que nadie te deje marcas, ni chupones, ni moretones, nada que te haga pensar que lo que viviste fue real. La cicatriz es el recuerdo hecho carne». La voz de aquella amiga efímera desapareció y tuvo que volver a estar frente a Augusto y recordarse ese instante de debilidad que la llevó hasta aquel lugar.

—Me juraste que jamás me lo ibas a tirar en la cara —El rostro de Paula se enrojeció y sus ojos transmitieron una intensidad difícil de contener. Se sentía desnuda, otra vez desnuda ante los ojos extraños y maliciosos en que suele convertirse el juicio propio.

—Tú eres la que está rompiendo el juramento.

—¿Qué le hiciste a mi hermana, maldito?

—Estás perdiendo la razón. Estás enloqueciendo.

—Nunca debí ocultarle nada a la policía. ¡Dios mío! Perdóname.

Paula empezó a llorar y a gritar. Augusto se acercó para contenerla, convencido de que no podría llegar a un acuerdo amistoso. Paula levantó la mano y le dio una bofetada. Él la tomó por la blusa y en un mismo movimiento sacó de su pantalón la pistola plateada. La puso bajo la barbilla de Paula. Ella sentía el jadeo de Augusto y algunas gotas de saliva que expulsaba mientras la miraba.

—Anda, dispara, hazlo. Eso sí, mátame, asegúrate de que esté bien muerta. Porque si llego a sobrevivir, con esa misma pistola te volaré la cabeza.

El gatillo lucía tan cómodo y el cañón estaba en la justa posición. Augusto ya había probado el olor de la pólvora mezclada con la sangre. El sonido brutal que ocupaba todo y destrozaba temporalmente los tímpanos. Una forma rápida y segura de matar, no satisfactoria, no perdurable. Solo una forma rápida.

El timbre del *loft* sonó y vertió una mezcla congelante en los pensamientos difusos que Augusto comenzaba a acumular. Arrojó a Paula con tanta fuerza hacia una pared que ella se desmayó de inmediato. Augusto volvió a guardar la pistola en su pantalón y se puso el saco. Llegó a la puerta y observó por la pantalla del intercomunicador. Era el chofer. Augusto activó el aparato para hablarle.

—Sí, qué necesita...

—Disculpe que lo moleste, doctor Zuloaga. Creí escuchar gritos.

—No, no ha sido nada. Es la televisión. Tiene un sistema de sonido que, por favor, casi puedes sentirte dentro de la película.

—Claro, debió ser eso —respondió de vuelta—. De todos modos, estaré en el automóvil hasta que termine mi guardia.

—No se preocupe. Puede irse, ya nosotros vamos a dormir. El chofer se retiró y aceptó de buena gana que lo despachara. Augusto lo observó por el panel del

intercomunicador hasta que desapareció del radar. Respiró profundamente y pensó en cuál sería su próximo paso. Primero, fijarse que Paula no haya sufrido algún daño mayor y tratar de ponerle hielo en las heridas. No era momento para escándalos y de seguro en unos días tendrían que salir a algún compromiso social. Pero entonces vio algo que fue incluso más allá de sus previsiones. Todo quedó suspendido cuando se percató de que el sobre enviado por su abogado estaba abierto. Revisó los papeles con la información detallada de las propiedades que le pertenecían y también de aquellas que por comodidad o estrategia estaban bajo el nombre de testaferros. Miró a Paula, todavía tendida sobre el piso, y entendió que en esta maraña de acontecimientos que llamamos vida, los cabos sueltos no son singularidades, sino la norma. Tomó su teléfono celular y escribió un mensaje a un número no registrado en su directorio: «Cena para el viernes, 9:00 p.m. Traje formal».

II
Miss Sarajevo

27

Para llegar hasta la oficina del director de la policía científica hay tres vías. Una de ellas, la formal, a través de las puertas de vidrio, se hace un registro de la visita en la recepción y luego directo a un escáner y unos torniquetes cuyos mecanismos siempre están sin aceitar. Los ascensores controlados por personal de seguridad te llevan hasta dicho piso, solo si cumples con la acreditación y una autorización hecha desde el teléfono del asistente del director. Hay que pasar una llave y ese uso solo se le reserva a un personal especial que se encuentra en el *lobby*. La otra ruta la siguen el director, sus familiares y el ministro de Interior, cuando le ha tocado trasladarse hasta esa torre para dar un vistazo *in situ* a algún caso muy especial. En el estacionamiento central hay un ascensor que traslada al visitante directamente a la antesala de la oficina. Así se ahorra el director tener que tropezarse con el personal subpagado e infeliz del cuerpo, que nunca se reserva el malestar de que su estresante trabajo. La tercera vía es la menos conocida. Solo está reservada para el director y sus amigas especiales. Se trata de una pequeña habitación que le sirve para escapar por breves periodos de tiempo de la vista de todos. Una puerta conecta a un pasillo y de allí a este lugar en un ala del edificio completamente diferente. En aquel lugar atendería a Lorena Díaz y Pablo Linares.

Ellos aguardaban allí, sin poder hablarse. Pablo miraba al suelo a cualquier pequeño detalle mientras su rabia o su sorpresa terminaba de encontrar acomodo y disposición para preguntarle a Lorena si en algún momento iba a poder ver la película completa y no solo los fotogramas que ella decidía mostrarle.

—¿Sabes cuál ha sido uno de mis momentos más tristes?

—Pablo trató de mostrar su molestia a través del silencio. Siguió con la vista puesta hacia el suelo. Lorena no esperaba una respuesta distinta—. Fue cuando te vi solo en la Fiscalía. Sosteniendo esa pancarta, esa que decía «¿Dónde está Silvana?». Aquel día no pude acercarme. En las anteriores concentraciones, las primeras, cuando todavía la rabia seguía ardiendo en la gente y se movilizaban más, me colaba para hacerte compañía sin que lo supieras. Y no falté a ninguna. Noté que cada vez eran menos numerosas y que tarde o temprano tendrías que enfrentar la soledad como única realidad. Ese día, en el que estabas de pie ante la mirada burlona y lastimera de unos y otros, quise ponerme a tu lado y decirte que la íbamos a encontrar, pero no pude hacerlo. Ahora entiendo por qué. Fue miedo a que te dejaras ganar por la circunstancia y me dejaras allí tirada.

—¿Yo? —Pablo se incorporó de su posición y miró con mucha intensidad a Lorena— ¿Dejarte tirada? ¿Dónde? Me parece que estás divagando. ¿Qué fue eso que dijo el abogado? ¿Cómo es eso de que estás suspendida?

—Eso no es del todo exacto.

El asistente del director de la policía científica entró en la sala y sin dar una sola explicación. Se acercó a cada uno.

—Por favor, las manos.

Ante la inacción de Lorena y Pablo repitió:

—Necesito quitarles las esposas.

—Vaya, qué amable —la sonrisa de sarcasmo de Lorena impactó contra el rostro pulcro del asistente. Apenas si resintió la crítica. Para él, esa mujer era una enemiga de la institución, un virus que amenazaba con extenderse por el cuerpo y amenazar la autoridad de su jefe. Si hubiese sido por él, les habría dejado esposados, un rato más, para darles algo en qué pensar. Pero la orden «No dejes que los vean esposados» fue muy precisa, así que se apresuró a cumplirla. Primero en Lorena, luego en Pablo, quienes liberados de ataduras volvieron a sumergirse en los pantanos de esa medio verdad que ella había tardado demasiado tiempo en sacar a la superficie.

—Nos afectó a cada uno de quienes la conocimos. ¿Te crees especial porque eras su amigo, Pablo? El que desapareciera me golpeó también. Luego te fuiste y como si hubiese caído un maleficio, la universidad se fue transformando. Es extraño que lo diga, pero es así. Esa protesta, la que vimos cuando íbamos al laboratorio a buscar detalles del caso, fue un grito atípico, muy anormal de un lugar al que le mataron el alma. Primero Silvana, luego el fracaso de la toma del Consejo Universitario y, de allí, otra vez al silencio. Al ir y venir de clases, sin que ninguna causa proyectara aquel lugar por encima del solo hecho de obtener un título. Sobrevino el desinterés y la agonía. De no haberte escondido, de haber seguido allí, intentándolo, al menos habrías atestiguado cómo lo que rebosaba vida fue muriendo lentamente. Sí, lo admito, te oculté información. Pero fue por vergüenza, o por miedo de que no pudieras valorar este esfuerzo que hago.

—Estoy hasta dudando de que seas policía, Lorena ¿He estado acompañando a una demente?

—Deberías cuidar tus palabras, Pablo. Te lo advierto.

Pablo se levantó sobresaltado. Su ego no podía soportar o quizá su capacidad para ser precavido, el que lo lanzaran a tamaño artificio. Su mente iba a las direcciones menos improbables e incluso llegó a pensar que llamarla demente habría sido muy ligero, quizá psicópata habría calzado y estuvo a punto de decirlo, cuando algo en él, un retazo de lástima que se negó a incendiarse con el resto de su cuerpo y su paciencia, le hicieron tomar distancia y ser más cauto a la hora de volver a abrir la boca.

—Un día desperté, en mi cama, vacía de mí misma. Era como si me drenaran cualquier entusiasmo por la vida. Te podrá sonar ridículo, pero llegué a creer que se me había olvidado respirar. Sentí mi tráquea cerrarse, mis pulmones dejar de

responder a lo que sea que ellos responden, a ese llamado que los hace moverse con su propia voluntad. ¿Y sabes qué?, no me importó, me quería morir. Mi mamá me llevó a psicólogos, y cuando nada funcionó subió el listón y trajo a los psiquiatras. El diagnóstico iba de estrés, hasta una usual psicosis de quienes se ven atenazados en la edad problemática de que no eres ya adolescente para achacarle los problemas a las hormonas, ni adulto como para culpar al maldito sistema. Me sumergí en los estudios. Yo sí sabía lo que me ocurría, pero no podía decírselo a nadie. Había entendido que no tiene el menor sentido estar metida en esta vida, que no hay propósito. Los que lo encuentran son borrados del mapa, como si la propia vida desarrollara una especie de anticuerpos para expulsar de ella a quienes tratan de abrir una brecha de esperanza al futuro. Le ha pasado a todos. Lo de Silvana fue mi prueba en carne demasiado viva como para ignorarla. Mi mamá creía que tenía que ver con mi sexualidad, me decía que podía contarle cualquier cosa que ella me aceptaría y que recordara que su propia prima era lesbiana y pues eran las mejores amigas. Ojalá esos problemas fuesen los que tocaron a mi puerta. Era un asunto distinto, la disolución de mi vínculo conmigo misma. ¿Sabes lo que es eso? De seguro no lo sabes. Porque tú solo huiste y te escondiste. ¿Pero a dónde te vas cuando te has perdido a ti misma? Entonces seguí así en ese limbo cuando mi tía vino una tarde a mi casa. Entró al cuarto y se sentó a un lado de mi cama. No quería ni mirarla. Ella comenzó a hablar, sin pausas, primero con lo usual, poniéndose a ella como ejemplo de circunstancias similares, aunque luego mutó y llegó a donde quería llegar. Me dio un propósito, Pablo. Me recordó que fue ella la que me había incentivado a estudiar antropología, ¿y sabes por qué?, porque tenía un plan secreto para mí, uno que sería revelado en su momento. Esperaba que yo fuese su heredera. Ella fundó el departamento forense de este cuerpo policial. Resolvió más crímenes de los que uno pudiese imaginar, de caníbales hasta políticos que se enviaban bombas camufladas en estatuas de vírgenes. Acepté, estuve con ella en el laboratorio, bajo su ala, ella me enseñó los rudimentos de la profesión, los detalles imperceptibles, las piezas que caen debajo de la mesa y a las que nadie les presta atención. Su influencia me permitió estar allí y tener cierto propósito. Era su protegida y aproveché el tiempo. Del laboratorio salía a las prácticas de tiro, me alistaba en cada cursillo de defensa personal, de destrezas de orden táctica. «Bebe de cuanto puedas, solo así te harás imprescindible», me repetía cada vez que podía como si fuese la primera vez. Y así lo hice. Hasta que también ella tuvo que enfrentar la única certeza de este plano de existencia. Le dio un infarto en medio de una autopsia. Tuve que enterrarla y terminar el trabajo que hacía. Así funciona el destino. Llegué a absorber mucha más sabiduría en esa mesa de disección que con cinco años frente a un pizarrón. Solo por eso me dejaron continuar. Ahora sí, en las sombras, en el golpe de mano típico de

las rencillas internas de cada ambiente laboral. Llevaba y traía el café, ordenaba los archivos, fui relegada estaba por convertirme en un fantasma hasta que llegó aquel cuerpo. Solo escuché, con detenimiento, con una libreta de notas y las lágrimas que me chorreaban al no poder conversar con mi tía sobre lo que los huesos nos decían. Sin ella para apoyarme, tuve que ser más hábil. Con cualquier excusa me quedaba trabajando horas y hacía repaso por los procedimientos y análisis que los médicos y antropólogos habían ordenado durante el día. Cuando no concordaba con algo o sentía que el alcance no era propicio, simplemente iba hasta el sistema y modificaba las órdenes. Ellos apenas lo notaban. Fue así que comencé a dirigir el departamento tras bastidores, fue mi forma de honrar a quien me había dado esta segunda oportunidad. El caso fue hablando por sí solo y de los estudios, de cada análisis quedó más claro que como te dije en el hotel, aquel cuerpo no era ordinario, sino que venía como un mensaje o como un regalo, para dotarme de nuevo de un propósito y así evitarme tener que tomar la peor de las decisiones.

Pablo había escuchado con total atención el relato. No quería compadecer y tampoco sonar afectado por la confesión que acababa de escuchar. Le alcanzó un vaso con café a Lorena y esta lo tomó con firmeza.

—No tenía idea de todo esto. No sé qué decir —dijo Pablo.

—¿Quién puede culparte? —Lorena se limpió con dificultad unas incipientes lágrimas que regaron el maquillaje negro sobre sus párpados.

—¿Por qué me llamaste?

—Porque no tenía a más nadie que pudiera entender este dolor que llevo dentro —Lorena comenzó a llorar desconsoladamente y Pablo no pudo hacer otra cosa que acercarse para abrazarla.

Y así, abrazados, los encontraron el director Vásquez y su asistente, quienes aparecieron tras abrirse la puerta de la habitación.

—Señorita Díaz, buen día. Señor Linares... vaya problema tenemos aquí con ustedes.

El director Vásquez tomó asiento en una poltrona que le permitía ver a la misma distancia a quienes le acompañaban. Por un momento, miró los cómodos sofás y extrañó con nostalgia las caricias que había recibido en ellos.

—Voy a darle una sola oportunidad, Díaz. ¿Qué sabe del caso de Silvana Guzmán?

La extraña solicitud llegó a oídos de Lorena sin que ella pudiera detener las múltiples preguntas que surgían del repentino interés que ahora tenía el director por el asesinato de Silvana.

—No voy a decir nada, a menos que tenga una garantía de que...

—¿Garantía? Te voy a dar dos puertas de salida. Una de ellas lleva directo a una celda y la otra a tu casa —el director le dio un golpe brutal al apoya brazos de la poltrona—. Tú me dices cuál debo abrir.

El teléfono del director vibró en su bolsillo. Lo dejó sonar hasta que cesó. Inmediatamente fue el sonido de una llamada entrante en el dispositivo del asistente lo que cortó de golpe el ímpetu de Vásquez por empotrar a los insubordinados en alguna cárcel. El asistente miró la pantalla del celular y se lo entregó a su jefe. El director se levantó de su asiento y tomó la llamada, escuchó, respondiendo con simples monosílabos. Colgó la llamada y ordenó escoltar a Pablo y Lorena a su despacho. Cuando llegaron, el director de inteligencia los esperaba sentado en una silla frente al escritorio de Vásquez.

Se levantó con energía y extendió la mano en dirección a Lorena.

—Así que usted es Lorena Díaz. Soy Miguel Flores, director de...

—Inteligencia Nacional. Lo conozco —respondió Lorena devolviendo la iniciativa con un saludo de mano.

—Bien, bien —sonrió—. Estoy aquí porque el ministro me ha pedido hacerme cargo personalmente del caso de Silvana Guzmán y vengo a pedirle su ayuda.

Lorena soltó una carcajada que le fue imposible contener. Vásquez la sintió en lo más profundo del estómago. Sentía un asco tremendo por aquella decisión, que se intensificó al ver cómo el rímel corrido convertía la cara de Lorena en un mapache triste.

—Vaya cambio de situación, señor director —Lorena sostuvo la mirada de quien hasta hace unos segundos sentía como un superior jerárquico y abrazó el bote salvavidas que se asomaba entre las revueltas olas. Levantó la mano y obligó a un nuevo apretón de manos.

—¿Cuándo empezamos? —dijo.

28

Como invitados de honor, Lorena y Pablo disfrutaron de las impresiones que les causaba conocer cada uno de los departamentos de la dirección general de inteligencia. El propio director los llevaba con la experiencia de haber sido guía turístico en su adolescencia y se sentía extrañamente cómodo en mostrarles territorios vedados para cualquiera que no poseyera una autorización de seguridad nivel 5. Los trabajadores de las unidades se levantaban y ponían sus cuerpos firmes para darle parte al director sobre las novedades más recientes. Este escuchaba complacido y luego los invitaba de nuevo a sentarse y no dejar que su presencia los interrumpiera. Lorena pudo leer en estos gestos el estilo de liderazgo de Flores y la manera en que transmitía su autoridad, sin exagerar, ni levantar la voz. Luego de recorrer las áreas de operaciones e investigaciones, el director los invitó a subirse a un ascensor que los llevaría a la secreta sala situacional. Cuando las puertas del elevador se abrieron, Lorena y Pablo chocaron con una escena extraída fielmente de una película de espías. Una gran sala atiborrada de computadoras estaba coronada por una pantalla dividida en unos veinte recuadros donde iban y venían en tiempo real imágenes de calles, edificios y oficinas del país. «Nuestros ojos están siempre abiertos», decía Flores. Lorena resopló al ver las pantallas de las computadoras mostrar con gran velocidad datos que abarcaban casi la totalidad de la vida cotidiana. El director no dejó pasar aquella expulsión involuntaria de la emoción.

—¿Sucede algo, Díaz?

—Nada, no se preocupe. Solo pensaba que a un buen amigo le habría encantado conocer este lugar.

Flores sonrió y siguió caminando hasta una puerta de cristal que daba paso a una sala de reuniones, la abrió y los invitó a pasar.

—Espero que sea ese el amigo al que se refiere —expresó Flores con camaradería.

Al fondo de la sala, Wifi tecleaba en una laptop de manera mecánica y veloz. Lorena dio un salto de felicidad y gritó su apodo y fue a abrazarlo.

—Parece un personaje excéntrico. —Le comentó Flores a Pablo.

Una mujer entró a la sala y se acercó al Director de Inteligencia. Murmuró algo en su oído que lo hizo asentir con la cabeza y hacerle tomar un control remoto que estaba en el centro de la mesa. Comunicó que el ministro de Interior y justicia quería hablar con ellos. El ambiente se llenó de expectativa mientras la pantalla de la sala proyectaba la imagen del ministro.

—¿Me escuchan por allá?

—Fuerte y claro, ministro —respondió Flores.

—Bien, no perdamos tiempo. El presidente me ha encargado una misión y no pienso fallarle. Espero que ustedes tampoco.

La voz que expedía la pantalla y que se asociaba a ese rostro lleno de convicción, era lo que Lorena había estado esperando desde hacía mucho tiempo. Levantó la mano, casi como si tratara de recordar el proceso correcto para intercambiar ideas con interlocutores virtuales. El ministro aguzó la vista para detallar a Lorena y pidió que ella tomara la palabra, para responder a una pregunta directa, que no admitía incisos. «¿Podría explicarme su teoría sobre el caso de Silvana Guzmán?», soltó a través de los altavoces.

Lorena se puso de pie, aunque rápidamente vio lo innecesario del gesto. Carraspeó la garganta y su mente dibujó una respuesta que se tenía preparada desde hacía mucho tiempo. Inició por la identificación del cuerpo de Silvana. Evitó los detalles técnicos y solo reunió en frases cortas los protocolos y estándares necesarios que podían permitirle soportar su argumentación. Pero luego entró en las consideraciones que implicaban la desidia de la policía científica en profundizar la investigación. No deseaba tocar áreas sensibles por lo que evitó adjetivar aun cuando su hígado le pedía otra cosa. Se permitió una que otra referencia de psicología forense para explicar el por qué ciertos criminales necesitan conservar partes de sus víctimas e introdujo el aporte de Wifi y lo que le había revelado el modelado masivo de datos.

Al ministro lo sacudió una sentencia. «Los crímenes ocurren en los picos de confrontación política». Sentía de manera intuitiva que había allí una veta que podrían explotar. Anotaba cada detalle relevante, sin que la imagen proyectada perdiera su expresión de atención inexpugnable.

Lorena presentaba hipótesis, aristas y detalles, exponía los puntos débiles y fuertes de su teoría. Por último, planteó lo que consideraba era la hoja de ruta.

—El mayor obstáculo son los datos. Tenemos una hipótesis, un modelo y el algoritmo, pero necesitamos el músculo.

Creo que ese es el gancho por el que podemos sacar del fango toda la verdad sobre el caso de Silvana Guzmán — expuso Lorena.

El ministro agradeció la exposición, e hizo un pequeño repaso por los hitos del caso. Allí quedó claro que había tomado notas con mucho empeño. Se mostró humilde y dispuesto a aprender lo necesario.

—Flores...

—Sí, señor ministro, ordene...

—Ponga a disposición de Díaz el b.u.o.

—Así se hará.

—Entonces, no me queda más que esperar resultados.

En la sala los presentes tardaron un tiempo en recuperarse de la intensa sesión, pues sus mentes se paseaban en distintas representaciones y significados de la imagen del animal nocturno. Solo Flores sabía que el búho, además de ser el animal simbólico

que daba raíz filosófica y sentido al logo de la institución, también identificaba al sistema de captura de datos más avanzado que existiera en este lado de la región.

«Base Unificada de Observación», soltó Flores mientras llevaba a Lorena, Wifi y Pablo hasta una nueva sala atestada de cables, servidores y luces parpadeantes. Allí había menos monitores, pero en ellos fluía la información con mayor rapidez. Tres analistas, todas mujeres, estaban inmóviles frente a la pantalla. «Las pruebas actitudinales y la propia experiencia, nos ha demostrado que la intuición, más que la pericia técnica, es clave a la hora de manejar el cúmulo aplastante de la información». Todos concordaron, incluso Wifi, para quien los debates sobre género siempre terminaban triturados por la observación desprejuiciada de los hechos. Él podría haber diseñado la máquina, pero habría sido Lorena quien la guiaba.

—Poder de cálculo, sin intuición, es el camino ancho al infierno —dijo para todos.

Nadie respondió a la sentencia. Flores quiso aprovechar que Wifi había lanzado la energía del momento a la cloaca, para distender el momento con la anécdota acerca del nombre y que usaba cada vez que le mostraba a los recién llegados su artilugio, un poco para romper el hielo, un poco para adelantarse a especulaciones.

—No conseguimos ninguna palabra que comenzara con hache y que reflejara el espíritu de la máquina, así que lo dejamos como está. Al menos no tenemos que cambiar el logo de la puerta —señaló el ave nocturna que daba identidad a la organización que lideraba.

—Holística —interrumpió Wifi.

—¿Como dice?

—Base Unificada Holística de Observación. Así respeta el propósito y no tiene que cambiar cada emblema.

Flores se quedó mirando profundamente a Wifi, tratando de entender que era lo que le desagradaba tanto de ese personaje y a la vez le parecía un valor a mantener.

—Le agradecemos mucho todo este apoyo —Lorena, acostumbrada a salvar a Wifi de sus extrañas maneras, le extendió la mano a Flores para romper la tensión.

—En lo absoluto. Solo quería que supieran que el presidente me ha ordenado esta tarea y pienso cumplirle. Ahora volvamos a la sala de reuniones. Ya deben haber conectado sus computadoras a la red de b.u.o. Existen algunas restricciones, pero en términos generales es toda para ustedes, pueden darle el uso que requieran.

Caminaron de vuelta y entraron de nuevo al lugar desde donde el ministro habría conocido a Lorena Díaz, o como la denominó en sus anotaciones, el enfoque distinto para avanzar en el caso Guzmán.

Flores los alentó a que se sintieran cómodos y les informó que cada uno podía contar con un teléfono asignado por la dirección de inteligencia que les permitiría acceder directamente a la red de datos y observación, así como para blindar sus

propias comunicaciones. Lorena supo de inmediato que la cortesía era la manzana envenenada para tenerlos con la cuerda corta, pero no le importó hacer la concesión siempre que se comportaran como hasta ahora: con las manos dispuestas a abrir puertas y no como un ogro que se traga las llaves. Además, según el parte de Flores, contaban con un cuarto privado al final de la sala con ducha, camas y una pequeña nevera con la azúcar necesaria para batallar con el estrés que toda búsqueda produce. Agradecieron el gesto, aunque sintieron que la invitación se convertía en un obligatorio confinamiento.

—Casi lo olvido, señorita Díaz —Flores se acercó y sacó de su bolsillo una llave—. Su carro está en el primer sótano. Con el tanque lleno de gasolina.

—Muchas gracias, director.

—Agradécele a Vásquez. Al parecer podemos esperar uno que otro gesto de quien menos pensamos.

—Supongo. Una última petición, director. Necesito todo el registro, los mapas, y cada una de los documentos que tengo en casa. Era mi centro de operaciones.

Flores sonrió ante la solicitud y le pidió a su asistente que acompañara a Lorena con un equipo de la dirección para atender todos sus requerimientos. Luego abandonó la sala.

29

Cerca de las ocho de la noche, y después de replicar la sala de su apartamento en la oficina, Lorena daba un recorrido mental por sus anotaciones, murmurando y recuperando cada detalle. Veía a Wifi febril tecleando instrucciones y algoritmos en la máquina, casi al punto de perderse en la pantalla. También observó a Pablo desanimado, desubicado entre la tecnología y la jerga policial, así que retomó el liderazgo de la situación. Señaló entonces de nuevo los fotogramas de cada asesinato y apuntó detalles específicos sobre las distintas coyunturas políticas que los hicieron irrelevantes a la atención policial. Pablo se sentó y miró las conexiones que con marcador Lorena había trazado previamente.

—¿Por qué ir a entrevistar a Augusto Zuloaga, a Paula Guzmán? ¿Tienes algo que puedas considerar de valor para relacionarlos a la desaparición de Silvana? —preguntó Pablo.

—No he podido contarte ese detalle —reaccionó Lorena.

—¿Cuál?

—Igor Quintero. Estudió en la Escuela de Antropología.

Creo que fueron amigos, si la memoria no me falla.

—Sí, lo fue. Hasta que terminó empantanándose de odio.

—Jugaba en el equipo de rugby de la universidad, con Augusto.

—Lo recuerdo. Vi una fotografía suya en…

—En el cuadro de la pared. También la vi antes de salir a buscar el registro de pacientes de Augusto.

Lorena sin el menor pudor, ni reparar en que su acción rompía un tanto la normalidad del diálogo, metió su mano en el sostén y sacó debajo de su seno derecho un disco duro portátil. Le ordenó a Wifi descargar la información. Luego continuó.

—Cuando el cuerpo de Silvana fue hallado y se filtró a la prensa que se trataba de ella, Igor hizo una llamada a la dirección de homicidios. Recuerdo las palabras perfectamente: «Tengo información que podría interesarle sobre el caso Guzmán».

—Fue lo mismo que me dijiste por teléfono para que regresara —replicó Pablo.

Casi pudo rememorar las líneas exactas, porque aquella llamada telefónica le despertó del primer sueño que lograba recordar. En él, una mujer que a veces se parecía a Silvana y en otras a una ninfa anónima, le alertaba de que no se arriesgara más en el mar y que despertara cuanto antes porque recibiría un mensaje que traería noticias que cambiarían su destino.

—«¿Es usted Pablo Linares? Oiga, puede que no me recuerde, pero tengo información que podría interesarle», eso me dijiste.

—Así fue —respondió Lorena—. Es una frase que tiene su misterio. En todo caso, supe de la llamada de Igor, porque así lo reflejaba el expediente de homicidios. Por supuesto, aplicaron el protocolo y diligencia más laxa. Lo convocaron para el otro día en la oficina, cita a la que no llegaría.

—¿Y hacia dónde puede llevarnos eso, más allá de que fuese alguien que conocía tanto a Silvana como a Augusto?

—Aquí viene lo interesante. Para el momento en que muere Igor, era presidente de una empresa de logística y servicios propiedad de la familia de Augusto Zuloaga.

—No logro verlo.

—Dos días después del funeral de Igor, la empresa nombra un nuevo director ejecutivo. ¿Estás preparado?

—Estoy preparado.

—Fabricio Kolakowski.

Pablo dejó sin resolver el chispazo que fulminó su espina dorsal. Un ligero cosquilleo le avisó que cada centímetro de piel se le había erizado, no por escuchar de nuevo la invocación de ese nombre, sino porque aún guardase el poder de incomodarlo. De devolverlo a las añejas e incómodas memorias del pasado.

—¡Kolakowski!

—¿No te parece muy raro? Augusto y Silvana están ahí, siempre relacionados. No lo sé, no me gustó en lo absoluto percatarme de ese detalle. Es por ello que decidí caminar hacia atrás, sin mirar hacia el pasado, dirigiéndome a él de espaldas, observando el presente. Quería volver a figurarme la etapa de la Silvana universitaria, rehacerla, sin perder de vista el rumbo que habían tomado los acontecimientos. Es esta una vista de águila privilegiada o de búho.

—Oigan, creo que deben ver algo —dijo urgido Wifi.

Los tres quedaron detrás del monitor de la pantalla, pero pronto supieron que la conversación iba a extenderse por lo que decidieron hacer uso de la pantalla de exposiciones. Allí comenzó a aparecer un conjunto de líneas que iban en todas direcciones, con algunos puntos brillantes de colores que se iluminaban y agrandaban, respondiendo a parámetros previamente impuestos.

—Puse los nombres, los pacientes y los nombres. ¿Ustedes saben algo de sistemas caóticos? No esperaré que respondan. Lo que importa, lo he dicho muchas veces, se lo digo a la aplicación y en ocasiones a Lorena. No importan los datos, sino las aristas de ellos. Imaginen un virus. Los virus son invisibles, son átomos de nada, que sin embargo tienen una estructura, una forma particular que le permite conectarse a una célula nueva y utilizarla para replicarse y poco a poco se va haciendo numerosa y en un momento ya el cuerpo que era, no existe porque tiene una nueva identidad. Pues bien, me gusta ver los datos así, ellos tienen pequeños detalles que van conectándose con la vida real y concreta. Convierten esa realidad en una cosa muy distinta, pero

eso ocurre porque esos datos van coincidiendo una y otra vez, con cierto rincón del mundo, son atraídos hacia él.

A medida que Wifi hacía su exposición entre filosófica y desquiciada, las imágenes y redes de la computadora iban intensificándose, a la vez que iluminaba un nuevo dato que nadie había previsto.

—Hay un nombre del que se ha enamorado nuestro modelo.

La pantalla iluminó la palabra Zitmann, junto a una fotografía de un hombre de unos 65 años, no muy alto pero corpulento.

—¿Cómo encaja aquí, Wifi? —Lorena lucía intrigada pero precavida. No estaba muy dispuesta a dejar que la computación moderna le venciera en el duelo de ir un paso más allá del solo dato desnudo.

—Pregunto acaso, ¿no es el modelo una abstracción de la realidad, una manera de interpretar la complejidad?

—Sin rodeos, por favor —urgió Lorena. Wifi bajó la cabeza y pareció entristecerse de que no le permitieran largos vuelos especulativos.

—Los parámetros lo son todo. Quería casar los nombres que me diste, con los puntos fuertes de la teoría. Solo atiendan a este currículum, dice más, sin rodeos.

Una ficha llena de información apareció frente a ellos. En ella, se aclaraba que Zitmann era un empresario dedicado al área de la biotecnología. Que mucho más temprano en su vida, tuvo que enfrentarse cara a cara con las estrategias duras con que los Estados logran su supervivencia a largo plazo, luego de que se le acusara de querer asesinar al líder de la Iglesia rusa ortodoxa. Un fotograma de un artículo de prensa, fechado en el año 1984, mes de abril, informaba que la policía junto con representantes de la Fiscalía había logrado desarticular la organización. Los recortes seguían proyectándose y en ellos se reflejaba la historia del grupo. Uno de los titulares llamó la atención de Pablo: «La Orden de Caballeros de la Virgen se niega a morir: Advierten que funcionarán con otro nombre».

—¿Puedes detenerte allí? —pidió Pablo. Se levantó de su asiento y se acercó a la pantalla, la luz del proyector le pintaba el rostro con el mismo titular que intentaba leer— Hablan de que es una organización que fue prohibida.

—Según se lee, debido al complot para asesinar al jefe de la Iglesia ortodoxa —intervino Lorena—. Dime, Wifi, ¿qué más sabes de él?

—Dicen que Zitmann fue exculpado de los cargos, aunque nunca se le permitió reorganizar la orden.

—¿De qué trata específicamente, Wifi? —la voz de Pablo tenía un sentido de urgencia. Su mente trabajaba rápido y sin aferrarse a nada concreto.

—Un culto a la figura de la Virgen María.

Pablo daba vueltas alrededor de la mesa. Sentía en su estómago un breve malestar.

—¿Por qué te ha llamado la atención, Wifi? ¿Qué te dice la computadora? —preguntó Pablo.

—El modelo me ha generado dos alertas —Wifi puso su dedo índice en la pantalla y lo usó para guiarse en la lectura—. Una para violencia política y otra para asesinatos.

Lorena se levantó de su silla, fue hasta donde Wifi y levantó la computadora portátil para leer ella misma los datos que se entrelazaban. Luego volvió todo a su lugar y pidió devolver tres recortes de prensa atrás hasta un reportaje sobre las acciones de la Orden de Caballeros. Allí se entrevistaba al fiscal de la época quien detallaba que la organización había estado implicada en la oleada de asesinatos de indigentes que vivió la capital durante 1984. También le acusaba de querer socavar las bases del Estado de derecho para impulsar una agenda guiada por principios que ni siquiera el propio Vaticano, según el fiscal, había reconocido como muy cristianos ni piadosos. Las denuncias llegaban a las mentes de Lorena y Pablo y seguían azuzando en Wifi las ganas de continuar con las conexiones entre matrices y agrupaciones de datos.

—Quizá solo sea un paciente... ¿no lo creen? Sabes que en ocasiones...

Pablo avanzó con energía desde la pantalla hasta donde se mezclaban las preguntas y le pidió a su compañero aplicarse al máximo de su sabiduría para no solo ingresar un dato más, sino interpretarlo sin que la necesidad de que dijera lo que ellos querían escuchar.

—Quiero que introduzcas una nueva variable: Artemisa.

El repiqueteo sobre el teclado fue lo único que permitió durante unos breves momentos dar cuenta de que dentro de esa oficina había alguien con vida. No más al pronunciar la solicitud, ya en la cabeza de Lorena había cobrado importancia la imponente escultura de bronce que gobernaba el consultorio de Augusto Zuloaga. La figura griega era referida como la influencia más directa de lo que se convertiría a la postre en el mito cristiano de la madre de Jesucristo. «Seguiremos bajo otro nombre», era la frase que golpeó a Pablo y a la cual habría querido agregarle «y bajo otro manto». Sin embargo, lejos de menguar la ansiedad, los nuevos descubrimientos no hicieron sino acrecentar las dudas y la necesidad de seguir escarbando en las relaciones ocultas de aquel mundo de humos al que los arrojaban.

El asistente del director entró a la sala cerca de las diez de la noche. Informó que deseaba enseñarles la habitación y proveerles la cena antes de terminar su turno. Wifi se excusó y se mantuvo frente a la computadora, pero Lorena y Pablo asintieron más por diplomacia que por deseo.

La habitación era espaciosa, con dos literas y un baño. Tenía una mesa en un rincón donde era posible que cuatro personas adultas pudiesen sentarse a compartir. Cuando el asistente se sintió que había cumplido su misión, se retiró no sin antes alentarles a usar el teléfono celular para reportar cualquier novedad. Lorena y Pablo se quedaron allí, sin saber muy bien que hacer.

—Siento como si hubiésemos abierto el cofre equivocado.

—Lorena se sentó en la cama y comenzó a masajearse las manos.

—Tengo un sentimiento similar. Creo que deberíamos descansar. Mañana volveremos a la investigación con otros ojos.

Lorena se mantuvo pensativa en la orilla de la cama. Los hombros bajos y, por primera vez, una expresión que no parecía reflejar su habitual convicción. Se levantó de pronto y se dirigió a la mesa, donde habían dejado la cena para cada uno de ellos. Tomó dos bandejas y fue hasta la puerta.

—Duerme, seguiré trabajando un rato más con Wifi —se dio la vuelta para marcharse, mientras hacía maromas para tratar de cerrar la puerta de la habitación. Pablo se levantó y se acercó a ella.

—No te desanimes. Quizá no es una carrera de velocidad sino un maratón.

—Sí, es solo que me agobia sentirme varada, lidiar con los puntos ciegos.

—Puede que sea al contrario. Quizá hemos acertado un disparo en la oscuridad y hay una bestia herida retorciéndose en las sombras.

30

Pablo despertó en el asiento de un avión, uno no muy ruidoso y que de algún modo estaba iluminado por el primer sol débil de la mañana. Atolondrado, al verse en el mismo asiento en el que regresó a Venezuela después de una década, sintió algo extraño, esa conciencia parcial de que se está en un sueño. Trató de que ese pensamiento no le gobernara porque deseaba explorar antes de despertar. Se levantó de su asiento y se percató de que el avión estaba vacío. No le gustó la sensación enganchada a su estómago. Una voz de mujer anunció por los parlantes que pronto llegarían a destino y que se pedía volver a los asientos y usar el cinturón de seguridad. Pablo desobedeció y avanzó por el largo pasillo en dirección a la cabina. La voz, esta vez con calidez conocida, le pidió volver a su asiento. Reconoció a Silvana y eso le alegró. Una turbulencia hizo tambalear el avión. Pablo dio un vistazo hacia el interior del aparato y pudo ver que la parte de la cola comenzaba a desaparecer, a fusionarse con el cielo poblado de nubes. Sintió la urgencia de correr y avanzar hacia la cabina. Abrió la puerta y entró.

—Te di la opción, pero has sido tú el que ha insistido. Ahora eres mi segundo al mando —dijo Silvana vestida de piloto de avión, con gafas oscuras estilo aviador y una gorra blanca que acrecentaba su autoridad. Pablo tomó asiento y aguardó por instrucciones.

—¿A dónde vamos?

El novísimo ayudante ahora vestido de pronto como un piloto más, trataba de hacerse idea de su destino, pero las nubes opacaban la visual.

—¿Aún no lo sabes? Quisiera ayudarte, pero puede que yo tampoco lo sepa. Debemos descubrirlo juntos.

Pablo de pronto tuvo unas ganas incontenibles de llorar. Lo hizo y sintió que sus ojos convertían el interior de la cabina en un torrente que comenzó a desparramarse hacia el avión. El agua caía hacia la tierra y en el cruce con los rayos del crepúsculo brotaban arcoíris inmensos que parecían abarcar el planeta entero.

—Haz hecho que llueva, Pablo. Lo puedes ver por las ventanas —Silvana sonrió—. Es como si nada de lo que hagamos por más personal o individual que sea, va a dejar de tener un efecto sobre el mundo. Movemos la vida entera a miles de kilómetros, con pequeñas acciones diarias de las que apenas somos conscientes. Somos trapecistas de la vida, cayendo sobre esta gran red que nos une a todos.

Silvana dejó de hablarle a Pablo y puso toda su atención en el horizonte delante de ellos.

—Creo que el viaje está a punto de concluir —le confió

—No, no quiero que termine.

A Pablo lo inundó una profunda melancolía.

—¿Ves? He allí tu problema. No atas los cabos, porque sientes que vas a perder lo único que te ha dado una razón de vida. Ya sea para sufrir o reír, has dejado todo deshilachado, en el desorden, la desidia, porque temes que si comienzas a trenzar vas a perderme. Tomaré otra forma, pero jamás dejaré de estar contigo. Enfócate y termina lo que me prometiste.

—Qué prometí, dímelo. No estoy para pensar.

—Justicia, Pablo, me prometiste que le harías justicia al pastor. Que el libro que escribirías sería sobre eso.

—Sí, sí.

—Te lo repito, ya estamos por llegar.

—¿A dónde?

—Donde comenzó todo, Pablo. Siempre volvemos a los lugares que nos hicieron esta rara imperfección que somos.

Un fuerte crujido hizo tambalear el avión y quedaron a ciegas. Pablo supo que faltaba poco para que la cabina también fuese consumida. Silvana le daba golpes al tablero de mando hasta que desistió.

—Bah, quién necesita la tecnología cuando la mejor brújula es el corazón.

—Igual la necesitamos para guiarnos —replicó Pablo.

—No. Te voy a enseñar un secreto. ¿Sabes cómo reconocen los pilotos en qué lugar deben virar los aviones cuando se acercan al valle de Caracas?

—No tengo la menor idea.

—Escúchame bien, esto me lo contó un oficial de la aviación uruguaya y es lo más certero dentro del alijo de dudas de la vida: observan el inmenso cumulonimbus cerca de la cordillera.

—Las nubes se mueven, desaparecen. Cuando vuelven a formarse en el cielo, llevan en sus entrañas un agua diferente. Son otra nube. Es suicida fiarse de aquello que se transforma —respondió Pablo.

—He allí la magia. Es una nube inmóvil y permanente . Siempre está allí. Es una traza en el cielo para todos los que tienen fe en que existen las nubes que no se mueven. Vuelve a lo elemental, Pablo, a lo que ha estado sin moverse en ti. En ese lugar encontrarás la respuesta.

Del avión ya solo quedaba el pequeño habitáculo en el que Pablo miraba a Silvana pilotear con tesón hacia el vacío.

«Tengo mucho miedo de perderte», le dijo. Silvana se levantó y parecía portar un paracaídas. «Es hora de saltar», respondió. Ahora no vestía como piloto sino como una paracaidista. Se quitó los lentes de aviador y miró a Pablo. «Vamos a volver a vernos, una última vez, solo que en esa no podrás saltar conmigo». Silvana

tomó de la mano a Pablo y se lanzó al vacío a una velocidad que permitía ir diluyendo las nieblas de ese mundo tenso que son los sueños. Pablo despertó.

Se levantó con energía para ubicarse en tiempo y espacio. Ni Wifi, ni Lorena se encontraban en sus respectivas camas, así que se dio prisa para entrar al baño y cepillarse, porque todo estaba equipado gracias a las bondades de sus anfitriones. Tomó una ducha rápida y salió de nuevo a la sala donde se encontraban.

—Hola, Wifi —las teclas seguían repiqueteando sin bajar su intensidad—. ¿Estás ocupado?

Pablo sabía que trataba con un genio difícil pero aquella primera interacción en solitario no podía írsele de las manos.

—Wifi... ¿qué piensas de la frase «Volver a lo elemental»? Esta vez las teclas pararon. Wifi no volteó el cuerpo, pero sus ojos se permitieron atender a la charla de su compañero.

Le encantaban las preguntas y mucho más los retos que podrían significar un acertijo.

—¿Necesitas una definición de corte enciclopédico o admite interpretación de semántica cultural?

—Solo necesito que me digas algo.

—Fundamentos. Pienso en fundamentos, pero también en lo simple. La verdad es simple, por tanto, su naturaleza es elemental.

—De acuerdo, Wifi. Gracias, has sido tremenda ayuda

—Pablo se levantó de la silla, cuando Wifi lo interrumpió.

—Volver a lo simple —le dijo— es lo que pienso de esa frase. Así que espero haberte ayudado. Regresaré al trabajo.

Pablo subió los ojos y se acercó a la computadora de Wifi. Una serie de redes se trenzaban de manera aparentemente caótica. Uno de los nodos iba enrojeciéndose a medida que Wifi agregaba más y más parámetros. Pablo indicó el punto rojo con su índice y preguntó por él.

—Es un dato que estoy minando —era la frase que Wifi habría esperado decir durante mucho tiempo, en un contexto verdaderamente criminalístico—. Al parecer en Europa subastaron una antigüedad. Estoy rastreando cualquier conexión con el culto a la Virgen María.

—¿Y qué importancia tiene?

—Coincide en alertas asociadas a Zitmann. La compra fue hecha el mismo día que secuestraron a Marisol Castro.

—¿Quién es Marisol?

—Temprano en la mañana el ministro nos ha informado que se nos ha encomendado la tarea de relacionar todo lo referente a Silvana con un secuestro

reciente. Todos los datos encajan. Es por ello que ha aparecido la subasta en la pantalla. Está halando de dos hilos. Y ambos tensan el nombre de Zitmann. Ella es elocuente. No le gustan los rodeos. Busca lo elemental —Wifi sonrió de manera torpe, no parecía estar acostumbrado a hacerse el gracioso.

—Entiendo. ¿Oye, y Lorena?

—Salió, no sé dónde está.

Pablo miró la pantalla y su mente sintió un agua fresca que le borraba el musgo que se acumula cuando la desesperanza se apodera de sí. Preguntó por los teléfonos que Flores les había dado. Dejó uno con Wifi y le dijo que estuviera atento porque él también necesitaba trenzar su propia red.

En el fondo, no le importaba más que lo dejaran solo ante un prodigio tecnológico que hacía honor a su nombre animal.

Las órdenes de Flores eran precisas, el máximo de apoyo sin que eso significara ponerse en riesgo o echar por la borda el secreto de la investigación. Así que Pablo no tuvo más remedio que ir escoltado junto con dos oficiales hasta una camioneta negra sin placas que salió disparada del estacionamiento a una velocidad que sintió excesiva. El vehículo no pasó desapercibido para los habitantes del barrio. Pablo se bajó de la camioneta y rogó a sus acompañantes que le dejaran enfrentar la situación a solas. Estos lo consintieron al evaluar que la zona no parecía una amenaza y siempre que se reportara cada diez minutos. De esta forma, quedó más libre para llegar hasta la casa de Antonio Guzmán. Tocó dos veces la puerta, pero nadie abrió. Una mujer que llevaba a un niño del brazo, le dijo que él se encontraba a esa hora en el vivero y le indicó el camino.

Pablo llegó hasta unas tiendas blancas y altas cuyo deterioro era evidente, entró a una de ellas, vio a Antonio en medio de dos líneas de plantas, entre tomates y pimentones verdes. Ambos hombres se abrazaron sin decir una palabra. También lloraron juntos. Se comunicaban a través de gestos y pedían disculpas en silencio por sus respectivas cobardías. También se perdonaron sin emitir un leve sonido. Pablo fue el primero en querer hablar cuando sintió que estaba preparado para emitir una voz masculina y no el chillido de quienes tienen la enfermiza necesidad de enmendar sus errores.

—Necesito hablar con Eloísa. Tengo que pedirle un favor. Antonio Guzmán asintió, siempre que lo acompañara a su casa para llevar la primera cosecha de ese año. Llegaron a la casa y mientras el agua hervía, recogió su teléfono celular en una de las mesas y buscó el número de Eloísa.

—Está viviendo en Praga, según me dijo hace como dos meses. También, que se iba a casar con un inversor ruso. No quise detalles.

Pablo vio directamente a Antonio y percibió en él la inocultable expresión que delata a quienes aún aman sin confesarlo. Anotó el número en el aparato provisto

por la dirección de inteligencia. Luego se sentó casi instintivamente al sentir la taza de café en su mano. Se disculpó de que aquello no fuese.

—Para qué alargar más esto, Pablo. En este lugar solo quedo yo como último vestigio de una utopía. En cuanto me muera, van a terminar de echarle cemento a los huertos familiares y volverán a convertirse en lo que eran. El mundo no cambia, no. La gente pasa por él, solo para repetir la rutina que les obliga el código genético, pero su vida seguirá siendo la misma.

—Eso me recuerda a Ángela, su esposa. Solía hablarme de la misma forma cuando la llevaba a sus terapias.

Antonio sonrió y se incorporó de la silla, le pidió a Pablo que esperara mientras iba a buscar algo al interior de la casa. Mientras Pablo veía los portarretratos de Ángela, Silvana y Paula en esa época donde aun el sueño de algo mejor no había dado paso a la tragedia. Antonio salió de nuevo y entregó en las manos de Pablo dos pequeños cuadernos. Eran los diarios que llevaba Silvana cuando iniciaba la universidad. Pablo creyó que se iba a quebrar pero buscó en el sorbo de café el valor que le hacía falta.

—Sé que ella le habría encantado que te los entregara.

—Te juro que voy a atrapar al que asesinó a Silvana.

—Tienes que aliviar tu peso, Pablo.

—Ya no sé si lo que siento es dolor, Antonio. Es algo distinto, es un vacío.

—No es más hondo y espeso que el mío. Vivo en una casa que se alimenta de recuerdos y sueños rotos. Debes llenarte de nuevo, eres joven.

—¿Cómo lo haces?, de verdad, ¿cómo puedes seguir de pie?

—Porque ya no depende de mí. Por las mañanas sigo despertando y eso lo asumo como un mandato.

—Entonces, no me queda sino luchar hasta el fin, aunque sea una batalla perdida.

31

Lorena había llegado puntual a la cita. Repasó el mensaje en su celular donde Tina Fernández, la asistente de Paula Guzmán, le brindaba los detalles específicos de la reunión. El lugar no era el cuartel general de la compañía de modas de Paula, se trataba de una oficina mucho más modesta, aunque no por ello desprovista de lujos. Lorena, en la sala de espera, aprovechó para ojear las revistas que estaban sobre la mesa. Su mente no parecía querer quedarse quieta y solo tenía espacio para repasar las palabras de Flores, cuando al fin de muchos rodeos consideró que era importante informarles que el esfuerzo estaba dirigido no solo a Silvana Guzmán, sino a la búsqueda de Marisol Castro. «Si tienes razón en tu teoría —dijo Flores más temprano—, puede que podamos celebrar que nos adelantamos un paso a la tragedia».

Tina salió por una puerta de cristal y saludó con una sonrisa a Lorena. Condujo a la visitante por una sala hasta la puerta de una oficina. Antes de entrar, Tina pidió a Lorena que tratase de ser breve.

—La señora Guzmán partirá mañana a Roma y necesita comenzar los preparativos cuanto antes. Por otro lado, le agradecería que en una próxima ocasión no traiga policías al edificio. Valoramos la discreción.

Lorena no dejó que le perturbara el aire pedante de aquella mujer y trató de concentrarse en su propia agenda, aunque habría querido comentarle que a ella también le parecía vomitivo tener que lidiar con escoltas. Se guardó el comentario y entró a la oficina. Paula Guzmán miraba por la ventana en dirección a la montaña que rodea la ciudad.

—Le agradezco que viniera. Me disculpa si todo fue tan apresurado. A veces surgen imprevistos que nos obligan a acelerar los planes.

—O a cambiarlos —contestó Lorena.

Paula volteó levemente para detallarla. Le interesó su estampa, que bien podría mejorar para considerarla una modelo suya.

—Los modelos suelen tener esos rostros neutros sin ninguna expresión —soltó volviendo la vista hacia la ventana—. Es parte de su trabajo. La ropa debe llevarse el protagonismo, no el alma o el sex appeal de las mujeres u hombres que desfilan. Creo que si algo tiene el mundo de la moda es que a pesar de que digan lo contrario, están en una búsqueda incesante de despersonalización. De arrancar el alma de los cuerpos. Dicen que diseñan para mujeres, para hombres, pero en las pasarelas lo único que ves son no humanos, sino cuerpos que se mueven impulsados por el ego de un maestro del engaño.

A Lorena la conversación le pareció críptica y en un cierto modo, una treta para sentar el tono y dirección de aquel encuentro. No sintió que debiera guardar ninguna diplomacia.

—Señora Guzmán. Vengo a preguntar por su hermana.

—¿Sufrió?

—Creo que no la entiendo.

Paula se tomó los brazos y comenzó a sobárselos sincrónicamente. Fue un gesto involuntario activado por un dejo de nostalgia. Lorena no dejó pasar aquella reacción.

—Si me pregunta por su hermana. Sí, estimo que sí. Había heridas posmortem, pero sin ninguna duda fue torturada.

Paula quiso hablar pero su voz se cortó. No permitió perder control sobre sus palabras, aun cuando su cuerpo parecía ya no seguir instrucciones directas.

—Voy a estrenar una nueva línea de ropa. Parto mañana para Europa y no sé si vuelva pronto.

—Pues la felicito —Lorena dijo cada letra con sus hombros bien arriba para que se notara lo poco que le importaba aquel detalle.

—¿Sabe que nombre he elegido para la colección? «Miss Sarajevo». La nota de prensa de la compañía dice que y se lo diré textualmente «rendimos tributo a la resiliencia y a la mirada esperanzada y colorida del futuro». Los creativos y especialistas hicieron lo posible para que cambiara el nombre. Me decían que solo mencionar la palabra ya nubla la mente con imágenes macabras. Era como intentar vender una colección de abrigos llamada «Auschwitz». ¿Quién puede culparlos? Tienen razón.

—Pensé que quería hablar conmigo del caso, no de diseño.

—Cada vez que Silvana y yo nos peléabamos, mi papá nos tocaba canciones con su guitarra antes de dormir. Nos recitaba cuentos y poemas sobre la hermandad. Mi hermana y yo nos quedábamos allí escuchándolo largo rato hasta que nos dormíamos. Mi madre se molestaba, decía que no podía mantener esa rutina porque nos iba a mal acostumbrar. Una noche me levanto en medio de una discusión entre ellos y los espié desde la habitación. No debo negarle que estaba muy asustada. Fue la primera vez que oí la palabra Sarajevo. El mayor miedo que tenía mi padre es que nosotras acabáramos rotas, con una fractura irreparable. Allí terminó la discusión. Mi madre lloró y se abrazaron. Creo que ambos compartían aquel temor. Olvidé ese recuerdo por mucho tiempo, hasta que regresó luego que usted llamara a Tina. Pienso en eso desde entonces.

—¿Y qué ha conseguido con eso?

—Es extraño, detective. He comenzado a interesarme cada vez más en la historia. Le he dado la vuelta a unas cuantas guerras civiles, a las desgracias que significan

el que un vecino, que compartía contigo la plaza, los autobuses, la bandera, los himnos; sienta que necesita exterminarte para estar en paz. Arrasar con mujeres, niños, ancianos, para echar sal por una herida que se ha abierto. Por eso comencé hablándole de lo que ocurre sobre las pasarelas. La moda es una gran máquina de violencia. Deshumanizamos y rearmamos la vida a nuestro antojo. Entonces ves a la gente corriendo tras esto o lo otro, tras unas piezas de ropa, tras el bolso de temporada, tras la figura esquelética, persiguiendo, siempre persiguiendo, hasta que ya no vuelven a encontrarse nunca más.

—¿Qué sentía usted por Silvana?

—Los sentimientos no son rocas que soportan el paso de los años, tendría que haberme hecho esa pregunta hace unos cuantos años para responderle con fidelidad. Le podría decir lo que siento en estos momentos.

—¿Y bien?

—Que daría mi vida a cambio de la de ella.

—Eso es imposible. Sin embargo, sí podemos hacerle justicia.

—No entiendo que nos pasó, detective. Hago un esfuerzo y no logro dar con lo que nos separó, por qué llegamos a ese nivel de...

—¿Odio?

—Podría ser la palabra adecuada. El odio es una fuerza poderosa e invisible, que llega imperceptible y que si le permites cobijo y alimento, te terminará echando de tu casa, de tu cuerpo. Reclamará tu vida como propia.

Paula sintió que era la primera vez que hablaba de esa manera. Sus palabras le parecían un dialecto foráneo trasvasado a su cuerpo por alguna entidad que no lograba identificar. Como amante de los pragmatismos, aborrecía el palabrerío de vuelo filosófico. Extrañamente, ahora se hallaba cómoda con el.

—Señora Guzmán, ¿Hay algo que pueda decirme para avanzar en el caso del asesinato de su hermana?

—¿Usted cree en los juramentos, detective?

—Solo en los que no impliquen guardar silencio ante un crimen.

Paula se puso al frente de Lorena y le entregó un papel. En él, una dirección que no fue acompañada de la menor explicación. Luego se quitó los lentes oscuros y dejó a la interpretación de Lorena los ojos rojos de un llanto que llevaba mucho tiempo guardado. La detective Díaz no hizo más preguntas y se retiró en silencio. Mientras bajaba por el ascensor pensó en Sarajevo y sin saber por qué, imaginó lo que habrían de sentir las aves enjauladas en esos lugares donde han estallado las guerras. Esos animales olvidados en su encierro por el espanto de la huida, condenadas a ser prisioneras, a morir sin saber jamás lo que sería batir las alas en completa libertad.

32

Pablo despidió de nuevo a Antonio en la puerta de su casa y le rogó que entrara antes de que se marchara. No le gustaba sentir en la espalda la triste mirada de quien se queda. Conforme caminaba fue tecleando el número telefónico de Eloísa. Afortunadamente el director tenía razón y poseían las mejores condiciones para avanzar en la investigación.

—¿Sí?

—¿Eloísa?

—¿Quién es?

—Pablo Linares.

En un lado y otro de los continentes sobrevino un silencio inesperado. Pablo temía que colgara la llamada de inmediato.

—¿En serio eres tú? Pensé que... no sé... vaya, es una verdadera sorpresa. Justo acabo de hablar con una amiga de ti. Créeme que no entiendo lo que pasa, debe ser una conjunción de planetas.

—Debo pedirte disculpas. Sé qué debo y necesito hacerlo.

—Descuida, no tienes que hacer nada. ¿Cuánto tiempo estuvimos juntos? Por Dios, ¿qué hay de ti? ¿Estás bien?

—Una vez más te necesito, Eloísa.

—Anda, Pablo. ¿Qué pasa?

—Antonio me dijo que te fuiste a ayudar a tu abuelo a vender antigüedades en Europa. ¿Sigue dedicándose a eso?

—Mi abuelo murió hace siete años.

—Lamento escucharlo.

—No pasa nada. Sí, conservamos el negocio familiar.

Pablo pudo percibir como se desprendía de su pecho un hilo que lo ataba a Eloísa. Siempre le pareció que ella había sido más de lo que entendía o podía asimilar. Pensaba en Silvana y ahora que hablaba con esta mujer, por un breve momento se distrajo en la idea de que es posible amar a mucha gente en muchos tiempos, amarlos de verdad y con intensidad. Sin que nada colisionara o marchitase. Se impulsó en ese instante de sosiego y pidió ayuda con toda la fuerza y urgencia que pudiese albergar. Le contó sobre el caso, de cómo volvió a Venezuela. De esa llamada que lo despertó en el primer sueño que recordaba en su vida. Sus labios pronunciaron tantas veces el nombre de Lorena, que la propia Eloísa acumuló unos celos extraños y distantes.

Sentada en una poltrona y anotando como podía en una libreta, Eloísa escuchó que necesitaban ubicar al comprador de una extraña pieza de antigüedad. Asoció el nombre de la casa de subastas, con la posibilidad de que aquello ciertamente pudiese servir para dar luces del asesinato de Silvana. En su propio cuerpo algo se iluminó.

El problema no sería ubicar al merchante, tenía de sobra contactos para hacerlo. La dificultad estaba en que hablara. En ese negocio, romper el secreto equivalía a mudarse a una isla perdida entre el mar del odio y la aversión. Nadie quería un exilio semejante, aunque ella misma reconocía que podría tener unos cuantos métodos para torcer las tradiciones. «Cuenta con eso, Pablo», dijo resuelta y sin dudar. Él recibió la noticia con severa paz.

Pablo dejó el teléfono celular cuando en la distancia Rony le hizo señales. Apretaba de manera involuntaria el diario que Antonio le había entregado unos momentos atrás, pero decidió esperar. Se abrazó con su amigo, y entraron a tomar un café.

—Fui a visitarlo Pablo, a Monopunk, o como le gusta que lo llamen ahora, Darío José. Es otro hombre, tendrías que verlo.

—En eso tienes razón, tendría que verlo.

—Te lo juro. Hacía tiempo que no me acercaba, a veces uno se cansa de ir a esos lugares. Son terribles. Tampoco es que sea mi familiar cercano como para que la solidaridad se mantenga inmune al dolor y a la vejación de que te revisen hasta el culo para entrar.

Pablo se sonrió ante el comentario. El hijo de Rony se mantenía atento a la conversación, pero prefirió pasar desapercibido. También habría querido reírse.

—Cuidan que no lleves drogas —Rony encendió la cocina y se acercó a Pablo—. Monopunk me recibió con afecto. Iba preparado para el reclamo. A que me dijera que había esperado el olvido de todos menos de mí. Pero no me reprochó nada, me abrazó y hablamos de su encierro, de cómo conoció a Dios, de su lucha contra los demonios. Te digo, es otro.

—Es extraño, pero de pronto me dan hasta ganas de verlo

—pensó Pablo en voz alta.

Rony volvió con dos tazas a las cuales le había puesto azúcar sin preguntar.

—Te decía que el hombre tenía esos ojos de claridad. Incluso hablamos de juegos de rol y recordaba las reglas con propiedad. Como si se le hubiese destapado la cañería que tenía en esa cabeza.

—Es una buena noticia.

—Fíjate que hasta recordó el mapa de seguridad que hicimos para proteger a Silvana cuando tomamos el Consejo

Universitario. En todo caso, me dijo algo que me dejó pensando.

—¿Qué sucede? ¿De qué hablaron?

—El hombre me dice «Rony, es Dios el que te ha traído a mi cárcel, así como le ocurrió a José en Egipto. Hace unas noches tuve un sueño, que ahora ya entiendo no fue un sueño sino una memoria. Una que estaba sepultada por el demonio y el atontamiento que este me provocaba. Recuerdo la noche en que puse la bomba. Es

más, sé quién me dio la orden, quien la puso en mis manos, quien me llenó la cabeza de locuras». Por supuesto te podrás imaginar mi sorpresa, Pablo.

—Rony, por favor, sigue, necesito escucharlo —Pablo había levantado la voz sin percatarse. Tuvo que contenerse al ver que el niño que jugaba ya no prestaba atención a la pantalla.

—Me dijo que fue Kolakowski el que se acercó para atiborrarlo de papelitos, cocaína, agujas.

Pablo pudo darse cuenta de cómo se erizó su piel por completo. Aun acostumbrado a la sensación, la electricidad volvió a recorrerle la espalda, pero no trajo el frío de muerte habitual, sino un calor, un malestar sin nombre que necesitaba agarrar por el cuello. Sus ojos se perdieron en un punto indefinido. No sabe cuánto tiempo divagó, pero cuando volvió en sí ya no tenía café que tomar.

—¿Está seguro de lo que dice?

—¿Quién puede asegurarlo? Hoy es un hombre distinto, hace unos años era una piltrafa.

Se despidieron al rato en la puerta de la casa. El niño los observaba por la ventana. Había desistido de jugar videojuegos porque la charla le había generado más placer. Sostenía un libro ilustrado sobre seres mitológicos que le servía para vencer a su padre en los juegos de rol. Pablo se acercó a él para despedirse también. «No te pierdas», le gritó a Pablo, mientras se alejaba hacia la camioneta donde los escoltas aguardaban. Pablo se detuvo en la puerta antes de entrar. «Nunca más», murmuró para sí.

33

«La clave del éxito está en la planificación. No se trata de grandes talentos, sino de disciplina. Gobernar sobre el tiempo y las circunstancias». Eso dijo Fabricio Kolakowski cuando se elevó de su silla frente a la mesa de directores de la empresa. Lo aplaudieron con elegancia y sin muchos vítores. Giró algunas instrucciones más, donde el mayor porcentaje se lo llevaban los planes de expansión en puertas. Se excusó en que debía atender una llamada por videoconferencia para ausentarse de la reunión antes que terminara. Por supuesto, la llamada no existía. Creía con mucho empeño en la espectacularidad, en la forma en que entras y te retiras de un lugar. Los gestos lo son todo. Sentía en sus palmas una cierta picazón, se sentía hervir aquel día.

La noche anterior había sido lo que esperaba. Usualmente no actuaba de esa manera, pero llevaba meses sintiéndose cansado de ser el segundo en llegar a la cena. Fue hasta su oficina, abrió la puerta y luego se encerró en el baño. Se quitó el saco y se aflojó la corbata. Abrió el grifo y se salpicó el rostro con agua fría. La sensación le hizo recordar el escupitajo que recibió horas atrás, mientras le gritaban que era un cerdo. El recuerdo de esa chica allí, tan indispuesta a dejarse gobernar. Si algo odiaba de las mujeres era precisamente que existieran especímenes que se negaban a aceptar el curso natural de los hechos. Por eso recordaba con tanto placer la primera vez que bajo la tenaza de sus manos se aplacaron los movimientos erráticos de una chica. La excitación le hizo correr la sangre y sintió un deseo irrefrenable de masturbarse mientras recreaba en su mente la sesión de amansamiento de carácter, de erradicación de resistencia, de dominación total de un cuerpo.

Eyaculó y de pronto se sintió vacío frente al espejo. Quiso estrellar la cabeza contra el reflejo y tratar de traspasar de una buena vez la barrera que separa esta vida de la otra. Respiró y después se dio cuenta de su estupidez. «Eres un niño muy tonto», se dijo a sí mismo. Se limpió en el lavamanos y la imagen del semen colándose hacia las cloacas, fueron teñidas del rojo que le venía del recuerdo de los golpes que tuvo que darle a su proyecto en marcha. Salió del baño subiéndose la bragueta y volviendo un poco a la realidad. Tenía tanto que hacer antes de que fuese inevitable deshacerse de su reciente adquisición. Por momentos le agradaban. Se consideraba imbuido de autoridad. Dos o tres veces de estar con cada una, y comenzaba a necesitar una nueva. Claro que ninguna se iba sin alguna marca o sin dejar para él una ofrenda que le permitiera a su memoria volver sobre cada mujer que había tenido en aquel lugar. Sus ojos se perdieron hacia la ciudad, desde lo alto de una oficina que tenía una vista privilegiada de Caracas. Lo único que comenzaba a tener sentido más allá de las reuniones y los halagos de sus subalternos, de la expansión de la compañía, de los cócteles y fiestas corporativas, era esa última mirada de la cual solo él era testigo y absoluto privilegiado. Era su rostro lo último que ellas llegaban a ver antes de partir para siempre.

Su timbre privado sonó y quebró su estado de meditación. Se acercó hasta su escritorio y apretó el botón del intercomunicador. Su secretaria le habló con bastante temor, para comentarle que en la recepción ocurría un espectáculo que podía afectar la imagen de la empresa, y que se estaba saliendo de control.

—Le juro que somos grandes amigos, solo dígale que Pablo Linares está aquí y debe hablarle de Silvana Guzmán. La secretaria de recepción jamás había enfrentado una situación semejante y por los nervios le costó encontrar el botón de pánico. Los gritos, los oficiales de seguridad intentando controlar al saboteador la habían descolocado totalmente.

Fabricio Kolakowski siguió con atención la escena y tuvo que hacer zoom para darse cuenta que aquel sujeto que pateaba desesperado al guardia de seguridad, era Pablo Linares, un vestigio del pasado que pensó jamás le alcanzaría. Pudo haber desistido, desentenderse de la situación y poner su mirada en las hojas de cálculo para hacer análisis de los balances financieros, o mucho mejor, ir hasta la caja de seguridad y volver a revisar las fotos de las chicas que tomaba de las calles, solo para recordarlas, para saber cómo eran antes y después. Le disgustó sentir que si dejaba que el sujeto se marchara, ya no podría extender su control. Le ordenó a su asistente que lo dejaran pasar, no sin antes asegurarse de que no portara armas.

A los diez minutos, Pablo entró algo maltrecho por la fuerza que le imprimieron los guardias. La secretaria del despacho lo escoltó con miedo, mirándolo como a un animal salvaje.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —Kolakowski se dirigió a los vigilantes del edificio y a su propia secretaria. Luego centró sus ojos en Pablo—. Creo que puedo entenderme con el señor.

Los primeros en salir del despacho fueron los guardias de seguridad. La secretaria lo hizo con reticencia. Creía que su jefe había tomado una decisión en extremo apresurada. Así que, contrario a su proceder, se quedó pegada de la puerta, esperando un grito o el ruido distintivo de algo que se rompe.

—Así que nos volvemos a encontrar.

—Quiero que me digas lo que le hiciste a Silvana —dijo Pablo sin rodeos.

Kolakowski se llenó de ira. Se creía capaz de sacar la pistola que guardaba en el cajón de su escritorio y volarle la cabeza a Pablo allí mismo. Luego arreglaría la escena. Unos billetes al fiscal, otro tanto a la policía científica y ya tendría un montaje a prueba de cualquier tribunal. No lo hizo, porque recién había cambiado la alfombra y además, deseaba ver hasta dónde llegaría ese pasado hecho materia frente a él.

—¿Qué le hice? Tú lo sabes, me la cogí mil veces. No puedo decir que fue el mejor sexo de mi vida, pero tiene sus recompensas.

—Sé que tienes que ver con la desaparición de Silvana.

—Creo que estás desvariando y honestamente pensé que esto sería algo más divertido —Kolakowski buscó visualmente el botón para llamar a su secretaria, pero no le dio tiempo de apretarlo. La próxima línea de Pablo le adormeció su mano derecha.

—Le pediste al Monopunk que pusiera la bomba, ¿por qué?

—Te lo repito, estás diciendo estupideces. No tengo la menor idea de quién me hablas.

Pablo podía sentir la intuición recorrerle por las venas. Pensaba en el modelo de Lorena, en la idea que los crímenes ocurren en los picos de confrontación. La razón estaba muy clara, era lógica, coherente. Nadie va a ocuparse de las gallinas si el zorro dice que cielo se está cayendo.

—Voy a probarlo. Y vas a tener mucho que explicar —le dijo.

Kolakowski miró con atención a Pablo. Sopesó la posibilidad de que en una pelea directa, sin armas y provistos tan solo del odio que guardaban el uno por el otro, él podría aplastarle la cabeza contra el asfalto. Lo haría rendirse, rogar por su vida, ver como sus lágrimas brotaban al verse solo y a merced de un hombre que va a visitarlo día tras día, para que recuerde que, antes de morir, ese miedo, esa silueta, será su único equipaje. De nuevo, llegó la erección. Se le erizó la piel y dejó caer su dedo en el intercomunicador. «Gladys, el señor ya se retira».

Pablo bajó al *lobby* custodiado por los guardias. Al salir levantó la vista y reconoció a lo lejos los escoltas de la dirección de inteligencia que lo miraban fastidiados de la tarea que les habían asignado. Tenía la mente revuelta y cruzó la calle. Vio que uno de los agentes le gritó y agitó la mano. Miró hacia su izquierda y vio una camioneta negra acercándose a toda velocidad. Quedó suspendido al leer las letras del rótulo con el nombre de la empresa. Sentía que algo le decían, pero no supo qué. Lo sacudió la necesidad de quitarse del medio rápidamente. El conductor lo esquivó a tiempo, pero lo insultó al pasarle al lado. Cuando la vio alejarse se percató que no tenía placas y por primera vez creyó que ese detalle más que ocultar información, la iluminaba.

34

—¿Cómo te preparas para esta noche? —preguntó Zitmann mientras sus ojos bebían del ámbar perfecto de su vaso de *whisky*.

—Un tanto nervioso —contestó Salvador del otro lado. Suspiró—. Me aterra volver a recibir la paliza de la vez pasada.

Se escuchó a Zitmann reír al punto que se le convirtió en una tos. Se incorporó de la cómoda posición que su silla reclinaba le permitía y se acercó a la mesa para servirse más licor. Le había causado gracia la mención de los golpes, porque esa noche no estaría exenta de ellos. Vendrían acompañados de otros placeres y estaba convencido de que eso los haría soportables. Evitó el camino del espanto y relajó el tono para no preocupar a Salvador.

—No te preocupes. Será inolvidable.

La llamada concluyó con despedidas afectuosas y el compromiso de la hora señalada. Zitmann se levantó de su asiento y se acercó hasta un escritorio donde reposaba un monitor que transmitía desde distintos ángulos la silenciosa escena de una habitación. En ella, había algunas poltronas y utensilios básicos que Zitmann pensaba: enriquecían la experiencia. Para él, grabar toda la sesión era siempre su seguro para garantizar que la lealtad a la causa no se viera amenazada por un complejo de culpa, aunque también los usaba para recordarse lo bien que se sentía iniciar a los nuevos integrantes en el código de silencio.

35

Pensó que la débil luz que llegaba a sus ojos era el túnel con que la tradición identifica el sendero que lleva a la otra vida. No fue así, solo se trataba del mismo bombillo de resplandor lánguido que oscilaba en la habitación donde había sido confinada. Rogó estar muerta, luego explotó en llanto al saber que se traicionaba a sí misma al dejar que la vulnerabilidad la consumiera. Se había jurado que ningún dolor infligido por la maldad de otros le dañara. Su estrategia de aguante era considerarse un arca que sirviera para resguardar a los más débiles de aquella que no podían entender. ¿Quién era ella para dejarse doblegar, si en su trabajo —en más ocasiones de las que hubiera deseado—, al finalizar la jornada de artes escénicas, o los talleres de expresión corporal, alguna niña se quedaba hasta tarde y sin ganas de volver jamás a casa? De desandar el camino que las retornaba al horror de sentirse solas, cuando un tío, el padrastro o algún vecino quisiera entrar a sus cuartos para explicarles que era mejor que todo lo vivieran con ellos, con los conocidos y no con extraños, que ellos eran los indicados para acortarles el camino a la adultez. Si al menos una, pensó Marisol, si al menos una de las violaciones o de los golpes que había recibido en ese cuarto, podía servir para librar a alguna inocente de un dolor similar, ella brindaba su cuerpo y su alma a dicho sacrificio. Cerró los ojos y por extraño que pudiese parecer, fue la primera vez desde que había sido secuestrada que pudo descansar profundamente.

36

Debía estar feliz, pero no podía concentrarse en nada. Fabricio Kolakowski escuchaba sobre la posibilidad de que ese año la empresa tuviese un superávit, justo en una época en la que muchas caían en bancarrota. Miraba su reloj y se distraía repasando una y otra vez el mensaje en su teléfono celular. Necesitaba que se reconociera su valor, su exacerbado empeño cuando emergían grandes retos frente a él. También estaba cansado del anonimato, de apoyar las causas de corte colectivista que aniquilaban la valoración del individuo y su gesta. Jamás volvería allí y de algún modo comenzaba a pensar en su emancipación, en que le había dado mucho a esa empresa como para ser un mero sirviente a la orden de los accionistas. Lo disfrutó, sí, pero ahora carecía de sentido. Pensaba que no había riqueza que pudiera transmitir el mismo placer que el cuerpo al tomar posesión de aquel misterio que llamaban soplo de vida, alma, energía vital. Mientras veía al director de finanzas hablar de ingresos y egresos, sentía que esos pobres seres jamás entenderían las razones que a él lo movían.

37

Frente a él, su paciente. Un hombre de tercera edad cuya válvula coronaria fallaba. Augusto debe obrar un milagro. No tiene espacio para decidir un camino distinto que no sea salvarle. Mientras el bisturí recorre con finura la piel ya envejecida, su mente dibuja para sí mismo una pieza de filosofía que jamás llegará a ser escrita: «El quirófano mutila la libertad. Te arrebata la posibilidad de actuar tanto para el bien como para el mal —dijo abriéndose paso a través de la dermis—. Además, están los pesados de medicina legal. Los jueces de las malas prácticas. Con ellos se acaba la posibilidad de matar a voluntad. El prestigio y la propia necesidad de ir ganando experiencia, te llevan por el angosto y obligatorio camino de curar las enfermedades e imperfecciones del cuerpo. Fuera del quirófano, sin embargo, un horizonte entero para explorar deseos y verdaderas habilidades. Incluso ir tras el descubrimiento de cómo se comportan los cuerpos sometidos a situación de profundo estrés. Cada persona es un paso más allá en la comprensión de lo que nos hace humanos».

Augusto elevó la mirada y hacía seguimiento del reloj digital de la sala de operaciones. Su mente estaba ensombrecida por lo vivido con Paula. En especial por ese instante en que luego de despedir al chofer, volvió a donde ella aún permanecía inconsciente. Se habría sentado a observarla con detenimiento, pensando que se veía como un animalito enfermo en el suelo. En el transcurso de esos minutos puso una almohada, luego la pistola cerca de la cabeza de Paula, probando cuadros de escenas de suicidio. Depresión, choque emocional, saber que finalmente encontraron el cuerpo de su hermana.

Pensó en tipear una carta de despedida, pero se desanimó: no tenía una impresora. También sospesó la posibilidad de subirle el vestido, penetrarla una última vez y en vez de volarle la cabeza, diluir somníferos y colarle el concentrado por la garganta, que era la forma usual en que sus vecinos y conocidos solían resolver los atajos para irse de este mundo. No lo hizo porque ya no podía obrar como el adolescente salvaje de antes. Se había convertido en el alumno más prometedor de Zitmann, ese que le señalaba el camino al resto de muchachos en las tertulias filosóficas del viejo, el que los llevaba a abandonar con temeridad lo que le hubiesen enseñado sus padres, el que les decía que solo las instancias divinas podrían juzgarlos y que no existía en esta tierra mayor mandamiento que obedecer el camino trazado por la organización. No, ahora tomaba el relevo iniciando a los aspirantes con la misma violencia y mismo gozo con que lo hicieron con él, así que no había espacio para actuar desde las vísceras.

Cuando volvió a la realidad, notó que la enfermera y el anestesiólogo lo miraban con temor. Se disculpó y continuó, demostrándoles que un golpe de su bisturí podía corregir los errores de la naturaleza.

38

Tina la había abrazado largo rato luego de que la detective Díaz abandonara el edificio. Paula había llorado con desesperación, pero logró contenerse en el cuerpo de su asistente. Bebió té y también algunos calmantes que se los recomendó un diseñador en Roma. «Sirven para calmar el estrés, la resaca y el mal de amores. Eso sí, cielo, no los mezcles con ginebra porque te llevarán por caminos oscuros».

Tina creyó que con la infusión no habría nada de qué preocuparse. Paula aceptó tomarla por cortesía, deseaba vivir con absoluta claridad eso que le quemaba los ojos y garganta, que le secuestraba el pecho por entero.

—Hagas lo que hagas, no puedes reparar lo que está roto —dijo con una amenaza velada de continuar en llanto. Tina percibió una segunda oleada depresiva y se adelantó.

—Hay que tener mucho coraje para quedar expuesta.

Además, la intención de enmendar cuenta.

—¿De qué sirve eso, Tina? Hay decisiones que no admiten retornos.

—Sirve de ejemplo, Paula. Para que no se vuelvan a cometer los mismos errores.

—Y, sin embargo, seguirán cometiéndose. Somos una especie adicta a la equivocación.

—No hables así, es desesperanzador.

—Soy cómplice de lo que le ocurrió a mi hermana —Paula quiso llorar pero su intención golpeó con el efecto de la pastilla. Bajó el tono de voz y continuó en el relato de los pasajes que Tina desconocía—. Antes de marcharse, la detective Díaz me dijo que Silvana no es la única. El caso cero, así lo ha llamado. La primera de una serie de crímenes horribles.

—No nos apresuremos, deja que la policía haga su trabajo.

—Tina, por favor, abrázame, te lo pido, no me sueltes —volvió a llorar y sin que pudiese apaciguarse miró a su asistente rogando pudiera soportar aquel espectáculo—.

¿Sufrió?, le pregunté a la detective. ¿Sabes qué me dijo, Tina? Que lo mejor es que jamás sepa los detalles.

—No pienses en eso.

—Necesito decirte algo, Tina. Te ruego que me escuches, por favor.

—Dime lo que quieras.

—La noche que Silvana llegó de su primer día en la carrera de antropología, fue cuando me di cuenta de que ella era la que estaba destinada a ser la estrella de nuestra casa. Estaba francamente alegre. No paraba de hablar. Mis padres la escucharon con atención mientras preparaban la cena y luego en la mesa. Ella mencionó algo que me hizo pensar mucho, dijo que a una antropóloga cierta vez le preguntaron cuál

era el verdadero signo que identificaba el inicio de la civilización humana. Todos en la mesa opinaron. Silvana estaba interesada en el efecto que tendría la respuesta. Yo me mantenía al margen, con una actitud adolescente y no dije nada. Pero seguí sus palabras con esmero, siempre lo hice, aunque no se lo dije jamás. Mi padre decía que el primer indicio era la escritura, mi madre se decantaba por el lenguaje. Entonces Silvana, con una sonrisa que jamás olvidaré, muy característica de los niños cuando descubren por primera vez el sortilegio de los colores secundarios, dice que no, que el primer síntoma de que nos convertimos en algo más que las bestias salvajes era un fémur roto que se había curado. Explicó como si quisiera que su voz fuese la de su profesora, que un hueso fracturado en un mundo donde la ley del más fuerte priva, era la muerte segura, ningún animal tendría la posibilidad de recuperarse sin la ayuda de otros. Es por ello que, al encontrar esa cicatriz sanada, se permitía inferir que hubo cierta vez un momento primigenio y trascendental, donde nos dimos cuenta de que éramos una especie destinada a preservarse mutuamente. Silvana nos miró a todos, en especial a mí. Recuerdo sus ojos. Me dijo «Ayudar a otro a superar una dificultad es el inicio de la civilización». Esta colección, cuanto hago, lo que soy, son un homenaje a ella y a esa idea. Debo dar un paso al frente. Ya no deseo maquillar la herida, la curaremos, la haremos cerrarse, sin que se olvide. Con ello crearemos una memoria, pero también una conciencia.

Paula se desplomó en el regazo de su compañera y no encontró el camino para recuperarse de nuevo. Tina le sobó el cabello y le susurró una canción, luego miró por las amplias ventanas y al ver la ciudad pensó cuántas tragedias no están regadas por allí, sin nadie que pudiera recordarlas ni tampoco ayudarlas a sanar.

39

Ochos cilindros en cumplimiento cabal de su propósito movían el automóvil que llevaba a Lorena a la sede de inteligencia nacional. Cada cierto tiempo acomodaba su retrovisor para precisar la ubicación de los agentes que la seguían desde que había salido de la oficina de Paula Guzmán. En su cerebro se mezclaban en oleadas continuas la información lanzada al aire e incluso los silencios que marcaron el rumbo de la reunión con la hermana de Silvana. Recordaba lo que la había dicho hacía unas horas y comenzaba a creer que sí tocaron un nervio. Uno que iban a halar de algún hilo y precipitar los acontecimientos sin que pudieran hacer nada para evitarlo. Pensaba en Silvana, pero también en Marisol y lo que menos deseaba era que la bestia, al verse perseguida, optara por una retirada táctica y con ello perderse por años. De todas maneras, sabía que iba a ceder ante sus deseos de matar y allí asomaría de nuevo la cabeza en medio de la neblina. Su instinto la hacía creer que debía seguir acosando hasta que a su enemigo no le quedara otra opción que lanzar zarpazos desesperados en defensa de sí mismo. Alejó la mano derecha del volante y tocó el bolsillo de su pantalón para constatar que la información suministrada por Paula seguía allí. Aunque daba igual, ya que su mente la registró con particular interés y eso era para el ánimo de quien se ve comprometido personalmente en una tarea, el aparato de almacenamiento más confiable que pudiese ser inventado.

Regresó al estacionamiento del cual había salido unas horas atrás. Tuvo que esperar poco para que autorizaran su ingreso. Dejó su vehículo en el puesto que se le indicó y se dejó guiar por un guardia de la seguridad interna hasta el ascensor que llevaba a la sala situacional acondicionada para ellos. Al abrirse las puertas, el director general aguardaba por ella.

—Me han informado que se las has puesto difícil a los escoltas —dijo Flores con neutralidad. Lorena arqueó la frente y sus hombros se levantaron.

—No es nada personal, solo evitaba llamar la atención.

Flores la observó, comprendió que no debía interrumpir el proceso con algún movimiento desmedido del ego. Así que asintió cerrando sus ojos y le pidió a Lorena que se incorporara al debate que ya se encontraba en desarrollo.

Cuando ella entró a la sala, se interesó en el hecho de que Wifi hubiese dejado de empotrarse en la pantalla y escuchara a Pablo argumentar con agitación lo que parecía constituirse en una pista prometedora.

—Tenemos a alguien que puede ubicar a Kolakowski el día que Silvana desaparece —explicaba Pablo haciendo que sus manos gestualizaran los detalles que no salían de su boca.

—Al menos cumple con las exigencias del algoritmo. Pero no vincula a Kolakowski con la víctima, ni la del pasado, ni la de ahora —apuntó Wifi con la sequedad desinteresada de siempre.

Lorena se sentó cerca de ellos, sin querer entrometerse demasiado en la dinámica. El director Flores se había quedado en el umbral de la puerta y cruzó sus brazos para escuchar desde la distancia. Pablo continuó, esta vez dirigiéndose a Lorena.

—Los hilos se tensan. Kolakowski no solo dirige una empresa donde la familia Zuloaga es la mayor accionista, además, incitó a Monopunk. ¿Lo conoces?

—Sé quién es Monopunk. Era parte de la seguridad de Silvana durante la toma del Consejo Universitario —dijo Lorena.

—Kolakowski —continuó Pablo— pide que vuelen la azotea de aquel edificio. ¿Acaso el modelo no nos dice que esa clase de acciones disfrazadas de política, fueron hechas para opacar y generar desinterés sobre los crímenes? —todos asintieron—. Creo que podríamos al menos detenerlo para interrogarlo.

—¿Con cuál argumento, Pablo? ¿Qué fiscal va a avalar eso? —replicó el director—. ¡El caso del que hablan, ya tiene culpable! Está cerrado, muchachos —respiró con amplitud—. De verdad valoro su ímpetu y capacidad, pero recuerden que Silvana debe llevarnos a Marisol. Silvana es de sumo interés, pero tenemos una prioridad que atender.

Una vibración proveniente del teléfono celular asignado a Pablo rompió con la solemnidad del discurso de Flores. Pablo se disculpó, lo tomó y pidió a todos que prestaran máxima atención.

—¿Pablo? Es Eloísa. Creo que encontré algo.

—Eloísa, estás en altavoz. El resto del equipo te escucha.

¿Puedes darnos detalles?

—Pablo, he torcido un poco las reglas, he cobrado también algunos favores y ha surgido información que podría servirte. La pieza fue vendida a un comprador anónimo en Venezuela. He hecho lo imposible por conseguir el nombre exacto, pero mi poder de persuasión también tiene límites.

—No tienes que preocuparte.

—Ya me conoces, me gusta forzar los límites. La pieza fue enviada en un vuelo privado desde Londres el 30 de abril. Debe haber llegado a uno de los aeropuertos privados. Quizá eso les sirva.

—Claro que sí, gracias —Pablo se mantenía atento, pero al igual que el resto, anotaba en una libreta sobre la mesa los detalles que llegaban a sus oídos.

—¿Puedo hablarte en privado? —dijo Eloísa.

Pablo hizo un gesto para disculparse y se retiró de la sala. Lorena lo siguió en silencio hasta que no fue visible. Luego volteó con estrépito hacia el director de inteligencia.

—¿Podemos rastrear ese avión? —preguntó con firmeza.

A Flores le agradó aquel movimiento que mostraba no solo disposición, sino la temeridad necesaria para saltarse los protocolos inútiles cuando se sigue un rastro en caliente. Tomó su celular y le ordenó a su jefe de investigaciones estratégicas que ubicara dicho vuelo.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, el jefe de investigaciones solicitaba permiso para entrar a la sala. Eran noticias que traían un aliento de vida. Los datos fueron leídos textualmente de una carpeta amarilla con una gran etiqueta de información reservada:

«El 30 de abril arribó al aeropuerto de Caracas una aeronave cuyo único fin fue desembarcar una caja sellada de madera. El operador de vuelos de la torre de control reportó con detalles la situación en pista en un informe. No era habitual que se dejara despachar un cargamento con aquella libertad, con el aval apenas de unos documentos de propiedad, y mucho más extraño el que las autoridades del aeropuerto permitieran el ingreso al hangar de una camioneta de una empresa de encomiendas sin acreditación, ni revisión exhaustiva. Dos hechos que según lo refiere en sus propias palabras el operador de vuelos, conforman un cúmulo de irregularidades que debe ser informado».

Pablo escuchó al jefe de investigaciones y, ante él, una imagen que ya no podía seguir sosteniendo como una memoria falsa cobraba cuerpo ante sus ojos. Levantó la mano y pidió el nombre de la compañía a la que se había encomendado trasladar la pieza. Fue así que las ansiedades de todos se conectaron al escuchar que el nombre de la compañía los llevaba a Fabricio Kolakowski. Pablo aprovechó el impulso para sacarse la espina que llevaba desde hacía demasiado tiempo.

—El día en que Silvana desapareció, fui a su casa a buscarla. Una camioneta negra, sin placa, de una compañía de festejos, casi me atropella. Para mí fue un hecho aislado hasta hace unas horas cuando fui a ver a Kolakowski.

El director Flores se revolvió en la silla. Había sido hasta ese momento paciente, pero lo disgustaba tener que lidiar con los voluntarismos que muchas veces, sino en todos los casos, terminaban por echar los casos por la cañería. Pablo percibió su malestar y se adelantó.

—Wifi, ¿puedes hackear un sistema de ubicación satelital?

Esas camionetas vienen con uno de fábrica.

El hábil artesano para quien la tecnología era algo más que una simple herramienta, abrió los ojos con especial intensidad. Entró en un trance profundo. El silencio cayó en la sala, aunque solo fuese a un nivel superficial. Aguas adentro, cada uno vivía diálogos y cuestionamientos densos.

Wifi se llevó las manos a la cabeza. Su expresión inyectó una descarga de adrenalina que se desparramó como una catarata sobre ellos. Se ubicaron ante la

pantalla y esta los iluminó. El programa estaba bebiendo del músculo de la potente red de la dirección de inteligencia y despedazaba cualquier barrera de seguridad que se interpusiera en su camino. El ataque telemático que desarrollaba b.u.o. permitió en unos pocos minutos, infiltrarse en los servidores de la empresa logística de Kolakowski. La pantalla de Wifi ahora era un espejo que transmitía en tiempo real una danza de dígitos que solo él podía entender. Tecleó comandos, llenó el mapa de la ciudad de hilos que conformaban una brillante madeja de asuntos dispersos y silenciosos. Los cuatro testigos de aquel prodigio de la tecnología no podían dar fe de que la inteligencia artificial fuese tan sensible, a la vez tan cruda para hablar a través de pixeles y sistemas binarios, sobre las extrañas razones que impulsan al ser humano hacia el barranco de la maldad. Quizá el lenguaje de la máquina jamás podría darle nombre a las zonas borrosas y profundas que mueven la mano y el corazón de hombres y mujeres, pero de lo que sí podía hablar y para lo cual estaba bellamente diseñada, era para susurrar a las mentes de quien la quisiera escuchar es que en los millones de datos que sus entrañas albergaban, había dado con un detalle de interés criminalístico. La ciudad atravesada por estelas lúgubres y tumultuosas que dejaban camionetas negras en recorridos inconfesables, unió tres vértices de un triángulo. Tres lugares que, por vez primera, conectaban la obra de arte, el lugar de secuestro de Marisol y la finca donde Zitmann había refundado su movimiento.

Lorena se abstrajo en el pequeño papel que guardaba y entendió que en la hipótesis planteada faltaba un vértice, un punto que cambiaría la geometría de los crímenes y abriría mayores posibilidades para el éxito de la operación.

40

Flores colgó el teléfono. Ya tenía la venia del ministro de Interior para dirigir a sus fuerzas hacia la hacienda. Si Zitmann se empeñaba en ir a contracorriente del Estado, eso era ya suficiente para cubrirse las espaldas. Levantó de nuevo el teléfono para no tener que coincidir de inmediato con Díaz y su actitud. Habló con la unidad de operaciones especiales y pidió una reunión de emergencia en su despacho.

Lorena comenzó a oler que iban a dejarla fuera de la operación y no podía permitirlo. Además, tenía que comunicar una sospecha que cada vez cobraba un lugar dentro de las certezas de su corazón. Se acercó a Flores y evitó que su tono de énfasis fuese malinterpretado, como una malcriadez.

—Director, creo que es necesario agregar un lugar más para la búsqueda. Tengo información que quizá puede servir.

—¿Información? Díaz, usted lo ha visto. Las piezas han encajado.

—Puede que necesitemos enviar una unidad a otro lugar, solo para adelantarnos a los imprevistos.

—¿Dividir fuerzas? Es lo menos recomendable de todo. Es una máxima de la guerra: «Dispérsate y date por muerto». No, aquí aplicaremos el enfoque del yunque y el martillo. No pretendo fallar.

Lorena cerró los ojos para recomponerse y seguir con el argumento. Flores lanzó una reflexión paternal e inflexible antes de que ella hablara de nuevo.

—No sabemos con qué vamos a lidiar. Lo mejor es que ustedes aguarden aquí y hagan seguimiento en tiempo real a través de la pantalla. Ya nos ocuparemos de otros escenarios. Lorena quiso replicar y él apagó las llamas con el hecho de que aquello no era negociable. Ella apretó los puños y se ausentó unos segundos para ir al baño a drenar la rabia con las paredes. Pablo se había mantenido al margen, pero creyó algunos minutos después que debía acercarse y brindar algo de apoyo. Tocó la puerta del baño tres veces, antes de decidirse a hablar.

—Quizá es lo mejor. De cualquier forma, estaremos viendo todo. Incluso podremos brindarle nuevos detalles a medida que se nos ocurran —la última frase le pareció demasiado forzada.

Lorena abrió la puerta. Sus ojos hablaban lo que su boca no.

—Olvídalo. Así te lo explique, no lo vas a entender —soltó con sarcasmo.

Lorena lo dejó solo en la habitación y salió de nuevo a la sala. Pablo trató de recomponerse para no hacerlo más personal de lo que ya era. Se recostó en la cama y sintió en su espalda un objeto duro. El diario que Antonio Guzmán le dijo que había pertenecido a Silvana. Quiso abrirlo, pero aun guardaba la aprehensión casi como si ella desde algún lugar del pasado le pidiera no hacerlo. Sintió que debía saltarse las restricciones morales y comenzó a leer.

Lorena volvió a la sala, donde la pantalla estaba encendida y registraba los preparativos que daban los integrantes del comando táctico. Una cámara ajustada al casco del jefe del escuadrón permitiría monitorear el rumbo de los acontecimientos en primera persona. En la mente de los implicados, el que pudiera llevarse a cabo una revisión en sitio de cada detalle permitía poder tomar decisiones sin rodeos. Al igual que en la sala situacional de la dirección de inteligencia, también en el despacho del ministro de Interior llegaban las mismas imágenes. Sería él quien decidiría cómo abordar los baches y áreas nebulosas con que fuesen encontrándose.

Lorena siguió con atención el despliegue de la unidad, sin dejar de mover su pie derecho con impaciencia.

—Me he preparado el doble que ellos, me he esforzado hasta el límite, podría competir con cualquiera de ese comando y aun, si les ganara, seguiría siendo relegada por ser mujer —se dijo a sí misma.

Entendió que no tenía tiempo para ir contra siglos de prejuicios. De un lugar que no puede considerarse parte del cuerpo físico, emergió la irrefrenable necesidad de tomar las riendas del asunto y cubrir todos los flancos. Le pidió a Wifi que buscase las coordenadas de la antigua escuela de aviación. Para ella no había opciones. Wifi, sin hacer preguntas, tecleó en la computadora la información.

El monitor comenzó a dibujar un camino que cumplía con la hipótesis originaria y que jamás habría sido considerado de no haber sido por Paula Guzmán. Lorena se acercó al oído de Wifi.

—Hay algo que debo hacer por mi cuenta. No te preocupes por mí —le dijo.

Con la excusa de que solo bajaría a fumar un cigarrillo, Lorena logró salir de la sala y luego al estacionamiento. El agente que tenía la responsabilidad de cuidarla estaba demasiado obnubilado con las imágenes de las pantallas como para ocuparse de ella.

Wifi no entendía las decisiones que proceden de los instintos básicos, pero respetó el mandato de Lorena. Pablo seguía echado sobre la cama de la habitación, en ingenuo desconocimiento de lo que ocurría a unos metros. Sus ojos eran absorbidos por las revelaciones que el pasado le brindaba a través del diario de Silvana. No había nada más importante para él en ese momento que recomponer lo que hasta ahora, creía, eran memorias legítimas y sólidas.

41

La unidad táctica se distribuyó en tres vehículos blindados y salió con una velocidad solo permitida para quienes cumplen con tareas de seguridad de Estado. La hacienda era el lugar donde esperaban concluir con el largo historial de dolor que había iniciado con la desaparición y muerte de Silvana Guzmán.

Dentro de los vehículos se repasaban las tareas esenciales a cumplir por los escuadrones. Una tableta electrónica les permitía acceder a imágenes satelitales del lugar en el que actuarían. Un grupo de avanzada llegaría con unos minutos de anticipación para hacer un reconocimiento primario de la zona y disminuir la posibilidad de incluso tener que disparar una sola bala. La idea era cumplir con la máxima de la guerra y someter sin necesidad de apretar el gatillo, pero para ello requerían de información exacta y confiable sobre los elementos que les harían fuerza contraria.

El director Flores se había enrolado en la tripulación por varias razones. El chorro de adrenalina inyectado a su cerebro le devolvía a sus mejores épocas como coronel del batallón 52 de selva. La oficina lo había ralentizado y oxidado, sin embargo, asumir la posición de liderazgo burocrático es un camino ineludible si se demuestra con consistencia dotes para ir más allá del mero empleo de la fuerza física. Aprovechó esta brecha para recapitular sus antiguas pasiones y además para mostrarle compromiso a un ministro que le daba orientaciones cada treinta segundos a través de la línea segura incorporada a su casco blindado.

Abandonaron Caracas y los vehículos pusieron sus neumáticos sobre la autopista central del país. En la mente de cada uno de los integrantes del comando se comenzó a apagar cada uno de sus vínculos sentimentales. Para ellos, ahora su cerebro solo estaba disponible para calcular la distancia y parábola exacta en que debe dispararse una bala de fusil para evitar errar el blanco. Para otros, el recurso cognitivo era empleado para grabar los rostros de los principales objetivos a neutralizar o someter, según fuese la orden del momento, y que la multitud de caras desconocidas no entorpecieran la búsqueda de lo que era considerado esencial.

La operación estaba planteada en tres etapas. Comenzarían con una aproximación sigilosa desde un punto acordado a un kilómetro de la hacienda. La infiltración estaría siendo resguardada por el grupo número uno de francotiradores que según decían, eran capaces de ver morir a sus blancos dos milésimas de segundos antes de que la bala efectivamente impactase. Luego de los ojos de los rapaces, entrarían las unidades de combate cercano. En grupos de seis, abrirían las brechas mientras otros hacían resguardo del camino que iban dejando atrás. Habían sido entrenados con severidad para esta tarea. Las palabras de sus instructores les alertaban que las guerras del futuro tendrían lugar ya no en los campos descubiertos sino en

edificaciones, en las ciudades, en la naturaleza transformada por la obra humana, y que si algún mantra los debería guiar era el de mantener en pleno control su cuerpo, velocidad, capacidad de sorpresa y violencia controlada. Era esa y no los talismanes y escapularios ensalmados que llevaban en sus muñecas y cuellos, la única garantía para que la maniobra que ejecutaran fuese exitosa.

Al tomar las posiciones acordadas, Flores echó un vistazo a través del visor nocturno de un fusil. Vio a unos cuantos guardias de seguridad y también algunas camionetas desde donde descendían varias personas. No deseaba precipitarse y poner en riesgo la vida de nadie. Habló con el ministro y le dio su perspectiva sobre la situación, creía que era necesario aplicar una última medida y cerrar el acceso hacia el lugar. No podrían dar seguridad de cuánta gente llegaría y aunque podría jugar en contra, también era posible que quedasen encerrados ante refuerzos no esperados. El ministro consideró que lo mejor era no llamar la atención, así que sin cortar la comunicación con Flores, llamó a su jefe de protección civil y le ordenó cerrar la autopista simulando que atendían un accidente de tráfico. De esa forma, no delatarían sus intenciones. Flores escuchó con atención y estuvo de acuerdo. Los equipos aguardaban la instrucción para hacer caer el martillo.

42

Zitmann terminaba de vestirse y de repasar el manuscrito con las oraciones y compromisos que se leerían. Era un ritual copiado de la masonería, y adaptado a sus propias necesidades. Se consideraba un pragmático, pero también un pionero en descubrir métodos sutiles para que los hombres entendiesen que por más poder e influencia que acumularan, nunca alcanzarían la grandeza sin la protección que les brindaba la madre de Dios. Tomó el teléfono y habló con su jefe de seguridad. Éste le informó que Salvador Di Mattias ya se encontraba en el cuarto de huéspedes y solo bastaba con que llegara Augusto para iniciar los protocolos de sellado de las puertas de seguridad.

—¿Los anfitriones están listos? —preguntó Zitmann. El jefe de seguridad respondió que recién llegaba de allí y parecían estar metidos en el papel.

—Quiero que te asegures de que las cámaras de seguridad lo graben todo.

—Ya lo hacen —respondieron de vuelta.

—Bien, entonces llamaré a Augusto y luego podemos iniciar los festejos.

Tomó su celular y marcó el teléfono de Augusto. Este repicó un par de veces, luego se hizo la conexión. Zitmann lo sentía disperso, tardaba mucho tiempo en contestar, guardaba silencio como si su mente no terminara de acoplarse a la importante tarea que Zitmann ponía sobre sus hombros.

«Voy en camino», le dijo y colgó la llamada.

En su despacho, Zitmann aprovechó para relajarse y evitar la preocupación extraña que le generaba Augusto. No entendía qué podía estar sucediendo, pero tampoco le agradó someterse a imponderables. Entró a la habitación donde guardaba las ofrendas que los fieles de la causa daban a su guía y se persignó. Se encomendó a ella, diciendo que cada cosa de lo que hacía en la tierra no era sino una muestra de sumisión y lealtad apenas minúsculo, para todo lo que ella había hecho por la humanidad. Se dio vuelta y volvió al despacho con la determinación de no esperar a Augusto. Tomó un trago de su *whisky* y dos pastillas que, a su edad, eran necesarias para potenciar un deseo que aunque su mente producía con igual júbilo y fogosidad, su cuerpo se negaba a cumplir con vigor.

El jefe de la seguridad tocó la puerta de la habitación de huéspedes. Salvador trastabilló y tartamudeó a la hora de responder y abrir la puerta. Estaba completamente nervioso, pálido y desconcentrado ante las sencillas preguntas que le hacía el empleado de Zitmann. Le pidió que por favor entrara a la habitación y lo ayudara a repasar el procedimiento. El jefe de seguridad así lo hizo y le repitió que sería simple y que en cualquier caso podría dejarse ayudar por los presentes. Salvador levantó la cartilla, repasó las oraciones, el juramento y luego se miró al espejo con ese extraño atuendo de ceremonia. Sentía mucho calor y el sudor le arruinaba la

capacidad de sentirse cómodo. El jefe de seguridad vio su reloj y calculó que era el momento propicio para darle el último empujón. Fue hasta el minibar y sacó una botella de agua. La abrió y colocó ágil y secretamente un polvo inocuo, necesario para amasar la voluntad de los hombres. Salvador bebió con sed y alabó que el empleado fuese tan diligente. Después de despedirse de Salvador, salió al pasillo y cerró la puerta. Se quedó a un lado de ella, esperando que su jefe diera la orden de continuar. Tomó su radio de onda corta y volvió a revisar uno a uno cada puesto de vigilancia. No encontró ninguna novedad. El teléfono vibró con el mensaje de Zitmann, pidiéndole que diera inicio a la ceremonia. De esta forma, entró a la habitación y encontró a Salvador dócil y sonriente. Caminaba con firmeza y juicio, pero su mente ya se hallaba un tanto atolondrada por los efectos del medicamento. No lo querían inconsciente, solo dispuesto a obedecer. Al día siguiente sería candidato a la vicepresidencia, con membresía en el poderoso e influyente grupo de Zitmann. Estaría atrapado en dos cintas de video resguardadas en cajas fuertes, como recurso de seguridad por si acaso se creyera mucho menos mortal que el resto de sus compañeros. Caminaron hasta la puerta del salón y entraron. Un grupo de hombres lo recibieron y llevaron hasta una mesa donde lo harían recitar el juramento. Luego, según el protocolo ya previsto, sería el propio Zitmann quien lo guiaría a un cuarto para que Salvador se diese cuenta de lo lejos que se puede llegar cuando se dejan libres a las bestias.

43

Mientras tanto, la unidad móvil de comunicaciones transcribió en tiempo real la conversación que Zitmann tuvo con su jefe de seguridad. Flores no podía creer lo que leía. Dio la orden al equipo de choque para comenzar el proceso de neutralización de los elementos que vigilaban la finca. Para ello, había previsto poner en funcionamiento el equipo que suprimía cualquier señal de telecomunicaciones. Quedaba así la finca y dos kilómetros aislados de cualquier vínculo con el exterior. Sopesaron la posibilidad de aplicar un pulso electromagnético para romper la comunicación de las radios internas, pero aquello podría afectar el flujo eléctrico dentro de la hacienda y con ello alertar demasiado temprano. Por tanto, aplicaron el procedimiento de infiltración habitual cuando Flores lo ordenó.

Las primeras unidades avanzaron por los flancos y sometieron a los vigilantes del perímetro más alejado. La agilidad de la maniobra les abrió la posibilidad de avanzar incluso más rápido de lo que hubiesen previsto. En la sala situacional, Wifi se sentía sin respiración ante cada imagen proyectada a través de la pantalla. Veía a los equipos tácticos recorrer los pasillos y las salas de aquel lugar y a sus ojos llegaban los trofeos que atesoraba el equipo de rugby, así como los portarretratos de los visitantes ilustres que había alguna vez pisado ese mismo suelo. Flores, rejuvenecido por lo que ya consideraba el mayor de los éxitos de su carrera, iba apenas unos metros detrás del primer pelotón. Cuando llegaron a la sala de reuniones, encontraron a un grupo de hombres bien vestidos que bebían licor y fumaban habanos sin la mayor de las preocupaciones. El estruendo provocado por los grupos comandos les hicieron lanzar los vasos al suelo y dar alaridos de espanto. Uno a uno, fueron colocados de rodillas sin mucha resistencia.

Flores pidió a cuatro de sus hombres que le acompañaran y se internaron lentamente a través de un largo pasillo. Los videos proyectaban los cañones de los fusiles de asalto guiando la embestida metro a metro. Llegaron hasta una puerta que estaba custodiada por el jefe de seguridad, este hizo un ademán de querer sacar la pistola, pero entendió con rapidez que de hacerlo no habría posibilidad de retorno. Flores se llevó la mano a la boca y le pidió a través de un gesto que guardara silencio. Lo acostaron boca abajo en el suelo y apagaron, como lo habían hecho con cada uno de los custodios, el equipo de comunicación. Flores se acercó y le preguntó quiénes estaban en la habitación. El hombre le confesó:

—El grupo de recepción. Contando a Zitmann, cinco hombres.

—¿Está la mujer? —inquirió Flores quien acompañó la solicitud con la punta de su fusil en la nuca del informante.

En la mente del jefe de seguridad se trazaron cualquier cantidad de especulaciones. Quizá habrían escogido mal esa vez, quizá debieron ser mucho más meticulosos en una ocasión que no se repetiría.

—No sé cómo responder a esa pregunta —titubeó.

Flores subió la vista y pidió a través de dos de sus dedos que flanquearan la puerta. Tenía la intención de ser el primero en entrar.

44

El equipo de acciones tácticas les alcanzó una manta para que se cubrieran. Salvador no paraba de reír, estaba viviendo un profundo trance narcótico. Pensaba, en medio de su intoxicación, que la parafernalia de los policías era la iniciativa de un creativo productor de eventos. Flores miraba al grupo de muchachos desnudos que apenas si llegaban a los veinte y que parecían estar habituados a esta clase de situaciones. Caminó hasta el despacho a donde habría confinado a Zitmann. Este se había negado a usar la frazada y en su lugar mostraba su desnudez como un acto de absoluta rebeldía. Los agentes que lo custodiaban lo miraban con extrañeza, creyendo que quizá esa era el día a día de la gente adinerada. Flores se detuvo frente a Zitmann, pero no lo increpó. Se quedó en silencio, jugando psicológicamente con la situación. Un hombre uniformado entró al despacho y le habló al oído a Flores. Le informaban que habían registrado cada palmo del lugar y a menos que hubiese un cuarto secreto distinto al de las reliquias religiosas, no quedaba mucha esperanza. Flores resintió la noticia y dejó de darle ventajas a Zitmann.

—¿Dónde está Marisol Castro? —dijo dando un paso al frente.

—No tengo idea de lo que me pregunta. Y quiero ver a mi abogado.

—Voy a acusarlo de una cantidad de crímenes que va a necesitar más de un defensor.

—¿Usted cree que me asusta? Con su uniforme, su pistola y esa actitud de matón de películas. Voy a reírme mucho cuando lo destituyan.

Flores no pudo contenerse más y le tomó por el cuello. Podría considerar que tenían la misma edad, pero el policía estaba más cercano a los hábitos sanos de la actividad física y el cuerpo de Zitmann tronó ante su agarre.

—Escúchame con atención, pedazo de basura. Te voy a abrir la cabeza a balazos y después me voy a cagar en tu maldita tumba.

Zitmann reía sin perder de vista el puño de Flores. La puerta volvió a abrirse y el agarre fue desecho. El agente que tuvo que presenciar la escena, miró a sus compañeros dentro del cuarto y entendió que aquel no era un interrogatorio de rutina.

—Comandante. Dimos con algo, pero no es exactamente lo que vinimos a buscar —informó.

Flores acompañó al agente, mientras a sus espaldas Zitmann gritaba que demandaba la presencia de un abogado. Llegaron hasta una pequeña cabaña cercana a la edificación principal. Allí un grupo de perros rastreadores se hallaban inquietos. Flores se acercó y el agente lo hizo entrar a la cabaña. El área era usada para guardar los materiales de limpieza de las áreas de la finca. Sin embargo, también tenían otro objetivo. Tras un piso falso, la luz de la linterna que Flores activó, trajo a la superficie no lo que esperaban, pero sí la cantidad de armas y explosivos suficientes como para llevar a Zitmann ante la mirada implacable de un juez de control.

45

Augusto hizo un movimiento arriesgado en la autopista. Llevaba algunos minutos considerando que no podía cumplirle a Zitmann. Debía resolver aquello que estaba arrebatándole la capacidad de gobernarse a sí mismo. Desistió de continuar el camino hacia la hacienda y retornó de nuevo a la ciudad. Ahora, a la obsesión de la detective Díaz, le sumaba la aparición de Pablo Linares y la debilidad de Paula.

Tomó el teléfono para llamar a Zitmann, pero este se deslizó de su mano y fue a parar en un sitio oscuro del interior del vehículo. Hizo un intento por recuperarlo apartando la vista de la ruta. El ruido de una estruendosa bocina lo hizo desistir y poner atención al frente. Una luz potente, blanca, estaba allí engulléndolo todo. Sintió un deseo de perderse en ella. Fueron unos instantes extraños, encontrarse con ese desconocido destino que se presentaba ante él como un destello.

Sabía lo que dirían de él en los diarios, el día después de su muerte. «Augusto Zuloaga, la esperanza de un mejor futuro para el país ha partido». ¿Serían tan benevolentes o quizá indagarían un tanto? ¿Se atreverían a mirar bajo el telón, solo por curiosidad, solo por no dejar cabos sueltos? De seguro, preguntarían a sus vecinos, a quienes le acompañaron como subalternos o amigos de crianza. ¿Lograrían dar con ese día en que rescató a un raquítico perro de la calle y lo dejo entrar en su casa? El día en que lo llevó hasta el jardín interior a presentarle a cinco perros que lo superaban en tamaño y violencia. Se mantuvo firme al ver al pobre espécimen luchar inútilmente. Era un mero entrenamiento, para sus mascotas, quizá para él.

Supo mucho después que su padre supervisaba con atención su comportamiento. Quizá alertado por los trabajadores domésticos, puede que por los mismos chillidos de los animales que se aferran a la vida. Por lo que fuere, aquellas acciones solo trajeron consigo que lo enrolaran en un equipo de rugby con la intención de que encauzara allí su energía. Augusto lo resintió, prefería ir de caza. Sin embargo, pronto entendió que aquel era su lugar. Superaba con amplitud a sus compañeros de equipo, en velocidad, en destreza. Ocultaba la fórmula de su éxito a todos, hasta que, en un choque con un defensa, fue a dar al suelo con la ceja abierta. Disfrutó la adrenalina correr por sus venas como nunca. Zitmann fue el primero en llegar a socorrerlo. Ambos se vieron por vez primera. Zitmann reconocía de inmediato a un joven semental, pero lo que terminó por atraparlo a aquella promesa fue que entendió lo que ocurría. Una erección brutal y sólida brotaba del cuerpo tendido de Augusto. El combustible de aquel muchacho no era una búsqueda de éxito, reconocimiento o deseo de mantener el linaje familiar, era la necesidad de absorber a través de sus poros la violencia: convertir el miedo, la adrenalina en verdadero placer. «Hay otros

métodos para lograrlo», recuerda haberle escuchado decir a Zitmann mientras este le rozaba discretamente la entrepierna. Ahora, frente a aquella luz se sintió renovado de una fuerza desconocida. Viró el automóvil para evitar la colisión y derrapó hasta quedar al borde de la autopista. Sonrió, dos o tres veces. Se recompuso y aceleró con la certeza de saber qué hacer para retomar el control de la situación.

Interludio
DIARIO DE SILVANA GUZMÁN

15 de septiembre de 2000

Hoy conocí a un muchacho nuevo. Se llama Pablo. Me sorprendió arrancando unos afiches del rector y no pude tolerar su cara. Me estaba juzgando. Le grité que siguiera su camino. Él se quedó mudo. Sentí su miedo. Me respondió que nunca había conocido a nadie con el pelo pintado de rojo. Eso me hizo reír, pero no le di una pizca de esperanza. Lo vi de arriba abajo. Le pregunté si era de Caracas. Él se mantuvo muy quieto, pero me sorprendió con sus respuestas. «¿Me piensas secuestrar?», contestó. Volví a sonreír sin concedérselo. Entonces, como para saber si valía la pena, le dije que quería comprobar una teoría. «Mi tesis es que todos los que llevan la camisa dentro del pantalón o son del interior del país o reprimidos sexuales», le dije. Pablo con mucho temple me replicó que esperaba que solo tuviera razón en una de ellas. Supe de inmediato que sería una excelente adquisición para el grupo. Se lo presenté de inmediato a Rony e Igor. Fue un buen primer día de clases. Sobre todo, la cara de Pablo cuando le dijimos que nuestro plan oculto era contactar a un amigo de Igor que estaba obsesionado con el libro de cocina del anarquista y le pediríamos fabricar una bomba para volarnos el logo de la Pepsi en Plaza Venezuela. Creo que se orinó en los pantalones.

18 de octubre de 2000

Me sigue sorprendiendo el rostro de Pablo cada vez que estamos en Tierra de Nadie. Hemos ido a los ciclos de cine francés, vietnamita, español, visto bandas de punk lanzarse desde sus cornetas al suelo de plaza cubierta y sigue ensimismado por lo que llama el «Jardín de las Delicias». Creo que sigue sin digerir el ver a dos mujeres u hombres besarse a plena luz del día. Ya se acostumbrará. De la semana rescato que me confesara que quería ser escritor y que nunca se lo había dicho a alguien. Le pedí me contara sobre su obra en progreso, «Las nubes inmóviles», como él la llama. Me dio el argumento principal y a mí me pareció bien, pero no me gustó en lo absoluto la falta de justicia. «Tienes que hacer un libro sobre la justicia», le dije.

20 de octubre de 2000

Fue un gran error invitar a Pablo a cenar a mi casa. Lo evité cuanto pude, pero conoció a mi hermana. «¿Por qué siempre andas con él? ¿Es tu asistente personal?» Fue lo único que se le ocurrió decir. Lo peor que pudo pasarle fue ganar ese concurso de belleza en la facultad... ahora solo sueña con eso. Ya no sé quién es. En todo caso, mi mamá no se comportó mejor. Su enfermedad creo que le ha borrado los filtros y se satura muy rápido de las nuevas personas. Papá, como siempre, salvó la noche. Creo que será el único vínculo de Pablo con esta familia, supongo... bueno aparte de mí.

3 de diciembre de 2000

Por fin tuve el valor de presentar a Fabricio en el grupo. Rony e Igor lo recibieron con tibieza, pero sé que Pablo lo odió de inmediato. Lo conozco, le gusta eso de las amistades sectarias y este nuevo espécimen lo iba a repeler. Admito que Fabricio gusta de monopolizar las conversaciones, pero a mí me encanta que me hable de Nicaragua y cómo contrabandeaban municiones dentro de rocas volcánicas para ayudar a la causa sandinista. Pensé que a los muchachos les agradaría la reunión a la que fuimos invitados y donde por vez primera debatiríamos, con planes en manos, el camino de la revolución dentro de la universidad. No me gusta que Pablo ponga sus celos por encima de lo trascendental. Ya se le pasará.

5 de diciembre 2000

El día más esperado y decepcionante, extraño cabría decir, de mi vida. Perdí mi virginidad con Fabricio. Salimos de la segunda reunión de planificación y el taxista nos dejó en el peor hotel de la avenida Lecuna. A mí poco me importó el lugar, pero no pude soportar que Pablo tuviese que ser testigo de la escala. La idea no era compartir el taxi, pero no tienes muchas opciones a las dos de la mañana. Podía verlo a través del espejo retrovisor y su cara estaba rota. Creo que la única reacción que tuvo fue cuando el taxista le preguntó si soñaba y este le contestó que no. Ese taxista, no sé de dónde, pero le dijo: «Un hombre que no recuerda sus sueños, tiene poca curiosidad por sí mismo», por favor... sentí que Pablo iba a llorar allí mismo.

15 de diciembre de 2000

He estado muy ocupada con los preparativos del día cero. Apenas si he podido ver a Pablo y al resto de los muchachos. He estado pensando que debo contarle lo que pasó con Kolakowski, de algún modo se lo debo... no sé por qué, pero se lo debo.

16 de diciembre de 2000

Pablo no quiso verme a la cara durante toda la tarde que estuvimos sentados en Tierra de Nadie. Estuvo a punto de llorar cuando le conté que me había acostado con Kolakowski. De todo lo que pudo decirme, optó por lo más simple. Me preguntó si era virgen. ¿Por qué la maldita obsesión de los hombres con la virginidad? Fue un sexo mediocre, doloroso y vacío, eso es lo que fue. Claro que no le contesté de esa manera. Quería bajarle la intensidad al momento. Creo que uno se hace muchas expectativas de todo. Lo idealiza y eso es un error. Haré un monumento que me sobreviva y esté allí para mi próxima vida, algo que diga: «Nunca será como lo soñaste». Cuando se recuperó de la noticia, me preguntó si creía que él era un «hombre con poca curiosidad por sí mismo». Le dije que los taxistas nocturnos eran unos cabrones con ínfulas de filósofos y que no debía prestarles atención. Me sonrió y me dijo que tenía que irse para preparar su viaje de vacaciones. Quería pasar las navidades lejos de Caracas. ¿Por qué el sexo tiene que pudrirlo todo?

10 de enero de 2001

He estado tan lejos de mí misma. Ha sido un año en el que ha pasado de todo. Hemos tenido que retrasar unos cuantos meses la acción definitiva en la universidad. El tiempo se nos ha ido en reuniones con sindicatos, obreros y estudiantes que no parecen entender la importancia de cuanto se les plantea. Lo peor ha sido que he notado una transformación patética en Fabricio. En un principio, fue muy amable, pero de pronto no supo cómo procesar el que tomara un cierto liderazgo en el movimiento. Me lo ha hecho saber durante el sexo. No con palabras, sino con la manera en que coge. Pensé que se trataba de una clase de técnica para darle algo de chispa al momento, pero la energía cambió y ya en un punto tuve que detenerlo antes que se pusiera violento. No estoy muy segura de que volvamos a estar juntos. Por otro lado, me siento algo sola. Igor cada vez anda más comprometido con el equipo de rugby de la universidad y Rony sigue

ocupado en su red de lectores de la obra de Tolkien. Con Pablo suelo juntarme a veces. Casi siempre por una casualidad. Lo siento triste, al menos conmigo. Me ha contado que conoció a una muchacha, Eloísa. La vi de lejos una vez, vestida como una vendedora de artesanía de Bellas Artes y al lado de un carro súper lujoso que no coincidía mucho con su vestido de flores.

4 de febrero de 2001

Mi mamá sigue empeorando. Paula se ha mudado con su novio Augusto y he tenido que encargarme de gran parte de su atención. Mi papá me ayuda, pero no le veo el sentido a esto. Sé que no va a sobrevivir, que toda la maldita quimioterapia, la radiación, lo único que hace es volverle mierda la poca energía que le queda y hacer miserable el resto de su estancia en este mundo. Al menos ha servido para unirnos... constantemente me pregunta por Paula y no sé qué decirle. Quiere saber por qué no nos hablamos y a decir verdad yo tampoco lo sé. Cuando estuvo a punto de dormirse le dije que había conocido a una mujer en la universidad, pero se lo susurré... no tuve el valor de decirlo en voz alta.

14 de febrero de 2001

Creí que se trataban solo de sueños. De fantasías vagas o de alguna clase de mensaje metafórico. Eso en un principio. Aunque al volver a verla y sentí una vibración desconocida. Es una mujer bastante tímida y solitaria. Me desconcierta o al menos si no ella, lo que produce en mí. A veces, la miro de manera furtiva, en otras con la intención de ser descubierta. Ella pudo percibirlo. Fue así que un agradecimiento dio paso a una conversación casual y luego a otras charlas cada vez más intencionales y largas. Casi todas por teléfono. Nos llenaba de vergüenza tropezarnos en los pasillos. Era una curiosidad inesperada que derivó en una cita fuera de la Universidad. Caminamos todo el día por Sabana Grande, luego almorzamos en el café Rajatabla. Ya por la noche cuando nos fuimos a despedir, la mejilla terminó extendiéndose hasta la comisura de los labios y después no pudimos deshacer el abrazo. Fue una sensación tan particular, tan difícil de describir en ese momento y ahora frente a esta hoja en blanco. Terminamos en su casa, envueltas en sábanas y tratando de no hacer ruido para no despertar a su madre. Me besó muchísimo, sentía que cada uno era un agradecimiento, ella decía que era para creérselo o para recordarlo. Era mi segunda primera vez. Una vivencia tan distinta a la que viví con Fabricio y ese empeño muy de los hombres de querer demostrarse algo a sí mismos.

No puedo contarle nada a nadie. Paula habría sido una confidente ideal, pero hace rato deshizo los lazos de hermandad. Pablo, bueno... quizá no está del todo preparado para aceptar que me estuviese comenzando a gustar esta mujer. Tampoco quiero herirlo. De un modo extraño, así como siento que necesito explorar esto que crece en mí al decir el nombre de Lorena Díaz, también necesito a Pablo y lo que él tenga que ofrecerme. A su manera, cada uno representa amores que solo se comprenden cuando se vive y se permite a la sensación, a la carne, interpretar sin palabras y abrazar sin reparos la vida desnuda.

28 de marzo de 2001

Tomamos el Consejo Universitario. Apenas si tengo tiempo para escribir lo que he vivido hoy, pero no quiero que se borre de mi mente. Logramos reunir en el Aula Magna a todos: estudiantes, obreros, personal administrativo... pude hablar y les expuse la necesidad de cambiar, de transformar estos espacios en algo más que una máquina de dar titulaciones. Jamás había sentido una energía tan poderosa. Unas mil personas fuimos a pedirle cuentas al rector de la universidad. El muy cobarde salió por una puerta trasera, y aunque no sin algunos golpes nos hicimos con el control de la sala. Mañana comenzará el gran reto, voy a necesitar toda la ayuda posible.

4 de abril de 2001

El ego de Fabricio ha estallado. Se ha retirado del movimiento. Dice que lo echaré todo a perder, el muy imbécil. La buena noticia es que la Universidad se ha movido de su inercia. Me gusta el ambiente que se vive y lo mejor es que Pablo ha vuelto a mi lado, también Rony, quien se encarga de la seguridad del grupo. Me acompaña Lorena. Hemos decidido mantener todo en secreto. Ha sido un verdadero apoyo para mí. En el fondo, ella y Pablo son los seres que más he querido.

11 de abril de 2001

Sentía que le debía algo más que una disculpa a Pablo. Me había advertido al respecto de Fabricio y no quise escucharlo. Para compensarlo, le mostré mi refugio. La azotea del gran edificio de la Biblioteca Central. El jefe de los empleados administrativos me había dado la llave por si en algún momento necesitaba un lugar

en el cual esconderme si algo malo llegara a ocurrir. Todo el tiempo nos llegaban reportes de que allanarían la Universidad y nos sacarían por la fuerza. Le pedí a Pablo que me acompañara para hablar un rato. Se sorprendió al verse allí, mucho más cuando saqué del cuarto de servicios unas latas de cervezas y unas mantas. Nos tendimos allí para ver las estrellas, creo que me preguntó si acaso no creía que era un privilegio vivir en una primavera eterna. No sé qué le respondí, estaba con la mente puesta en su novela, pero se negó a hablarme de ella porque decía que pasaba por un bloqueo creativo. Quiero que el campesino matemático obtenga algo de justicia. Pablo me dijo que ya no sabía si cambiar la historia, pero me prometió algo, me dijo que sería una novela sobre la justicia. Allí lo besé, le desabroché el pantalón y le quité los zapatos. Nos seguimos besando en las mejillas, en los párpados, en la comisura de los labios. Podía sentir su sangre recorrer cada arteria y buscar alguna salida urgente. Sus manos me sostuvieron con una devoción rara en un hombre. Cuando me penetró sentí verdadero placer, no uno desconocido, pero sí particular. Sabía que me amaba, así que antes de que acabara le confesé que siempre tuve un presentimiento hacia él. Lo dejé dormido en la azotea y le escribí una pequeña nota que puse en su pantalón. «¿Así que es a esto lo que llaman amor?», decía.

29 de abril de 2001

En un giro extraño de los acontecimientos, Paula me ha pedido que nos veamos. Han sido semanas muy difíciles para ambas porque el movimiento se niega a permitir que se realice el Miss Chica Universitaria. Debo reconocer que más allá de la banalidad y la pompa vacía, veo la cara de mi hermana y su sonrisa iluminar cada espacio del Aula Magna. Tampoco quiero que en el Movimiento sientan que este es un encuentro para negociar a espaldas de todos. Esperaré a que me diga dónde ir. Por ahora, debo concentrarme en las reuniones políticas con las facultades. Lo peor que nos puede pasar es que el ánimo de todos decaiga y la universidad vuelva a la cotidiana anomia de siempre. Esa será la muerte de la esperanza.

46

Las páginas demolieron a Pablo por completo. Desde que había abierto el diario de Silvana creyó que el mundo había transformado su marcha en una serie de revelaciones que ya no dejarían nada intocable. En aquel libro, en las primeras líneas encontró a su primera amiga, la mujer de la que se había enamorado. La de las ideas radicales y abiertas, la que pugnaba por trascender lo conocido. También se habría encontrado allí, en los ojos y pensamientos de quien le recibió como un extranjero que tropieza con la novedad de los lugares y las gentes. Decía tenerle fe a ese aprendiz de narrador que venía con una misión mucho más grande de lo que suponía. Describía su vida junto al círculo íntimo, a las traiciones habituales de los jóvenes que tienen mucha sangre en las venas, pero muy poca escama en la piel como para entender las complejidades de lo que significa la verdadera amistad. Pablo leyó con interés cada repaso por el mundo que podía haber compartido con Silvana, pero poco a poco, conforme las páginas avanzaban, se dio cuenta de que aquella era realmente una mujer absolutamente desconocida para él. Quizá más grande, más compleja e inconmensurable de lo que suponía.

Comenzó a entrometerse en aguas que no estaba seguro de saber o querer nadar. Silvana hablaba con libertad de sí misma, de lo que en su cuerpo ocurría, como descubrimientos o encuentros con una clase distinta de aproximación a la vida. La imagen de la asistente que se mantenía al lado de Silvana en aquella conflictiva época de la toma del Consejo Universitario, las palabras de Lorena, la visita que hicieran a la morgue y las miradas que no eran de reconocimiento sino de un deseo contenido e incontrolable, la gratitud que escondía la anécdota del *videobeam*, y muchas más. La idea según refiere el diario de cómo se puede amar a dos personas, con la misma intensidad, sin que aquello pueda significar la libertad o la pérdida de la felicidad para las partes involucradas. Pablo supo entonces que la búsqueda de Lorena no estaba signada por el afán de justicia, sino porque la tragedia le había arrebatado a quien probablemente fue su primer amor. Ahora sentía que en su mente cada palabra de Lorena, al menos desde que había venido de Chile, cobraba sentido.

Se levantó a tomar agua y dar un paseo entre el laberinto de pasillos de la edificación. El diario seguía en su mano y parecía hacerse cada vez más grande conforme lo apretaba. Frente a una de las grandes ventanas que permitía una vista amplia hacia la Ciudad Universitaria, recordó la última conversación que tuvo con la madre de Silvana, antes de decidir que debía marcharse a Chile. Ella murió sin saber que su hija había desaparecido. Nadie tuvo el valor para decírselo nunca. ¿De qué habría servido? Ahora, con las palabras de Ángela volviendo del pasado, supo que había sido la decisión correcta.

—Estoy llegando a la conclusión de que las familias a veces no se reflejan a sí mismas, Pablo, sino que son espejos del tiempo que viven. Estoy cada vez más segura de que no es un asunto relativo a mi madre o a mi tatarabuela, pienso que se trata de la historia de este país. Lo que pasa con mis hijas, no tiene que ver con la crianza que les he dado, deficiente o inoportuna, sino con que están destinadas a encarnar un drama que va más allá de sí mismas. A lo mejor los humanos de este mundo no son sino metáforas de carne y hueso de un patrón que jamás va a terminar de repetirse. Hubo un tiempo en que Silvana y Paula solían montar bicicleta juntas, imitar coreografías que veían en la televisión y adorar mutuamente a los cantantes de moda. Un tiempo donde aún Antonio y yo no habíamos partido la casa a la mitad a través de una línea dolorosa e invisible, que condenaba nuestra relación a una convivencia pacífica tras el enfriamiento inevitable de veinte años de vida conyugal. Aun allí podía intuirlo, Pablo. Podía oler lo que ahora ya sé. La falsa paz, hijo. Todo lo que viene antes de la muerte, es solo eso, falsa paz. El problema de la muerte modela la vida entera, en todas las sociedades, en todas las épocas. Si fue un Dios descuidado por la tarea de hacer millones de galaxias, o el extraterrestre menos aventajado de todos, o la peor estadística que brotó de la naturaleza, las consecuencias terminaron siendo las mismas. He aquí mi descubrimiento. Sucedió a mitad de los noventa, mientras llegaban las noticias de la guerra en Yugoslavia y entrevistaban a los refugiados que habían logrado llegar a Alemania. Veía sus ojos, Pablo, y estaba ese gran acertijo. La declaración común era: «No sabemos qué nos pasó». Se referían no tanto a la guerra, sino al comportamiento de sus vecinos, familiares, y antiguos compañeros, súbitamente devenidos en bestias que solo deseaban exterminar a su otro cercano. Era cómo una plaga que los sobrevolaba y a la cual no tenían como darle nombre. Sus rostros estaban inexpresivos, ya las lágrimas las habían agotado en el camino. Supongo que recordando cómo había sido posible que esta vida los hubiese puesto en primera línea para atestiguar las violaciones y las matanzas. ¿Qué los había separado? La prensa despacha el asunto con que eran conflictos étnicos y ya se dan por servidos. Incluso, podrías argumentar la actuación de un tercero interesado en la fragmentación del territorio. El fondo es lo terrorífico. Si el odio no encuentra dónde echar raíces, desaparece, se seca. Pero no, hay algo aquí, en el pecho de los seres, que es propenso al mal. Permite que las semillas de la discordia tengan sustento y cobijo. Voy a morir pensando que no hay salvación de esta falla de la naturaleza. Voy a morir, sin haber entendido por qué mis hijas se odian y el tamaño que podría llegar a alcanzar ese mal.

Pablo siguió contemplando un rato más la vista de su pasado, y supo de pronto que, si no se había ahogado en el mar, era porque esos sueños donde Silvana le guiaba no eran más que la obra en proceso que había prometido. Resolver el crimen era el mayor aporte que podía hacerle a la justicia. Escribía la novela conforme la vivía. Así que retornó a la sala situacional y su voz se sintió como una trasformación entera de su alma. «Necesito encontrar a Lorena», ordenó a todos.

47

Vestido con la elegante estampa de un héroe militar, Kolakowski entró a la antigua escuela de pilotos, cerciorándose primero de no tener algún testigo o espía cerca. Adentro se sentía en su reino. Cada esquina albergaba la posibilidad de cumplir cualquiera de sus deseos. Se dirigía hasta el edificio central, guiado las primeras veces por una linterna, luego por su conocimiento exacto de cuántos pasos lo separaban del cuarto en que podía ser verdaderamente él. Era un lugar amplio, del cual apenas si hacía uso de unos pocos metros cuadrados para su entretenimiento. En una ocasión dejó correr a alguna muchacha desesperada, confundida y atemorizada por el gran laberinto de pasillos. Luego la siguió despacio, como si cazara a un pequeño animal del bosque, dando un paso a la vez, siguiendo el rastro de sangre que dejaban sus pisadas. Cuando llegó a donde estaba, la vio sumisa y triste. La mató allí mismo. Odiaba a las que se derrotaban, por eso fue que mantuvo a Silvana Guzmán a sus pies antes de decidir que debía partir.

La voz de Kolakowski retumbaba en cada pared ante una soledad relativa. Era imposible ver cada rincón y no recordar cada una de sus víctimas. Les pedía callar.

Se acercó a Marisol, pero era un fantasma del pasado quien yacía frente a él. Tomó una silla, se sentó y sin decidirse a tocarla habló mirándola a los ojos:

—¿Por qué tan rebelde, Silvana? ¿Por qué no someterte? Aguantar el dolor no puede ser una prueba de valentía, solo de estupidez. Al menos en estas condiciones, es poco menos que suicida. Lo veía en tus ojos, ese maldito reto permanente. Queriendo con tu silencio hacer que desistiera o me aburriera, lo único que lograste fue extender tu dolor. No iba a dejarte ir con esa sonrisa de victoria en la cara. Por eso, es que tal vez el primer año de que fueses mi huésped y mi distracción, tuviste arrojo y valor. Pero ya después entendiste que nadie iba a rescatarte. Que aquel suplicio podía extenderse horas y días indecibles. Te fuiste apagando y con ello mis ganas de conservarte. No fue fácil, lo admito, salir de ti. Muchísimas noches me desvelé solo pensando en cómo debías irte. No lograba encontrar la manera adecuada. Merecías una verdadera despedida. Aunque no niego que fue decepcionante. Verte allí, sin luchar, sin escupirme, sin maldecirme. Vacía de ti, mientras te poseía por última vez y rodeaba con mis manos tu cuello. Te fuiste sin lucha y a mi juicio, faltándote a ti misma.

Kolakowski se levantó despertando de la breve ensoñación. Se molestó al verse afectado por un espejismo. Supo que debía concentrar sus esfuerzos y satisfacción mientras había un alma en aquel cuerpo. En Marisol, un espíritu fuerte que soportaba con entereza los malos tratos, notó la señal de que la mente comenzaba a abandonar esa cáscara de piel. Sentía tristeza y también rabia, de tener que concluirlo esa noche, pero no iba a permitir que ellas decidieran cuándo irse. Tampoco debía arriesgarse más. Presentía que Augusto Zuloaga iba a reclamarle que no había vendido aquel lugar cuando se lo ordenó. ¿Quién podía culparlo? Le había tomado mucho cariño. Era su santuario.

48

Lorena conducía por la autopista a más de cien kilómetros por hora, esquivando los demás vehículos. Aprovechó que la iluminación de los faroles se filtraba al interior del vehículo, para hurgar debajo de su asiento y tomar una pistola automática. Sintió en su cinturón la navaja de doble hoja que había usado solo para abrir cajas de dulces. Al percatarse de lo precario de su equipamiento, supo con claridad que habría hecho bien en pedirle a Wifi que no la perdiera de vista, así contaría con un respaldo en el caso de que todo se complicara. Con cada kilómetro que recortaba entre ella y su meta, temió estar dando un paso más dentro de la oscuridad. Creyó que esa sola idea la mareaba. ¿Qué le podría quedar luego de ver lo que sucedía en la hacienda de Zitmann? Debía haber más, estaban las rutas de las camionetas de la compañía, el nombre de Kolakowski repitiéndose, y la omisión perniciosa de Augusto Zuloaga.

Comenzó a alejarse del área urbana y a internarse en las carreteras que llevan a las zonas satélites de la capital. Se percató de que cambiaba la vegetación, y vio a lo lejos la silueta de una edificación y un cartel oxidado que informaba que alguna vez hubo una escuela para formar pilotos de avión. Trató de recrear cómo luciría aquel lugar unas décadas atrás, cuando era transitado a diario por jóvenes deseosos de cruzar el mundo entero. Imaginó el lugar lleno de vitalidad, de vida. Hoy no era más que un páramo desolado con una ruinosa estructura abandonada que según había entendido de b.u.o., había sido rematada cuando unas aerolíneas quebraron en los años noventa.

Aprovechó un claro en la carretera a unos quinientos metros del edificio para ocultar su carro. Rebuscó en la maletera una linterna y una cinta para guardar la navaja a la altura del muslo. Revisó que el arma estuviese completamente cargada y trajo unas dos cacerinas más. Silenció su teléfono celular y dejó salir su miedo a través de un largo suspiro. Cerró la maletera, amarró su cabello en una cola bien atada y comenzó a caminar evitando el camino principal.

Llegó hasta la cerca perimetral y echó un vistazo, encontró un resquicio sin alambrada de púas. Se trasladó a gachas y luego comenzó una penosa escalada que no estuvo exenta de ruidos. Quería golpearse a sí misma por tanta torpeza, y por no equiparse mejor para la ocasión. Se prometió que enmendaría los próximos pasos. Dentro del patio exterior tuvo una visión más clara del lugar. Era un gran edificio, podría calcularle más de dos mil metros cuadrados de construcción. No quería encender la linterna, sintió que lo mejor era sacar su pistola y entrar sigilosa en el edificio. «¿Dónde te escondes, maldito?», se dijo.

Recorría con su pistola cada espacio para evitar ser presa fácil. Sus recuerdos disparaban las lecciones aprendidas en el departamento de ciencia de la conducta. Para ella, conocer la psicología de los asesinos seriales era ir un paso adelante.

—Vas a evitar los lugares altos y expuestos. Seguro descartaste las oficinas superiores y las que estuviesen cerca de las ventanas. Bien pensado, animal.

Lorena se acercó entonces a lo que parecía un largo pasillo que iba a llevarla al interior de la estructura. Aún quedaban en las paredes cuadros y afiches de aquella antigua escuela, algunos con mensajes alusivos al apasionante mundo de la aviación y otros que alentaban a los estudiantes a concentrarse en sus deberes y respetar las normas del lugar. Se acercó a un cartel de seguridad que mostraba el plano de evacuación de la edificación en caso de producirse un terremoto o un incendio. Pasó su mano y cayó frente a ella algo del polvo contenido. Eso la hizo toser de manera irremediable. Su acción involuntaria se convirtió en una granada de ruido que pareció mover los cimientos. Aguantó la respiración y puso la mano en la pistola. Aguardó mientras su oído rastreaba el más leve rumor. Tomó la linterna y la acercó al afiche. Revisó las rutas y decidió que iría hasta el área de talleres para desde allí comenzar su búsqueda.

Sus pasos se delataban cuando topaba con el fragmento de un vidrio roto o simplemente de la basura que se acumula con los años. En una mano llevaba la pistola y en la otra su linterna. Sus ojos como primeros mecanismos de detección y la respiración agitada como señal de que su cuerpo iba a accionar el gatillo a la primera amenaza. Bajó por unas escaleras dos niveles debajo del *lobby*. Allí la oscuridad era casi total. Una débil luz se filtraba al final de uno de los pasillos y le sirvió como punto de referencia. Alumbró rápidamente y miró que había sillas rotas por un lado y la acumulación de otros trastos en algunos puntos del recorrido. Cuando llegó a la puerta, vio que un haz de luz escapaba desde adentro. Estudió el mecanismo de la cerradura, contuvo la respiración y con un movimiento seguro abrió la pesada puerta metálica mientras apuntaba con su pistola. Se encontró con un pequeño armario metálico, un lavamanos, una ducha y un bombillo que soltaba una luz opaca. El lugar era amplio, de unos cincuenta metros cuadrados, y en un rincón, un colchón con lo que parecía ser el cuerpo desnudo de una mujer reposaba en el suelo. Recorrió la habitación vacía, hasta que estuvo lo suficientemente cerca.

—Es ella. Tiene que ser ella —se decía mientras avanzaba luchando contra sus piernas que mostraban una ligera pérdida de tono muscular. La respiración la había abandonado, acumulaba y expulsaba aire con desigualdad.

Lorena reconoció el rostro de Marisol bajo las magulladuras. Esta abrió los ojos y le costó entender lo que veía, se creyó dentro de un sueño. Sin embargo, la sensación le hizo hacerse de un pedazo de cordura y supo que era la parte de la realidad donde la habían secuestrado y donde no se decidían a matarla. Lorena le pidió guardar silencio. Pero no encontró en la mirada de aquella mujer un mensaje coherente. Los abría y trataba en lo que le permitían las cuerdas que la tensaban, mover su cabeza en estado de negación. Lorena tocó la mordaza que la imposibilitaba hablar y solo llegó a escuchar un grito agudo:

—¡No me toques!

49

Kolakowski caminó paciente hacia donde Lorena se removía en un estado de somnolencia y furia dispersa. La vio con desdén y satisfacción. Estaba tan orgulloso de sí, de sus métodos simples pero efectivos, que convertían el cuerpo de sus víctimas en un botín intocable. Un tesoro prohibido para las manos ambiciosas y extrañas. Sus manos enguantadas en látex, le susurraron a Marisol que guardara silencio, que volviese a dormir, que se despreocupara por esperar la salvación. Ella sintió cómo volvía a poner la mordaza en su boca. Kolakowski se tomó su tiempo para desarmar a Lorena. Pateó la pistola lejos de ella y le quitó la navaja. Sintió los muslos fuertes de aquella mujer y se excitó. Estaba tan aburrido de Marisol... la exploró meticulosamente y tomó su rostro para apreciar si valía la pena dejarla como parque de atracciones o sería un amor fugaz.

—Veamos quién ha venido a tocar mi puerta —Kolakowski le habló a Lorena al oído.

Ella balbuceaba y sus ojos se revolvían en lucha contra el efecto de la droga.

—¿Qué es esto?

—Escopolomanina. Tiene infinidad de usos. Es útil... un mazazo directo para los curiosos —respondió Kolakowski queriendo transmitirle con su tono de alegría cuán lobo es el hombre para sus semejantes.

Apreció las facciones de la recién llegada y hubo algo en ella que le pareció familiar. Algo que le disgustaba terriblemente, que le comía desde dentro. Lorena murmuró un nombre que Kolakowski tenía años sin escuchar fuera de su cabeza. Una reverberación que aquel día había llegado a sus oídos con demasiada frecuencia como para no dejarse afectar.

—¿Dónde está Silvana?

El cuerpo de Lorena sufría la expansión del tóxico. Era tan sencillo dejarse dormir y que la oscuridad hiciera el resto. Empezó a lanzar golpes azarosos, sin destinatario. Kolakowski la tomó de la barbilla hasta que su memoria la ubicó entre las neblinas del recuerdo.

—¿Eres tú, verdad? La carajita con que Silvana se besaba a escondidas — Kolakowski se levantó y quiso clavarle la punta del pie en la cara. Podía revivir el odio que lo inundó cuando se coló una noche hasta la sala del Consejo Universitario y vio a quien le había robado mucho más que el protagonismo político. Se carcajeó con estridencia.

—Esto tiene que ser una ofrenda o una broma. No tienes ni idea de cuántas veces te vi en cada una de mis invitadas. El golpe final era para ti, cariño. Solo que nunca supe tu nombre. Hablé con Silvana, traté de que recapacitara. Le propuse algo de piedad, acortarle el sufrimiento. Pero no, se negaba. Me conocía, estaba completamente segura que iría a buscarte. Y sí, tenía tanta razón. ¿Cuánto aguante

tuvo? Me repugnan. Tú y ella. ¿Sabes qué? Está decidido, voy a demostrarles a las de tu clase de lo que se pierden. Pero antes tendré que hacer espacio en esta cama.

Kolakowski se puso las manos en la cintura y miró en silencio en dirección a Marisol. Meditaba la velocidad y violencia necesarias para lograr el reemplazo de manera exitosa y sin malgastar recursos. Cuando tomó una decisión murmuró: «Sí, es una ofrenda».

En el vaho de la inconsciencia Lorena lloraba hacia dentro. Sentía haber tomado una decisión estúpida y precipitada al querer actuar en solitario. Lamentaba no haber reunido las fuerzas y confesarle a Pablo su parte de la historia. Ahora, no habría posibilidad de que aquel amor perdurara en la memoria del futuro. Tendrían que entenderla, ojalá lo hicieran. Ella no estaba cobrando venganza: restablecía el equilibrio.

Sintió un forcejeo y creyó que era Kolakowski queriendo violarla y quizá descuartizándola, preparándose para enterrarla de manera anónima. Después, sus ojos empezaron a enfocar la escena. Quizás otros cuerpos hubiesen sucumbido a la droga, pero los analgésicos, antidepresivos, ansiolíticos y otras medicaciones que le brindaron sosiego ante la pérdida de Silvana, ahora le daban una resistencia inusitada. Poco a poco se fue recuperando, y pudo ver el cuerpo de Kolakowski quejarse de un dolor profundo, con un corte preciso que cruzaba toda su garganta. La tomaron por los brazos y la cargaron hasta una silla, donde sentada, pudo levantar la mirada hasta cruzarse con el rostro de Augusto Zuloaga. Este la recibió con una sonrisa de alivio o preocupación. Le extrañó la empatía que no esperaba encontrar en una persona como él. La ayudó a incorporarse y le preguntó si estaba bien. Ella recibió su voz con distorsión, como cuando en un concierto se pasan dos horas bailando frente a un amplificador. Movió la cabeza para afirmar que sí, que comenzaba a sentir las manos. Augusto abrió sus párpados, chequeándola como el médico de turno, y la ayudó a levantarse. Ella parecía una muñeca de trapo, incapaz de sostenerse por sus propios medios.

—Marisol. Sigue allí.

Augusto miró hacia donde Marisol se hacía la dormida.

—Ya vendré por ella. No te preocupes, todo estará bien. Augusto comenzó a caminar con Lorena hacia la salida.

Le pedía que no se durmiera, que pronto contarían con ayuda. Ella movía la cabeza para negar, estaba demasiado expuesta como para pensar en sus palabras:

—No, no van a llegar —balbuceó Lorena, y Augusto se detuvo.

—¿A qué te refieres? ¿Nadie sabe que estás aquí?

—No, nadie, nadie.

Augusto entonces hizo algo que no estaba en su plan. Volvió a retroceder hacia la habitación. Lorena vio como se alejaba de la salida y su mente comenzó a golpear para tratar de escapar del sometimiento de la droga.

—Solo tenía que deshacerse de este sitio. Es increíble la gente esclava de sus adicciones. Le toman gusto al deseo y permiten que los consuma. Se vuelven súbditos de su impulso.

Augusto llegó a la habitación y soltó a Lorena, quien cayó al lado del cuerpo de Kolakowski. La sangre cubría como una gran alfombra el piso de la sala. Augusto vio el espectáculo y sintió asco de su profesión y de la humanidad toda. Continuó con su monólogo.

—También están los de otra clase, como el débil de Igor. Encontraron a Silvana, cayó en pánico y le da por querer hablar con la policía. No se puede, detective Díaz. Me refiero a eso de ir por el mundo con semejante compañía. Hay que hacer cirugía reconstructiva en esos eslabones. De lo contrario, es sentarse y esperar que todo se caiga a pedazos.

Augusto tomó la navaja de Lorena y la puso cerca de la cama mientras trataba de figurarse si enterraría los cuerpos o los entregaría al fuego. Buscaba eficiencia y rapidez. Mientras desnudaba a Kolakowski para separar la carne de otros materiales reconocibles y perdurables, creía que estaban todo resuelto. Saldría de Kolakowski y se erigiría salvador del día. Comenzó a pensar en voz alta.

—Me llamó la atención, señor fiscal, que el director general de la compañía logística no hubiese vendido aquella propiedad cuando se le ordenó hace tanto tiempo. Entonces tuve, usted lo llamará intuición o curiosidad, el deseo de ver con mis propios ojos que ocurría. Es cuando pude ser testigo de tanto horror. Tuve que actuar rápido. La vida de inocentes corría peligro.

¿Quién iba a contrariarle? ¿Los jueces, la policía? Nadie estaba por encima del mandato divino. «La gente menos imaginada forma parte de la red», recuerda haberle escuchado a Zitmann en tantas ocasiones. Pero no, las cosas no pasan como uno se las imagina, pensó Augusto, cuando ya había terminado su labor con Kolakowski. Sintió que Lorena murmuraba algo. Se acercó su oído.

—¿Por qué? ¿Por qué a ella? ¿A quién te refieres? ¿Silvana? Ah, ella. Te voy a confesar algo, porque me dio la real gana. Quiero que sepas una cosa. La idea era darle un buen susto. La trajimos para acá y bueno, tú sabes. A veces, en situaciones donde el mundo no es testigo, solemos ser más intensos. A Kolakowski se le fue la mano. Hubo un momento en que no hubo retorno. Le pedí que se encargara del asunto, pero el animal, reconozco que lo era, la mantuvo con vida, quien sabe, semanas, meses, años, es difícil de precisar. Creo que eso pasa cuando le das demasiada libertad a la gente. Pero después apareces tú, Díaz, y me doy cuenta de que sí, de que el hombre se había convertido en un problema. Es lo que pasa cuando no le dejas la cuerda corta a los perros.

Augusto sintió que Lorena estaba cada vez más fuerte y que ya era hora de concluir el desbarajuste. Por un momento creyó que usar la pistola enviada desde las arenas del desierto, habría sido lo más rápido y conveniente. La tomó de su cintura,

sintió el peso, la amartilló, pero en el momento en que la iba a accionar se dio cuenta de por qué a Kolakowski le costaba desprenderse tanto de sus víctimas. La puso en la cama y se concentró en el cuerpo de Lorena.

—¡Ja! Esto le va a asonar un tanto alocado, detective. Pero de pronto me ha entrado una cierta nostalgia. Una necesidad de ver cuán lejos puedo volver a llegar. ¿Quién no echa en falta el salvajismo de la época universitaria?

Augusto empezó a desabrocharse el pantalón porque no podía dar fe de que en medio de una circunstancia similar estuviese tan excitado. Entonces sintió algo distinto. Un estruendo que podía olerse. Comenzó un monólogo extraño y desarticulado de la secuencia de acciones que tendrían lugar.

—De pronto me siento en el bosque donde salía a cazar con mi padre. Siempre vigilante y atento, corriendo sin descanso tras las presas que no acaban de morir. Puedo verme otra vez, en la faena de enterrarles la hoja del cuchillo. También, detective, usted me ha traído otros recuerdos. Una columna de fuego en la lejanía del bosque, que se convirtió en mi pesadilla recurrente. Casi puedo volver a sentir el aroma de las cenizas y el calor de la llama en las vísceras.

Augusto miró sus manos y las vio rojas. No entendía dónde estaban sus guantes quirúrgicos y por qué no estaba frente a un paciente.

En un rincón de la habitación, su padre, iluminado por una pequeña hoguera lo miraba con tristeza. Le habló con ternura y sin estridencia: «La mente es extraña cuando está muriendo. No logra convencerse del fin o quizá le teme. Reinventa el pasado para prepararte para un futuro que nunca verás, hijo mío».

Marisol volvió a apretar el gatillo. Esta vez la bala no destrozó el vientre de Augusto, sino que se alojó en el corazón. El cuerpo cayó sobre Lorena. Ellá palpó con desesperación el suelo en busca de algo que le permitiera defenderse. Tomó la pistola de Augusto y sin que sus ojos soltaran la imagen sangrante del hombre, puso el cañón en el cuerpo y disparó tantas veces, que el humo convirtió la habitación en el claro de un bosque arrasado por un incendio salvaje.

50

Pablo llegó hasta la escuela de aviación junto a un pequeño comando que Flores había autorizado a actuar. La ubicación de Lorena fue dada por Wifi, quien tuvo que revelar las coordenadas cuando se sintió arrinconado por el resto del equipo. El grupo derrumbó con el vehículo táctico la puerta perimetral y entró al patio principal. Los potentes reflectores dejaron al descubierto la magnitud y abandono de aquel lugar. También tropezaron con el cuerpo de dos mujeres que se ayudaban mutuamente a andar, y que creyeron ver en el reflejo de los potentes reflectores de la policía, la salida de un sol al que le faltaban aún muchas horas para alzarse desde el este.

A la mañana siguiente, luego de que concluyera la llamada con el presidente, el ministro de Interior entró a la sala de prensa para rendir declaración de dos noticias que parecían ser parte de la misma trama. Informó que se había desarticulado quizá la operación terrorista más grande del hemisferio occidental. Mostró el rostro de Zitmann, con la intención de que nadie pudiera salvarlo de su castigo, ni del escarnio público. Las cámaras fotográficas eran las únicas que junto a la voz del ministro se oían en la sala. Las autoridades estaban verdaderamente contrariadas por la información y aun cuando era necesario que una realidad no tapase la otra, se consideró necesario que el mundo supiese toda la verdad sobre el caso de Silvana Guzmán.

Lorena siguió la rueda de prensa junto a Pablo y Wifi, desde el Hospital Militar, donde le daban cuidados extremos. Marisol se reponía a su ritmo en la habitación contigua.

El director Flores fue a visitar a Lorena para darle buenas noticias. Tenía la misión de reintegrarla a la dirección de inteligencia y darle un rango especial. Ella escuchó la oferta y le preguntó si Wifi entraba dentro del trato. Flores carraspeó la garganta y aceptó sin reservas. Antes de marcharse, informó que el presidente llegaría al país en algunos días y se esperaba un encuentro en el palacio presidencial.

Wifi se despidió de Lorena para volver a su casa y tratar de prepararse para lo que se avecinaba. Era por lejos, el que más emoción le había causado la idea de trabajar junto a Flores. Quedaron así Pablo y Lorena solos en aquella habitación, sin hablar nada que no fuesen frases cortas y dándole vueltas a una conversación que era ineludible. Ninguno de los dos quería precipitarse, porque cada uno a su manera estaba preparando lo que era una despedida.

Antonio Guzmán llegó al hospital dos días después. Los tres se abrazaron y lloraron juntos, sin decirse más que lo que las lágrimas podían confesar. El padre de Silvana se deshacía en elogios y agradecimientos. Se le veía avejentado, como si lo que le daba vida era la esperanza de no morir sin ver que los asesinos de su hija habían

recibido un castigo. De seguro, al saber que no quedaba sino la súplica vana de que no volviese a ocurrir tragedia semejante, ya su cuerpo comenzaba a desprenderse de la juventud que tenía. Antonio venía no a visitar, sino a despedirse. Se marcharía con Paula a Europa. Ella había tomado valor para ir a la casa que él planificó en sueños, la del huerto que nunca llegaron a sembrar. Le pidió perdón, se hincó frente a él, se desvaneció ante los portarretratos de su madre y hermana. Después de un té, le pidió que se fueran lejos para no volver. Él había aceptado. Así se despedía de Pablo y de Lorena, con un abrazo que sintieron, jamás iba a desvanecerse.

Paula no tuvo el valor de subir hasta la habitación y hacerle frente a lo que se decían allí. Su despedida sería distinta y sucedió antes de tomar el camino al aeropuerto. Le pidió a su chofer que la llevara hasta un parque al que solían ir junto a Silvana de niñas. Rogó a Antonio y a Tina que le dieran su tiempo. Fue así que se acercó hasta los columpios y se sentó para dejar que el viento la balanceara. Se quedó allí, arropada por la brisa que inunda el parque Los Caobos cuando la luz se esparce entre la copa de los árboles y baña de nostalgia la ciudad. Las hojas comenzaron a caer. A lo lejos dos niñas pequeñas la observaban desde la distancia, hablaban de ella y se decían que era la mujer más triste que hubiesen visto jamás. Paula las saludó y entendió cuánto deben cuidarse las almas de las fracturas artificiales. De esas que se siembran en el pecho y a las cuales se les admite gobernar. Cambiaría su corona y su vida entera, si con ello fuese posible retornar a la edad de la inocencia de su infancia. Pero no, tendría que aceptar la realidad y su papel dentro de ella. En algunos días, Miss Sarajevo estaría en la boca de todos y con ella la oportunidad de que su hermana y la voz poderosa que la acompañaba viviese. Esa colección sería el polvo de oro que convertiría la herida en un mensaje de esperanza. Nada de modelos perfectas, nada de telas fabricadas por manos esclavas. El mundo sería transformado por la belleza de las imperfecciones y dejaría como mensaje el que no estamos destinados a transitar por la ausencia de dolor, pero sí obligados a luchar por las causas justas.

Paula inspiró con profundidad para llevarse con ella el aliento de los buenos recuerdos. Se despidió de las niñas batiendo la mano y caminó de nuevo al vehículo que la alejaría de un país al cual solo volvería a ver a través de las fotografías de los álbumes familiares.

La visita de Antonio Guzmán comenzó a hacer un cuenco en el pecho de Pablo. Eloísa lo había llamado para decirle que tomaría el primer vuelo para estar a su lado. Necesitaba, decía, entender de qué están hechas las razones que separan a quienes se aman. Así que sintió la urgencia de concluir su historia con Silvana y lo haría a través de Lorena. El día que le dieron de alta y luego de los protocolos de seguridad, le pidió su compañía, sin condiciones ni preguntas. Lorena también comenzaba a creer que no podía permitir que él se fuera sin que sus labios dejaran los temores y se enfocaran

en la verdad. La universidad los volvió a recibir como un vientre que siempre espera el retorno de lo que no puede marcharse. Caminaron juntos por largos pasillos techados, donde él señalaba el punto exacto en que la había conocido. Sus pasos los llevaron a la Escuela de Antropología, donde un grupo de muchachos al igual que ellos en el pasado, se aprestaban a continuar el ciclo extraño, impredecible e infinito de la vida. Entraron a los salones y se sentaron en las sillas que los habían recibido unas décadas atrás, la anécdota vibró en las memorias compartidas. Perdonaron y compadecieron a quienes fueron.

Los estudiantes veían a aquellos extraños en un *tour* incomprensible, hablando de rincones y discursos, de los sueños que se han de cumplir y de aquellas fantasías que nunca encuentran asidero. Los siguieron con la mirada, como quien ve alejarse a los locos o a los poetas, hasta que ya no fueron visibles.

Se quitaron los zapatos y pisaron la grama de Tierra de Nadie, se acostaron allí a ver pasar las nubes y recordar a Silvana en el cuerpo y en la voz del otro, dándose cuenta que ya ellos no eran más que la conjunción mágica que solo ocurre unas pocas veces en la vida y que nos convierte en los seres extraordinarios que estamos destinados a ser.

Cuando sintieron que la luz del cielo decaía y con ello se aproximaba el final del camino, subieron hasta la azotea de la Biblioteca Central. Allí se sentaron y se confesaron que, en aquel mismo lugar, ambos, en noches distintas y con constelaciones diferentes, habían amado y se habían dejado amar por la misma mujer. Y que ella, en su afán de mostrarles cuán poderosa es la energía que inunda y desborda los cuerpos, les había enseñado que se podía entregar el alma a muchos seres, en distintos espacios y tiempos, sin esperar que el mundo legitimara lo que el corazón ya había decidido. Se abrazaron fuerte y largo, y se mostraron un tesoro que guardaban con igual esmero, unas breves líneas, muy similares en textura y color, donde Silvana le confesaba a cada uno, que había descubierto en ellos eso que llamaban amor.

Soltaron los papeles al aire y dejaron que el viento los llevara. Prometieron volver a verse, o al menos si las circunstancias de la vida lo impedían, reconocerse como atados por un mismo hilo cada vez que volvieran al recuerdo que los hacía uno. Lorena se quedó un tiempo más en la azotea para leer en el mapa estelar su futuro y Pablo se fue en busca de la mujer que representaba el camino de vuelta. Nunca más volvería a soñar con Silvana Guzmán.

CONTENIDO

UN *LOFT* PARA CLEOPATRA

De quiénes somos y cómo llegamos... 11
Humanos parodia 23

La feria de las banalidades I
Felices fiestas 48
Halloween 57
Cena de acción de gracias 72
Femme fatale 91

La feria de las banalidades II
Éxodo voluntario 101
El gran Gatsby 108
El evangelio según San Lorenzo 117
La tragedia griega 131
Memoria final 149
Epílogo 153

EL REY DE LAS CENIZAS

Capítulo 1
El club de los niños bomba 159

Capítulo 2
En la isla del Señor de las moscas 169

Capítulo 3
La familia 192

Capítulo 4
Reportero de guerra 216

Capítulo 5
#OperaciónJaqueAlRey 258

Capítulo 6
I 292
II 294
III 296

EL LIBRO DE LAS CICATRICES

I
La memoria de los huesos

1 305
2 306
3 309
4 313
5 315
6 317
7 320
8 322
9 327
10 333
11 334
12 335
13 336
14 340
15 345
16 349
17 357
18 359
19 362
20 365
21 370
22 372
23 377
24 379
25 387
26 391

II
Miss Sarajevo

27 397
28 402
29 406
30 411
31 416
32 419
33 422

34 425
35 426
36 427
37 428
38 429
39 431
40 435
41 437
42 439
43 441
44 443
45 444
Interludio
diario de Silvana Guzmán 446
46 455
47 457
48 458
49 460
50 464

Trilogía de Caracas
se imprimió en el mes de noviembre de 2026
Caracas, Venezuela.

• Colección Continentes •

Concebida originalmente para recoger la mejor producción narrativa venezolana y latinoamericana de todos los tiempos, Continentes se ha ampliado para incluir también la obra de los narradores más representativos de otras regiones del mundo.

· Otros títulos en esta colección ·

La vida de un muerto
Óscar de la Borbolla

Pie de página
Humberto Mata

No todos los cíclopes nacen ciegos
Sol Linares

El simulacro de los espejos
Vicente Baptista

La galera de Tiberio
Enrique Bernardo Núñez

• Colección Continentes •

Trilogía de Caracas reúne tres novelas escritas por José Negrón Valera: *Un* loft *para Cleopatra*, *El rey de las cenizas* y *El libro de las cicatrices*, articuladas desde esta ciudad y pensadas como un cosmos donde los más variados principios y situaciones se hacen presentes. En cada una de ellas, se nos muestra una ciudad total y su dinámica humana, donde un acucioso escritor ordena un escenario en el que los detalles abundan para permitir que el lector se comprometa en su lectura. En *Trilogía de Caracas* se retrata la Venezuela que transita a principios del siglo XXI, heredera de la anterior, y en cuyas historias la ficción roza, cercana y acertadamente, la realidad.

9 789800 125953

MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura